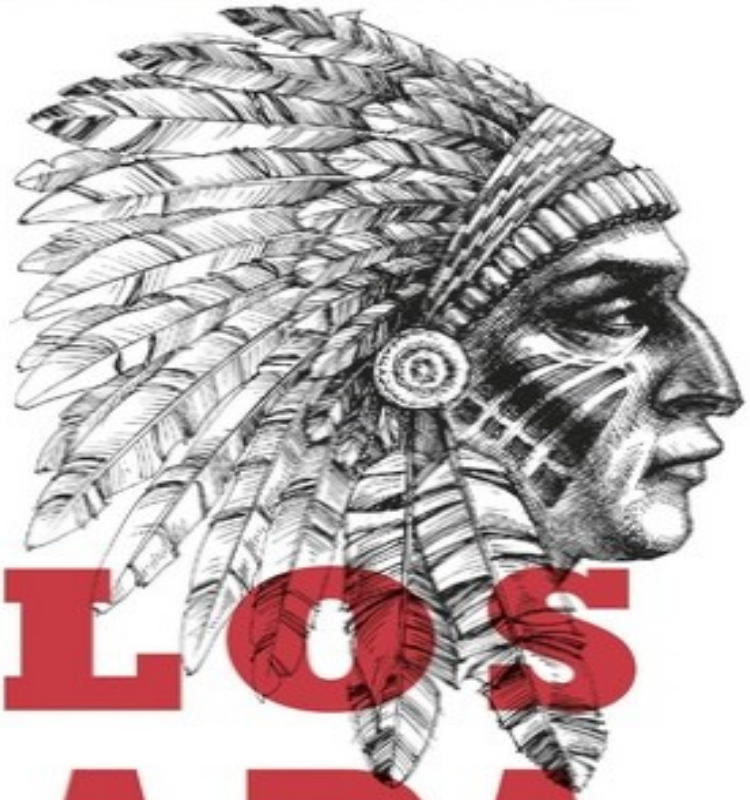
DONALD E. WORCESTER



LOS APACHES

ÁGUILAS DEL SUDOESTE

PENÍNSULA HUELLAS

Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
PREFACIO
I. LOS APACHES Y SUS VECINOS
II. APACHES Y ESPAÑOLES
III. LOS INICIOS DEL CONFLICTO ANGLOAMERICANO-APACHE EN NUEVO MÉXICO
IV. LOS INICIOS DEL CONFLICTO ANGLOAMERICANO-APACHE EN ARIZONA
V. EL AZOTE DE LOS MESCALEROS
VI. EL CONFLICTO ANGLOAMERICANO- APACHE EN ARIZONA
VII. LOS APACHES Y LA POLÍTICA DE PAZ
VIII. CROOK Y LA CONQUISTA DE LOS TONTO
IX. JOHN P. CLUM Y LA LUCHA ENTRE CIVILES Y MILITARES POR EL CONTROL
X. VICTORIO, NANA Y LOS MIMBREÑOS
XI. EL ALZAMIENTO DE CIBECUE
XII. CROOK Y GERÓNIMO
XIII. LOS PRISIONEROS DE GUERRA APACHES
XIV. ÁGUILAS ENJAULADAS
BIBLIOGRAFÍA
NOTAS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

Los apaches, pueblo del sudoeste de EE.UU., erraron por montañas y desiertos sin abandonar la vida nómada. Carecían de gobierno, adoraban a la naturaleza y evitaban las ceremonias. Divididos en bandas, vivían en sus territorios de caza. Místicos y materialistas al tiempo, creían en fuerzas sobrenaturales y en el «poder contra los enemigos», que les capacitaba, según la tradición, para derrotar a los adversarios. Se decía que algunos hombres sabios —como Gerónimo, jefe mítico— tenían capacidades adivinatorias.

Aunque nunca fueron muy numerosos, los apaches resistieron con éxito a sus enemigos desde principios del siglo XVII hasta finales del XIX. Evitaban las batallas a campo abierto, pero si eran acorralados, luchaban hasta la muerte. Valientes combatientes de guerrillas fueron aniquilados por el ejército de la Unión ya que no aceptaron nunca una paz deshonrosa y no se les pudo someter por hambre, a través del exterminio del bisonte.

Este libro es la historia de una nación india desparecida. Un pueblo guerrero que, diezmado y enviado a las reservas, nunca perdió su extraordinaria identidad.

Los apaches
Donald E. Worcester

Águilas del sudoeste

Traducción de Javier González Martel

ediciones península

Al pueblo llamado apache

PREFACIO

A diferencia de muchos otros pueblos que vivían en tierras marginales e indeseables, los apaches erraron por las montañas y los desiertos por elección propia y nunca quisieron abandonar su modo de vida nómada. Aun cuando sus incesantes ataques provocaron el abandono de varios poblados de los indios pueblo, los apaches nunca ocuparon estos emplazamientos. En numerosas ocasiones, pudieron haber completado la despoblación de Sonora y Chihuahua,[1] pero, como observaron de manera franca y un tanto jactanciosa, quisieron que la gente de aquellas provincias continuase criando caballos y mulas para ellos.

Todos los apaches hablan la misma lengua atapasca, pero eso no significa que siempre haya reinado la paz entre las bandas, ni siquiera en el interior de las mismas. El asesinato de un apache provocaba la reclamación de represalias. Si un apache mataba a otro, los familiares por línea materna del muerto tenían la obligación de vengar su muerte. Si un angloamericano blanco o un mexicano acababan con la vida de un apache, aunque hubiese estado robando caballos, el jefe de su clan o grupo local encabezaba una partida de guerra contra el enemigo. Si era posible, mataban al asesino; si no, se contentaban con cualquier otro miembro de su raza. Si capturaban a un varón adulto, lo entregaban a los familiares femeninos del apache fallecido para que lo torturasen y lo mataran a modo de compensación por su pérdida.

Los apaches no tenían un gobierno tribal ni se reunían para llevar a cabo ceremonias como la danza del sol de los indios de las llanuras. Estaban divididos en bandas, cada una de las cuales contaba con sus propios territorios de caza y reunión, así como, en algunos casos, con sus tierras de cultivo. La autoridad era sencilla: se

imponía dentro del propio grupo local desde la figura de su jefe, aunque este careciera de autoridad para castigar a los suyos. Todos los jefes de grupos locales eran, en teoría, iguales, aunque algunos, debido a su carácter, sus «poderes» o su destreza en la guerra, ejercían mayor influencia que otros.

La unidad básica era el «grupo familiar» o familia extendida de varias casas que vivían juntas por vínculos de sangre, conyugales, económicos o de clan. En las escarpadas tierras por las que vagaban, la cooperación entre familias resultaba esencial tanto para la protección como para la obtención de alimentos. Era peligroso para un hombre irse a cazar solo, del mismo modo que lo era para una mujer alejarse del campamento para recolectar semillas o raíces a no ser que fuera en compañía de otras; en cualquier caso, la elaboración del mezcal implicaba demasiado trabajo para que lo desempeñara una sola mujer. Por lo tanto, se convirtió en habitual compartir las labores y sus frutos con los vecinos y las casas emparentadas, de tal modo que todos cumplieran por igual. «Uno ha de entender esto para comprender la sociedad apache. De ahí proviene, con toda probabilidad, la naturaleza extremadamente gregaria de este pueblo y su total sentimiento de soledad y temor cuando los individuos se ven en la obligación, por alguna exigencia, de vivir separados.»[2]

John Rope, que sirvió como explorador durante las guerras apaches de la década de 1880, explicaba la actitud apache ante la familia que vivía separada del resto. «Puede que para los blancos no haya problemas en vivir de ese modo; incluso parece agradarles. Pero esto no es así entre nosotros: no podemos sobrevivir en la soledad, no está bien. Los demás hablarán y creerán que algo ha de funcionar mal forzosamente en una familia que se comporte de tal manera; sus miembros estarán tratando de ocultar alguna cosa o habrán hecho algo incorrecto.»[3]

Morris E. Opler, investigador sobre los apaches hace muchos años, observaba que «la íntima identificación del destino y la fortuna de cualquier individuo con el grupo completo de sus familiares es uno

de los conceptos más importantes que sustentan la vida apache. En cada recodo del camino, el niño apache recibe la guía y el apoyo no solo de sus padres y su familia más allegada, sino de todo el extenso cuerpo de sus parientes sanguíneos... Estos no desaparecen en ningún momento del fondo de la vida del individuo».[4]

Cuando un joven apache se casaba, se iba a vivir al campamento familiar de su mujer. A partir de entonces, su deber era atender a los padres de esta, aunque sin descuidar a los suyos. Debido al tabú de la suegra, el matrimonio habitaba en una vivienda aparte y él nunca le dirigía la palabra a la madre de su mujer. El grupo familiar habitual constaba de cuatro o cinco familias: una pareja anciana, una serie de jóvenes solteros y varias hijas casadas con sus respectivas familias. Cada grupo familiar se hallaba bajo el liderazgo de un cacique. Antes de que saliera el sol cada mañana, este arengaba a las familias y todos debían escucharle y actuar siguiendo su consejo y advertencia de no dejarse llevar por la pereza. El nombre apache para designar al cacique significaba «el más inteligente entre los nuestros» o «aquel que domina el campamento».

La unidad inmediatamente superior en tamaño era el grupo local, que comprendía de dos a diez grupos familiares y de diez a treinta viviendas. El jefe (*nantan*) de un grupo local podía heredar su título o ganárselo gracias a su habilidad para proveer a su pueblo. Y un jefe competente siempre era muy apreciado. Pese a no tener poderes coactivos, los apaches temían y evitaban la desaprobación pública y los niños tenían conciencia de ello desde muy pequeños.

Los niños apaches se endurecían a través del ejercicio extenuante: nadaban y corrían antes del amanecer, tanto en verano como en invierno; en ocasiones, se les obligaba a rodar desnudos por la nieve. Al amanecer, después de secarse, tenían que correr sin detenerse hasta la cima de una colina y volver. Para asegurarse de que respiraban por la nariz tenían que hacer el recorrido, tanto de ida como de vuelta, con la boca llena de agua.

Las niñas también corrían y nadaban, y algunas eran tan veloces como los niños. Como los apaches consideraban repulsivo el vello corporal, a las chicas jóvenes se les advertía que si se negaban a nadar temprano todas las mañanas les saldría gran cantidad de pelo púbico.[5]

Los ritos apaches estaban relacionados en especial con la curación de los enfermos o, como en las ceremonias de la pubertad, con la prevención de la mala suerte. Los apaches sentían terror por la enfermedad y huían despavoridos cuando la peste irrumpía en sus campamentos.[6] Creían que las enfermedades más graves se producían por el contacto con ciertos pájaros o animales como los búhos y los coyotes. Las dolencias provocadas por las diversas criaturas tenían una serie de síntomas característicos y el enfermo solo podía curarse con la intervención de un chamán u hombre medicina que tuviera los poderes sobrenaturales del pájaro o el animal en cuestión.

Los apaches temían de un modo especial a los búhos, y la presencia de un ejemplar en los alrededores de un campamento constituía un asunto de enorme gravedad. No existían bromas ni cuentos populares sobre búhos: incluso el mero hecho de hablar sobre ellos traía mala suerte. Se creía que los espíritus de los muertos se alzaban de sus tumbas y penetraban en el cuerpo de los búhos: el ululato de un búho era la voz de un espíritu que hablaba en lengua apache desde el inframundo y profería amenazas contra los vivos. Quienes oyesen y comprendiesen lo que decía se verían expuestos a la enfermedad del «búho», del «espíritu» o de «la oscuridad», probablemente mortal a no ser que interviniera a tiempo un chamán cuyos poderes procediesen de estos pájaros.

Los apaches evitaban escrupulosamente tratar el tema de la muerte; de hecho, casi nunca utilizaban el término más habitual para referirse a ella. En lugar de decir que una persona había muerto, decían «se ha ido». Si se mencionaba la muerte en medio de una danza de guerra, los hombres dejaban de bailar; alguno hasta podía llegar a abandonar la partida guerrera, convencido de que estaba

abocada al fracaso. Cuando un apache moría se le enterraba con rapidez para que el tiempo de contacto entre los vivos y el muerto fuese lo más corto posible. Este apresuramiento refleja la creencia apache de que la visión de un cadáver o el mero hecho de tocar las posesiones del fallecido podía contagiar una enfermedad funesta. Todas las posesiones de un hombre se sepultaban junto a él o se destruían. Sus parientes disponían de sus posesiones, aun cuando la propiedad de algunas estuviera compartida con otros miembros de la familia. Los apaches creían que si no se hacía todo esto con prontitud, el espíritu del muerto podría regresar de la tumba para recuperar sus posesiones trayendo consigo el mal «de los espíritus» y, quizá, la muerte de todos sus familiares.

Se llevaba a cabo hasta el último esfuerzo para borrar del todo la memoria de un familiar fallecido. Se destruía su vivienda y toda la familia se mudaba. Al entierro asistía el menor número de personas posible, luego se quemaban las ropas del muerto y se bañaban en humo de salvia, la «medicina de los espíritus». Jamás se hablaba de la ubicación de la sepultura. Si era absolutamente necesario mencionar a un familiar fallecido se referían a él como «el que antes se llamaba...». No había nada más seguro para empezar una pelea a muerte que insultar a los parientes vivos pronunciando el nombre del fallecido en presencia de ellos. Por lo general, los nombres de los niños se cambiaban después de una muerte en la familia, porque el fallecido se había dirigido a ellos por sus antiguos nombres y si se seguían utilizando, se pensaba que convocarían recuerdos dolorosos.[7]

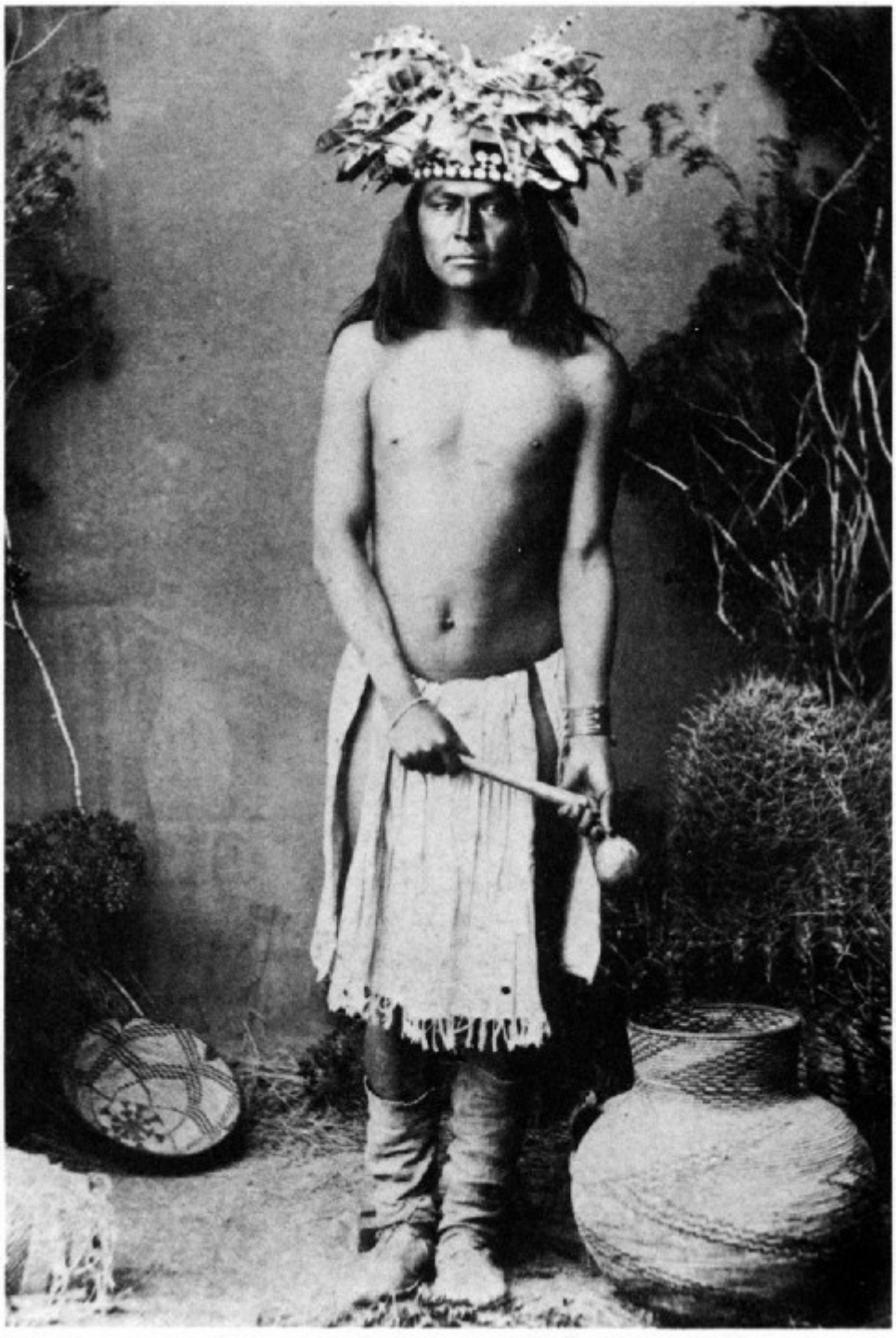
Los apaches recurrían a diversos poderes sobrenaturales. Para la guerra, el más importante era el «poder contra los enemigos», que les capacitaba para sorprender y derrotar a sus contrincantes. Se decía que algunos hombres, como Gerónimo, además de algunas mujeres, poseían el poder de saber lo que estaba ocurriendo en lugares distantes. Otros hombres, de gran utilidad en las incursiones

y en las partidas de guerra, eran los que tenían el «poder» de hacer que el viento soplara con fuerza para levantar el polvo y ocultarse, o el de dominar a los caballos.

Aunque nunca fueron muy numerosos, los apaches resistieron con éxito todos los intentos de conquista por parte de invasores que se produjeron desde principios del siglo XVII hasta el último cuarto del XIX. Evitaban las batallas en campo abierto siempre que podían, pero cuando se les acorralaba, luchaban a muerte. Como guerrilleros no tenían igual; a diferencia de las tribus de las llanuras, no se les podía someter mediante el hambre a través del exterminio del bisonte o de cualquier otro animal.

Estos fueron los apaches cuya historia se cuenta en las siguientes páginas. Desde la llegada de los españoles hasta que fueron finalmente reducidos por su propia gente y confinados en reservas, la historia de sus relaciones con los recién llegados es un relato de lucha casi constante. Escasos en número pero radicalmente decididos a preservar su preciada libertad, los apaches fueron, y son, un pueblo extraordinario.

LOS APACHES



Un apache con un mazo de guerra y un gorro de plumas (Sociedad Histórica de Arizona).

I

LOS APACHES Y SUS VECINOS

Dura era la tierra llamada Apachería, hogar de los indios apaches, donde cada insecto tenía su aguijón, cada arbusto sus espinas y cada serpiente sus colmillos. La vida era una batalla diaria por la supervivencia, una cruda lucha contra un entorno hostil lleno de depredadores salvajes, tanto animales como humanos. Formada por una escabrosa montaña y un desierto interminable, esa era la tierra de los apaches, y estos eran, de verdad, producto de su brutal entorno. Aunque preferían las montañas, se sentían en casa en cualquier parte de aquella tierra torturada: padecían hambre y sed, además de calor y frío extremos, sin rechistar. Cualquier extraño se consideraba un enemigo; no confiaban en nadie que no perteneciese a la banda y, a veces, surgían hostilidades encarnizadas entre distintas bandas o incluso dentro de la misma.

Gracias a la caza y a la recolección de semillas y raíces, los apaches siempre disponían de algo comestible; en tiempos de escasez eran aceptables hasta los lagartos y las ratas cambalacheras, pero rechazaban la carne de oso y de pavo, además del pescado. Esta precaria existencia en una tierra tan difícil les obligó a separarse en pequeños grupos muy unidos de pocas familias, siempre en movimiento. La tierra no podía soportar a muchos en un mismo lugar y, por ello, desarrollaron la organización tribal más rudimentaria posible. Había jefes, pero su autoridad dependía en gran medida de la persuasión y del prestigio personal, pues no imponían sanciones sobre los demás. Los apaches vivían en absoluta independencia y eran celosos de su libertad.

Al ser un pueblo guerrero, los apaches nacían y se criaban para el combate. Desde la más tierna infancia, la formación y los juegos de un niño estaban diseñados para agudizar sus sentidos, adiestrarle en el manejo de armas y desarrollar al máximo su resistencia física y su fortaleza. Cuando se consideraba que un joven apache estaba preparado, se le permitía continuar su aprendizaje en los saqueos. Allí se esperaba que desempeñara el papel de un guerrero, que se hiciera cargo de todo el trabajo en los campamentos y que aprendiera de los veteranos. Si tenía un comportamiento adecuado, se le aceptaba como guerrero tras realizar cuatro incursiones. Sin embargo, muchos jóvenes se negaban a participar en las incursiones y a otros se les consideraba no aptos. A quienes fracasaban en su calificación de guerreros, se les trataba con desprecio. El robusto guerrero que producía este riguroso proceso era un enemigo implacable y despiadado, un maestro del sigilo, la sorpresa y la huida. Su resistencia era increíble; un guerrero a pie podía cubrir cerca de ciento trece kilómetros al día. Los apaches no valoraban las heroicidades: si no contaban con una ventaja arrolladora sobre el enemigo, arriesgarse a entrar en combate era una insensatez. Había muy pocos hombres (ninguna de las divisiones apaches estaba formada por más de unos pocos miles, incluidos mujeres y niños) y los guerreros apaches no podían permitirse imprudencias con sus vidas. No obstante, cuando los acorralaban o tenían que proteger a sus mujeres y niños, luchaban con un arrojo temerario, y en la frontera corría el dicho de que un apache se volvía más peligroso cuando estaba herido. Una vez lejos del alcance de las armas enemigas, los apaches solían palmearse el trasero y dedicaban gestos burlones a sus enemigos.

Tanto los apaches como sus parientes, los navajos, pertenecían a la extendida familia lingüística atapasca, aparentemente la última ola migratoria asiática antes de que los esquimales irrumpiesen en el continente americano. A pesar de su tardía aparición en Norteamérica, los atapascos se expandieron rápidamente desde el noroeste de Canadá hasta el norte de México. No se sabe con

certeza en qué momento los grupos ancestrales de los apaches llegaron al sudoeste, pero ya estaban bien afianzados en algunos de sus territorios favoritos cuando los españoles llegaron a sus tierras por primera vez en el siglo XVI. Aunque los antropólogos no se ponen de acuerdo sobre el momento aproximado de su llegada, muchos tienen la convicción de que los atapascos llegaron relativamente tarde a la región. Los apaches, sin embargo, se sentían plenamente en casa en el sudoeste, y resulta increíble que se aclimataran al riguroso desierto y al entorno montañoso en tan poco tiempo. Los apaches encontraban agua y alimentos vitales donde otros habrían perecido, y su íntimo conocimiento de aquel terreno vasto y tan poco atractivo indica que habían vivido en la región el tiempo suficiente para sentirse completamente a gusto en él.

Este estudio se ocupa de los apaches de Nuevo México, Arizona y el noroeste de México. A lo largo y ancho de este vasto desierto y de esta región montañosa, vagaban los jicarillas, los mescaleros, los mimbreños, los mogollón, los chiricahuas y los apaches occidentales: tonto, coyoteros y pinaleños. Los nombres con que conocemos a estas bandas son los que les aplicaron los españoles a finales del siglo XVIII. Aunque los navajos podrían ser incluidos y considerados apaches junto a los demás atapascos del sur, por regla general se les trata separadamente y, por tanto, aquí los omitiremos. Los apaches kiowa y lipan de las llanuras del sur también quedarán excluidos.

Jicarilla significa «cestita» en español, y ese fue el nombre con el que se bautizó a la banda apache que era muy diestra en la elaboración de vasijas de cestería. Los jicarillas que erraban por el nordeste de Nuevo México y el sur de Colorado nunca fueron muy numerosos y jamás llegaron al millar. Desde el año 1600, estuvieron en buenos términos durante la mayor parte del tiempo con los mescaleros, pero no así con los navajos, aunque todos hablaban la misma lengua atapasca. Los jicarillas tuvieron períodos de hostilidad y de amistad con los españoles, y a menudo se unieron a ellos en expediciones contra otras tribus.[1]

Los mescaleros (literalmente, «elaboradores de mezcal») del centro y del sudeste de Nuevo México y del oeste de Texas recibieron el nombre por su costumbre de consumir mezcal. Aunque este nombre se aplicaba solo a este grupo, la mayoría de las bandas apaches tomaban mezcal. En cierta época, los mescaleros rondaron por ambas orillas del río Grande y por las llanuras orientales, pero sus territorios de caza reconocidos fueron las montañas de Sierra Blanca, Sacramento y Guadalupe, al este del río Grande y, al sur, hasta el interior del Big Bend y el norte de Chihuahua.

Desde al menos 1630 en adelante, en las proximidades de la cabecera del río Gila, al sudoeste de Nuevo México, estaban establecidos los indios llamados *apaches gila* o *gileños*. Los mimbreños, chihinne o «gente pintada de rojo», una de las divisiones de los apaches gila, vivían en las montañas Mimbres (Sauce) y a lo largo del río homónimo. Estrechamente relacionados con ellos estaban los bedonkohes o apaches mogollón, que vivían en las montañas Mogollón, cerca de la frontera actual entre Arizona y Nuevo México. Ambos grupos estaban vinculados íntimamente con los chiricahuas del sur de Arizona; de hecho, tan unidos que a menudo se les ha designado como chiricahuas orientales. Pero como a estas bandas se las conocía por las montañas que recorrían, parece más apropiado y menos confuso referirse a ellos como mimbreños y mogollón. Culturalmente, los gileños y los chiricahuas estaban más próximos a los mescaleros que a cualquier otra banda apache.

Al oeste de los mimbreños estaban los chiricahuas, que vagaban por las montañas Chiricahua y Dragoon, del sur de Arizona. Era la banda de Cochise. Más al sur, estaban los nednhi (o pueblo enemigo), con frecuencia llamados chiricahuas del sur, que frecuentaban Sierra Madre y las montañas Hatchet del norte de México. Como todas estas bandas vivían en un territorio árido y accidentado, no intentaban cultivar nada y obtenían su alimento exclusivamente de la

caza y la recolección. Aunque todos los apaches eran nómadas, cada grupo tenía una base favorita, un refugio donde almacenaban alimentos para el invierno y desde el cual iniciaban sus incursiones.
Los apaches más occidentales eran los tonto, los coyoteros y los pinaleños, que vivían en la cuenca del Tonto y los alrededores de lo que es hoy Flagstaff y el río Little Colorado, en las montañas White, en torno al actual Fort Apache, y en las montañas Pinal. Debido a su lejanía de los asentamientos españoles, estas tribus y las regiones que ocupaban eran poco conocidas por aquellos antes de que los misioneros jesuitas se trasladaran al norte desde Sonora a finales del siglo XVII. Los apaches occidentales, como se les denomina colectivamente, plantaban maíz y algún que otro cultivo, y doblaban aproximadamente en número a los chiricahuas, los mogollón y los mimbreños.
Los españoles ya conocían a las diversas divisiones apaches (no eran tribus en el sentido habitual) con una multitud de nombres descriptivos antes de que adoptaran sus denominaciones modernas. Debido a ello, y a que muchas bandas apaches cambiaban habitualmente de ubicación, no siempre resulta claro en los relatos de los españoles qué banda estuvo envuelta en determinado incidente en particular.
Además de las divisiones y bandas enumeradas más arriba, había otros pueblos belicosos que también podrían haber formado parte de la familia lingüística atapasca, casi siempre mencionados junto a los apaches, y a quienes de vez en cuando se les denominaba con este nombre. Eran los janos, los jocomes, los mansos y los sumas. Los janos y los jocomes estaban vinculados a los chiricahuas y, según parece, se fusionaron con ellos alrededor de 1700, pues sus nombres apenas aparecen en fechas posteriores.[2]. Los mansos y los sumas se movían más al este; también desaparecieron como pueblos independientes. Los tobosos de Nuevo León eran, según parece, otro grupo atapasco con prácticas de asalto similares a las apaches, y los españoles del siglo XVIII los consideraban como tales.[3]

Como muchas tribus de indios norteamericanos, las bandas apaches y sus divisiones se hicieron conocidas por los nombres que les pusieron otros, puesto que el término atapasco con el que se referían a sí mismos era *Diné*, que significa «la Gente». Se cree que *apache* es una corrupción del término zuñi *apachú* o «enemigo», el nombre que daban a sus vecinos atapascos, los navajos. A causa de su legendaria furia, los apaches se hicieron bastante populares tanto en Europa como en América; de hecho, se llegó a bautizar un violento baile francés en su honor. Su reputación de ferocidad, ganada a pulso en sus encuentros con los españoles, seguía siendo muy merecida cuando los angloamericanos se enfrentaron a ellos en el siglo XIX.

Los apaches vivían en *go-tahs* o campamentos, en grupos de varias familias que constituían sus principales unidades políticas. Los hombres jóvenes, al casarse, se iban a vivir con las familias de sus mujeres, a las cuales atendían desde entonces. En los viejos tiempos, los grupos de asalto estaban formados, generalmente, por miembros de un solo campamento, pero en ocasiones los hombres de varios *go-tahs* se podían unir para llevar a cabo una incursión. Dejaban a las mujeres y los niños en un refugio seguro con una buena reserva de alimento y unos pocos hombres para protegerlos; entonces se ponían en marcha.

Algunos apaches, probablemente jicarillas y mescaleros, comerciaban todos los años con los indios pueblo del río Grande e intercambiaban cueros, pieles, sebo y cautivos por comestibles, tabaco y ropa de algodón de los pueblo. Existen algunas pruebas de que los apaches acampaban en las proximidades de ciertos asentamientos pueblo durante los inviernos. Las relaciones entre ambos debieron de ser, por lo general, pacíficas, pero de no haber existido interludios de guerra lo más probable es que los zuñis les hubiesen puesto a los navajos un nombre más cordial que el de «enemigos».

Después de que los españoles llegaran en la última década del siglo XVI y se establecieran de modo permanente en Nuevo México, los apaches incrementaron sustancialmente sus reservas de alimentos asaltando los rebaños de ganado de los asentamientos españoles y pueblo. Como lo ignoraban todo sobre la cría de ganado o de caballos y consumían con rapidez lo que robaban, llegaron a depender cada vez más de los asaltos para su alimentación. Y debido a que rara vez podían reunir un elevado número de guerreros, las partidas de asalto eran pequeñas, formadas, por lo general, de cuatro a doce hombres. Los asaltantes viajaban a pie y se ocultaban durante días si era necesario, observando a sus codiciadas víctimas hasta que surgía el momento propicio. Entonces ahuyentaban furtivamente a los animales para que su desaparición no se descubriera en horas o días. Evitaban el enfrentamiento en la medida de lo posible, pues podría poner en peligro el objetivo del asalto. Si les pillaban desprevenidos, mataban a algunos animales con la idea de regresar para comérselos después y se dispersaban en todas direcciones. En caso de que se desatara una persecución rápida y resuelta, se podían recuperar algunos animales, pero los asaltantes, por lo general, lograban huir. Cuando ya habían consumido los animales robados, los apaches salían de nuevo a saquear. Los grupos de asalto podían viajar a cientos de kilómetros de los campamentos para hacer incursiones en ranchos o asentamientos de Nuevo México, Chihuahua o Sonora, lo que convertía en extremadamente complicada la organización de una defensa efectiva contra ellos.

Los apaches distinguían entre incursiones (por el botín) y guerra (principalmente por venganza). Las primeras se organizaban cuando las reservas de carne estaban a punto de agotarse. Por lo general, una anciana del grupo llamaba la atención sobre el asunto y sugería un plan para apoderarse del ganado enemigo. Un asaltante experimentado no tardaba en anunciar una incursión y solicitar

voluntarios: cualquier hombre que hubiese completado su aprendizaje en anteriores partidas de asalto podía formar parte de esta.

Una vez seleccionado el rebaño enemigo del que se iban a apoderar, unos cuantos asaltantes se aproximaban a él a primera hora de la mañana y conducía el ganado silenciosamente hacia el resto de los apaches, que aguardaban en la retaguardia. Estos hombres rodeaban el rebaño y se lo llevaba velozmente hacia su territorio. Durante el viaje de vuelta, hombres y animales viajaban sin descanso, a menudo sin dormir, durante cinco días. Los asaltantes tenían el derecho de obsequiar los animales que habían robado a parientes maternos, pero también a mujeres que no perteneciesen a su familia. Según la costumbre, el ganado robado se distribuía de un modo equitativo entre los miembros del campamento sin que ninguna familia quedara excluida.

Aunque las partidas de asalto solían estar formadas completamente por miembros de un mismo grupo local, las de guerra recurrían a miembros del clan de una zona más amplia. Si habían matado a un guerrero, vengar su muerte dependía de sus parientes maternos. El jefe del grupo local de guerreros al que pertenecía el caído enviaba mensajes a los jefes de clan de otros grupos en los que anunciaba un consejo. Todos los que querían participar se reunían en una ceremonia de «marcha bélica» con danzas y discursos destinados a ponerles en disposición y ánimo de combate. Las partidas de guerra, que podían incluir hasta doscientos hombres, siempre contaban al menos con un hombre medicina cuya responsabilidad era alentar la conducta adecuada y predecir el resultado. Los niños capturados solían adoptarse, pero si se capturaba a enemigos adultos con vida, se entregaban a los parientes femeninos del guerrero muerto para que los torturasen y los matasen.[4]

Según parece, los apaches se toparon por primera vez con los españoles en 1599, cuando ayudaron a defender Acoma Pueblo de Juan de Oñate, el primer gobernador español de Nuevo México, quien, el año anterior, había traído una colonia de pobladores al valle

del río Grande. Resulta imposible determinar si aquellos defensores eran chiricahuas, apaches occidentales o «apaches de navajo». De cualquier manera, el primer asentamiento de Oñate no tardó en convertirse en objeto de las incursiones apaches y navajos, aunque su fin era más el ganado de los españoles que la destrucción. Caballos, mulas y ganado enriquecieron en buena medida la dieta espartana de los apaches, y estos no tardaron en preferir las carnes de caballo y mula, que preferían a las de ternera o cordero. Las incursiones apaches se hicieron tan costosas que, en poco menos de una década, los colonos de Nuevo México solicitaron al virrey que les permitiese abandonar la colonia. Sin embargo, uno de los sacerdotes españoles abogó por que no se abandonara Nuevo México, pues, afirmaba, los indios pueblo conversos habían perdido la amistad de los apaches. En 1609, el virrey ordenó a los colonos que se quedaran.[5]

Tras la llegada de los españoles, los apaches continuaron comerciando con los indios pueblo, tal y como solían. Pero los gobernadores españoles, empezando por Oñate, conocedores de la constante demanda de mano de obra que había en los campos mineros del sur, empezaron a secuestrar apaches para venderlos como esclavos. En ocasiones llegaron a vender apaches pacíficos que habían aceptado la conversión, así como otros que se habían acercado amistosamente a comerciar. No es sorprendente que, mientras continuase la venta de cautivos, los apaches desarrollaran un odio imperecedero hacia los españoles. Las familias apaches estaban muy unidas, ligadas por poderosos vínculos de afecto, y la pérdida de cualquier pariente cercano era causa de un auténtico dolor. La captura de esclavos y la posterior práctica de mandar los prisioneros a Ciudad de México para que allí se dispusiera de ellos intensificaron de tal manera el odio de los apaches hacia los españoles y los mexicanos, que este no remitió nunca jamás.

Para la década de 1620, los españoles conocían bastante bien a los apaches de Nuevo México. En 1630, fray Alonso de Benavides quedó tan impresionado por ellos que llegó a estimar disparatadamente en

su crónica que su número superaba al de todas las tribus juntas de Nueva España (México). No obstante, apuntó muchas observaciones que se verificarían una y otra vez durante los siglos ulteriores. Los apaches eran, escribió, «un pueblo muy fiero y belicoso, y muy diestro en la guerra». Valoraban la castidad y castigaban a la mujer adúltera cortándole la parte carnosa de la nariz. «Se enorgullecen mucho de decir la verdad», añadió.[6]

En cuanto los apaches aprendieron a emplear los caballos para otra cosa que no fuera «leña para la tripa», tanto su movilidad como su poderío militar aumentaron de un modo considerable. No hay testimonios personales que nos informen de cómo o cuándo aprendieron los apaches a montar a caballo, pero hay unos cuantos documentos que nos proporcionan algunos indicios. Por lo común, las autoridades españolas prohibían a los indios la posesión o la monta de caballos, pero en 1621 se les concedió un permiso especial a los rancheros y a los misioneros de Nuevo México para emplear a indios pueblo conversos como pastores.[7] Durante la década de 1630, hubo frecuentes quejas porque aquellos conversos, presumiblemente desencantados con el trato que les dispensaban sus amos españoles, huyeron para buscar asilo entre los apaches y los navajos. Parece claro que fueron estos indios pueblo conversos quienes enseñaron a montar a caballo a los apaches en las décadas de 1630 y 1640. Desde 1640, aproximadamente, existe un montón de informes sobre conspiraciones entre los indios pueblo y los apaches o los navajos contra los españoles. En 1650, por ejemplo, algunos pastores pueblo entregaron rebaños de caballos españoles a sus aliados apaches.[8]

Cuando empezaron a emplear los caballos, los apaches siguieron el modelo de los españoles en su equipamiento de montura. Trenzaban cuerdas de crines y cuero crudo, y hacían sillas de montar (con armazones de madera), estribos y hebillas para la cincha. Sus primeras mantas de montar estaban hechas de piel de carnero, búfalo o ciervo. Más adelante, adquirieron mantas tejidas en sus

tratos con los indios pueblo o a través de saqueos. Y para proteger los cascos de sus caballos en los viajes largos, los revestían con botas de cuero.[9]

Antes de 1680, las conspiraciones entre apaches y pueblos habían sido aisladas, poco coordinadas e inefectivas, pero ya alrededor de 1650 las incursiones apaches contra los rebaños españoles se habían convertido en un problema grave. A lo largo del siglo XVII, los gobernadores continuaron capturando apaches para venderlos como esclavos. En sus expediciones esclavistas, los españoles emplearon un buen número de indios pueblo, lo que incrementó la enemistad de algunas bandas apaches con ciertas tribus pueblo, aunque eso no obstaculizó la cooperación entre otras.

En la década de 1660, la hostilidad apache se generalizó tanto y se volvió tan destructiva que ningún camino resultaba seguro; los guerreros apaches estaban permanentemente alerta, listos para tender emboscadas a los viajeros incautos. Durante la década siguiente, las incursiones se hicieron aún más devastadoras y, a raíz de esto, en 1672 se abandonó el pueblo de Háwikuh. Los asaltos de los jicarillas y de los mescaleros provocaron el abandono de los pueblos Tompiro, al este de las montañas Manzano, a principios de la década de 1670. A excepción de unos pocos rebaños de ovejas que habían sido custodiados cuidadosamente, el ganado español en el valle del río Grande había desaparecido por completo. Mientras, al rey le había llegado noticia de la continua venta de apaches y, en 1673, a través de uno de los muchos edictos reales, ordenó la liberación de los indios esclavizados en Nuevo México y demás provincias del norte. Pero los funcionarios españoles tenían ya mucha práctica a la hora de burlar edictos reales inoportunos o inconvenientes sin caer en abierta deslealtad: aceptaron aquellos decretos diciendo «Obedezco, pero no acato». No se liberó a los esclavos, y la captura y venta de apaches continuó activa.

Las incursiones apaches dejaron prácticamente sin caballos a la unidad de caballería del presidio[10] de Santa Fe, impotente para enfrentarse a los asaltantes enemigos. A finales de la década de

1670, además, una grave y prolongada sequía en el curso de la cual murieron cientos de indios pueblo, debilitó seriamente las defensas provinciales. En 1677, el padre Francisco de Ayeta, el enérgico franciscano superior de las misiones de Nuevo México, condujo una caravana de provisiones y un millar de caballos para las tropas. Convencido de que la provincia corría aún grave peligro, regresó a Ciudad de México para solicitar provisiones, tropas y caballos. Camino del norte, a la altura del río Grande, con los carromatos, la manada de caballos y cincuenta soldados reclutados en las cárceles de Ciudad de México, se topó con unos españoles que huían hacia el sur desde Nuevo México.

La sublevación de los indios pueblo de 1680 fue cuidadosamente planeada y coordinada por un indio pueblo llamado Popé; había dado instrucciones a los líderes de los diversos pueblos para que contaran los días a través de nudos en cuerdas de tal forma que todos pudiesen emprender el ataque el mismo día. Los líderes de la rebelión también convencieron a los apaches (según parece jicarillas y mescaleros) y a algunos navajos para que se unieran al alzamiento. Esta coalición fue decisiva: los españoles decidieron abandonar Nuevo México solo tras convencerse de que los apaches y los navajos estaban ayudando a los rebeldes. Y después, al considerar la reconquista de la zona (que les costó completar dieciséis años), su principal preocupación fueron los apaches y los navajos. Los españoles albergaban la esperanza de que las tribus pueblo les rogasen protección.

Durante la reconquista de Nuevo México, la presión de los comanches empujó a los mescaleros en dirección oeste hacia el río Grande. Los comanches también obligaron a marcharse de su antiguo territorio a una banda de jicarillas siguiendo el lecho del río Arkansas hasta Sierra Blanca. La ofensiva hacia el sur de los comanches, sobre todo para adquirir caballos, aisló a los mescaleros y a los jicarillas de sus antiguos territorios para la caza del búfalo en las llanuras sureñas. En 1733, un sacerdote español estableció una misión entre los jicarillas en las proximidades del pueblo de Taos,

pero esta duró solo unos años. Al parecer, los jicarillas aceptaron la presencia de un misionero con la esperanza de asegurarse la ayuda de los españoles contra el imperio comanche.

La revuelta de los indios pueblo se desató en una época de cambio y prolongación de incursiones apaches. Los mescaleros trasladaron sus asaltos al norte, hacia el valle del río Grande. Los apaches gila empezaron a atacar los asentamientos españoles situados al sur, en Chihuahua, y se aliaron con los sumas, los janos y los jocones del oeste de Chihuahua y el este de Sonora. En la década de 1690, el padre Eusebio Francisco Kino declaró que aquellas tribus y los apaches llevaban asolando Sonora desde hacía «muchos años».[11]

No se sabe con exactitud cuándo penetraron por primera vez los apaches en el sur de Arizona, pero los primeros misioneros jesuitas de la región no hicieron mención de encuentros con estos hasta 1698, cuando el padre Kino se topó con un grupo en el valle de San Pedro, cerca de la actual Fairbanks. La presión española debió empujar a los apaches hasta allí, o quizá llegaron atraídos por la perspectiva de todos aquellos pueblos sedentarios listos para ser saqueados.

Entre 1680 y los primeros años de 1700, los apaches occidentales parecían centrados en las proximidades de la cabecera del Gila. A lo largo del río Verde de Arizona (en lo que más tarde sería el territorio de los apaches tonto) estaban los yavapais, que hablaban la lengua yuma. No hay constancia de apaches en la región del río San Francisco hasta 1747, ni en las montañas White hasta 1808, pero aunque nunca se denunció su presencia, debieron de estar allí desde antes. Las campañas españolas desde Zuñi en 1747 y 1754, como otras que se efectuaron desde Chihuahua, debieron de forzar a algunos apaches del oeste de Nuevo México y del sudeste de Arizona a trasladarse más al oeste, incrementando de este modo la presión apache sobre los sobaípuris. Las expediciones españolas desde Janos y Fronteras también debieron de obligar a las bandas apaches del sur a buscar refugio en las montañas Chiricahua y en la región de San Francisco.

La Arizona española era una extensión de Sonora más que de Nuevo México, y permanecería como parte de ella hasta 1854. Los españoles jamás ocuparon zonas de Arizona por debajo del valle de Santa Cruz y la ranchería pima de Tucson. Los jesuitas habían establecido misiones entre los indios mayo y yaqui de Sonora a principios del siglo XVII y, poco después, entraron en territorio ópata. Pimería Alta, como se llamó al norte de Sonora por el predominio de las tribus pimas, era el hogar de los altos pimas, los pápagos, los sobas y los sobaípuris. Eran pueblos sedentarios y agricultores, aunque los pápagos del desierto del sur de Arizona subsistían principalmente gracias a la caza y la recolección. Pimería Alta limitaba al norte con las tierras de los apaches gileños, al este con el río San Pedro y al oeste con el Colorado y el golfo de California.

Los misioneros jesuitas, encabezados por el padre Kino, penetraron en la Pimería Alta en la década de 1680.[12] Los pueblos pima y ópata les dieron la bienvenida y aceptaron enseguida el cristianismo. Los sobaípuris de los valles de Santa Cruz y San Pedro solicitaron más misioneros, pero no hubo disponibles hasta el siglo XVIII. Los jesuitas, nada más llegar, recibieron la advertencia de la creciente amenaza apache y llegaron a contar con los guerreros ópatas y pimas para la protección de sus misiones y rebaños.

De todas las tribus que se encontraron los españoles en Norteamérica, ninguna adoptó el modo de vida español con más disponibilidad y éxito que los ópatas. Junto a los pimas, no tardaron mucho en desempeñar funciones importantes en los asentamientos de Sonora. Como a los ópatas no les había quedado más remedio que penetrar en territorio pima al trasladarse por el río Yaqui, en el pasado habían existido hostilidades entre ambas tribus. Pero a medida que se intensificaron los ataques apaches, estos conflictos menores se subordinaron al problema común de la supervivencia. Los ópatas, por su especial relación con los españoles, recibieron el nombre de «los niños mimados de la corona española» y «la más valiente, noble y leal de todas las tribus amistosas; los tlascaltecas

de tierra adentro».[13] Se casaron con españoles y luego con mexicanos hasta el punto de desaparecer como tribu diferenciada, y su lengua fue al final reemplazada por el español.

El dominio ópata se extendía desde las montañas Huachuca del sur de Arizona hasta la zona central de Sonora, pero la creciente hostilidad apache obligó a la tribu a dirigirse gradualmente hacia el sur, dejando despoblada la parte norte del territorio. Los poblados ópatas eran pequeños e independientes, pues no estaban organizados políticamente a nivel tribal. Fronteras, Bavispe, Baserac y Arizpe estaban en territorio ópata; en 1778, Arizpe se convirtió en la capital provincial de Sonora. Las relaciones armoniosas entre ópatas y españoles solo se vieron afectadas por un complot aborigen en 1696 y unos pocos incidentes en el siglo XVIII.

Los funcionarios españoles tenían a los pimas por gente de poca confianza a pesar de sus notables servicios en la lucha contra los apaches, y una sucesión de varios alzamientos de estos últimos no hizo sino ratificar las dudas de los españoles. El apoyo pima a los españoles intensificó la hostilidad entre apaches y pimas, aun cuando algunos apaches seguían acudiendo a los poblados pimas para comerciar. De todas las tribus pimas, los sobaípuris eran los guerreros más destacados, pues sus tierras colindaban con las de los apaches arivaipas y chiricahuas, y de vez en cuando perseguían a los asaltantes hasta adentrarse en las montañas Chiricahua. Si la tribu hubiera sido débil, no hubiera tardado en ser ahuyentada o aniquilada. Sin embargo, a pesar de su valentía y destreza en la lucha, los sobaípuris no pudieron resistir la presión apache indefinidamente.

Los problemas apaches en Sonora tienen su paralelo en los de Nuevo México a lo largo del siglo XVII, pues las incursiones se incrementaron con bastante dureza a medida que el siglo fue avanzando, y fueron especialmente penosas en la década de 1680. Para la década siguiente, los estragos apaches casi habían dejado la provincia deshabitada. Los chiricahuas hostigaban no solo a las misiones y a los ranchos lejanos, sino que penetraban con audacia

en las partes más populosas de Sonora. Los españoles pedían cada vez más ayuda a sus aliados ópatas y pimas para defender sus pueblos y para participar en expediciones punitivas.

A principios de la década de 1690, después de que los chiricahuas y los gileños expulsaran a los ópatas del norte de Sonora, los españoles fundaron el presidio de Fronteras, que se convirtió en un emplazamiento clave para la defensa de la región contra los apaches. En 1693, se estableció también una *compañía volante*[14] para la defensa de Sonora. Se estimaba que una sola banda apache había robado cien mil caballos, y se creó esta unidad móvil para hacer frente a semejantes robos con la activación de una persecución inmediata y veloz. Pero como las incursiones apaches eran repentinas y podían suceder en cualquier parte, la compañía volante no pudo llevar a cabo lo que se esperaba de ella.

Aunque una fuerza combinada ópata-pima había defendido con éxito la misión y el pueblo ópata de Cuchuta, los ópatas seguían considerando a los pimas culturalmente inferiores, una actitud que, como es natural, resultaba ofensiva a los pimas. En las misiones pimas, los jesuitas contrataban a ópatas cristianizados como asistentes y les conferían autoridad sobre los neófitos tensando así aún más las relaciones. En 1695, los resentidos pimas se volvieron a alzar contra los españoles y mataron a algunos jesuitas junto a sus ayudantes ópatas. Después, los rebeldes destruyeron Altar y atacaron Caborca, dos asentamientos misioneros. El padre Kino organizó un encuentro de paz y el jefe pima El Tupo acordó la identificación de los que habían acabado con la vida de los jesuitas. Pero en cuanto los pimas señalaron a un culpable, un oficial español lo decapitó sin contemplaciones. Los pimas, asustados, se dieron a la fuga, pero los soldados y sus aliados seri los persiguieron sin darles tregua y mataron a El Tupo y a cincuenta pimas más. Todos los asesinados eran inocentes y, además, se les había prometido protección. A raíz de esta traición, los pimas vagaron por el territorio

destruyendo pueblos y ranchos españoles hasta que, al final, muchos años después, el padre Kino consiguió que se les otorgara un perdón generalizado para todos ellos.

La primera vez que Kino visitó los valles de Santa Cruz y de San Pedro en el sur de Arizona encontró ambas zonas densamente pobladas, con diez o doce asentamientos sobaípuris en cada valle y una población total de quizá cuatro mil quinientos habitantes. Kino llevó rebaños de vacas y caballos para establecer ranchos en Quíburi (cerca de la actual Fairbanks) y en Bac (cerca de la ranchería de Tucson). Quíburi era el pueblo del jefe sobaípuri Coro, que había adquirido fama en las guerras contra los apaches liderando varias exitosas expediciones de castigo a sus baluartes.

Como los asaltos se habían convertido prácticamente en su único sustento, los apaches dependían ahora casi por entero de los rebaños robados para su alimentación, los cuales posibilitaban la congregación de más apaches. Como consecuencia, las partidas de asalto se hicieron más numerosas que antes y en ocasiones llegaron a contar con varios cientos de guerreros y algunas mujeres, y no era raro que incluyesen jocomes y janos, aparte de apaches. Como dependían más de la fuerza que del sigilo, las partidas de asalto atacaban audazmente pueblos españoles e indios, e incluso presidios. Fue este cambio de táctica lo que convirtió las incursiones en tan destructivas. Los apaches ya no se contentaban solo con robar el ganado; su odio hacia los españoles les impulsaba a destruir todo lo que se les ponía por delante. En 1693, por ejemplo, los apaches destruyeron tan a conciencia la misión de Cocóspera que, acto seguido, tuvo que ser abandonada.

Poco después, tuvo lugar un encuentro en el que varios centenares de apaches, janos y jocomes atacaron la misión sobaípuri de Santa Cruz de Quíburi. Tras aterrorizar a los habitantes, los atacantes ignoraron su presencia y se dispusieron a darse un banquete de carne de caballo a la parrilla. Los sobaípuris mandaron un mensajero a Coro en busca de socorro.

El jefe y cerca de quinientos guerreros, que se habían reunido para organizar una campaña contra los apaches, se precipitaron al rescate desde su poblado de Quíburi, situado a unos ocho kilómetros. El Capótcari, el jefe apache, viendo que estaba en clara desventaja numérica, propuso que tanto él como Coro seleccionasen a diez hombres para que se enfrentasen y decidieran el resultado de la contienda. Coro aceptó el desafío y seleccionó a sus diez guerreros más hábiles. El Capótcari eligió a sus campeones entre apaches, janos y jocomes. Pero los pimas eran muy habilidosos a la hora de esquivar flechas y ganaron la contienda; el último en caer fue el propio El Capótcari. Los apaches huyeron en el acto, perseguidos por los sobaípuris, y antes de que la persecución llegase a su conclusión más de cincuenta apaches yacían muertos por el camino. Los supervivientes se separaron y aparecieron en distintos grupos en Janos, El Paso y Santa Fe pidiendo la paz. Aunque la victoria fue muy aclamada, los oficiales españoles siguieron desconfiando de los altos pimas. El padre Kino y otros jesuitas que vivían con ellos se mostraban más optimistas, pero aun así sufrieron multitud de decepciones cada vez que a los pimas les daba por abandonar de repente sus misiones.

Pese a las victorias ocasionales sobre los apaches, el balance resultaba desfavorable para los sobaípuris, y Coro, poco después de su triunfo, se llevó a los suyos del valle de San Pedro a Los Reyes, cerca del pueblo actual de Patagonia. Permanecieron en Los Reyes hasta 1705, momento en que regresaron a Quíburi. Tras la muerte en 1711 del padre Kino y de Coro, los españoles apenas se molestaron en alentar o ayudar a los sobaípuris durante los siguientes veinte años. El padre Luis Velarde, en un escrito fechado en 1716 en Pimería Alta, halagaba a la tribu: «Los pimas son valientes y audaces, tal y como prueban las guerras que los sobaípuris y el resto de las tribus del norte han mantenido contra los apaches».[15]

Aunque los españoles habían explorado Arizona por el norte hasta Casa Grande, en el siglo XVII no hubo ningún intento serio de colonizar la región. Sin embargo, el descubrimiento de las famosas *Bolas de plata* en Arizonac, a poca distancia al sur de la actual frontera entre Arizona y Sonora, atrajo a un torrente de mineros y buscadores de plata en la década de 1730. Las enormes vetas de plata no tardaron en extinguirse y no se encontraron otras nuevas. Aunque los buscadores perdieron interés y se marcharon, algunos colonizadores se instalaron allí.

Durante esta misma década, los sacerdotes jesuitas empezaron a trabajar entre los sobaípuris en Guevavi y en Bac. Poco después, los sobaípuris de la parte inferior del valle de San Pedro abandonaron el área para fusionarse con otros grupos a lo largo del Gila. En 1741, el virrey de Nueva España ordenó la construcción de un nuevo presidio entre Guevavi y Soamca para que lo guarnecieran los pimas, los sobaípuris, los pápagos y los cocomaricopas. «Sobre todo —indicó con optimismo—, será posible defender la provincia de los frecuentes ataques de los apaches, de sus extorsiones y de sus hostilidades.» El presidio de Terrenate, que sería conocido con numerosos nombres, se erigió al año siguiente.[16] Estaba al final del valle de San Pedro, cerca de la actual frontera mexicana, una posición estratégica para controlar las incursiones apaches. Pero aunque las tropas estuvieron activas, fueron incapaces de cumplir las expectativas del virrey.

En 1750, los apaches destruyeron las misiones de Bac y de Guevavi. Al año siguiente, hubo un alzamiento general de los pimas liderado por Luis Oacpicagigua de Saric, que había sido nombrado capitán general de estos por su ayuda en el sometimiento de los seris. Dijo que los pimas se habían rebelado debido al trato opresivo de los jesuitas, pero estos negaron tal cargo y lo acusaron de buscar poder personal. Más de un centenar de españoles murieron en la lucha y pasarían muchos años antes de que los pimas volvieran a vivir en paz.[17]

Una de las consecuencias de la rebelión pima fue el establecimiento del presidio de Tubac. En 1763, no obstante, Tucson y San Javier del Bac quedaron abandonados hasta nuevo aviso a causa de los devastadores ataques apaches; y cuatro años más tarde los jesuitas fueron expulsados de todas las posesiones españolas y los franciscanos los reemplazaron en las misiones de Pimería Alta.

Los apaches desarrollaron un esfuerzo especial para destruir la ranchería de Tucson, pues estaba situada en el camino de sus incursiones al sur. Sin embargo, gracias a los desvelos del padre franciscano Francisco Garcés, se construyó allí mismo un pueblo amurallado. En el momento en que la guarnición del presidio de Tubac se trasladó a Tucson a mediados de la década de 1770, el asentamiento era razonablemente seguro, aunque en absoluto estaba libre de ataques apaches.

La población sobaípuri del valle de Santa Cruz comenzó a descender alrededor de 1750 y el declive continuó hasta que la zona quedó totalmente despoblada. Las incursiones apaches fueron la causa principal del descenso de la población, pero los estragos de las enfermedades fueron también en parte responsables. Recelosos de la guerra crónica con los apaches, los sobaípuris restantes abandonaron sus pueblos en 1762 y se refugiaron en las misiones de Soamca, de San Javier del Bac y de Tucson. En 1775, después de que todos los sobaípuris se hubiesen marchado de la zona inferior del valle de San Pedro, solo había un presidio en Santa Cruz de Quíburi, creado por el traslado de tropas desde Terrenate. No obstante, tras cinco años de guerra constante con los apaches, las tropas tuvieron que regresar a Terrenate. En 1800, la ranchería de Tucson y la misión de San Javier eran los únicos puestos avanzados españoles en la zona inferior del valle de Santa Cruz.

En el resto de Sonora, los problemas con los apaches fueron constantes durante la primera mitad del siglo XVIII, y la gravedad de la devastación se vio incrementada a causa del aumento del número de apaches que componían las partidas de asalto. Muchas campañas españolas en la región del río Gila y en las montañas Chiricahua se

originaron en los presidios de Fronteras, Terrenate y Tubac. La más ambiciosa tuvo lugar en 1747, un movimiento coordinado contra los gileños con tropas que convergieron desde distintas direcciones. Pero, debido a la dificultad del terreno y al carácter esquivo de los apaches, la campaña se saldó con un éxito moderado. Sin embargo, estableció un nuevo modelo de campañas que sería más efectivo en el futuro.

Los gileños continuaron llevando a cabo incursiones tanto en Nuevo México como en Sonora y Chihuahua. En Nuevo México se establecieron patrullas militares, pero los gileños las evitaban con facilidad y solían penetrar hasta sitios como Albuquerque y Laguna. Las expediciones punitivas que se organizaban esporádicamente desde todos los presidios cercanos supusieron un obstáculo muy leve para los asaltantes.

En la década de 1750, la hostilidad apache fue tan perjudicial que muchos ranchos y emplazamientos españoles de Sonora fueron abandonados (algunos de manera permanente), incluso sitios situados tan al sur como Altar. En 1756 se organizó una fuerza de ciento cuarenta ópatas para perseguir a unos asaltantes apaches hasta el territorio del Gila, y se reclutaron tres compañías adicionales de esta tribu para reforzar los presidios. Como después de 1762 los sobaípuris del valle de San Pedro ya no constituían el objetivo principal de los ataques apaches, las incursiones se volvieron intolerables. A lo largo de la década de 1760, los rancheros de Chihuahua perdieron miles de caballos, mulas y cabezas de ganado en manos de los apaches.[18]

Entre cada una de las incursiones, los apaches acudían con frecuencia a los presidios para negociar el intercambio de prisioneros. Los apaches seleccionaban los lugares de encuentro confiando en que los españoles no les atacarían mientras tuviesen prisioneros españoles en su poder. Una vez realizados los intercambios, los apaches se dividían en pequeñas bandas para robar ganado y caballos durante el camino de vuelta a casa. También se aprovechaban de la ausencia de tropas cuando salían de

campaña y atacaban los asentamientos vulnerables. En 1766, por ejemplo, mientras el capitán Juan Bautista de Anza se hallaba fuera de Tubac al frente de un escuadrón para dar caza a los apaches, estos se apoderaron de un rebaño de ganado en San Javier del Bac. A partir de 1765, los presidios de Fronteras, Terrenate y Tubac emprendieron campañas mensuales, pero estas no consiguieron ningún alivio inmediato.

El padre Ignaz Pfefferkorn, que sirvió en Sonora desde 1756 hasta la expulsión de los jesuitas en 1767, comentó que los asaltantes apaches se llevaban el ganado robado con tanta rapidez que, por lo general, ya se encontraban a treinta o treinta y cinco kilómetros de distancia antes incluso de que se advirtiera la pérdida. Y como los apaches mataban y se comían todos los caballos y mulas, a excepción de algunos de los mejores, que se guardaban para los saqueos, la mayor parte de las veces resultaba imposible recuperar los rebaños perdidos. Anotó que cuando los asaltantes atacaban en bandas numerosas no se precipitaban, pues mantenían una retaguardia lista para tender una emboscada a los perseguidores incautos. El atrevimiento de los apaches era tal que incluso atacaban a los soldados que estaban a cargo de las manadas de caballos de los presidios.

Pfefferkorn culpaba de la mayor parte de los problemas a la falta de efectividad de las tropas destacadas en los presidios. No estaban adiestradas en el uso de armas de fuego y, pese a ser excelentes jinetes y hábiles en el uso de la lanza, tales habilidades apenas les resultaban de utilidad en las batallas contra los apaches. El mando de un presidio era, además, un puesto muy lucrativo. Pfefferkorn describió las diversas maneras mediante las cuales los capitanes de los presidios podían sacar provecho a través de la venta de provisiones, uniformes y caballos a las tropas: «Esto es de sobra conocido en Ciudad de México —señaló con ironía—, y la posición del capitán no se confiere a nadie que no pueda probar su valía militar con un pago en efectivo de doce o catorce mil pesos. Puede o no tener conocimientos bélicos... Esta es una de las razones por las

que los salvajes detentan el dominio de Sonora». Añadía que las tropas perseguían de vez en cuando a los apaches, pero normalmente regresaban con las manos vacías, «porque los indios son demasiado rápidos para ellos».[19] La situación estaba empeorando y, para algunos españoles, Sonora parecía condenada a la despoblación total. Solo durante la década de 1760 se abandonaron cuarenta y ocho asentamientos y ciento veintiséis ranchos al norte del río Yaqui. A pesar de la consideración desfavorable que Pfefferkorn tenía de ellos, muchos capitanes de presidios, como Juan Bautista de Anza, fueron excelentes hombres de la frontera y magníficos luchadores contra los indios.

En 1768, unos trescientos cincuenta soldados, entre los que había dragones veteranos, todos ellos bajo el mando del coronel Domingo Elizondo, llegaron a Guaymas a prestar su servicio en Sonora. Sirviéndose de los presidios y milicias de Sonora, Elizondo incrementó sus fuerzas hasta alcanzar la cifra nada desdeñable de mil cien hombres. Tuvieron cierto éxito en sus campañas contra los seris, pero sus ofensivas contra los apaches no se vieron recompensadas. Cada vez se hacía más patente que no servía de nada perseguir a los apaches en un solo punto del mapa, pues actuaban a lo largo de toda la frontera. Enviaron al marqués de Rubí a estudiar las defensas del norte de la frontera a fin de realizar recomendaciones para su mejora.

Tras una intensa inspección a lo largo de tres años, en el curso de la cual vio numerosos ranchos incendiados, Rubí recomendó la reorganización de los presidios del norte en una sola línea, de tal manera que cada uno controlase una vía de incursión apache. Insistió con todas sus fuerzas en que se estableciesen alianzas con las demás tribus y se efectuase una guerra de exterminio contra los apaches. Rubí culpaba del fracaso de las tropas a la hora de actuar con efectividad contra los apaches a la ineptitud de los comandantes y a la asombrosa capacidad de vigilancia, velocidad y resistencia de los indios. «Utilizan estratagemas que siempre engañan a nuestros

hombres.»[20] Aunque a partir de entonces los presidios se trasladaron en numerosas ocasiones, ningún movimiento podía compensar la falta de tropas y armas adecuadas.

Las reformas militares de 1772 mejoraron de un modo gradual la disciplina y la instrucción de las tropas de los presidios, y sus expediciones punitivas se volvieron más efectivas.[21] No obstante, en diciembre de 1773, mientras Anza se disponía a marchar por tierra para establecer un asentamiento en la bahía de San Francisco, los apaches se dieron a la fuga con la mayor parte de los caballos y las mulas que había reunido en Tubac.

Tanto la hostilidad apache como las enfermedades habían reducido enormemente la población india no apache del sur de Arizona. En la misión de San José de Tumacácori solo quedaban treinta y tres familias, además de dieciocho en Calabazas y nueve en Guevavi, que había sido la misión principal. En Sonoita había veintitrés familias, pero dos años antes los apaches habían matado a la mayoría de las mujeres. Un problema insoluble para la mayor parte de los poblados misioneros era que sus campos estaban situados a orillas de diversos riachuelos, a menudo a varios kilómetros de distancia de la misión, y eran muy difíciles de proteger; quienes trabajaban los campos, por tanto, estaban constantemente expuestos al peligro.

El padre Bartolomé Ximeno, un misionero franciscano de Tumacárori, impulsó la consolidación de estos grupos reducidos. «De lo contrario —predijo—, en muy pocos años los apaches acabarán con todos los pueblos pequeños.»[22] Solo medio siglo antes, estos pueblos contaban con una elevada densidad de población, y la misión de Tumacárori poseía veinticinco o treinta rebaños de caballos, aparte de numeroso ganado. En 1773, solo quedaban diez caballos (dos de ellos yeguas) y cincuenta y seis cabezas de ganado.

En 1775, el veterano cazador de indios Hugo Oconor reunió a unos mil quinientos soldados procedentes de presidios y de la provincia y organizó una campaña coordinada contra los apaches gileños; los condujo a una trampa fatal cerca del nacimiento del río Gila, donde cayeron ciento treinta y ocho guerreros. Se capturaron más de cien

mujeres y niños, y recuperaron cerca de dos mil cabezas de ganado. Un año más tarde, Oconor llevó a cabo otra campaña exitosa, aunque informó de que los apaches habían destruido casi todas las haciendas importantes que quedaban en el norte. Cuando Anza regresó a Sonora en 1777, volvió a encontrarse a los apaches merodeando libremente por todas las regiones de la provincia.[23] Anza organizó campañas mensuales para acabar con ellos, pero sin ningún éxito notable.

Siguiendo las recomendaciones de Rubí, los presidios como Fronteras, Terrenate y Tubac se trasladaron a lugares en teoría más estratégicos. La guarnición de Tubac se mudó a Tucson y dejó indefensos a los colonos de la región anterior. Sus peticiones de tropas tuvieron respuesta con la organización de una compañía de pimas bajo el mando de oficiales españoles. Tanto los pimas como los ópatas conformaban una infantería efectiva, y estos últimos se integraron muy satisfactoriamente con los soldados españoles.

Se reclutó una nueva compañía ópata para ayudar a los presidios de Sonora. Fue el resultado de una sugerencia del jefe Juan Manuel Varela, quien pidió que sus guerreros se organizasen en una compañía regular de presidio en Baserac o Bavispe. Los ópatas de esta región habían sufrido graves daños y muchas bajas; fundar un presidio allí era una manera de apoyar a los aliados fieles. También se estableció un nuevo presidio en Buenavista, guarnecido por ópatas y pimas.

Pese a que tanto los ópatas como los pimas cargaban con buena parte de la defensa provincial, los españoles continuaron reservándose sus elogios para los primeros, pues los consideraban «los vasallos más leales de nuestra Majestad, el Rey [...], los más inclinados a trabajar, a labrar la tierra y a criar ganado; en la guerra son los más genuinos y valientes».[24] Ya en la década de 1780, los ópatas y los pimas conformaban las tropas de seis compañías de presidio en Sonora, y los primeros mantenían al mismo tiempo un pelotón de dragones. Y lo que resultaba aún más excepcional: se les permitía contar con algún suboficial en sus compañías.

A pesar de las diversas mejoras en asuntos militares, aún no se había debilitado seriamente a los apaches y estos continuaban asaltando Nuevo México, Chihuahua y Sonora, atacando pueblos, reatas de mulas e incluso presidios. En 1781 creció el tamaño de las guarniciones de Sonora y se distribuyeron nuevas armas de fuego entre las tropas, lo cual ayudó a mejorar ostensiblemente tanto la moral como la eficacia.

Las bandas apaches desperdigadas por las montañas y desiertos de la frontera del norte nunca fueron numerosas, pero bloquearon de modo efectivo las avanzadillas españolas hacia el norte en la frontera entre México y Estados Unidos. La presencia de los pueblos del río Grande permitió a los españoles progresar y hacerse con el dominio de aquella región, salvo en los años inmediatamente posteriores a la revuelta de los indios pueblo de 1680. Sin embargo, el control español nunca fue firme y los apaches jicarillas, mescaleros y gileños continuaron apoderándose de rebaños en Albuquerque, Laguna y Bernalillo. La presencia de los pimas altos, y sobre todo de los robustos sobaípuris, permitió de igual modo a los españoles aferrarse a sus endebles asideros en los valles de Santa Cruz y de San Pedro, al sur de Arizona, pero los sobaípuris fueron diezmados en el proceso. Ambos valles estuvieron siempre expuestos a las incursiones apaches, con el resultado de que el avance español en el interior de Arizona progresó muy poco entre 1700 y 1800.

A finales del siglo XVIII, la antigua prosperidad de Sonora se había desvanecido bajo la incesante presión apache. Se abandonaron minas, ciudades y ranchos, al tiempo que la población declinó a un ritmo endiablado. El ganado y los caballos, en su día abundantes, eran escasos. El problema apache llegó a ser tan grave y a generalizarse de tal manera que, en 1776, los funcionarios españoles crearon una institución única y especialmente diseñada para tratar el asunto: la Comandancia General de las Provincias del Interior. Se trataba de una administración puramente militar en la cual el comandante general tenía autoridad militar sobre la vasta extensión

comprendida entre los golfos de California y México. No se encargaba de asuntos civiles; su única función era proteger ciudades fronterizas, campamentos mineros, misiones y ranchos.
El primer comandante general, Teodoro de Croix, recomendó una acción inmediata contra los apaches occidentales. En aquella época, varias bandas de gileños se habían visto debilitadas por las sucesivas campañas españolas y se habían asentado pacíficamente cerca del presidio de Janos, donde se dedicaban al cultivo. Esta fue la primera señal de que la guerra de exterminio emprendida por los españoles estaba empezando a dar sus frutos, pero la mayoría de los gileños se fugaría en menos de un año. Parecer ser que a los funcionarios españoles la posibilidad de firmar la paz con los apaches devolviendo a aquellos que tenían esclavizados no se les pasó por la cabeza en ningún momento; la guerra con los apaches y la esclavización de los cautivos eran hechos cotidianos, aceptados e incuestionados, en la frontera del Norte.
Cuando el veterano Jacobo de Ugarte llegó a Arizpe para ocupar el cargo de gobernador de Sonora, se enteró de que sus principales problemas eran los seris rebeldes del sur y los inconquistables apaches del norte. Aunque los seris y los gileños quizá no se confabularon jamás contra los españoles, en algunas ocasiones dieron la impresión de haberse unido para atacarlos. Ugarte concluyó que la solución al problema seri era embarcarles con destino a La Habana o a cualquier otro lugar situado al otro lado del océano. Para ocuparse de los apaches trasladó unos cuantos presidios y estableció otros nuevos.[25] En respuesta a estas acciones, los apaches se limitaron a elegir nuevas rutas de invasión. Algunos presidios empezaron a enviar numerosos destacamentos en meses alternativos para atacar las rancherías apaches. Esta táctica ya se había utilizado antes sin éxito, pero los procedimientos se repetían periódicamente porque no se concebía ninguna solución mejor.
No obstante, la mejora de la disciplina militar, la mayor efectividad, el incremento en el número de tropas y el suministro de armas nuevas, junto al incesante exterminio o captura de pequeños grupos

apaches, fueron debilitando poco a poco a los gileños y a los chiricahuas. A finales del siglo XVIII, ambas bandas, pese a ser temibles combatientes, solo contaban a lo sumo con unos pocos guerreros. En la década de 1780, los gileños se vieron beneficiados por una alianza con los bastante más numerosos navajos, que se unieron a ellos para acometer invasiones en Chihuahua. Pero el gobernador de Nuevo México, Juan Bautista de Anza, explotó la presión de los comanches sobre los navajos al mismo tiempo que el deseo de comerciar de estos últimos con los asentamientos de Nuevo México, para inducir a buena parte de ellos a integrarse en las campañas contra sus antiguos aliados. El jefe navajo Antonio el Pinto, no obstante, no se dejó persuadir y sus seguidores también se abstuvieron de enfrentarse a los apaches.

Con el transcurrir de los años, los españoles confiaron en el exterminio, una política que no ofrecía ninguna esperanza de paz eventual entre españoles y apaches. En 1772, la situación se complicó aún más, pues debido a una regulación de aquel mismo año se recomendó el envío de los indios rebeldes de las Provincias Internas a Ciudad de México, donde podrían distribuirse entre las familias respetables como esclavos domésticos. Debido a que algunos apaches se escaparon del área de Ciudad de México y regresaron con su gente, con lo que el odio hacia los españoles se intensificó, Ugarte y otros oficiales de las Provincias Internas prefirieron enviar a los cautivos allende los mares.

En 1783, Teodoro de Croix envió noventa y cinco apaches a Ciudad de México con la orden de que les condujesen sin demora a algún lugar del que les resultara imposible regresar. El comandante general Pedro de Nava recomendó más tarde que todos los prisioneros de guerra indios fuesen deportados, sin tener en cuenta el sexo ni la edad, y esta política se fue adoptando gradualmente.[26]

Unos años más tarde, el virrey Bernardo de Gálvez, que había servido en la frontera del norte, hizo llegar una serie de detalladas instrucciones al comandante general Jacobo de Ugarte para introducir un nuevo marco, más positivo, en las relaciones con los

apaches. Se les permitiría firmar la paz siempre que lo requiriesen y se les castigaría implacablemente cuando se alzasen en pie de guerra. Si los apaches se mostraban pacíficos, se les suministrarían víveres y se les animaría a vivir cerca de los presidios, donde sus movimientos pudieran ser observados. Al hacerles probar alimentos españoles y licor (*aguardiente*), y proporcionarles armas españolas, Gálvez creyó que los apaches pasarían a depender de estas comunidades. Quería conseguir que abandonaran el arco y las flechas en favor del mosquete español, pues las armas de fuego requerían reparaciones, pólvora y plomo. Supuso que cuando rompiesen la paz no tendría más que interrumpir su suministro para disuadirles de iniciar las hostilidades. Para mantenerlos bajo el yugo y la necesidad de la amistad española, Gálvez animó a otras tribus a combatir contra ellos.[27] Por primera vez en las largas y costosas guerras contra los apaches, la política española barajaba la posibilidad de una solución pacífica.

II

APACHES Y ESPAÑOLES

La creciente efectividad de las campañas militares españolas se reflejó en el número cada vez mayor de apaches en los registros bautismales de Sonora a partir del año 1785. La mayoría de estos conversos fueron, sin duda, cautivos capturados en expediciones punitivas, aunque quizás algunos de ellos vivían en las proximidades de los presidios como resultado de los cambios que introdujo Bernardo de Gálvez. Su política de conceder la paz a los apaches cuando estos la solicitasen, junto a los arduos esfuerzos para exterminarlos si se alzaban en pie de guerra, no tardó en dar sus frutos.

En 1786, una banda de chiricahuas pidió la paz en Sonora y aceptó vivir en un *establecimiento de paz* (precursor de las actuales reservas) próximo al presidio de Bacoachi. Otros chiricahuas, al ver que a sus parientes se les protegía y alimentaba con regularidad, se unieron a ellos. No obstante, después de haber estado en guerra con los españoles durante tantos años, los chiricahuas se mostraron comprensiblemente aprehensivos. Cuando las tropas del coronel Jacobo Ugarte y Loyola atravesaron Bacoachi camino de Arizpe, el jefe El Chiquito huyó con su banda. Los que se quedaron ofrecieron su ayuda para someter a los renegados y obligarles a regresar, pero Ugarte declinó la oferta. Dijo que los chiricahuas habían huido a causa del miedo, no por mala fe. Mandó a El Chiquito una invitación para que regresara en paz, pero le advirtió de las consecuencias de una negativa. El Chiquito ignoró tanto la oferta como la amenaza.[1]

El virrey Gálvez murió en 1786 y su sucesor, Manuel Antonio Flores, se declaró contrario a la política de firmar tratados de paz por separado con los apaches de las diversas provincias, y con buenas razones para ello. Pese a que habían firmado la paz con Sonora, los chiricahuas continuaron llevando a cabo incursiones en Nuevo México y en Chihuahua, del mismo modo que otras bandas consideraron conveniente permanecer en paz con una provincia al tiempo que seguían emprendiendo incursiones en otras zonas. Esta práctica no solo les proporcionaba un refugio seguro, sino también la oportunidad de comerciar con el fruto de sus saqueos. Pero al mismo tiempo otorgaba a los españoles de cada provincia la oportunidad de conseguir la paz a costa de las otras.[2]

El virrey Flores, a sabiendas de esta práctica apache, ordenó a Ugarte que declarase la guerra total a los gileños utilizando tropas de Sonora y Chihuahua y empleando a apaches lipan y chiricahuas como exploradores. Si estas bandas se negaban a ayudarle, Ugarte debía actuar también contra ellos. No se iba a firmar la paz con ninguna banda apache en Chihuahua, a pesar de que Ugarte había logrado convencer a los mimbreños y a los mescaleros de establecerse pacíficamente cerca de Janos y otros presidios. Flores ordenó a Ugarte que los expulsara de la provincia; debido a esto, los mescaleros retomaron sus incursiones y se convirtieron en un nuevo problema para Ugarte. Las maniobras contra ellos se intensificaron y, en la década de 1790, los mescaleros estaban de nuevo deseosos de retomar las negociaciones de paz, una paz que solo se mantendría hasta 1796.[3]

En otoño de 1787, los agobiados españoles de Nuevo México convencieron a algunos comanches para que se unieran a ellos en una expedición contra los apaches occidentales. Esta partida fue un fracaso, pero se reorganizó y se envió por segunda vez para demostrar a los aliados comanches que no era tan fácil vencer a los españoles. Aunque esta segunda campaña tuvo éxito, el coronel

Joseph Antonio Rengel consideró que los comanches eran más un estorbo que una ventaja y acabó ordenándoles que en el futuro llevaran a cabo campañas contra los apaches por sí solos.
Tras la renuncia del virrey Flores en 1789, su sucesor relajó las órdenes relativas a los acuerdos de paz y permitió que entre ochocientos y novecientos mimbreños se establecieran en San Buenaventura. Pero cuando una compañía ópata de Bavispe atacó por error a una banda que iba a unirse a los mimbreños, la mayoría de estos, temiendo una traición, regresó a sus tierras.[4]
Entonces se organizó una campaña a gran escala contra los mimbreños. Tropas y comanches se encaminaron desde Nuevo México al sur para obligarles a interponerse en el camino de una fuerza de Chihuahua que les obligó a girar hacia el oeste, donde las tropas de Sonora, junto con aliados chiricahuas, les cerraron el paso. El plan funcionó razonablemente bien y murieron o fueron capturados sesenta y un mimbreños, pero la mayoría burló el cerco y lanzó varias incursiones rápidas en Chihuahua mientras las tropas españolas se hallaban en plena campaña y las guarniciones estaban debilitadas.
Los chiricahuas que seguían viviendo en Bacoachi temían sufrir ataques por parte de los miembros de su propia banda que no se habían rendido y, a principios de 1788, El Chiquito vio justificado su temor. En una incursión repentina, sus guerreros mataron al jefe Isosé, a quien se le conocía como el mejor amigo de los españoles. La posterior campaña contra El Chiquito fracasó a pesar de los chiricahuas que acompañaron a las tropas.[5]
Debido a las vastas distancias que había que cubrir y a la multitud de apaches asaltantes, las Provincias Internas se dividieron en dos mandos. Las Provincias Internas Occidentales, dominio de Ugarte, incluían las Californias, Sonora, Nuevo México y Chihuahua. Cuando Ugarte tomó posesión de su cargo, Chihuahua estaba siendo seriamente atacada por la sencilla razón de que no había tropas suficientes para defenderla de los gileños y los mescaleros expulsados anteriormente por orden del virrey Flores. El efecto

acumulativo de los asaltos y las matanzas tuvo como consecuencia una gradual e irrevocable despoblación. Tras aterrorizar, robar o matar a sus propietarios o habitantes, ranchos, minas y pueblos quedaron abandonados.

Entre 1788 y 1795, hubo varios intentos de abrir una ruta comercial que atravesara el territorio apache entre Sonora y Nuevo México pasando por Tucson. El primer intento, en 1788, liderado por el capitán Manuel de Echegaray, del presidio de Santa Cruz, capturó a unos cuantos apaches en las riberas del Gila. Esto llevó a muchos otros jefes, incluyendo a Compá y El Chacho, a rendirse y ofrecerse a Echegaray para localizar otros campamentos apaches. El capitán los alistó como exploradores y con su ayuda fue capaz de sorprender muchas rancherías apaches. Esta fue la estrategia que más tarde conduciría a la victoria final angloamericana sobre los apaches. Se trató, sin embargo, de una política no autorizada.

El gobernador de Nuevo México, Juan Bautista de Anza, reprendió a Echegaray por alistar apaches como exploradores: sus órdenes eran matarlos o capturarlos, cuantos más mejor; los que estaban con el capitán podían entregarse como prisioneros de guerra. Pero el comandante general Ugarte aprobó la acción recordándole a Anza que Compá y los otros eran amigos o familiares de los chiricahuas y que sería peligroso ofenderlos. Los éxitos de la expedición fueron muy gratificantes para Ugarte (cincuenta y cuatro apaches muertos, ciento veinticinco capturados y cincuenta y cinco alistados como aliados) y un duro golpe para los gileños. El virrey envió a los prisioneros a Ciudad de México para su venta.

En 1793, había ocho *establecimientos de paz* o reservas con aproximadamente dos mil apaches en total. La misión de los comisionados indios o agentes era impedir que cualquiera de los españoles que vivían en la zona engañara o molestara a los indios. Los jefes de las bandas ejercían de jueces y se esperaba de ellos que castigaran a los infractores de sus respectivas tribus. Si algunos indios se escapaban, los que se quedaban en los establecimientos

tenían que unirse a las tropas designadas para traerlos de vuelta. Los comisionados realizaban concilios con los jefes para recordarles las ventajas de mantener la paz.

A los apaches pacíficos se les permitía cazar fuera de las reservas y visitar a los familiares que vivían en otros lugares. Los que salían de la reserva tenían que llevar salvoconductos para evitar problemas con las tropas y mostrar sumisión y respeto por la autoridad española. A los reincidentes en su hostilidad se les mandaba a Chihuahua para encarcelarlos.

Los comisionados también seleccionaban a una serie de confidentes que les informaban de las acciones y los planes de los demás, y se esperaba que los intérpretes ejercieran de espías. Los agentes distribuían raciones semanales entre los que vivían en un radio de quince kilómetros en torno a la guarnición, y hacían el recuento de los habitantes una vez al mes. Con el objetivo de que los apaches alcanzaran la autosuficiencia, los agentes les asignaron parcelas de cultivo y recompensaron sus esfuerzos.[6] Estas regulaciones para las reservas preludiaban las que adoptaría Estados Unidos en el siglo XIX.

El conde de Revillagigedo, que sucedió a Flores como virrey, ordenó que todos los indios capturados durante la guerra dentro de las Provincias Internas fuesen enviados a Ciudad de México para luego transbordarlos a Veracruz o a La Habana a trabajar en las fortalezas. Los prisioneros apaches que ya estuvieran en México también debían enviarse a La Habana, donde les pondrían grilletes en los pies para evitar su fuga. Aquellos a quienes se consideraban especialmente peligrosos fueron conducidos a las mazmorras de San Juan de Ulúa.

Como los apaches se escapaban a veces de sus centinelas, Revillagigedo ordenó imponer medidas de seguridad más estrictas, que, de algún modo, tenían que ir de la mano de un tratamiento humanitario y de intentos de convertir a los cautivos. En ocasiones, se deportaba a los apaches antes de que se hubiera probado que se habían alzado en pie de guerra contra los españoles. Uno de los hijos más jóvenes de Ojos Colorados, un importante jefe mimbreño,

fue capturado cerca de Janos en 1788 y enviado a Ciudad de México. Dos años más tarde, al observar que su pueblo era pacífico, Revillagigedo ordenó que lo localizaran y lo llevaran de vuelta con su familia, pero no pudieron dar con él.

La mayoría de los prisioneros apaches eran mujeres y niños, pero a veces había también unos cuantos guerreros. Sin embargo, hasta las mujeres y los niños se las ingeniaban para escaparse. En 1799, por ejemplo, cincuenta y una mujeres apaches que estaban siendo escoltadas a Veracruz por dragones atacaron una noche con tanta furia a sus centinelas que la mayoría pudo darse a la fuga.

Como había habido estallidos de violencia por parte de los apaches adultos en La Habana, una orden real de 1800 declaró que a partir de aquel momento solo podría deportarse a niños indios. Sin embargo, como tantísimas órdenes reales, los funcionarios coloniales la ignoraron. Se continuó exiliando a los prisioneros apaches a La Habana hasta 1810, cuando estalló la guerra de Independencia de México.[7]

Los españoles obtuvieron una victoria diplomática cuando el gobernador Anza convenció al jefe navajo Antonio El Pinto para que atacara a sus amigos gileños después de que otros miembros de su tribu hubiesen dado ya el mismo paso. Los gileños reconocieron a El Pinto y juraron matarle; en 1793, una partida de guerra de apaches gileños entró en el territorio navajo y cumplió su amenaza. Los españoles se alegraron de que la alianza entre gileños y navajos se rompiera; la amenaza apache en Sonora y en Chihuahua se había agravado de un modo preocupante porque los navajos eran unos guerreros fieros y bastante numerosos.[8]

En 1796, el coronel Antonio Cordero, veterano de las campañas apaches, resumió los resultados de una década de guerra. Admitió que las guerras apaches podían haber sido provocadas por «las invasiones, los excesos y la avaricia de los mismos colonos». En su momento declaró que las «inteligentes previsiones de un Gobierno justo, activo y piadoso están conduciendo al fin [del conflicto]». También dijo que el Gobierno no tenía la intención ni de destruir ni

de esclavizar a los apaches.[9] Pero si bien es cierto que los deseos del Gobierno español con respecto a los apaches habían cambiado, los ciudadanos españoles, en cambio, seguían vendiendo cautivos como esclavos.

Cordero escribió que los apaches eran extraordinariamente robustos e insensibles a las temperaturas extremas. Debido a la escasez de alimentos estaban siempre en movimiento y, tanto en rapidez como en resistencia, se podían equiparar a sus propios caballos. En épocas de abundancia, ingerían enormes cantidades de comida; en tiempos de penuria, eran capaces de soportar una sed y un hambre increíbles sin quejarse. En general, vivían en las montañas más abruptas y eran extremadamente celosos de su libertad e independencia. Sus viviendas (o *wickiups*) eran circulares, hechas con ramas de árboles cubiertas de pieles. Se cubrían la cabeza con gorros o capuchas de cuero, a veces adornadas con plumas o cuernos, y algunos decoraban su vestimenta con flecos de púas de puercoespín.

Los apaches tonto, continuaba Cordero, eran los más occidentales y, por tanto, los más desconocidos. La mayor parte de ellos vivían en paz en sus propias tierras dedicados a la siembra, y se autoabastecían con la caza de burros y coyotes, «de los cuales —comentaba Cordero— hay tal abundancia en la zona que se les conoce igualmente con el nombre de coyoteros».[10] El nombre *tonto* se aplicaba a los apaches, a los yavapais (o apaches mohave) y a los hualapais (o apaches yuma) que vivían en la cuenca del río Tonto y vagaban entre las montañas White y el río Colorado. Algunos apaches se habían establecido en las inmediaciones del presidio de Tucson, donde se les conocía como apaches *mansos*. Los apaches occidentales no habían estado expuestos a los rigores de las expediciones punitivas y eran los más numerosos de los grupos apaches. Los coyoteros ocupaban la región de las montañas White y, aunque algunos apaches comían coyotes, ellos no. Los que erraban por las montañas Pinal recibían el nombre de pinaleños.



Un apache con un gorro de plumas (Sociedad Histórica de Arizona).

Cordero señalaba que, en cierta ocasión, los chiricahuas incrementaron sus fuerzas uniéndose a los navajos y a algunos apaches occidentales. Pero a causa de las intensas campañas que se organizaron contra ellos, muchos chiricahuas se establecieron en las

proximidades de los presidios de Sonora y Chihuahua. Sin embargo, la continua hostilidad apache limitó la ocupación española de Arizona a pequeñas comunidades cercanas a los presidios de Tubac y Tucson y a unos pocos ranchos en el valle de Santa Cruz. Las únicas misiones que sobrevivieron fueron San Javier del Bac y Tumacácori, en los alrededores de Tubac.

Cordero consideró a los gileños como los más «belicosos y sanguinarios» de todos los apaches. Habían asaltado con frecuencia Sonora y Chihuahua, pero las constantes campañas contra ellos habían reducido su número en tres cuartas partes. Los mimbreños, en su día, habían sido los más numerosos y audaces entre los gileños, pero la banda había sufrido muchas derrotas y se había establecido en Janos y en Carrizal después de que su número se hubiese visto reducido a la mitad. Las estimaciones de Cordero sobre las pérdidas apaches sonaban más ilusionadas que exactas, pues aquellas bandas presuntamente diezmadas ni sucumbieron ni desaparecieron.

Los faraones (de *faraón*), una banda probablemente de mescaleros, ocupaban las montañas que se alzaban entre el río Grande y el Pecos. Un pequeño grupo recibía sustento en el presidio de San Elizario, por debajo de El Paso, pero los demás se dedicaban a asaltar Nuevo México y Chihuahua. Los mescaleros habían sufrido graves daños causados por los españoles y los comanches, y también se habían visto reducidos gravemente en número. Cordero tenía a los jicarillas por una banda de mescaleros, aunque ambas bandas no estaban asociadas en absoluto.

Al hacer referencia a las señales de humo apaches, Cordero decía: «A pesar del movimiento continuo en que vive este pueblo, y de los inmensos desiertos de su territorio, se encuentran entre sí con suma facilidad cuando desean comunicarse. Comprender este sistema es una ciencia; pero ellos lo conocen tan bien que nunca se equivocan a la hora de interpretar los mensajes». Una señal de humo en la ladera de una montaña significaba que los apaches estaban dando caza a su propio pueblo. Una señal hecha en un lugar elevado y

sofocada al instante significaba que todo el mundo había de prepararse para oponer resistencia a un enemigo que se acercaba. Había muchas señales universales que conocían todas las bandas, pero algunas tenían, además, las suyas específicas. Los apaches siempre llevaban consigo pedernal y acero, o dos palos preparados para hacer fuego, de tal manera que podían enviar mensajes en cualquier momento. Podían transmitir mensajes a trescientos o cuatrocientos cincuenta kilómetros en muy pocas horas; lo cual posibilitaba la reunión de sus campamentos dispersos. Los apaches también eran excelentes rastreadores y podían interpretar todo lo que necesitaban saber a partir de huellas animales o humanas. Sabían, por ejemplo, si las huellas se habían hecho durante el día o en el transcurso de la noche, si eran obra de un animal de carga o de un caballo montado, de animales en un rebaño o que simplemente estaban pastando, «y miles de detalles más».[11]

En 1800, los españoles ya conocían a la mayor parte de las diversas divisiones que habitaban al oeste del río Grande por sus nombres modernos. Las más orientales eran las bandas que ocupaban la cabecera del Gila y, más al sur, las orillas del río Mimbres. Durante dos siglos, habían recibido el nombre de gileños o apaches de Gila, pero, a partir de 1804, cuando los españoles descubrieron o empezaron a trabajar los yacimientos de cobre de Santa Rita del Cobre (cerca de la actual Silver City), estas bandas fueron bautizadas como mimbreños o apaches de las minas de cobre. Su principal jefe en esa época era Juan José Compá, un hombre que sabía leer y escribir en español. La banda mogollón ocupaba las montañas del mismo nombre cerca de la actual frontera entre Arizona y Nuevo México que habían sido bautizadas así en honor de uno de los primeros gobernadores de Nuevo México.



Wickiups apaches (Sociedad Histórica de Arizona).

En el valle de San Pedro de la zona oriental de Arizona se encontraban los formidables chiricahuas, parientes cercanos de los mimbreños. Sus territorios de caza se extendían a lo largo de algunas de las principales vías de pillaje hacia Sonora, y cuando se reanudaron las incursiones a gran escala, los chiricahuas volvieron a contarse entre los asaltantes más habituales y destructivos.

En el cañón Arivaipa vivía una pequeña banda, los arivaipas, junto a un arroyo que desembocaba en el San Pedro. Como la mayoría de las bandas apaches, los arivaipas recibieron el nombre de la región que ocupaban. Aunque se trataba de una banda pequeña, se contaba entre las que llevaban a cabo incursiones de manera más frecuente. De hecho, si los arivaipas perpetraron todas las devastadoras incursiones que se les acredita, fueron sin duda la banda más destructiva de Arizona. Fueron ellos quienes, en 1762, prácticamente forzaron a los sobaípuris que quedaban a abandonar el valle de San Pedro. Los arivaipas mantenían buenas relaciones con los pinaleños y se fusionaron con ellos cuando confinaron a ambas bandas en la reserva de San Carlos.

Los apaches tonto dan la impresión de haber sido un grupo heterogéneo de familias lingüísticas diferentes, unidas más por rasgos de una cultura común que por la lengua. En este grupo se incluían los hualapais, los yavapais y, posiblemente, algunos pinaleños. Los dos primeros hablaban la misma lengua que los yumas del área del río Colorado, pero se diferenciaban de aquellos parientes sedentarios en su modo de vida nómada por las montañas de Arizona. Estaban tan asociados a los apaches que, por lo general, se les denominaba y se les consideraba apaches. Eran físicamente poderosos y muy belicosos, y el odio que profesaban a los intrusos blancos no tenía igual. A lo largo del siglo XVII, los españoles denominaron a todos los indios belicosos localizados al norte de Ciudad de México como *chichimecos*. Del mismo modo, *apache* se convirtió en un término genérico para referirse a los indios enemigos, así que, en el caso de los tonto no atapascos, llamarles *apaches* suponía simplemente un retorno a la antigua práctica española. Los apaches, debe recordarse, no se llamaban a sí mismos de esta manera.

A comienzos del siglo XIX, había muchos asentamientos de apaches mansos en los diversos presidios a consecuencia de la política que había introducido Bernardo de Gálvez en 1786. En 1807, Zebulon M. Pike vio «a buen número» de ellos viviendo en torno al presidio de San Elizario en el río Grande.[12] Los mansos, por lo común, deseaban servir como guías y tomar parte en batallas contra su propia gente. El resultado de la política de Gálvez fue una era de paz y prosperidad sin precedentes en Sonora y el sur de Arizona, que duró aproximadamente de 1790 a 1830. Sin embargo, no fue una época de paz absoluta, pues continuó habiendo bandas de apaches hostiles en las montañas que, ocasionalmente, causaban daños menores en los asentamientos y las misiones. Entre 1807 y 1812, por ejemplo, hubo trece expediciones desde el presidio de Tucson y quizás un número similar desde Santa Cruz y otros puestos del sur. Las campañas de Tucson se saldaron con la matanza o la captura de ciento treinta y siete apaches.

A principios de 1819, el capitán Antonio Narbona comandó un numeroso ejército desde Fronteras al territorio de los pinaleños para castigar a los asaltantes que habían hostigado Tucson. Se desconocen los pormenores de aquella importante expedición pero, al poco tiempo, el jefe pinaleño Chilitipage se presentó con doscientos treinta y seis miembros de su banda en Tucson para rendirse y establecerse entre los mansos que ya se dedicaban allí al cultivo. Esta había sido una de las bandas de pinaleños más destructivas y su deseo de firmar la paz fue bienvenido. Siempre resultaba mucho menos caro para los españoles alimentar a los apaches pacíficos que declararles la guerra. Poco después de la rendición de Chilitipage, otros diez jefes apaches llevaron sus bandas a Tucson para rendirse. Estos actos ocurrieron poco después de la campaña de Narbona, pero no se sabe con certeza lo que en realidad les indujo a entregarse. No hay duda de que algunos estaban hartos de la guerra y sinceramente ansiosos por vivir en paz cerca de los presidios, pues el hecho es que permanecerían allí muchos años.[13]

Aunque las pruebas documentales son, en el mejor de los casos, fragmentarias, durante el período que va de 1810 a 1821 (los años de la lucha de México por la independencia) parece que los apaches no retomaron los asaltos a gran escala en Arizona ni en Sonora. Sin embargo, estuvieron bastante activos durante esta década en Nuevo México y en Chihuahua. Como el suministro de los fondos para su racionamiento se volvió irregular y la moral militar declinó de un modo notable, parte de los que vivían en las proximidades de los presidios comenzaron a suplementar sus víveres con incursiones en asentamientos lejanos.

Cuando se declaró la independencia de México, en 1821, los presidios y los asentamientos de la frontera se vieron poco afectados por ello, aunque las fuerzas de algunas guarniciones quedaron reducidas o tuvieron que ser abandonadas temporalmente. En muchos presidios, las tropas se quedaron y siguieron patrullando y organizando expediciones punitivas. Seguían viviendo apaches cerca

de los presidios, y en 1820 se bautizaron sesenta y siete de ellos en Tucson; con el tiempo, los mansos serían absorbidos por la población mexicana de Tucson.[14] Cuatro años después, los apaches que vivían en Bacoachi participaron en campañas contra los miembros hostiles de su banda. En algún momento de la década de 1820, los mescaleros huyeron de los *establecimientos de paz* de Chihuahua y regresaron a Nuevo México, llevándose consigo rebaños de caballos y mulas.

Durante aquel interludio de paz relativa, los mineros y rancheros españoles del sur de Arizona disfrutaron de sus años más prósperos. Se otorgaron concesiones para grandes ranchos y la ganadería se convirtió en una de las principales ocupaciones de la región. El rancho más importante fue la concesión de San Bernardino, en el corazón del territorio chiricahua. En 1822, el teniente Ignacio Pérez adquirió la concesión y la surtió con ganado del rebaño de Tumacácori. En los diez años siguientes, su rebaño creció hasta alcanzar aproximadamente unas cien mil cabezas, pero la reanudación de las hostilidades apaches en la década de 1830 obligó a Pérez a abandonar el rancho.

Cuando en 1822 los mexicanos volvieron a explotar las minas de Santa Rita del Cobre, su propietario, Francisco Manuel Elguea, convenció al jefe Juan José para que mantuviera a sus mimbreños en son de paz con los mineros y permitiera el paso de los convoyes (*conductas*) de abastecimiento que venían desde Chihuahua y que regresaban después con los cargamentos de cobre. Más o menos a la mitad de los mimbreños que estaban bajo el liderazgo de Cuchillo Negro les pareció mal el acuerdo y trasladaron su campamento a Ojo Caliente (Warm Spring, más conocido como Warm Springs); estos continuaron con sus incursiones en México, pero no molestaron a los mineros. Estas dos divisiones se conocieron como apaches de la Mina de Cobre y apaches de Warm Springs.

El valle del río Grande, entre Valverde y El Paso, establecía el límite entre los territorios de caza de los mescaleros y los mimbreños, y quienes viajaban por aquella ruta se exponían a los ataques de

ambas bandas. Los españoles bautizaron de un modo muy apropiado esta árida extensión como *Jornada del Muerto*. A los españoles, y más adelante a los mexicanos, siempre les resultó difícil mantener abierta esta parte del camino. En 1825, debido a los incesantes ataques de los apaches y los navajos, Valverde quedó abandonada a su suerte.

El Gobierno mexicano se mantenía bien informado de los problemas apaches en Nuevo México. En 1831, Antonio Barreiro, asesor legal de la provincia, redactó un informe sobre las condiciones del lugar. Se refirió a los apaches como «la más maligna y cruel» de todas las tribus salvajes de América, y a los gileños como «sin duda los más intrépidos». En sus incursiones organizaban emboscadas antes de apoderarse de los rebaños, lo cual constituía indudablemente la causa por la que a las tropas mexicanas no les entusiasmaba en absoluto emprender persecuciones a toda prisa de los asaltantes apaches. La velocidad con que regresaban a sus tierras con el ganado robado era extraordinaria. «Las montañas por las que ascienden son aterradoras, así como los desiertos sin agua que atraviesan para deshacerse de sus perseguidores y las estratagemas que utilizan para evitar los golpes de sus agraviados», escribió Barreiro. Siempre dejaban a dos o tres hombres, con los mejores caballos, vigilando a los perseguidores. Si se destacaba con rapidez una fuerza superior, los apaches mataban a todos los caballos y se quedaban solo con los que montaban para, acto seguido, dispersarse y convertir en inútil cualquier intento de darles alcance. Al atacar daban muestras del mayor de los corajes. «Nunca perdían la calma, ni siquiera cuando les cogían por sorpresa sin la menor posibilidad de defenderse; luchaban hasta que se quedaban sin aliento y, por lo general, preferían la muerte a la rendición.» Cuando los enemigos aparecían ante su vista, podían levantar el campamento y huir a una velocidad increíble. En tales ocasiones, eran capaces de viajar hasta ciento cincuenta kilómetros sin detenerse. «Sentían un pavor incontenible por la enfermedad y la

muerte [...]. En cuanto se enteraban de que se había desatado cualquier tipo de enfermedad en las proximidades de sus rancherías, huían hacia los desiertos más distantes.»[15]

La época de relativa paz y prosperidad de Sonora llegó a su fin de un modo abrupto en la década de 1830, cuando, por razones que no están del todo claras, los apaches reanudaron sus incursiones a gran escala. Golpeados con dureza y conmocionados por la intensidad de la furia apache, los habitantes de Sonora y Chihuahua pidieron ayuda al Gobierno, pero este no se la facilitó.[16]

En un intento de recuperar la paz perdida, el comandante de Chihuahua negoció otro tratado con los mimbreños en Santa Rita del Cobre y dividió la Apachería occidental en tres zonas, asignando un jefe a cada una de ellas para mantener la paz. Sonora fue excluida específicamente de los beneficios del tratado. No obstante, a pesar de estos intentos, el fracaso a la hora de suministrar víveres de un modo regular condujo a la reanudación de las hostilidades. En 1833, Juan José y los suyos dejaron Janos para retomar sus habituales incursiones, seguidos por los coyoteros y los mogollón. Los mescaleros habían concentrado sus ataques en la parte oriental de Chihuahua, pero en 1831 derrotaron de un modo aplastante a las tropas y la milicia de Socorro, Nuevo México, y acabaron persiguiéndolas por las calles de la ciudad.

Chihuahua y Sonora se vieron de nuevo expuestas a frecuentes ataques apaches.[17] El fracaso de los tratados de 1831 había desmoralizado al pueblo escasamente armado de Chihuahua, y los apaches occidentales penetraron sin miedo en los asentamientos del sur de Sonora y mataron a más de doscientas personas solo en 1833. Se temía más a los coyoteros y los pinaleños de Arizona, que se unían con frecuencia a los chiricahuas y mescaleros para llevar a cabo incursiones a gran escala. En semejantes ocasiones, los indios regresaban a sus campamentos sin prisas porque ninguna tropa se atrevía a darles caza. En 1834, mediante un gran esfuerzo, Sonora envió un pequeño escuadrón de campaña, pero sus logros fueron insignificantes en relación con su coste real, a pesar de la captura

del renombrado jefe Tutije, a quien ejecutaron en Arizpe. Ese mismo año, Chihuahua negoció con los comanches para que les prestaran ayuda en la lucha contra los apaches, pero le sirvió de poco.

Sonora se hallaba desgarrada por un conflicto civil entre federalistas y centristas que no hizo sino agravar una situación ya de por sí bastante deplorable. Ignacio Zúñiga, al mando de los presidios del norte, informó que, entre 1820 y 1835, se habían abandonado cien asentamientos a lo largo de la frontera del norte y al menos cinco mil personas habían sido asesinadas. Y aproximadamente el mismo número de ellas se habían visto obligadas a dejar sus hogares. Poco quedaba, admitía Zúñiga con tristeza, para el saqueo de los apaches.

Los apaches occidentales tuvieron sus primeros contactos con los angloamericanos en la década de 1820, cuando los tramperos y los comerciantes penetraron en Arizona desde Taos y Santa Fe. En 1825, alrededor de cien angloamericanos blancos obtuvieron licencias para cazar castores en el cauce del Gila, y fue allí donde se toparon por primera vez con los apaches. Entre los tramperos estaban James O. Pattie y su padre. Tras varias escaramuzas con los apaches, arrendaron las minas de cobre de Santa Rita y, sabiamente, hicieron un trato con Juan José, que había quedado muy impresionado con la superioridad de las armas y la habilidad en la lucha de los angloamericanos blancos. El jefe apache concedió al mayor de los Pattie una extensión de tierra para el cultivo e incluso le prometió no molestar a los mexicanos que Pattie contrató para que la trabajaran.

Los pimas altos y los maricopas también entablaron sus primeros contactos con los angloamericanos en la década de 1820, cuando varios grupos de tramperos empezaron a buscar pieles de castor en la zona inferior del río Gila. Las relaciones entre estos indios y los angloamericanos fueron invariablemente amistosas; ambas tribus, gracias a los métodos de irrigación, producían un excedente de alimentos que intercambiaban gustosamente por herramientas de

metal y otros instrumentos. Todos los que visitaron sus pueblos alabaron su honestidad y prosperidad, así como su amabilidad con los viajeros.

Los apaches, si bien recelosos con respecto a los angloamericanos, continuaron con sus asaltos a los mexicanos. En 1835, casi todo el norte de Sonora había quedado desierto a causa de sus destructivas incursiones. En la década de 1840, la población de Arizpe descendió desde cerca de siete mil habitantes a no más de mil quinientos debido a los ataques apaches y al traslado de la capital a Ures. Los apaches vagaban libremente por Sonora; entraban en el presidio de Fronteras cuando se les antojaba y hostigaban repetidamente la localidad de Tucson. No obstante, continuó habiendo rancherías de apaches mansos tanto en Tucson como en Tubac en la década de 1840.

Como las tropas de los presidios estaban mal abastecidas, a menudo sin paga, y muchos de sus componentes eran criminales que habían sido condenados a cumplir el servicio militar en vez de los habituales trabajos forzados, las guarniciones eran bastante menos efectivas de lo previsto. A menos que el Gobierno central proveyese los medios y la dirección para revitalizar los escuadrones, poco podía esperarse de ellos. La gente de Sonora y de Chihuahua se vio obligada a buscar otros medios para su protección. Los tratados y las expediciones punitivas habían demostrado ser igualmente ineficaces. Desesperada, la gente de ambos estados se decantó por una tercera vía: una guerra de exterminio promovida mediante el pago de recompensas por cada cabellera apache. Chihuahua, esperanzada, creó nuevas unidades militares que denominó *defensoras del estado*, y las empleó para reforzar Carrizal, Janos y Casas Grandes; sin embargo, Sonora dio un paso más drástico al ofrecer cien pesos por la cabellera de cada guerrero apache de catorce años en adelante. Un aliciente adicional para los cazadores de cabelleras fue que podían quedarse con todas las propiedades robadas que recuperasen. Más adelante, se ofrecieron recompensas de hasta cincuenta pesos por las cabelleras de mujeres y de veinticinco por

las de los niños. Durante unos meses, esta política puso a los apaches a la defensiva; posteriormente las incursiones se reanudaron con redoblada furia. Una vez más, los desesperados habitantes de Sonora solicitaron al gobierno de Ciudad de México el envío de tropas.

El sistema de recompensas por cabelleras atrajo tanto a angloamericanos como a mexicanos. En abril de 1837, James Johnson, que se había ganado la amistad del jefe mimbreño Juan José Compá, firmó un contrato con el gobernador de Sonora después de que el estado estableciese el sistema de recompensas por cabelleras en 1835. Johnson condujo a una trampa a Juan José invitándole a asistir con su banda a una fiesta en la sierra de las Ánimas (el actual condado de Hidalgo, en Nuevo México). Cuando estuvieron reunidos varios cientos de apaches, Johnson apuntó al centro del grupo desde un cañón oculto, y mató e hirió a casi todos los presentes. Antes de que los desconcertados supervivientes pudieran organizar su defensa o huir, Johnson y sus hombres irrumpieron en la escena con pistolas, cuchillos y porras. El propio Johnson acabó con la vida de su «amigo» Juan José. Fue este brutal episodio el que convirtió a Mangas Coloradas en el más implacable enemigo de los angloamericanos. Unió a todo su pueblo de Mina de Cobre con la banda de Warm Springs y aniquiló a un grupo de tramperos en el río Gila. Al cortar el paso de los convoyes de suministros procedentes de Chihuahua, los furibundos mimbreños obligaron a los mexicanos a abandonar las minas de cobre. La masacre de Johnson hizo estallar un período de guerra mortífera entre apaches y angloamericanos, además de agravar las ya por entonces bastante maltrechas relaciones entre apaches y mexicanos.

El éxito instantáneo de Johnson como cazador de cabelleras le hizo ganar fama y ser objeto de envidia, al tiempo que indujo a Chihuahua a ofrecer una recompensa similar. El principal efecto del sistema de recompensas, sin embargo, fue la intensificación del odio de los apaches hacia los mexicanos; esta acción no sirvió para nada a la hora de resolver el problema apache, ni en Sonora ni en

Chihuahua. Mientras tuvieron fuerzas, los apaches no cesaron en su empeño de declarar una guerra implacable y despiadada contra los mexicanos, que ofrecían recompensas, y los angloamericanos, que se dedicaban a conseguirlas.

El cazador de cabelleras más reputado no fue Johnson sino James (Don Santiago) Kirker, a quien en lo más alto de su carrera de cortador de cabelleras se le conoció como «el rey de Nuevo México». En 1838, al entrar en el negocio de las recompensas por las cabelleras, reclutó una partida compuesta por delawares, shawnees, mexicanos y angloamericanos. De caza en el territorio superior del Gila, sorprendieron una ranchería apache y mataron a cincuenta y cinco individuos para recuperar en el proceso cerca de cuatrocientas cabezas de ganado y caballos. El gobernador de Chihuahua ya había negociado otro tratado con los mimbreños, pero cuando se enteró de la proeza de Kirker lo invitó a la ciudad de Chihuahua para firmar un contrato. Kirker incrementó su ejército de cazadores de cabelleras hasta los doscientos hombres y prometió al gobernador que por unos honorarios de cien mil pesos obligaría a los apaches a aceptar un tratado permanente. Kirker pagó a cada hombre un peso al día y la mitad de cualquier botín que encontrase. En aquel entonces el valor de un peso equivalía al de un dólar.

En septiembre de 1839, Kirker y sus hombres dieron con una banda de apaches en Taos que, presumiblemente, se encontraba allí para vender el botín que habían conseguido de otras comunidades mexicanas, y mataron a cuarenta de ellos. El año siguiente, en Chihuahua, capturó a veinte prisioneros en una incursión. La fama de Kirker se extendió por el norte de México, lo cual disgustó mucho a los oficiales del Ejército mexicano. Cuando el general Francisco García Conde se convirtió en gobernador de Chihuahua, rechazó a partir de entonces la petición de Kirker para firmar otro contrato y continuar cortando cabelleras. En un intento de recuperar el respeto por el ejército, el comandante de El Paso tomó a varios cautivos mescaleros, incluida la mujer de un jefe. Cuando este se presentó con sesenta guerreros para pedir la liberación de los prisioneros, el

comandante los acorraló a traición en la guarnición y sus hombres, ocultos, les cosieron a tiros. Sin embargo, el comandante no sacó ningún beneficio personal de aquella treta, pues, al inicio del tiroteo, el jefe lo apuñaló hasta matarlo.

El año 1840 fue desastroso para el norte de México. No solo había apaches asaltando Sonora, sino que también se sucedieron alzamientos pápagos en las cuencas de los ríos Gila y Sonoita y muchos mineros fueron masacrados. Más al este, los comanches mataron a cerca de setecientas personas en Coahuila y puede que incluso un número superior en Nuevo León. Mientras los comanches saqueaban San Luis Potosí y Tamaulipas y luego se dirigían hacia el norte con dieciocho mil cabezas de ganado y cien prisioneros, los apaches no se mostraron menos destructivos en Chihuahua y Sonora. El río Conchos constituía la frontera entre las zonas de asalto de los apaches y los comanches; los primeros, por lo general, permanecían al oeste del río, mientras que los segundo se dedicaban a saquear todo lo que quedaba al este del mismo. Los apaches y los comanches se enfrentaban de vez en cuando: por ejemplo, Santa Anna, el jefe de los mescaleros, advirtió al comandante de la guarnición de San Carlos de que los comanches se estaban aproximando. La alianza de las tropas con los mescaleros consiguió vencer a los mucho mejor armados comanches.

La práctica de las incursiones apaches consistía por aquella época en atacar con todas sus fuerzas; acto seguido, mientras los aterrorizados habitantes se dedicaban a buscar refugio, se dispersaban en pequeños grupos para rodear el ganado y los caballos. En noviembre de 1840, por ejemplo, cuatrocientos apaches mogollón, junto a otros tantos gileños, descendieron de Sierra Madre, asaltaron unos cuantos asentamientos y luego se dividieron en pequeños grupos.

Los cazadores de cabelleras angloamericanos concentraron sus esfuerzos en los apaches gileños, pero las diversas bandas, en apariencia, aún no estaban dañadas de gravedad. En 1841 afirmaron que la única razón por la que no habían matado a todos los

mexicanos del norte era porque criaban ganado para los apaches. Sus incursiones continuaron siendo tan dañinas que el gobernador García Conde se vio en la obligación de tragarse su orgullo y negociar con Kirker. Como era bien sabido que Don Santiago adquiría de vez en cuando cabelleras apaches de las cabezas de los peones mexicanos, el gobernador trató de proteger a su gente ofreciéndole a Kirker un rotundo contrato *per diem* (de un peso al día). Pero al «rey de Nuevo México» no se le podía comprar por una miseria y se retiró a la zona oeste de Chihuahua, mientras los asaltantes apaches y comanches expulsaban a cada vez más gente de sus ranchos y pueblos.

Kirker operaba ahora con los apaches, vivía entre ellos y les ayudaba a obtener beneficios del ganado robado. Uno de sus hombres declaró que Don Santiago era ahora el «jefe de la nación apache», una denominación no mucho más extravagante que la de «rey de Nuevo México». Debido a la actividad de los cazadores de cabelleras, las incursiones apaches se habían intensificado: la destrucción de la vida y la propiedad fue, probablemente, mayor en la década de 1840 que en cualquier otro decenio del siglo.

Entre 1830 y 1841, Josiah Gregg emprendió una serie de expediciones comerciales desde Independence a Chihuahua. Observó la práctica apache de mantener la paz con ciertas ciudades para contar con lugares donde vender el botín y los cautivos capturados en México. Esta práctica siguió ignorando la que debía de haber sido la política oficial del estado hacia los apaches, pues los ciudadanos siempre estaban impacientes por obtener la paz con ellos, incluso a costa de sus propios vecinos. En 1840, Gregg identificó una enorme partida comercial que salía de Santa Fe para intercambiar whisky y armas por las mulas y los caballos que los asaltantes apaches traían desde México. Gregg comentó que este comercio con los apaches se promovía por parte de los funcionarios civiles, entre los que se encontraba el propio gobernador.

Cuando los apaches acordaban treguas con los funcionarios de Chihuahua lo hacían siempre en sus propios términos e incluían el derecho de quedarse el ganado robado. El Gobierno incluso marcaba el ganado robado con un hierro de *venta* o de cesión en un humillante intento de asegurar la paz. En sus viajes, Gregg descubrió haciendas y ciudades abandonadas a lo largo de todo el camino que iba desde Nuevo México al norte de Durango. La gente se arracimaba en pueblos y ciudades porque no era seguro vivir lejos de ellos. Los apaches eran hasta tal punto los amos de Chihuahua que grupos de no más de tres o cuatro se atrevían a atacar de vez en cuando a pastores a plena vista de la ciudad de Chihuahua y se llevaban su ganado sin miedo a posibles represalias. Según Gregg, los periódicos estaban llenos de crónicas sobre las valerosas hazañas del ejército en sus persecuciones de los apaches y acerca de la extraordinaria combinación de circunstancias que siempre les obligaba, a regañadientes, a «renunciar a la persecución».[18]

Los apaches occidentales entraron en Sonora y en Chihuahua por una serie de trilladas rutas de pillaje. La que estaba más al oeste, «el gran sendero del robo» de los coyoteros, originado en las montañas White y Pinal de Arizona, cruzaba el Gila cerca del actual lago de San Carlos, seguía el arroyo Arivaipa, atravesaba el valle de San Pedro, dejaba atrás la futura ubicación de Bispee y penetraba en Sonora por el noroeste de Fronteras. Allí, el camino se dividía en tres ramales: uno iba por el sudoeste hasta las minas y los ranchos de las regiones de los ríos Magdalena y Alisos; otro se dirigía por el sur hacia Hermosillo, Arizpe y Ures, y el tercero seguía el curso del río Nacozari hacia el sudeste.

La ruta chiricahua o gileño la utilizaban los chiricahuas, los mimbreños, los mogollón y los tonto, que vivían en las montañas al sur del río Verde y al este del Santa Cruz. La ruta cruzaba el Gila, seguía el arroyo San Simón y atravesaba el rancho abandonado de San Bernardino (cerca del lugar donde se encuentran los límites de Arizona, Nuevo México y México) hasta las estribaciones de las

montañas que se alzaban a lo largo de la frontera entre Sonora y Chihuahua. Otra ruta iba desde la región de Santa Rita del Cobre hasta Janos, en Chihuahua, con una desviación que penetraba en Sonora por el pico de las Ánimas. Ninguna región escapaba a la atención de los apaches, pues las incursiones se habían convertido en su modo de vida. A menudo solían reunirse varias bandas en el rancho Chile Cerro, en el río Carmel, al oeste del actual Ricardo Flores Magón, pues era uno de los lugares de encuentro favoritos de los mimbreños, los mescaleros y otras bandas.[19] Aun cuando los apaches nunca fueron demasiado numerosos, sus métodos sistemáticos de asalto les capacitaban para causar enormes daños. Entrenaban a los niños desde la más tierna infancia y para cuando cumplían catorce años ya estaban listos para asumir el papel de guerreros. Las mujeres también tenían asignados los deberes de cuidado y conducción del ganado robado en manada, a fin de dejar libres a los hombres para que pudieran enfrentarse a los perseguidores que cometieran la imprudencia de acercarse demasiado. Y cuando era necesario, las mujeres luchaban mano a mano con los hombres.

Debido a que los comanches, más numerosos, también intensificaron sus saqueos durante aquel período, el norte de México sufrió una devastación generalizada y acabó recibiendo el nombre de la *tierra despoblada*. Los apaches mataban mexicanos siempre que podían, quemaban sus construcciones y se llevaban a sus mujeres y niños para adoptarlos en la tribu o solicitar rescates en Nuevo México. Muchos de los que fueron adoptados por los apaches se negarían luego a abandonarlos cuando tuvieron la oportunidad de hacerlo, y algunos niños mexicanos llegarían a convertirse en auténticos guerreros apaches. Los problemas de Sonora se agravaron aún más en 1842 pues, mientras los apaches seguían activos, los yaquis se rebelaron. Los mayos, los ópatas y los pimas dejaron de luchar contra los apaches y se incorporaron al alzamiento en apoyo de los yaquis, pero la revuelta fue sofocada.

Los oficiales de los estados del norte buscaban desesperadamente algún modo de traer la paz a sus turbulentos territorios. El gobernador de Chihuahua volvió a negociar con los mimbreños, los mogollón y los mescaleros, con la promesa de proporcionarles víveres si le entregaban sus prisioneros y luchaban contra los comanches al este de Chihuahua. Otros funcionarios mexicanos llevaron a cabo tratos similares con los comanches prometiéndoles recompensas a cambio de cabelleras apaches.

A causa de estos tratados con Chihuahua, los apaches mogollón y los mimbreños concentraron sus incursiones en Sonora; Chihuahua les suministraba ahora refugio y provisiones, además de darles la oportunidad de disponer libremente de su botín. Aunque Chihuahua disfrutó de un breve interludio de relativa paz, los funcionarios de Sonora se mostraban comprensiblemente escandalizados. Después de que los apaches hubieran acampado cerca de Janos, mataron en Chihuahua a veintiocho soldados de Sonora y se apoderaron de la manada de caballos del presidio de Fronteras. El coronel Antonio Narbona formó una fuerza de trescientos hombres y tomó por sorpresa tres rancherías apaches en las proximidades de Janos; acabaron con la vida de más de ochenta indios. Los funcionarios de la ciudad de Chihuahua estaban furiosos, pero poco podían hacer aparte de protestar y aguardar las represalias de los gileños. Pero esta vez el problema se manifestó por parte de los comanches, que de nuevo arrasaron el norte de México en la incursión más destructiva de las guerras indias. En 1845, una fuerza de un millar de comanches penetró audazmente hacia el sur hasta la altura de Zacatecas, a poco más de cuatrocientos sesenta kilómetros de la capital de la nación.

Desesperados, los gobernadores de Chihuahua y Sonora restablecieron las recompensas por cabelleras: ninguna otra solución ofrecía esperanza. El gobernador de Chihuahua, Ángel Trías, ofreció también nueve mil pesos por la cabellera de Don Santiago Kirker, el antaño «jefe de la nación apache». A través de un agente, Kirker le hizo a Trías una contraoferta para conseguir cabelleras apaches por

el precio rebajado de cincuenta pesos la pieza que el gobernador aceptó. Entonces, Kirker convocó una fuerza de ciento cincuenta hombres y atacó a los apaches con los que había estado conviviendo y regresó a la ciudad de Chihuahua con ciento ochenta y dos cabelleras, fruto de su traición. No lo mencionó, pero una de esas cabelleras pertenecía a su guía, que se había interpuesto en el camino de una flecha apache. Además de las cabelleras, Kirker se presentó con los prisioneros de los apaches, un buen número de mujeres y niños mexicanos, y mucho ganado robado. En otra ocasión, sus hombres persiguieron a unos asaltantes apaches hasta Sierra Madre Occidental, de los cuales mataron a doscientos y capturaron a diecinueve.

En 1846, en el momento en que estalló la guerra entre Estados Unidos y México, las condiciones en el norte eran espantosas; los apaches y los comanches habían debilitado considerablemente la capacidad mexicana para defender la región. En el transcurso de la guerra, los apaches destruyeron un montón de pueblos en Sonora y forzaron a las tropas mexicanas a abandonar el presidio de Tubac. Kirker y otros cazadores de cabelleras no contribuyeron a mejorar la situación, pues se dedicaron a matar peones mexicanos para arrancarles el cuero cabelludo; aunque los desesperados gobernadores hicieron la vista gorda ante tales transgresiones, que consideraron menores, y continuaron pagando por todas las cabelleras que les presentaban, pues temían que, en caso contrario, los apaches invadirían el norte de México. Mientras las fuerzas mexicanas se trasladaban al río Grande para toparse con la amenaza estadounidense, Kirker estaba muy ocupado. Un día, en el mes de julio, sus hombres mataron al jefe apache Reyes y a ciento cuarenta y ocho miembros de su pueblo.

A causa de la guerra, el gobernador estaba en apuros porque no disponía de fondos para pagar las cabelleras apaches; cuando Kirker se negó a aceptar el rango de coronel en el Ejército mexicano a modo de pago, fue declarado enemigo. Con una recompensa de diez

mil pesos por su cabeza, Kirker huyó hacia el río Grande para toparse con las tropas del coronel Doniphan que se dirigían a tomar la ciudad de Chihuahua.[20]

En octubre de 1846, el general Stephen W. Kearny, que marchaba camino de California, se encontró con Mangas Coloradas y otros mimbreños cerca de las minas de cobre de Santa Rita. Los apaches se mostraron amistosos y deseosos de llevarse bien con los angloamericanos. Al comerciar con sus mulas, los angloamericanos los encontraron «más astutos» de lo esperado. El capitán A. R. Johnson, que estuvo presente en el encuentro, describió la vestimenta y las armas de los apaches:

> En parte van vestidos como los españoles, con calzones anchos, mocasines y polainas hasta las rodillas; llevan con frecuencia un cuchillo atado por fuera a la polaina derecha; sus mocasines ponen al descubierto los dedos cuadrados; su pelo es largo y en su mayor parte no llevan tocado; algunos se ponen sombrero, otros tienen fantásticos cascos; portan algunas armas de fuego pero la mayoría de ellos llevan lanzas, arcos y flechas [...]. Cuando nos disponíamos a abandonar el campamento [...] un anciano jefe apache se acercó a nosotros y arengó al general de esta manera: «Os habéis apoderado de Santa Fe, vayamos ahora a por Chihuahua y Sonora; iremos con vosotros. Vosotros lucháis por la tierra, nosotros por el botín; así que nos entenderemos perfectamente».[21]

Cerca del río Grande, las tropas se cruzaron con dos mexicanos que regresaban de una expedición comercial con los apaches.

Aunque los apaches se mostraron, en un primer momento, cordiales con los invasores angloamericanos, pronto tuvieron motivos para preguntarse si esa cortesía había sido inteligente. Los angloamericanos habían venido a luchar contra los mexicanos, como llevaban haciendo los apaches desde que tenían uso de memoria. Razonaron que quienes tenían un enemigo común debían aliarse. Por eso les cogió totalmente por sorpresa que los angloamericanos les pidieran que dejasen de realizar incursiones en los asentamientos de México y de Nuevo México. Era increíble; esto sencillamente no tenía sentido, pues, hasta donde alcanzaba la memoria de los

hombres, los apaches no conocían otro medio de vida que los saqueos. ¿Deseaban los angloamericanos que se murieran de hambre? Tanto los angloamericanos blancos como los mexicanos que vivían en Nuevo México estaban deseosos de adquirir el ganado, los caballos, las mulas y los cautivos que los apaches se traían de sus incursiones a Chihuahua y Sonora. ¿Por qué iban a parar ahora?

Cuando los angloamericanos conquistaron Nuevo México, no sabían demasiado de los apaches. En noviembre de 1846, el gobernador Charles Bent, que había pasado la mayor parte de su vida en la región, puso al tanto al comisionado indio William Medill sobre los apaches. Los jicarillas, una banda con unas cien viviendas y unos quinientos miembros, erraban por el norte de Nuevo México. Como la caza ya escaseaba en la región, los jicarillas vivían principalmente del robo de ganado. Fabricaban cerámica que utilizaban generalmente para cocinar, pero no producían la suficiente para poder vivir de ello. Los «mismos apaches» actuaban por la zona sur del territorio, escribió Bent, por el río Grande y sus afluentes en dirección oeste, hacia la cabecera del Gila. Estimaba su número entre cinco y seis mil. «Durante muchos años han mantenido el hábito de causar estragos en las vidas y propiedades de los habitantes de estas provincias y sus colindantes, a las que han arrebatado una increíble cantidad de toda suerte de ganado.» Mencionaba que varias bandas estaban siendo alimentadas por el estado de Chihuahua para inducirlas a cesar sus incursiones, «pero sin obtener el efecto deseado».[22]

El ejército que combatía contra los indios estadounidenses nunca había emprendido una campaña contra nativos tan escurridizos como los apaches, y no estaba en absoluto preparado para los veloces movimientos que se precisaban para acorralarles. De vez en cuando, como en 1848, varios destacamentos del Primero de Dragones perseguían a los asaltantes apaches, pero no conseguían darles caza. Durante el año siguiente, se organizaron muchas expediciones punitivas, pero pocas se saldaron, siquiera moderadamente, con éxito. Las incursiones continuaron sin

interrupción y, entre agosto de 1846 y octubre de 1850, los apaches y los navajos se apoderaron de más de doce mil mulas, siete mil caballos, cerca de treinta y una mil cabezas de ganado y por encima de cuatrocientas cincuenta mil ovejas en Nuevo México.

Cuando James S. Calhoun llegó a Nuevo México en 1849 como agente indio, comprendió el peligro que entrañaba viajar a más de quince kilómetros de Santa Fe. «Los indios salvajes de esta tierra —informó— han tenido tanto éxito en sus asaltos desde que el general Kearny tomó posesión del territorio, que no se creen que tengamos el suficiente poder para castigarlos.» Recomendó alimentar a las bandas errantes para que dejaran de realizar incursiones. En el pasado se «habían mantenido solo gracias al fruto de sus expolios. Este es el único trabajo que conocen. El público americano no puede tomar en consideración la idea de aniquilar a estos indios, ni ellos pueden abandonar sus incursiones depredadoras [...] pues ningún poder terrenal será capaz de evitar los robos y los asesinatos a no ser que se cubran las necesidades alimentarias de estas gentes [...]». Calhoun era totalmente consciente de los problemas potenciales que se le presentarían en el futuro si no hacía algo para proveer de lo que necesitaban a los apaches. Cuando escribió al comisionado de Asuntos Indios, puso un énfasis especial en que una acción decisiva era imperiosa. «Desembolse un millón ahora, si es necesario —recomendó Calhoun— para evitar los gastos de muchos más millones en el futuro [...]. El número de indios descontentos de este territorio no es pequeño; y lamento tener que añadir que no son la única gente malvada que hay por aquí. Todo el territorio necesita una purga completa.» Calhoun también se quejó de los comerciantes que visitaban a los apaches sin peligro porque traficaban con armas y municiones, y mencionó lugares de encuentro habituales en que los comerciantes aguardaban a los apaches que regresaban de sus incursiones en México. A no ser que se adoptase una nueva política, advirtió, los problemas con los indios tardarían mucho en resolverse.[23] Las proféticas advertencias de Calhoun fueron desatendidas. En 1850, el agente de los apaches gila

J. C. Hays renunció al cargo tras solo un año debido a su incapacidad para desarrollar una solución «con los medios que le habían facilitado».[24]

Durante los dos años siguientes a 1846, las tropas estadounidenses mantuvieron ocupados en el norte de México a los apaches y los comanches, y dieron a la región el respiro que tanto necesitaba. En 1848, sin embargo, los pinaleños que habían firmado la paz con Tucson forzaron el abandono de Tubac y se apoderaron de Fronteras durante dos años. Cuando se firmó el tratado de Guadalupe Hidalgo entre México y Estados Unidos que puso fin a la guerra, las fuerzas estadounidenses se retiraron del país azteca y los asaltantes apaches volvieron a frecuentar las rutas de saqueo del sur de Sonora y Chihuahua. Según los términos del tratado, Estados Unidos se responsabilizaría de evitar que los apaches y otras tribus cruzaran la frontera, pero enseguida se demostró que esa era una tarea imposible, al menos sin un enorme esfuerzo. El Gobierno mexicano creó una serie de colonias militares en el norte como parte de su defensa contra los indios procedentes de Estados Unidos. Los estados mexicanos del norte también reanudaron el sistema de recompensas por cabelleras. Chihuahua ofreció ciento cincuenta pesos por una mujer o un niño vivos, doscientos cincuenta por un guerrero vivo y doscientos por la cabellera de un guerrero de catorce años en adelante. El transporte de guerreros vivos era mucho más peligroso que el de los fardos de cabelleras, por lo que esta recompensa rara vez llegó a cobrarse. Otros estados establecieron leyes similares y partidas de entusiastas cazadores de cabelleras regresaron a las montañas y desiertos de ambos lados de la frontera; de nuevo, cualquiera que tuviera el pelo largo y negro corría un serio peligro. Se decía que sorprender un campamento indio era como descubrir una mina de oro. La mejor temporada para la caza de cabelleras era de agosto a enero, cuando los comanches acampaban en el Bolsón de Mapimí y los apaches gileños hibernaban en los valles del río Conchos y sus afluentes.

Algunos exploradores y tramperos blancos no se mostraban más humanitarios con los indios que los cazadores de cabelleras. Pauline Weaver, que sirvió de guía a las tropas de Philip St. George Cooke en la marcha a California de 1846, identificó una cadena montañosa donde vivían los apaches tonto. «Cuando pasé por allí una vez desde los Pimos —dijo—, me topé con unas viviendas y se armó cierto revuelo.» Cuando Cooke le preguntó qué clase de revuelo, Weaver le respondió: «Oh, matamos a dos o tres y quemamos sus casas, nos llevamos a todas sus mujeres y niños y los vendimos». Cooke no podía dar crédito a sus oídos, pero Weaver, sin la menor señal de remordimiento, admitió que había vendido muy a menudo mujeres indias y niños en Nuevo México y Sonora. «A cien dólares por cabeza.»[25]

Apenas pasaba un día en el que no llegaran informes de matanzas perpetradas por los apaches y los comanches en Chihuahua y Sonora, y los funcionarios de estos estados continuaban buscando remedio a esto.[26] Un gobernador convenció a los comanches para hacerse con cabelleras de los mescaleros. Otro contrató a seminolas, bajo el mando de Coacoochee (que había huido del Territorio Indio de Estados Unidos), y a esclavos fugitivos, bajo el mando de John Horse, para conseguir cabelleras apaches. Los apaches sabían que había recompensas por ellos, pues cuando el gobernador Trías tasó en mil pesos por la cabellera del jefe mescalero Gómez, este respondió ofreciendo la misma cantidad por la cabellera de cualquier estadounidense o mexicano. Los mescaleros se mostraron particularmente activos en el saqueo de las caravanas que iban de El Paso a la ciudad de Chihuahua.

Muchos angloamericanos hicieron una fortuna considerable con el tráfico de cabelleras, pero no hay modo de cuantificar cuántas de las que se obtuvieron pertenecieron realmente a apaches. A finales de 1849, la ciudad de Chihuahua, la «capital de las cabelleras de América», había pagado sumas sustanciales por el pelo de los apaches, pero estos seguían matando gente a las afueras de la ciudad. El año más próspero para los abastecedores de cabelleras

fue 1849-50. A partir de entonces, Kirker, John Joel Glanton y otros profesionales de aquel tráfico horripilante, al encontrar que cada vez resultaba más difícil conseguir cabelleras apaches, se dedicaron abiertamente a arrancársela a los indios amistosos. Alarmado por esta práctica, el gobernador Trías ofreció una recompensa por la cabellera de Glanton. Convencido de que la eclosión de estos trofeos había terminado, Glanton se apresuró a encaminarse hacia Sonora, donde recibió seis mil quinientos pesos por el cabello de todos los indios y mexicanos que desafortunadamente se habían interpuesto en su camino.

La mayor parte de los mercaderes de cabelleras angloamericanos, incluidos Kirker y Glanton, no tardaron en dirigirse a California en busca de intereses más prosaicos. Sin embargo, ha de anotarse que hubo al menos un caso en el que una especie de justicia poética se pudo cebar con uno de aquellos cazadores de cabelleras: los indios yumas aniquilaron a Glanton y a todo su equipo. Se siguieron ofreciendo recompensas por las cabelleras, pero a partir de 1850 solo podían cobrarlas los ciudadanos mexicanos. Kirker declaró que él y sus hombres habían matado a cuatrocientos ochenta y siete apaches, pero habría sido más exacto decir que habían cobrado recompensas por ese número de cabelleras.

El sistema de recompensas por cabelleras, aunque llevó a la muerte o captura de un buen número de apaches, no ayudó a resolver el problema de los apaches. En 1850, estos saqueaban áreas más extensas que nunca. Tucson y otras muchas ciudades eran víctimas constantes de sus ataques, y los asaltantes se apoderaban con descaro de los rebaños que pastaban junto a los muros de los presidios. Otros apaches penetraban al este de Santa Cruz en las tierras desérticas de los pápagos, donde antes rara vez habían actuado.

Algunas bandas se habían visto considerablemente reducidas en número por la matanza indiscriminada de mujeres y niños para obtener cabelleras. En la banda de Warm Springs que había aceptado los suministros de los funcionarios mexicanos de Janos

solo había unos doscientos guerreros en 1850. El total de la banda se estimaba en unos cuatrocientos indios; en 1787, habían sido más del doble. Otras bandas de gileños también habían sufrido un descenso importante en el número de sus componentes.

En 1850, se envió al coronel George Archibald McCall a Nuevo México para llevar a cabo un reconocimiento, especialmente de la milicia estadounidense y de los problemas con los que tenía que lidiar. McCall informó que había ocho tribus salvajes en el territorio y que los navajos y los apaches eran los enemigos más temibles.[27] Los asaltos que perpetraban contra los mexicanos estaban motivados por el hecho de que no poseían nada y tenían que robar para sobrevivir. Los mescaleros, al regresar de sus incursiones en México, se citaban en el Pecos, anotaba McCall, con comerciantes de Santa Fe que intercambiaban armas de fuego y munición por mulas. McCall predijo que los apaches, que contaban con más mujeres y niños cautivos, serían más difíciles de someter que cualquiera de las tribus. Los jicarillas, al Norte, eran una de las bandas apaches más pequeñas pero, al mismo tiempo, una de las más fastidiosas, pues habían matado a más angloamericanos que cualquier otra. McCall estaba convencido de que, aunque no eran más de cien guerreros y su número total de integrantes no superaba los cuatrocientos, tenían que ser exterminados. «No conozco medio alguno —manifestó— que pueda emplearse para recuperarlos.»[28]

McCall, según parece, consideraba un error separar las bandas de Sierra Blanca y de Sacramento de los mescaleros. Cada una contaba, por su parte, con solo unos ciento cincuenta guerreros. Los que él consideraba mescaleros eran las dos bandas sureñas que operaban desde las montañas Guadalupe hasta El Paso. Estas, lideradas por los jefes Marco y Gómez, tenían doscientos y cuatrocientos guerreros respectivamente y eran las más poderosas, pero rara vez realizaban asaltos al norte de El Paso. Se mostraron amistosos con los angloamericanos hasta 1849, cuando fueron atacados por los cazadores de cabelleras de Glanton.

Como otros apaches, los mescaleros no podían entender la actitud angloamericana frente a sus incursiones en México. Francis X. Aubrey, que estaba al frente de un convoy, se topó con la banda de Marco cerca del riachuelo Lympia, en la zona occidental de Texas. Aubrey le dijo a Marco que los angloamericanos querían ser amigos, pero que los mescaleros tenían que dejar de hacer incursiones en México. Marco se quedó atónito. «Supuse que mi Hermano era un hombre razonable —dijo—. ¿Acaso ha visto entre el Pecos y el Lympia caza suficiente para alimentar a tres mil personas? Durante mucho tiempo no hemos tenido más alimento que llevarnos a la boca que la carne del ganado mexicano y sus mulas, y aún tendremos que seguir recurriendo a ella si no queremos perecer. Si tú nos proporcionas ganado para alimentar a nuestras familias, dejaremos de arrebatárselo a los mexicanos.»[29]

Un motivo (en principio, quizás el principal) por el que las tropas estadounidenses fueron incapaces de arreglárselas con los apaches fue que los caballos de los dragones no podían mantener el ritmo de los caballos apaches. En numerosas ocasiones, los apaches escapaban en el último momento porque sus monturas eran más veloces y resistentes. Después de inspeccionar el puesto militar de Rayado, en territorio jicarilla, McCall informó que todos los caballos, cualquiera que fuese su condición, se considerarían utilizables de forma rutinaria, pues sencillamente no podían obtenerse otros mejores. También parte del problema era que los dragones acarreaban unos treinta y seis kilos en armas y equipamiento, mientras que los apaches llevaban solo arcos, flechas y lanzas. A los caballos que se traían de los estados del norte, continuaba McCall, les costaba un año o más aclimatarse y estar listos para afrontar su duro deber. Recomendaba adquirir caballos de tres o cuatro años en Tennessee y mantenerlos en granjas gubernamentales en Nuevo México durante doce o dieciocho meses antes de destinarlos a cumplir su servicio.

La llegada de los angloamericanos en masa tras la guerra con México significó el fin de una época y el comienzo de una nueva para los apaches. Como ambos habían luchado contra los mexicanos, los apaches presumieron que los angloamericanos serían amigos y aliados. Para ellos era del todo incomprensible que les ordenaran poner fin a sus incursiones en los ranchos y asentamientos mexicanos. Contra estos, que en el mejor de los casos estaban pobremente armados, los apaches nada tenían que temer. Ahora les decían que debían dejar sus saqueos o de lo contrario las tropas estadounidenses, fuertemente armadas, les darían caza. Este dilema pudo ser la causa por la que la banda de Warm Springs aceptó la oferta de provisiones de Chihuahua, y con toda certeza hizo que los apaches dudasen del valor de la amistad angloamericana. Pero esto fue solo el principio.

III

LOS INICIOS DEL CONFLICTO ANGLOAMERICANO-APACHE EN NUEVO MÉXICO

Cuando los angloamericanos asumieron el control político de Nuevo México, los apaches seguían llevando a cabo sus acostumbradas incursiones en Sonora y en Chihuahua, aunque unos dos mil vivían pacíficamente cerca de Janos. En un primer momento, los apaches se mostraron deferentes y amistosos con los angloamericanos, pues consideraron que cualquiera que hubiese declarado la guerra a los mexicanos debía poseer virtudes. En 1846, no tenían la menor idea de que los angloamericanos fuesen tan numerosos y estuviesen tan hambrientos de tierras, y tampoco sospechaban que acabarían expandiéndose por la Apachería a su entera voluntad. Pero cuando se descubrió oro en California, la corriente de *forty-niners*[1] que comenzó a remontar el curso del Gila les hizo volverse aprensivos. La llegada de la Comisión de Circunscripciones a principios de 1851 fue incluso más preocupante, pues penetró sin previo aviso en el territorio mimbreño con escolta militar.

La primera vez que los mimbreños oyeron hablar de esta comisión fue cuando Cuchillo Negro y una pequeña partida de guerreros se encontraron con un jinete solitario que se dirigía a Santa Rita del Cobre. Este era John C. Cremony, explorador e intérprete de la comisión, que cabalgaba varios kilómetros por delante del resto. Al verse rodeado, Cremony apuntó a Cuchillo Negro con su pistola y, en español, le ordenó que mantuviera a sus guerreros a distancia o de lo contrario lo mataría. Cuchillo Negro obedeció, pero se negó a creer que hubiera otros angloamericanos acercándose ya en

territorio mimbreño. Cremony mantuvo su delicada posición hasta que apareció el resto de la comisión y los apaches huyeron estupefactos.

Las tierras de los mimbreños habían sido poco seguras para los extranjeros desde 1838, cuando los mineros mexicanos se vieron forzados a abandonar Santa Rita. La Comisión de Circunscripciones, encabezada por John R. Bartlett, empezó a reparar las construcciones de adobe abandonadas de las minas de cobre, mientras la escolta militar ocupaba el presidio, al que rebautizaron como Fort Webster. El presidio tenía forma triangular, con torres en cada esquina. Los muros eran de adobe, con un grosor de algo más de un metro, y estaban muy bien conservados. Sin embargo, de las cincuenta o más viviendas de adobe, muchas se hallaban en ruinas.

Los mimbreños visitaron a los intrusos con frecuencia y les preguntaron repetidamente cuánto tiempo tenían intención de quedarse. Aunque les aseguraron que la comisión y sus tropas seguirían su camino en cuanto se completase el reconocimiento de la región, los mimbreños se mostraron escépticos. ¿Por qué se iba a molestar nadie en reparar edificios para una estancia tan breve? Su inquietud creció. Habían expulsado a los mexicanos tras la masacre de Johnson en 1837 y no querían que nadie más, ni siquiera los angloamericanos, ocupasen su territorio.

Mangas Coloradas, que había reemplazado a Juan José como jefe, estaba especialmente preocupado por la presencia de los intrusos. La fuerza muy bien armada de los angloamericanos contaba con más de trescientos hombres, lo que les convertía en demasiado fuertes para ser atacados con los arcos, las flechas y las escasas armas de fuego de los mimbreños. Mangas era el apache más influyente de su época; no solo contaba con amigos y aliados entre el resto de las bandas apaches, sino también entre los navajos. Era un hombre grande y poderoso, aparte de un genuino estadista. En una incursión en Sonora raptó a una chica mexicana que, a pesar de la oposición apache, convirtió en su esposa. Sus dos mujeres apaches la habrían aceptado como esclava, pero no como una igual.

Sus hermanos desafiaron a Mangas, quien se batió con ellos en sendos duelos al estilo apache, con cuchillos. Después de matarlos, ningún otro apache tuvo nada más que decir o hacer al respecto: aceptaron su decisión. La mujer mexicana de Mangas le dio tres atractivas hijas. Como un monarca medieval, arregló matrimonios diplomáticos para las tres con el jefe chiricahua Cochise, con otro jefe apache y con uno de los más destacados guerreros navajos. Ahora, con los angloamericanos en territorio mimbreño, solicitó la ayuda de los navajos, y enseguida cuatrocientos guerreros vinieron a acampar en las proximidades de Santa Rita. Pero como no existía la menor posibilidad de llevar a cabo un ataque sorpresa, los navajos acabaron marchándose.

Al referirse a los mimbreños, Bartlett concluyó que se movían por las orillas del río Grande y hacia el oeste hasta alcanzar el territorio de los coyoteros y los pinaleños de Arizona. Vivían una parte del año en Sonora o Chihuahua, sobre todo en las proximidades de Lago de Guzmán, al oeste de El Paso. Cuando visitó Sonora y Chihuahua, en 1851 y 1852, Bartlett oyó mencionar con frecuencia a los jefes que había conocido en Santa Rita, pues sus nombres eran muy populares. Según la información proporcionada por los mexicanos que conocían a los mimbreños en Janos, su número se había visto reducido notablemente en los últimos cinco años. Aunque admitió que determinados apaches tenían un buen aspecto físico, Bartlett no encontró entre ellos ninguna cara «afable ni amistosa». Estimó que en total no serían más de cinco mil.[2]

A partir de sus observaciones sobre los apaches, Bartlett creyó que merecería la pena asignarles agentes. «El objetivo que se adaptará de manera más inmediata a su naturaleza y hábitos —escribió— será la cría de ganado y mulas, una actividad a la que pueden dedicarse de un modo provechoso, y que ya dominan a la perfección.» Se opuso a la idea de concentrar las diversas bandas apaches en una sola reserva, una política que se adoptaría más adelante con consecuencias desastrosas. «La política de concentración es

perniciosa —observó Bartlett sagazmente— y solo tendrá un resultado: estimulará su afición a la guerra.»[3] Esta predicción se hizo realidad en la década de 1870.

Las relaciones entre los mimbreños y la Comisión de Circunscripciones eran aparentemente cordiales. La única fricción que surgió fue en lo relativo a los cautivos mexicanos, a quienes los miembros de la comisión tenían la orden de rescatar cuando fuese posible. Liberaron a una joven de manos de unos comerciantes renegados que habían visitado a los mimbreños para intercambiar armas de fuego por prisioneros; después, rescataron a dos niños mexicanos que se habían escapado de los apaches y habían buscado asilo en la comisión. Los comerciantes acabaron huyendo, pero los mimbreños se pusieron furiosos. Mangas Coloradas y otros jefes fueron al campamento de los comisionados para mantener una «larga charla». Un guerrero apache estaba criando a los niños como si fueran sus propios hijos, explicó Mangas, y se había encariñado con ellos. Pedía su regreso, pero en su lugar aceptó a regañadientes un pago. El jefe Ponce recordó a Bartlett que los mexicanos tenían muchos prisioneros apaches, un hecho que los angloamericanos pasaron por alto a menudo.

En su libro, Cremony solía referirse a los apaches como «salvajes» y «bárbaros», pero aun así los admiraba y respetaba. «En lo que se refiere a la astucia natural, la rápida agudeza y el vivo instinto animal —decía—, no tienen igual con otros pueblos [...] Robar y que no te roben; matar y que no te maten; coger prisioneros y que no te capturen, conforma la suma de la educación y la ambición apache, y el que sea capaz de llevar a cabo estos actos con el mayor de los éxitos será el mejor hombre de la tribu.» La valentía en solitario no se respetaba demasiado; el coraje ciego podía acabar con la vida de un hombre, y los apaches no veían nada admirable en eso. «Están muy lejos de ser cobardes —continuaba Cremony—, pero son extremadamente prudentes [...] En ningún caso pondrán en riesgo sus vidas, a no ser que el botín sea de lo más tentador, y superen abrumadoramente en número al contrario.»[4]

Las mujeres, sobre todo las de los asaltantes, solían acompañar a las partidas de asalto. Hubo una notable excepción de una mujer soltera que formó parte de las incursiones: Lozen. La hermana de Victorio, que era tan experta como cualquier hombre en el robo de caballos y en el manejo de un rifle. Se parecía a aquella otra mujer que Cremony recordaba: «Ella recibía un honor especial por parte del sexo contrario, pero su nombre apache se me ha ido de la memoria. Era célebre como una de las más diestras ladronas y domadoras de caballos de la tribu, y rara vez se permitía que partiera una expedición de asalto sin su presencia. La traducción de su apelativo apache era "Experta Ladrona de Caballos"».[5]

La Comisión de Circunscripciones acarreó una infinidad de problemas para los mimbreños, pues mientras trabajaban en Santa Rita, unos buscadores descubrieron oro en el próximo Pinos Altos, y unos ciento cincuenta o doscientos mineros acamparon en la zona. Mangas Coloradas, que se había ofrecido a mostrarle a Bartlett dónde había más de aquel dorado metal que tanto fascinaba a los angloamericanos, también les dijo a aquellos mineros que les conduciría a un lugar donde abundaba el oro. Como en el caso de Bartlett, Mangas les hizo jurar a cada uno de ellos que no revelarían el secreto. Pero algunos mineros hablaron entre sí y concluyeron que la oferta era una trampa. La siguiente vez que el jefe fue a visitar el campamento minero lo detuvieron, lo ataron a un árbol y lo fustigaron con dureza. Fue un error capital, pues Mangas dedicaría la mayor parte del resto de su vida a vengarse de aquella afrenta. Muchos mineros solitarios murieron lentamente, colgados cabeza abajo sobre una fogata o con la cabeza incrustada en un hormiguero, a modo de expiación por las cicatrices que habían dejado en la espalda de Mangas Coloradas. Unos años más tarde, cuando un tal doctor Thorne, que era prisionero de Mangas, salvó la vida de unos mimbreños heridos, le condujeron con los ojos vendados a un remoto cañón donde había una gran profusión de

pepitas de oro. Como recompensa se le permitió llevarse todo el oro que pudiera cargar. Mangas y otros mimbreños sabían dónde había más oro, pero jamás revelaron su ubicación.

En Sonora, la hostilidad apache no vivió ninguna tregua. En enero de 1851, Ignacio Pesqueira, al mando de cien soldados, interceptó y atacó una partida de asalto de doscientos cincuenta apaches que conducía un enorme rebaño robado. Aunque les superaban de manera ostensible en número, Pesqueira y sus hombres lucharon hasta que perdieron a veintiséis de sus hombres y los apaches mataron al caballo de su comandante. Seguros de que este estaba perdido, los soldados, sin líder, se retiraron a toda prisa. Cuando Pesqueira entró a pie en Arizpe unos días más tarde, fue recibido como un héroe y su hazaña supuso el lanzamiento de su carrera política. El mes siguiente, los apaches atacaron a un pueblo y derrotaron a las tropas que mandaron tras sus pasos.

En su camino a Sonora, Bartlett cruzó por el rancho de San Bernardino. En la década de 1830, todos sus habitantes habían ido abandonándolo, excepto el ganado salvaje que seguía rumiando por sus pastizales. Bartlett encontró que la gente pobremente armada de Fronteras vivía con un terror constante hacia los apaches. La ciudad había sido abandonada en 1849, pero el general José María Carrasco, comandante en jefe de Sonora, la había repoblado. En respuesta a sus incursiones en Sonora (y al comercio de ganado robado en Chihuahua), Carrasco había atacado recientemente a los apaches que residían en Janos. Los prisioneros capturados fueron distribuidos entre haciendas distantes a modo de sirvientes (literalmente: esclavos), una vieja práctica española que había ayudado mucho a conservar el odio por parte de los apaches. Entre las tropas de Carrasco, sin embargo, había un sargento apache que había estado muchos años al servicio de México. Evidentemente, había sido capturado de niño y se había olvidado de su pueblo.

Los apaches estaban mejor armados que la mayor parte de la gente de Sonora y Chihuahua, y se dedicaban todo el tiempo a los saqueos. Por dondequiera que fuese, Bartlett hallaba pruebas de la

devastación apache y de la desmoralización mexicana. Tal era la cantidad de pueblos y haciendas desiertas, que resultaban incontables. El antiguo pueblo ópata de Bacoachi se encontraba en la más absoluta miseria; sus habitantes estaban constantemente a la defensiva y no podían trabajar sus campos. La gente de Arizpe, la antigua capital, también vivía inmersa en el terror a un ataque. Durante su estancia allí, las tropas mexicanas llevaron cinco prisioneros apaches al grupo de Bartlett. Esa misma noche, otros apaches entraron cabalgando en la ciudad y pidieron su liberación; los centinelas, aterrorizados, obedecieron al instante. En otra ocasión, los apaches atacaron una reata de mulas a pocos cientos de metros de la ciudad. Los carreteros huyeron a toda prisa y perdieron la reata. La gente de Arizpe se limitó a observar cómo los apaches se apoderaban del cargamento para luego marcharse tranquilamente. Interferir en las acciones de los apaches constituía una invitación directa a sufrir las más terribles represalias.

El acoso constante de los apaches continuó devastando el norte de México. La gente estaba tan desmoralizada que se sometía a lo que los apaches quisieran y hacía poco por defenderse. Poco antes de la llegada de Bartlett a Santa Cruz en 1852, los apaches habían realizado numerosos ataques a muy escasa distancia de la ciudad. El invierno anterior se habían llevado un rebaño de mulas hallándose a tiro de rifle del presidio. Las tropas miraron impotentes, pero no hicieron el menor intento de detenerles. Para mostrar su desprecio, los asaltantes lancearon a un rebaño de vacas que pastaban junto a los muros exteriores de la ciudad, como si desafiaran a los soldados y a los habitantes a salir y morir en sus manos. Santa Cruz, que en su día había sido una comunidad bastante próspera, se había visto reducida a una población de doscientos habitantes; y entre esta y Janos, Bartlett no se encontró más que con ranchos y asentamientos abandonados. Todo el norte de México se estaba convirtiendo en un desierto.

En la década de 1850, las expediciones punitivas mexicanas contra los apaches rara vez fueron efectivas. En una ocasión, Bartlett se topó con unos doscientos soldados andrajosos y escasamente armados del presidio de Tucson que se dedicaban a la caza de apaches. «Estas campañas contra los indios —comentó— son completamente inútiles, y no podrán saldarse con éxito alguno. Durante estos dos últimos años en que los mexicanos han estado operando contra los apaches de la frontera, ni siquiera han matado a cincuenta.»[6] Poco tiempo después, en una emboscada, las tropas mexicanas acabaron con Coletto Amarillo, un importante jefe mimbreño, pero aquel hecho tuvo escasa repercusión en los asaltos.

Entre 1851 y 1853, los apaches mataron a más de quinientas personas en Sonora. Los ópatas seguían siendo el principal baluarte de la defensa mexicana y, en vestimenta y apariencia, eran muy parecidos a sus compatriotas mexicanos. Se les apreciaba sobre todo por su valor, pues ellos y los pimas siempre estaban deseosos de luchar contra los apaches. Los ópatas se mostraban francos, obedientes y cooperativos con los mexicanos, del mismo modo que antes lo habían sido con los españoles. Todavía existían compañías de infantería ópatas en Bacoachi, Babispe y Tubac.

Durante su estancia en Ures, Bartlett se enteró de que una partida de casi cien apaches se había apoderado de una manada de caballos y mulas en las proximidades de Hermosillo. Aunque la ciudad tenía una población de más de tres mil habitantes, solo se pudo convencer a cuarenta hombres para que persiguieran a los asaltantes. Cuando alcanzaron la manada cerca de Ures, los apaches se limitaron a dar media vuelta y cargar contra ellos con sus lanzas matando a treinta. El jefe ópata Tanori lideró a los suyos para perseguirles, mató a muchos de los asaltantes y recuperó ochocientos sesenta caballos.

Bartlett vio que Janos, como los presidios que había visto en Sonora, se encontraba en muy malas condiciones y reflejaba los mismos problemas críticos con los apaches que Chihuahua. En 1826, su guarnición se componía de seis oficiales y noventa soldados. En 1852, solo quedaban veinte soldados y los edificios estaban en

ruinas. La población de la ciudad se había reducido a trescientas personas. Como las ciudades de Sonora, parecía condenada a un fin inminente.

En Nuevo México, las relaciones de los angloamericanos con los apaches eran poco amistosas a pesar de los esfuerzos de algunos oficiales. Durante el otoño de 1850, una partida de jicarillas de camino al puesto militar de Abiquiu que quería pedir permiso para vivir allí se detuvo en un rancho de Nuevo México cercano a Ojo Caliente, pidió comida y se la dieron. Cuando bajaron la guardia, su anfitrión hizo que sus hombres abrieran fuego contra ellos y mataron a un guerrero y a tres niños. Por consiguiente, el superintendente de Asuntos Indios de Nuevo México, James Calhoun, permitió a los supervivientes vivir en Abiquiu y se les suministró víveres. El hombre responsable de la matanza fue arrestado pero no tardó en quedar libre. «La desmoralización de la sociedad de este lugar — es-cribió Calhoun— es tal que sería antipolítico, si no al mismo tiempo impracticable, administrar justicia en este caso. Se ha recaudado una considerable suma de dinero para otorgar una medalla de oro a este desalmado asesino, y esto lo hacen, prin-cipalmente, americanos.»[7]

La embriaguez ya era común entre los apaches de Nuevo México. Calhoun informó que los mescaleros venderían hasta la última manta o animal que tuvieran o pudieran robar para obtener «espíritus ardientes».[8] El doctor Michael Steck, agente de los gileños, recomendó darles a los apaches harina de maíz en vez de maíz crudo porque se dedicaban a fermentar este último para elaborar *tizwin*, una bebida alcohólica. El agente indio John Greiner manifestó que los jicarillas se emborrachaban en cuanto se les presentaba la menor oportunidad para después jactarse de todos los blancos que habían matado. Comprobó que a los colonos del norte de Nuevo México no se les podía impedir la venta de «Taos Lightning». Steck temía que habría problemas con los mimbreños porque, gracias a la connivencia de los colonos que trataban de comprar protección, no se podía impedir que la banda se emborrachara.[9]

Uno de los problemas de la relación con los apaches (y que continuaría durante dos décadas) era la falta de cualquier política consistente por parte de los angloamericanos que no fuera el exterminio. A principios de 1851, Calhoun escribió al comisionado de Asuntos Indios para decirle que «los asesinatos y los expolios ocurren casi a diario en este territorio, al sur y al oeste de Santa Fe».[10] Calhoun había recomendado confinar a los apaches en áreas restringidas, pero cuando los mescaleros y los jicarillas le preguntaron si firmaría un tratado de paz con ellos, no disponía de autoridad para hacerlo.

Algunos jicarillas no solo eran pacíficos, sino que incluso ayudaban realmente a los ciudadanos a proteger o a recuperar sus rebaños de los asaltantes navajos. Estos eran miembros de la banda del jefe Francisco Chacón. En una ocasión persiguieron a una partida de navajos y recuperaron tres mil ovejas, que devolvieron a sus propietarios. Y la gente de Manzana, a noventa y cinco kilómetros al sudeste de Albuquerque, informó que los jicarillas les habían protegido, a ellos y a sus rebaños, durante meses.[11]

Pese a la garantía del tratado de Guadalupe Hidalgo, según la cual los Estados Unidos evitarían que los indios siguieran haciendo incursiones más allá de la frontera de México, el Congreso ignoró el problema apache dejando tanto a los colonos mexicanos como a los angloamericanos del sudoeste totalmente a su suerte. Las autoridades angloamericanas, además, rara vez unían sus esfuerzos para controlar a los apaches. El tipo de controversia civil-militar que complicaría los problemas apaches en la década de 1880 se hizo evidente desde el primer momento. El coronel Edward Vose Sumner, del Primer Destacamento de Dragones, que fue nombrado comandante en jefe del distrito militar de Nuevo México a principios de 1851, recibió la orden de cooperar con Calhoun en todos los asuntos relacionados con los indios. Calhoun, después de que un jefe le visitara en Santa Fe, quedaría convencido de que los gileños conservarían la paz si el Congreso destinaba unos modestos fondos para su mantenimiento. Quería visitar a los mimbreños en Santa Rita

del Cobre, pero el coronel Sumner se negó a proporcionarle una escolta, con lo que se canceló, de hecho, la visita. «Si esto es en cumplimiento de instrucciones de Washington —escribió Calhoun al comisionado—, los asuntos indios deberían ser manejados por oficiales del ejército, o de lo contrario ser desatendidos.»[12]

Aunque los mineros permanecieron en territorio mimbreño cuando la Comisión de Circunscripciones se marchó, se quedaron sin protección militar. Fort Webster no había sido más que una instalación temporal para proteger a la comisión durante su estancia en la región. Pero los mimbreños estaban convencidos de que habían conseguido hacer huir a las tropas y se volvieron más audaces. Muchos miembros de la banda que habían estado viviendo en Janos regresaron para ayudar a expulsar a los mineros de sus tierras. En enero de 1852, por la recomendación del mayor Enoch Steen del Primero de Dragones, una compañía de infantería volvió a ocupar Fort Webster. En septiembre, la guarnición se trasladó a una ubicación próxima al río Mimbres, donde se erigió un nuevo fuerte que también se llamó Webster. Se destacó al mayor Steen, junto a dos compañías de dragones, para fortalecer la guarnición. A finales de 1853, se abandonó Fort Webster y las tropas se transfirieron a Fort Thorn, en el río Grande, uno de los puestos que el general John Garland había ordenado construir para controlar a los mescaleros. Una guarnición contundente en Fort Webster habría ayudado a controlar a los mimbreños, pero la política de instalación de puestos militares en el territorio apache se desarrollaba con demasiada lentitud.

Durante la década de 1850 se negociaron tratados con diversas bandas apaches, pero el Senado los rechazó sistemáticamente. El mayor John Greiner, que actuó como agente indio durante la convalecencia de Calhoun, invitó a los mescaleros a Santa Fe para celebrar un consejo, al cual acudieron treinta jefes y caciques. En julio de 1851, acordaron un tratado de «paz y concordia perpetuas». Greiner también preparó una conferencia con los jefes gileños en

Ácoma. El coronel Sumner decidió dirigir las negociaciones en persona, pero insistió en que Greiner le acompañara. Mangas Coloradas entró en el campamento y le dijo a Sumner: «Tú eres jefe de los hombres blancos. Yo soy jefe de los hombres rojos. Ahora hablemos y lleguemos a un acuerdo».[13] El Congreso seguía negándose a ratificar los tratados, y las relaciones entre angloamericanos y apaches empeoraron. En febrero de 1852, Calhoun informó de derrotas militares y de la interrupción de viajes a causa de los apaches en varias partes del territorio. «Si las atrocidades continuaban», escribió a Daniel Webster, el territorio acabaría siendo un «desierto clamoroso».[14] En su informe oficial del año 1852, Sumner recomendaba enérgicamente la devolución de Nuevo México a «los mexicanos y los indios».

En 1853, el gobernador William Carr Lane negoció una serie de tratados con las tribus salvajes en los que les prometía maíz, sal, ternera y crías de ganado para el primer año y «sustento razonable» para los tres siguientes. Sin esperar a que el Senado confirmara los tratados, Lane convocó a un elevado número de mimbreños cerca de Fort Webster y les adelantó el dinero de los fondos territoriales para que pudieran empezar a cultivar. Como solía ocurrir en las negociaciones con los indios, los hombres que hacían promesas de buena fe luego eran incapaces de mantenerlas. Lane no tardó en ser reemplazado por David Meriwether, quien se encontró con los fondos territoriales casi vacíos. Este vio dos maneras de controlar a los indios: alimentándolos o por la fuerza. «La primera ha sido la política de mis antecesores; la última —concluyó— todavía no se ha llevado a cabo con eficacia.»[15] Como desde un principio prefirió el uso de la fuerza a la comida, Meriwether no sufrió ninguna decepción cuando el Congreso declinó confirmar los tratados de su antecesor. Pero cuando se interrumpió el suministro de provisiones los mimbreños se sintieron traicionados.

Lane había pactado un tratado semejante con los jicarillas, en el que les prometía que el gobierno les alimentaría durante cinco años mientras se les ayudaba a convertirse en autosuficientes. El tratado debía de hacerse efectivo en el momento en que fuese aprobado por el Senado, pero los jicarillas, que no estaban en absoluto familiarizados con los requisitos constitucionales, asumieron que ya lo era. Acamparon cerca de Abiquiu en espera de las provisiones prometidas, y el ejército se encargó de su alimentación en el ínterin.
Cuando el Senado rechazó el tratado, el gobernador Meriwether intentó explicarles infructuosamente lo que había ocurrido. Los jicarillas no podían entender por qué, después de que se les hubiesen prometido provisiones a cambio del mantenimiento de la paz, el ejército, de golpe y porrazo, dejaba de alimentarlos. Enfrentados al hambre, regresaron a sus viejos hábitos. Los colonos angloamericanos no tardaron en quejarse de robos de ganado y recurrieron al ejército para que les protegiese de una previsible guerra india. Tras el fracaso a la hora de resolver las quejas de apaches y angloamericanos, los dragones abrieron fuego contra un grupo de jicarillas y mataron a varios niños y mujeres. Aunque armados principalmente con arcos y flechas, los jicarillas respondieron rápidamente al ataque y acabaron con la vida de veinticuatro dragones, además de herir a otros tantos. Se sucedió una guerra abierta. Meriwether concluyó que ninguna otra banda de indios había causado tanto daño a Nuevo México.[16]
Alimentar a los apaches, como habían aprendido tanto los españoles como los mexicanos, resultaba mucho menos costoso que luchar contra ellos, especialmente si manifestaban su deseo de aceptar provisiones y vivir en paz cerca de un puesto militar. Como los jicarillas, los mimbreños fueron enfureciéndose cada vez más ante lo que consideraban una traición de los angloamericanos. Durante un año dirigieron sus incursiones principalmente contra asentamientos, campamentos mineros y ranchos angloamericanos. Destruyeron o robaron propiedades de inmenso valor y causaron la muerte de

mucha gente. Cuando el ejército volvió a instalarse en Fort Webster, los mimbreños se dieron cuenta de que sus tierras estaban de nuevo en peligro, y su furia se incrementó aún más.

El tratado de Greiner con los mescaleros se había firmado solo con la banda de Sierra Blanca, que había hecho un esfuerzo por cumplir el acuerdo y mantener la paz. Otros mescaleros que vagaban por las montañas Davis, Sacramento y Guadalupe, así como por el territorio del Big Bend, probablemente no se habían enterado de la firma de aquel tratado y, sin duda, no se consideraban ligados a él. Mientras Josecito y otros mescaleros de Sierra Blanca se hallaban de visita en Santa Fe para informar que su gente había empezado a cultivar (el signo más evidente de virtud ante los ojos de los angloamericanos) y para recordarle al gobernador su promesa de construir un fuerte en sus tierras, los grupos del sur estaban hostigando el camino de San Antonio a El Paso. Se culpó erróneamente a la banda de Sierra Blanca de aquellos estragos.

Los angloamericanos tenían bastante claro que las incursiones apaches en México les libraban de sufrir devastaciones más graves. Al hablar de las bandas del Gila y de la vasta zona en la que merodeaban, Meriwether comentó: «La facilidad e impunidad con que les roban y saquean [a Sonora y a Chihuahua] ha librado en buena medida a nuestra gente de padecer esas mismas visitas el año anterior y el actual».[17] Solo en julio de 1853, los apaches mataron a ciento setenta personas en Sonora, destruyeron las ciudades de Chinapa y de Santa Cruz, y asolaron el sur de Arizona.

E. A. Graves, agente de los mimbreños, mantenía, de al-gún modo, la esperanza de que se volvieran autosuficientes. Describió el intento de que se dedicaran a la siembra a lo largo del río Mimbres, cerca de las minas de cobre. «Esta empresa se llevó a cabo con cierto éxito —escribió— y se cree que, si se persiste en esta política, se podrá alcanzar un cambio en la condición de estos indios degradados.»[18]

En relación con los apaches en general y sus incursiones destructivas en México, Graves concluía que el gobierno debía contemplar la posibilidad de que los apaches desapareciesen de un modo discreto y fácil, pues «exterminar a los aborígenes del bosque y las montañas es una política que ningún ciudadano o estadista informado propondría o aconsejaría». No obstante, él no les concedía demasiadas esperanzas a los indios. A ningún indio. «Pues esta raza, los aborígenes de América, está destinada a una rápida extinción final, de acuerdo con las leyes ahora vigentes, tanto civiles como divinas, y parece que tal cosa no admite ninguna duda, pues se trata de algo que escapa tanto al control como a la administración de cualquier empresa humana. Todo lo que puede esperarse de un gobierno cristiano e ilustrado, como el nuestro, es que gradúe y suavice el paso a su salida final del escenario de la existencia humana.»[19]

En respuesta a la pregunta de cómo se debía actuar, Graves apuntó que los apaches tenían que obtener alimentos de un modo pacífico o por la fuerza. «Ninguna criatura animal, civilizada o no, perecerá por la necesidad de alimento cuando los medios para su subsistencia se hallen a su alcance.»[20] Pero admitió que «alimentar y vestir a estos indios, ya fuese total o parcialmente, es una operación costosa. Se trata de una política que no promete resultados más allá del simple hecho de mantenerlos calmados por el momento. Mientras se continúe con ella, se puede obtener indudablemente la paz, y los indios se mantendrán calmados, pero lo único que se consigue así es posponer el día infernal». Graves sugirió confinar a las tribus en reservas y enseñarles a cultivar, proporcionándoles incentivos para que cambiaran el arco y la flecha por el hacha y la hoz. «Si se les declara la guerra y se les conquista, se plantea la misma cuestión: ¿qué hacer con ellos? Del mismo modo, habrá que hacerse cargo de ellos o destruirlos.»[21]

La Compra de Gadsden, negociada en 1853 y ratificada en junio de 1854, transfirió toda la parte de Arizona y Nuevo México situada al sur del Gila a Estados Unidos. El Gobierno estadounidense, tras

haber desarrollado el mínimo esfuerzo para evitar que los apaches realizaran incursiones al sur de su frontera, se aprovechó ahora de la buena disposición de México para hacer concesiones y abrogó el acuerdo de controlar a los indios.

El territorio recién adquirido estaba en el corazón de la Apachería, pues contenía las tierras de los mimbreños, los mogollón, los pinaleños y los chiricahuas. Estas bandas subsistían casi exclusivamente de las incursiones, por lo que el problema de controlar a los apaches era más complicado que antes. Las dificultades a la hora de tratar con un número cada vez mayor de apaches hostiles desanimó al gobernador Meriwether, aun cuando el Congreso destinó dinero para la adquisición de bienes para los indios a cambio de la firma de los tratados. Meriwether no trató de iniciar negociaciones con los apaches.

A los funcionarios de Washington se les advertía con frecuencia tanto de la manera habitual que usaban los apaches para proveerse y cubrir sus necesidades, así como de que resultaba imprescindible ofrecerles una alternativa no tan violenta. En su informe anual de 1854, el comisionado de Asuntos Indios George W. Manypenny se hizo eco de estas advertencias al admitir que los apaches «tenían que robar o se morirían de hambre», y argumentó que el gobierno podría subvencionarles hasta que pudieran mantenerse por sí solos, de lo contrario habría que exterminarlos. «Que las obligaciones del cristianismo, así como los dictados de la humanidad —concluyó piadosamente—, exigen la acción eficiente del gobierno ha de ser demasiado obvio para siquiera discutirlo. Hasta cierto punto hemos tomado posesión de las tierras de esos indios, arrebatándoles sus únicos medios de sustento. Ahora debemos enseñarles a vivir sin ese recurso, o su destrucción será inevitable.»[22]

A principios de 1854, Kit Carson asumió sus obligaciones como agente de las tribus jicarillas, ute y pueblo. Poco después, se acusó a los jicarillas de robos, y el teniente Bell, del Segundo de Dragones, salió a castigarles. Sus tropas localizaron una partida de jicarillas, pero estos negaron haber robado los animales extraviados. Como

solía ocurrir en aquellos casos, se consideró apropiado castigar a unos indios por las fechorías de otros, así que los soldados abrieron fuego y mataron a buena parte de ellos, incluido el jefe que los lideraba. Carson se movió con prontitud para evitar una guerra a gran escala y visitó al jefe de una gran banda de jicarillas que se hallaba acampada a menos de un día a caballo de Taos. Sin embargo, sus esfuerzos resultaron infructuosos y tres días más tarde se produjo el alzamiento general de los jicarillas.

Un destacamento de sesenta dragones se lanzó contra una considerable partida de jicarillas y mantuvo un duro combate contra ellos, del cual solo sobrevivieron quince hombres.[23] El coronel Philip St. George Cooke, del Segundo de Dragones, salió al campo con un ejército numeroso, acompañado por Kit Carson en calidad de agente indio y guía. «Los indios que en estos momentos están cometiendo expolios —informó Carson— son los que perdieron a sus familias durante la guerra. Consideran que lo único que les queda en esta vida es la venganza por la muerte de aquellos familiares que mataron los blancos; están desesperados.»[24] Esperaba evitar otra carnicería innecesaria, pero los jicarillas se habían disgregado de tal modo que resultaba imposible conferenciar con ellos. Carson creía que el gobierno debía invitarles a negociar un tratado «justo y apropiado», pero el gobernador en funciones, W. S. Messervy, no se dignó a hacer el primer gesto de paz.

El mayor James H. Carleton, junto a Kit Carson, rastreó a una partida de jicarillas hasta el pico Fischer, en las montañas Ratón. Tomaron por sorpresa el campamento, mataron a unos cuantos guerreros e hicieron que el resto se dispersara. La lucha continuó, pero los jicarillas, con no más de cien o ciento cincuenta guerreros, se mantuvieron a la defensiva. Dos numerosos ejércitos salieron al campo de batalla en 1855: los dragones del coronel Fauntleroy y los voluntarios de Nuevo México bajo las órdenes de Ceran St. Vrain. Este último cuerpo entró en combate en siete ocasiones y causó un gran número de muertes. En agosto de aquel año, los caudillos de los jicarillas y los utes se dirigieron a Carson para pedir la paz. Se

organizó un consejo al que asistiría el gobernador Meriwether en el río Chama; allí se concluyeron los tratados de paz que establecieron reservas para los dos grupos al norte de Nuevo México.

Cuando las noticias de los tratados de Meriwether llegaron a la gente de Taos, se sintieron ultrajados. Las reservas, protestaron en cartas que escribieron a Washington, estaban demasiado cerca de Taos y debían trasladarse más lejos. Quizás a causa de esta protesta el Congreso no ratificó los tratados. En 1856, el agente Lorenzo Labadi escribió desde Abiquiu que los utes y los jicarillas estaban ajustándose a lo establecido en los tratados pero vivían en la más absoluta miseria, mientras esperaban pacientemente la llegada de las herramientas y las semillas que Meriwether les había prometido. Labadi urgió al gobierno a que mandara comida a los jicarillas para que no se vieran «obligados a causa del hambre a comenzar a robar y a cometer de nuevo atrocidades».[25]

Como los mescaleros seguían acosando la carretera de San Antonio a El Paso y a lo largo del río Grande, entre 1854 y 1855 una serie de columnas se dedicó a cruzar una y otra vez su territorio infringiéndoles duras derrotas. A principios de 1855, el capitán R. S. Ewell del Primero de Dragones atravesó el territorio de los mescaleros con un destacamento de ciento ochenta hombres. Sostuvo numerosas refriegas con estos y mató, entre otros, a su «gran jefe de guerra Santa Anna» y a uno de sus hijos. Pero como era pleno invierno y hacía muchísimo frío, los caballos de los dragones se agotaron y hacia el final de la campaña no pudieron mantener el ritmo de la infantería.[26]

Mientras Ewell se encontraba acampado en el río Bonito, un grupo de mescaleros corrió a solicitar la paz al doctor Steck, quien les prometió protección hasta que pudiera darles una respuesta. Al general Garland, cuyas fuerzas estaban tratando de conseguir la derrota definitiva de los mescaleros, esta petición le decepcionó comprensiblemente. «Este paso no es *poco* irritante —dijo— cuando estamos listos para atacar [...].»[27]

A pesar del enfado de Garland, se estableció una reserva aparte para los mescaleros en su propio territorio, con el cuartel general de la agencia en Fort Stanton, erigido junto al río Bonito a principios de 1855. El Congreso, como siempre, no aprobó el tratado, pero la agencia se quedó allí y suministró a los mescaleros utensilios y algunas herramientas. Estos apaches se inclinaban hacia la paz, pero las políticas de los angloamericanos dificultaban que se comportaran pacíficamente. Cuando se instalaron en Fort Stanton, por ejemplo, los funcionarios reconocieron a un «jefe principal», aunque los mescaleros no lo hicieron. Se esperaba que este jefe se ocupase de que cada miembro de la banda obedeciese y se le hizo responsable de los actos de todos. Era una situación insostenible, completamente contraria a la tradición apache, en la que ningún jefe podía exigir obediencia.

Otra medida injuriosa fue la de restringir severamente los movimientos de los mescaleros sin suministrarles más que raciones parciales. La prohibición tenía por objeto evitar que se dedicaran a robar ganado o a realizar incursiones en México, pero también les impedía salir de caza o elaborar mezcal. Las raciones parciales no eran suficientes para su sustento y a los mescaleros no se les permitía organizar cacerías. Al ver que sus mujeres y niños se morían de hambre, los guerreros se desesperaron.

En una carta al gobernador Meriwether, el teniente coronel L. J. Miles le apremió para que suministrara más comida a los mescaleros; era obvio que si no se dedicaban a robar, morirían. También recomendó asignarles un agente solo para ellos, señalando que «el doctor Steck, uno de los mejores que jamás he conocido, al ser identificado por ellos como agente de los apaches gila, nunca podrá ganarse su confianza ni controlarlos; y en el caso de tener éxito, perdería su influencia con los gileños, pues existe una envidia considerable entre estas tribus».[28]

Pese a esta advertencia, el doctor Steck, cuyo cuartel general estaba en Doña Ana, fue nombrado agente de los mescaleros al mismo tiempo que de los gileños; estaba decidido a mantenerlos apartados

de los problemas y a conseguir que se pusieran a cultivar. Para esto contó con la cooperación de Gian-nah-tah (Siempre Dispuesto), un influyente jefe mescalero a quien los mexicanos llamaban Cadete. Cuando los colonos informaban que se había extraviado ganado, Cadete era, por lo general, capaz de recuperar los animales robados. Pero cuando no podía (pues a veces los famélicos mescaleros ya se los habían comido), el doctor Steck interrumpía el reparto de sus exiguas raciones y huían a las montañas. Privarles de comida solo consiguió agravar una situación ya de por sí mala, e hizo que para ellos fuera aún más necesario que nunca dedicarse al robo, o morir de hambre. Por suerte para los mescaleros, el gobernador rechazó la medida de Steck y le ordenó que les alimentara. En noviembre de 1856, Steck contactó con los mescaleros y repartió mantas, ropa y comida, con la promesa de entregarles carne y maíz una vez al mes.[29]

No todos los mescaleros, sin embargo, deseaban dedicarse al cultivo o a vivir en son de paz. La banda de Agua Nueva, bajo el mando de Mateo y Venancia, se quedó en Dog Canyon, en las montañas Sacramento. Otra banda dirigida por Marcus permaneció en las Guadalupe, desde donde salían sus partidas guerreras para atacar a los imprudentes viajeros que iban de San Antonio a El Paso.

Los intentos de Cadete por mantener a su gente lejos de los problemas fueron relativamente exitosos y los funcionarios se lo reconocieron y agradecieron. Otros continuaron culpando a la banda de Sierra Blanca de cada robo que se denunciaba, aunque la sustracción de caballos y de ganado no era, ni mucho menos, obra exclusiva de los indios. En una ocasión, el mayor Thomas H. Holmes, comandante en jefe de Fort Stanton, investigó la acusación que afirmaba que el pueblo de Sierra Blanca estaba involucrado en los ataques de la carretera de San Antonio a El Paso. Tras una minuciosa investigación, declaró que esta banda no estaba en absoluto relacionada con los asaltos. «Esta abstinencia por su parte

—concluyó— ha de atribuirse exclusivamente a la pequeña cantidad que el actual comisario ayudante de subsistencia de este puesto fue autorizado a repartir por el doctor Steck.»[30]

El gobernador Meriwether había iniciado conversaciones con los gileños durante el verano de 1855, después de las victorias logradas sobre los mescaleros y los jicarillas. Los mimbreños y los mescaleros se hallaban temporalmente atemorizados por el poder militar de Estados Unidos, y sus jefes deseaban dedicarse al cultivo bajo la dirección de su agente. Ambas tribus, informó Meriwether, vivían en condiciones miserables. Los mimbreños conocían y confiaban en el doctor Steck y le dieron la bienvenida en sus campamentos. Este los encontró realmente ansiosos por ponerse de nuevo a cultivar y, sin perder ni un segundo, los puso a sembrar. Sus cosechas fueron bastante buenas y, a finales del segundo año, contaban con suficiente maíz y verduras para satisfacer sus necesidades. La autosuficiencia era el objetivo final de todas las reservas, pero rara vez lograban alcanzarla en un plazo breve. Sin embargo, los mimbreños demostraron que eran capaces de conseguir este objetivo rápidamente si se les alimentaba y se les facilitaban las herramientas y las semillas necesarias. De hecho, parecían estar encaminados al éxito, aun cuando no se les había suministrado comida tal y como se les había prometido y aunque cerca de la mitad de ellos había muerto a causa de enfermedades introducidas en el seno de la tribu por los angloamericanos. Al final, en 1857, la expedición del Gila al frente del coronel Bonneville ahuyentó a los mimbreños.

La recomendación del comisionado indio J. L. Collins para que enviaran a los mescaleros, los mimbreños y los mogollón a una reserva en las proximidades del Gila, y a los jicarillas y los utes a otra, era una muestra más de la típica actitud de los funcionarios angloamericanos con respecto a los apaches. «Cabe preguntarse —escribió— si los indios se mostrarán de acuerdo con este arreglo. Yo creo que sí; pero estén de acuerdo o no, se les obligará a acatarlo. No tienen más derecho a vivir del modo en que lo han estado

haciendo en los últimos años que el que tiene el ladrón a seguir robando y a recibir, además, regalos para que no se ensombrezca su actitud ante la misma gente a la que está robando.»[31]

Los mogollón siguieron siendo molestos y, en marzo de 1855, el coronel Daniel Chandler emprendió una campaña contra ellos que obtuvo un éxito moderado. A su regreso, pasó por el pacífico campamento del jefe mimbreño Delgadito; los indios se reunieron allí para observar la marcha del ejército, pues estaban esperando un consejo con el doctor Steck. Cuando las tropas estuvieron a tiro de mosquete abrieron fuego contra el campamento sin previo aviso. Mataron a una mujer e hirieron a otra y a varios niños. Cuando Delgadito pudo finalmente conferenciar con el coronel Chandler, este le explicó que pensó que eran apaches mogollón y acordó indemnizarlos por las pérdidas que les había causado. El general Garland aceptó la explicación de Chandler añadiendo que «a los oficiales del ejército les sobra inteligencia y sentimiento humanitario para llevar a cabo un ataque despiadado incluso contra enemigos salvajes».[32]

La campaña de Chandler desencadenó represalias, y una de las víctimas fue el agente navajo Henry Dodge, que desapareció cuando iba camino de Zuñi. El capitán Thomas Claiborne, de Fort Thorn, envió un mensaje a Mangas Coloradas en el que le pedía que localizara a los captores de Dodge y negociara su liberación. Mangas mandó a Delgadito para advertir al doctor Steck de que los mogollón y los coyoteros se habían unido para declararle la guerra a los anglosajones e informarle después de que una partida compuesta por miembros de ambas bandas había matado a Dodge.

En octubre, los mogollón robaron ciento cincuenta mulas en el condado de Bernalillo. Las tropas salieron tras ellos y recuperaron la mayor parte de los animales. «Esta banda de gileños —escribió el gobernador en funciones W. W. H. Davis— ha adquirido el hábito de realizar incursiones anuales de robo en el mismo sector del territorio a finales de año para procurarse comida y poder resistir el invierno.»[33]

El coronel B. L. Bonneville, que estaba temporalmente al mando del departamento, no había tomado medidas contra los apaches, pero la muerte del agente Dodge le obligó a organizar la expedición del Gila de 1857, cuyo propósito era el exterminio de los gileños. Tres largas columnas convergieron en los ríos Gila y Mimbre: la del coronel W. W. Loring desde Albuquerque, la del mayor Enoch Steen desde Tucson y la del coronel Dixon S. Miles desde Fort Thorn. Este último penetró en la zona alta del territorio del Gila y arrinconó a una numerosa banda de apaches mogollón y coyoteros cerca del monte Graham para matar a cuarenta y dos de ellos y capturar a treinta y seis prisioneros. Loring y sus fusileros a caballo atacaron a la banda de Cuchillo Negro en el cañón de los Carneros Muertos. Mataron al jefe mimbreño, entre otros, y cogieron a un buen número de prisioneros. Tras esta campaña, los gileños se abstuvieron de seguir llevando a cabo incursiones en Nuevo México durante un tiempo, pero continuaron haciéndolas en Sonora. Los mogollón solicitaron una conferencia con el coronel Bonneville y con Steck y les ofrecieron tierras a cambio de paz. Como ni el agente ni el comandante del departamento tenían autoridad para firmar la paz, la oferta se rechazó, pero se les advirtió de que serían aniquilados si continuaban con sus incursiones. Esta campaña ahuyentó a los pacíficos mimbreños que se habían puesto a cultivar en Santa Rita del Cobre.

Los coyoteros se quejaron a Steck por haber sido atacados injustamente por Bonneville. Dijeron que siempre habían considerado amigos a los americanos y que querían continuar siéndolo. Steck les explicó que el ataque había sido como castigo por la muerte del agente Dodge. Un jefe coyotero admitió que el asesino de Dodge también había muerto en el ataque y Steck añadió que la presencia de este entre los coyoteros justificaba el ataque militar. A continuación, el jefe le pidió a Steck que intercediera con el comandante de Fort Defiance para que liberase a los coyoteros capturados en la batalla: seis de ellos ya habían muerto tras los muros de la prisión.

La mayoría de los mimbreños y los mogollón se quedaron un tiempo en México, adonde habían huido de la expedición del Gila. Steck les mandó mensajeros animándoles a regresar. Muchos volvieron a Santa Rita pero con su confianza bastante debilitada. Aunque las minas de cobre estaban dentro de la reserva no oficial que Meriwether había establecido para los mimbreños en 1855, Steck les convenció para que dejasen trabajar en paz a los mineros angloamericanos. Los mogollón, sin embargo, amenazaron con expulsar a los mineros, lo que dio lugar a que Steck insistiera al comisionado indio Collins para que distribuyera regalos entre ellos a fin de apaciguarlos. Steck calculó que quedaban setenta hombres y alrededor de cuatrocientas cincuenta mujeres y niños entre los mimbreños, y ciento veinticinco hombres y quinientas mujeres y niños entre los mogollón (aunque cerca del mismo número de apaches mogollón continuaba en México).[34]

Debido a que los apaches y los navajos eran de sobra conocidos por su inclinación a robar ganado, resultaba fácil culparles de todos los robos, reales o imaginados. El hecho de que no siempre fueran culpables se señaló en una carta del coronel Thomas T. Fauntleroy al general Winfield Scott. «La mayor de las vergüenzas surge —escribió — del hecho de que la mayoría de las reclamaciones realizadas contra los indios de Nuevo México por saqueos, robos de ganado y cosas parecidas, son o bien inventadas o bien exageradas hasta un grado considerable, y si la guerra va a declararse por la simple presentación de estas reclamaciones, las causas de esta serán interminables, y los indios tendrán que ser extirpados.»[35]

Hubo unos cuantos funcionarios que apoyaron la idea de facilitar víveres a los apaches, pues resultaba obvio que, de otra manera, no podrían dejar de hacer incursiones. Entre ellos estaba el doctor Steck, quien informó al comisionado de Asuntos Indios de que las defensas de la región eran inadecuadas y que la mejor esperanza para la paz era la imposición de una política amistosa y de un suministro generoso de víveres. Señaló que los mescaleros y los mimbreños habían sido pacíficos desde que se adoptó la medida de

ocuparse de su alimentación, y apuntó que ambas tribus habían desarrollado extensos campos de cultivo. El coronel James L. Collins, superintendente de Asuntos Indios en Nuevo México, apoyó el punto de vista de Steck y añadió que la única elección posible oscilaba entre mantenerlos o exterminarlos. Recomendó el establecimiento de una reserva cerca del Gila, lejos de todos los asentamientos, y de una numerosa guarnición militar para supervisarla. Resulta increíble que muchos disintieran de la opinión que afirmaba que a los apaches había que alimentarlos o exterminarlos; por desgracia, fueron demasiados los que apoyaron la última medida.

El doctor Steck sabía muy bien que habían tratado injustamente a los gileños y que las enfermedades los habían debilitado mucho. No obstante, habían sido pacientes y, en términos generales, conservaba el optimismo con respecto a aquella tribu. «Las bandas mimbres y mogollón parecen querer dejarse controlar por el consejo de su agente —escribió— y confían en las intenciones amistosas que tiene el gobierno con respecto a ellos. En sus relaciones con los ciudadanos han sufrido muchos abusos; les han emborrachado; les han quitado sus caballos mediante estafas, y a muchos de ellos les han robado los mexicanos en el interior de la agencia o en sus proximidades. También les han matado a sangre fría [...].»[36]

Los otros indios a cargo de Steck, los mescaleros, también sufrieron muchas provocaciones para que reanudaran las hostilidades. En febrero de 1858, una partida de habitantes de Mesilla, Nuevo México, autodenominada como la Guardia de Mesilla, atacó a los mescaleros que estaban acampados cerca del cuartel general de Steck en Doña Ana. En abril, otra gente de Nuevo México atacó por sorpresa otro campamento mescalero cerca de Fort Thorn y mataron a muchos hombres, mujeres y niños.[37] Enojado por esta interferencia civil contra los indios pacíficos, el general Garland envió tropas para capturar a los asesinos y amenazó con retirar a todos los soldados y dejar a los ciudadanos a su suerte para que se defendieran por sí mismos. Pero, debido al clamor subsiguiente, el puesto no se abandonó. Garland, no obstante, les advirtió de que

aquellos que perpetrasen actos de violencia y ultraje no tendrían derecho a demandar protección y no la recibirían. Los colonos blancos respondieron que se debía expulsar a los mescaleros de Nuevo México o exterminarlos.

A principios de 1860, Steck volvió a visitar a los mimbreños y los encontró aún en son de paz a pesar de estar viviendo en la miseria. Los angloamericanos y la gente de Nuevo México que se había instalado junto a las estaciones de la diligencia, los asentamientos a lo largo del río Mimbres y las minas de cobre habían acabado ahuyentando toda la caza. Los mimbreños se quejaron amargamente de cómo les habían usurpado sus mejores tierras. Steck advirtió al comisionado de que si no se les destinaba pronto a una reserva permanente y exclusiva para ellos, los mimbreños se quedarían sin territorio.

En 1861, la amenaza de una invasión confederada desde Texas provocó la retirada de las tropas de todos los fuertes del territorio apache, pues se las necesitaba para la defensa de Nuevo México. Los confederados contaban con el apoyo de simpatizantes sureños que les ayudaron a penetrar en el territorio, pero quedaron decepcionados. Las tropas confederadas ocuparon temporalmente algunos de los fuertes abandonados, pero se vieron obligados a retirarse de Nuevo México en 1862, tras su derrota en Apache Canyon.

Al ver cómo las tropas se retiraban de los fuertes, los mescaleros y los gileños se convencieron de que habían conseguido expulsarlos. De repente, se les presentaba una bienvenida e inesperada oportunidad para librar su tierra de intrusos. Los apaches no la dejarían escapar.

IV

LOS INICIOS DEL CONFLICTO ANGLOAMERICANO-APACHE EN ARIZONA

Mientras Nuevo México sufría constantes asaltos apaches, otros continuaron hostigando Tucson durante los primeros años de la década de 1850, atacando el presidio mexicano y matando, de vez en cuando, a algún viajero imprudente. En febrero de 1851, Royce Oatman dejó atrás con su familia los pueblos pimas del Gila para cruzar el desierto hasta Yuma. Los Oatman habían formado parte de un conjunto de inmigrantes que se había disgregado en Tucson. Ellos, al igual que varias familias más, andaban escasos de provisiones y de dinero, y por eso se pusieron en marcha. Los pimas siempre habían mostrado hospitalidad con los viajeros, pero su cosecha había sido muy pobre y tenían poca comida para compartir. Oatman estaba desesperado; su buey era débil y ya casi no le quedaba nada que llevarse a la boca.

Un viajero que acababa de llegar de Fort Yuma, en el río Colorado, dijo que la ruta era segura, pues no había visto indios. Oatman decidió partir solo, con su familia. Viajaron durante siete días con grandes dificultades; el buey apenas era capaz de tirar del carro. El doctor Lecount y varios viajeros más les dieron alcance. Al ver que el buey de Oatman estaba demasiado débil para continuar, el doctor Lecount le prometió apretar el paso lo más posible y mandar ayuda a los Oatman desde Fort Yuma.

La noche siguiente, los indios atacaron el campamento de Lecount y huyeron con sus animales. A pie y con escasos víveres, no le quedó otra opción que continuar, pues se hallaba al menos a unos

cincuenta kilómetros del campamento de Oatman. Dejó una nota en un árbol en la que advertía a Oatman de que había indios en la zona. Varias noches después, los Oatman acamparon en el mismo lugar, pero no vieron la nota del doctor. Al día siguiente, apenas habían recorrido una corta distancia cuando el buey cayó rendido y se vieron obligados a acampar a orillas del Gila. Los indios, se cree que fueron apaches tonto, visitaron el campamento, mataron a Oatman, a su mujer y a cuatro de sus hijos, y se llevaron a Olive, que tenía dieciséis años, y a Mary Ann, de diez. Lorenzo, de catorce años, fue dado por muerto y lo abandonaron allí, pero sobrevivió.

Al recuperar la conciencia, Lorenzo Oatman regresó penosamente a los pueblos pimas. A sus hermanas las vendieron finalmente a los mohaves. Mary Ann murió, pero Olive permaneció como esclava de los mohave hasta 1857, cuando fue rescatada. Su historia se hizo famosa: el reverendo R. B. Stratton escribió un relato melodramático de la cautividad de las chicas Oatman que fue muy leído.

Los pápagos de Arizona habían llegado a desempeñar un papel similar al de los ópatas en Sonora en contra de los apaches. Cada vez que los apaches atacaban a los ciudadanos o a los apaches manso de Tucson y se apoderaban de rebaños de ganado, las tropas del presidio de Tucson, los propios ciudadanos, los pápagos y los apaches manso solían perseguir a los asaltantes e intentaban recuperar los animales robados. En aquella época, a la hora de combatir contra los apaches en Arizona, los pápagos solían ser más efectivos que las tropas mexicanas.

Los pápagos, en la década de 1850, eran aproximadamente unos tres mil. Como los pimas y los maricopas, se mostraban, en general, amistosos y serviciales con los angloamericanos. Debido a las usurpaciones mexicanas de sus tierras en Sonora, a partir de 1855 muchos de ellos cruzaron a Arizona hasta el punto de que al menos tres cuartas partes llegaron a instalarse allí.

En 1858, el agente especial G. Bailey informó que a los cuatro mil pimas y los quinientos maricopas de Arizona no se les habían entregado las herramientas y las semillas prometidas. Era necesario,

advirtió, darles cierta posesión de sus tierras. «Así que una medida firme supondrá la necesidad de prevenir cualquier motivo de queja en este asunto, y de evitarlo en el acto», escribió. Había que confirmar el título de sus tierras y debían proporcionarles las herramientas, las semillas y la ropa que se les había prometido, aparte de un agente que se hiciera cargo de ellos. Como su lealtad no se cuestionaba, Bailey también recomendó suministrarles armas y munición.[1]

El agente especial Sylvester Mowry tenía una opinión más fría e impersonal de los pimas y los maricopas. «El final de este pueblo, como el de todas las tribus indias, es solo una cuestión de tiempo», escribió, aplicándoles la «teoría del hombre rojo que se desvanece.»

> El deber del gobierno es mantenerlos, en la medida de lo posible, en su actitud amistosa; animar y estimular su industria, y no precipitarles, mientras se muestren pacíficos, hacia su funesto destino. La idea de civilizarles y cristianizarles, expuestos como están a todas las influencias de un pueblo fronterizo, no es más que el sueño infundado de un seudofilántropo. El rápido [...] asentamiento en el territorio les pondrá más pronto que tarde en contacto con «la influencia humanizadora y civilizadora del hombre blanco», y el resultado será el que inevitablemente ha seguido al contacto con otras tribus: los hombres se alcoholizarán, las mujeres se prostituirán y la enfermedad no tardará en que únicamente sobreviva el nombre de su raza.[2]

En 1859, John Walker fue nombrado agente de los pimas y los maricopas, pero se quedó en Tucson y en un primer momento hizo poco por ellos. Ese mismo año, el Congreso destinó dinero a fin de comprar herramientas y ropa para ambas tribus y, de un modo que no auguraba nada bueno, llevar a cabo un estudio de sus tierras. Dado que los pimas y los maricopas eran, por lo general, pacíficos, no se firmó ningún trato con ellos, un hecho que jugó en su desventaja.

Los granjeros y los mineros angloamericanos penetraron en el sur de Arizona poco después de que se ratificara la Compra de Gadsden, en junio de 1854. Ese año, Pete Kitchen empezó a dedicarse a la ganadería cerca del actual Nogales, y tres años más tarde otros

angloamericanos adquirieron el enorme Rancho Canoa en las proximidades de Tumacácori. Kitchen se llevó a treinta familias ópatas desde Sonora para trabajar la tierra y cuidar los rebaños del ataque de los apaches. «La Fortaleza», nombre con el que se conocía el edificio del rancho construido a modo de fuerte, se erigió en una pronunciada colina y en todo momento había destacado un centinela en el tejado para avisar a los que estaban trabajando en los campos colindantes de la proximidad de los apaches. El rancho sufrió numerosos ataques, pero estaba bien defendido y sobrevivió mientras otros ranchos de la zona quedaron destruidos o tuvieron que ser abandonados. Según la leyenda, en 1873, Kitchen y Cochise terminaron su guerra después de que el primero rescatara al hijo del segundo, Nachez, que estaba en manos de renegados mexicanos.[3]

El Gobierno de Estados Unidos no envió tropas inmediatamente a Tucson ni a otros lugares del territorio recién adquirido al sur del Gila. La guarnición mexicana se retiró del presidio de Tucson y los ciudadanos solicitaron protección a gritos. En 1856, la Secretaría de Guerra envió finalmente cuatro compañías del Primero de Dragones para tomar posiciones cerca de Tucson. No obstante, el mayor Enoch Steen, al mando del destacamento de dragones, estaba poco dispuesto a establecer un puesto en los aledaños de Tucson, donde, según dijo, no había grano, pasto ni dependencias públicas.

Ubicar el nuevo puesto resultó complicado. Desoyendo las protestas de los ciudadanos de Tucson, Steen eligió el viejo Rancho Calabasas en el río Santa Cruz (cerca de su confluencia con el Sonoita), a unos noventa y cinco kilómetros al sur de Tucson, demasiado lejos para proporcionar a la ciudad algo más que una protección simbólica. Los dragones acamparon allí durante cerca de un año sin infligir un daño serio a los apaches ni controlar sus incursiones en Sonora. En junio de 1857, se ordenó a los soldados que se trasladasen para construir Fort Buchanan en la cabecera del Sonoita. Nunca llegó a ser más que una colección de cobertizos de adobe sin la protección de un muro o estacada, y su guarnición era apenas lo bastante fuerte para entablar ofensivas serias u operaciones punitivas. Los apaches se

burlaban del fuerte, pasaban descarada y audazmente a la vista de los soldados en sus incursiones a México y acechaban entre las construcciones al anochecer. Ningún oficial se aventuraba a caminar de un edificio a otro por la noche sin una pistola amartillada en la mano. Fort Buchanan duró solo unos pocos años antes de que se incendiara y se abandonase en 1861, cuando las fuerzas de la Unión se retiraron de Arizona para acudir en defensa de Nuevo México.

Algunos mineros del sur de Arizona mantuvieron una paz precaria con bandas locales de apaches gracias al suministro de víveres y munición. Estos tratos locales, la mayor parte obra del doctor Steck, resultaban por lo general efectivos siempre y cuando a los apaches se les permitiera continuar con sus incursiones en México. En 1856, Charles D. Poston, que tenía intereses mineros en la región del Tubac, le pidió a Steck que organizara una reunión con varios jefes apaches en Santa Rita. Los encontró muy dispuestos a firmar la paz con los angloamericanos siempre que no interfirieran con su línea «de comercio con México». Sobre esta base hicieron un trato que los apaches no violarían. Poston estableció su cuartel general en el presidio abandonado de Tubac.[4]

El agente Sylvester Mowry, en un sombrío informe dirigido al comisionado de Asuntos Indios y fechado en noviembre de 1857, no albergaba la menor esperanza con respecto a los apaches. «Mi impresión personal —escribió— es que no se puede domesticar a los apaches; su civilización queda fuera de toda cuestión.»[5] Más adelante, cuando Mowry representó los intereses mineros en Arizona, abogó por una política de exterminio absoluto, argumentando que «solo existe una manera de luchar contra los apaches. Se debe llevar a cabo una campaña contundente, persistente, perseguirlos hasta sus guaridas [...] Hay que sitiarlos, hacer que padezcan hambre hasta que se rindan, supervisarlos o matarlos. Si estas ideas le resultan chocantes a cualquiera de esos individuos sin carácter que se las dan de filántropos, lo único que puedo decir es que me compadezco de ellos sin respetar su errada simpatía. Un hombre también puede sentir simpatía por una

serpiente de cascabel o un tigre [...]».[6] Recomendó, mientras tanto, el establecimiento de un anillo de fuertes que mantuviera a los apaches al norte del Gila.

Otro colono con intereses mineros en el sur de Arizona fue Raphael Pumpelly, quien no estaba de acuerdo con la insinuación de Mowry acerca de que los apaches tenían la culpa de todos los males. «Se dice —escribió— que los indios son traicioneros y crueles porque cortan las cabelleras y torturan a sus prisioneros, a lo cual se debe contestar que no hay traición ni crueldad que no hayan dejado de emplear los blancos. Envenenamiento con estricnina, la deliberada diseminación de la viruela... Estos son los hechos heroicos, entre otros muchos, de nuestros hombres de la frontera.»[7]

La Oficina de Asuntos Indios, convencida de que se requería una política «decisiva», envió al agente especial George Bailey a estudiar la situación apache y a realizar recomendaciones. Este informó que la mayor parte de los asaltantes procedían del norte del Gila. Aunque las partidas de asalto debían seguir vías difíciles y recónditas en su camino a Sonora y Chihuahua, lo que hacía imposible interceptarlas, cuando regresaban con los animales robados no les quedaba otra opción que seguir por lugares donde hubiera agua disponible. El establecimiento de un puesto militar en la desembocadura del Arivaipa, de otro en el cruce del San Pedro y de un tercero donde había estado Fort Webster, resolvería, según creía Bailey, el problema apache. En 1858, sin embargo, el número de tropas en la parte sur del territorio se redujo, lo que impidió que se completara la guarnición de fuertes adicionales.

La Oficina de Asuntos Indios también envió al doctor Steck y a otros a conferenciar con los chiricahuas en Apache Pass acerca de los viajes. Cochise se mostró de acuerdo en permitir que la diligencia Overland, que empezó a hacer el recorrido entre El Paso y San Diego en 1858, pasara sin peligro a través del territorio chiricahua. Del mismo modo, prometió que su gente no molestaría a los viajeros que siguieran esa misma ruta en grupos pequeños. Steck conferenció después con los coyoteros, con quienes llegó a un

acuerdo similar para que no importunaran a los viajeros. Se quedó muy impresionado con los coyoteros, y los consideró la más poderosa y digna de confianza de todas las bandas apaches. Informó de que contaban con unos seiscientos guerreros, inmensas manadas de vacas y caballos, y campos bien cultivados. Añadió que eran menos belicosos que los demás apaches.

A principios de 1859 también asistió a un consejo con los pinaleños en Cañón del Oro, no lejos de Tucson. Como los coyoteros, tenían considerables cultivos y, del mismo modo, acordaron permitir a los viajeros cruzar sus tierras en paz.[8] Steck concluyó que la mayoría de los apaches de Arizona daban la impresión de querer mantener la paz al norte de la frontera con México, pero que no tenían intención de abandonar sus actividades ya consagradas en Sonora y Chihuahua. De hecho, incluso mientras Steck se hallaba conferenciando con ellos, los apaches occidentales estaban realizando asaltos lejos de su posición, en el sur, destruyendo haciendas, secuestrando mujeres y niños y apoderándose de manadas de caballos y mulas.

Aunque tenían más cultivos y a Steck les parecían menos belicosos que otros apaches, los coyoteros seguían estando entre los asaltantes más activos de México. El jefe coyotero Francisco le preguntó al agente de la estación en Apache Pass si a los apaches se les permitiría o no hacer incursiones en Sonora si las tropas de Estados Unidos tomaban posesión de ese estado mexicano. El agente le respondió que no. Francisco replicó enfadado que: «mientras viviera y tuviera un guerrero que le siguiera, lucharía en Sonora, y no le importaba que los americanos tratasen de detenerlo, pues combatiría hasta caer muerto».[9] Había quejas frecuentes de robos de ganado en las áreas de Tucson y de Fort Buchanan, y al menos una parte de ellos eran obra de los pinaleños y, posiblemente, de los coyoteros. Steck recomendó el nombramiento de dos agentes indios adicionales, uno para cada banda. Pero los

coyoteros se sumaron a la agencia del propio Steck, aunque a él le resultara imposible manejar bandas tan distanciadas como las de los mescaleros, los gileños y los coyoteros.[10]

Hasta 1858, los apaches no molestaron al ganado de Charles Poston, ni al de otros ganaderos de la región de Tubac, aunque a menudo se vieron partidas de asaltantes que iban o venían de México, a las que les hubiese resultado fácil apoderarse de los rebaños. Los problemas tuvieron un origen inesperado: un grupo de leñadores de Maine que había establecido un campamento en el Rancho Canoa de la Compañía de Tierras y Ganado Sopori. Varios rancheros de Sonora se detuvieron en Tubac y le hicieron saber a Poston que unos apaches se habían apoderado de un rebaño y que en aquel preciso instante se estaban aproximando desde allí. A cambio de su ayuda le ofrecieron repartirse los animales que recuperasen. Sin embargo, debido a su exitoso trato con los apaches, Poston se negó.

Los de Sonora cabalgaron entonces hasta Canoa, donde los leñadores se unieron a ellos para tenderles una emboscada a los apaches y recuperar el ganado. En la siguiente luna llena, un vaquero de Canoa entró al galope en Tubac gritando que los apaches habían atacado el rancho. Cuando una partida de rescate pudo llegar a Canoa ya habían matado a todos los hombres, habían quemado todos los edificios y habían desaparecido todos los animales, arruinando a la compañía. La venganza apache fue espantosa y los angloamericanos blancos de Arizona entendieron en el acto por qué la gente de Sonora, por lo general, se negaba a desafiar a los asaltantes apaches. Enviaron a las tropas de Fort Buchanan en persecución de los apaches, pero no tardaron en perderles el rastro.

A principios del verano de 1859, el coronel Bonneville recorrió todo el territorio apache. Los chiricahuas se mostraron pacíficos, aunque se les culpaba de numerosos robos de ganado. No obstante, en una ocasión se apoderaron de ochenta animales de la Compañía Minera y Exploradora de Sonora. Las tropas y los mineros los persiguieron y recuperaron cincuenta animales. Posteriormente, Cochise envió a los

angloamericanos dos chiricahuas con once animales más y la aclaración de que habían pensado que el ganado pertenecía a los mexicanos. El robo a los mexicanos, según el modo de pensar apache, no constituía una violación de ningún tratado.

En otra ocasión, un grupo de pinaleños de camino a Sonora se detuvo en la mina Patagonia, donde normalmente se les daba harina y tabaco para mantenerlos en son de paz. Uno de los mineros, que quizá no estaba informado de este trato, les ordenó que se fueran y murió cuando se desató el tiroteo. El coronel Bonneville reconoció la necesidad de proteger a los colonos de los valles de San Pedro y Santa Cruz y recomendó erigir un fuerte en las montañas cerca de Tucson y otro en el valle del San Pedro. «Estos indios —informó— se están volviendo audaces y rebeldes a causa del éxito de sus expolios, y deben ser castigados.»[11]

El coronel I. V. Reeve, al mando de doscientos hombres, persiguió a un grupo de asaltantes pinaleños a lo largo de cuatrocientos setenta kilómetros, agotando a sus caballos sin llegar a lograr que los apaches entrasen en combate. Esta infructuosa persecución convenció a Reeve de que debían establecerse puestos militares directamente en territorio apache, donde el castigo pudiera producirse de manera inmediata y efectiva. A raíz de las recomendaciones de Bonneville, Reeve y otros, en 1859, la Secretaría de Guerra ordenó la construcción de Fort Breckinridge en la confluencia del Arivaipa y el San Pedro.

Tras otra visita a los chiricahuas en 1859, el doctor Steck concluyó que debían reunirse con sus parientes mimbreños en Nuevo México. Esta sugerencia, que estaba lejos de agradar a los chiricahuas, fue el heraldo de la política de concentración apache que acabaría desatando la guerra y el derramamiento de sangre en Arizona y Nuevo México en las décadas de 1870 y 1880.

En 1860, quizás al sentir la tensión Norte/Sur dentro del ejército y al percatarse del descenso en la actividad de las tropas, los apaches intensificaron sus hostilidades y se hizo muy poco para ponerles freno. Muchos oficiales renunciaron a sus nombramientos para

ofrecer sus servicios a la Confederación. En esa época, tuvo lugar un incidente en Apache Pass al que se responsabiliza del estallido de veinticinco años de encarnizada guerra apache.

En octubre de 1860, una banda de apaches, probablemente coyoteros, robó algunas cabezas de ganado y secuestró a un niño en un rancho del Sonoita. El rancho pertenecía a John Ward; el niño, conocido como Félix Ward, era medio apache, el hijo de la mujer en unión consensual de Ward, Jesusa Martínez, que había sido prisionera de los apaches. Una pequeña fuerza de Fort Buchanan salió en busca del niño, pero abandonó al poco tiempo.

Unos meses después, aproximadamente a finales de enero de 1861, el teniente coronel Pitcairn Morrison, al mando de Fort Buchanan, envió al teniente George Nicholas Bascom, con cincuenta y cuatro hombres del Séptimo de Infantería, tras el rastro del ganado robado. Bascom también recibió la orden de intentar rescatar al niño Ward. Si los chiricahuas se negaban a cooperar, estaba autorizado a utilizar la fuerza. Cuando el destacamento se puso en marcha, Fort Buchanan quedó con solo veinticinco soldados, apenas suficiente para su defensa.

Cuando llegó a Apache Pass, convencido de que los chiricahuas tenían al joven Félix Ward, Bascom ordenó capturar a seis miembros de la tribu como rehenes. Cochise negó que su gente hubiera secuestrado al niño, pero le prometió traérselo de manos de los coyoteros si Bascom esperaba diez días, lo que este aceptó. Sin embargo, uno o dos días después, Cochise regresó con una bandera de tregua en compañía del jefe coyotero Francisco y un buen número de guerreros. Bascom cabalgó para encontrarse con los dos jefes, pero a mitad de camino comenzó a sospechar de sus intenciones y se detuvo. En ese momento, dos empleados del servicio postal Overland que habían mantenido buenas relaciones con los chiricahuas salieron de la estación de la diligencia y se pusieron a caminar hacia ellos. Bascom les ordenó que diesen media vuelta advirtiéndoles de que no tenía prisioneros para intercambiar y, por tanto, podían capturarles. Ignoraron su orden y continuaron. Los

chiricahuas intentaron atraparlos; uno escapó, pero el otro resultó muerto. El jefe Francisco bajó su bandera blanca y señaló a las tropas de Bascom, gritando a sus guerreros. Bascom también bajó su bandera y ordenó a sus hombres que abriesen fuego. Tras un intercambio de disparos, los apaches se retiraron.

A los pocos días, Cochise regresó con la oferta de intercambiar un prisionero y dieciséis mulas del gobierno por los chiricahuas rehenes. Bascom le respondió que solo intercambiaría prisioneros si le devolvían al niño Ward. Una nota de James F. Wallace, cautivo de los chiricahuas, informaba que la banda tenía otros tres prisioneros angloamericanos y que volverían al día siguiente para intercambiarlos. Pero, a la mañana siguiente, mientras estaban abrevando a las mulas del ejército bajo la vigilancia de un sargento y quince hombres, unos doscientos apaches se abatieron contra ellos y provocaron una estampida. Poco después, un grupo de apaches atacó una diligencia a pocos kilómetros de Apache Pass; otros acabaron con la vida de ocho carreteros mexicanos y quemaron sus carromatos entre Apache Pass y la Estación de Ewell.

El 10 de febrero, el doctor B. J. D. Irwin acudió con una pequeña escolta desde Fort Buchanan para ocuparse de los heridos. Vinieron acompañados de un jefe coyotero y dos guerreros capturados cuando viajaban con ganado robado. Cuatro días más tarde, los tenientes Isaiah Moore y Richard Lord llegaron desde Fort Breckinridge con setenta hombres del Primero de Dragones. Como Moore era mayor que Bascom, asumió el mando. El 16 de febrero, Bascom se unió con cuarenta hombres a los dragones en una patrulla de exploración. Encontraron los cuerpos de los cuatro prisioneros angloamericanos, pero ni rastro de indios.

El 19 de febrero, Bascom se puso en camino a Fort Buchanan acompañado por el doctor Irwin y los dragones que estaban bajo el mando del teniente Moore. Cuando llegaron al lugar donde habían asesinado a los carreteros y a los prisioneros, ahorcaron a tres

rehenes chiricahuas y a tres cautivos coyoteros como represalia. A los rehenes chiricahuas que quedaron vivos, una mujer y dos niños, los trasladaron a Fort Buchanan.[12]

Sobre el incidente ocurrido en Apache Pass se formó un mito que jamás murió. Según la leyenda, Bascom intentó detener a Cochise enarbolando una bandera de tregua, pero fracasó. Entonces Bascom, presumiblemente, ahorcó a sus rehenes a pesar de las violentas protestas del sargento Reuben Bernard, a quien, presuntamente, se juzgó en consejo de guerra por insubordinación. Después de esto, Cochise respondió matando a sus prisioneros blancos y emprendiendo a continuación una campaña para matar a todos los blancos de Arizona.

Había un tal sargento Bernard en el Primero de Dragones destacado en Fort Breckinridge que, por lo visto, acompañó a las tropas del teniente Moore a Apache Pass, pero no existe ninguna evidencia de que aquel consejo de guerra se llevara a cabo. Más tarde, ascendió al rango de general de brigada, un ascenso muy poco probable de haber sido juzgado por insubordinación. El destacamento de dragones no llegó a Apache Pass hasta diez u once días después de la supuesta traición de Cochise, por lo que Bernard no pudo haber advertido a Bascom de lo que consideraba una conducta impropia.

Aunque aún continúa la idea de culpabilizar al «asunto Bascom» y a la «estupidez» de la que hizo gala este en Apache Pass en febrero de 1861 de la intensificación de la hostilidad apache, parece que el incidente en Canoa de 1858, junto a las tensiones Norte/Sur en el ejército y la retiradas de tropas de los fuertes de Arizona fueron en realidad las responsables. Charles D. Poston responsabiliza tanto al incidente en Canoa como al de Bascom, pero fecha los acontecimientos de Apache Pass a principios de 1858, unos tres años antes. Hacia 1861, los expolios de los apaches ya eran bastante graves. Entonces, con el abandono de los fuertes de Arizona por parte de las tropas de la Unión, los apaches aprovecharon esta oportunidad, muy bienvenida, para eliminar a todos los angloamericanos del sur de Arizona.

El mito de Apache Pass apareció por primera vez en 1870 en la crónica del incidente realizada por Raphael Pumpelly, y la mayor parte de los escritores aceptaron su versión como cierta aunque su autor no estuviera presente allí. El primer contacto de Pumpelly con los apaches se produjo cuando él y otro joven del este persiguieron temerariamente a dos apaches que habían robado un caballo. Los fugitivos desaparecieron tras un denso matorral que, de repente, cobró vida con la aparición de un montón de apaches vociferantes que agitaban sus lanzas y arcos. Pumpelly y su igualmente aterrorizado compañero desmontaron, apuntaron con sus rifles y apretaron el gatillo: ambas armas se encasquillaron. Los apaches abuchearon y se pusieron a brincar con gran regocijo, palmeándose el trasero en su acostumbrado gesto de mofa. Los dos jóvenes huyeron, conscientes de que los apaches podían haberles matado fácilmente.[13] Pumpelly era, sin duda, comprensivo con los apaches y, como muchos habitantes del territorio, crítico con el ejército.



Toos-day-zay, esposa de Cochise y madre de Nachez (Museo Amon Carter).

Parece ser que fue Pumpelly quien acusó por primera vez a Bascom de intentar capturar a Cochise bajo una bandera de tregua (presumiblemente ante la oposición del sargento Bernard) y de la temeridad de ordenar más tarde el ahorcamiento de los rehenes chiricahuas y los cautivos coyoteros. A causa de la crónica del asunto publicada por Pumpelly, el teniente Bascom fue castigado severamente por multitud de escritores a causa de aquella colosal «metedura de pata» que se saldó con un cuarto de siglo de guerra devastadora. Los que le atacaron a Bascom de este modo ignoraban el hecho de que tanto el doctor Irwin como el teniente Moore eran sus superiores, y que este último era quien estaba en realidad al mando de las fuerzas combinadas en el momento de los ahorcamientos.

Según los informes del propio Bascom, lo que realmente ocurrió fue que conferenció con Cochise y este le dijo que los coyoteros, no los chiricahuas, eran quienes habían secuestrado al niño Ward. Bascom ordenó entonces que se detuviera a seis rehenes chiricahuas: tres hombres, una mujer y dos niños. Cochise le dijo a Bascom que si aguardaba diez días él mismo se encargaría de traerle al niño que retenían los coyoteros. Bascom aceptó la propuesta, pero Cochise, por lo visto, se encontró con el jefe Francisco y una numerosa partida de asalto de los coyoteros y, en su lugar, decidió atacar a las tropas.

En 1877, William S. Oury, mayoral de la diligencia Butterfield en Apache Pass, refutó la versión de Pumpelly sobre el incidente en un artículo titulado «La verdadera historia del levantamiento del célebre cacique apache Cochise en el año 1861».[14] Oury discrepaba con el gobernador Safford, que había criticado las acciones de Bascom.

Unos años más tarde, el doctor Irwin escribió un artículo similar, «La lucha en Apache Pass», para corregir las inexactitudes de la obra *Historia de Arizona* de T. E. Farish y refutar la declaración de un veterano del Séptimo de Infantería que prestó servicio en Arizona y que se sumó a quienes atacaban a Bascom.[15] En su artículo, que no se publicaría hasta 1928 (más de una década después de su

muerte), el doctor Irwin señalaba que, aunque habían permitido que tanto la diligencia como los grupos bien armados atravesaran su territorio, los apaches de Arizona habían estado muy lejos de ser pacíficos en 1860. Existía una multitud de informes acerca de hostilidades apaches durante aquel año, incluidos ataques a Fort Buchanan. No todas las incursiones apaches se dirigían a México. El doctor Irwin liberó de forma convincente a Bascom de cualquier responsabilidad en las órdenes de los ahorcamientos al declarar que «fui yo quien sugirió la ejecución sumaria, ojo por ojo. Cuando Bascom expresó su renuencia a recurrir a esta medida extrema, yo argumenté mi derecho a disponer de las vidas de los tres prisioneros que había capturado yo mismo, tras lo cual accedió a la proposición de represalia y aceptó que llevaran allí a aquellos tres prisioneros, junto a los tres rehenes que él había tomado, y ejecutarlos». El teniente Moore también asumió su responsabilidad por las ejecuciones.[16]

Bascom nunca tuvo que defenderse de aquellas acusaciones, porque murió en la batalla de Valverde, en Nuevo México, casi exactamente un año después del incidente en Apache Pass y ocho años antes de que se publicara el libro de Pumpelly. El superior de Bascom en Fort Buchanan aprobó su conducta, y sus acciones fueron asimismo respaldadas categóricamente por sus superiores en Santa Fe.

En la primavera de 1861, las operaciones militares en el sudoeste se paralizaron por el advenimiento del conflicto entre el Norte y el Sur, y las tropas hicieron poco más que defender sus puestos. Entonces les llegó la orden de destrozar y abandonar los fuertes de Arizona y de marchar al río Grande para defender a Nuevo México de la amenazadora invasión confederada procedente de Texas. En junio, los apaches atacaron dos veces Fort Buchanan, mataron en ambas ocasiones a unos cuantos soldados y se apoderaron de sus caballos y mulas. En julio, las tropas quemaron los almacenes, incendiaron los fuertes Buchanan y Breckinridge y se encaminaron a Santa Fe.

Poston y otros angloamericanos concluyeron prudentemente que sin las tropas para protegerles no sería muy seguro permanecer en el sur de Arizona. Pero antes de que pudieran completar los preparativos para irse, los apaches vaciaron de caballos y mulas los corrales de la compañía. Otros atacaron la Hacienda Minera de Santa Rita y todos los angloamericanos huyeron de la orilla oriental del Santa Cruz. Unos amenazadores guerreros rodearon el cuartel general de Poston en Tubac, pero los empleados y sus familias fueron escoltados a salvo hasta Tucson, donde habían buscado asilo los pocos angloamericanos que quedaban en el territorio.

Aunque se ha dicho muy a menudo que la guerra apache entró en su fase más intensa justo después del asunto Bascom, esto no sucedió hasta que las tropas estadounidenses se retiraron al estallar la guerra por toda la región de la Compra de Gadsden. «A lo largo del verano de 1861 —escribió J. Ross Browne—, cuando las tropas federales se retiraron, los apaches reanudaron sus expolios y las razas bárbaras de Sonora tuvieron vía libre para completar su obra de destrucción.»[17] Al sur de Tucson solo el rancho de Pete Kitchen y las minas de Sylvester Mowry siguieron en posesión de los angloamericanos.

Es verdad que a Cochise le ofendieron profundamente los ahorcamientos de Apache Pass y que trabajó sin descanso para vengarse, pero el mayor estallido de violencia apache, tanto en el sudoeste de Nuevo México como en el sur de Arizona, sucedió cuando las tropas de la Unión se retiraron de las guarniciones de la Apachería. Del mismo modo que los *sioux* y los cheyenes eligieron esta misma oportunidad para librar sus tierras de intrusos blancos, los apaches aprovecharon la ocasión para recuperar sus tierras. Envalentonados por el convencimiento de que habían sido ellos quienes habían provocado la retirada de las tropas, se abalanzaron sobre los campamentos mineros, los ranchos y los asentamientos en una gran campaña para expulsar a los angloamericanos de la Apachería. Era la mejor oportunidad que se les había presentado hasta entonces, y los apaches la aprovecharon al máximo.

V

EL AZOTE DE LOS MESCALEROS

En el verano de 1861, las tropas confederadas de Texas entraron en el sur de Nuevo México y tomaron posesión de los fuertes abandonados para entrar inmediatamente en conflicto con los mescaleros y los mimbreños. En una ocasión, un destacamento de confederados procedente de Fort Davis iba siguiendo el rastro de unos asaltantes mescaleros y tuvo la mala fortuna de alcanzarlos: toda la dotación fue aniquilada. En octubre, el coronel confederado John R. Baylor recibió una petición de auxilio de los mineros de Pinos Altos. Con la ayuda de un destacamento de «Guardias de Arizona», ya habían repelido un ataque de mimbreños y chiricahuas liderado por Mangas Coloradas y Cochise. Aunque los Guardias de Arizona se habían organizado para defender a los mineros de la zona, no tardaron en llamarles para servir a la Confederación durante un año.[1] Baylor envió cien hombres para proteger a los mineros, pero la autoridad confederada de Nuevo México fue efímera.

Las fuerzas de la Unión en Nuevo México estuvieron expuestas del mismo modo a los ataques de los mescaleros. En diciembre de 1861, el general E. R. S. Canby, al mando del departamento, escribió que los problemas indios se estaban volviendo cada día más costosos. La única solución que podía ofrecer era la de emplazarlos a todos en reservas, pero se trataba de un plan para el futuro, no para el presente.

Cuando nombraron al coronel Baylor gobernador territorial de la Arizona confederada, estableció su cuartel general en Mesilla, en el sur de Nuevo México. A principios de 1862 envió una fuerza confederada con la misión de ocupar Tucson. Baylor ya había llegado a considerar a los apaches como un gran problema porque habían saqueado en numerosas ocasiones sus convoyes de víveres. Al enterarse de que el capitán Helms, de los Guardias de Arizona, había conferenciado con algunos apaches (probablemente mimbreños), Baylor le ordenó que les engañara para organizar un nuevo encuentro diciéndole que el gobierno confederado había aprobado una ley que ordenaba el exterminio de todos los indios hostiles. Helms tenía, por tanto, la orden de matar a todos los indios adultos y de vender a los niños para pagar el coste de matar a sus padres. «Haz todo lo necesario —le advirtió Baylor— para asegurarte el éxito y rodéate del número suficiente de hombres para que no escape ni un solo indio [...].»[2] La derrota confederada en Glorieta o Apache Canyon, en marzo de 1863, dio al traste con los planes de Baylor para el exterminio definitivo de los apaches, y cuando los oficiales confederados se enteraron de las órdenes que había dado a Helms, Baylor fue relevado de todo deber militar. El general confederado H. H. Sibley estaba a favor de un tratamiento más moderado para los apaches y los navajos: venderlos como esclavos.

Los planes de la Unión para recuperar Arizona y Nuevo México se pusieron en marcha enseguida con el mayor James H. Carleton, que instruyó a los Voluntarios de California para ponerse manos a la obra. Carleton, un dragón veterano, había estado destinado en Nuevo México después de la guerra con México y había dirigido varias expediciones contra los jicarillas. John C. Cremony, que había servido en la Comisión de Circunscripciones, era capitán de caballería de los Voluntarios. Los métodos de instrucción de Carleton fueron efectivos y no tardó en moldear una fuerza de ataque competente. Pero cuando el primer grupo de Voluntarios de California entró en Tucson, en mayo de 1862, los confederados ya se habían retirado.

Al llegar a Arizona, Carleton estableció Camp Lowell cerca de Tucson. Tanto Fort Buchanan como Fort Breckinridge estaban en ruinas, por lo que se seleccionaron nuevos emplazamientos y Breckinridge se rebautizó como Fort Stanford en honor al gobernador de California. Después, Carleton envió al coronel Edward E. Eyre a una misión de reconocimiento al río Grande. En Apache Pass, Eyre se topó con un elevado número de apaches que le juraron amistad eterna y, justo después, se pusieron a disparar unas cuantas veces contra su campamento. Antes de trasladar sus fuerzas al río Grande, Carleton envió por delante una compañía de infantería y un convoy de abastecimiento para establecer un puesto avanzado y un almacén de víveres en la ruta Overland. La infantería, junto a una batería de cañones Howitzer, bajo el mando del capitán Thomas L. Roberts, marchó por delante de los carromatos que iban custodiados por Cremony y su compañía de caballería. Una pequeña dotación de caballería acompañó a la infantería para ocuparse de la mensajería. La ruta atravesaba Apache Pass.

Cuando sus exploradores le informaron de que se estaban aproximando tropas a Apache Pass, el jefe chiricahua Cochise pidió ayuda a Mangas Coloradas; los mimbreños y los chiricahuas aguardaban emboscados cuando llegó la infantería. Las tropas habían recorrido sesenta y cinco kilómetros de desierto sin agua, y los apaches bloquearon el paso al único manantial que había en varios kilómetros a la redonda. Parapetados tras las altas rocas a ambos lados del paso, los apaches abrieron fuego. Las tropas retrocedieron una corta distancia y plantaron los cañones Howitzer, que lanzaron sus ensordecedores proyectiles contra las rocas y los peñascos. Los apaches no se habían enfrentado nunca antes a la artillería, y aquel infierno no tardó en ahuyentarles.

Una vez asegurado el manantial, el capitán Roberts envió a un sargento y a cinco soldados de la caballería para que avisaran a Cremony. Sin embargo, a escasa distancia del paso, una partida de guerra apache se abalanzó sobre los mensajeros y logró separar a John Teal del resto. Mataron al caballo de Teal, pero él luchó

desesperadamente e hirió a uno de los apaches. La lucha acabó al instante pues el guerrero herido era Mangas Coloradas. Los mimbreños se lo llevaron a Janos, donde recibió la mejor asistencia médica disponible; los adustos guerreros mimbreños advirtieron al médico que si Mangas moría destruirían la ciudad y lo arrasarían todo. Mangas se recuperó pronto y regresó a la región de Santa Rita.

Carleton estableció Fort Bowie al pie de Apache Pass para proteger la ruta y el manantial. Poco después de su llegada a Nuevo México, le ascendieron y le nombraron sucesor del general Canby en la dirección del territorio. Los confederados se habían retirado ya entonces de Nuevo México tras su derrota en Apache Canyon y no parecía existir probabilidades de una nueva invasión. Pero las tropas californianas de Carleton estaban inquietas, posiblemente a punto de amotinarse, y necesitaban estar activas. El enérgico y despiadado general, justo después de acceder al cargo, decidió mantener ocupados a sus hombres con la tarea de pacificar a los apaches y los navajos. El instrumento para esta empresa sería el veterano luchador contra los indios Kit Carson, coronel de los Voluntarios de Nuevo México. En apoyo de la decisión de Carleton de mantener una guerra implacable contra los indios, Cremony remarcó: «Aquello de lo que los confederados no han podido apropiarse, los apaches lo han destruido». Escribió que los habitantes de Nuevo México estaban desmoralizados y famélicos.[3]

Hombre resuelto y de convicciones inquebrantables, Carleton se convirtió en el azote de los mescaleros y los navajos, y en menor medida de los mimbreños y los mogollón. Aunque las tropas que había dejado en Arizona se pasaban la mayor parte del tiempo persiguiendo a los apaches o luchando contra ellos, no obtuvieron un éxito comparable a las derrotas que los jicarillas, los mescaleros y los navajos habían padecido en Nuevo México. Para Carleton, la situación era muy sencilla y no tenía mayores complicaciones: los mescaleros ya habían firmado antes la paz, pero a causa de la invasión confederada habían roto el pacto y declarado la guerra a los

colonos angloamericanos. El hecho de que también hubieran luchado contra los confederados resultaba irrelevante, ya que habían roto un pacto. El remedio, tal y como lo veía Carleton, era igualmente simple: lograr que se arrepintieran de su temeridad matando a cuantos fuese posible. Si sobrevivía algún hombre, no le cabía la menor duda de que jamás volvería a traicionar ningún pacto.

En octubre de 1862, Carleton ordenó al coronel Carson que volviera a ocupar Fort Stanton con cinco compañías de sus Voluntarios de Nuevo México y que castigara y controlase a los mescaleros. Carson se mostraba reacio a tomar parte en lo que muy apropiadamente preveía que iba a ser una guerra de exterminio, pues no odiaba a los indios y estaba convencido de que se podía controlar a los apaches con medidas menos drásticas. Los mescaleros, armados principalmente con arcos y flechas, vivían en la más desesperada pobreza, al borde de la inanición, y Carson sabía que sería una guerra terriblemente unilateral. Pero una vez que el general Carleton había tomado una decisión, no había ninguna posibilidad de hacerle transigir. Había decidido que los apaches y los navajos debían ser perseguidos y ejecutados hasta que los supervivientes, de haberlos, estuviesen dispuestos a entregarse. Las órdenes que dio a Carson y a los demás oficiales de campaña fueron, tanto en el tono como en la intención, implacables.

«A los indios hay que darles una buena paliza —dijo—, sin parlamentos ni consejos [...]. Hay que matar a todos los indios varones de esa tribu dondequiera y cuandoquiera que os los encontréis. A las mujeres y los niños no hay que hacerles daño, pero se les tomará como prisioneros y se les alimentará en Fort Stanton hasta la recepción de nuevas instrucciones.» Nadie, bajo ninguna circunstancia, habría de recibir a los indios que se aproximaran con una bandera de tregua, ni firmar la paz con ellos. Si deseaban la paz, los jefes y los hombres con principios deberían dirigirse a Santa

Fe y conferenciar directamente con Carleton. «Creo que, a la larga, esta severidad —concluía filosóficamente— será el camino más humano para tratar con estos indios.»[4]

El doctor Michael Steck, anterior agente de los apaches del sur, fue nombrado superintendente de Asuntos Indios para Nuevo México en 1863, el mismo año en que la responsabilidad de los indios se transfirió temporalmente de las autoridades militares a las civiles. Steck, en un principio, se había mostrado de acuerdo con que a los mescaleros se les confinara en una reserva, pero las brutales órdenes de Carleton le escandalizaron y se quedó horrorizado por el número de mescaleros muertos. Señaló que, entre 1854 y 1860, cuando se les habían suministrado víveres a los mescaleros y a los gileños, estos habían permanecido relativamente en paz, cultivando sus campos. Steck declaró que salía más barato alimentar a los indios que luchar contra ellos: «Este último camino —escribió— lo hemos seguido hasta el presente con un desembolso de tres millones de dólares anuales por parte del gobierno; se cree con seguridad que la primera opción puede ser más efectiva, con un coste unas veinte veces inferior al de los gastos que se han desembolsado hasta el momento, y sin pérdida de vidas o propiedades».[5] Steck añadió: «No hace falta ser profeta para ver que, en unos pocos años, los indios de Nuevo México habrán sido exterminados, a no ser que el gobierno interponga su mano benevolente para protegerlos y apoyarlos».[6] Pero la mano que se extendió estuvo muy lejos de ser benevolente.

A ningún indio de Nuevo México se le destinó oficialmente a una reserva, pero como jefe militar del territorio, Carleton decidió establecer una reserva aparte para los mescaleros. Aunque ya antes se había establecido una para ellos en Fort Stanton, en su propio territorio, el Congreso no había ratificado el tratado. Al tiempo que Carson se encontraba estableciendo su cuartel general en Fort Stanton, el capitán McCleave penetró con dos compañías de Voluntarios de California en el territorio mescalero desde el sudoeste, por Dog Canyon, uno de sus refugios favoritos. Las

campañas durarían desde el 15 de noviembre hasta el 31 de diciembre de 1862; su objetivo era la aniquilación total o la rendición incondicional de los salvajes.

Las inflexibles órdenes de Carleton, acatadas al pie de la letra, no tardaron en infligir serias injusticias a los mescaleros. A finales de octubre, la tropa de caballería del capitán James Graydon se encontró con la banda del viejo Manuelito, el jefe mescalero más influyente, quien hizo señales de paz porque quería parlamentar. Graydon, siguiendo las órdenes que tenía, les atacó sin previo aviso y mató a Manuelito y a José Largo, junto a un montón de guerreros y una mujer. Graydon se percató demasiado tarde de que Manuelito también estaba siguiendo las órdenes de Carleton y de que se dirigía a Santa Fe con los suyos para conversar con el general.

Al enterarse de este ataque, Kit Carson quedó consternado. Protestó a Carleton, quien no quiso correr el riesgo de perder a su mejor luchador contra los indios. «Si estás convencido [de que] el ataque de Graydon a Manuelita (sic) y su gente no fue justo y abierto —le respondió—, ten en cuenta que todos los caballos y mulas [...] se han devuelto a los supervivientes de la banda de Manuelita (sic).»[7] Sin embargo, Carleton no modificó sus órdenes de matar a mescaleros, y la devolución de unos pocos caballos y mulas fue una compensación ridícula por la pérdida de sus jefes y de guerreros capaces.

Poco después, este capitán McCleave se topó con una banda de unos cien guerreros mescaleros en Dog Canyon y los derrotó. Los supervivientes huyeron a través de las montañas hasta Fort Stanton y se rindieron ante Kit Carson, pues le conocían y sabían que era un hombre justo y compasivo. En contra de las órdenes que tenía, Carson protegió a los mescaleros y envió a cinco de ellos, con escolta, a Santa Fe, acompañados del agente Lorenzo Labadi. Cadete era ahora el portavoz principal de los mescaleros después de la muerte de Manuelito. Al dar comienzo la conferencia con Carleton, Cadete dijo:

> Tú eres más fuerte que nosotros. Hemos luchado contra ti desde que tenemos rifles y pólvora, pero tus armas son mejores que las nuestras. Danos armas semejantes y déjanos en libertad, volveremos a luchar contigo; pero [ahora] estamos agotados, no nos queda aliento; carecemos de provisiones, no tenemos medios para vivir; tus tropas están por todas partes; nuestros manantiales y abrevaderos están ocupados o vigilados por tus hombres. Tú nos has expulsado de nuestro último y mejor baluarte, y no nos queda más aliento. Haz con nosotros lo que te parezca mejor, pero no te olvides de que somos hombres y que somos valientes.[8]

Las condiciones de Carleton fueron terminantes. Les dijo bruscamente que quienes quisieran la paz debían dirigirse a Bosque Redondo, de lo contrario serían tratados como hostiles. Les prometió que cuando la guerra terminara se les instalaría en una reserva dentro de su propio territorio.

En el momento en que Cadete se rindió, en noviembre de 1862, Carleton ya había ordenado que empezaran las obras de Fort Sumner, cerca de Bosque Redondo, en el Pecos, al Nordeste de Fort Stanton. El doctor Steck escribió que la región solo era apropiada para un número limitado de indios. Carson recibió la orden de enviar a los mescaleros a Fort Sumner en el preciso instante en que se rindieran; debía mantenerlos acampados en las proximidades del fuerte. «A estos indios —instruyó Carleton al oficial a cargo de Fort Sumner— se les alimentará con víveres de su economato; ha de tratárseles con amabilidad [y] los soldados no han de molestarles con visitas a su campamento en momentos inadecuados.»[9] Enseguida hubo trescientos cincuenta mescaleros en Fort Sumner, y había más en camino. Se calculaba que habían matado a trescientos uno, y Carleton estaba más que satisfecho porque la banda había sido castigada a conciencia. Esa primavera, los mescaleros plantaron cerca de un kilómetro cuadrado y cultivaron su propia cosecha en su miserable estancia de Bosque Redondo.

Los mescaleros que se habían rendido estaban bajo el mando del agente Labadi y el capitán Cremony. Cuando el primero informó al segundo de que los indios no tenían nada de comer y de que no se

les permitía cazar, Cremony convenció al oficial al mando del fuerte para que le dejara conducir una partida de caza. La caza fue un éxito y desde entonces los mescaleros confiaron en el capitán.

Después de que Cremony se ganara su confianza, los mescaleros detuvieron a sus mensajeros solo para preguntarles si pertenecían a su compañía. Cadete prometió que los mescaleros no perjudicarían a Cremony ni a sus hombres, y mantuvo su palabra. Los mescaleros también le ayudaron de buena gana a compilar un diccionario apache, y hubo quienes le hicieron partícipe de muchas de sus habilidades, algo que jamás habrían hecho con ningún otro angloamericano. Tatsahdasaygo (Asesino Veloz) le mostró cómo un apache podía esconderse en lugares donde el terreno no ofrecía la menor oportunidad de ocultamiento. En un trozo de pradera abierta, donde solo había un matorral, Cremony apartó la vista durante unos minutos mientras Asesino Veloz se ocultaba; acto seguido se puso a buscarlo. Cuando, finalmente, Cremony se rindió y le llamó para que saliera a la luz, resultó que Asesino Veloz se encontraba a unos pocos pasos, completamente enterrado bajo la hierba.

En otra ocasión, Nah-kah-yen y Cremony estaban cazando antílopes. Cuando vieron una manada, el mescalero ató un trozo de tela roja a un tallo de yuca, le entregó su rifle a Cremony y le dijo que se alejara. Acto seguido, se ocultó en la arena junto al tallo de yuca sabiendo que la tela despertaría la curiosidad de los antílopes. Cremony se alejó varios cientos de metros y se dispuso a observar. Los antílopes se aproximaron al trozo de tela roja y se alejaron a toda velocidad varias veces. Cuando finalmente Cremony regresó al tallo de yuca encontró que Nah-kah-yen había acabado con la vida de cuatro antílopes con su cuchillo.[10]

La habilidad de los apaches para el robo de caballos era, desde luego, legendaria. En cierta ocasión, los caballos del Primero de Caballería de California fueron conducidos a la región de San Xavier del Bac para que descansaran y se recuperasen.

El teniente coronel Ferguson, del Primero de Caballería de California, tenía un caballo excelente, y en la marcha a San Xavier se negó a permitir que su preciado animal fuera amarrado junto a las demás monturas de la caballería por miedo a que pudieran hacerle daño. En su lugar, lo ató a una distancia de unos seis metros. Esa noche nadie oyó el menor ruido, pero por la mañana el caballo había desaparecido: habían cortado la soga.

Los pápagos de San Xavier, que habían acorralado a sus ponis por la noche a causa de los apaches, se sentían a salvo sabiendo que los caballos de la caballería pacían al anochecer bajo una rigurosa vigilancia. Los apaches le contaron más tarde a Cremony que sabían que los pápagos se volverían descuidados, y así se apoderaron de casi todos sus animales.

Cremony también describió lo mucho que les gustaba jugar a los apaches, especialmente el juego del aro y el palo, en el que solían apostarse hasta sus últimas posesiones. Dos hombres hacían rodar un aro hacia delante para después arrojar palos que debían caer sobre este, lo más cerca posible del blanco. Actuaban de jueces tres destacados guerreros que tenían la última palabra. Cuando la apuesta era alta, la excitación solía derivar en violentas disputas. Por ese motivo, no se permitía llevar armas y a las mujeres se les prohibía mirar porque podrían causar problemas.

Cuando el general Carleton mandó a Carson tras los mescaleros, también ordenó al coronel John R. West que librara una guerra ininterrumpida con los gileños, que habían expulsado a los mineros y a los rancheros del sur de Nuevo México. Al igual que Carson, West no debía dar tregua ni tener piedad. «No se firmará la paz ni se conferenciará con ningún indio que viva en cualquiera de los afluentes del Mimbres o en la cabecera del Gila, por encima de Fort Stanford, hasta que estén completamente sometidos [...]. A ser posible, la presente guerra contra los apaches [...] se seguirá librando sin interrupción [...].»[11]



Jugando al aro y el palo en San Carlos (Sociedad Histórica de Arizona).

Antes de comenzar la campaña, West buscó la cooperación de los funcionarios mexicanos. Escribió al prefecto de El Paso, José María Uranga, diciéndole que se disponía a librar una guerra contundente contra los apaches al este y al oeste del río Grande y pidiéndole que tratara de conseguir la colaboración del gobernador de Chihuahua, pues a los apaches se les permitía comerciar con propiedades robadas en Janos. En una carta similar, al gobernador de Sonora, Ignacio Pesqueira, West le avisó de que iba a atacar a los apaches a lo largo de la frontera y le advertía que estuviese alerta con quienes buscaran refugio en Sonora.

Se llevaron a cabo una serie de veloces campañas contra los gileños durante el otoño de 1862 y en la primavera y el verano de 1863. Fort Craig, en el río Grande, se reforzó para aquellas expediciones. En febrero, el capitán McCleave marchó con cuatro compañías al lugar elegido para establecer Fort West; allí, los gileños se apoderaron de sesenta caballos de la caballería. McCleave salió a perseguirlos con cien hombres sobre monturas que estaban casi a punto de caer extenuadas. Llevaba siguiendo el rastro de los gileños

durante varios días cuando setenta de sus cien caballos no pudieron seguir. Aun así, la persecución continuó, pues aunque las tropas no habían tenido más que cuatro horas de sueño en cuatro días, había que aprovechar que el rastro siguiera fresco. Atacaron por sorpresa el campamento de los indios, acabaron con la vida de veinticinco apaches y recuperaron la mayor parte de los caballos. Los gileños estaban mejor armados que los mescaleros, pero aun así no eran rivales para unas tropas bien instruidas y armadas con rifles del último modelo, cañones Howitzer y munición de sobra.

En enero de 1863, mataron a Mangas Coloradas, según se cuenta, mientras trataba de escapar de Fort McLane. El relato de los hechos es enrevesado y existen varias contradicciones que jamás se han resuelto de modo satisfactorio. Daniel Ellis Conner, miembro del grupo de buscadores de oro de Joseph Reddeford Walker, escribiría más tarde que su grupo había decidido capturar a Mangas Coloradas y retenerlo como rehén para poder prospectar de un modo seguro en territorio gileño. Se toparon con la patrulla de avanzadilla de los Voluntarios de California del capitán E. D. Shirland y, por lo que parece, acamparon con ellos mientras unos hombres del grupo de Walker se dirigían a Pinos Altos en busca de Mangas.

Los captores enarbolaron una bandera blanca y se dispusieron a esperar. Cuando Mangas y varios miembros de su tribu llegaron, todos los rifles apuntaron al jefe y le dijeron que informara a su gente de que su seguridad dependería de su buena conducta con respecto al grupo de Walker. Se llevaron a Mangas a lo que quedaba del viejo Fort McLane, veinticinco kilómetros al sur de Santa Rita del Cobre y a una distancia parecida al sudoeste de la actual Silver City. Este fuerte de la Unión era uno de los varios que se habían abandonado en julio de 1861. Los hombres llegaron con Mangas más o menos al mismo tiempo que el coronel West arribaba al fuerte en ruinas. Al día siguiente, según Conner, el coronel insistió en hacerse cargo de la custodia de Mangas hasta que se supiese el paradero de dos carromatos del gobierno que habían sido saqueados recientemente cerca del río Grande. Dos soldados vigilaron a Mangas

junto al fuego durante una noche tremendamente fría. Conner cumplía su función de centinela para el grupo de Walker, y la zona que patrullaba pasaba cerca del lugar donde estaban Mangas y sus dos guardianes. Alrededor de la medianoche, Conner se percató de que los guardias estaban molestando al prisionero, pero que dejaban de hacerlo en cuanto él se aproximaba durante sus rondas. Conner observó desde lejos; les vio cómo calentaban las bayonetas en el fuego y luego se las ponían a Mangas Coloradas en las piernas y los pies. Cuando el jefe trató de apartarse, le dispararon.

Los informes del ejército no mencionan al grupo de Walker y dictaminan que fueron las tropas federales las que capturaron a Mangas en solitario. Según estos informes, Mangas intentó escaparse en tres ocasiones antes de que sus guardias le dispararan. Más tarde, un soldado de los Voluntarios de California que declaró haber estado presente manifestó que «el general, entonces coronel, West dijo a los guardias: "Señores, ese viejo asesino se ha escapado de todos los soldados que se han ocupado de él, dejando un rastro de sangre de ocho mil kilómetros por toda la antigua línea de la diligencia. Mañana por la mañana lo quiero vivo o muerto, ¿lo entendéis?, lo quiero muerto"».[12]

Comoquiera que ocurriese la historia, el caso es que, al día siguiente o a los dos días, las tropas abrieron fuego contra la confiada familia de Mangas antes de que ninguno de ellos sospechara nada. Luego regresaron a Pinos Altos y sorprendieron a los mimbreños que aguardaban el regreso de su jefe y mataron a muchos de ellos. El general Carleton, al tanto o no de las circunstancias, declaró: «Se ha matado a Mangas Colorado (sic), sin duda el peor indio dentro de nuestras fronteras y causante de más asesinatos, torturas y personas quemadas en la hoguera que todos los demás indios juntos de nuestro país, y hace alrededor de unos días, veinte de sus seguidores han sido capturados en el curso de una batalla [...]. Las hostilidades contra los apaches del Gila están siendo ahora

procesadas con vigor y producirán beneficios duraderos».[13] Los «beneficios duraderos» que mencionaba en su discurso no estaban destinados a los apaches, por supuesto.

No tardaron en circular rumores acerca de que la muerte de Mangas Coloradas había sido un asunto especialmente sucio. No era que la gente lo admirara o que deseara que viviera, pero las despóticas acciones de Carleton ofendían a mucha gente. El juez de Mesilla, Joseph G. Knapp, criticó la política de «bandera negra» de Carleton, con la que evitaba que los apaches se rindieran y que les conducía a un permanente estado de violencia. Carleton, cuya autoridad militar le hacía invulnerable mientras continuara la Guerra de Secesión, ignoró la mayoría de las protestas, aunque en alguna ocasión respondió a las críticas con contenida irritación. Declaró que no habría tregua en la guerra contra los gileños; le dijo al coronel West que las alternativas eran «la entera subyugación o la destrucción de todos los hombres [...]».[14]

Hostigaron a los gileños de un modo tan constante que, llegado el año 1865, al igual que los mescaleros, los del Gila vieron inmensamente reducido el número de sus guerreros. Cientos de gileños cayeron en los combates, y otros tantos a causa del hambre y la enfermedad; muchos niños fueron vendidos como esclavos. Los gileños fueron expulsados de su territorio y buscaron refugio en las montañas de Arizona y Sonora; les quedaban tan pocos guerreros que se les dejó de considerar una amenaza.

En marzo de 1865, el doctor Steck solicitó a Carleton una escolta para dirigirse a Fort West, pues le había llegado información de que los mimbreños deseaban firmar la paz. Carleton le respondió que, mientras los indios estuvieran en pie de guerra, el ejército se ocuparía de todo. Dijo que los mimbreños estaban en manos de los militares, «y así será hasta que el oficial al mando firme la paz con ellos bajo sus propias condiciones».[15]

Tras estas victorias sobre los mescaleros, Kit Carson recibió presiones para que tomara el mando de una expedición destinada a someter a los navajos. Mientras tanto, pese a su anterior promesa

de conducir a los mescaleros a una reserva en su propio territorio, Carleton había decidido dejarlos para siempre en Bosque Redondo. Allí solo habían podido recolectar con éxito una única cosecha, el agua era alcalina y apenas potable, la leña escaseaba y el panorama para los mescaleros era realmente desolador, pero Carleton estaba convencido de que eran felices en el nuevo hogar que les había concedido. En cuanto Carleton hubo decidido que eran felices, se zanjó el asunto. Lo que convirtió en insoportable aquella situación intolerable fue la decisión de Carleton de mandar a los prisioneros navajos a Bosque Redondo; es de suponer que para compartir la recién adquirida felicidad de los mescaleros.

El doctor Steck, que estaba plenamente convencido de que Bosque Redondo era inadecuado para un número elevado de indios y que sabía que los mescaleros y los navajos estaban muy lejos de congeniar, auguró problemas. En enero de 1864, antes de la llegada de los prisioneros navajos, unos asaltantes de la misma tribu se apoderaron de varios caballos de los mescaleros, quienes se dirigieron rápidamente a Fort Sumner en busca de ayuda. La mayor parte de la compañía de Cremony había salido a patrullar, pero había doce soldados disponibles que se unieron a los veinticinco guerreros mescaleros liderados por Cadete. Alcanzaron a los navajos al amanecer y les derrotaron a una temperatura bajo cero. Mataron a muchos de ellos y recuperaron la mayoría de los caballos. En anteriores ocasiones, los mescaleros habían ayudado a las tropas angloamericanas contra los navajos. La perspectiva de compartir la reserva con más de ocho mil navajos hostiles, por tanto, era para los mescaleros tan espantosa como para el doctor Steck.

Steck insistió en vano a Carleton para que metiese a los navajos en una reserva aparte en su propio territorio. Consideraba el tema de tal gravedad que viajó a Washington para tratar de convencer a los funcionarios del error que suponía ubicar a los dos grupos en una misma reserva, pero no obtuvo mayor éxito. Al regresar a Nuevo México, Steck lo intentó de nuevo y le sugirió a Carleton que celebrara un consejo con los navajos para entender sus puntos de

vista. Carleton, sin embargo, fue inflexible: «Es ridículo —le respondió— celebrar consejos con gente que ya está en nuestras manos y que no tiene más que aguardar nuestras decisiones».[16]

Al convencerse a sí mismo de que los mescaleros y los navajos vivirían juntos en paz y armonía, Carleton ignoró el hecho de que los primeros habían sido reclutados para luchar contra los segundos en multitud de ocasiones. De hecho, los jefes Cadete y Blanco habían desempeñado un papel determinante en derrotas que los navajos no podrían olvidar ni perdonar fácilmente. A medida que fueron llegando más y más navajos a Bosque Redondo durante la primavera y el verano de 1864, la situación se fue haciendo cada vez más insostenible para los mescaleros. Al final, hubo más de ocho mil navajos en la reserva que trataban a los mescaleros con brusquedad, arrebatándoles sus maizales y atacándoles de vez en cuando. La comida no tardó en acabarse debido a la escasez de las cosechas en todo Nuevo México; los indios de Bosque Redondo estaban desnudos y hambrientos, y sufrían un frío implacable. Carleton, cuya dieta era equilibrada, les dijo que deberían sentirse demasiado orgullosos para andar quejándose de lo que no podía evitarse, pero sus palabras les sirvieron de muy poco consuelo. El *New Mexican* de Santa Fe fue incluso menos comprensivo que Carleton al apuntar únicamente que se había reunido en Bosque Redondo a «ocho mil indios cuyas mentes indoctas no les llegaban ni para cubrirse las espaldas».[17]

Si Carleton guardaba algún respeto o admiración por los mescaleros antes de su rendición, supo disimularlo muy bien, pues los únicos términos que utilizaba para describirlos eran peyorativos. Dijo, no obstante, que estaba decidido a que fueran felices. Dejó escrito lo siguiente: «Sufro una gran ansiedad por hacer que esta poderosa nación, que se ha rendido a nuestros pies, esté bien cuidada y sea lo más feliz posible bajo todas las circunstancias adversas que nos rodean».[18] En otra ocasión llegaría a manifestar: «Por piedad, si no movidos por cualquier otra consideración, como la gran nación que somos, debemos tratar por una vez al indio como se merece [...]

Han luchado valerosamente contra nosotros durante años [...] y, habiéndose ganado nuestro respeto y nuestra admiración como hombres valientes, han venido a nosotros con confianza en nuestra magnanimidad».[19] Pero, en otra ocasión, cuando el agente al mando permitió que los famélicos mescaleros abandonasen la reserva para elaborar mezcal, Carleton dio instrucciones al oficial de Fort Sumner para matar a cualquier apache varón que dejase la reserva por el motivo que fuera.

En una visita a Bosque Redondo a finales de 1864, el doctor Steck se quedó escandalizado ante la condición indigente tanto de los mescaleros como de los navajos, así como frente al número de indios que moría cada día de hambre o enfermedad. Los mescaleros que aún eran capaces de viajar estaban abandonando la reserva para regresar a su territorio, y muchos navajos se estaban escabullendo, pues preferían morirse de hambre en cualquier otro lugar antes que en Bosque Redondo. Steck informó a Carleton de la deplorable situación y le acució para que cambiara su política, a lo que este se negó. El general, sin embargo, no aprobaba el trato cruel a los indios que se habían entregado, especialmente si lo infligían los civiles.

Como había decidido que los mescaleros y los navajos iban a ser felices juntos en Bosque Redondo, Carleton se indignaba cuando el doctor Steck o cualquier otro funcionario civil entrometido y equivocado le sugería que los navajos querían regresar a sus propias tierras y que se les debía permitir hacerlo. Los deseos de los navajos eran irrelevantes; su deber era permanecer en Bosque Redondo y ser felices. Cuando se escabullían de la reserva pequeños grupos de mescaleros o navajos, Carleton ordenaba a las tropas que aplicaran su remedio infalible: darles caza y matar a todos los hombres.

Famélicos y convencidos de que su causa no tenía esperanza, el jefe mescalero Ojo Blanco y su banda abandonaron la reserva en marzo de 1864. Ante la recomendación del agente Labadi, sin embargo, algunos regresaron a los pocos meses. Otros siguieron marchándose de Bosque Redondo pese a las amenazas de Carleton. Al ser

informado al respecto, Carleton no pensó en cambiar su política. Sencillamente se limitó a repetir su orden de matar a todos los varones adultos.

El año 1865 fue malo para Nuevo México en general, pues la temperatura poco favorable, las enfermedades de las plantas y las plagas de insectos, arrasaron con las cosechas. Se sufría en todo el territorio, pero en Bosque Redondo el sufrimiento se intensificaba, porque cuando escaseaban los víveres las raciones parciales se reducían a casi nada. El 3 de noviembre, todos los mescaleros que tenían fuerzas para ponerse en pie se marcharon de la reserva y se dirigieron a sus refugios en las montañas, pues preferían morir en un entorno familiar. Cadete informó a los oficiales del ejército de que su pueblo no se quedaría en Bosque Redondo, pero que regresarían cuando se les destinara a una reserva capaz de darles sustento.

Antes de emprender una campaña durante el otoño y el invierno contra los mimbreños, Carleton envió al teniente coronel N. H. Davis a Pinos Altos para conferenciar con el cabecilla de la banda de Mangas Coloradas sobre el traslado pacífico a Bosque Redondo. Cerca de cien mimbreños (incluidos Victorio, tres hijos de Mangas y Nana) se presentaron en el consejo, todos ellos con un aspecto miserable. Davis les hizo un recuento entusiasta de la comida y la ropa que se les entregaría en Bosque Redondo. Les dijo que no había ido a firmar la paz, sino a asegurarles que podían obtenerla si se dirigían a Bosque Redondo. En caso de negarse, la guerra continuaría; la decisión estaba en manos de ellos, pero no debían esperar a que la puerta se cerrara. Davis les dijo que podían mandar una delegación para inspeccionar Bosque Redondo si así lo deseaban.

Victorio respondió: «Yo y mi pueblo deseamos la paz; estamos cansados de la guerra; somos pobres y apenas tenemos para alimentar y vestir a nuestras familias [...], queremos firmar la paz, una paz duradera, que se mantenga; querríamos vivir en nuestro propio territorio, nos trasladaremos a la reserva que nos indique el gobierno y os ayudaremos a luchar contra quienes no vengan (de los

nuestros)». Dijeron que querían ver primero la reserva, pero su delegación no se presentó al encuentro; Victorio le hizo llegar a Davis la noticia de que les habían robado los caballos y que, por tanto, no habían podido ir a encontrarse con él. Davis decidió, no obstante, que estaban actuando de mala fe y dio instrucciones a sus tropas para matar a todos los varones. «Mi lema es: muerte al apache y paz y prosperidad para esta tierra.»[20]

Carleton siguió obstruyendo los intentos de Steck de ayudar a los indios y se negó a permitir que acompañara a Davis a ver a los mimbreños. Dijo que estos se debían rendir incondicionalmente. A resultas de la intransigencia de Carleton, las hostilidades continuaron. Y debido a que tanto el doctor Steck como el juez Knapp se dirigieron a Washington para intentar convencer a los funcionarios de que las medidas de Carleton eran ruinosas y habían fracasado, a ambos se les obligó entonces a dimitir «por el bien del servicio».



Victorio, jefe mimbreño (Colección de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma).

Cuando los mescaleros abandonaron Bosque Redondo, no se enviaron tropas en su busca; para entonces, Carleton había entregado el control de los indios a los funcionarios civiles, y la miseria y la mala administración de los indios bajo su cargo habían salido a la luz. Los mescaleros regresaron a sus refugios favoritos en Sierra Blanca, Sacramento y las montañas Davis, así como en el territorio del Big Bend. Algunos se marcharon al norte para unirse a los comanches, mientras otros se fueron a vivir y a luchar con los mimbreños. Hubo ocasionales asaltos de los mescaleros a ranchos angloamericanos, pero algunos jefes, sobre todo Cadete, siguieron evitando las hostilidades.

Una de las consecuencias de la visita de Steck a Washington para interceder por los mescaleros y los navajos fue que el Congreso facilitó la creación de un comité para investigar la situación de los indios, particularmente el trato que recibían por parte de los funcionarios, tanto civiles como militares. El senador de Wisconsin, James R. Doolittle, encabezó el subcomité que fue destinado a investigar los asuntos indios de Nuevo México y Colorado. Sus audiencias empezaron en Santa Fe el 5 de julio de 1865; al día siguiente, Carleton puso fin a la ley marcial en Nuevo México.

Como testigo del comité, Carleton recomendó que se aboliera la oficina del comisionado de Asuntos Indios y que los indios se mantuvieran bajo control militar. Dijo que era una pérdida de tiempo negociar tratados con ellos. «Mantener las formas haciendo un tratado con un grupo, cuando en cualquier caso el gobierno está decidido a llevar las cosas como le parezca —dijo con candor— es mofarse de la dignidad de los Estados Unidos. Se puede hacer bien sin tener que recurrir a lo teatrero solo por el efecto.»[21] Carleton mantenía que Bosque Redondo era lo bastante grande para los navajos y los mescaleros, en contra de la opinión de Labadi cuando afirmaba que el descontento había cundido entre los mescaleros desde el mismo momento en que empezaron a llegar los navajos.

El agente indio John Ward, al escribir al comité para Asuntos Indios del Congreso, dio otras razones para no confiar demasiado en los tratados. «El mismo jefe que firma un tratado sabe muy poco acerca del mismo —escribió— y en cuanto al resto de la tribu, menos aún.» Continuó diciendo que los jefes ejercían mucha menos influencia sobre sus bandas de lo que mucha gente creía; su poder era tan solo nominal, como mucho. Ward señaló, además, que los intérpretes a menudo no eran capaces de dejarles claro a los indios todo lo que se acordaba en un tratado por mucho que lo intentaran, y a veces la información tenía que pasar por más de un intérprete. Añadía Ward:

> No cabe duda de que algunos intérpretes introducirán sus propias nociones y opiniones en la interpretación antes de [...] expresar las de los indios. En su mayor parte, la única cláusula de un tratado que, por lo general, entiende un indio es la que estipula la cantidad de obsequios que va a recibir. La idea predominante en la mayoría de los indios salvajes que firman un tratado es la de que el gobierno se obliga a sí mismo a pagarles una cierta cantidad para que mantengan la paz.[22]

La gente de Nuevo México se opuso al sistema de reservas porque con su activación se quedarían sin tribus a las que esclavizar. Y lo que era incluso peor: las reservas significaban que las fuerzas militares se reducirían y el dinero que esa gente amasaba con los contratos con el gobierno disminuiría.

Kit Carson testificó para el comité por carta. Dijo que muchos de los apaches entendían de agricultura y debían ser ubicados en reservas. No pensaba que los apaches de Arizona fuesen a poner objeciones a que los emplazaran en reservas, pero estaba seguro de que a los jicarillas les molestaría que los enviaran a Bosque Redondo con los mescaleros. «Permítanme sugerirles la necesidad de una extrema precaución y circunspección a la hora de ubicar a los indios, con objeto de prevenir disensiones internas dentro de las reservas. Las distintas tribus —recordaba al comité—, además de encontrarse en diferentes grados de progreso en cuanto a civilización, tienen enemistades ancestrales que les enfrentarán, ambiciones de jefes por satisfacer y venganzas demoradas desde hace muchísimo tiempo que complacer.»[23]

El mayor Greiner testificó ante el comité e hizo constar su protesta contra el nombramiento de agentes indios por razones de mera política. «La política general de seleccionar hombres como agentes para servicios políticos antes de considerar si encajan en el puesto y luego cambiarlos constantemente es una de las causas principales —dijo— de todas nuestras dificultades con los indios [...]. En mi propia experiencia en el territorio, jamás he conocido una dificultad grave entre indios y ciudadanos que no se haya originado principalmente por lo que acabo de decir.»[24] Greiner también mencionó el conflicto

que existía entre los funcionarios civiles y militares. «El departamento indio estuvo en su día bajo la dirección de la Secretaría de Guerra —apuntó—. Hará unos quince años que se desligó de este y se incorporó a la Secretaría de Interior. A partir de entonces, desde el departamento indio de Washington hasta los subagentes de Nuevo México, el departamento militar no ha dejado de luchar para hacerse con el control de los asuntos indios, y esa insistencia ha sido una de las causas de las dificultades.»[25]

El capitán Cremony también percibió que las dificultades relacionadas con la Oficina de Asuntos Indios no podrían remediarse mientras dicha agencia siguiera teniendo una orientación política. Apuntó que cada pocos años se enviaban nuevos agentes bisoños para hacerse cargo de las reservas y se introducían nuevas políticas, todo ello para producir confusión e insatisfacción de los indios. Cremony recomendó una amplia reforma total, en la que se fusionara la oficina con la Secretaría de Guerra. Al igual que los agentes indios, el gobierno debía emplear el inmenso número de militares retirados, muchos de los cuales habían llegado a adquirir un conocimiento considerable del carácter indio. De esta manera, podría establecerse una política regular y sistemática. Sentía que los apaches en particular podían ser sometidos por el ejército y trasladados a reservas fuera de sus propias tierras.

Durante los años inmediatamente posteriores a la Guerra de Secesión, los congresistas fueron cautelosos con emplear dinero que no beneficiara directamente a sus propios electores, y el problema apache se descuidó. Debido a las excesivas reducciones de los fondos, no se hizo el menor esfuerzo para ayudar a los apaches a alcanzar la autosuficiencia y el peligro de la guerra se incrementó. Al mismo tiempo, fue imposible formular una política efectiva y consistente para resolver los problemas apaches en Nuevo México y Arizona.

El general Ulysses S. Grant se interesó personalmente por la situación de los indios y le pidió al general John H. Pope un informe completo. Este le respondió que la situación de los indios era

complicada y que no podía mejorarse sin un cambio radical de política. Mencionó las incongruencias a la hora de tratar con los indios. Pope dijo que nadie sabía hasta qué grado habían llegado los males ocasionados a los indios por los hombres blancos, ya que estos mismos hombres culpaban al gobierno cada vez que sufrían alguna pérdida de vida o de propiedades. «Nunca se sabe lo que el hombre blanco hace a los indios —escribió—. Solo lo que el indio le hace al hombre blanco (nueve de cada diez veces a modo de represalia) llega a oídos del público.»[26]

Los indios, continuó Pope, ya no tenían tierras propias, porque los blancos las habían invadido por todas partes. Al perder sus tierras, su hogar y sus medios de subsistencia, se vieron empujados a la «necesidad de guerrear a muerte contra el hombre blanco, cuyo progreso inevitable y destructivo amenaza con el exterminio total [...] de los indios». Desesperados y en la indigencia, los indios emprendieron las hostilidades contra los blancos con furia y coraje. «Hasta hace poco, las tropas estadounidenses, de número reducido y por eso completamente incapaces de proporcionar seguridad a los blancos o protección a los indios, han estado exclusivamente a la defensiva —apuntaba Note—. La dificultad radica en que no podemos prometer al indio, con nuestro actual sistema, nada de lo que nos pueda solicitar con esperanza de poder cumplir nuestra promesa.»[27]

En junio de 1865, a causa de los rumores y los informes sobre la esclavización de los indios en Nuevo México, el presidente Andrew Johnson ordenó a los jefes de varios departamentos que notificaran a sus plantillas que se tomaran todas las medidas legales para suprimir este comercio. Felipe Delgado, el superintendente de Asuntos Indios de Nuevo México, se quejó de que los prisioneros habían sido adquiridos por ciudadanos sin «caridad cristiana» con la intención de civilizarlos. De acuerdo con sus instrucciones, sin embargo, Delgado publicó un aviso contra la venta o el intercambio de cautivos indios. El presidente del Tribunal Supremo de Nuevo México testificó ante el comité Doolittle acerca del extendido uso de

esclavos indios. «Los precios —dijo— se han disparado últimamente. Es probable que una chica de no más de ocho años, saludable e inteligente, pueda llegar a adquirirse por un valor de cuatrocientos dólares o más.»[28]

En marzo de 1867, el Congreso aprobó «una ley para abolir y prohibir de una vez por todas el sistema de esclavitud en el territorio de Nuevo México y en todas partes», una ley radical y definitiva que debería haber resuelto el asunto, pues establecía severas penas para los infractores. Pero el problema continuó vivo y la mayoría de los dos mil indios esclavos que se calculaba que había en Nuevo México eran apaches o navajos.

Pocos meses después de que trasladasen al general Carleton de Nuevo México, a finales de 1866, Grant, el secretario de Guerra, cedió el control de los navajos a la Secretaría de Interior. Mientras tanto, el teniente R. McDonald llevó a cabo un minucioso estudio del proyecto de Bosque Redondo e informó de lo que otras personas sabían desde hacía tiempo: que era inadecuado para establecer una reserva india. Recomendó abandonar el proyecto lo antes posible y reubicar a los navajos en una tierra más apropiada.

En mayo de 1868, el general William Tecumseh Sherman llegó a Bosque Redondo con autoridad para negociar un tratado. Los navajos estaban impacientes y en pocos días llegaron a un acuerdo para volver a su territorio. El 15 de junio, los felices navajos iniciaron la Larga Marcha de regreso a su tierra. El experimento de Carleton de Bosque Redondo para proporcionar felicidad a los indios concluyó.

En 1869, cuando se devolvió el control de los indios de Nuevo México a la Secretaría de Guerra, los Estados Unidos llevaban dos décadas tratando de controlar a los apaches, pero solo unos pocos cientos de los jicarillas supervivientes se habían establecido en una reserva, y únicamente de manera temporal. Después de que los mescaleros huyeran de Bosque Redondo, desaparecieron de la vista durante varios años salvo por pequeños asaltos a rebaños de ciertos ranchos y unas cuantas incursiones a gran escala. En una ocasión,

se apoderaron de más de mil cabezas de ganado que el ranchero John S. Chisum había enviado a Fort Sumner, y se las llevaron a las montañas Guadalupe. Las tropas, de vez en cuando, rastrearon partidas de asalto de mescaleros hasta las Guadalupe, pero no lograron dar con ellos.

Cuando empezó a haber quejas sobre los mescaleros, el agente Lorenzo Labadi escribió desde el abandonado cuartel general de su agencia en Agua Negra que estos se habían comportado pacífica y obedientemente hasta que se había destinado a los navajos a Bosque Redondo, y que los mescaleros no habían cesado de solicitar una reserva aparte. Propuso que los mescaleros y los jicarillas se juntasen en una reserva en Fort Stanton, una solución que no habría agradado a los últimos. Labadi estaba convencido de que los mescaleros jamás regresarían a la reserva de Bosque Redondo. Abogó por un enfoque inteligente del problema apache y finalmente dimitió.

Las agencias de los apaches mescaleros y gila se volvieron a combinar, y el teniente A. G. Hennisee envió mensajeros desde Fort Stanton para contactar con los primeros. Se presentaron cincuenta y uno, sin ningún jefe, para ver qué clase de trato se les iba a conceder. Hennisee tenía poco que ofrecer en concepto de alimentos, ropa o cobijo, por lo que tendrían que proveerse a sí mismos. Sin embargo, a pesar de esto, se sentía optimista.

Las tropas de Carleton habían causado mucho daño a los mimbreños y a los mogollón, a quienes habían expulsado de sus tierras, pero ahora unos cuantos de ellos habían regresado y habían aceptado establecerse en Cañada Alamosa. Algunos mescaleros que se habían unido a ellos con anterioridad les acompañaron a la reserva. A un optimista como Hennisee le parecía que los problemas apaches de Nuevo México estaban, por fin, en vías de solucionarse.

VI

EL CONFLICTO ANGLOAMERICANOAPACHE EN ARIZONA

Los obstáculos geográficos dificultaban aún más que en Nuevo México las campañas contra los indios en Arizona, y a las tropas estadounidenses les llevó muchos años someterles. Como comentó irónicamente un oficial: «Desafío a cualquiera a abrirse camino en este territorio sin ayuda de blasfemias. En multitud de ocasiones [...] he llegado hasta algún maldito cañón rocoso o a resbaladizos precipicios que habrían sido totalmente infranqueables para mí y mis hombres si no hubiésemos echado pestes de nuestra suerte».[1]

Aunque Arizona se convirtió en un territorio separado de Nuevo México en febrero de 1863, Carleton detentó su control militar hasta 1865, y las tropas allí destinadas siguieron cumpliendo sus órdenes. En mayo de 1863, el oficial al mando de Tucson se enteró de la existencia de un campamento de apaches hostiles en el cañón Arivaipa. Ordenó al teniente Thomas T. Tidball que atacara el campamento con una fuerza mixta compuesta por Voluntarios de California y civiles angloamericanos y mexicanos, junto a algunos apaches pápagos y mansos a modo de guías. Viajaron cinco noches y se abalanzaron sobre el campamento por sorpresa al amanecer. Mataron a cincuenta apaches e hirieron a muchos más.

Cuando se descubrió oro cerca de donde no tardaría en fundarse Prescott, Carleton decidió asegurar aquella zona para los mineros rechazando a los fieros apaches tonto y yavapais, cuyas áreas de caza habían sido invadidas. Luego ordenó que se construyera Fort Whipple en el valle Chino. El oficial al mando, el mayor Edward

Willis, llegó a un acuerdo con varios centenares de indios que vivían en las inmediaciones. Advirtió a los funcionarios territoriales que se dirigían a la región de la delicada situación y de la necesidad de no provocar a los indios. A pesar de su aviso, cuando estos funcionarios se toparon con la banda pacífica, su escolta la atacó y mataron a veinte apaches. Esa misma noche, todas las bandas de tonto y yavapais del centro de Arizona se alzaron en pie de guerra.

A principios de 1864, el ranchero King Woolsey lideró tres expediciones punitivas contra los tonto, los yavapais y los pinaleños que habían robado casi todos los animales de la zona de Prescott, así como el rebaño de mulas de Fort Whipple. Woolsey ya había luchado antes contra los apaches y compartía la convicción de los hombres de la frontera de que en la guerra contra los indios todo valía. En una ocasión, mientras él y otros estaban buscando oro, se encontraron su campamento rodeado de apaches. Woolsey se apresuró a mezclar estricnina con pinole, una harina hecha de maíz y granos de mezquite; colocó el mejunje en un fardo sobre un burro y, acto seguido, soltó al animal. Naturalmente, los apaches lo atraparon y se comieron el pinole. Cuando algunos cayeron al suelo agonizantes, los demás se marcharon a toda prisa. Este fue el famoso tratado del Pinole de Woolsey.

Woolsey reunió a veintiocho hombres y mandó a uno de ellos a los poblados pimas para pedirles a estos y a los maricopas que una partida de guerreros se encontrase con él en el río Verde. Muchos mineros ya habían abandonado la región de Prescott por considerarla insegura y Woolsey estaba convencido de que había que controlar a los tonto y a sus aliados si había rancheros o mineros con intención de instalarse allí. Se unieron a Woolsey los pimas, los maricopas, un guerrero yuma y un apache mohave llamado Tonto Jack, pero cuando el rastro les llevó a territorio desconocido, los pimas dieron media vuelta.

Todavía tras la pista del ganado robado, el grupo de Woolsey acampó en el lecho de un arroyo seco.[2] No tardaron en resonar ecos de gritos de guerra por las montañas al tiempo que los tonto y los

yavapais rodeaban el campamento. El apache mohave que acompañaba a Woolsey hizo las funciones de intérprete. Los tonto le dijeron que su grupo no tenía posibilidad de escapatoria y que los matarían a todos. El apache mohave insistió en que Woolsey y los demás eran buscadores de oro y que si entraban en el campamento les darían pinole y tabaco por perdonarles la vida.

Un guerrero enemigo, al reconocer al apache mohave, entró en el campamento para recibir el tabaco y el pinole ofrecidos. Uno a uno, los demás le fueron siguiendo. Cuando Woolsey desenfundó su arma y mató al jefe, esto fue la señal de ataque; a los pocos minutos, veinticuatro yavapais, tonto y pinaleños yacían muertos en el suelo, mientras los demás escapaban heridos.

En otras dos campañas, Woolsey y sus hombres mataron a otros treinta yavapais y tonto, y consiguieron rebajar por un tiempo la presión que vivían los mineros de los alrededores de Prescott. No obstante, el peligro seguía presente y el gobernador territorial John N. Goodwin declaró que «las dificultades con los indios se están agravando seriamente, y a no ser que se tomen medidas importantes, las nuevas regiones mineras tendrán que abandonarse».[3]

La guerra contra los tonto y los yavapais continuó. Una compañía de *rangers* de Arizona mató a veintitrés de ellos a finales de 1865. En la siguiente primavera, los Voluntarios de Arizona acabaron con treinta o cuarenta más en una campaña que partió de Fort Lincoln; las tropas, con apoyo de los pimas, mataron a otros cuarenta y siete en la misma región. Los indios y los colonos del valle Skull se reunieron para mantener una «gran charla». Mientras esta tenía lugar, llegaron las tropas y mataron a treinta y dos apaches.

J. Ross Browne, que había visitado Arizona en 1864 acompañando al recién nombrado superintendente de Asuntos Indios, Charles D. Poston, escribió un comentario de la situación. Las circunstancias que Browne describió eran, al menos en parte, resultado de la hostilidad apache: «Minas sin mineros y fuertes sin soldados son moneda común. Políticos sin política, comerciantes sin comercio,

tenderos sin tienda, carreteros sin carro, y todos sin medios, conforman la masa de la población blanca».[4] Poston solicitó más tropas y una coordinación mejor entre los departamentos militares, y añadió que «pasar de un departamento militar a otro supone casi lo mismo que viajar a un país extranjero».[5]

Los apaches siguieron haciendo del sur de Arizona un lugar peligroso. Browne encontró dos compañías de Voluntarios de California en Tucson, pero, aun así, los apaches se mostraron con todo descaro a apenas cinco kilómetros de la ciudad. Los pápagos, como siempre, hicieron un buen servicio contra los apaches, pero el camino entre San Xavier y Tubac estaba marcado por las tumbas de los que habían muerto a manos de los apaches en los últimos años. El viejo Rancho Calabasas, seis leguas de tierra fértil en el valle de Santa Cruz, pertenecía a Manuel María Gándara, el anterior gobernador de Sonora. Browne se encontró con este cuando iba camino de California. Aunque era propietario de uno de los mejores ranchos de la zona, Gándara era pobre porque los apaches lo habían convertido en inhabitable. Un colonizador, un veterano llamado Pennington, había vivido allí muchos años con diez o doce de sus hijas. Se habían apoderado de su ganado y habían incendiado sus corrales, pero, gracias a que las construcciones de su rancho eran de piedra, había logrado sobrevivir.

El rancho Arivaca, después de ser ocupado, también sufrió la plaga de los apaches. Se puso mucho cuidado a la hora de custodiar los caballos y las mulas al anochecer; los cercaban en un sólido corral con una pesada cadena enrollada en torno a la puerta. Había perros de vigilancia y los vaqueros dormían al lado. Pero, a pesar de estas precauciones, cuatro o cinco apaches desenrollaron la cadena en silencio, abrieron la pesada puerta y se llevaron todos los animales. Cinco vaqueros les persiguieron y cayeron en una emboscada.

Al atravesar el cañón Cocóspera, Browne temía que los apaches le tendieran una emboscada, pero su conductor irlandés se mostró indiferente. En cualquier caso, aseguró, le cortarían la cabellera a él

primero. «¿Por qué?», preguntó Browne. «Porque —respondió, frotándose su espesa mata de pelo— yo no pienso tanto como otros caballeros que andan siempre escribiendo.»[6]

En 1864, el general Carleton puso en marcha la campaña mejor planificada y más exhaustiva que se había desarrollado hasta la fecha contra los apaches de Arizona. Como siempre, sus instrucciones incluían su frase favorita: «Matar a todos los varones». Se debía establecer un nuevo puesto, bautizado en honor del gobernador Goodwin, en el Gila y dotarlo con quinientos soldados de infantería y caballería. Las tropas debían dedicarse a patrullar contra los apaches, peinando el territorio en todas direcciones. En marchas de siete días como mínimo, cada hombre debía cargar con sus propias raciones, que se limitarían a un poco de carne, pan, café, azúcar y sal, además de una sola manta. «Cargar con más cosas — concluía Carleton— supone no dar con los indios.»[7]

Incluso antes de que las tropas hubieran salido al campo, una numerosa banda de apaches se apoderó de la manada de la caballería en Cow Springs, al sudoeste de Nuevo México. El capitán Whitlock salió tras ellos con la caballería y la infantería, aunque el rastro ya tenía una semana. Desde su campamento en Mimbres, Whitlock siguió sus huellas hasta elucidar hacia dónde se dirigían. Luego volvió hacia el norte, en dirección al Gila, y marchó río abajo durante cinco jornadas, mandando exploradores de vez en cuando para comprobar el rastro. Finalmente, localizaron el campamento y lo atacaron. Mataron a treinta apaches y recuperaron los caballos robados.

El inicio de la campaña de dos meses de Carleton estaba previsto para el 25 de mayo de 1864. Pidió al gobernador que, al mismo tiempo, mandase partidas de mineros, y bandas de pimas y maricopas para alertar a los gobernadores de Sonora y Chihuahua y pedirles su cooperación. Incluso antes que se iniciara la campaña, el teniente coronel Nelson H. Davis, que marchaba hacia el norte desde Fort Bowie, descubrió un campamento apache y mató a cuarenta y nueve indios. Los resultados totales de la campaña fueron:

doscientos dieciséis apaches occidentales muertos y muchos más heridos. Capturaron a treinta y los enviaron al refugio favorito de Carleton, Bosque Redondo, pues no les cabía duda de que estarían deseando volver con los suyos para convencerles de que debían trasladarse allí. A pesar de las cifras de muertos y heridos, para muchos la campaña de Carleton en Arizona de 1864 fue una decepción, al considerar el coste y el número de hombres implicados. El gobernador Goodwin explicó que las razones principales del fracaso de la campaña fueron el desconocimiento del terreno por parte de las tropas y la falta de guías competentes.

Años más tarde, en 1889, la compañía minera Walnut Grove reclamó doscientos noventa y dos mil dólares al gobierno porque los apaches habían destruido su mina de Bally Bueno, cerca de Prescott. La compañía manifestó que el gobierno era el responsable porque, en julio de 1864, el general Carleton había asegurado a sus oficiales que ya había «iniciado una campaña contra los indios apaches que tendría como resultado su completa subyugación, y si esto induce a los amigos del Este a unirse a vosotros para construir un molino de cuarzo [...] cerca de Fort Whipple, los militares protegerán al máximo la empresa». En marzo de 1890, un comité de la Cámara de Representantes aprobó la reclamación.[8]

En agosto de 1865, el jefe tuerto Miguel visitó con otros tres coyoteros a Carleton en Santa Fe, a quien pidieron permiso para visitar a los prisioneros de Bosque Redondo. Tras sermonearles sobre los motivos por los cuales los coyoteros debían recoger sus cosas y trasladarse a Bosque Redondo, Carleton les entregó unos salvoconductos para visitar a sus amigos y poder regresar con ellos a su territorio; estaba convencido de que elogiarían las virtudes de la vida en su reserva favorita. Los coyoteros le prometieron que transmitirían a su gente sus recomendaciones, pero, después de visitar Bosque Redondo, es bastante poco probable que considerasen en serio dejar las montañas White de Arizona por aquello.

Al referirse a la hostilidad apache en la Primera Asamblea Legislativa de Prescott, el gobernador Goodwin dijo que no servía de nada especular sobre sus orígenes o acerca de quién tenía la razón de su parte. «Pues con ellos solo se puede adoptar una política. Se debe conducir la guerra contra ellos hasta obligarles a rendirse y a dirigirse a una reserva.»[9] Pero no hubo ninguna reserva aparte para los apaches, ni siquiera cuando quisieron rendirse.

Al final de la Guerra de Secesión, se establecieron cinco divisiones militares, diecinueve departamentos y un montón de distritos a lo largo y ancho de todo el país. Nuevo México era un departamento de la División de Misuri. Arizona se convirtió en un distrito del Departamento de California, que estaba en la División del Pacífico. La Apachería, en su día bajo una dirección única, quedó así dividida en distintas jurisdicciones bajo el mando de dos divisiones: una tenía el cuartel general en Fort Leavenworth, Kansas, y la otra en San Francisco. Esto dio lugar a la duplicación, a la confusión y a una penosa falta de coordinación. Al mismo tiempo, la rivalidad entre las secretarías de Guerra y de Interior por el control de los indios veía su fiel reflejo en la mezquindad y en las discusiones entre los funcionarios y los agentes indios. Ya había sido bastante complicado arreglárselas con los apaches cuando las tropas actuaban bajo un solo mando unificado, así que dividir el mando no hizo más que agravar los problemas y demorar la solución. Incluso fue mucho peor, pues seguía sin haber una «política apache» que no fuera el exterminio.

Poco después de este cambio jurisdiccional, se autorizó a un regimiento de Voluntarios de Arizona para que actuara contra los apaches. En otoño de 1865 se organizaron trescientos cincuenta hombres en compañías compuestas por individuos con antepasados mexicanos, pápagos, pimas y maricopas. Tras un año de duro servicio y de negligencia por parte del gobierno, se pusieron en marcha. Su éxito quedó reflejado en el comentario del general Mason, según el cual «las tropas nativas, pápagos, pimas, mexicanos y también algunos voluntarios de nuestra raza, han sido

más efectivas en la guerra india que un número de tropas regulares dos o tres veces mayor».[10] En el año que estuvieron de servicio, mataron o capturaron a cien apaches, a pesar de que los voluntarios, originarios de regiones cálidas, habían sido enviados a altitudes elevadísimas en mitad de un severo invierno, de que la mayor parte de ellos iban descalzos y a medio vestir, y de que todos estaban mal alimentados.

Fueron más los apaches que los estadounidenses humanitarios quienes finalmente llevaron al gobierno a considerar otra política que no fuera la del exterminio. En marzo de 1865, los apaches, medio muertos de hambre, se dirigieron a Camp Goodwin y le pidieron al mayor James Gorman que les permitiera rendirse, diciéndole que ya no podían aguantar más. Este no podía desear nada mejor, pero no contaba ni con las provisiones necesarias para alimentarlos ni con suficientes carromatos para trasladarlos a otro lugar; además, tampoco tenía otras instrucciones que no fueran las de luchar contra ellos. Lo único que pudo hacer fue decirles que se marchasen libremente hasta que él recibiera nuevas órdenes. Sin embargo, los apaches se quedaron en el puesto y se les fueron uniendo más indios, hasta que hubo un total de novecientos acampados en las proximidades.

Después de la Guerra de Secesión, se construyeron puestos en Arizona, que se trasladaron, se abandonaron y se rebautizaron, mientras que la amenaza apache fluctuaba y se trasladaba de una región a otra. En mayo de 1865, nombraron jefe del distrito de Arizona al general John S. Mason, quien se recorrió el territorio en compañía del gobernador Goodwin. A Mason le pareció que todos los ranchos que había al sur del Gila habían sido abandonados, y que Tubac seguía sin ocuparse. Las condiciones al norte del Gila no eran mucho mejores: todos los ranchos habían sido abandonados menos dos, y solo unas pocas carreteras eran seguras. Mason vio claro desde el primer momento que los dos mil ochocientos soldados

destinados a Arizona eran demasiado pocos para la enorme tarea pendiente. Había asimismo una escasez crucial de oficiales, pues algunos puestos contaban solo con uno.

A ojos de Mason, la única esperanza para la paz era ocupar las regiones en que los apaches tenían refugios para sus mujeres y niños y en los que escondían sus reservas para el invierno. La destrucción de esos campamentos y almacenes a mitad del invierno obligaría a los apaches a rendirse. Sin embargo, Mason no pudo llevar a efecto sus planes debido a las demoras a la hora de recibir los víveres, a la excepcional severidad de la temperatura y a multitud de otros obstáculos. Ordenó la construcción de Fort McDowell en el río Verde, cerca de su afluencia con el Salt, y reabrió Fort Breckinridge (o Stanford) en el San Pedro, rebautizándolo como Camp Grant. Río arriba estableció Camp Wallen, que se abandonaría tras la construcción de Camp Crittenden en una colina con vistas al insalubre miasma donde antes se alzaba Fort Buchanan. Camp Lincoln, en el Verde, se rebautizó como Camp Verde en 1868, el mismo año en que se erigió Camp Crittenden. A los fuertes de Arizona se les dotó con guarniciones de Voluntarios de California hasta el año 1866, cuando fueron sustituidas por tropas del Primer y el Octavo Regimientos de Caballería, más veinte compañías del Noveno, Decimocuarto y Trigésimo Segundo Regimientos de Infantería.

Los apaches llegaron a Fort McDowell y a Camp Lincoln en 1865 en son de paz, pero no se les pudo acomodar en ninguno de los puestos. Entonces se les dijo que se dirigieran a Camp Goodwin, pero se negaron señalando que los indios que vivían allí eran sus enemigos. En espera de instrucciones, se les permitió quedarse en McDowell, pero con la condición de que se dedicaran a sembrar y se abstuvieran de guerrear contra los angloamericanos, los pimas y los maricopas. Fue una época crítica: el número de tropas en Arizona se pudo haber incrementado y también se pudieron haber establecido

reservas para los apaches, pero no se hizo nada de eso. En su lugar, trasladaron al general Mason y el mando se dividió en un distrito al norte y otro al sur para complicar aún más las cosas.

Uno de los pocos angloamericanos que estableció relaciones amistosas con los apaches en la década de 1860 fue Thomas J. Jeffords, que llegó a Arizona en 1862 con despachos del general E. R. S. Canby a Carleton. Jeffords se quedó en Arizona, donde tuvo encuentros tanto hostiles como amistosos con varios apaches. Durante un tiempo, estuvo a cargo del correo entre Fort Bowie y Tucson; en los dieciséis meses que ocupó ese puesto, los apaches mataron a catorce de sus carteros. Jeffords dimitió al final porque el gobierno fracasó a la hora de proteger a sus hombres. Luego se dedicó a la prospección, una actividad que en Arizona era extremadamente peligrosa.

Jeffords esperaba reducir los riesgos mediante un golpe de audacia, encontrándose cara a cara con Cochise en su propio territorio. Había conocido a algunos apaches (no solo los que le habían dejado cicatrices) y hablaba su lengua, aunque no con demasiada fluidez. Un amigo apache le condujo junto al refugio de Cochise en las montañas Dragoon y emitió unas señales de humo para informar a los chiricahuas de que un mensajero que viajaba solo se aproximaba en misión de paz.

Aunque algunos hombres lo habrían considerado una empresa temeraria, Jeffords entró cabalgando solo en el baluarte chiricahua y le dijo a Cochise que deseaba dejar sus armas con el jefe mientras conversaban. Atónito al ver a un hombre blanco haciendo gala de tal valor, Cochise aceptó. Jeffords se quedó con él varios días; descubrió que el chiricahua era un hombre de gran inteligencia y talento, y ambos entablaron una firme amistad. Cochise, como los apaches en general, despreciaba a los mentirosos y se mostraba ante todo sincero y franco. Le prometió a Jeffords que jamás le molestaría un chiricahua, y así fue.

Como los problemas apaches no cesaban, para los pápagos y los angloamericanos se hizo imperativo continuar cooperando para su supervivencia. En 1865, los pápagos acordaron mantener una fuerza de ciento cincuenta hombres a caballo que se uniría a los angloamericanos en las campañas contra los apaches. Para la mayoría de los angloamericanos, los pápagos eran los «mejores» indios de Arizona; no obstante, se distinguía entre los pápagos «civilizados» de San Xavier del Bac y los «nómadas» que vagaban hacia el oeste por el desierto.

Aunque el gobierno empezó a nombrar agentes para los pimas y los maricopas en 1859, los hombres elegidos estaban excesivamente involucrados en el comercio y se esforzaron poco en crear escuelas o ayudar a los indios en otros aspectos. En 1869, cuando nombraron agente al capitán Grossman, este llevó a cabo el primer intento sincero de iniciar un programa de ayuda a aquellos indios amistosos. Estableció el cuartel general de la agencia en Sacatón y empezó a controlar a los comerciantes. Los pimas habían reclamado la tierra en torno al Gila, ciento setenta y cinco kilómetros al oeste de donde posteriormente se ubicaría la ciudad de Florence, pero el gobierno pretendía asignarles una reserva de solo doscientos cincuenta y nueve kilómetros cuadrados, o incluso menos. Grossman apoyó la solicitud de más tierra para los pimas y logró que la reserva se extendiera hasta los quinientos cuarenta y siete kilómetros cuadrados. Fue un incremento sustancial, pero muy lejos de lo que los pimas tenían derecho a reclamar. Los angloamericanos ya se habían apropiado de vastas extensiones de tierras pimas, pero como estos siempre habían tenido buenas relaciones con los estadounidenses, el gobierno no estableció un acuerdo formal con ellos; en consecuencia, no pudieron contar con un tratado para apoyar sus protestas.

El rincón del noroeste de la Apachería era territorio hualapai o apache-yuma. En 1866, William H. Hardy, que vivía en el Colorado, cerca de Fort Mohave, llegó a un acuerdo con los hualapais para que no atacasen sus caravanas de mercancías. A cambio le dio un papel

al jefe Wauba-Yuba que podría enseñar a otros blancos amigos suyos. Pero cuando WaubaYuba le presentó aquel documento a Sam Miller, que había acampado en Beale Springs (en las proximidades de la actual Kingman), el resultado no fue el que el jefe esperaba. Su intención era la de comerciar para obtener víveres y ganado, pero Miller había oído que los hualapais habían matado hacía poco a un prospector y no se fiaba de ellos. Su breve charla concluyó cuando Miller alzó su rifle y mató a Wauba-Yuba.

A Miller le arrestaron más tarde en Fort Whipple acusado de asesinato, pero el gran jurado de Prescott le absolvió con un «voto unánime de agradecimiento». La mayoría de los mineros y prospectores tenía pocos motivos para darle las gracias, pues en represalia murieron a docenas y las operaciones mineras de la zona prácticamente tuvieron que cesar. La repentina guerra involucró a todo el noroeste de Arizona, pero las atrocidades procedían, sin duda, de una de las partes. Como escribiría más adelante Charles Spencer refiriéndose a la batalla con los hualapais de 1868, «yo no culpo a los indios tanto como mucha gente cree que debería hacer. Para ellos eran tiempos de guerra, y los blancos habían matado a sus hombres, mujeres y niños, así que, ¿por qué no iban a desquitarse? [...] además, yo vi cómo mataban a algunos de sus niños después de haberlos hecho prisioneros».[11]

La presión constante sobre los hualapais les obligó a rendirse en agosto de 1868. Entregaron sus armas y aceptaron trasladarse al río Colorado y permanecer en son de paz. Sin embargo, el ambiente abrasador e infestado de enfermedades del río demostró ser intolerable y, en 1875, huyeron a las montañas, donde, al final, se estableció una reserva permanente para ellos.

Los angloamericanos de los alrededores de Prescott dieron a los yavapais y a los demás indios muy pocas posibilidades de vivir en paz. Aun cuando muchos de ellos trabajaban para los rancheros y colonos, nunca estuvieron del todo a salvo de los ataques indiscriminados de quienes odiaban a los indios. El ejército también atacó a bandas pacíficas, y asesinó a mujeres y niños, hasta que los

yavapais quedaron sumidos en la más sombría desesperación. Entonces, sus asaltos a los angloamericanos llegaron a cobrar tal intensidad que en verano de 1865 parecía que toda la parte central de Arizona estaba a punto de perderse.

J. W. Leihy, superintendente de Asuntos Indios en Arizona, vio la necesidad de alejar a las bandas apaches de las proximidades de los asentamientos del centro de Arizona. Con la ayuda de los jefes amistosos de los yavapais y los mohaves, convenció a unos ochocientos yavapais para que se instalasen en la reserva yuma del río Colorado. Este traslado alivió en buena medida la presión que sentían tanto las tropas como los ciudadanos, y el comercio, que anteriormente se había cortado de raíz, comenzó a reavivarse.

En 1866, la situación del oeste de Arizona era peor que nunca, pues los yavapais no estaban en absoluto satisfechos con la reserva del río Colorado y habían regresado a las montañas del centro de Arizona. Aparentemente, intentaron no volver a realizar incursiones, pero como los ciudadanos les atacaban cada vez que surgía la oportunidad, ya fuesen amistosos u hostiles, no les quedó más opción que vengarse; y de nuevo tuvieron que suspenderse los desplazamientos al oeste de Prescott. Las tropas que siguieron su rastro destruyeron sus campamentos y sus víveres, incrementando de este modo su necesidad de seguir con los asaltos y el pillaje. Al final, a causa de la persistente persecución, alrededor de novecientos apaches tonto y yavapais se establecieron en Camp Goodwin.

En el sur de Arizona, el coronel Guido Ilges, de Camp Grant, siguiendo las instrucciones del coronel Charles S. Lovell, firmó un tratado de paz con los arivapais y con algunos tonto y pinaleños que estuvieron de acuerdo en aceptar una reserva. Pero el general McDowell, jefe del Departamento de California, que estaba decidido a que los apaches se arrodillaran antes de firmar con ellos un tratado, encontró que aquel acuerdo era «irregular, imprudente y embarazoso», y reprendió a los dos oficiales por haberlo firmado.

Les dijo que las condiciones de paz debían ser forzadas de manera estricta; cualquier indio que se encontrase fuera de la reserva debía considerarse hostil.[12]

A principios de 1867 pusieron al general J. I. Gregg al mando del distrito de Prescott y la zona alta del Colorado, con instrucciones de evitar que se repitieran las hostilidades del año anterior. McDowell le instruyó para mantener a sus tropas en movimiento en el área en conflicto y llevar a cabo una campaña agresiva. Gregg se mostró de acuerdo con sus órdenes y proclamó que todos los apaches o indios del río Colorado que se encontraran fuera de la reserva serían tratados como hostiles, incluso aunque llevaran salvoconductos de los agentes indios. McDowell decidió, sin embargo, que atacar a indios amistosos, a quienes se había concedido permiso para cazar porque el Congreso se había negado a proporcionarles víveres, era llevar la guerra de agresión demasiado lejos. Reprendió a Gregg por iniciar guerras contra indios que claramente deseaban la paz y le ordenó que modificara sus instrucciones. Una vez que Gregg tuvo autorización para alimentar a los indios que se rindieran, se pasó a los métodos pacíficos.

Al mayor Roger Jones, que había prestado servicio en Arizona entre 1857 y 1858, se le envió a realizar una investigación exhaustiva de las condiciones del lugar. Encontró que la situación era mucho peor que una década antes. Hizo una serie de sugerencias, entre ellas la de convertir a Arizona en un departamento aparte para eliminar los costosos retrasos a la hora de comunicarse con el cuartel general de San Francisco, concentrar las tropas en menos puestos y proporcionar monturas a la infantería para que tuviera una mayor movilidad.

El general McDowell disintió. Dijo que todas las recomendaciones de Jones ya se habían tratado de llevar a cabo antes y habían fracasado. McDowell argumentaba que no había alianzas entre bandas y que todos los hostiles vivían en lugares remotos e inaccesibles; los grandes escuadrones de tropas no podrían moverse con la suficiente rapidez y discreción para resultar efectivos. El

territorio no era, como apuntaba Jones, más inseguro que nunca, pues había menos hostilidades y lugares que proteger. Nada podía ganarse de montar a la infantería y, con las limitadas fuerzas disponibles, la concentración de tropas en puestos más grandes significaría dejar desprotegidos muchos asentamientos pequeños. Lo que sí recomendaba McDowell era el envío a Arizona de un regimiento de caballería adicional, y uno o dos más de infantería, y que se alistara a doscientos indios para ejercer de exploradores. «Los oficiales —explicó— son unánimes con respecto al valor y la utilidad de estos guías en campaña.» El general consideraba inútil negociar con los apaches; no quedaba más alternativa que perseguirles sin cuartel «hasta destruirles completamente u obligarles a entregarse como prisioneros de guerra». Concluyó con una pregunta que aún no se había respondido: «¿Qué debe hacerse con estos indios cuando se les captura o se entregan como prisioneros de guerra?».[13]

A principios de 1868, el general Thomas C. Devin pasó a ser director del subdistrito de Prescott, con órdenes del general Ord de «capturar y acabar con los apaches de cualquier modo, de darles caza como se haría con un animal salvaje».[14] Devin emprendió una serie de campañas contra los apaches y envió tropas para expulsarles de la zona del borde oriental de la cuenca del Tonto. Planeó invadir esta misma, pues se creía que los asaltantes llevaban hasta allí el ganado robado antes de comerciar con él con los angloamericanos de las zonas de Fort McDowell y Camp Reno. Al mismo tiempo, organizó una conferencia con el jefe de los tonto Delshay (Gran Trasero), en la que les ofreció la paz si permanecían dentro del área limitada por los ríos Verde y Salt y la Black Mesa. Delshay se fue con su banda a vivir a Camp Reno, donde recolectaron heno para el contratista del puesto y sirvieron como mensajeros y guías. Debido a que sus cuarenta y seis patrullas habían matado solo a treinta apaches y no habían capturado más que a siete, Devin se convenció de que la única manera de someter a los apaches era abrir senderos hasta el corazón de sus refugios favoritos. Cuando los apaches que vivían en

Camp Goodwin se negaron a entregar a conocidos «asesinos» y a prometer que estaban dispuestos a establecerse allí de manera permanente, Devin mandó eliminar aquella reserva temporal, una acción cuyo único logro fue prolongar la guerra.

En Camp Grant, el general T. L. Crittenden llegó a un nuevo acuerdo con los apaches que estaba llamado a reemplazar al que ya había hecho con ellos el coronel Ilges en 1866. Pero sus condiciones eran severas e inaceptables, y después de que les entregaran sus raciones, los apaches huyeron a las montañas.

En 1868, enviaron al capitán Charles A. Whittier para que hiciera otra nueva inspección de Arizona. Estuvo de acuerdo en que alimentar a los apaches era esencial en el caso de que se decidiera no exterminarles, pero insistió en que mantenerlos como «prisioneros indios» era ilegal. Reconoció que las bandas pacíficas estaban desprotegidas y expuestas a la venganza de la gente de la frontera, y que el gobierno no había hecho nada concreto para resolver el problema apache.

Todas las compañías militares de Arizona contaban con pocos efectivos, pero sus ruegos para que enviasen más soldados no obtenían respuesta. Se mandaban muchas patrullas, pero estas parecían actuar más a la defensiva que a la ofensiva. A finales de 1868, los problemas indios volvieron a cobrar gravedad cuando el gobernador suplente H. H. Heath les dijo a los ciudadanos que se hiciesen cargo localmente de su propia protección. Este requerimiento se realizó para animar la matanza indiscriminada de indios, ya fueran pacíficos o no. La medida no tardó en hacerse efectiva contra los yavapais que habían abandonado el Colorado para escapar de las epidemias de tos ferina y escarlatina. Mediante artimañas convocaron a diez jefes amistosos a una reunión con la única intención de asesinarlos, una acción que puso fin a cualquier gesto pacífico. El juez federal H. H. Carter se negó a tomar medidas contra los asesinos y las partidas de asalto de los yavapais se dedicaron a matar angloamericanos allá donde los encontrasen.

El general Halleck, al mando de la División del Pacífico, informó al secretario de Guerra de que no podía hacerse nada con respecto a los ataques sin dos regimientos adicionales y un incremento sustancial en el número de guías indios. También señaló la necesidad de convertir Arizona en un departamento independiente. El secretario de Guerra no emprendió ninguna acción inmediata.

La política de inacción continuó en 1869, cuando las condiciones eran peores que nunca. Los yavapais habían vuelto a interrumpir la posibilidad de viajar por la zona occidental de Arizona acabando con la vida de cien angloamericanos o más. En el sur, casi todos los colonos de la región del San Pedro habían sido asesinados o expulsados. Aún en su informe anual de 1869, el general Ord aseguraba que sus órdenes de «capturar y acabar con los apaches [...] y darles caza como [...] a un animal salvaje» se habían cumplido con «un vigor implacable». Tras muchos días en sus monturas, los soldados habían incendiado varios campamentos, destruido víveres, recuperado algunos caballos y mulas, y capturado a dos hombres y a unas cuantas mujeres y niños. Habían matado a más de doscientos indios y, pese a haber perdido a un montón de soldados, Ord se mostraba optimista. «Creo —escribió— que los apaches han descubierto que se están llevando la peor parte.»[15]

Ord podía estar satisfecho, pero las hostilidades no se habían interrumpido, y los apaches aún no estaban convencidos de estar «llevándose la peor parte». Entre junio de 1868 y julio de 1869, acabaron con más de cincuenta angloamericanos solo en el condado de Pima, y al año siguiente matarían casi a otros tantos.

Como Estados Unidos solo tenía una política apache (la del exterminio), a los apaches que estaban hartos de la guerra no les quedaba más remedio que continuar luchando. Su crítica situación puede verse a pequeña escala en la expedición que realizó el coronel John Green, del Primero de Caballería, a las montañas White en 1869, en el curso de la cual sus hombres mataron a unos cuantos coyoteros, además de destruir sus campamentos y sus provisiones. Su principal propósito era localizar un lugar para establecer una

reserva adecuada, pero se enteró de la existencia de un campamento de apaches amistosos a unos cincuenta kilómetros al norte y envió un destacamento bajo el mando del capitán Barry para que lo investigara. Si los informes eran falsos, Barry debía atacar.

El jefe Miguel, que pertenecía a aquel campamento, condujo a Barry y a sus soldados hasta el lugar. Había banderas blancas ondeando en la zona superior de todos los wickiups y los apaches se mostraron pacíficos, cortando maíz para los caballos de los soldados y dando muestras de alegría al ver a las tropas. Fueron tan amistosos, informó Barry, «que los oficiales coincidieron al decir que si hubiesen abierto fuego contra ellos habrían sido culpables de asesinato a sangre fría». La gente de Miguel rogó una reserva y pidió protección. Pero Barry no tenía instrucciones sobre los apaches pacíficos; lo único que podía hacer era decirles que se dirigieran a Camp McDowell y se entregaran.[16] El coronel Green informó a sus superiores de que los coyoteros, si se les trataba adecuadamente y se destacaba un puesto militar para protegerles, podrían constituir el núcleo de la civilización de todos los apaches.

En su informe, el general Ord indicó el motivo por el cual las hostilidades apaches se mantenían vivas aun cuando los indios estaban cansados de luchar y deseaban la paz a cualquier precio. «Casi el único negocio rentable que tienen los habitantes blancos en este territorio —escribió— es proveer a las tropas [...] y he sido informado [...] de que si los intendentes y pagadores del ejército interrumpen sus pagos a Arizona, una gran mayoría de los colonos blancos se verá obligada a irse. Las hostilidades continúan, por tanto, con la idea de mantener a los habitantes allí [...].» Los angloamericanos provocaban constantemente a los indios y, acto seguido, solicitaban más tropas. Los colonos también animaban a los soldados para que desertaran, pues cada hombre se llevaba consigo un buen caballo y un rifle de repetición, que podían vender a un civil por aproximadamente una tercera parte de su valor.[17]

Joseph Fish, un pionero de Arizona, confirmó las aseveraciones de Ord al afirmar que los contratistas abandonaban el territorio en cuanto acumulaban suficiente dinero. «A la gente se le ha enseñado a oponerse a las agencias donde los apaches trabajan y se les alimenta. Temen que eso reduzca la presencia de fuerzas militares [...] y pueda llevar a un estado de guerra inactivo.»[18] Como todo buen ciudadano sabía, no se podía sacar ni un centavo de un estado de guerra «inactivo».

Por estos motivos, Ord favoreció una reducción del número de tropas en Arizona, aunque 1869 no fuera un año apropiado para disminuir la fuerza militar en la Apachería. En conclusión, expresó un entendimiento de la situación, al tiempo que una cierta simpatía por los indios:

> Los apaches tienen muy pocos amigos y, creo, ningún agente. Incluso los oficiales, cuando acuden a ellos en busca de información, no pueden decirles lo que tienen que hacer. No parece haber ninguna política establecida, sino [únicamente] una idea general de matarlos dondequiera que se les encuentre. Yo creo en eso, si optamos por el exterminio, pero pienso, y la mayoría de los oficiales que me acompañan en la expedición sostienen mi opinión, que si a Miguel y a su banda se les destina a una reserva administrada adecuadamente, y cuentan con un puesto militar para su protección, contaremos con los elementos indispensables para la civilización de los apaches [...]. Incluso creo que si se trata de un modo apropiado al apache, este podrá ser utilizado contra el apache, y así dar por concluida la guerra en muy poco tiempo. Miguel dijo que tenía soldados y que los pondría a mi disposición siempre que se los pidiera.[19]

Ord también tenía mucho que decir sobre las actitudes angloamericanas con respecto a los indios en general (se les consideraba «alimañas que había que matar en cuanto se topase uno con ellas»). Por consiguiente, «los ataques contra bandas pacíficas y su posterior asesinato, las cuales en algunos casos habían acudido a ayudar en la persecución de salvajes hostiles, no eran en absoluto inusuales en Arizona». Las autoridades civiles no hicieron nada contra aquellos hombres. Por lo tanto, Ord concluía: «Las

reservas, para que estén a salvo de tales ataques en ese territorio, deben ser zonas prohibidas para todos los hombres blancos, con excepción de las tropas que se destinen a vigilar y proteger a los indios, y de los funcionarios de la Oficina de Asuntos Indios».[20]

En octubre de 1869, una partida de guerra apache atacó una diligencia cerca de Dragoon Springs, en el sur de Arizona, y mataron a los pasajeros y a su escolta militar. La misma partida se apoderó luego de un rebaño de vacas que se hallaba de camino a California. Las tropas de Fort Bowie recuperaron el ganado y descubrieron el baluarte apache, pero fracasaron a la hora de abrirse camino a la fuerza hasta allí. El capitán Reuben F. Bernard[21], al mando de Fort Bowie, recibió refuerzos de Camp Crittenden y Camp Goodwin, y volvió a atacar el baluarte. Las tropas mataron a un montón de apaches en cada uno de los intentos, pero estas campañas y muchas otras que se desarrollaron a lo largo de aquel año, tuvieron escaso efecto en su objetivo de poner freno a los asaltos apaches.

Al no haberse concebido aún una política constructiva para tratar a los apaches de Arizona, los oficiales del ejército se encontraron, casi por accidente, alimentando y protegiendo a los indios que se entregaban en algunos puestos militares. Como no eran capaces de matar a los apaches que se entregaban voluntariamente a su misericordia, los oficiales les entregaban raciones o medias raciones y escribían apresuradamente a sus superiores en espera de instrucciones.

Cuando el presidente Grant asumió el poder en 1868, muchos antiguos abolicionistas empezaron a ocuparse del tema de los derechos de los indios. Además, Grant estaba deseoso de intentar métodos menos destructivos para pacificar y controlar a las tribus salvajes. En 1869, una delegación de cuáqueros presentó un memorial en que se le urgía a introducir políticas nuevas y positivas para proteger y civilizar a los indios a través de la educación. Grant, que siempre se mostró compasivo con los indios, fue receptivo y se dirigió a los cuáqueros para que le aconsejaran. Lo que surgió de

aquellos planteamientos fue su célebre «política de paz». A través de ella, eran los grupos religiosos los que nombraban a los agentes indios, mientras el ejército quedaba restringido a un papel pasivo.
A principios de 1869, el Congreso autorizó la creación de un Departamento de Comisionados Indios para ejercer un control, a medias con el secretario de Interior, sobre el desembolso de fondos para los indios, una acción que reflejaba claramente la desilusión con respecto a la conducta y el inventario de la Oficina de Asuntos Indios. El departamento iba a estar compuesto por ciudadanos distinguidos, «destacados por su inteligencia y su filantropía», quienes corregirían los abusos que se habían llevado a cabo en el desempeño del servicio indio. Entre los deberes del nuevo departamento se encontraban la supervisión de la adquisición y el transporte de los víveres anuales y el control de las cuentas del Departamento Indio, pues era justo en esas áreas donde ocurrían todas las irregularidades.
Poco después de la creación de este departamento, su secretario, el idealista cuáquero Vincent Colyer, viajó a Arizona para conferenciar con los líderes apache y navajo. Estos encuentros convencieron a Colyer de que los apaches deseaban genuinamente la paz, pero que solo se les había ofrecido la guerra hasta el momento. La gente del Este coincidía en afirmar que las guerras apaches eran tan vanas como costosas; ardían en deseos de ver cómo la política de paz de Grant ofrecía un trato justo a los indios. La política de exterminio se había seguido durante mucho tiempo y a un coste muy alto, tanto en vidas humanas como en fondos del gobierno. Había llegado el momento de un cambio. Por su parte, el general Sherman concluyó que la ocupación angloamericana del sudoeste había sido prematura. «El mejor consejo que le puedo ofrecer —le dijo al secretario de Guerra W. W. Belknap— es que se notifique a los colonos que se vayan y, acto seguido, retirar las tropas y dejar el territorio a sus habitantes aborígenes.»[22]

VII

LOS APACHES Y LA POLÍTICA DE PAZ

Los años 1870 y 1871 marcaron un punto de inflexión importante para los apaches de Arizona y, en menor medida, para los de Nuevo México. En primer lugar, la política de paz del presidente Grant, creada el año anterior, estuvo bien publicitada y, al menos durante un tiempo, se interrumpió la política de exterminio. El control militar de los indios, que fue restablecido en 1869, se dio por concluido. En abril de 1870, la Secretaría de Guerra ordenó que Arizona y el sur de California pasaran a ser un departamento de la División del Pacífico, lo que facilitó enormemente la coordinación de las campañas militares contra los apaches, aunque Nuevo México se mantuviera en la División de Misuri. Durante aquel mismo período, también tuvo lugar la masacre de Camp Grant, lo que aceleró la gestión para extender la política de paz a los apaches. Y, finalmente, en junio de 1871, al mayor general George Crook se le cedió el mando del Departamento de Arizona. Cada uno de estos cambios causaría un poderoso impacto en los apaches.

Cuando se estableció el Departamento de Arizona, el general George Stoneman pasó a ser su jefe y el cuartel general se instaló en Fort Whipple. Este cambio tenía que haberse llevado a cabo tiempo atrás, pero llegó en un momento en que el Congreso estaba especialmente economizador y había reducido los fondos para el ejército obligándole a restringir toda actividad militar. En muy pocos meses, los ciudadanos de Arizona denunciaron duramente a Stoneman por inactividad, por permitir que los puestos militares sirvieran como «centros de alimentación» para los apaches que se entregaban y por

fracasar en el exterminio de los apaches. La gente del Este, por otro lado, entusiasmada con la política de paz, criticó a Stoneman por su excesiva crueldad afirmando que atacaba a todos los apaches por las faltas de unos pocos. En Arizona, Stoneman también fue criticado por reducir drásticamente el número de empleados civiles y por cancelar los contratos fraudulentos o insatisfactorios. Debe apuntarse que Stoneman mantuvo en campaña a todas las tropas que le permitieron los fondos, pero con escasos resultados.

La lucha contra Cochise fue mal; el teniente Howard B. Cushing, del Tercero de Caballería, estaba decidido a matar al jefe chiricahua, pues creía que solo así se podría poner fin a esta guerra. La Compañía F de Cushing se estacionó en Camp Grant, el puesto establecido cerca de la desembocadura del río Arivaipa en el San Pedro. Desde un punto de vista estético, Camp Grant tenía poco que ofrecer: el capitán John Bourke lo llamó «el puesto más dejado de la mano de Dios» y su opinión era válida, pues había estado destinado en la mayor parte de los demás. A Cushing se le tenía por un oficial «gallardo», lo que significaba que era intrépido hasta rozar la temeridad, y no dudaba en poner en riesgo tanto la vida de sus hombres como la suya propia. Su Compañía F, según Bourke, había matado a más apaches que cualquier otra; y él consideraba a Cushing como uno de los valientes de América.[1]

En mayo de 1870, los apaches saquearon una caravana en la carretera que unía Tucson con Camp Grant, y Cushing recibió instrucciones de perseguirles y castigarles. Con un explorador de origen alemán, Joe Felmer (que estaba casado con una mujer apache), y Durán, un apache manso, abriendo camino, siguieron el rastro de los asaltantes hasta llegar al río Arivaipa y la cabecera del San Carlos, donde la pista desaparecía. Durán, no obstante, conocía los métodos de los apaches y no tardó en volver a dar con el rastro, conduciéndoles de vuelta hasta el lugar en que se unían los ríos San Pedro y Gila, a unos quince o veinte kilómetros de Camp Grant. El rastro vadeaba el Gila y penetraba en las montañas Pinal. Cushing y sus hombres marcharon toda la noche y rodearon el campamento

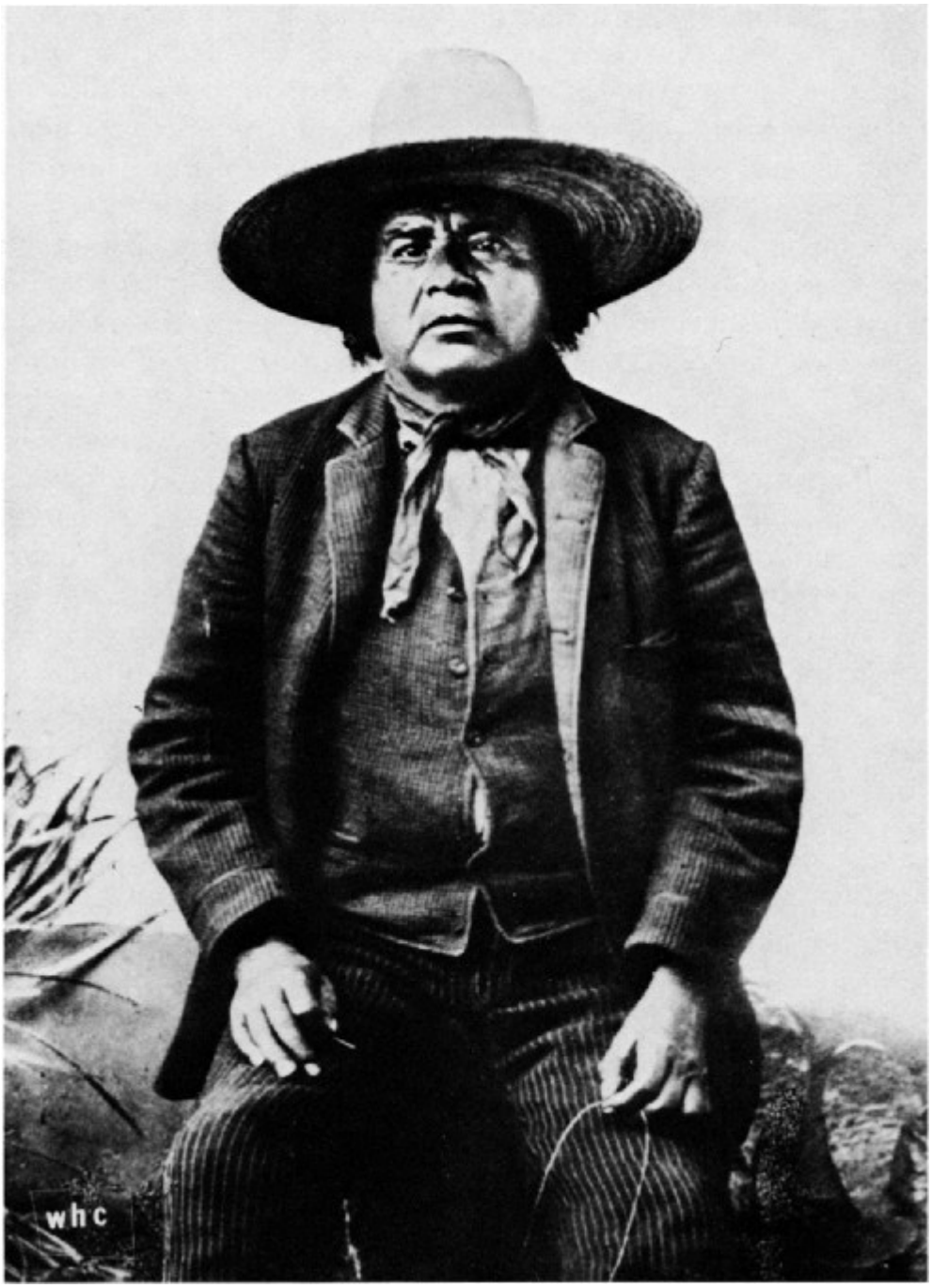
apache antes del amanecer. Cuando los apaches empezaron a ponerse en movimiento, las tropas abrieron fuego y mataron a treinta de ellos. Esta partida de asalto de los pinaleños, que regresaba de México, se había topado por casualidad con aquella caravana. Después de saquearla habían cubierto bien sus huellas, confiando en que ningún angloamericano podría dar con ellas, pero no habían considerado la posibilidad de que les rastreara un apache.

Como las hostilidades apaches se volvían cada vez más graves en el sur de Arizona, el teniente Cushing se trasladó a Fort Lowell y ordenó entrar en combate contra los apaches allí donde se les encontrara. Así, se le brindaba la oportunidad esperada para ir a por Cochise. Con dieciséis soldados rasos, un sargento y un carretero civil, se puso camino al sur hacia Camp Crittenden, el antiguo Fort Buchanan. Desde allí, se dirigieron al rancho de Pete Kitchen, quien les guió a través de las montañas. Tras dejar a Cushing y a sus hombres, Kitchen descubrió que una partida de guerra apache les había estado siguiendo y quemó el pasto a modo de advertencia.

Pero el grupo siguió avanzando hacia el interior de las montañas Huachuca. donde dieron con el rastro de una mujer y un poni que se dirigían a Bear Springs. No tardó en hacerse obvio que la mujer había ido dejando ese rastro a propósito. Cushing ordenó a sus hombres que salieran inmediatamente del cañón, escapando así por los pelos de una partida de guerreros apaches que se estaba preparando para cortarles la retirada.

Entonces les atacó una numerosa partida de guerra apache armada con rifles de retrocarga, aparentemente en un intento de capturarles vivos. Cushing hizo retroceder a tres hombres para que se hicieran cargo del carromato de víveres y ordenó a los demás que siguieran avanzando. El sargento John Mott, al ver a tan pocos hombres enfrentándose a unas opciones tan abrumadoras, le preguntó a Cushing si creía prudente seguir avanzando; el carretero civil urgió encarecidamente al teniente que retrocedieran. Pero Cushing se

mofó de sus miedos, y con el sargento, el carretero y cinco soldados rasos, continuó marchando contra un número desconocido de apaches armados hasta los dientes.
No habían avanzado mucho cuando las balas apaches respondieron a la cuestión planteada por Mott, pues tanto el teniente Cushing como el civil cayeron muertos. El sargento Mott quedó al mando y se las arregló para conducir al resto de los soldados de regreso y a salvo a Camp Crittenden. Se cree que el apache que dirigió el ataque fue Juh (un nombre que a veces se pronuncia fonéticamente como algo parecido a «Whoa»), jefe de los apaches nednhi de Sierra Madre.
En Washington, mientras tanto, el comisionado de Asuntos Indios Ely S. Parker, ingeniero séneca que había servido como edecán de Grant durante la Guerra de Secesión y que había redactado los términos de la rendición en Appomattox, les había pedido a los cuáqueros una lista de hombres que considerasen cualificados para servir como agentes indios. El plan de Grant para instaurar su política de paz consistía en nombrar oficiales del ejército para el servicio indio en todas partes, salvo en dos superintendencias y en siete agencias, de las cuales se harían cargo los hombres que recomendaran los cuáqueros.
El Congreso, urgido por quienes albergaban la esperanza de aprovecharse de los nombramientos de agentes indios, se negó a permitir que Grant utilizase hombres del ejército como agentes. Para contrarrestar este movimiento, Grant se volvió hacia otras confesiones religiosas y les cedió el derecho de nombrar agentes para determinadas reservas. A la Iglesia reformada holandesa, por ejemplo, se le autorizó a elegir agentes para las reservas apaches de Arizona. No obstante, el sistema no tardó en probar ser menos efectivo de lo esperado, pues pocos de los agentes seleccionados sabían algo acerca de los indios. Además, muchos de ellos estaban más interesados en ganar conversos para su Iglesia que en la educación de los indios o la defensa de sus derechos.



Eskiminzin, jefe arivaipa (Colección de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma).

En el otoño de 1870, el teniente Royal E. Whitman fue destinado a Camp Grant para entrar en servicio y ponerse al mando del puesto con el Escuadrón H del Tercero de Caballería. Whitman era oriundo

de Nueva Inglaterra y era consciente de que había servido con distinción en la Guerra de Secesión; no se echaría atrás a la hora de oponerse a sus superiores militares y a los ciudadanos del Territorio de Arizona si estaba convencido de que tenía la razón de su parte. Whitman desempeñó un papel determinante en los asuntos apaches durante su permanencia en Camp Grant.

En febrero de 1871, cinco ancianas apaches llegaron a Camp Grant bajo una bandera de tregua para pedir la devolución de un niño que había sido capturado unos meses antes. Whitman las recibió cortésmente y las trató con consideración, pero el niño se había acostumbrado a la vida en el puesto militar y no quería abandonarlo. Las mujeres se fueron al cabo de unos días, pero regresaron a la semana para comerciar, e informaron a Whitman de que el jefe de su banda deseaba venir para entablar una charla sobre la paz. Whitman las animó y, a los pocos días, se presentó Eskiminzin con veinticinco guerreros. El jefe le dijo que estaban cansados de luchar y que lo único que querían era vivir en paz en sus tierras. El nombre de Eskiminzin era muy conocido en el territorio, y tenía tanto defensores como detractores. Algunos le consideraban responsable de muchas muertes en el sur de Arizona; otros creían que era inocente de las fechorías que se le atribuían.

Encantado con la situación, pero sin autoridad para manejarla, Whitman escribió al general Stoneman para que le diera instrucciones y, mientras tanto, se encargó de que los apaches fuesen alimentados. Durante la espera a la respuesta, otras dos bandas solicitaron permiso para entregarse. Whitman volvió a escribir al general, diciéndole que parecía ser una buena oportunidad para que una parte de la nación apache se rindiera por voluntad propia. ¿Qué recomendaba Stoneman?

Por desgracia, con las prisas, Whitman se había olvidado de adjuntar una nota en el exterior del sobre especificando su contenido, tal y como requerían las normas del ejército. A las seis semanas, le devolvieron la carta con una notificación muy sucinta en la que se le llamaba la atención por la ausencia de tal nota. No incluía ningún

acuse de recibo con respecto a la rendición de aquel significativo número de apaches, ni instrucciones para acoger a más ni tampoco ninguna prueba de que la carta hubiese sido siquiera leída. Era como si un dios iracundo estuviese manteniendo a los apaches en el limbo hasta que sus ritos ceremoniales se observasen de un modo apropiado.

A principios de marzo, había trescientos apaches en Camp Grant. Whitman repartía raciones y hacía recuento todos los días. Llegó a un acuerdo con el contratista local para ponerles a trabajar en la recolecta de heno para el puesto, y los rancheros de los alrededores aceptaron contratarles para la cosecha de la cebada. Durante todo ese tiempo, los apaches se comportaron con obediencia y fueron cooperativos: resultaba obvio que estaban felices por lo que consideraban el fin de la guerra. Incluso enviaron mensajeros a otras bandas, animándoles a rendirse.

Los ciudadanos de Tucson, en un primer momento, elogiaron al teniente Whitman y aplaudieron la rendición de los apaches. Pero como los asaltos y las matanzas continuaron produciéndose en los valles de Santa Cruz y de San Pedro, empezaron a sospechar que Whitman estaba acogiendo a un nido de asesinos. Comenzaron a alzarse voces de protesta, al principio moderadas, pero cada vez más estridentes. Aunque no lo decían en voz alta, a muchos ciudadanos les molestaba la práctica de comprar heno a los apaches, pues aquello ponía en riesgo una de las pocas fuentes fiables de ingresos en el territorio. Esperaban que surgiera la oportunidad de destruir aquel experimento de centro alimentario. Los apaches hostiles no tardaron en proporcionarles una buena excusa para ello.

En marzo, los indios atacaron una caravana procedente de Camp Grant y mataron a un ranchero cerca de Tubac. El *Citizen* de Tucson incrementó el terror al informar que había un inmenso número de indios merodeando por el valle de Santa Cruz. «¿Seguirá permitiendo el jefe del departamento que se proporcione alimentos a los asesinos que se adquieren con el dinero de la gente?», se preguntaba el editor.[2] Los ciudadanos de Tucson convocaron una

serie de manifestaciones de protesta durante las cuales los discursos se fueron haciendo cada vez más incendiarios. De lo que más se habló fue de la organización de una campaña prolongada de los ciudadanos contra los apaches, pero también se discutieron discretamente otros planes.

Se creó un Comité de Seguridad Ciudadana, que envió a William S. Oury al frente de una delegación para visitar al general Stoneman. Su propósito era solicitar que se prestase una mayor atención «a los continuos estragos de los apaches en la zona sur del Territorio».[3] La reunión con Stoneman fue insatisfactoria: este les dijo que el presidente Grant y el general Sherman le habían ordenado que modificara sus tácticas para corresponder a la política de administración india de «persuasión moral y amabilidad, con el objetivo de su cristianización». La reacción de los delegados de Tucson fue ponerse a blasfemar.

Stoneman estaba en una situación imposible y poco envidiable. En Arizona se le injuriaba por su supuesta inactividad, mientras en el Este estaba siendo atacado por su brutalidad. Les dijo a los delegados que no podía hacer nada por ellos, dadas las circunstancias. Según el informe que redactó Oury más tarde, el general les recomendó que se hiciesen cargo ellos mismos de su protección. Esta sugerencia, si es auténtica, en realidad no significaba, según lo interpretó Oury, que los ciudadanos de Tucson tuviesen que atacar también a los apaches pacíficos. En todo caso, Oury convenció a un número suficiente de personas de la necesidad de crear una partida de guerra.

Los apaches habían seguido llegando a Camp Grant hasta sumar más de quinientos. Pidieron permiso para marchar río arriba, por las mansas aguas del Arivaipa. Whitman aceptó y construyeron sus wickiups en el valle, a unos ocho kilómetros del puesto.

A principios de abril, el capitán Frank Stanwood entró en servicio en Camp Grant y, al ser de rango superior a Whitman, asumió el mando. De camino a Grant, Stanwood mantuvo una conversación con el general Stoneman, quien finalmente le dio órdenes verbales

de continuar alimentando a los apaches en calidad de prisioneros de guerra y de mantener siempre activas sobre el terreno patrullas de caballería en busca de las bandas hostiles. Tras inspeccionar el campamento, Stanwood expresó su satisfacción con las órdenes de Whitman y no las modificó en ningún punto. Se encontró con que los apaches eran obedientes y con que no estaban nada interesados en adquirir armas y munición. Muchos, de hecho, habían vendido sus arcos y sus flechas. C. B. Briesly, el cirujano asistente de Camp Grant, se deshacía en elogios hacia los apaches que se había encontrado en aquel puesto. «He convivido con los indios de casi todas las tribus de la costa del Pacífico —escribió— y [...] nunca he visto unos indios que den las muestras de inteligencia, honestidad y deseo de aprender que manifiestan estos apaches.»[4]

El 10 de abril, una partida de asalto apache atacó San Xavier del Bac y se apoderó de buena parte del ganado y los caballos de los pápagos. Un grupo de ciudadanos se unió a estos para darles caza; tras una persecución de ochenta kilómetros, recuperaron la mayor parte de los animales y mataron a un indio. Tres días más tarde, los indios atacaron el asentamiento de San Pedro, que estaba a unos cincuenta kilómetros río arriba de Camp Grant, y mataron a un colono. Los que persiguieron a los asaltantes se unieron en una gran partida de guerra y durante la consiguiente escaramuza murieron otros tres angloamericanos. Los ciudadanos de Tucson estaban furiosos y el *Citizen* les excitó aún más.

Los titulares proclamaban: «¡Fomentar el asesinato! La tregua de Camp Grant es una farsa cruel». El periódico aseguraba que no cabía «la menor duda de que los indios alimentados en Camp Grant habían sido los que habían perpetrado el asalto a San Xavier el pasado lunes y que, al ser perseguidos, castigados y privados de su botín, se habían dirigido a Grant, descansado el miércoles y, una vez recuperadas las fuerzas, habían atacado el jueves el asentamiento de San Pedro».[5] El teniente Whitman negó categóricamente que los

apaches de Camp Grant hubieran tenido algo que ver con aquellos asaltos, y otras personas del puesto militar confirmaron sus afirmaciones.

Los ciudadanos de Tucson convocaron una reunión en la que Juan Elías representó a los mexicanos y William S. Oury a los angloamericanos. Juntos, los dos hombres se dirigieron a Francisco, jefe de los pápagos. Estos estaban siempre deseosos de combatir con los apaches; se presentaron noventa y cuatro voluntarios para unirse a la expedición.

El 24 de abril, el capitán Stanwood cedió el mando de Camp Grant al teniente Whitman y partió para una prolongada patrulla. A los cuatro días, un montón de hombres salieron de Tucson en pequeños grupos para no llamar la atención y se concentraron en Rillito. Cuarenta y ocho mexicanos se unieron a Juan Elías, pero de los ochenta y dos angloamericanos blancos que prometieron ir, solo se presentaron seis, incluido Oury, quien consiguió un carro cubierto por una lona repleto de armas y munición de manos del general responsable de la administración territorial. No tardaron en unirse a ellos los noventa y cuatro pápagos y toda la partida se puso en marcha cautelosamente hacia Camp Grant por una tortuosa ruta muy poco transitada.

Oury, por si acaso, había planeado destacar una fuerza contundente en Cañada del Oro, en la carretera principal que unía Tucson a Grant, para que retuviera a cualquiera que fuera en aquella dirección hasta la mañana del 30 de abril. Esta precaución fue crucial para sus planes, pues el capitán Dunn, de Camp Lowell, notó la ausencia de un considerable número de hombres de Tucson. Suponiéndose lo que estaba ocurriendo, envió a dos mensajeros para que alertasen a Whitman de posibles problemas para sus indios. Los dos mensajeros fueron retenidos por la guardia de Oury hasta la mañana del 30 de abril.

Aquella mañana temprano, la partida de voluntarios llegó a Camp Grant y se dividió en dos grupos. Elías, que fue elegido líder, mandó a los pápagos río arriba, por la orilla derecha del Arivaipa, mientras él y los otros se ocupaban de la orilla opuesta. Amanecía cuando

irrumpieron en la ranchería apache. Había dos centinelas, un hombre y una mujer, sentados en una colina jugando a las cartas. Los pápagos se abalanzaron a hurtadillas sobre ellos y los mataron a golpes antes de que pudiesen dar la voz de alarma. Acto seguido, los pápagos se precipitaron contra los wickiups armados de porras y cuchillos para no despertar al resto del campamento. Los gritos advirtieron a los demás, que huyeron cañón arriba, y la matanza no tardó en concluir. Algunos pápagos se demoraron lo suficiente para violar a las mujeres apaches antes de matarlas. Juntaron a los niños que sobrevivieron, incendiaron sus viviendas y se marcharon. El número exacto de muertos se desconoce: se estima que entre ochenta y cinco y ciento treinta y cinco; de los que pudieron reconocerse, solo ocho eran varones adultos.

Un mensajero pudo llegar finalmente a Camp Grant y entregar el aviso del capitán Dunn a Whitman, quien envió a dos intérpretes para prevenir a los apaches y traerlos hasta el puesto. Pero cuando los intérpretes llegaron al campamento no encontraron un solo superviviente. Whitman envió al cirujano del puesto y un carro cargado de medicinas. El médico solo dio con una mujer viva y sin heridas, que tuvo miedo a acompañarle.

Ningún mexicano ni angloamericano blanco se atrevió a aceptar los cien dólares que prometió Whitman a cualquiera que fuera en busca de los apaches a las montañas y los convenciera para regresar. Al día siguiente, el propio Whitman salió con un grupo de hombres hasta el campamento arrasado para enterrar a los muertos. Al caer la noche, los apaches que habían escapado con vida del asalto empezaron a llegar. Eskiminzin regresó, cargando el cadáver de su hija.

«Ya no quiero seguir viviendo [...] —le dijo a Whitman—, pero lo haré para mostrarle a la gente que nos ha hecho esto que todas sus acciones presentes y futuras jamás quebrantarán mi fe en ti mientras sigas estando de nuestro lado y defendiéndonos.»[6] Le pidió a Whitman que intentara recuperar a los niños que se habían llevado

los pápagos; este quedó profundamente conmovido por la gran confianza que le profesaban los apaches, así como por el modo en que habían entendido lo que les había sucedido.

En el Este, la reacción a la masacre de Camp Grant fue escandalosa. El presidente Grant lo calificó de «asesinato» y lo denunció como un serio revés a la política de paz. Informó al gobernador Anson P. K. Safford de que los hombres que habían tomado parte en la «indiscriminada carnicería» debían ser llevados ante un tribunal o, de lo contrario, declararía la ley marcial en todo el territorio. Grant también ordenó al fiscal del distrito, C. W. C. Rowell, que saliera de Arizona City y se ocupase del proceso en Tucson. Wendell Phillips declaró: «Estos rufianes de Arizona y estos asesinos de apaches deben ser llevados a la horca de la misma manera que si hubieran cometido los asesinatos en el jardín de la Cámara de Representantes o en la mismísima escalinata del Capitolio».[7] Pero Phillips no estaba familiarizado con la actitud de la frontera hacia los asesinos de indios.

Antes incluso de que las noticias de la masacre llegasen a Washington, la Secretaría de Guerra dio la orden de trasladar al general Stoneman y al Veintiuno de Infantería de Arizona, y de reemplazarlo en junio por el mayor general George Crook y su Vigésimo Tercer Regimiento de Infantería. Crook había alcanzado la fama en sus campañas contra los paiutes, al tiempo que desarrollaba técnicas de persecución que le irían muy bien en Arizona. Llegó sin ninguna fanfarria y, tras conferenciar con su amigo, el gobernador Safford, quedó convencido de que los ciudadanos tenían razón y de que Whitman estaba equivocado. De hecho, desarrolló una fuerte animadversión por Whitman incluso antes de haberlo conocido.

Crook ya era un oficial muy respetado, un genuino «soldado de soldados». Rara vez vestía de uniforme, prefería la pana o la lona cuando estaba de campaña. Tenía un tremendo autocontrol, nunca bebía, ni tampoco fumaba ni blasfemaba ante un hombre o una mula. No había en él nada extravagante; no hacía gestos dramáticos. No bombardeaba a sus oficiales con instrucciones

detalladas; simplemente les decía cuáles eran los objetivos y cómo había planeado llevarlos a cabo. Probablemente ningún oficial del ejército fue mejor atendido por sus subordinados.

Inmediatamente después de su llegada, Crook ordenó a todos los funcionarios del departamento que redactaran un informe y se dispuso a preparar una campaña implacable contra los apaches. También prohibió dar de comer a los indios en los puestos militares a no ser que se tratase de prisioneros de guerra «completamente incomunicados». Aunque Crook había utilizado exploradores indios en sus campañas paiute, la mayoría eran de otras tribus, y es posible que la idea de usar apaches para luchar contra ellos mismos se la sugiriera el pionero de Arizona Albert Franklin Banta. Crook podría, le dijo Banta, «luchar contra el fuego con el fuego». Cuando Crook le preguntó qué quería decir, Banta le dijo: «Luchar contra los indios con indios; es el único método que puede seguirse en un territorio tan montañoso como Arizona, en el que la infantería es prácticamente inútil, y la caballería más o menos lo mismo». Según Banta, Crook manifestó que la idea era buena como experimento.[8] Utilizar indios como exploradores era una cosa, pero emplearlos como soldados para luchar contra otros indios era otra completamente distinta.



El general Crook con el explorador «Dutchy» y Alchesay, guerrero montaña blanca (Sociedad Histórica de Arizona).

En Tucson, durante las semanas que siguieron a la masacre, no se escuchó la menor palabra de remordimiento. Al contrario, todas las declaraciones estaban calculadas para justificar lo que se había hecho. Esto tenía la intención de probar, más allá de toda duda, lo que antes solo era una sospecha: que algunos de los apaches de Camp Grant habían estado implicados con los asaltos y las matanzas. Se decía, por ejemplo, que al apache que había caído muerto tras la incursión a San Xavier le faltaba un diente frontal, y había hombres que juraban haberlo visto en Camp Grant: esto se tomó como una prueba concluyente.

Una vez que los indios muertos fueron enterrados, Eskiminzin se dirigió a las montañas por unos días; entonces, los apaches se dispusieron a reconstruir sus wickiups. Unos días más tarde, hacia finales de mayo, un destacamento de caballería procedente de Fort Apache atravesó el cañón Arivaipa y se topó inesperadamente con

Eskiminzin y otros apaches. Sobresaltados, los soldados abrieron fuego, pero los apaches se escabulleron a toda prisa y ninguno resultó herido. Eskiminzin estaba ahora seguro de que no existía la menor esperanza de paz con los angloamericanos. Se despidió de Whitman, añadiendo: «Hay que culpar a quien rompe la paz». De camino a las montañas visitó a un amigo de hacía muchos años, Charles McKinney, que tenía una granja cerca de Grant. Comieron y fumaron juntos. Cuando llegó el momento de irse, Eskiminzin sacó una pistola y mató a McKinney. Más tarde, cuando le preguntaron sobre aquel asesinato, admitió que lo había hecho para convencer a su pueblo de que la amistad con los angloamericanos era imposible. «Cualquier cobarde puede matar a su enemigo —dijo—, pero hace falta un hombre valiente para matar a un verdadero amigo.»[9]

En julio, una caravana escoltada por una compañía de infantería partió de Camp Lowell camino de Fort Bowie, en Apache Pass. Eskiminzin lideró una partida guerrera para apoderarse de los carros, pues los arivaipas necesitaban armas, munición y víveres. Cortaron el paso al convoy en Cienega Wash, en un momento en que la columna de infantería se hallaba a unos dos kilómetros por delante. Sin embargo, el plan falló porque había algunos soldados escondidos en los carromatos que hicieron frente a los apaches hasta que la infantería pudo regresar a la carrera. Eskiminzin perdió trece guerreros. Él y los suyos se retiraron a las montañas y permanecieron allí hasta que un mensajero de Colyer los emplazó en Camp Grant en septiembre.

A principios de 1871, el Congreso destinó setenta mil dólares para reunir a los apaches de Arizona y Nuevo México en reservas y promover la paz y la civilización. La Oficina de Comisionados Indios designó a Vincent Colyer para que volviera a visitar a los apaches y evitase que la guerra estallase estableciendo reservas para ellos. Antes de ponerse en marcha, Colyer se reunió con el presidente Grant, que amplió en buena medida su autoridad para seleccionar y crear las reservas. Al mismo tiempo, Grant dio instrucciones al secretario de Guerra Belknap para asegurarse de que el ejército

apoyase cualquier acuerdo al que Colyer pudiera llegar con los apaches. Las instrucciones de Colyer consistían en establecer a las tribus nómadas en reservas adecuadas, bajo el control de los funcionarios apropiados del servicio indio, y proporcionarles comida, ropa y todo lo que pudiesen necesitar. Cuando Crook se enteró de la misión de Colyer, suspendió inmediatamente su campaña apache.

En Santa Fe, Colyer se enteró de que los colonos de los alrededores de la agencia de Cañada Alamosa se habían organizado para destruirla. Se apresuró a llegar hasta allí con el superintendente de Asuntos Indios de Nuevo México, Nathaniel Pope, y descubrió que los indios habían huido a las montañas. Colyer trató de organizar un encuentro con ellos, pero los jefes no tenían la menor intención de abandonar su refugio.

La situación de los apaches del sur era inestable. A finales de 1869, enviaron al teniente Charles E. Drew para que se hiciera cargo de ellos. Había encontrado a la banda de Loco harta de guerra y deseosa de vivir en paz. Querían cultivar en los campos de la vieja reserva, pero también necesitaban cazar en un área más extensa. Drew remitió estas peticiones a sus superiores con la esperanza de que se llevaran a cabo «acuerdos juiciosos» con los indios, que a medida que se aproximaba el invierno se veían más cerca de la indigencia. Drew se reunió en un consejo con Loco, Victorio y otros mimbreños, así como con algunos guerreros mescaleros en Cañada Alamosa. Les convenció para que aguardasen allí hasta que pudiera convencer a los funcionarios del gobierno de que les proporcionasen ropa y comida.

Los apaches esperaron hasta que llegó el invierno. Drew, desesperado, estaba a punto de darse por vencido cuando la Oficina de Asuntos Indios le cedió dos mil ochocientos dólares para los apaches del sur. Esto ocurrió a principios de enero, apenas a tiempo de impedir un alzamiento. Aunque solo tenían una agencia y no una reserva definitiva, los apaches del sur se quedaron en Cañada Alamosa. En otoño de 1870, había setecientos noventa apaches en la agencia, incluidos Cochise y algunos chiricahuas.

En octubre de aquel mismo año, el agente especial W. F. M. Arny visitó la agencia de Cañada Alamosa. Envió mensajeros para informar a los apaches de su inminente visita, pero había muy pocos para recibirle. Arny salió en su busca y, gracias a su insistencia, logró finalmente arreglar un encuentro con veintidós jefes, incluidos Cochise, Victorio, Nana y Loco.

Cochise le dijo que, desde el ahorcamiento de los rehenes apaches en Apache Pass en 1861, él había matado con sus propias manos a un blanco cada vez que se le había presentado la ocasión. Reconoció que los chiricahuas habían perdido a muchos guerreros y que ahora tenían demasiadas mujeres y niños que alimentar y proteger. Pero, dijo, desde que había descubierto que los hombres blancos rara vez hablaban «de verdad» o cumplían sus promesas, a su pueblo no le había quedado otra opción que seguir luchando. Al ruego de Arny para que los chiricahuas se establecieran en una reserva y aceptasen ser «civilizados», Cochise respondió que su gente deseaba tener la libertad de vagar. No querían ser confinados en una reserva y, por encima de todo, no tenían el menor deseo de ser como los hombres blancos.[10] Sin embargo, aceptó hablar con el jefe de su banda e informar a Arny de la decisión que tomaran. El agente esperó pero Cochise nunca regresó.

A pesar de que Cochise no aceptaba vivir en una reserva, Arny recomendó establecer una para los chiricahuas al sudoeste de Nuevo México, lejos de cualquier asentamiento. También recomendó la región de Fort Stanton como reserva para los mescaleros. Al final, por recomendaciones de otros, el gobierno actuó, pero parece ser que se ignoraron las sugerencias de Arny.

Poco después de que Colyer llegara a Santa Fe, la gente del condado de Grant se había dado cita en Mimbres y había tomado la decisión de seguir los pasos de su ganado robado adonde quiera que se lo hubiesen llevado para recuperarlo por la fuerza, «incluso con el sacrificio de todos los indios, hombres, mujeres y niños de la tribu». Declararon que tratarían como un enemigo a cualquiera que se les opusiese.[11]

La determinación de los habitantes del condado de Grant quedó expresada en una serie de resoluciones que el juez B. Hudson hizo llegar al agente de los apaches O. F. Piper. Los habitantes habían decidido tratar, «por consiguiente», con todo aquel que se opusiera a ellos, ya fuesen indios o sus «cómplices», los agentes indios u oficiales del ejército. «Lo que queremos saber es si se puede recuperar o no nuestro ganado de manos de los indios de vuestra reserva cuando esté totalmente probado que es nuestro y haya sido identificado, o si por el contrario tendremos que estar siempre a merced de esos apaches ladrones y asesinos que cuentan con una "casa de refugiados" en Alamosa; si es así, cuanto antes lo sepamos, mejor, porque los ciudadanos de este condado están decididos a ponerle remedio, y si llevan a cabo lo que tienen programado, la masacre de Camp Grant quedará en un segundo plano y Alamosa quedará a la altura de Sand Creek.»[12]

El juez Hudson mencionaba que el ganado extraviado ya se había rastreado antes hasta la reserva de Cañada Alamosa, pero no admitía que el agente Piper había recuperado algunos de los animales que habían robado los apaches. Cuando recibió esta amenazante misiva, Piper pidió a Fort McRae protección militar y, al día siguiente, se presentó ante él un destacamento. Enterarse por boca de Piper de la amenaza de una masacre y ver cómo se aproximaban las tropas fue demasiado para los apaches. Huyeron a las montañas y se quedaron allí. Colyer mandó emisarios para urgirles a que acudieran a una conferencia, pero los apaches sospecharon una posible traición y se negaron a ir.

La mayor parte de Cañada Alamosa había sido ocupada por familias mexicanas que se habían ido apoderando de las mejores tierras hasta que se hicieron con casi toda la reserva. Colyer decidió que Cañada Alamosa era un lugar demasiado expuesto a los colonos para establecer allí una reserva adecuada para los apaches. Inspeccionó Ojo Caliente (Warm Springs), a treinta y cinco kilómetros al norte de la agencia, pero observó que no había tierra

suficiente para cultivar. El valle de Tularosa le pareció ideal; Colyer lo declaró reserva de los apaches del sur y dio instrucciones a Pope para que trasladara allí a los indios.

Dos guerreros de la banda de Cochise acudieron ante Colyer y le contaron que habían sufrido una derrota en Sonora. Pope envió a un explorador mexicano para que invitase a Cochise a dirigirse con su banda a Tularosa, pero los hombres de Crook interceptaron al mensajero en Arizona; Crook lo reprendió y le envió de vuelta con las manos vacías. El conflicto entre el ejército y las autoridades civiles por el control de los apaches no había concluido en absoluto.

La visita de Colyer a Arizona despertó mucha atención desfavorable, incluso antes de llegar al territorio. Fue ampliamente vilipendiado en la prensa y amenazado con violencia. Los ciudadanos se excitaban sobre todo cada vez que Colyer se reunía con un oficial del ejército que compartía sus puntos de vista con respecto a los apaches. Los historiadores contemporáneos también se mofaron de Colyer, aunque Hubert Howe Bancroft lo disculpó un poco. «A pesar de mis alusiones despreciativas a la misión de Colyer —escribió—, debe entenderse que yo no niego la verdad de sus alegatos cuando afirma que el apache ha sido a menudo tratado con una injusticia extrema [...]. Una reserva para el hombre blanco, bajo control apache, estaría de alguna manera más en concordancia con los eternos principios de la justicia que el actual estado de la situación. No culpo a los apaches por defender sus hogares y sus libertades a su modo.» Bancroft, no obstante, añadía que tampoco existía ningún motivo para que los colonos de Arizona se sometieran al expolio y al asesinato. «Había espacio suficiente para la aplicación de nuestro limitado suministro de benevolencia y tratamiento justo —concluía cínicamente—, después de obligar a los indios a someterse.»[13]

En Fort McDowell los tonto le dijeron a Colyer que deseaban la paz, porque hasta los conejos vivían con más seguridad que ellos, y se estaban muriendo de hambre. Un jefe le contó a Colyer que los soldados habían matado a cuatro de sus hijos. «He estado presente en muchas charlas importantes con los indios en las llanuras

[durante] los últimos diecisiete años —escribió Colyer—, pero tengo que reconocer que jamás había visto un indio que exhibiese más sentimiento o fuera más juicioso [...].»[14] Los yavapais también hablaron con Colyer, pero desaparecieron repentinamente unas noches más tarde. Se sospechó que unos guías mexicanos, que sabía que así provocarían su estampida, les dijeron que se aproximaban los pimas. Los guías, como los contratistas, perdían trabajo y dinero cuando se asentaba la paz general.

En Camp Apache, que se estableció como Camp Mogollón en 1870, el mayor John Green se mostraba optimista con la política de paz e informó que los coyoteros habían segado ciento treinta toneladas de heno, por las cuales se les había pagado con harina. Green hizo un esfuerzo especial para mantenerles empleados pero, como le transmitió a Colyer:

> La dificultad radica en que se proveen de leña con tal rapidez que en muy pocos días tendremos suficiente para todo el invierno; la traen a razón de treinta cuerdas por día. Cuando recolectan heno, obtienen hasta quince toneladas al día; y debe recordarse que la leña la parten a mano o la cortan con hachuelas gastadas, y el heno lo siegan con cuchillos, y lo acarrean todo en sus espaldas. Resulta asombrosa la presteza con la que se dirigen a trabajar. Es cierto que casi todo lo han hecho las mujeres y los niños, pero también trabajan unos cuantos hombres; más que al principio [...].[15]

Esto estaba muy bien para los «amigos de los apaches» que querían mantenerlos en paz y contentos, pero quienes se habían beneficiado de los contratos con el ejército se sentían ultrajados. Green llegó para ahondar en el abuso. Antes de irse, Colyer aprobó la reserva que había establecido el general Stoneman y, a través de una orden ejecutiva, confirmó que se añadía una buena extensión al sur del Gila, la cual se convirtió en la agencia de San Carlos.

Inmediatamente después de la masacre de Camp Grant, los apaches montaña blanca se asustaron y desaparecieron en las montañas. Solo la banda del jefe Miguel permaneció en la agencia. Más tarde en el año, Crook alistó a algunos de los guerreros de Miguel como exploradores y provocó cierto resentimiento.

Desde Camp Apache, Colyer y su escolta militar cabalgaron por el territorio apache hasta Camp Grant. Dos jóvenes apaches les acompañaron; a lo largo del trayecto hicieron señales de humo a intervalos para informar a los apaches de la partida que atravesaba pacíficamente sus tierras. Apaches salvajes acudieron a vigilar y a visitarles, pero no hubo incidentes.

En Camp Grant, Colyer se enteró de que una numerosa partida de civiles armados procedente de Tucson se hallaba a unos veinte kilómetros del puesto, y se rumoreaba que planeaban acabar con la estación de aprovisionamiento de los apaches. El capitán Nelson, al mando del puesto, envió a un cabo con unos cuantos soldados para hacerles desistir de aquella idea. Los civiles dijeron que eran prospectores y que estaban en todo su derecho de atravesar la reserva, como era su pretensión hacer. Lo más seguro era que se encontrasen de camino a las montañas, pues en la reserva no había carreteras ni caminos que les pudieran conducir a ninguna parte. La historia de la prospección era claramente un invento.

Colyer informó al capitán Nelson de que si permitía que aquella partida se aproximara a quince kilómetros de la reserva, trasladaría a todos los indios a Camp Apache y le ordenaría a Nelson que organizase una escolta lo bastante grande para protegerlos. Como el presidente Grant le había otorgado a Colyer una autoridad poco habitual sobre el estamento militar, Nelson obedeció en el acto. Mandó al teniente Whitman a advertir a los ciudadanos de que si se acercaban, las tropas abrirían fuego contra ellos. Como los ciudadanos de Tucson ya consideraban a Whitman un enemigo injurioso, le culpabilizaron ahora de la orden y le vilipendiaron más que nunca.

Los mensajeros llegaron con Eskiminzin y su banda, y Colyer intentó persuadirles para que se trasladaran a Camp Apache aduciendo que Grant estaba demasiado próximo a los asentamientos blancos para que pudiesen velar por su seguridad. No obstante, se negaron a ir a Camp Apache remarcando que los coyoteros no eran su gente y que aquella región no era su tierra. Aun sabiendo que debía ser solo

temporal, Colyer decidió designar entonces Camp Grant como reserva oficial y permitió a los arivaipas y a algunos pinaleños que se quedaran allí. Les advirtió de que no debían rebasar nunca los límites de la reserva. Colyer prometió intentar recuperar los niños que se habían llevado los pápagos durante la masacre de Camp Grant, pero fue incapaz de localizarlos.

Colyer fue desde Camp Grant a Camp Verde, donde se encontró con los yavapais viviendo en la indigencia, gravemente debilitados por el hambre y la enfermedad. Estos se negaron a trasladarse a Camp Date Creek, pero aceptaron el establecimiento de una reserva en Verde. Colyer designó una reserva aparte solo para ellos, ampliándola unos setenta y cinco kilómetros río arriba desde el puesto.

Colyer se enteró por ellos de multitud de casos de maltrato. Tres hombres blancos habían matado a un miembro de la banda porque querían apoderarse de su rifle Henry. Al día siguiente, algunos de la misma banda iban caminando por la carretera en busca de empleo. Unos granjeros los vieron venir y supusieron que habían salido a vengarse del muerto. Asustados, abrieron fuego sobre ellos y mataron a varios. Colyer se encontró con una gran banda de yavapais suplicando algo de comida en una estación de paso situada en el desierto próximo a Ehrenberg. Le informaron de que les habían expulsado de las agencias del Colorado y de Date Creek porque los oficiales de ambos lugares no querían que estuvieran por los alrededores.

Cuando finalmente se reunió con Delshay, el jefe de los tonto, Colyer se lo encontró medio desnudo y anhelando la paz, como el resto de los suyos.

> Deseo firmar un gran tratado —le dijo Delshay—. Viviré con los soldados si vienen al valle Sunflower o a Camp Carroll, en el caso de que el gobierno establezca allí un campamento; firmaré una paz duradera [...]. Si el gran capitán de Camp McDowell no establece un puesto donde digo, nada más puedo hacer, pues Dios ha creado al hombre blanco y Dios ha creado al apache, y este tiene el mismo derecho sobre el territorio que el hombre

> blanco [...]. El hombre blanco no me da miedo, ni el mexicano, pero temo a los pimas y a los maricopas, que roban en mis campamentos por la noche y matan a mis mujeres y niños con porras.[16]

Delshay se negó, sin embargo, a obligar a su gente a vivir con medias raciones en Camp McDowell. Dijo que los soldados no tenían derecho a esperar que los indios vivieran con menos comida que los hombres blancos. Los tonto se fueron de repente una noche, dejando carne cocinándose sobre las fogatas. Colyer descubrió más tarde que una partida de pimas y maricopas, sabiendo que los guerreros tonto habían ido a verle a McDowell, se había dirigido a su campamento en el valle Reno y habían matado a treinta y dos mujeres y niños de la banda.

En una visita a los pimas y los maricopas en el Gila, Colyer encontró que su situación era próspera e independiente, pero que estaban amenazados de ruina. Los blancos que se habían instalado a lo largo del río Gila por encima de ellos habían desviado tanta agua de su cauce que ya no llegaba a los campos pimas. El jefe de uno de los poblados de más abajo pidió permiso al agente para tomar unos cuantos hombres a su cargo y expulsar a los blancos. En otra ocasión, los generalmente pacíficos pimas se encararon con el oficial de Camp McDowell que les había amenazado con castigarles por alguna presunta fechoría. Quinientos guerreros pimas se alinearon ante él para decirle que estaban preparados para recibir el castigo. No obstante, como solo disponía de una compañía de caballería, el oficial al mando decidió que el castigo se pospondría o se haría la vista gorda. Colyer recomendó ampliar la reserva de los pimas, porque eran convincentes sus reclamaciones de más tierras que las que les habían concedido a orillas del Gila.

En noviembre de 1871, un ataque a una diligencia cerca de Wickenburg, Arizona, se saldó con cinco muertes, incluida la de Frederick W. Loring, un joven y destacado científico y escritor del Este. Todo el mundo culpó a los tonto y a los yavapais del asalto, pero el coronel Dudley informó a Colyer de que estaba convencido de que los causantes de aquellas muertes habían sido bandidos, no

indios. Dijo que los apaches se habrían llevado los caballos, las mantas y las cortinas, pero que no habían robado nada de aquello. «No creo que hubiera un apache cerca de la escena del crimen —concluyó—. Todos los hombres honestos mantendrán la misma opinión, siempre que se les permita expresarla.»[17] Pero la publicidad sobre la muerte de Loring provocó en el Este una ola de rechazo contra la política de paz. En Arizona, por supuesto, ya desde el primer momento casi nadie había estado a favor. Aunque el coronel Dudley estaba en lo cierto al creer que los apaches, normalmente, se hubieran llevado los caballos y las mantas, si planeaban regresar a una de las agencias quizá no era necesaria tal evidencia.

En Fort Whipple, Colyer conferenció con Crook. Las relaciones entre los dos eran cordiales pero frías; Colyer ya se había quejado a Delano, el secretario de Interior, de que las políticas de Crook como jefe del departamento ponían en riesgo el éxito de la política de Paz. Tampoco fue de mucha ayuda que Colyer ignorara el consejo que le dio Crook de no trasladar a los yavapais del oeste de Arizona a la reserva de Camp Verde durante el siguiente invierno, sino que estableciera para ellos una reserva temporal en Camp Date Creek.

El resentimiento, bien disimulado, de Crook se desbordó en una carta personal que dirigió al general J. M. Schofield, que estaba al mando de la División del Pacífico. En ella le decía que él había entendido que se le permitía hacerse cargo de toda la cuestión apache. Ahora Colyer consideraba que actuaba en representación del presidente al llevar a cabo su «teoría de las mascotas». Crook se lamentaba de que los defensores de la política de paz estuviesen utilizando a Colyer como instrumento para aparentar que, en realidad, se podía llegar a establecer una paz duradera con los «maltratados e injuriados apaches». Crook afirmaba que ardían en deseos de que les declarase la guerra para que pudieran vilipendiarle como el «gran carnicero de Norteamérica». La paz de Colyer con los apaches, concluía, era pura «charlatanería».[18]

Al finalizar su gira en el mes de octubre, Colyer dejó a Crook a cargo de los indios de Arizona, lo que satisfizo al ejército. A finales de 1871, los apaches estaban recibiendo raciones en Cañada Alamosa (novecientas), en Camp Apache (mil trescientas), en Camp Grant (novecientas), en Camp Verde (quinientas) y en Camp McDowell (cien). Más de la mitad de los apaches se hallaba ahora en paz, y los informes indicaban que se les sumarían más. A Colyer le pareció que había resuelto el problema apache, pero no iba a ser tan sencillo. Todavía tenía que tratar con las bandas hostiles y el gobierno era lento a la hora de suministrar los fondos necesarios para que los que estaban en las reservas pudieran llegar a ser autosuficientes.

Después de una visita, en compañía del general Schofield, a San Francisco, Colyer regresó a Washington, donde Belknap, el secretario de Guerra, le acusó airadamente de interferir en los planes del ejército. Colyer, no obstante, utilizó su influencia para convencer a Grant de que evitara una guerra total con los apaches. La política del presidente, que surgía de las presiones ejercidas por Colyer y Belknap, consistía en designar reservas oficiales solo los lugares que seleccionase el propio Colyer, y en utilizar al ejército para mantener en ellas a las bandas errantes. Allí se alimentaría a los apaches y se les protegería. El superintendente de Asuntos Indios de Arizona tendría su cuartel general en Fort Whipple, donde también lo tenía Crook, y la Secretaría de Guerra se encargaría de seleccionar funcionarios «capacitados y discretos» para servir como agentes indios hasta que los funcionarios civiles asumieran el control.

El general Sherman recibió instrucciones de llevar a la práctica el programa de Grant. Ordenó a los jefes de las divisiones de Misuri y del Pacífico que obedecieran las instrucciones y añadió que, como la Oficina de Asuntos Indios apenas tenía capacidad para alimentar a los indios, el departamento del economato del ejército proveería raciones para que quienes se rindieran no se murieran de hambre. Sherman también tranquilizó a Crook prometiéndole que, después de un tiempo razonable, la Secretaría de Guerra apoyaría las «medidas de rigor» que quisiera adoptar.[19]

Mientras tanto, se había llevado a cabo una campaña de calumnias contra el teniente Whitman por todo el territorio. A «Su Alteza Real Whitman» se le pintaba como un borracho, tanto fuera como dentro del servicio, que protegía a los apaches solo por su peculiar interés en las «doncellas de piel oscura».[20] Después de que Crook reemplazara a Stoneman como director del departamento, se le pidió que relevara a Whitman de su deber en Camp Grant. Crook consideraba que la política de paz era una pérdida de tiempo y ardía en deseos de sacarse de encima a Whitman en cuanto se le presentase la menor oportunidad. Le dijo con toda franqueza que modificase su actitud, pero Whitman se negó en redondo.

Cuando se obligó a retroceder a la partida de ciudadanos que trataba de cruzar la reserva de Camp Grant, Crook apoyó a los ciudadanos contra los «aplacados». Le echó una buena reprimenda al capitán Nelson, que, aun bajo el mando de Colyer, en realidad no había tenido nada que ver en el asunto, y poco después lo trasladó a un puesto fuera de Arizona. Crook también habría mandado a Whitman a hacer las maletas de no haber sido porque Colyer lo había nombrado agente suplente de Camp Grant, en parte para intentar protegerle de Crook.

El fiscal del distrito Rowell llegó a Tucson a mediados de septiembre de 1871. El gran jurado fue convocado en octubre, pero ignoró sus peticiones de actuar contra los hombres que habían atacado a los apaches de Camp Grant. Rowell lanzó el rumor de que si los responsables no eran acusados en un plazo máximo de tres días, el presidente declararía la ley marcial. Si a aquellos hombres les juzgaba un tribunal militar, se les declararía con toda seguridad culpables, pues la mayoría de los oficiales del ejército no aprobaban que los ciudadanos se tomaran la justicia por su mano, sobre todo a la hora de cometer atrocidades contra los indios pacíficos.

El gran jurado se volvió a ocupar a regañadientes de las acusaciones, pero la mayor parte de ellas también informaban de otros asuntos (cuya relevancia en el caso no quedaba explicada): hostilidades apaches y faltas de los oficiales del ejército como

borracheras, estafas al gobierno y la utilización de sus cargos militares para desflorar doncellas apaches. El jurado ciudadano ya había mostrado interés antes por los expolios de los apaches, pero su preocupación por la castidad de las mujeres apaches reflejaba una nueva sensibilidad moral que no les había caracterizado antes.

El gran jurado condenó a ciento ocho hombres por asesinato, y luego añadió otro nombre, el de Eskiminzin, por la muerte de Charles McKinney. A las pocas horas de que se conocieran las sentencias, se quemaron efigies de Rowell y de su empleado. A causa de las repetidas amenazas contra aquellos dos hombres, el director de Camp Lowell distribuyó soldados entre la multitud que se agolpaba frente al tribunal con órdenes de protegerles de la violencia de la muchedumbre.

Durante el juicio, los acusados conservaron la calma, pues su abogado, en vez de negar que la masacre hubiera tenido lugar, se dedicó a justificarla hábilmente. Estuvo a punto de lograr que pareciera que se estaba juzgando al teniente Whitman. En un momento, obligó a este a admitir que los apaches se habían mostrado de acuerdo con servir de exploradores contra los hostiles solo si el ejército se unía a ellos en una expedición de asalto a Sonora. El aspecto más sorprendente del juicio no fue el veredicto exculpatorio del jurado, sino el hecho de que sus deliberaciones no duraran más de diecinueve minutos.

A causa de las virulentas acusaciones contra Whitman que aparecían continuamente en la prensa, y también de sus propios sentimientos, Crook decidió que era del todo punto necesario un tribunal militar para lavar el nombre de Whitman o para trasladarlo en el caso de que se le encontrara inadecuado para cumplir su deber. Se convocó un tribunal a principios de diciembre compuesto principalmente por oficiales del Tercer Regimiento de Caballería. La mayoría de los cargos contra Whitman eran de borracheras. El tribunal, mediante un tecnicismo legal, levantó la sesión sin examinar los cargos. Crook desaprobó las acciones del tribunal, pero el Tercero de Caballería estaba listo para su traslado al Departamento del Platte, por lo que

no se pudo hacer nada en aquel momento. Whitman, al año siguiente, tuvo que enfrentarse a dos nuevos consejos de guerra, y el último lo declaró culpable de «utilizar un lenguaje vergonzoso con su oficial superior y de tener una conducta impropia de un oficial y caballero».[21]

A finales de 1871, un recrudecimiento de los asaltos y los asesinatos por parte de los apaches provocó que se diese discretamente carpetazo a la recién instaurada política de paz. La Secretaría de Guerra autorizó a Crook a iniciar una dura campaña contra los apaches, y para asegurarse el control de los que estaban en las reservas, se le permitió nombrar agentes indios suplentes de su propia elección. Esto le proporcionó la oportunidad que esperaba de sacar a Whitman de Camp Grant.

Las órdenes del general Schofield a Crook eran muy detalladas y específicas. Todas las bandas errantes debían dirigirse de inmediato a las reservas; a todo aquel apache que se encontrara fuera de los límites de una se le castigaría como si fuera hostil. Los oficiales del ejército debían servir como agentes indios en las reservas. Debían elaborarse listas descriptivas de todos los varones con edad suficiente para la guerra, quienes debían llevar una identificación en todo momento y pasar lista al menos una vez al día. No debía castigarse por sus acciones anteriores a ninguna banda que se entregara, a no ser que proporcionase ayuda a los hostiles. Las familias de los guerreros ausentes debían mantenerse en custodia hasta que los hombres se rindiesen o fuesen capturados. A ningún blanco, salvo a los funcionarios, se le permitiría entrar en las reservas sin permiso. Cada indio recibiría una cantidad específica de comida, un reparto supervisado por oficiales del ejército. Continuarían sucediéndose operaciones contundentes contra los hostiles, y a los incorregibles se les daría caza con la ayuda de exploradores aliados. Schofield le concedió a Crook total autoridad para adoptar tantas medidas como fueran necesarias a fin de «llevar a cabo la política del gobierno».[22] Crook les hizo llegar el mensaje a las diversas bandas apaches de que debían presentarse en las

reservas antes de febrero de 1872 o, de lo contrario, serían castigadas severamente. Cientos de apaches se apresuraron a obedecer.

Sin embargo, quizá debido al decepcionante devenir del juicio de Tucson, el presidente Grant insistió en darle otra oportunidad a su política de paz en Arizona. Mandó al general O. O. Howard, que había tenido éxito en muchas negociaciones con los indios, a investigar la situación apache y, especialmente, para contactar con Cochise y los chiricahuas, que se habían mantenido en pie de guerra, sin ninguna tregua, durante diez años. Una vez más, justo cuando estaba a punto de llevar a cabo una ofensiva a gran escala, se obligó a Crook a posponerla.

Howard, el «general misionero», era un reconocido amigo de los indios y, como general de división, tenía un rango superior al de todos los oficiales que servían en el sudoeste. Con esta ventaja podía hacerse cargo de la cooperación militar en cualquier puesto. Llegaban quejas de todos los rincones de la Apachería, y los mimbreños que se acababan de trasladar a la reserva de Tularosa que había creado Colyer estaban intranquilos, aparentemente a punto de estallar en cualquier momento. Sobre Howard recayó la responsabilidad de solucionar todos estos problemas, pero su objetivo principal era negociar con el escurridizo Cochise.

En Camp Grant, Howard dispuso los preparativos para llevar a cabo más adelante un gran consejo con los arivaipas; luego se dirigió a Prescott para reunirse con Crook. Como consideraba que la influencia pacificadora del teniente Whitman era esencial, Howard hizo que le transfirieran temporalmente de vuelta a Camp Grant. Pero después de la conferencia con Crook, Howard se mostró más cercano a los puntos de vista de Crook sobre los problemas apaches que hacia los de Colyer y Whitman. El reverendo E. P. Smith, que acompañaba al general Howard, declaró que la ruina de Whitman era obra de grupos que temían que su éxito con los apaches hiciera que el apoyo para la política de paz aumentase. Crook, por otro lado, le dijo a Howard que la administración de la reserva llevada a

cabo por Whitman se podía calificar de «corrupta» y apenas pudo ocultar su malestar respecto a la decisión de Howard de reincorporar al teniente.

En la estación alimentaria de Date Creek, Howard visitó al teniente Frederick E. Ebstein, del Vigésimo Primero de Infantería, que había estado a cargo del campamento desde 1869, cuando los hualapais y los yavapais aún eran hostiles y no se podía viajar con seguridad por ninguna carretera. En 1870, un pequeño grupo de indios se aproximó a la estación de Date Creek en son de paz. Ebstein les dio de comer y les permitió acampar; en poco tiempo, su número se incrementó hasta llegar a los seiscientos cincuenta. Ebstein repartió diariamente una libra de carne y otra de harina por indio, y les animó a trabajar recolectando leña y heno y pagándoles con una libra de harina por cada carga. Satisfecho con la efectividad de Ebstein a la hora de manejar a los indios, Howard le proporcionó dinero para comprar semillas de verduras e instruir a los indios en las técnicas de cultivo.

En mayo de 1872, Howard regresó a Camp Grant para su conferencia con los arivaipas, los tonto, los pimas y los pápagos. Convenció a los mexicanos que vivían en Tucson y poseían niños apaches cautivos para que acudiesen a la reunión y llevasen consigo a los infantes. También estuvieron presentes un buen número de angloamericanos, entre ellos funcionarios civiles y militares.

Eskiminzin llegó tarde con su banda y ocuparon su sitio en el consejo. Al aproximarse a ellos, el general se arrodilló de repente y se puso a rezar en voz alta. Antes de que Howard pudiera seguir sus oraciones, todos los apaches se esfumaron. Eskiminzin se escandalizó al ver que Howard «hacía medicina» contra ellos.[23] Cuando el consejo se volvió a convocar, Eskiminzin y otros expresaron sus quejas y reclamaron el regreso de los niños apaches, aun cuando sus padres estuviesen ausentes o muertos. Howard favoreció la devolución de los niños a los arivaipas, pero, a causa de las fuertes objeciones que había, determinó que se quedaran protegidos en el puesto hasta que el presidente Grant decidiese

sobre el asunto. Las familias mexicanas protestaron porque se habían encariñado con los niños y ya los consideraban como si fueran sus propios hijos. Grant, finalmente, resolvió que los niños fueran devueltos a sus familiares apaches.

Los apaches hicieron otras peticiones: que les trasladaran a una región donde la tierra fuera mejor, con un suministro de agua adecuado y un clima más saludable. Querían tratados de paz con las tribus vecinas para evitar otra masacre, y pidieron que Whitman fuese restituido en su cargo de agente. Howard organizó los tratados, suprimió la reserva de Camp Grant y creó otra en San Carlos, pero denegó la petición de que se recolocara a Whitman como agente permanente porque los sentimientos parciales con respecto al teniente eran demasiado fuertes.[24]

Tras el consejo, Howard intentó convencer a Eskiminzin de su amistad. Le preguntó: «¿Podría presentarme en vuestras casas en cualquier momento, incluso cuando estéis en pie de guerra?». Inexpresivo, Eskiminzin respondió: «No, a no ser que quieras que te maten». Cuando Howard le preguntó si dejaría en algún momento que les visitara algún hombre blanco sin que la vida de este corriera peligro, la respuesta fue que solo uno podría hacerlo: el teniente Whitman.[25]

Desde Camp Grant, Howard se dirigió a Camp Apache para escuchar las quejas de los coyoteros. Al enterarse que les iban a cortar el suministro de raciones, suspendió esta orden y evitó así un alzamiento. Y al ver que no iba a tener ninguna oportunidad inmediata de conferenciar con Cochise, se llevó una partida de diez destacados apaches a Washington, donde los hospedaron en los dormitorios de la Universidad Howard. Tras una audiencia con el presidente Grant, los apaches visitaron el Colegio de Sordomudos; su conocimiento del lenguaje de signos les permitió comunicarse con los estudiantes, a quienes desde entonces se refirieron como «los niños que hablaban con las manos y los brazos».[26]

Como estaba claro que la política de paz no iba a tener éxito con los apaches a no ser que Cochise quedara incluido en ella, se destinó a Howard a otra misión. De regreso a Santa Fe, a finales de 1872, cabalgó hasta la agencia Tularosa, en el oeste de Nuevo México, en compañía del mayor Pope. Allí se encontraba la banda de mimbreños Warm Springs de Victorio, pero a estos no les hizo mucha gracia la idea de tener que marcharse de Cañada Alamosa. La mayoría de ellos habló de regresar a sus viejas tierras en Warm Springs.

Durante la estancia de Howard en Tularosa, un destacamento de caballería se presentó de patrulla. El guía de la tropa era un «personaje singular» cuyo nombre Howard conocía bien: Tom Jeffords, el amigo de Cochise y de los chiricahuas. Así, se le brindó la oportunidad que andaba esperando. Cuando se presentó ante Jeffords fue directamente al grano. «¿Puede llevarme al campamento del indio Cochise?», le preguntó. Jeffords le miró a los ojos «directa e inquisitivamente», y le preguntó: «¿Iría hasta allí conmigo sin soldados, general?». «Sí, si es necesario», respondió Howard. «Entonces le llevaré hasta él», aceptó Jeffords.[27]

Jeffords le pidió a Chie, uno de los hijos de Mangas Coloradas y amigo de Cochise, que les acompañara, pero también sintió la necesidad de encontrar a Ponce, cuyo padre era asimismo amigo íntimo del jefe chiricahua. A Ponce le habían enviado poco antes a la reserva de los mescaleros, en Fort Stanton, pero se había marchado de ella y ahora estaba haciendo incursiones en la región de Cañada Alamosa. Después de una breve búsqueda con la ayuda de Chie, Howard y Jeffords dieron con el campamento de Ponce.

Al sugerirle Jeffords que les acompañara, Ponce preguntó: «¿Quién se ocupará de estos indios?». El general Howard respondió llevándose a toda la banda de Ponce al pueblo mexicano más próximo que contara con un almacén. Les compró víveres para treinta días bajo la condición de que se quedaran donde estaban y no asaltaran ni robaran. Y como Ponce no tenía caballo, Howard le compró uno.

Pero cuando el pequeño grupo inició la larga marcha hacia el territorio de Cochise, Howard vio que Ponce iba a pie. Al enterarse de que las tropas estaban tratando de localizar a su banda, Ponce le había entregado el caballo a su mujer. Ya era demasiado tarde para comprarle otro, por lo que el general Howard compartió su caballo con él, una cortesía que agradó mucho a Ponce. Se detuvieron brevemente en Fort Bayard y después en Silver City, donde la recepción fue hostil. No había partidarios de la política de paz en la ciudad minera, y se hicieron amenazas abiertamente contra los apaches.

Cuando llegaron al camino que conducía a la tierra de Cochise, Chie hizo unas señales de humo y se puso a ladrar como un coyote. La respuesta llegó desde no muy lejos, pues habían alcanzado uno de los puestos avanzados de Cochise, a unos ciento setenta y cinco kilómetros de su baluarte. Había sesenta apaches (entre hombres, mujeres y niños) acampados en el puesto de avanzada. El explorador de Cochise le dijo a Howard que, antes de continuar, debía reducir el tamaño de su grupo. Howard envió a tres hombres para que le esperaran en Camp Bowie; su grupo quedó así reducido a Jeffords, el capitán Sladen y los dos apaches. A Sladen le preocupaba mucho que Howard se expusiera, a sí mismo y al resto, a un peligro tan grave, pero Howard confiaba en Jeffords y en los apaches.

Cruzaron las montañas Chiricahua y el valle de San Simón hasta acceder a las estribaciones de las Dragoons. Varias veces a lo largo del día, Chie y Ponce prendieron cinco fogatas en círculo para indicar que cinco hombres llegaban en son de paz.

Se toparon con un grupo de apaches en una fortaleza natural, un ancho cañón de paredes perpendiculares, con unos ciento sesenta kilómetros cuadrados de buen pasto y varios manantiales. Allí, Tygee, un subjefe, realizó una breve visita al grupo de Howard. Se comportó con cortesía, pero mostraba un aspecto lúgubre, y Howard percibió que tanto Chie como Ponce parecían preocupados. «¿Habrá paz?», quiso saber Howard. Ponce meneó la cabeza y respondió en

castellano: «¿Quién sabe?». Cuando Howard se tendió en su manta para descansar, algunos niños apaches se acercaron y se acurrucaron junto a él, reposando sus cabezas sobre la manta. El general se tranquilizó. Volviéndose a Sladen, le dijo: «Esto no significa guerra».[28] Pero aún así, nadie sabía si Cochise acabaría presentándose.

A la mañana siguiente, se aproximó un jinete, un hombre de corta estatura y robusto, con el rostro pintado con rayas negras y bermellón. A pesar de su aspecto fiero, desmontó y abrazó a Jeffords. Se trataba de Juan, uno de los principales guerreros chiricahuas.

Cochise y su grupo no tardaron en aparecer: entre ellos estaba su hijo Nachez. «*Buenos días, señor*», dijo Cochise. Medía algo más de un metro ochenta y tenía un semblante agradable. Al sentarse formando un semicírculo, le preguntó a Howard el propósito de su visita. Le respondió que el presidente Grant le enviaba para firmar la paz entre el pueblo de Cochise y los blancos. «Nadie desea la paz más que yo», fue la respuesta de Cochise. Howard propuso el establecimiento de una reserva para todos los apaches a orillas del río Grande. Cochise había estado allí y conocía el territorio. «Antes de rechazar la paz —dijo Cochise—, iré allí y me llevaré a todos cuantos pueda conmigo, pero ese traslado dividirá a mi tribu. ¿Por qué no nos concedéis Apache Pass? Concedédmelo y me ocuparé personalmente de la seguridad de los caminos. Me encargaré de que ningún indio atente contra la propiedad de nadie.»[29]

Howard manifestó que lo que pedía Cochise era factible, pero pensaba que la región de río Grande sería mejor, porque había cinco ríos en la zona y buen pasto para el ganado. Cochise le preguntó entonces: «General, ¿cuánto tiempo piensa quedarse? ¿Esperará a que lleguen mis capitanes para parlamentar?».

Aunque habría que esperar diez días para reunir a los demás, Howard estuvo dispuesto a aguardarlos. «Una vez fuimos un pueblo numeroso y ocupamos todas estas montañas —le dijo Cochise—, vivíamos bien, en paz. Pero un día un oficial de los hombres blancos

atrapó a mi mejor amigo y lo mató a traición [...]. El peor sitio de todos es Apache Pass. Allí asesinaron a cinco indios, uno de ellos era mi hermano. Colgaron sus cuerpos y los exhibieron allí, pudriéndose al sol, hasta que no quedaron más que los esqueletos.» Continuó refiriendo el ahorcamiento de los cautivos y los rehenes de Apache Pass en 1861. «Ahora, los estadounidenses y los mexicanos matan a los apaches en cuanto los ven —añadió Cochise—. Yo me he vengado con todas mis fuerzas. Los míos han matado a muchos estadounidenses y mexicanos, y se han apoderado de sus pertenencias. Sus pérdidas han sido mayores que las mías. Yo he matado a diez hombres blancos por cada indio caído, pero sé que los blancos son muchos y que los indios somos pocos. El número de apaches aumenta cada día menos [...]. ¿Por qué confinarme en una reserva? Firmaremos la paz y la mantendremos fielmente. Pero dejadnos vagar libres por ahí, como los estadounidenses. Dejadnos ir adonde nos plazca.»[30]

Mientras esperaba a que Cochise reuniera a sus cabecillas, Howard y Chie fueron a Camp Bowie para informar al jefe del puesto de que se había firmado la paz con los chiricahuas y darle instrucciones a fin de que consiguiera las raciones que se iban a destinar a la banda; acto seguido, los dos regresaron. El general Howard rechazó el plan de trasladarlos a Cañada Alamosa o a Tularosa y, en cambio, les asignó sus propias tierras como reserva, tal y como Cochise había solicitado. La nueva reserva chiricahua incluía parte de las montañas Chiricahua y el valle del oeste, y se extendía por la frontera mexicana, lo que constituiría una fuente de futuras dificultades. También de acuerdo con los deseos de Cochise, Howard nombró a Jeffords como su agente. Todos los chiricahuas mantuvieron el tratado mientras el gobierno cumplió sus promesas. Solo cuando en 1876 se intentó desplazarlos a San Carlos, comenzaron a resurgir los problemas.

Con los chiricahuas en paz, todas las bandas apaches quedaron nominalmente bajo la política de paz en 1872, aunque ciertas cuestiones relativas al control de quienes estaban en las reservas

aún no se habían resuelto, salvo en el caso de la gente de Cochise. En la mayoría de las agencias, las raciones se entregaban cada diez días, lo que daba a las partidas de asalto apaches un amplio margen de tiempo para llevar a cabo ataques rápidos y regresar. Las incursiones apaches continuaron tanto en el norte como en el sur de Arizona, al tiempo que las críticas a la política de paz iban en aumento.

Los tonto y los yavapais de Camp Verde estaban intranquilos y recelosos. Cuando Crook estableció el control militar de la reserva, un gran número de ellos se dieron a la fuga y hubo otros que no tardaron en seguirles. Muchos regresaron, pero cuando mataron a un importante prisionero tonto, se fueron todos. Crook ordenó capturarlos de nuevo e impuso que se les pasara revista a diario, lo que acabó con cualquier probabilidad de paz duradera sin una guerra intermedia.

Los yavapais de Date Creek habían sido especialmente sumisos al control militar, y un agente civil fue capaz de incrementar la disciplina. Una epidemia de fiebre, en agosto de 1872, le indujo a permitir que los enfermos se marcharan a la sierra; sin embargo, una vez de vuelta en sus familiares montañas, se negaron a regresar. Crook envió tropas en su busca; cuando mataron a setenta de sus hombres, los yavapais volvieron en tropel a Date Creek en mayor número que antes. Para convencerles de que solo los indios pacíficos encontrarían seguridad en las reservas, Crook arrestó a los sospechosos de haber participado en el asesinato de Frederick W. Loring, cerca de Wickenburg, en 1872.

Los coyoteros de Camp Apache habían aceptado de buena gana la vida y el control de la reserva, y en su primera temporada de cultivo, consiguieron cosechar y vender unos trescientos sesenta kilos de maíz. A finales de 1872, mientras se preparaba para la campaña que esperaba iniciar pronto, Crook ordenó a todos ellos que se trasladaran a dos kilómetros de la agencia de Camp Apache y se sometieran a un recuento diario. Su propósito era evitar que quedaran expuestos a las visitas de los hostiles, pero Howard les

había prometido seguridad en cualquier lugar de la reserva. Como dejaron desprotegidos sus campos y su ganado, los coyoteros estaban disgustados, especialmente cuando el mayor W. H. Brown llegó para hacer cumplir las órdenes de Crook y alistar a unos cuantos exploradores. Sin embargo, siguieron cooperando, y las restricciones no tardaron en relajarse.

En Nuevo México, las agencias de los mescaleros y los apaches del sur se habían combinado en 1870. El teniente A. G. Hennisee, de Fort Stanton, estaba tratando de controlar a los mescaleros, pero solo se habían presentado cincuenta y uno de ellos, sin ningún jefe, para ver qué trato podría esperarse. Aunque tenía poco que ofrecerles en cuanto a alimento, techo y abrigo, Hennisee seguía mostrándose optimista.

Ese mismo año, cuando la Secretaría de Guerra volvió a traspasar el control de los indios a la Secretaría de Interior, la Asociación Unitaria Americana nombró a A. J. Curtis para que se pusiera al frente de la agencia de los mescaleros. En Fort Stanton, Curtis se encontró solo al jefe José de la Paz, junto a veintisiete miembros de su banda tras haber sido reducidos por las tropas. Curtis mandó mensajeros al resto de la banda, aunque algunos habían huido al territorio comanche. Cadete se presentó y se le aseguró protección, tierra para cultivar y una escuela, si él y los suyos permanecían en paz en la reserva. No tardaron en llegar trescientos veinticinco mescaleros, y un grupo se puso en marcha hacia el territorio comanche en busca de los demás. Del mismo modo, se despachó a México a un hombre que había sido contratado para convencer a los mescaleros que pudiera haber allí de que regresaran.

En 1871, en parte porque a la Cámara de Representantes le molestó la autoridad del Senado para pactar tratados, se pusieron fin a todas las firmas de acuerdos con los indios. Desde entonces, ninguna tribu se contemplaría como nación independiente: todos los indios serían «pupilos» del Gobierno de Estados Unidos y las dos cámaras decidirían su destino conjuntamente.

Al tiempo que los demás apaches se rendían en Nuevo México, destinaron a muchos a la reserva de los mescaleros. En 1872, había trescientos cincuenta apaches lipan de Texas y trescientos diez gileños en la reserva mescalero, aunque la reserva de los gileños se encontraba en Tularosa. Simplemente se negaron a ir.

Los mescaleros se quejaron de la instalación de otros en sus tierras, pues existía una abierta hostilidad entre ellos y algunas de las demás bandas apaches. A Cadete, que había convencido a muchos mescaleros para rendirse, lo mataron en el cañón La Luz mientras regresaba de Mesilla, adonde había ido para testificar contra la gente de Nuevo México por vender whisky a los indios. Nunca se detuvo a su asesino pero muchos creían que los vendedores de whisky se habían tomado la justicia por su mano.

Aunque los mescaleros volvieron a hacer un esfuerzo por permanecer en paz y respetar el tratado, sus problemas estaban lejos de haber terminado. Parte de sus dificultades estribaba en que los confines de su reserva eran muy vagos, y ni los apaches ni las otras tribus tenían claro dónde quedaban los límites con exactitud. A consecuencia de esto, a los mescaleros se les acusó de robar ganado, cuando lo único que habían hecho era matar a los animales extraviados que se habían encontrado dentro de su reserva. Debido a las quejas de los rancheros y de otros interesados, el mayor W. R. Rice arrestó a Santa Ana, el hermano del jefe Roman. Al retenerlo como rehén, Rice exigió, a cambio de su liberación, la devolución de unos caballos robados que sospechaba estaban en la reserva. Los mescaleros se dejaron llevar por el pánico y todos, menos doscientos, huyeron a las montañas. No obstante, la mayoría regresó unos meses más tarde.

A causa de la insatisfacción de los mescaleros por la falta de territorios de caza adecuados en la reserva, en febrero de 1874 una orden ejecutiva incrementaba las tierras de cultivo al este de las montañas y los territorios de caza en la ladera occidental de las Sacramento. Sin embargo, a pesar de que había multitud de

cuatreros y ladrones de ganado de origen no indio operando en Nuevo México, a los mescaleros aún se les acusaba de robar ganado.

En varias ocasiones, grupos de blancos atacaron los campamentos mescaleros de la reserva, mataron a hombres, mujeres y niños, y se llevaron sus rebaños de ponis. Estos ataques tuvieron lugar a muy poca distancia del fuerte, pero, según las declaraciones de las tropas, pensaron que los indios se estaban peleando entre sí y no hicieron ni el menor esfuerzo para enterarse de lo que estaba ocurriendo realmente. Al ver que estaban totalmente desprotegidos y que carecían de armas adecuadas para defenderse, muchos mescaleros volvieron a huir a sus refugios favoritos de las montañas. Los militares hicieron gala de una torpeza aún mayor que antes: interpretaron la huida de los mescaleros como una acción hostil. Las tropas siguieron el rastro de los indios atemorizados, que volvieron a escaparse dejando atrás todas sus posesiones, para vagar helados y hambrientos por las montañas.

Los blancos atacaron a los mescaleros de vez en cuando en los años siguientes, y de nuevo estos huyeron a las montañas, sin comida y con escasa ropa. Cuando su agente finalmente dio con ellos, estaban muriéndose de hambre, casi desnudos. Les convenció para que regresaran pero, para entonces, su antiguo modo de vida había desaparecido por completo: los rancheros habían empezado a cercar sus tierras con alambre de espino, y las manadas de búfalos del sur habían sido diezmadas. Aunque su agente informó que eran «tratables» y «susceptibles de amabilidad», no pudieron evitar tener problemas con los blancos que continuaban robándoles los caballos.[31]

A pesar de que a la política de paz se le había dado una oportunidad en Arizona y Nuevo México, los problemas apaches continuaron. Seguían sucediéndose incursiones apaches a Sonora al viejo estilo ya consagrado, y estas, pese a los desmentidos de Jeffords, se atribuían a los chiricahuas. Debido a su proximidad con México, la reserva chiricahua se convirtió en el refugio favorito de los hostiles

reincidentes de otras bandas, y también fue una parada idónea para los asaltantes en su camino de ida y vuelta a México. Jeffords, que se dio cuenta de que la paz apache era una cosa bastante precaria, repartió raciones entre los visitantes apaches sin hacerles preguntas embarazosas. Confiaba en Cochise incondicionalmente y nunca tuvo ocasión de arrepentirse.

Ahora era el turno de Crook para tratar de imponer una política diferente con respecto a los apaches, y estaba seguro de cada movimiento que iba a hacer. En primer lugar, había que enseñar a las bandas hostiles que en ningún refugio estarían a salvo de las tropas y que la rendición total era su única esperanza de supervivencia. En su corta experiencia con los apaches, Crook había aprendido una valiosa lección, la cual le proporcionaría el éxito donde sus predecesores habían fracasado: solo un apache podía atrapar a otro apache. Confiaría en los apaches no solo en calidad de exploradores, sino también como soldados.[32]

VIII

CROOK Y LA CONQUISTA DE LOS TONTO

A Crook nadie le superaba como luchador contra los indios. Era paciente, determinado y tenía una resistencia física extraordinaria, tal y como sus hombres tuvieron oportunidad de comprobar con gran pesar. Comprendía a los indios: era, en opinión de muchos, «más indio que los indios».[1] Cuando los indios se mostraban hostiles era un enemigo implacable, pero era atento y humanitario con quienes abandonaban el sendero de la guerra. En Arizona, solía reclutar exploradores entre los prisioneros hostiles, que servían bien. Al tratar con los indios, Crook nunca mintió o hizo promesas que no pudiera cumplir. Con los apaches, dijo, «la gentileza, la paciencia, la inteligencia, la verdad y la honestidad» eran esenciales.[2] Su política tuvo éxito; los apaches confiaron en él como no lo hicieron en ningún otro oficial con la excepción del teniente Whitman.

Empezando en junio de 1871, Crook planificó su campaña apache con cuidado y precisión, para que las primeras patrullas impulsaran a los hostiles hacia la cuenca del Tonto. Una vez allí, donde los apaches estaban seguros de hallarse a salvo, se darían los últimos golpes y concluiría la campaña. Cuando vieran que no había refugios seguros en ningún lugar de Arizona, los apaches perderían la voluntad de luchar.

Como preparación para la ardua campaña que se iba a emprender, Crook hizo una marcha de entrenamiento con cinco compañías de caballería, un convoy de abastecimiento y exploradores indios. En los exploradores estaban representados casi todas las tribus de la región: ópatas, yaquis, navajos, apaches mansos y pueblos, así

como algunos mexicanos, angloamericanos y mestizos. El edecán de Crook durante la mayor parte de sus campañas en Arizona fue el teniente John G. Bourke, que más adelante escribiría el libro *En la frontera con Crook*.

El destacamento dejó Tucson en julio de 1871, algo más de un mes después de que Crook entrara en funciones. Cruzaron unos ciento noventa kilómetros de desierto hasta Fort Bowie por territorio chiricahua, un gesto de advertencia dirigido a Cochise. Desde allí, los hombres marcharon hacia el norte, atravesando las montañas, hasta llegar a Camp Apache y, a través de una región no cartografiada que se extendía por la cordillera Mogollón hasta Camp Verde y Prescott; recorrieron una distancia total de unos mil noventa kilómetros.

En la marcha, Crook era siempre el primero en despertarse y en ensillar su caballo cada mañana, listo para reemprender la marcha. Se mostraba curioso ante todas las plantas, animales y fenómenos naturales que veía por el camino, y preguntaba continuamente a sus guías indios todo tipo de cuestiones. Estudiaba el territorio con meticulosidad y tomaba notas mentales tanto de los peligros como de las ocasiones que les proporcionarían ventaja.

Aunque Crook, en un primer momento, confió en exploradores y guías de otras tribus, así como en los mexicanos, no tardó en fiarse principalmente de los apaches. En Camp Apache, convenció a algunos coyoteros para que se alistaran como exploradores por la misma paga y asignaciones que percibían los soldados. Los coyoteros, en esa época, estaban molestos a causa de la orden de Crook según la cual todos ellos debían trasladarse a una distancia no superior a dos kilómetros de la agencia, una precaución que tenía la intención de protegerles de los hostiles una vez que la campaña se iniciara. Estaban molestos por tener que dejar desprotegidos sus campos y su ganado, pero demostraron que eran de fiar y la orden no tardó en relajarse.

Desde Fort Apache, Crook envió tres compañías del Tercero de Caballería junto a los exploradores apaches recién reclutados, bajo las órdenes del capitán Guy V. Henry, para que peinaran el territorio

hasta Camp McDowell. Henry informó que la combinación de exploradores apaches y la caballería excedía sus «expectativas más optimistas», pues los apaches eran «inestimables». Gracias a ellos, su columna logró matar a siete guerreros y capturaron a algunas mujeres bajo circunstancias extremadamente desfavorables.

Sin embargo, antes de que se pudieran emprender otros movimientos, a Crook le llegó la noticia de que Vincent Colyer venía para instaurar la política de paz del presidente Grant, y de que el ejército tenía que cooperar con él en todos los aspectos. Crook ya había dado la orden general que establecía que todas las bandas debían dirigirse a las reservas o de lo contrario serían tratadas como hostiles, y que se mantendrían operaciones activas contra ellos hasta que se entregaran a la autoridad gubernamental. Pero, a causa de la visita de Colyer, Crook se vio en la obligación de suspender las operaciones y esperar con impaciencia a que fracasara la optimista aventura de paz.

Mientras permanecía aparentemente ocioso, Crook continuó preparando sin descanso su gran ofensiva, que estaba seguro de que no se pospondría demasiado. Estaba convencido de que los apaches jamás se establecerían de modo permanente en ninguna parte hasta que fueran expulsados de sus refugios más seguros y se les derrotara de modo decisivo. Crook se figuraba que los esfuerzos de Colyer para pacificar a los apaches estableciéndolos en reservas separadas no harían más que demorar el ajuste de cuentas. Los inveterados hostiles jamás se entregarían voluntariamente, y sus continuos asaltos no dejarían de angustiar a los demás. En parte debido al odio que sentían por los que vivían pacíficamente en las reservas, Crook pudo reclutar exploradores apaches para luchar contra su propio pueblo.

Aunque estaba decidido a darles una paliza a los apaches, Crook admitía que había dos caras en el asunto. «Pienso que al apache se le pinta con colores más oscuros de los que se merece —escribió— y que sus vilezas surgen más de un malentendido de la realidad, que de que realmente sea peor que otros indios.» Por otra parte, añadía,

«debe recordarse que [...] una gran proporción de la población blanca es tan bárbara en sus métodos de guerra como los propios apaches; que Arizona sigue siendo un refugio para los criminales y los forajidos de otros estados y territorios; que la guerra y el pillaje se han multiplicado entre los apaches hasta llegar a ser los indios más salvajes e intratables del país; [y] que las bandas grandes de su nación siguen infestando el norte de México [...].»[3]

Era imposible, desde luego, tener a los indios de las reservas bajo una vigilancia constante, y los hostiles eran en ocasiones capaces de reclutar guerreros para sus incursiones. Los yavapais, que se habían instalado en Camp Date Creek, cien kilómetros al sudoeste de Prescott, continuaron organizando partidas de asalto. Se pensó que una de ellas había sido la responsable del ataque a una diligencia cerca de Wickenburg en 1871, la supuesta masacre de Loring: uno de los supervivientes aseguraba que los asaltantes habían sido yavapais. Crook estaba convencido de que a los indios había que enseñarles que las reservas no eran refugios para quienes cometían actos hostiles. Fue a Beale Springs, donde convenció a unos exploradores hualapais para que le acompañaran a Date Creek y se enfrentaran a los yavapais. Los hualapais le advirtieron que si iba allí, los yavapais le matarían, pues sospechaban que él sabía quiénes eran los culpables. En vez de eso, los hualapais les pedirían que asistieran a un consejo y esconderían sus rifles bajo las mantas.

Antes de que pudiera llevar a cabo sus propósitos, a Crook se le ordenó que suspendiera de nuevo sus operaciones mientras el general Howard intentaba emprender otra misión de paz. No sería hasta septiembre de 1872 cuando pudo reanudar al fin su plan de castigar a los renegados de Date Creek. Mientras tanto, envió exploradores blancos e indios a reunir pruebas, y le convencieron, más allá de toda duda, de que los yavapais de Date Creek habían sido los responsables de la masacre de Loring. Los mohaves de la agencia del Colorado incluso conocían la identidad de los asaltantes y ardían en deseos de señalárselos.

El capitán Philip Dwyer, del Quinto de Caballería, al mando de Date Creek, falleció de repente el 29 de agosto, y Bourke, el edecán de Crook, tuvo que dirigirse a toda prisa al puesto para hacerse temporalmente con el mando. Cuando Crook llegó al poco tiempo, los seguidores renegados del jefe Ochocama se dispusieron a llevar a cabo su plan de matar al general mientras dos terceras partes de los indios de la agencia se encontraban ausentes. Crook, desarmado pero acompañado de unos pocos soldados y una docena de porteadores, todos ellos armados hasta los dientes, acudió al consejo con Ochocama y sus hombres. Los yavapais parecían recelosos, y algunos, de un modo amenazador, se habían puesto pinturas de guerra en la cara. Los mohaves comandados por el jefe Iretaba habían llegado de la reserva del Colorado para identificar a los indios culpables. Se pusieron de acuerdo para mezclarse entre los demás y ofrecer un rollo de tabaco a cada uno de los asesinos. Al identificarlos de este modo, los soldados o los porteadores se deslizarían silenciosamente hasta colocarse en un lugar desde el que podrían atraparlos cuando Crook diera la señal. El primer rollo de tabaco se lo ofrecieron al mismo Ochocama; desconfiado, el jefe renegado rechazó en un primer momento el regalo, pero al final le convencieron para que lo aceptara.

Cuando se hubo entregado el último rollo de tabaco, Crook dio la señal para capturar a los renegados. Ellos respondieron con otra señal y un guerrero cercano a Ochocama alzó su rifle y disparó a Crook. No le dio; entre el teniente Ross y Dan O'Leary apartaron al general hacia un lado y arrebataron el rifle de las manos del guerrero. Mientras tres porteadores agarraban a Ochocama y lo sacaban a empujones hacia el cuartel de la guardia, se desató el tiroteo a pesar de los esfuerzos de Crook por evitarlo. Aunque herido, el jefe escapó. La escaramuza acabó enseguida, pues los renegados desaparecieron entre las rocas.

Los hostiles huyeron a las montañas y, aunque su propio pueblo les gritó que se rindieran o de lo contrario les matarían, la mayoría se negó. Los pocos que regresaron manifestaron un amargo odio hacia

Iretaba y sus mohaves, e informaron que Ochocama y otros más planeaban ir a la reserva del Colorado a matar a Iretaba y a sus guerreros. Para evitar futuros derramamientos de sangre, Crook convenció a los hostiles de que se había enterado de la identidad de los asaltantes por otros, no por los mohaves. Los exploradores hualapais no tardaron en informarle de la localización del campamento de los renegados.

Crook esperó unas semanas y luego mandó al capitán Julius Wilmot Mason con un destacamento de caballería y ochenta y seis exploradores hualapais bajo el mando de Al Sieber y el teniente Walter Schuyler. Ocultaron su convoy de abastecimiento y sus caballos en un cañón, y emprendieron una ardua y larga marcha nocturna. En un punto llamado Muchos Cañones, donde se fundían cinco cañones para formar el Santa María, encontraron a los renegados en cuatro campamentos. La fuerza se dividió y rodearon cada uno de los campamentos. Los hombres se agazaparon en el frío hasta el amanecer; cuando los yavapais empezaron a despertarse, los exploradores y los soldados abrieron fuego. Mataron a cuarenta guerreros, capturaron a un montón de mujeres y niños, y destruyeron todas las provisiones y las instalaciones de los campamentos. A su regreso, el capitán Mason informó a Crook de que «los oficiales y los hombres se han comportado espléndidamente y no puedo decir menos de nuestros exploradores walapais [sic]. Su rastreo fue excelente, y cuando se desató la lucha estuvieron a la altura de los soldados».[4]

Los yavapais hostiles estaban ahora completamente pacificados, salvo una pequeña banda, que se dirigió a México. Crook mandó una fuerza del Quinto de Caballería bajo las órdenes del capitán Burns tras ellos: los alcanzaron y pudieron traerlos de vuelta. Desde entonces, los yavapais no volvieron a dar problemas; la resistencia india en el oeste de Arizona concluyó. Al comienzo del año siguiente, bajo la sugerencia de Crook, los exploradores hualapais enviaron a Dan O'Leary y a otros a California para adquirir caballos y dedicarse a cría.

Tal y como Crook había anticipado, no tardó en quedar claro que la creencia de Colyer de que todos los apaches acudirían voluntariamente a las reservas había sido demasiado optimista, ya que las incursiones y los asesinatos siguieron sin amainar. Las hostilidades fueron especialmente pronunciadas en el sur de Arizona, pero los tonto también fueron conflictivos en el norte. Por aquel entonces, muchos de los hostiles habían adquirido armas de fuego tan efectivas como las de las tropas, y estaban desesperados.

La Secretaría de Guerra autorizó a Crook para que procediera con su campaña, pero de nuevo se vio obligado a cancelar las operaciones durante la segunda visita del general Howard a Arizona y Nuevo México. En esta ocasión, Howard firmó su famoso tratado con Cochise, por el que concedía a los chiricahuas una reserva en sus propias tierras y un agente de su propia elección. Este tratado situó a los chiricahuas fuera de la jurisdicción de Crook.

La campaña tantas veces pospuesta comenzó finalmente a mediados de noviembre de 1872. Crook sabía que los apaches eran más vulnerables en invierno que en verano porque tenían que subsistir de las provisiones que hubiesen logrado almacenar. Ordenó marchar a tres comandos separados desde Camp Hualapai, cada uno compuesto por una compañía de caballería y treinta o cuarenta exploradores indios. Peinaron el territorio en torno a los picos San Francisco y la región de Upper Verde. En dos semanas mataron a muchos guerreros, capturaron a algunas mujeres y niños y destruyeron campamentos de invierno y provisiones. Inmediatamente después de mandar estas columnas, Crook realizó una marcha rápida a Camp Apache pasando por Camp Verde y el Little Colorado. La distancia era de cuatrocientos kilómetros; las tropas se despertaban cada mañana a las dos de la madrugada y estaban sobre sus monturas a las cuatro. La cumbre de la meseta del Colorado tenía una altitud de tres mil metros y el frío era intenso. En Camp Apache, Crook volvió a alistar exploradores coyoteros, pues había tenido que dar de baja a los reclutados anteriormente debido al interludio de la política de paz. Uno de los alistados fue

Nocadelklinny (Bobby Doklinny para los soldados), que más adelante sería un importante hombre medicina y una figura destacada en la reanudación de las hostilidades.

De Camp Apache a Camp Grant había más de ciento setenta y cinco kilómetros, pero, debido a que el terreno estaba plagado de cañones, a los hombres de Crook les parecía que estaba bastante más lejos. Cabalgaron desde las seis de la tarde hasta las ocho de la noche siguiente. Mientras los soldados exhaustos yacían tumbados sobre sus mantas entre gemidos, Crook salió a cazar aves para el desayuno. «Era esa insensibilidad a la fatiga —escribió el capitán Bourke—, junto al desprecio por el peligro, o mejor dicho su habilidad para evitar todas las trampas que se le pudieran tender, lo que hizo ganar a Crook la admiración de todos los que sirvieron bajo sus órdenes [...].»[5]

En el viejo Camp Grant, Crook destacó otras columnas para que hiciesen una batida en la cuenca del Tonto desde distintos puntos. En total había nueve comandos independientes actuando al mismo tiempo, cruzando una y otra vez el territorio de los hostiles, tomando por sorpresa a bandas de indios que huían de otros destacamentos. Los apaches jamás se habían enfrentado a tantas fuerzas separadas al mismo tiempo, y el resultado fue devastador. Crook estuvo al frente de todo y ejercitó una supervisión muy cercana con marchas rápidas de un punto a otro. Sin embargo, no interfirió en la acción de las distintas columnas, dejando sus movimientos en manos de los oficiales que había escogido. No le decepcionaron.

Las órdenes que dio fueron simples pero directas: obligar a los apaches a rendirse siempre que fuera posible; si se negaban, ofrecerles toda la guerra que desearan, todos a una, sin darles tiempo a descansar o a recuperarse; dar caza a los hostiles sin interrupción hasta haber matado al último guerrero o haber conseguido su rendición; evitar matar a las mujeres y a los niños, y vigilar que los prisioneros no fuesen maltratados; siempre que estos desearan servir como exploradores, no dudar ni un segundo en

alistarlos. Para Crook no existía ninguna excusa aceptable para abandonar un rastro caliente. Si los caballos no podían más, los hombres deberían seguir a pie.

A los exploradores apaches se les mandaba marchar andando un día por delante de las tropas, pero se mantenían en constante comunicación con el jefe de los exploradores. Su deber era encontrar los campamentos de los hostiles y conducir a las tropas hasta allí, pero en ocasiones el deseo de batallar de los exploradores era demasiado fuerte y atacaban a los hostiles sin aguardar a las tropas. Se fueron convirtiendo gradualmente en la parte fundamental de la fuerza de combate de Crook (en ocasiones se les enviaba con un destacamento simbólico de tropas) y se ocupaban de la mayor parte del combate. Debido al papel esencial de los exploradores, su jefe y el oficial al mando de la compañía de exploradores eran figuras clave. Dos de los jefes de exploradores más efectivos fueron Dan O'Leary y Al Sieber. Este último atribuía su remarcable control de los tonto al hecho de haberles contado siempre la verdad. «Cuando les digo que les voy a matar —dijo—, voy y lo hago, y cuando les digo que soy su amigo, pueden contar con ello.»[6] Ninguna de las bandas de apaches hostiles ponía centinelas en torno a sus campamentos al caer la noche, tal y como era costumbre entre los indios, pues entre los apaches nadie tenía autoridad sobre nadie. Por tanto, los hombres de Crook no tenían más que localizar los campamentos apaches y aproximarse a ellos sigilosamente y a tiempo de tomar posiciones antes del amanecer. No obstante, sin sus exploradores, las tropas solo habrían podido dar con aquellos campamentos tan bien ocultos por mera casualidad.



Exploradores apaches de servicio (Sociedad Histórica de Arizona).

Una típica patrulla de exploración era, por ejemplo, la compuesta por aquellos ocho soldados y veinte exploradores apaches que llevaron a cabo una agotadora marcha durante toda una noche a través de un terreno sumamente abrupto para atacar el campamento de Delshay, en la montaña Bad Rock. Mataron a catorce indios. En aquella misma misión, gracias al ladrido de un perro, descubrieron otro campamento, lo tomaron por sorpresa y mataron a otros once apaches más. Los oficiales tenían claro que era a los exploradores a quienes se debía todo el éxito, pero la Oficina de Asuntos Indios se opuso enérgicamente a la utilización que hacía Crook de los apaches para combatir a los apaches. Algunos de los oficiales de más alto grado también se mostraron molestos, pues consideraban la confianza del general en los apaches como una crítica implícita a la habilidad del ejército para enfrentarse a los indios. Sin embargo, el éxito era tanto una cuestión de dar con las bandas hostiles como de luchar contra ellas.

La mayoría de los oficiales que sirvieron en las campañas indias del oeste dejaron toda la responsabilidad de sus convoyes de abastecimiento en manos de porteadores civiles, pero no así Crook. Bourke y los demás estaban asombrados por la preocupación de la que hacía gala el general con respecto a sus convoyes de carga, de los cuales llegó a hacer un estudio científico. Inspeccionaba cada mula y rechazaba a todas aquellas que no cumplieran con lo que él exigía. Una mula que, por ejemplo, al vadear una corriente no pudiese beber sin detenerse, quedaba descartada. Crook también ordenaba que se hiciera un *aparejo* especial para cada animal, y que cada artículo que se utilizase en una reata fuera siempre del mejor material posible. Todo lo referente a esas reatas, incluida la mayor parte de la terminología, era de origen árabe o español. *Jalma* era la palabra árabe para referirse a la montura de carga; la cubierta de la montura se llamaba *suvrinhammer*, una corrupción anglosajona de la expresión *sobre la jalma* («encima de la montura de carga»). La mayoría de los porteadores eran mexicanos, y toda la base de su sistema se había tomado prestada de las caravanas de carga de los mineros de Chile, Perú y la parte occidental de México.

Cada mula no solo sabía qué lugar le correspondía en la reata, sino también cuál era su propio equipamiento de carga, y podría negarse a moverse cuando alguien le hiciera cargar un bulto que no le correspondiera. Las mulas bien adiestradas, al cargarlas, se ponían en el lugar que les correspondía en la fila tras la mulera (normalmente, una yegua blanca que dirige al grupo de mulas con una campana al cuello), mientras que las que no estaban adiestradas vagaban por todas partes, se distraían y causaban todo tipo de problemas. Para identificar a esas alborotadoras, los porteadores les afeitaban la cola. A las mulas adiestradas se las denominaba «avispadas con la campana», las que no habían sido entrenadas eran las «colas afeitadas». Los porteadores aplicaban irreverentemente estos términos a los oficiales del ejército y, por ello, aún hoy a los nuevos subtenientes se les sigue conociendo como *colas afeitadas*. Gracias a la atención incansable de Crook a

sus reatas, sus mulas llevaban cargas de hasta ciento cuarenta y cinco kilos, aunque las regulaciones del gobierno especificaban que ochenta kilos era el promedio de peso máximo para cada carga. En campañas largas donde había que llevar a cabo persecuciones rápidas, las caravanas de Crook eran capaces de ir al ritmo de la caballería, por lo que sus tropas siempre contaban con comida y munición a mano. La rutina diaria cuando no estaban obligadas a marchar consistía en «desempaquetar, alimentar, almohazar y examinar el animal desde "el morro hasta el rabo"».[7]

Cuando se iniciaron las campañas, se obligó a cada oficial competente a prestar servicio. El edecán de Crook, el teniente Bourke, fue asignado a la columna del mayor Brown, que marchó desde Camp Grant. Estaba compuesta por dos compañías del Quinto de Caballería y treinta exploradores apaches. En las montañas Superstición, unieron fuerzas con la compañía del capitán James Burns y sus exploradores pimas. Los objetivos de su búsqueda eran los campamentos de Chuntz y de Delshay, que, según pensaban, debían de estar en las cordilleras de las Matzatzals o de Four Peaks. En las Pinal pasaron de cabalgar por cañones cálidos a cumbres donde tuvieron que acampar en la nieve que les cubría hasta la cintura. El convoy de abastecimiento les siguió por aquellos dificultosos senderos y, gracias a las precauciones de Crook, siempre se mantuvo próximo a la caballería y en buenas condiciones.

A finales de diciembre de 1872, se encontraban en la región del río Salt buscando una cueva que los exploradores sabían que era uno de los refugios favoritos de los tonto y donde creían que había muchos de ellos ocultos. El territorio era especialmente abrupto y los hombres tenían que escalar a pie, protegidos por la oscuridad, bajo un frío extremo. El explorador Nantaje les advirtió de que debían matar hasta el último guerrero o de lo contrario lo tendrían crudo para salir de allí. Alguien se mofó de la probabilidad de que hubiera un gran número de hostiles oculto en aquel territorio tan inhóspito. Nantaje sonrió: «Espera y verás».

El explorador condujo al teniente William J. Ross y a una docena de sus mejores tiradores, que había escogido entre sus soldados y porteadores, hasta una posición estratégica que había más adelante. Cuando abrieron fuego, a los que venían detrás les sonó como una batería de cañones. El mayor Brown envió a toda prisa a Bourke con cuarenta hombres a uno de los lados del cañón. Llegaron a un enorme precipicio que tenía una cueva enorme pero poco profunda en un saliente situado a unos ciento veinte o ciento cincuenta metros de la cima. Enfrente de la cueva había un terraplén natural hecho de enormes bloques de roca caídos.

En el fuego abierto por la avanzadilla cayeron seis guerreros, varios de ellos miembros de una partida de asalto que acababa de regresar de acosar a ojos blancos y pimas a lo largo del río Gila. A través de un intérprete, el mayor Brown exigió a los apaches que se rindieran. Su respuesta consistió en abucheos y en propinarse palmadas en el trasero, pues pensaban que su posición era inexpugnable. Brown les animó a dejar salir a sus mujeres y niños. Respondieron con nuevos abucheos y contestaron que lucharían hasta la muerte.

Los apaches que estaban en la entrada de la cueva dispararon flechas muy elevadas para que cayeran sobre los soldados que se ocultaban tras las rocas, pero estas no causaron apenas daños. Cuando todas las tropas estuvieron en posición, se les ordenó disparar al techo de la cueva para que las balas alcanzaran, al rebotar, a quienes trataban de cubrirse. Esta estrategia fue todo un éxito.



Gerónimo y sus guerreros, en pie de guerra, antes de rendirse al general Crook en 1886 (Colección de Historia del Oeste, Universidad de Oklahoma).

De nuevo, Brown les invitó a rendirse. Un extraño sonido emergió de la cueva, un aterrador grito entre el lamento y la exultación, el delirio de la desesperación y el salvaje aullido de la venganza. «¡Cuidado!» —exclamaron los exploradores apaches—. ¡Ese es su canto de muerte; van a atacar!»[8]

Veinte guerreros, «todos con un aspecto magnífico», brincaron por encima de los terraplenes de rocas con arcos y rifles en las manos. Medio incorporados, abrieron fuego con furia mientras los demás trataban de escurrirse para flanquear a las tropas. Seis o siete murieron y los otros retrocedieron. Desde la cueva llegaban los gritos, gemidos y lamentos de las mujeres. Mientras tanto, un guerrero logró escurrirse más allá de la primera línea de tropas sin ser visto. Ignoraba que había una segunda línea que aún no había abierto fuego, por lo que se arrastró frente a los soldados pero fue acribillado por una descarga lanzada desde la segunda línea antes de que pudiera alzar el rifle.

Brown ordenó mantener un fuego rápido contra la cueva durante unos minutos y, acto seguido, cargar. No hubo resistencia. Setenta y seis hombres yacían muertos y casi todos los supervivientes —treinta y cinco mujeres y niños— lucían heridas. Vieron que la cueva era un baluarte perfecto, muy bien abastecido con alimentos y munición, todo ello adquirido en el curso de sucesivos asaltos. Las mujeres prisioneras le dijeron a Brown que había otro campamento importante en los montes Superstición, en la cara sur del cañón, y que los guerreros no tardarían en atacar. Sin embargo, el asalto no se materializó. Sin que Brown ni sus tropas se enterasen, un guerrero herido logró escabullirse. Al escuchar a los exploradores se enteró de que harían una marcha rápida hasta el convoy de abastecimiento. Por tanto, cuando los guerreros del otro campamento estaban cerca, les advirtió de ello y les hizo volver sobre sus pasos.[9]

La derrota en la cueva aniquiló prácticamente a una de las bandas tonto más destructivas de la Apachería y demostró, de un modo bastante convincente, que las tropas conducidas por exploradores apaches podían acceder a los refugios más inaccesibles y recónditos de los hostiles. Sin embargo, no acabó con toda la resistencia tonto; cada banda tendría que digerir la misma lección.

Estas campañas acabaron con las dudas sobre el valor de los exploradores apaches, pues sin ellos las tropas jamás habrían dado con los campamentos ocultos. «Cuanto mejor conocemos a los exploradores apaches —escribió Bourke—, más nos gustan. Son más salvajes y desconfiados que los pimas y los maricopas, pero mucho más de fiar, y están dotados de muchísimo más coraje y audacia.»[10]

Crook reclutaba a todos los apaches que podía, porque de este modo evitaba que se unieran a los hostiles; además, los exploradores servían como rehenes y garantizaban la buena conducta de su propia gente. Aparte de ello, libraban a las tropas de muchas horas de trabajo agotador y desagradable.

Tras la batalla de la cueva del río Salt, las tropas se llevaron a los prisioneros a Camp McDowell, descansaron unos días y después regresaron a las montañas Superstición. Se toparon con una pequeña partida de apaches tonto, mataron a unos cuantos y capturaron a algunas mujeres y niños, mientras el resto se daba a la fuga. A los pocos días, un niño apache se acercó a ellos y les dijo que su pueblo deseaba firmar la paz. Le dieron de comer y lo enviaron de vuelta con el mensaje de que debían mandar a un adulto para firmar el pacto. La siguiente en llegar fue una anciana, pues los apaches aún no sabían qué esperar y no querían arriesgarse a perder un guerrero. A ella también le dieron de comer y la mandaron de vuelta. Luego vino un anciano. Dijo que la banda estaba desperdigada, pero que los reuniría a todos y se encontrarían con las tropas en la unión del río Gila con el San Pedro.

El anciano cumplió su palabra y acudió a rendirse con un pequeño grupo de apaches tonto. En la marcha a Camp Grant otros se fueron uniendo silenciosamente a la columna, de tal manera que eran ciento diez al llegar al puesto. Crook, inmediatamente, reclutó a veintiséis de ellos para servir como exploradores.

En esa época, Crook trasladó Camp Grant al pie del monte Graham. Al tiempo que las columnas iban llegando de sus campañas, se las reabastecía con alimentos y munición y se les concedían unos días de descanso. Luego se las mandaba de vuelta a la cuenca del Tonto para seguir buscando refugios apaches en las zonas altas de Sierra Ancha, la cordillera de las Matzatzals y las montañas Mogollón, que estaban cubiertas de nieve. En todo momento había fuerzas acosando a los apaches, destruyendo sus provisiones y no dándoles tiempo a descansar ni oportunidad para reponer víveres y munición. Como las tropas las guiaban algunos de los exploradores apaches más hábiles, que se conocían todos los escondites, no había forma de escapar de ellas.

Mientras estas patrullas registraban las montañas, una gran partida de guerra atacó la ciudad de Wickenburg en marzo de 1873, donde mató a mucha gente y se apoderó de rebaños de ganado y caballos.

Su rastro cruzaba el abrupto territorio que surcaba el borde de la montaña Bradshaw hacia la cuenca del Tonto. No había tropas cerca del lugar donde se había producido el ataque, lo que proporcionó a los asaltantes una ventaja de veinticuatro horas antes de que el mayor George M. Randall, el teniente Bourke y un destacamento de exploradores y de caballería emprendieran la persecución.

Los exploradores sabían adónde se dirigían los asaltantes, a un escondite en la cima de la montaña Turret, un refugio que parecía tan inaccesible y seguro como el de la cueva del río Salt. Siguieron avanzando por la noche, subiendo a gatas la montaña; a medianoche pudieron ver el resplandor de las fogatas. Antes del amanecer, los exploradores habían distribuido a Randall y a sus hombres en torno al campamento de los hostiles. Cuando los tonto comenzaron a despertarse, las tropas abrieron fuego de un modo devastador y, acto seguido, entraron a la carga sembrando el pánico entre los estupefactos tonto. Algunos de los que no cayeron acribillados por las balas de los rifles corrieron hasta el borde de la montaña y desaparecieron; se ignora si lograron escapar o se arrojaban a su propia muerte. Aunque algunos hombres pudieron haber escapado, a la mayoría los mataron, y capturaron a casi todas las mujeres.

Esta victoria, después de la espeluznante derrota en la cueva del río Salt, quebró la resistencia de las principales bandas hostiles. Saber que los apaches estaban conduciendo a las tropas y que ya no quedaba ningún lugar donde ocultarse, los dejó totalmente desalentados. No tardaron en llegar, a Camp Verde y a otros puestos, grupos de bandas hostiles en busca de la paz. Se les dijo que regresaran con sus cabecillas. A los pocos días, se rindió el jefe yavapai Cha-lipun (Charley Pan) con trescientos hombres.

Cha-lipun dijo que sus hombres no temían a los angloamericanos y que era luchar contra los de su propio pueblo lo que les había llevado a tomar la decisión de rendirse. No podían dormir por la

noche porque tenían miedo de ser rodeados y asesinados al amanecer. Ya no se atrevían a cazar o a cocinar mezcal. Crook les informó de que si prometían vivir en paz sería su amigo.

Cuando se acercaba la conclusión de la campaña, las diversas columnas comenzaron a llegar a Camp Verde. Tanto los oficiales como los hombres tenían la barba y el pelo largos; estaban sucios y cansados, pero orgullosos de su éxito frente a un enemigo tan formidable. Al felicitarles, el general Crook manifestó que los hostiles se habían quejado de que hasta la última roca se había convertido en soldado. No se olvidó de quienes lo habían hecho posible y calificó a los exploradores apaches como «inestimables».

Sin embargo, el trabajo no había terminado, pues la banda de Delshay seguía sin rendirse. La columna de Randall retomó enseguida su búsqueda por las Matzatzals. Delshay era un viejo contrincante del ejército ya que, a principios de 1867, se había fundado Camp Reno para controlar sus expolios. Los soldados de aquel puesto militar mataron a su hermano con la excusa de que había intentado escapar, y el mismo Delshay había resultado herido por un médico del ejército. Se las había arreglado para mantener unida a su banda y continuaba realizando asaltos a lo largo del Gila y el Salt. Pero la columna de Randall rodeó entonces su campamento en las proximidades de un río que corría al sur de la cordillera Mogollón. Cuando las tropas abrieron fuego, Delshay enarboló una bandera blanca anunciando que deseaban rendirse.

Randall respondió diciendo que Delshay ya se había rendido anteriormente, pero siempre había roto su palabra. El indio le dijo que obedecería sus órdenes porque quería evitar que los suyos murieran de hambre. Hacía seis meses contaba con ciento veinticinco guerreros; ahora solo disponía de veintiséis. Randall aceptó su rendición y se llevó a Delshay y a los suyos a Camp Apache. Pero les disgustó la región de White Mountain tanto como Camp McDowell, y toda la banda se escabulló para dirigirse a Camp Verde, donde se les permitió quedarse.

En abril de 1873, las principales bandas hostiles se habían rendido, pero aún había pequeños grupos ocultos en cañones apartados. La mayor parte del tiempo permanecían, tanto de día como de noche, fuera de la vista de la gente, pero cuando el hambre apretaba se dedicaban a robar ganado y caballos en los ranchos. Crook intentó hacerles llegar a aquellos pequeños grupos de apaches la información de que si no se rendían en un corto plazo, serían masacrados.

En Camp Verde, a los tonto que se habían entregado se les puso inmediatamente a trabajar en la construcción de una acequia para la reserva bajo la supervisión del teniente Walter S. Schuyler y un agente civil, el doctor Williams. El agente había solicitado cinco mil dólares para el proyecto, pero la Oficina de Asuntos Indios se los había denegado, porque los funcionarios estaban barajando la idea de trasladar a los tonto a San Carlos. Schuyler recogió todas las herramientas disponibles (nuevas, viejas o gastadas) en los puestos militares de Verde, Whipple y Hualpai. Con esas herramientas y con palos afilados y templados al fuego, los apaches cavaron una zanja de nueve kilómetros. Los hombres se encargaban de cavar, al tiempo que las mujeres se ocupaban de llevarse la tierra en cestos.

La estación estaba muy avanzada para ponerse a plantar, por lo que el doctor Williams no pudo hacer otra cosa que ocuparse de los enfermos, cuyo número era alarmante. Permitió que muchos tonto se trasladaran a una zona más elevada para escapar de las fiebres que acosaban a quienes vivían en el valle del río. Cuando el doctor Williams contrajo de repente una enfermedad mental, el teniente Schuyler ocupó su puesto. Con el dinero ahorrado gracias a la venta de los cueros que se habían reunido tras el reparto de la carne, y con mano de obra india, Schuyler empezó a trabajar en una presa para el río Verde.

Una vez que la acequia quedó construida, Crook reunió a los jefes tonto en su cuartel general de Fort Whipple para celebrar un encuentro con los cabecillas de todas las demás tribus de Arizona: pimas, pápagos, maricopas, yumas, mohaves, hualapais y yavapais.

Tenía el propósito de negociar una paz formal entre todas las tribus que habían sido enemigas en el pasado. Una vez que se acordó la paz, los tonto volvieron para seguir ocupándose de sus cosechas. No tardaron en tener cerca de veinticuatro kilómetros cuadrados de melones y verduras, y una extensión aun mayor lista para el maíz y la cebada. Construyeron una noria para un pequeño molino con cajas y que no les costó más de treinta y seis dólares. Los tonto eran industriosos y cooperativos, y las perspectivas de éxito eran prometedoras.

Todavía existían problemas con los apaches en la zona occidental de Arizona, pero eran mínimos. Los hualapais de la región del Gran Cañón eran unos guerreros temibles, y aunque algunos de ellos habían entablado amistad con los angloamericanos, no recibieron una compensación adecuada y volvieron a recaer en las hostilidades. A finales de 1870, los indios asaltaron Willow Grove. Las tropas, guiadas por un explorador hualapai, los persiguieron, pero perdieron el rastro. Dos colonos se ofrecieron a salir en busca de los asaltantes si podían llevarse con ellos al explorador hualapai. Regresaron más tarde con una cabellera; tras ser interrogados, admitieron que habían abandonado la búsqueda y matado a su guía. Dan O'Leary, el famoso explorador amigo de los hualapais, se enfureció mucho, pero aquellos dos hombres salieron impunes.[11] Para los pioneros, el asesinato de un indio, aunque fuera un aliado, no constituía ningún crimen.

La mayoría de los hualapais se establecieron en Camp Beale Springs bajo el cuidado de un irlandés, el capitán Thomas Byrne, del Décimo Segundo de Infantería. Aunque Byrne tenía poco que ofrecerles más allá de una modesta pensión para raciones parciales, adquirió un sorprendente ascendiente sobre los jefes y los principales guerreros gracias a su elocuencia, típicamente irlandesa. Cuando se hallaban malhumorados, él les adulaba y les conducía de vuelta a un estado de ánimo positivo preguntándoles si alguna vez habían deseado algo que él no les hubiese prometido. Byrne era muy consciente de que si

aquel pequeño grupo se ponía en pie de guerra, haría falta la mayor parte del ejército de Arizona para sacarlos de los cañones rocosos de su territorio.[12]

Byrne fue reemplazado por un agente civil, pero él se quedó en el puesto militar. Entonces, de pronto, los hualapais se pusieron en pie de guerra sin ninguna razón aparente. Desarmado, Byrne cabalgó a toda prisa tras sus pasos. Cuando los alcanzó, abrieron fuego contra él pero no le alcanzaron. Llegó cabalgando hasta ellos y escuchó sus quejas: le dijeron que el agente civil les estaba engañando. Como creían que Byrne era el responsable de todo lo que ocurría en el puesto, le echaron la culpa.

Los hualapais aceptaron regresar con Byrne. En el puesto descubrió que las escalas utilizadas para pesar las raciones habían sido manipuladas para doblar el peso que se ponía sobre ellas. También se dio cuenta de que el agente había vendido la mayor parte de la harina y la sal de los indios a los mineros. Byrne, enojado, se hizo con el control de la agencia, y aunque había un gran clamor contra él en el Departamento Indio, logró evitar que se desatara una costosa guerra. Los hualapais proporcionaron exploradores al ejército e hicieron un buen servicio contra los tonto, pero cuando acabaron las hostilidades, se les ignoró y se les abandonó a su suerte para que se murieran de hambre.

A principios de 1873, el Congreso abolió la oficina del superintendente de Asuntos Indios en Arizona y otras más, con el objetivo de simplificar la administración india. Para incrementar su eficacia, cada agencia debía adquirir sus propios víveres e informar directamente al Departamento Indio. A fin de evitar abusos, los inspectores debían visitar cada una de las agencias al menos dos veces al año. Sin embargo, este cambio tuvo poco efecto sobre los agentes y los contratistas que conspiraban para engañar a los indios y al gobierno.

Ese mismo año, se tendió una línea de telégrafo entre San Diego y Fort Yuma y más allá, hasta Maricopa Wells, con ramales hacia Prescott, Fort Whipple, Tucson, San Carlos y Camp Apache. El primer

mensaje de la nueva línea fue del general Schofield a Crook, felicitándole por su ascenso a general de brigada.[13] El ascenso, que puso a Crook por encima de una docena de oficiales o más, fue la recompensa por su exitosa campaña. Otro mensaje que se transmitió por la nueva línea fue el que envió el jefe apache Pitone al jefe yuma Pascual. Pitone había estado presente en las negociaciones de paz, y recordaba a Pascual que si los yumas no mantenían sus promesas, los apaches se encargarían de borrarles del mapa.[14]



Esperando el reparto de las raciones en la reserva de San Carlos (Sociedad Histórica de Arizona).

El general Crook siguió encargándose del control de todas las reservas de Arizona, salvo la de los chiricahuas. Seleccionó oficiales competentes para dirigir las fuerzas militares de cada agencia y les urgió a aprender todo lo que pudieran sobre los apaches. Sus instrucciones eran «tratarles como a niños ignorantes, no

inocentes».[15] No obstante, el control de las reservas apaches constituyó un grave problema desde el principio; en un primer momento, lo único que se podía hacer era repartir las raciones, hacer recuentos ocasionales e imponer restricciones moderadas a sus movimientos. Cuando se congregó un número mayor de indios, el peligro de las epidemias aumentó. En el pasado, los apaches acostumbraban a huir de las zonas de enfermedad; además, en los puestos militares escaseaba el suministro de medicinas.

Como podía esperarse de un pueblo tan belicoso, muchos apaches siguieron intranquilos y alterados en las reservas, y con frecuencia hubo pequeños alzamientos y rumores de brotes de violencia. Crook sabía que establecer a los apaches en reservas era solo el principio, pues los primeros años de vida allí serían cruciales. Uno de los mayores obstáculos para la adaptación a la paz era el que surgía de juntar bandas diferentes y enemigas y confinarlas en una misma reserva. Las viejas enemistades heredadas seguían ardiendo y otras nuevas prendían entre los jefes y los guerreros que competían por la influencia.

Parecía probable que si Crook se hubiese quedado a cargo de los apaches durante diez años, estos se habrían adaptado a la vida en la reserva y se habrían vuelto prácticamente autosuficientes sin que estallara ningún alzamiento de importancia, aunque no hubiese sido capaz de superar los obstáculos que surgieron debido a la política de concentración del Departamento Indio. Dio instrucciones de que se ayudara a educar a los indios para que adoptasen medidas de autogobierno. Antiguos exploradores de las diversas bandas se organizaron en una fuerza policial india, y esos hombres fueron asimismo los instrumentos que se utilizaron para influir sobre los demás. Se esperaba que fueran modelos de limpieza y de buena conducta y se les pidió que se dedicaran al cultivo. A las mujeres se las animó a vestir con esmero y a mantener sus hogares impolutos.

Con la idea de introducir a los apaches en una economía monetaria, Crook se cuidó de que todo lo que produjesen se comprara con dinero. A los exploradores se les había pagado al contado el mismo

salario que a los soldados. En su primer día de paga, Crook vio cómo se gastaban el dinero en baratijas, pero no dijo nada. Poco tiempo después, sin embargo, les preguntó qué habían adquirido para sus esposas y familias con sus ahorros. Les dijo que el dinero era como una bellota: con el cuidado adecuado crecería hasta convertirse en un roble; gastarlo a lo loco era como pisotear la semilla. Les sugirió que si adquirían caballos de California, ovejas y ganado, su dinero se incrementaría. Convencidos, los apaches mandaron a unos cuantos hombres a California a comprar pequeños rebaños de caballos y ovejas.[16]

Los oficiales y los agentes civiles tenían que instruir a los indios en el gobierno civil en su forma más sencilla. Crook animó a los funcionarios, tanto civiles como militares, a mantener una «perfecta armonía» en todo lo relacionado con los indios. En caso de que surgieran disputas, debían evitar tomar cartas en el asunto hasta recibir sus instrucciones. El inspector general ya había establecido que cuando los funcionarios civiles y militares fracasaran a la hora de cooperar, «el departamento indio debía ceder paso al militar para asegurar la paz y evitar un derramamiento de sangre».[17]

El supuesto «anillo indio» de funcionarios gubernamentales, contratistas y demás aprovechados que se beneficiaban ilegalmente de los contratos del gobierno para suministrar víveres no albergaba el menor deseo de ver cómo los apaches alcanzaban la autosuficiencia. Gracias a sus contactos, eran capaces de ejercer la suficiente influencia en Washington para conseguir que los tonto se trasladasen de la reserva Verde que se les había prometido como hogar permanente y donde se encontraban razonablemente contentos, a la desolada e insalubre reserva de San Carlos. El traslado, no obstante, se retrasó hasta principios de 1875.

Ya habían surgido problemas entre los funcionarios militares y civiles de Camp Verde antes incluso del comienzo de las campañas apaches de Crook. Muchos consideraban a George H. Stevens, casado con una mujer apache, como el agente indio más capacitado. Pero cuando un sargento del Primero de Caballería escribió una cruda

carta en la que criticaba al general Howard, responsable del nombramiento de Stevens, haciendo parecer que este sargento era el autor de la misma, reemplazaron a Stevens sin cortesías. El agente provisional, el doctor L. D. E. Wilbur, de Tucson, fue una herramienta voluntariosa de los contratistas de Tucson. Cuando trasladaron a los arivaipas y a los pinaleños de Grant a San Carlos fue Wilbur quien les acompañó.

El «siniestro y codicioso» doctor Wilbur, en palabras de Crook, estuvo a punto de desatar otra guerra apache gracias a sus intentos de minar su reemplazo y de mantener tanto su influencia sobre los apaches como su lucrativa relación con los contratistas. Según una comisión investigadora, cuando Charles F. Larrabee llegó en diciembre de 1872 a ocupar el puesto de agente permanente, Wilbur hizo «todo lo que podía hacer un hombre verdaderamente malo».[18] Trató de incitar a los apaches para que expulsaran a Larrabee o incluso acabaran con su vida, y así él podría recuperar el control de aquel provechoso puesto. En cierta ocasión, cuando el intérprete advirtió a Wilbur de que había venido un apache a matar al instructor de cultivos de la reserva, el doctor no hizo el menor esfuerzo en evitarlo y se limitó a contestar: «Dile que espere hasta que yo me vaya de aquí, luego podrá hacer lo que le plazca».[19]

Cuando el teniente Jacob Almy se hizo cargo de las tropas de San Carlos, se le advirtió de que tendría problemas, pero no estaba preparado para lo que iba a encontrarse. Los problemas surgieron por una contienda a causa del liderazgo. Los apaches de la reserva estaban divididos en bandas hostiles: una facción estaba liderada por Eskiminzin y el Capitán Chiquito, la otra por Chuntz, Cochinay y Tomás. Uno de los guerreros de Chuntz sedujo a la esposa favorita de Chiquito y uno de los guerreros de Eskiminzin se vengó matando a un partidario de Chuntz. Para evitar el estallido aparentemente inevitable, Larrabee solicitó el envío de una compañía de caballería a la agencia. La llegada de las tropas evitó un éxodo general, pero el doctor Wilbur continuó conspirando contra Larrabee. A finales de mayo de 1873, en el día del reparto de las raciones, uno de los

guerreros de Cochinay intentó matar al agente y en el tumulto que se desató, mataron al teniente Almy. El ejército, en el acto, asumió el control de San Carlos y Larrabee dimitió.
El conflicto civil-militar quedaba ahora al descubierto, y la «perfecta armonía» que Crook había exigido quedó olvidada por ambas partes. El capitán W. H. Brown, ahora al mando, declaró que los indios habían sido manipulados, lo que era cierto, y que los agentes eran unos granujas y los intérpretes unos mentirosos, lo que en ocasiones también era verdad. Crook dijo que la «conducta criminal» de Wilbur no había sido nada más que el «afloramiento de la vieja corrupción de Camp Grant», una referencia indirecta al impopular teniente Whitman. Crook decidió prescindir de la política «débil y vacilante» del Departamento Indio y ordenó a Brown que introdujese una justicia firme e imparcial a los que se comportasen bien y que impartiese un castigo seguro a los malhechores.[20] Este régimen de rígida disciplina no tardó en restablecer el orden.
Al ver que algunos jefes y otros indios se interesaban por la agricultura, el capitán Brown reanudó la construcción de la acequia que Larrabee había iniciado. También observó que los apaches se estaban ocupando con mucho cuidado del ganado que habían obtenido. Pero en octubre de 1873, el comisionado de Asuntos Indios ordenó a Brown que cediese el control de la agencia a James E. Roberts, agente de Camp Apache.
El mayor Randall sustituyó a Brown al frente del puesto en San Carlos e inauguró un régimen disciplinario aún más severo. En enero de 1874, ordenó que arrestaran a Eskiminzin, pero el jefe huyó a las montañas, seguido de varias bandas. La mayoría regresó a la reserva a los pocos días, pero, a causa de una violenta tormenta, el cauce del Gila había crecido hasta alcanzar el nivel de inundación y se vieron obligados a acampar en la otra orilla del río, frente a la agencia. Chuntz y otros convencieron a algunos transportistas, a los que el aumento del nivel del agua también había retrasado en su entrega, para que les dieran whisky. Cuando los transportistas se negaron a darles más, los indios los mataron. Casi todos los

apaches, temiéndose el castigo, huyeron a zonas alejadas de la reserva. Un grupo llevó a cabo un asalto en un lugar tan lejano como Tempe y mató a seis ciudadanos en el camino.

A las tropas que fueron en persecución de aquellos asaltantes se les ordenó que no tomaran prisioneros, pero cuando los renegados arrepentidos suplicaron que se les permitiera rendirse, se les dejó regresar a San Carlos. Ahora se les había escarmentado y su deseo de cooperar se vio considerablemente fortalecido; se mostraron incluso deseosos de ayudar a las tropas a dar caza a otros renegados. La disposición de los apaches para castigar a miembros de sus propias bandas dejó claro que ya consideraban que su única esperanza de supervivencia pasaba por ajustarse a unas condiciones sobre las cuales no tenían el menor control.

En Camp Apache, el doctor Soule, un cirujano militar, sirvió durante dos años en calidad de agente y ayudó a los coyoteros a que tuvieran un buen comienzo. Eran indios de una «inteligencia inusual, y su progreso fue excepcionalmente rápido», informó Bourke.[21] James E. Roberts, que sucedió al doctor Soule en 1872, se las ingenió para obtener las quince cabezas de ganado que el presidente Grant le había prometido al jefe Miguel en junio de 1872 durante su estancia en Washington con el general Howard; el comisionado de Asuntos Indios añadió catorce vacas más y cien ovejas. Los coyoteros se mostraron muy orgullosos de los animales y se ocuparon de ellos de un modo excelente. A pesar de aquel prometedor comienzo, Roberts tuvo que lidiar con epidemias y con el consumo de alcohol entre los indios. El *tizwin*, hecho con la fermentación de brotes de maíz, era un grave problema. Era muy potente y las juergas con él solían acabar en reyertas con consecuencias fatales. Para desalentar su elaboración, Roberts solicitó harina de maíz en vez de maíz en grano para las raciones.

Roberts demostró ser capaz de mantener la disciplina, pero durante su segundo año se enfrentó a interferencias militares cada vez más numerosas en los asuntos de la reserva. El mayor Randall ordenó el castigo de los indios que llevasen salvoconductos emitidos por el

agente, que mantuviesen reuniones secretas con sus jefes y caciques, o que interfiriesen en las operaciones agrícolas. Randall también ordenó a sus propios subordinados la supervisión del reparto de raciones. No obstante, la carrera del agente Roberts no transcurriría sin mácula. Los prospectores no tardaron en descubrir minerales en los terrenos de la reserva y pronto hubo un clamor para devolver partes de esta al dominio nacional. Roberts, ya fuera por inocencia, ignorancia o avaricia, se vio involucrado en algunos de los planes para reducir los límites de la reserva.

El conflicto entre funcionarios civiles y militares en Camp Apache alcanzó un estado crítico a principios de 1875, cuando Roberts se dispuso a realizar un recuento de las diversas bandas. El ejército anunció que ellos harían otro recuento en una fecha distinta. El plan quedó dificultado por una tormenta de nieve, pero Roberts se las ingenió para aplacar a los indios contrariados repartiendo raciones según su último recuento. Cuando algunos jefes se quejaron, el capitán F. D. Ogilby se hizo con el poder de la agencia argumentando la necesidad de prevenir un alzamiento. Ante esta acción, el comisionado de Asuntos Indios ordenó que trasladaran a los coyoteros a la agencia de San Carlos. Su transferencia tenía que ver con la política de concentración del Departamento Indio, pero había otro motivo para aquella decisión. En San Carlos, el nuevo agente civil, John P. Clum, había hecho gala de una habilidad asombrosa para evitar las interferencias militares.

Solo entre los chiricahuas se pudo llevar la política de paz hasta su lógica conclusión, pues únicamente allí hubo un agente civil, Jeffords, a cargo de todo. Enseguida se dio cuenta de que podía esperarse muy poco apoyo por parte de sus superiores en el servicio indio. Poca cosa más que carne de vaca era lo que se suministraba a su agencia. Al no ser burócrata por naturaleza ni por experiencia, Jeffords no dudó en romper o ignorar las normas del gobierno, y llevó a cabo compras no autorizadas cuando lo consideró necesario para el mantenimiento de la paz. Aunque el comisionado y los demás funcionarios se sentían regocijados por el éxito de Jeffords a

la hora de controlar a los fieros chiricahuas sin el menor apoyo militar, no se abstuvieron de reprenderle por sus poco ortodoxos procedimientos. Después de todo, estaban acostumbrados a los subordinados que seguían las normas. No importaba que las acciones de Jeffords estuviesen forzadas por la evidente negligencia de sus superiores; además, eran necesarias para evitar conflictos que hubieran conducido al control militar de los chiricahuas.

Cochise continuó cooperando en todo con Jeffords y cuando aparecían vacas robadas en la reserva ordenaba que se devolviesen al agente. Por su parte, Jeffords obtenía medicinas para los chiricahuas, pagándolas de su propio bolsillo. De esta manera, y cambiando excedentes de harina por maíz, evitó que los chiricahuas padeciesen las epidemias y los problemas alimenticios que sufrieron en otras reservas. Al final, los funcionarios del Departamento Indio se relajaron y empezaron a comprender y a apreciar sus problemas y, aunque siguieron amonestándole ocasionalmente por sus poco convencional forma de actuar, se volvieron considerablemente más liberales en la provisión de suministros.

Jeffords tuvo que enfrentarse a problemas únicos, en primer lugar porque la reserva de los chiricahuas se extendía a lo largo de la frontera con México, y en segundo, porque ni Cochise ni su pueblo consideraban que las hostilidades contra los habitantes de Sonora constituyesen una violación de su acuerdo de paz. En la reserva chiricahua no solo paraban los renegados de Tularosa y de otras agencias en su camino hacia o desde Sonora, sino que es probable que los guerreros chiricahuas acompañasen a estos en sus incursiones a México. Jeffords estaba advertido de la presencia de visitantes renegados, pero mientras la mayor parte de los chiricahuas se comportaban según lo establecido en el acuerdo, él, diplomáticamente, proveía a los extraños de raciones para mantener la paz. Como la única fuerza militar en la zona estaba en Fort Bowie, la reserva chiricahua se convirtió en el refugio favorito de los desafectos de todas las demás agencias apaches.

Aunque las condiciones no se habían terminado de solucionar en San Carlos, había aún más problemas en Camp Verde, donde habían juntado a los tonto, a los hualapais y a los yavapais. Estos dos últimos tenían buenas relaciones entre sí, pero no con los tonto. Todavía quedaban pequeños grupos de apaches tonto en el territorio de la cuenca del río Tonto, y se utilizaban exploradores hualapais y yavapais contra ellos, lo que no contribuía a apagar la hostilidad. Durante el verano de 1873, algunos grupos reducidos huyeron de la reserva, pero, gracias al intenso calor y la falta de agua, las tropas y los exploradores indios los trajeron de vuelta.

El teniente Schuyler y el agente civil de la reserva estaban de vez en cuando en desacuerdo, y el primero se vio en la obligación, en numerosas ocasiones, de actuar para evitar problemas. El teniente dijo que la mayoría de los agentes temían a los indios y deseaban hacer lo que fuera para apaciguarlos, cosa que hacía que los apaches acabasen perdiéndoles el respeto. «Yo mismo les temo —admitió— pero he visto lo suficiente para saber que la única manera de afianzar mi seguridad y su futura civilización y prosperidad es hacer que sean ellos los que me teman a mí. Un indio [...] solo conoce dos emociones: el miedo y el odio, y a no ser que teman a una persona, la despreciarán y mostrarán de todas las maneras que puedan su desprecio por su autoridad.»[22]

Al doctor William H. Corbusier lo destinaron como agente a Camp Verde en septiembre de 1873 y no tardó en establecer buenas relaciones con los hualapais y los yavapais, a quienes encontró despiertos, inteligentes y muy bromistas. Les gustaban especialmente los juegos de palabras que combinaban su propia lengua y el inglés. Al ayudar a los niños a aprender a hablar inglés y a contar, Corbusier enseñó a diez de ellos a cantar «John Brown tiene un indiecito» y pronto esta canción se comenzó a escuchar por toda la reserva, día y noche.[23]

Como seguían existiendo pequeños grupos insurrectos, Al Sieber, jefe de los exploradores, llevaba a cabo frecuentes patrullas; durante ellas capturaron a algunas mujeres en el territorio de Red Rock y las

convencieron para que les contaran dónde se ocultaban los hombres renegados. Se trataba de un lugar apartado entre las rocas al que solo se podía acceder a través de un estrecho pasaje por el que únicamente se podía entrar de uno en uno. Sieber y sus exploradores tonto se deslizaron por aquel pasadizo por la noche y capturaron a los renegados. Pero el general Crook quedó decepcionado porque no hubo muertos. Escribió a Schuyler diciéndole: «Solo unos cuantos ejemplos severos aplacarán totalmente a tus indios».[24]

En agosto de 1873, cuando Crook se enteró de que Delshay había escapado con un grupo de apaches tonto de Camp Verde al temerse que les iban a llevar a San Carlos o que los coyoteros iban a atacarles, el general se dirigió a toda prisa a Verde. Aunque se habían escapado varios centenares de apaches tonto, en aquel momento, la mayoría de ellos (incluido Delshay) habían regresado. Pero las tensiones no habían hecho sino crecer en Camp Verde y, en septiembre, Schuyler estaba convencido de que la causa no era otra que Delshay, cuyo círculo más cercano incluía a los tonto más problemáticos e irreconciliables. Schuyler informó a Crook de sus sospechas y este ordenó al teniente que arrestara a Delshay y lo encerrara inmediatamente en la cárcel del puesto. Schuyler debía llevar suficientes hombres para evitar cualquier dificultad y no efectuar el arresto a no ser que el éxito del mismo estuviese asegurado. Y a modo de precaución, Crook ordenó al teniente que diese instrucciones a sus hombres para que mataran a cualquier conspirador.

Schuyler razonó que como los recuentos eran frecuentes, su presencia no causaría la menor alarma; el arresto se podría llevar a cabo en aquel momento. Pero el intérprete tonto de Schuyler era uno de los seguidores de Delshay y, poco antes de que se los convocara en la plaza de armas para el recuento, descargó el rifle del teniente. Cuando se les dijo a los tonto desafectos que estaban arrestados, Delshay replicó que él no era un prisionero y que no iría a Camp Verde. Entonces, sus guerreros se levantaron de un salto y

sacaron unos rifles de debajo de sus mantas. Fue entonces cuando Schuyler descubrió que su rifle estaba descargado y que alguien había dado el soplo a Delshay. Schuyler y su pelotón de soldados fueron rodeados por varios cientos de furibundos tonto. En este momento crítico, llegó al rescate Mohave Charley, quien habló con sus guerreros diciéndoles que Delshay y los tonto renegados eran hombres malos que debían morir. Ordenó a los yumas que le apoyaran y estos reaccionaron de muy buena gana. Decidieron que Delshay debía ser conducido a su campamento como prisionero y permanecer allí hasta que Schuyler lo requiriese de vuelta en el puesto. Pero Delshay se zafó de sus captores y no tardó en protagonizar un nuevo asalto.

Schuyler y Sieber, junto con exploradores tonto, hualapais y yavapais, así como unos cuantos soldados, llevaron a cabo una búsqueda de campamentos hostiles en las cercanías de la montaña Turret. Schuyler mandó a Sieber con los tonto en una dirección; el cabo Snook, en compañía de un jefe hualapai y de Schuyler, se fueron con el resto de los exploradores en la dirección contraria, encontraron un campamento de renegados tonto y mataron a todos los hombres. A la noche siguiente, marcharon a través de la nieve con temperaturas tan bajas que no les quedó otra que seguir caminando en círculos hasta el amanecer para evitar morir congelados. Al salir el sol, atacaron el campamento de Natotel y mataron a quince indios.

Tras nuevas exploraciones, hallaron un campamento en una cueva oculta, aunque no había ningún renegado en ella. Convencido de que regresarían allí, Schuyler y unos cuantos exploradores se escondieron y vigilaron mientras la caravana de abastecimiento regresaba a Camp McDowell. La treta funcionó, pues los exploradores no tardaron en descubrir a unas mujeres llevando agua a la cueva. Esa noche, Schuyler dispuso a sus exploradores en torno a la boca de la cueva y al amanecer mataron a todos los renegados, incluido Nanotz, uno de los más temidos. También destruyeron varias toneladas de mezcal. Poco tiempo después, acabaron con la

vida de Nanotel, el segundo en prestigio tras Delshay. Sin embargo, como Delshay, Chuntz, Cochinay y Chandesi seguían activos en la cuenca del Tonto, Schuyler lanzó una nueva ofensiva para traerlos de vuelta a la reserva o acabar con ellos.

Los indios de Verde estaban ansiosos por acompañar a Schuyler y este se llevó a ciento veintidós hualapais, yavapais y tonto. Llegaron a un campamento en el que habían matado a todos los tonto a mazazo limpio; los exploradores sabían que aquello había sido obra de los pimas. Durante esta campaña, los exploradores mataron a más de cincuenta hombres y capturaron a un número mayor de mujeres. De vuelta en Camp Verde, preguntaron a las mujeres a qué lugar deseaban ir; alrededor de cincuenta eligieron acompañar a los exploradores. Como estos se mostraron de acuerdo, Al Sieber los puso en fila y, en una ceremonia que debió carecer de un ritual apropiado, los declaró casados.

Chuntz, Cochinay y Chandesi fueron finalmente localizados y se acabó con ellos, pero Delshay, pese a todo, sobrevivió. Crook reiteró a Schuyler sus órdenes de seguir los pasos de su banda y que acabaran con sus huesos bajo tierra. «Cuanto antes nos hagamos con sus cabezas —escribió—, menos peligro correrán las cabezas de otros indios.»[25] Schuyler envió a tres exploradores tonto que sabían dónde se ocultaba Delshay. Regresaron en julio de 1874 con su cabeza y reclamaron la recompensa que había ofrecido Crook. Mike Burns, un huérfano yavapai criado por el capitán James Burns, del Quinto de Caballería, dijo de Delshay: «No era el único hombre que se había levantado en armas para luchar y protegerse a sí mismo, a su familia, a su pueblo, a su hogar, a sus propiedades y a la tierra de sus antepasados, con la esperanza de poder doblegar a sus enemigos y que le dejasen en paz con su gente para disfrutar de la libertad a la que estaban habituados».[26]

Los líderes hostiles más insistentes ya habían sido eliminados, pero seguían existiendo pequeñas bandas que se aferraban obstinadamente a su libertad resistiendo a cualquier presión para confinarlos en reservas. Los exploradores indios siguieron el rastro

de aquellos renegados. Crook estaba convencido de que algunos de los jefes menores, como Eschetlepan y Chapo, no eran totalmente irredimibles. Dio instrucciones a Schuyler para inducirles a la rendición, si esto era posible; entonces les confinaría lejos de Camp Verde «hasta extraerles todo lo indio que les quedara dentro».[27]

Al enterarse de que el Departamento Indio estaba considerando poner en práctica la política de concentración reuniendo un montón de bandas diferentes en una sola reserva, Crook escribió: «En la reserva Verde hay ahora unos mil quinientos indios, de los peores que ha habido en Arizona; pero si el gobierno mantiene la promesa que les hizo de que este será su hogar para siempre, no habrá dificultad en mantenerlos en calma e involucrados en empresas pacíficas. Espero sinceramente que los intereses que se manifiestan ahora para privar a los indios de esta reserva se frustren; pero si tienen éxito, la responsabilidad por haber liberado a estos mil quinientos apaches contra los colonos de Arizona recaerá sobre quien corresponda». Crook añadió que lo que era cierto para los indios de Verde, era igual de verdadero para los demás, pues todos vivían en paz en reservas que se adecuaban a sus necesidades, «y la responsabilidad por conducirles a la desesperación alejándoles de sus hogares nativos y destinándoles a convivir entre sus enemigos, en ubicaciones insalubres y desagradables, debe recaer sobre quien corresponda. Debemos volver los ojos al Departamento Indio; nuestro humanitario, compasivo, religioso, pacífico y civilizador Departamento Indio».[28] Fue ese mismo año, 1874, cuando la autoridad de las reservas de Arizona se transfirió de la Secretaría de Guerra al Departamento Indio.

Como continuaron circulando rumores de un plan del gobierno para trasladarlos a San Carlos, la inquietud entre los indios de Verde fue en aumento. Habían desbrozado la tierra y habían empezado a cultivar, además de haber expresado repetidamente fuertes objeciones al traslado. Pero los angloamericanos contemplaban ahora con avaricia los campos fértiles, y empezaron a insistir en el traslado de los indios. Era un estribillo que se había repetido en

incontables ocasiones a medida que los angloamericanos se habían ido diseminando por el oeste. Cuando los periódicos se pusieron a predecir el cierre de la reserva de Camp Verde, el *Arizona Miner* de Prescott prometió que si aquello ocurría estallarían serios conflictos con los indios.[29] Una o dos semanas antes de que lo mataran en julio de 1874, Delshay regresó en secreto a la reserva para alzar en pie de guerra a los tonto contándoles que les arrebatarían sus tierras y les dejarían morir en el desierto. Su información era totalmente verídica, pero su fuente permaneció en la sombra.

Entre quienes deseaban la concentración de todos los apaches en la reserva de San Carlos estaban los contratistas de Tucson, que pretendían beneficiarse de los contratos con el gobierno. No era muy fácil llegar a San Carlos desde Tucson y había pocas probabilidades de que los indios de aquel desolado lugar pudieran llegar a ser siquiera parcialmente autosuficientes en un futuro próximo. Crook continuó expresando su fuerte oposición a un traslado que violaba las promesas del gobierno.

En febrero de 1875, los indios de Verde estaban desbrozando sus tierras para ponerse a cultivar, pero las semillas y las herramientas prometidas llegaron con retraso y los indios no mostraban el entusiasmo del que habían hecho gala anteriormente. Pakakiva (Cuerpo que se agita), el yerno de Delshay, expresó el sentir de muchos: «Alguien —dijo— ha hecho mala medicina». Pronto surgieron pequeñas rencillas entre los indios, y comenzaron a verse hombres blancos desconocidos rondando por la reserva. Cuando llegaron dos apaches de San Carlos y les dijeron que el agente Clum estaba preparándose para recibir allí a más apaches, los indios de Verde supieron que sus peores temores se estaban confirmando. Hubo una gran conmoción y el llanto de las mujeres pudo oírse en todos los campamentos.

El Departamento Indio envió a Levi Edwin Dudley, antiguo superintendente de Asuntos Indios en Nuevo México, a Camp Verde para supervisar el traslado. Dudley se reunió con Crook, quien le informó de que no se utilizarían tropas para obligar a los indios a

ponerse en marcha. Incluso antes de que Dudley llegase a Camp Verde para informarles de su destino, los indios conocían su visita y le recibieron con gritos de «¡Matadle! ¡Matadle!». Snook, uno de los exploradores más fiables, le dijo a Dudley que Verde era su tierra y que se les había prometido como reserva permanente. Le dijo que no se irían a un lugar en el que sus enemigos les superaban en número. No obstante, al final, aceptaron a regañadientes.

El teniente Eaton lideró la pequeña escolta de caballería que acompañó a los mil cuatrocientos veintiséis indios que se pusieron en marcha en febrero de 1875 y manifestó que había sido «el trabajo más desagradable que jamás recayera sobre los hombros de un subalterno en los días de nuestro servicio en la vieja Arizona».[30]

El doctor Corbusier, que también les acompañó, urgió a Dudley a llevarlos por el camino de carros que rodeaba las montañas para evitar sufrimientos innecesarios. Pero Dudley insistió en llevarles por la ruta más corta, que suponía unos quinientos kilómetros de alta sierra. «Son indios —dijo— . Que los muy pordioseros caminen.»[31]

Unos cuantos ancianos fueron por el camino de carros, pero un hombre llevó a su esposa discapacitada a la espalda durante todo el trayecto. Movidos por la compasión ante los desafortunados indios, la mayoría de los hombres de la caballería fueron a pie para que los niños y los más fatigados pudieran montar sobre sus caballos. Debido a las viejas enemistades que existían entre las bandas, el explorador Sieber puso a los tonto a la cabeza de la caravana, aunque no les gustó nada tener a sus enemigos detrás.

Todos sufrían la falta de ropa adecuada y muchos iban descalzos. El viaje se interrumpía a causa de los temporales de nieve, y los indios estaban desanimados y sumidos en un hosco silencio. El hombre medicina identificaba augurios malignos por todas partes e iba cantando sin pausa, al tiempo que las mujeres y los niños sollozaban de hambre. Vivieron un momento especialmente difícil al atravesar un arroyo crecido por la tormenta, pues aunque el teniente Eaton abogó por esperar hasta que el cauce descendiese, Dudley insistió en cruzarlo de inmediato. Los soldados transportaron a los indios

sobre la corriente embravecida en sus caballos, pero les llevó toda la noche. Empapados, helados y con los ánimos por los suelos, acamparon todo un día para descansar. «Diez días habían pasado desde que dejamos la agencia —escribió el doctor Corbusier—, diez días de indecibles e innecesarios sufrimientos y privaciones; diez días que dejaron cicatrices tanto en los indios como en los blancos por igual, cicatrices que nunca se curarían.»[32]



Hombre medicina apache con los distintivos de su profesión (Sociedad Histórica de Arizona).

Los hualapais y los yavapais se habían mantenido bien apartados de los tonto, pero Corbusier y Eaton, que conocían a los indios y eran conscientes de sus enemistades ancestrales, vieron venir el conflicto.

El día después de cruzar el río Verde, los niños de ambas bandas se pusieron a jugar en el espacio abierto que dejaron entre los campamentos. Pronto empezaron a insultarse y los adultos de ambas partes se unieron a la gresca. De repente, alguien gritó: «¡Matad a los tonto! ¡Matad a los tonto!», y por todas partes se desató un tiroteo salvaje. A Dudley, que intentó sin mucho entusiasmo detener el ataque contra los tonto, no le hicieron caso. Sieber y la caballería se metieron entre los dos grupos hostiles y su acción logró detener los disparos. Evitaron una masacre, pero al menos cinco indios murieron y muchos más sufrieron heridas.

Dudley no había sido capaz de conseguir un convoy de abastecimiento lo bastante grande para llevar suficientes provisiones que cubrieran todo el camino, pero envió un mensaje a Clum, que estaba en San Carlos, pidiéndole que fuese al encuentro de la expedición con víveres. Dudley no aguardó la respuesta y ni siquiera estaba seguro de que hubiesen recibido el mensaje. Cuando se acabó la comida, continuó forzando la marcha de los indios a lo largo de todo el día para que estuvieran demasiado fatigados para luchar. Cuando les obligaron a vadear las aguas heladas del río Salt, Dudley finalmente se compadeció de ellos «pese a ser indios».[33] Pasaron aún otra noche fría, húmeda y con hambre, lo que acabó colmando el aguante de los yavapais. A la mañana siguiente, ellos y algunos hualapais aparecieron con las caras pintadas en señal de guerra. El doctor Corbusier salió corriendo a advertir a Dudley, pero ya era demasiado tarde y una bala silbó por encima de sus cabezas. Corbusier ordenó a gritos al intérprete que les dijese que Dudley se iba a adelantar con su caballo en busca de comida. A regañadientes, le dejaron partir.

Por suerte, el mensaje de Dudley había llegado a San Carlos y no mucho después se encontró con una partida que había enviado el agente Clum al frente de un rebaño de ganado y cuatrocientos cincuenta kilos de harina. A pesar de que el grupo de Verde tuvo que viajar bajo una leve ventisca, lo que quedaba de su arduo viaje de un mes transcurrió sin incidentes. Un recuento final dio como

resultado que mil trescientos sesenta y uno de los mil cuatrocientos veintiséis indios de Verde que habían iniciado el viaje habían llegado a San Carlos. Algunos escaparon para dirigirse a la reserva del río Colorado, mientras que otros regresaron a sus antiguos refugios en los cañones Rattlesnake y Hell. La historia completa de este traslado innecesariamente inhumano jamás se conocerá, pues las notas del doctor Corbusier se quemaron en el incendio de San Francisco de 1906.

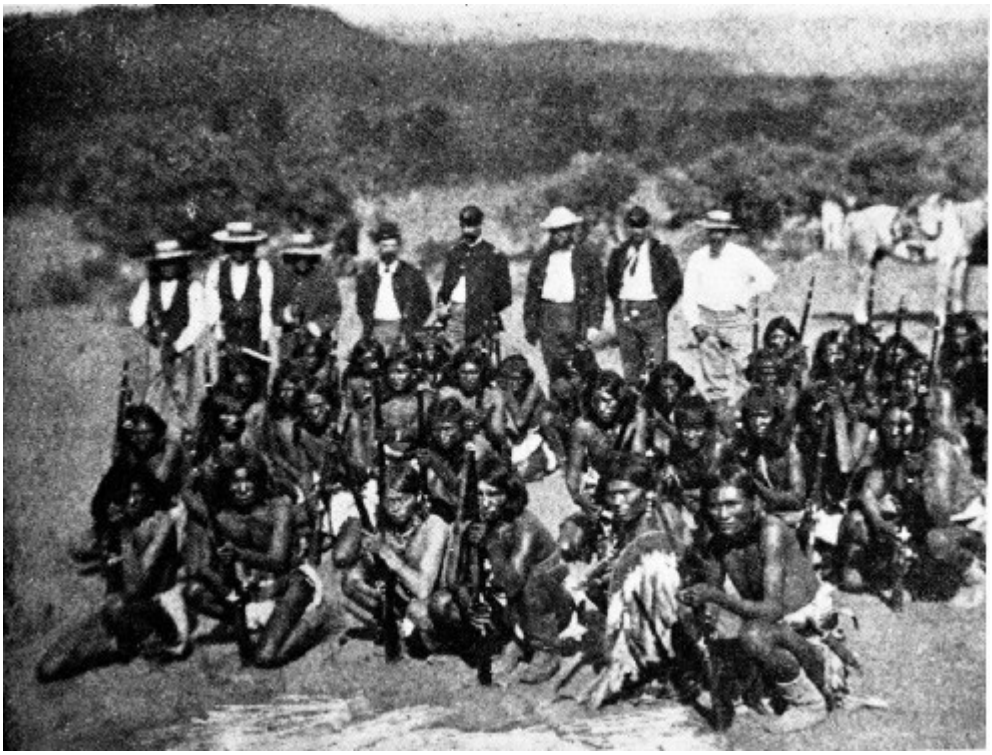
A causa de las antiguas hostilidades entre las diversas bandas apaches, yavapais y hualapais, la adición de los indios de Verde agravó una situación ya de por sí bastante complicada en San Carlos. La política de concentración desbarataría todo lo que Crook había conseguido y pospondría la llegada del día en que los apaches vivieran pacíficamente en las reservas.

Después de que la inmensa mayoría de los apaches se hubiese establecido en reservas, las operaciones militares para acabar con ellos continuaron casi sin interrupción. Había muchos pequeños grupos que no se habían rendido, y de vez en cuando se les unían otros que escapaban de alguna de las reservas en un intento nostálgico de revivir las viejas costumbres. Se trataba de un juego peligroso, pues si les descubría alguna patrulla, la pena por hallarse fuera de una reserva sin un salvoconducto era la muerte en el acto. Además, en algunas campañas, los exploradores tenían órdenes de matar a todos los renegados y de no tomar prisioneros. En tales ocasiones, los exploradores solían devolver a las mujeres cautivas a la reserva. Durante el verano de 1875, el capitán G. M. Brayton, con Sieber y sus exploradores tonto, siguió el rastro de unas mulas robadas y sorprendió un campamento en medio de un festín de carne de mula en que acabaría matando a veinticinco indios. En ocasiones, los indios masacrados llevaban pases que les permitían cazar en alguna otra región, pero incluso cuando los apaches cazaban solo en las zonas establecidas, muchos angloamericanos les

tenían tanto miedo que no dudaban en abrir fuego sin pedirles que mostraran sus permisos. Cada vez que los indios tomaban represalias por aquellos ataques, se les castigaba con severidad.

Gracias a las duras campañas en Arizona y Nuevo México que se desarrollaron en las décadas de 1860 y 1870, la caballería aprendió que los caballos criados en los campos de California eran superiores a cualesquiera otros disponibles. Sin embargo, en apariencia, eran mucho menos impresionantes que los purasangres de Misuri y del Este. Cuando el general Sheridan pasó revista al regimiento del Sexto de Caballería en Fort Hayes, en 1875, consideró que era el mejor que había visto, tanto por sus monturas como por su equipamiento y su aspecto. En 1876, el Sexto recibió órdenes de reemplazar en Arizona al Quinto de Caballería, y en Santa Fe los dos regimientos recibieron instrucciones para intercambiar caballos y equipo. Los hombres del Sexto se quejaron enérgicamente por tener que renunciar a sus espléndidos animales a cambio de aquellos caballos de aspecto rudo. Los hombres del Quinto, que sabían que sus fiables monturas eran las mejores del mundo para el servicio en Arizona y Nuevo México, se sintieron ofendidos por aquellas calumnias y sendos regimientos estuvieron a punto de intercambiar algo más que palabras. Sin embargo, una vez que se pusieron tras el rastro de los hostiles, el Sexto de Caballería se dio cuenta de que el intercambio había sido ventajoso.

Las monturas de la caballería que procedían del Este exhibían un aspecto fantástico en las plazas de armas, pero sobre el terreno se debilitaban enseguida. El Noveno de Caballería de Fort Bayard montaba caballos de Misuri, pero tras cuatro meses de arduas campañas con poco grano o heno, la mitad de los animales quedaron inhabilitados para el servicio. El Sexto de Caballería, según el teniente Thomas Cruse, no perdió ni un solo caballo o mula.[34]



Exploradores apaches montaña blanca, alrededor de 1875 (Sociedad Histórica de Arizona).

La persecución de pequeñas partidas de renegados continuó a lo largo de todo 1876, y algunas campañas fueron tan arduas como las de los primeros tiempos. Ya avanzado el año, unos cuantos exploradores arrinconaron a una partida de renegados en una cueva de la región de Four Peaks y les mantuvieron allí durante una noche de nieve y heladora lluvia, aunque ninguno de los exploradores llevaba puesto más que «una camisa y un calzoncillo». Los renegados estaban liderados por Eskeltseltle, un viejo jefe que había convencido a muchos indios para abandonar la reserva y unirse a él en sus asaltos. La cueva era fácil de defender, y los sitiados contaban con mucha munición. Cuando se les dijo que se rindieran para regresar a San Carlos, se burlaron y se palmearon el trasero. Pero en el momento en que una bala fortuita impactó en Eskeltseltle, sus seguidores, escarmentados, se rindieron. Por acciones como esta, repetida cientos de veces, la población de renegados en Arizona quedó finalmente eliminada.

IX

JOHN P. CLUM Y LA LUCHA ENTRE CIVILES Y MILITARES POR EL CONTROL

En agosto de 1874, John P. Clum pasó a ser el agente de San Carlos después de ser propuesto para el cargo por la Iglesia holandesa reformada. Tenía veintitrés años y ninguna experiencia con los indios, pero era inteligente y valiente; algunos dirían que impetuoso. Llegó a la conclusión de que los problemas apaches del pasado habían surgido a causa de la doble normativa, civil y militar, y decidió evitar tales problemas en el futuro estableciendo un firme control personal sobre los apaches. Cuando se encontraba en presencia de apaches, Clum era diplomático y convincente; con los oficiales del ejército se mostraba, por lo general, desabrido.

De camino a San Carlos, Clum visitó Camp Grant, donde muchos prisioneros apaches trabajaban en la construcción. Allí conoció al jefe arivaipa Eskiminzin, al que tenían prisionero por ningún delito en particular. A través del intérprete George H. Stevens, Clum prometió que intentaría obtener la liberación del jefe; Eskiminzin juró cooperar con él en San Carlos. Poco tiempo después, tras la llegada de Eskiminzin a San Carlos, los dos se hicieron muy buenos amigos y «Skimmy» demostró ser el aliado más efectivo de Clum entre los apaches.

La agencia de San Carlos estaba desorganizada y en ella reinaba la confusión debido a la alternancia en el poder entre civiles y militares. Tras un cuidadoso estudio de los indios que tenía bajo su cargo, Clum se convenció de que podía controlarles satisfactoriamente sin tener que recurrir a la ayuda del ejército. Tres días después de su

llegada, Clum ya había inspeccionado los campamentos de las diversas bandas sin escolta militar. Su conducta sorprendió a los apaches, pero al ejército le resultó chocante.

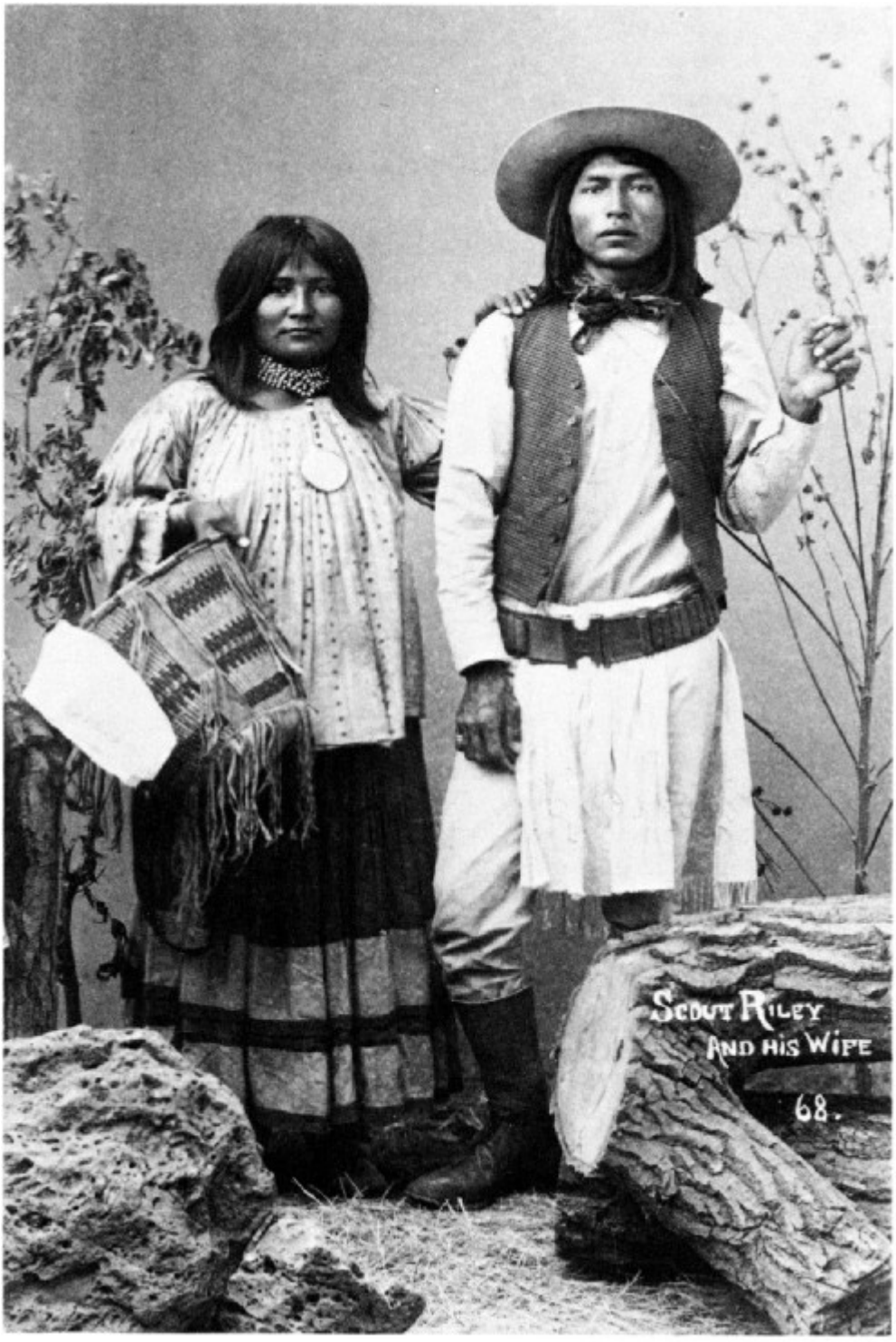
El teniente J. B. Babcock, al mando del destacamento de caballería de San Carlos, señaló educadamente a Clum que el ejército tenía la reserva bajo su control desde el alzamiento que se había producido el pasado enero. Babcock le dijo que el objetivo del ejército era la paz permanente con los apaches; sugirió que, para promover la armonía, los futuros consejos con los indios se llevasen a cabo de manera conjunta. Añadió que las tropas mantendrían la autoridad civil si Clum se limitaba a respaldar las órdenes impartidas por el general Crook.

Clum estuvo de acuerdo en que los funcionarios civiles y militares debían mantener la armonía, pero dejó bien claro que no compartiría el control en los asuntos que no estuvieran relacionados con lo militar. Crearía una policía apache, así como un tribunal apache, para ocuparse de los infractores. Babcock continuó presionando para establecer una cooperación total entre ellos, sobre todo «donde los límites de los deberes casi se solapaban».[1] Mantuvo una actitud cordial y correcta hacia Clum, pero informó a Crook de que al nuevo agente le molestaba hasta el más ligero indicio de interferencia militar. Al menos durante un tiempo, Clum admitió que la supervisión militar de los pases y los recuentos era una medida acertada, así como el castigo militar para los infractores. La presencia de tropas evitaba que los renegados causasen problemas y quizá también era útil para inducir a los indios a dedicarse a la agricultura y a trabajar en otros proyectos de la reserva.

Cuando recibió el informe del teniente, Crook ordenó a Babcock que ignorase las acciones de Clum cuando interfiriesen o pusiesen en riesgo la seguridad de la reserva. Con este apoyo, Babcock estaba determinado a mantener el modelo militar sin tener en cuenta los sentimientos de Clum al respecto. Pero ese mismo día, Clum retiró al teniente el derecho de repartir pases y hacer recuentos. Dijo que si

Babcock necesitaba información tendría a su disposición todos los informes sobre lo que sucedía en la reserva en la oficina de la agencia.
Babcock se lo notificó a Crook, quien envió al mayor Randall desde Fort Apache para que resolviera las diferencias. Clum se mantuvo inflexible: la interferencia militar tenía que acabar. Debía informarse minuciosamente de cualquier medida coactiva que tomara el ejército. El mayor Randall ya se había enfrentado antes con agentes testarudos y confiaba en que Clum no tardaría en llamar frenéticamente a las tropas para preservar o restaurar el orden en la reserva. Por tanto, no hizo el menor esfuerzo por interferir.
Del mismo modo que Babcock se había envalentonado con el apoyo de Crook, Clum se volvió más atrevido al enterarse de que los funcionarios del Departamento Indio estaban encantados con la forma en que se había plantado ante el ejército. Como la vieja enemistad personal entre agentes y oficiales continuaba y se reflejaba en una contienda similar entre las Secretarías de Guerra e Interior, de vez en cuando ambos se olvidaban del objetivo de la batalla: los apaches.
En cuanto estuvo seguro de haberse ganado la confianza de los apaches, Clum introdujo un sencillo plan de autogobierno. Cada banda debía seleccionar a cuatro hombres para que actuaran como policías. Clum quedó inmediatamente satisfecho con la efectividad de su policía india, pues todas las bandas aceptaron sumisamente el desarme, aunque aún se les permitió el acceso a armas de fuego para la caza. También prometieron no seguir elaborando tulepai ni tizwin, dos peligrosas preferencias por parte de los apaches.
Sin embargo, pronto Esknospas, uno de los policías indios, informó a Clum de que había en marcha una gran operación para elaborar tizwin en un remoto cañón al norte del Gila. Al mando de sus cuatro policías indios, Clum lideró un asalto durante la medianoche a un campamento de veinticinco o más destiladores apaches. Cuando los cinco hombres tomaron posiciones en torno al campamento, Esknospas lanzó un grito de guerra; los demás lo repitieron con

fuerza, de tal manera que resonó por las paredes del cañón como si el número de atacantes fuera muy elevado. Las mujeres huyeron y los hombres se quedaron dócilmente inmóviles mientras Clum y Esknospas vaciaban las calderas. Los once hombres fueron conducidos al calabozo, se les juzgó ante el tribunal apache y se les sentenció a quince días de trabajos forzados. Este asalto cimentó un sentimiento de mutua confianza entre Clum y su departamento de policía y, al mismo tiempo, convenció a los apaches del riesgo que conllevaba la elaboración de tizwin.



Un explorador apache y su esposa (Sociedad Histórica de Arizona).

Como las edificaciones de la agencia no eran más que chozas y, por lo general, sus instalaciones no funcionaban, Clum pidió cinco mil dólares para iniciar un programa de construcción; su propósito, en parte, era mantener a los apaches con un trabajo retribuido. Ahora que se había convertido en el campeón del Departamento Indio en la lucha por su control, el comisionado, en un arrebato de entusiasmo, le dio doce mil dólares. Clum estaba seguro de que el trabajo era el mejor agente civilizador y mantuvo a los apaches todo lo ocupados que pudo. El primer proyecto de construcción fue una oficina y unas dependencias para el personal civil. Trató de ampliar el programa de construcción a varios años con la intención de aumentar sus aspectos provechosos. En todas sus acciones contó con la inestimable ayuda de su secretario oficial, un sargento de caballería retirado llamado Sweeney que, aparte de este cargo, sirvió como ayudante del jefe de policía y del supervisor de construcción.

Clum pagaba a los apaches por su trabajo cincuenta centavos al día en vales que la agencia intercambiaba por alimentos y vestimenta. Encontró que estaban deseosos de trabajar y a menudo se vio en apuros para proporcionar empleo a todos los que lo deseaban. Clum recomendó al comisionado indio que el pago se hiciese mejor en bienes que en efectivo, pues pensaba que este arreglo tendría un mayor efecto civilizador que los sueldos monetarios. También pidió balanzas, herramientas de herrero y de carpintero, carros, arreos y todo lo necesario para las tareas agrícolas.

Su plan para reorganizar el programa agrícola incluía asignar una porción del suelo cultivable a cada una de las bandas y trasladar sus campamentos lo más cerca posible de sus campos. Los apaches aceptaron de buena gana los programas de Clum, entre los que se contaban un recuento diario de todos los hombres y uno semanal de las mujeres y los niños. Informarse de las costumbres y las creencias de los apaches, suprimir la elaboración de tizwin, presidir el tribunal apache y supervisar la construcción de todo un complejo de edificaciones para la agencia mantuvieron al joven Clum totalmente ocupado.

En octubre de 1874, el inspector Daniels, al ver que todas las bandas parecían satisfechas, quedó impresionado por el cambio en la actitud de los apaches de San Carlos. El éxito de sus operaciones agrícolas los había puesto muy por delante de otros apaches que había visitado. Recomendó entregarles algunas ovejas como un incentivo adicional para el trabajo y la economía. Elogió a Clum por su rápido éxito y le apoyó incondicionalmente en su convicción de que la autoridad civil podía por sí sola —y debía— controlar los asuntos de la reserva.

Antes de irse, el inspector Daniels celebró un consejo con algunos de los jefes. Uno le pidió que intercediese por el regreso de los apaches de San Carlos que estaban retenidos en Fort Apache desde el alzamiento de enero; Daniels respondió que lo intentaría. Después de la petición del inspector, el agente Roberts liberó a los apaches y los envió de vuelta a San Carlos. Sin embargo, solo habían recorrido una pequeña parte del camino que el mayor Ogilby y un destacamento de caballería los arrestó y los encerró en el calabozo militar. Aunque admitió que sus acciones eran en parte consecuencia de sus sentimientos personales hacia Roberts, Ogilby mantuvo, no obstante, que estaba siguiendo las órdenes de Crook de arrestar a todos los indios que se encontraran fuera de una reserva.

Llegados a este punto, los funcionarios de la Iglesia holandesa reformada se manifestaron en contra de la interferencia militar en las reservas apaches y amenazaron con finalizar su colaboración con el Departamento Indio si este fracasaba a la hora de defender satisfactoriamente a sus agentes. El comisionado de Asuntos Indios informó de inmediato al secretario de Interior Delano de que los indios de San Carlos y de Camp Apache estaban muy bien bajo control civil y de que se podía proceder al abandono de las reservas por parte de las tropas, pero el comisionado no tomó ninguna acción inmediata. Siempre resultaba más fácil y menos problemático tomar una medida desfavorable a los agentes y los indios que intentar restringir las actividades del ejército.

Los apaches de San Carlos parecían contentos con la administración de Clum, ya que los mantenía muy bien alimentados y ocupados en la construcción y en las tareas agrícolas. Su salud había mejorado considerablemente con el reparto de los mil ciento treinta y cinco kilos de jabón que se hacía cada tres meses y las vacunas contra la viruela. Clum trataba a los apaches de un modo tan amable y efectivo que incluso el gobernador lo felicitó por ello.

Entre las muchas cosas que Clum aprendió sobre los apaches estaba su desprecio por los mentirosos. Les gustaba el juego y utilizaban cartas rudimentarias hechas con cuero de caballo, o jugaban al aro y el poste. La infidelidad era rara entre las mujeres apaches y se seguía castigando con el corte de la parte carnosa de la nariz. Los apaches varones eran muy dados a las juergas de tizwin y a golpear de vez en cuando a sus esposas. Otra costumbre apache que otros ya habían anotado antes era la de señalar con sus narices más que con sus manos. Clum nunca pudo aprender nada de las costumbres de entierro apaches, porque inhumaban a sus muertos con el mayor de los secretos. El nombre de los fallecidos jamás se mencionaba, aunque podía conferirse a un niño de una generación posterior.

La llegada de cerca de mil cuatrocientos tonto, hualapais y yavapais de Camp Verde, en marzo de 1875, incrementó enormemente las responsabilidades de Clum, pues el número de bandas enemistadas creció y las posibilidades de conflicto se multiplicaron. Mantuvo a los recién llegados separados del resto durante un breve período de tiempo, y luego los introdujo en su régimen disciplinario normal. Cuando pareció que se habían amoldado a la rutina de la reserva y empezaron a construir wickiups, nombró a cuatro de ellos para formar parte de la policía incluyéndolos de este modo en su sistema de autogobierno.

Los tonto eran alrededor de setecientos, y el número combinado de las bandas hualapais y yavapais, más o menos el mismo número. Como conocía la hostilidad entre ambos grupos, Clum los hizo acampar por separado. Traer a mil cuatrocientos indios de Verde, armados hasta los dientes, y colocarlos entre los mil apaches

desarmados de San Carlos hizo que surgiesen problemas bastante graves. Había que desarmar a los indios de Verde antes de que apareciera algún conflicto, pero eran arrogantes y desconfiados y muy dados a alterarse cuando se les pedía que entregasen sus armas.

La policía apache de Clum era muy consciente de este problema. «¿Cuándo les requisaremos las armas?», le preguntó Tauelclyee a Clum. Goodah-Goodah y los demás policías también se quejaron de las armas de los tonto. Los cuatro policías estaban preparados para enfrentarse a los mil cuatrocientos indios de Verde, pero Clum decidió posponer el enfrentamiento unos días e idear un método menos peligroso. Organizó un concilio con los indios de Verde y puso a Eskiminzin al mando de las reservas de San Carlos, que fueron armadas para la ocasión.

Cuando Clum anunció que debían entregar sus armas, los indios de Verde se pusieron en pie de un salto protestando furibundamente y se marcharon a toda velocidad a sus campamentos. Hubo escenas de salvaje confusión, con jinetes alterados por todas partes dando órdenes y mujeres derribando los wickiups y empaquetando sus pertenencias.

Los indios de Verde no salieron en estampida, pero se prepararon para luchar o huir si volvían a pedirles sus armas. Cuando lo tuvieron todo dispuesto, cruzaron a la orilla sur del Gila y se detuvieron allí. Esta emergencia había provocado la unión de los tonto, los yavapais y los hualapais, pero no estaban preparados para arriesgarse a abandonar la reserva. Durante dos días, acamparon en la otra orilla del río, frente a la agencia. Clum insistió en que se sometieran; ellos volvieron a manifestar su intención de luchar.

Clum permaneció aparentemente tranquilo durante la crisis. Llevó a cabo un recuento de los indios de San Carlos el viernes en lugar del sábado, de tal manera que se pudieran repartir vales de raciones antes de la distribución de estas. A los indios de Verde se les informó de que no recibirían vales hasta que se sometieran voluntariamente a la disciplina de la agencia. Estuvieron discutiendo sobre el tema

durante todo el día, pero al anochecer mandaron setenta y cinco rifles a la agencia. No eran, ni mucho menos, todas sus armas, pero fue una concesión que debió resultarles penosa, un gesto de entrega, y Clum lo aceptó. A la mañana siguiente, temprano, él y el secretario Sweeney penetraron audazmente a caballo en el campamento de los indios de Verde y les ordenaron que se alinearan para llevar a cabo un recuento y distribuir los vales de las raciones. Obedecieron de inmediato, aunque con hosquedad. En una serie de reuniones que se celebraron a partir de entonces, Clum y los indios de Verde llegaron a establecer un auténtico entendimiento, y nombraron a cuatro de los suyos para que ejercieran de policías.

Un comisionado especial del Departamento Indio complicó considerablemente el proceso al comunicarle a Clum que su intento de forzar la entrega de armas de los indios de Verde significaba que estaba asumiendo la responsabilidad de un grave alzamiento. Un guerrero hualapai que entendía el inglés escuchó por casualidad la conversación y se la transmitió a los demás. A los apaches les pareció que Clum no tenía la suficiente autorización para llevar a cabo aquella acción.



Madre apache con su hijo y su hija (Colección Histórica del Oeste. Universidad de Oklahoma).

Clum le contestó con toda franqueza al comisionado especial que la diligencia de la agencia saldría hacia Camp Grant por la mañana y que —el comisionado— se marcharía en ella. Desde Camp Grant, el

comisionado se dirigió a Tucson, donde desató la alarma al describir el acto temerario de Clum y predecir el sangriento alzamiento que le seguiría. Pero Clum conocía a sus apaches y, al día siguiente, pudo decirle al gobernador Safford que los indios de Verde habían entregado sus armas; la guerra apache del comisionado había sido abortada. Después de todo ello, Clum se enteró de que Eskiminzin, con mucho tacto y diplomacia, se había reunido con los de Verde hasta convencerles de que la postura inteligente era mostrarse flexibles.

Eskiminzin también había organizado un servicio secreto armado entre sus guerreros y, en varias ocasiones, cuando parecía que el conflicto era inminente, los disponía discretamente en torno a Clum para protegerle. Cuando Clum comenzó a sospechar de ello, Eskiminzin le confesó lo que sucedía. Le dijo que había algunos hombres malos entre los de Verde, y que él no les iba a dar la menor oportunidad para matar a Clum.

En ese momento, la brecha abierta entre funcionarios civiles y militares en Fort Apache culminó con la toma de la agencia de Camp Apache por parte del mayor Ogilby, quien aducía que el control militar era necesario para evitar un levantamiento. Roberts informó de ello al comisionado indio y luego se dirigió a San Carlos. Fue en ese momento cuando el comisionado Smith ordenó a Clum que se hiciera cargo de la agencia de Camp Apache, aunque su cuartel general permaneciera en San Carlos.

En compañía de Eskiminzin y de cincuenta guerreros de confianza, Clum partió hacia Camp Apache. En el camino se encontró con el mayor Ogilby, que se dirigía a San Carlos. Clum le mostró la orden en la que se anunciaba que él iba a tomar el mando ese mismo día. Ogilby frunció el ceño, regresó a Camp Apache y puso temporalmente al doctor Mickley a cargo de la agencia. Entonces Clum recurrió a la autoridad de su cargo como oficial de justicia de la reserva y arrestó a Mickley por abrir el correo de Roberts. Clum informó a los coyoteros de que a partir de aquel momento él iba a estar a cargo de ellos y que solo debían acatar sus órdenes.



Cuna portátil apache con un bebé amarrada a la espalda de la madre (Colección Histórica del Oeste. Universidad de Oklahoma).

Clum visitó Fort Apache para presentar sus respetos al oficial al mando y le dio tiempo a Eskiminzin y al resto para parlamentar con los coyoteros. Aunque fue recibido cordialmente, muchos de los

oficiales le dejaron claro que el ejército seguía al mando de los indios de la reserva. Clum les ignoró y, al tercer día, llevó a cabo un recuento, el primero que se hacía en Camp Apache no supervisado por el ejército. El mayor Ogilby se puso furioso. Le dijo a Clum que el ejército no iba a renunciar al control y que pasaría lista a los indios al día siguiente, aunque fuera necesario recurrir a las cuatro compañías contra Clum y los apaches en el reparto de raciones que este último había programado. Clum advirtió al mayor, que contaba con tropas suficientes para desatar un grave conflicto, de que sobre él recaería la responsabilidad de cualquier problema que pudiera surgir. Y continuó asegurándole que habría muchos problemas en el caso de que optase por atacar la agencia, pues él y los apaches no dudarían en defenderse.

De regreso a Camp Apache, Clum dio orden a los apaches de que se presentasen por la mañana en la reserva, no en el puesto militar. Ogilby lo amenazó en vano, pero luego renunció a ello y se puso a buscar otras vías para hostigar al advenedizo agente. A los pocos días, ordenó que se liberara a los apaches reticentes que estaban retenidos en los calabozos del ejército de Fort Apache y San Carlos. Su razonamiento era que, como la disciplina ya había sido minada a causa de las disputas entre civiles y militares, a estos alborotadores no les llevaría mucho tiempo incitar al resto, y Clum no tardaría en verse obligado a pedir ayuda y a entregar el control. La policía india trajo de vuelta a dos de los hombres liberados, que habían sido acusados de asesinato, y Clum pidió que los volviesen a encerrar. Su petición se rechazó con frialdad.

El siguiente golpe de Ogilby fue aún más ominoso. Emitió una orden que podía haberle llevado perfectamente ante un consejo de guerra: en caso de insubordinación o de hostilidad por parte de los apaches, los oficiales de Camp Apache y de San Carlos debían ignorar cualquier petición de auxilio. Su único deber, declaró Ogilby, era proteger la propiedad del gobierno y las vidas de los civiles. También se informó a los apaches de aquella orden; era una invitación abierta al conflicto. No tardó en haber juergas y peleas a causa del tizwin en

algunos campamentos de los coyoteros, y la situación se volvió muy amenazadora. Clum preguntó si podría contar con las tropas en caso de necesidad y se le informó directamente de que estas no intervendrían, ni siquiera para custodiar a los presos.
Clum reaccionó al instante y acusó a los oficiales del ejército de instigar la insubordinación y la hostilidad. El comisionado de Asuntos Indios le hizo acudir finalmente a Washington para reunirse y llegar a una solución sobre aquel asunto. Clum le insistió para que ordenase que el puesto militar se marchara de la reserva de Camp Apache, pero el comisionado se mostró reacio a ponerse en contra la Secretaría de Guerra, pues eso podría conducir a represalias políticas en el Congreso. Los coyoteros, por otro lado, se negarían rotundamente a abandonar las tierras que el general Howard les había prometido que ocuparían de modo permanente, pero lo más probable es que sus objeciones no fueran a afectar las apropiaciones. Clum señaló las diversas desventajas de un traslado semejante. El comisionado lo escuchó, pero ya había tomado una decisión: le dijo que trasladara a los coyoteros. Clum regresó a San Carlos, pero no era el único que estaba en desacuerdo con aquel traslado; el general Schofield, al mando de la División del Pacífico, contestó que el ejército había pacificado a los coyoteros y que su traslado a San Carlos constituiría un serio revés para su progreso.
A mediados de julio de 1875, Clum, el intérprete y comerciante con los indios George H. Stevens (cuya esposa era coyotero), Eskiminzin y sesenta guerreros de confianza cabalgaron hasta Camp Apache y mantuvieron una serie de reuniones con los jefes y los cabecillas coyoteros. Clum se enteró enseguida de que tres de las dieciocho bandas no podían trasladarse porque algunos de los jefes y cabecillas se habían alistado como exploradores para el ejército. Unos quinientos de los mil ochocientos apaches deseaban trasladarse porque ya habían vivido antes cerca del antiguo Camp Goodwin, en el Gila, pero el resto no quería abandonar las montañas White. Algunos tenían dudas porque el ejército había propagado el rumor de que se los iban a llevar muy lejos para matarlos. Clum

entregó salvoconductos a unos seiscientos, por lo que podrían permanecer en Camp Apache y recolectar sus cosechas; ochocientos se marcharon con él a San Carlos. Dos semanas más tarde, el general al mando ordenó a Ogilby que proporcionara una escolta para proteger a Clum durante el traslado, aunque las tropas no estaban acostumbradas a obligar a los apaches a moverse.[2]

En esta coyuntura, llegó a San Carlos W. E. Morford con un nombramiento de agente para la reserva de Camp Apache. Aunque la autoridad de Clum sobre Camp Apache era temporal, pues estaba pendiente del nombramiento de un agente que reemplazase a Roberts, se irritó y trató de disuadir a Morford de continuar en su empeño. Le dijo que la agencia ya no existía porque los edificios de la misma habían quedado destruidos por un incendio poco después del traslado. Era cierto que siete edificaciones de Camp Apache habían sido pasto de las llamas, aparentemente incendiadas por el subagente L. C. Jenkins, que seguía órdenes de Clum.[3]

Morford telegrafió en el acto al comisionado, quien ordenó a Clum que pusiera a los indios de Camp Apache en manos del nuevo agente. Aún seguía habiendo entre ochocientos y novecientos coyoteros en la agencia, pero Clum se negó a transferir la autoridad sobre ellos a Morford con el pretexto de que sus órdenes solo especificaban la propiedad de la agencia. Morford se dirigió a Camp Apache, donde se alió con el ejército en su enfrentamiento con Clum. Reabrió la agencia y no tardó en enterarse de que muchos coyoteros habían regresado de San Carlos.

Con la declaración de Morford de que la única razón para el traslado era que los contratistas de Tucson y San Francisco se beneficiasen, en vez de los de Nuevo México, se reanudó la batalla por la concentración. El inspector Kemble, partidario de Clum, declaró que la afirmación de Morford de que Camp Apache era mejor que San Carlos para los coyoteros no era más que el eco de la posición que mantenían los oficiales del ejército. Morford y los oficiales del ejército tenían de hecho un interés común para evitar el traslado de los coyoteros, y los militares apoyaban al nuevo agente. El general

August Kautz, que había reemplazado hacía poco al general Crook en el mando del departamento, declaró que si se continuaba con la política de concentración sería preceptivo establecer un puesto de cuatro compañías en San Carlos para poder mantener el control de las diversas bandas. El general Schofield estuvo de acuerdo con ello y añadió que el Departamento Indio debía integrarse a la Secretaría de Guerra para que la corrupción quedase erradicada. Dijo que deseaba desarrollar la política de paz y no permitiría que las tropas combatiesen contra los indios pacíficos solo porque lo pidiese un agente.

Con los víveres que le proporcionaba el ejército, Morford mantuvo su agencia abierta y en funcionamiento, y el número de coyoteros en Camp Apache continuó creciendo. Los jefes, en representación de más de mil indios, declararon que se volverían autosuficientes en un plazo de seis años si se les permitía quedarse en sus propias tierras. Morford urgió al comisionado para que ordenase la reconstrucción de la agencia y evitar así la probable resistencia desesperada si llegaba a efectuarse el traslado.

El comisionado encontró este argumento de mérito cuestionable e informó a Morford de que si insistía en su «perversidad», clausuraría su puesto. Morford preguntó al comandante si el ejército ayudaría a trasladar a los coyoteros, pero la respuesta fue negativa. No tardó en salir a la luz que el motivo de la intensa oposición de Morford al traslado era poder mantener a su hijo como secretario y el nombramiento de su hija como maestra de la escuela de la reserva. Al final, el presidente Grant ordenó al secretario de Interior que aboliese la agencia de Camp Apache y devolviera a los indios que había allí a la autoridad del agente de San Carlos. Sin embargo, esto no supuso el fin de la carrera de Morford como agente indio, pues su influencia política le permitió asegurarse un nombramiento en la reserva del río Colorado, donde, presumiblemente, su hijo y su hija también obtuvieron un empleo bien remunerado.[4]

El conflicto entre civiles y militares seguía sin amainar en el momento en que Clum informó al Departamento de Comisionados Indios de que su dotación de policía apache hacía innecesario el mantenimiento de un puesto militar en la reserva de Camp Apache. El general Kautz, consciente de que los problemas entre Morford y Clum habían perjudicado la disciplina entre los apaches y los había sumido en un estado de desconfianza e insubordinación, pensó que Clum se estaba tirando un farol y le preguntó si también deseaba el traslado de las tropas de la agencia de San Carlos. Si Clum respondía que no, tal y como esperaba Kautz, quedaría en evidencia. Pero, muy al contrario, Clum se mostró de acuerdo con aquel traslado y, a finales de octubre de 1875, la guarnición de San Carlos recibió la orden de abandonar la reserva.

En Fort Apache se quedaron varios destacamentos de tropas, y aún había exploradores coyoteros a su servicio. Consciente de que no podrían trasladar a los coyoteros mientras hubiera exploradores en el ejército, Clum le pidió a Kautz que los diese de baja. Este se negó y, acto seguido, le lanzó un dardo de su propia cosecha. Le dijo que le preocupaba el hecho futuro de que fuese a perder pronto el control sobre los apaches; y que cuando eso ocurriese, los exploradores serían esenciales para recuperarlos. No obstante, se mostró de acuerdo en licenciar a ciertos jefes, con el argumento de que podrían facilitar el traslado.

Clum volvió a cabalgar hasta Camp Apache para clausurar la agencia. No hizo el menor intento de persuadir a los coyoteros para que se pusieran en marcha, pero informó al Departamento Indio de que los que quedaban habían vendido sus cosechas y estaban regresando a San Carlos. En apariencia, algunos sí que lo estaban haciendo, pues Kautz parecía temer que Clum se estaba saliendo con la suya.

Kautz se dirigió directamente al presidente Grant y le señaló los males derivados de la política de concentración. Dijo que, por un lado, constituía una violación flagrante de la promesa que les había hecho el general Howard a los coyoteros. Y por otro, en un área tan

escasamente poblada, concentrar bandas tan belicosas como las de los apaches era una locura; le dijo que si se iba a continuar con el plan de concentración debía hacerse en alguna región desierta, como la zona de Fort Apache. Kautz estaba seguro de que tras aquella política se hallaban los contratistas de Tucson y California, quienes habían encontrado dificultades a la hora de competir con los de Nuevo México en el suministro de Camp Apache.

Más de la mitad de los coyoteros seguían en Camp Apache, donde deseaban permanecer todas las bandas menos una. Kautz tenía la certeza de que los coyoteros no tardarían en convertirse en autosuficientes si se les permitía quedarse en su territorio. El Departamento Indio vaciló, y el traslado nunca se llegó a completar. El departamento volvió a mandar al inspector Kemble a Camp Apache a finales de noviembre. Se percató de que un elevado número de apaches se estaba trasladando a San Carlos, aunque había alrededor de novecientos que se quedaban en Camp Apache. No le cabía duda de que el resto de los indios, salvo los exploradores alistados y sus familias, se trasladarían pronto a no ser que el ejército hiciese algo por evitarlo. Sin embargo, a causa de la imprudencia de Clum y las intrigas de los oficiales, la vieja enemistad entre civiles y militares había alcanzado tales dimensiones que no cabía más opción que solucionarlo en Washington. Aun cuando los indios habían realizado considerables progresos gracias al programa de Clum, la interferencia militar había retrasado la consecución de todos los objetivos que se había propuesto.

Clum seguía manteniendo ocupados a los apaches en trabajos agrícolas y de construcción o cavando zanjas de irrigación, y continuó dándoles la responsabilidad de que cumplieran las leyes y las regulaciones. Gracias a su programa de construcción y a las tareas de desbrozar la tierra para la siembra, podía dar empleo a cientos de indios.

Los apaches de San Carlos estaban especialmente complacidos con los resultados de sus cosechas. Eskiminzin y Disalin, con sus bandas, se trasladaron a zonas remotas de la reserva y empezaron a

dedicarse a la agricultura muy en serio. Aunque en apariencia Clum no era muy consciente de ello, parecía que Eskiminzin deseaba plantar maíz para elaborar y vender tizwin. Al menos, se rumoreaba que había puesto en marcha un provechoso comercio de este licor.

La clave para el éxito de la administración de los apaches fue el mantenimiento del orden y la disciplina a través de su policía y su tribunal indios. Consideraba que era mejor para ellos que controlaran su propia conducta, y los apaches le demostraron que estaba en lo cierto. Cuando se le otorgó el control de la agencia de Camp Apache, instauró allí el mismo sistema. Los hombres elegidos para servir como policías siempre eran miembros respetados de las bandas que tenía bajo su jurisdicción, lo cual fortalecía su autoridad. Si Clum hubiese utilizado policías de una banda para controlar a la gente de otra, o si hubiese nombrado a hombres que no gustasen a la mayoría de los apaches, su sistema habría producido resentimiento y violencia. Su policía iba armada con el último modelo de fusil de aguja Springfield, y sus miembros no dudaban en usarlo contra los infractores de sus bandas, incluso de sus propias familias.



Un grupo de policías apaches (Sociedad Histórica de Arizona).

La policía india pasó la prueba más crucial para la demostración de su fiabilidad en diciembre de 1875, cuando el jefe Disalin se rebeló. Una de las dos esposas de Disalin se quejó a Clum de que su marido tenía el hábito de golpearla. De hecho era una vieja costumbre apache y, aunque los guerreros se sometieran a entregar las armas, Clum entendió que había un límite más allá del cual no se les podía conducir.

Al unirse Disalin a la agencia, Clum le aleccionó sobre el deber que tenía el agente de proteger a todos los indios de la reserva, tanto a las mujeres como a los hombres. El jefe escuchó, con el rostro inexpresivo, ocultando bien sus pensamientos. Clum estaba satisfecho por haber empujado a aquel antiguo renegado a dar otro paso hacia el modo de vida del hombre blanco y lo dejó marchar.

Disalin regresó al rato con una manta al hombro y se dirigió a la oficina de Clum. En ese momento entraba un conserje y Disalin se deslizó rápidamente a la oficina de Sweeney. Un momento después, Clum escuchó dos disparos. Sweeney corrió fuera de su despacho y ambos salieron juntos del edificio y vieron a Disalin con una pistola humeante en la mano corriendo hacia el calabozo donde el jefe de la policía india, Clay Beauford, tenía una oficina.

Disalin desapareció por la esquina del calabozo y se oyó otro disparo, seguido de un rápido estallido de rifle. Cuando Clum y Sweeney llegaron, Disalin yacía muerto en el suelo. Tauelclyee y otro policía apache habían oído los disparos e, instintivamente, se habían puesto en acción, sin aguardar órdenes. Disalin había planeado matar a Clum, a Sweeney y a Beauford para después sacar a los apaches de la reserva. Tauelclyee estrechó la mano de Clum. «Enjuh [Está bien] —dijo—, he matado a mi propio hermano. Pero él tenía intención de matarte, y yo soy un policía. Era mi deber.»[5]

Cuando el inspector Kemble visitó San Carlos en diciembre, se quedó asombrado con la evidente jovialidad que reinaba entre los apaches. Anotó que eran obedientes y que, obviamente, se sentían satisfechos, una condición que contempló como una confirmación definitiva de la buena administración que estaba llevando a cabo Clum en la reserva. Un mes más tarde, se distribuyeron cuatro mil ovejas entre los apaches de San Carlos.

Aun cuando la mayor parte de los apaches permanecieron en la reserva, pequeños grupos siguieron escapándose de vez en cuando para volver a vagar de modo incontrolado. A finales de febrero de 1876, Clum envió a Clay Beauford con quince policías indios en busca de unos renegados que habían huido a la cuenca del Tonto. El castigo fue severo: mataron a dieciséis antes de que el resto se rindiera.

En mayo de 1876, la política de concentración volvió a invocarse, esta vez con respecto a los chiricahuas. En un viaje a Tucson, Clum se enteró de que Pionsenay se había puesto en pie de guerra al frente de un grupo reducido; los habitantes del sur de Arizona

estaban aterrorizados. Al regresar a San Carlos, Clum llamó a todos los jefes para comunicarles las noticias y ponerles en conocimiento del miedo que tenían los angloamericanos a que alguno de ellos pudiera unirse a los chiricahuas. Los jefes estaban excitados y todos trataron de hablar al mismo tiempo. Eskiminzin hizo que guardaran silencio y, acto seguido, habló. Le aseguró a Clum que no se unirían a los chiricahuas, sino que les darían caza, si así lo deseaba. Los demás jefes se mostraron de acuerdo con ello. Clum pidió voluntarios: en un plazo de dos horas se ofrecieron doscientos cincuenta, y otros muchos se presentaron procedentes de hasta el último rincón de la reserva para unirse al grupo.

Clum mandó un mensaje al gobernador Safford en el que le ofrecía reunir una fuerza civil o militar contra los chiricahuas con quinientos exploradores de confianza, o bien ocuparse él solo con ellos de la misión. Él y los apaches aguardaron ansiosamente la respuesta, pero esta nunca llegó. Dos semanas después, el comisionado de Asuntos Indios, siguiendo la recomendación de Safford, ordenó a Clum que se dirigiera a la agencia chiricahua, suspendiera al agente Jeffords y se hiciera con el control de ella. En caso de que fuera factible, Clum debía trasladar a los chiricahuas a San Carlos. Salvo por el alzamiento de Pionsenay, los chiricahuas habían sido relativamente pacíficos, pero a ojos de los funcionarios del Departamento Indio habían realizado pocos «progresos hacia la civilización» bajo el poco rígido control de Jeffords. Este les había permitido conservar sus armas y sus caballos, y solo les había puesto unas leves restricciones a su libertad de movimientos.

Los frecuentes visitantes de los chiricahuas, procedentes de otras reservas, que ascendían a unos doscientos mensuales, constituían una fuente constante de preocupación. Jeffords había seguido alimentándolos, aunque sabía que unos cuantos chiricahuas les acompañaban de vez en cuando en sus incursiones a Sonora. Pero debido a que la reserva se extendía junto a la frontera de México, todos los asaltos se atribuían a los chiricahuas. La mayoría de los asaltantes procedía, aparentemente, de Warm Springs, aunque

después del traslado de los coyoteros de Camp Apache a San Carlos, unos cuantos guerreros descontentos también habían seguido los antiguos senderos de saqueo que conducían al sur. Una serie de peleas a causa del tizwin y el asesinato de un importante guerrero chiricahua hicieron que los visitantes fuesen menos bienvenidos que antes. El resultado fue que las incursiones a México decrecieron claramente en 1875.

Otro elemento inestable en la situación chiricahua era que la banda de Nednhi seguía en México; vivían de asaltar ciudades mexicanas y ranchos. Jeffords estaba convencido de que esta banda había establecido un canal de comercio de mercancía robada con los indios que vivían en la reserva, y asimismo utilizaba esta como refugio cuando les perseguían las tropas mexicanas. Ocasionalmente, los funcionarios mexicanos informaban de que habían dado con rastros de rebaños de ganado robado que conducían a la reserva chiricahua.

El general Kautz, irritado por la exclusión del ejército de la reserva chiricahua, culpó a Jeffords de todos los males. Declaró que sus recuentos eran demasiado irregulares e incompletos para ejercer un control efectivo de los indios que tenía bajo su cargo. Lo que presumiblemente quería Kautz era que el ejército se hiciera con esa responsabilidad, aunque, como muy bien sabía Jeffords, eso provocaría una huida en estampida de la reserva.

Tras la muerte de Cochise en 1874, su hijo Taza lo reemplazó, pero no tenía el prestigio ni la influencia necesarios para dominar a su pueblo. Cooperó con Jeffords, que hizo todo lo que estaba en sus manos para ayudar a los chiricahuas, al tiempo que protegía las vidas y las propiedades de los blancos. Mientras su padre estaba vivo, Taza también había tenido mucho éxito a la hora de recuperar el ganado robado.

Otro problema para Jeffords fue el que surgió a consecuencia de las numerosas caravanas de mercancías que seguían la ruta Overland a través de Apache Pass. Los chiricahuas descubrieron que los transportistas siempre andaban deseosos de intercambiar whisky por caballos y mulas. A causa de las peleas que había cada vez que un

chiricahua conseguía algo de whisky, Jeffords solicitó permiso para trasladar el cuartel general de su agencia a Apache Pass, un emplazamiento mejor situado para evitar el comercio de licor.

El comisionado Smith, sin duda presionado por los funcionarios de Nuevo México, decidió que, por todas aquellas razones, los chiricahuas debían ser trasladados a Warm Springs. Concluyó que allí su administración resultaría más económica y menos complicada. No añadió la razón más contundente: el hecho de que los contratistas de Nuevo México se beneficiarían sustancialmente del cambio. Envió al inspector Dudley para asegurarse de que los chiricahuas consentían el traslado.

Dudley visitó la agencia en abril de 1875. Cuando descubrieron lo que tenía en mente, los chiricahuas se enfurecieron y le advirtieron de que si les molestaba se declararían en pie de guerra. Tras recibir el informe desfavorable de Dudley, el comisionado permitió a Jeffords el traslado de la agencia a Apache Pass.

Quizá debido a que el inspector Kemble vio pocas esperanzas de conseguir que los chiricahuas llegasen a ser autosuficientes mientras Jeffords siguiera al control, el Departamento Indio redujo la asignación de carne para la reserva. A consecuencia de esto, a Jeffords no le quedó otra que permitir a varias bandas dirigirse a las montañas Dragoon a cazar. Durante su ausencia, se desató una pelea y murieron tres personas. La mayoría de los chiricahuas que fueron a cazar regresó a la agencia, pero Skinyea y una docena de familias se quedaron en las Dragoon.



Taza, hijo de Cochise, quien reemplazó a su padre como jefe de los chiricahuas en 1874 (Sociedad Histórica de Arizona).

En mayo de 1876, Skinyea se unió con unos guerreros a una partida de coyoteros para realizar una incursión en Sonora y regresaron con un botín de oro y plata. Compraron whisky a Rogers, que se

dedicaba a comerciar con los indios, y, borrachos, tuvieron una pelea. Pionsenay, uno de los hermanos de Skinyea, mató a dos de sus hermanas en medio de la borrachera. Unos días más tarde, hicieron penitencia matando a Rogers y a su cocinero. Después de esto, se le unieron unos cuantos indios y se dedicó a llevar a cabo asaltos por todo el valle de San Pedro, en los cuales mató a muchos rancheros y les robó el ganado.

Todos los chiricahuas estaban alertas e inquietos, y cuando las tropas de Fort Bowie persiguieron a los asaltantes hasta las montañas San José, pareció que iba a producirse un inminente alzamiento general; solo la capacidad de persuasión de Jeffords y Taza lo evitaron. Hicieron correr la voz para que llegara a los acompañantes de Skinyea que no habían tomado parte en el asalto a fin de que regresaran a la agencia, y dejaron que Pionsenay se refugiase en las montañas Chiricahua.

A causa de este alzamiento, el gobernador Safford inició una campaña para lograr que Jeffords dimitiera como agente y los chiricahuas se trasladasen a San Carlos. El Congreso destinó fondos para esta transferencia, y el comisionado asignó a Clum esta delicada y peligrosa tarea.

Sin embargo, este no tenía prisa en llevar a cabo el traslado y lo retrasó varias semanas hasta que contó con tropas suficientes en la zona para poder manejar cualquier posible emergencia. Clum cabalgó hasta Tucson con cincuenta y cuatro policías indios y con el intérprete George H. Stevens, para aguardar a las tropas y dar a los ciudadanos inquietos la posibilidad de observar el disciplinado comportamiento de la policía apache. Quedaron tan impresionados que crearon un fondo para adquirir uniformes de pantalones blancos, camisas rojas y sombreros anticuados del ejército para la policía. Esto supuso, sin duda, un desagravio no oficial por la masacre de Camp Grant de hacía cinco años. El general Kautz llegó y dispuso doce compañías de caballería y dos de exploradores indios alrededor de la reserva chiricahua.

Cuando Clum, su policía apache y las tropas se aproximaron a la reserva en junio de 1876, los sorprendidos chiricahuas celebraron un consejo. Skinyea y Pionsenay se declararon abiertamente a favor de la guerra, pero Taza y Nachez, hijos de Cochise, abogaron por la paz. Hicieron valer su decisión matando a Skinyea y a cinco de sus principales guerreros e hiriendo a Pionsenay; entonces, los demás jefes aceptaron el traslado.

Los nednhis siempre habían vivido al sur de la frontera al menos una parte del año. La banda nednhi de Juh y Nolgee, a la que se unió Gerónimo, pidió a Clum que les permitiese acompañar a los demás a San Carlos. Gerónimo, un hombre medicina bedonkohe, se convirtió en un importante líder guerrero nednhi gracias a su «poder» para conocer lo que estaba sucediendo en otros lugares. Clum les concedió tres días de plazo para que reuniesen a su gente, pero también hizo que sus exploradores supervisasen los preparativos. Los nednhis mataron a sus perros, empaquetaron apresuradamente sus posesiones, abandonaron a sus ancianos y se pusieron en marcha hacia el sur, dejando enseguida atrás a la fuerza de caballería que se envió tras ellos. Al mismo tiempo, algunos chiricahuas huyeron a Warm Springs.

Uno de los hombres de Pionsenay se aproximó a Clum para preguntarle qué condiciones podía esperar el jefe renegado. Clum ordenó a Tauelclyee y a veinte policías que lo acompañasen y regresaran con Pionsenay, «vivo, si les venía bien». Añadió que si el mensajero era un buen guía, también lo trajesen de vuelta; en caso contrario, Clum no quería volver a verle. Tauelclyee sonrió abiertamente y respondió: «Shebukensee [Entendido]».[6] Los exploradores trajeron a Pionsenay y a otros treinta y ocho indios. Clum telegrafió al gobernador Safford diciéndole que entregaría a Pionsenay a los funcionarios federales en Tucson. Pero en el camino hasta allí, un sheriff y su ayudante se presentaron ante Clum en Point-of-the-Mountain con una orden de detención para Pionsenay, y se vio forzado a entregárselo. Esa misma noche, Pionsenay se escapó de los policías.

Solo trescientos veinticinco chiricahuas se trasladaron a San Carlos. El número de los huidos nunca se supo. Clum, encogiéndose de hombros, calculaba que unos cien. Jeffords, más cualificado para realizar una estimación más fiable, informó de que ciento cuarenta se habían dirigido a Warm Springs y que otros cuatrocientos andaban sueltos. El general Kautz mantenía la opinión de que Jeffords inflaba las cifras para quedar limpio del cargo de haber cometido un fraude en el número de indios que, según había declarado, había tenido que alimentar. Entre quienes escaparon había algunos familiares de Taza, que se quedaron en Sierra Madre hasta bien entrado el siglo xx.[7]

El control de la reserva chiricahua se transfirió entonces a Kautz, pero este no iba a permitir que ningún apache se quedara allí; a todo aquel que se presentara por la reserva se lo trataría como un hostil. No tardaron en aparecer informes de mineros asesinados por indios y de ganado desaparecido. Las tropas dieron con rastros que conducían a Sonora, pero con ningún indio. Kautz estableció Camp Thomas en el área más hostil, pero esto no tuvo efecto alguno. Cuando las tropas de Nuevo México siguieron la pista de los asaltantes hasta las montañas Florida y mataron a veinte de ellos, los funcionarios territoriales de Arizona criticaron duramente a Kautz por su ineficacia, y el gobernador Safford amenazó con acudir a las reservas territoriales, lo que era toda una bofetada para las tropas regulares.



Nosey, líder chiricahua, con su esposa, 1881 (Colección Histórica del Oeste. Universidad de Oklahoma).

Incitado por estas acciones, Kautz envió al capitán T. C. Tupper para que llevara a cabo una búsqueda exhaustiva por la región problemática. Cuando Tupper informó de que no había encontrado un solo indio, Kautz se convenció que las matanzas y los robos eran

obra de blancos renegados de México. Pero tras un asalto en el área del viejo Camp Crittenden, el teniente J. A. Rucker siguió el rastro durante varios días con una compañía de caballería, y en las montañas Liedendorf de Nuevo México tomaron por sorpresa un campamento de apaches y mataron a diez de ellos. Encontraron caballos y víveres procedentes de la reserva chiricahua, y Rucker informó que la región estaba plagada de renegados.

Kautz estaba ahora convencido de que la estimación de Jeffords sobre el número de chiricahuas había sido más precisa de lo que originalmente había pensado, pero los renegados también habían reclutado gente en Warm Springs. Los asaltos y las matanzas continuaron hasta 1877, a pesar de las patrullas militares y las expediciones punitivas. Algunos asaltantes, cuando se vieron perseguidos, se dirigieron a Sonora, mientras otros se encaminaron a Warm Springs.

Sin embargo, Warm Springs fue la fuente principal de asaltantes, a causa de que los renegados mimbreños, mogollón y chiricahuas siempre habían sido unos luchadores muy fieros. El agente de Warm Springs informó que, salvo unos pocos, todos ellos despreciaban la agricultura, y que eran demasiado salvajes e inquietos para arriesgarse a formar una fuerza policial india. A los problemas del agente había que añadir, además, la escasez de raciones a principios de 1876. Había pedido permiso para intercambiar azúcar excedente por harina y carne, pero le fue denegado. Con ayuda del delegado territorial del Congreso, el agente consiguió provisiones a tiempo de evitar un alzamiento general, pero las partidas de asalto siguieron actuando. Un destacamento de caballería se estacionó al oeste de la reserva para evitar que se desatase un éxodo general, pero pequeños grupos se escaparon para visitar a los chiricahuas. Y cuando Clum trasladó a estos a San Carlos, el jefe Gordo y algunos de sus jóvenes e inquietos guerreros huyeron para unirse a sus amigos en Warm Springs. Su presencia agravó en buena medida los problemas de disciplina del agente, pues los renegados eran arrogantes y rebeldes.



Nachez, guerrero chiricahua (Sociedad Histórica de Arizona).

El inspector Kemble visitó Warm Springs a principios de 1876. No solo tomó nota de la presencia de los turbulentos guerreros, sino que también consiguió pruebas de la corrupción. Antes de que se nombrase agente a Shaw, trescientos treinta indios recibían raciones. Ahora Shaw declaraba que el número total había subido hasta una cifra que oscilaba entre los mil cien y los mil trescientos, pero no tenía ningún documento que sostuviera tal declaración. Kemble estaba convencido de que Shaw había presentado devoluciones falsas y que los víveres de los indios se habían utilizado para la compra de whisky. El inspector calculaba que en la reserva había en realidad seiscientos o setecientos indios y que controlaban al agente Shaw. Recomendó su destitución y en agosto de 1876 lo reemplazó James Davis.

La política de concentración y el papel que había jugado en ella concedieron una enorme popularidad a Clum. En julio de 1876, se llevó a Washington una partida de veintidós jefes y cabecillas apaches con sus esposas, y como el Departamento Indio se negó a proporcionarle fondos para el viaje, Clum intentó financiarla organizando unos espectáculos de «apaches salvajes» por el camino. Pero la masacre de Custer había tenido lugar el mes anterior y la reacción del público no fue favorable. Los espectáculos fueron un fracaso desde el punto de vista financiero y las actuaciones tuvieron que suspenderse.

En Washington mantuvieron conferencias con el comisionado de Asuntos Indios, pero no quedaron muy satisfechos con los acuerdos. Durante su estancia en Washington, Taza murió de neumonía y lo enterraron en el cementerio de Arlington. Cuando Clum regresó a San Carlos, se encontró con el descontento de los chiricahuas por la muerte de Taza, pues creían que el agente lo había abandonado a su suerte. Nachez y una numerosa partida de guerreros chiricahuas con el rostro sombrío se reunieron con el agente en un remoto cañón y le pidieron explicaciones sobre lo que había sucedido. Clum trató en vano de convencerles de que la muerte de Taza no se había podido evitar, que se había hecho todo lo posible para salvarle la vida.

Eskiminzin salió al rescate de Clum, volvió a contar solemnemente la historia de la enfermedad y la muerte de Taza, de su funeral y de los grandes hombres, como el general Howard, que acudieron a rendirle tributo. Para concluir dijo: «Amigos míos, he hablado mucho, y habéis sido pacientes, pero tenía que hacerlo en honor de la verdad. Y sé que os sentís como yo. Un buen hombre, un gran jefe, ya no está con nosotros. Estamos tristes, y aun así para cualquier familia constituye un honor que cuiden a uno de sus miembros en la gran ciudad del Gran Padre Blanco, como pasó con Tahzay durante su enfermedad, y que luego lo entierren entre las tumbas de los héroes de rostro pálido».[8] Nachez aceptó la explicación de Eskiminzin.

El esquivo Gerónimo llevó a cabo destructivas incursiones por el sur de Arizona y Nuevo México después de huir de la agencia chiricahua en 1876, y una vez más, el ejército recibió duras críticas por no poder capturarle. A principios de 1877, Arizona asignó diez mil dólares y autorizó al gobernador para que formara una milicia de sesenta hombres encargada de proteger a los ciudadanos. El gobernador Safford le pidió a Clum que le cediese sesenta policías apaches para que se incorporaran a la milicia territorial; el agente aceptó y propuso que Beauford fuese su capitán. Clum marchó con los policías a Tucson y los cedió al estado para que protegieran a los ciudadanos blancos de los renegados chiricahuas, lo que fue con toda seguridad uno de los hechos más asombrosos de las guerras apaches.

A causa de los continuos asaltos, el general Kautz envió al teniente Austin Henely a Warm Springs para averiguar si los renegados estaban usando la reserva como refugio. Henely descubrió que los mimbreños se unían a los chiricahuas para llevar a cabo asaltos y que los renegados, en efecto, utilizaban la reserva como base. Durante la estancia de Henely en Warm Springs, Gerónimo regresó de una incursión con ganado robado y se sintió ultrajado cuando le negaron las raciones por los días que había estado ausente.

Henely procuró no hacer nada que pudiese alertar a Gerónimo, pero transmitió sus averiguaciones a Kautz, quien hizo llegar las noticias a la Secretaría de Guerra, que, a su vez, se las pasó al secretario de Interior para que se las entregara en mano al comisionado de Asuntos Indios. Más de tres semanas después de que Henely enviase su informe, el comisionado telegrafió a Clum para que, si era posible, arrestase a los renegados chiricahuas con su policía tribal y los condujese a San Carlos.

Entretanto, las relaciones entre Clum y los militares continuaron siendo difíciles. Un poco antes, aquel mismo año, unos coyoteros mataron a una anciana apache en las proximidades de Camp Apache. El ejército no informó de ello y, al enterarse con retraso de aquel incidente, Clum sospechó que el ejército protegía a los asesinos para minar su autoridad, un desafío que no pudo ignorar. Envió a unos cuantos policías apaches a Camp Apache con órdenes de arrestar o matar a los culpables. Mataron a uno de ellos, pero durante la acción dispararon hacia un apache que era explorador del ejército. El mayor Ogilby estaba preparado: sus tropas persiguieron a la policía tribal durante la mayor parte del trayecto de vuelta a San Carlos.

Clum informó de este «ultraje» al general Kautz, que le contestó acusándole de intentar conducir a las mujeres e hijos de la banda del jefe Pedro a San Carlos mientras sus hombres se hallaban fuera con las tropas a la caza de renegados. Las acciones de Clum, salmodió Kautz, habían creado una situación peligrosa, tanto, de hecho, que se veía obligado a ordenar a los exploradores a volver a la reserva con la esperanza de evitar un derramamiento de sangre. De este modo, Kautz trataba de transferir la responsabilidad por los descontrolados estragos apaches del ejército a Clum.

Hirviendo de ira, Clum acusó a Kautz de «inactividad criminal» por dejar a la gente del sur de Arizona expuesta a los asaltos apaches. Dado que el general ya se encontraba bajo una fuerte presión por parte de los funcionarios territoriales y la prensa, la acusación de Clum hizo la mella esperada. Kautz informó entonces al general

responsable del aparato administrativo del ejército de que muchos renegados se había visto en la obligación de abandonar la reserva debido a los malos tratos y a la insuficiencia de raciones, una sugerencia velada de la corrupción y la mala administración que estaban haciendo estragos en la reserva. Clum se enteró de esta acusación cuando salía para Warm Springs.

No mucho antes, Clum le había pedido a Kautz que organizara una escolta militar para Warm Springs. El general señaló que este lugar pertenecía al Departamento Militar de Nuevo México y que estaba fuera de su jurisdicción, por lo que sugirió a Clum que contactase con el coronel Hatch, quien estaba al mando del Departamento de Nuevo México. Siguiendo instrucciones de la Secretaría de Guerra, Hatch envió nueve compañías a la zona de Warm Springs. Era el procedimiento adecuado, puesto que un jefe de departamento no tenía autoridad en otro departamento que no fuera el suyo, pero para Clum se trató simplemente de una prueba más de que Kautz estaba tratando de perjudicar su éxito con los apaches.

En abril de 1877, Clum solicitó al gobernador Safford que liberase a los exploradores apaches que habían estado sirviendo durante varios meses en la milicia y ordenó a Beauford que se encontrase con ellos en Silver City. Llevándose a cuarenta policías indios, partió a pie por el desierto hacia Silver City, a unos seiscientos cincuenta kilómetros de distancia. Para Clum era una diversión, porque disfrutaba muchísimo saliendo de campaña con los apaches. Cuando sugirió que marcharían cuarenta kilómetros al día, los apaches se rieron y le replicaron que mejor sesenta y cinco. En el camino le tomaron el pelo con frecuencia. Después de una marcha de cincuenta kilómetros entre cactus, arena y un intenso calor, celebraron una vigorosa danza de guerra de más de dos horas. Mientras observaba con solemnidad a los danzantes, Eskiminzin explicó casi en tono de disculpa al agotado Clum que los apaches sentían que no estaban haciendo suficiente ejercicio. Otro ejemplo de su humor fue el nombre apache que le confirieron a Clum: Nantan-betunnykahyeh o «Jefe de Alta Frente». Clum apreció la broma: era calvo.

Los mocasines constituían un problema en la marcha porque las suelas se rompían tras cuatro jornadas de viaje por el desierto, así que los hombres tenían que reparar las suelas cada cuatro días. A mitad de trayecto, una fuerte tormenta de arena los retuvo durante treinta horas en un lugar.

En Fort Bayard, se enteró de que el coronel Hatch había dado instrucciones al mayor Wade y a tres compañías del Noveno de Caballería para encontrarse con él en Warm Springs el 21 de abril, el día que Clum esperaba llegar, para ayudarle en la captura de la banda de Gerónimo. Consciente de que la policía apache podía no querer cooperar de buena gana con las tropas, Clum no les informó de ello hasta la segunda noche, cuando se reunió con Eskiminzin y otros en quienes confiaba fuera de Fort Bayard.

Al informarles del plan, se quedaron callados y permanecieron sentados mirándose entre sí. Los apaches tenían una misteriosa manera de comunicarse en silencio, de intercambiar pensamientos a través de la mirada. Clum se había percatado de esto antes al observar a los apaches que actuaban como jueces o jurado. Escucharían las pruebas, se mirarían entre ellos durante un tiempo y, entonces, el jefe que presidiera el juicio anunciaría si el acusado era culpable o inocente. Habrían llegado a un acuerdo unánime y silencioso.

Eskiminzin habló entonces en nombre de todos. Dijo que Clum era el jefe blanco de los apaches. Nunca les había mentido y siempre le obedecerían, pero no querían que los blancos les ayudasen a capturar a Gerónimo. Ellos sabían cómo luchar contra los apaches; los soldados, no. «Si tratan de ayudarnos —concluyó—, no lograremos dar caza a Gerónimo ni a su gente, pues sabrán que nos estamos acercando y huirán a México.» Un coro de «Enjuhs» dio a entender que eso era lo que pensaban todos. El debate continuó durante dos horas: al final, los apaches acordaron seguir adelante.[9]

El 20 de abril, se hallaban a cincuenta y cinco kilómetros de Warm Springs tras haberse unido a Beauford y compañía en Silver City, donde Clum compró unos caballos. Acamparon esa noche en un

valle apartado a veinticinco o treinta kilómetros de la agencia. Con veintidós policías, ahora a caballo, Clum se dirigió a la agencia para averiguar que el mayor Wade no llegaría hasta el 22 de abril. Esto representaba tanto un problema como una oportunidad. Gerónimo estaba acampado a cinco kilómetros. Podría acabar con la pequeña partida de Clum o marcharse a México. Se requería una acción inmediata.

En cuanto anocheció, Clum hizo llegar a Beauford el mensaje de que llevase a los otros cautelosamente a la agencia. Llegaron a las cuatro de la madrugada y se ocultaron en un almacén vacío del economato que estaba en la plaza de armas, enfrente del principal edificio de la agencia. Al amanecer, Clum envió un mensaje a Gerónimo en el que le decía que deseaba parlamentar con él y con los otros jefes.

Convencido de que Clum solo contaba con veintidós apaches, Gerónimo, Gordo, Ponce y los demás llegaron al salir el sol, con pinturas de guerra y gesto retador. Con seis policías apaches alineados a su lado, rifles en ristre, Clum aguardó en el porche del edificio principal de la agencia. Beauford y otros dieciséis policías aguardaban entre el edificio principal y el economato, listos para transmitir la señal de Clum al resto de hombres que esperaban ocultos.

Clum acusó a Gerónimo de haber roto el tratado que hicieron Cochise y el general Howard y de quebrantar también la promesa que él mismo le había hecho el año antes de que se dirigiría a San Carlos. Clum dijo que su intención era llevárselo a San Carlos. Era un viaje largo y no quería tener ningún problema con Gerónimo y su gente. Este le contestó diciéndole que sus palabras eran muy valientes, pero que él y sus hombres no tenían la menor intención de marcharse a San Carlos; y advirtió a Clum de que si no se andaba con cuidado él y sus apaches tampoco regresarían. «Vuestros cuerpos permanecerán aquí, en Ojo Caliente, para servir de alimento a los coyotes.»[10]

En eso consistió todo el careo. Clum, en un principio, se había esperado varias horas de arengas, pero Gerónimo no estaba de humor para entablar largas discusiones. El agente alzó la mano izquierda para tocarse el ala del sombrero. Beauford transmitió la señal y las puertas del economato se abrieron de golpe. Dos columnas de policías apaches corrieron en direcciones opuestas para rodear a Gerónimo y a su gente. No hicieron ningún ruido. Clum no apartó los ojos de la mano derecha de Gerónimo y vio que movía el dedo gordo hacia el gatillo de su rifle militar Springfield de calibre 50. Clum rozó la culata de su Colt 45, lo que constituía la segunda señal: Beauford y los veintidós policías alzaron sus rifles y apuntaron a Gerónimo y a los otros jefes a pocos metros de distancia.

En ese momento, un salvaje aullido rompió el silencio. Una alta mujer apache temía que Beauford fuese a disparar contra Gerónimo y los demás, por lo que le echó los brazos al cuello. Era el típico incidente entre cómico y delirante que en momentos de máxima tensión había provocado el caos y la masacre en anteriores ocasiones. Los policías apaches miraron a Clum en busca de una señal, pero no abrieron fuego mientras el poderoso Beauford lanzaba a la mujer al suelo y volvía a alzar su rifle. La crisis pasó rápidamente.[11]

Los chiricahuas fueron desarmados y encerrados en el corral amurallado de la agencia, pues esta no contaba con calabozo. Como precaución adicional, el herrero de la agencia remachó unas cadenas en los tobillos de Gerónimo y de los demás jefes. Cuando el mayor Wade y la caballería llegaron al día siguiente, los chiricahuas estaban totalmente sometidos. Lo único que quedaba por hacer era escoltarlos hasta San Carlos. Clum telegrafió al comisionado para decirle que los renegados habían sido capturados. Como solo había seiscientos indios en Warm Springs, recomendó transferirlos a todos a San Carlos. El comisionado estuvo de acuerdo con esta desafortunada e inadecuada sugerencia y ordenó el traslado de los apaches de Warm Springs.

Victorio y otros mimbreños llegaron el mismo día. Clum le dijo al jefe de Warm Springs que haría un recuento antes de la puesta de sol. Los indios regresaron en el momento en que se iba a hacer el recuento, pues Eskiminzin y otros policías apaches habían estado entre la gente de Victorio hablándoles del trato justo que les iban a dar en San Carlos y animándoles a obedecer la orden del traslado.

Al día siguiente, Clum recibió un telegrama desde Tucson con las noticias de que dos partidas de chiricahuas, bajo el mando de Ponce y Nolgee, estaban llevando a cabo incursiones en Arizona. Como Ponce estaba encadenado y custodiado en el corral de la agencia, Clum estuvo en disposición de señalar a los renegados la importancia de los recuentos; estar presentes en ellos cada día les libraría de acusaciones como aquella.

Victorio y su gente estaban descontentos por tener que abandonar su región favorita, pero se mostraron de acuerdo en marchar en paz. Sin embargo, tuvieron la previsión de ocultar sus mejores armas y una buena provisión de munición.[12] Esta era una práctica habitual entre los apaches, y contaban con similares alijos de armas, munición, rollos de tela y comida en cuevas por Sierra Madre y en otros escondrijos de México. El viaje a San Carlos transcurrió sin incidentes, salvo por unos cuantos casos de viruela entre los apaches. Una vez más, Eskiminzin salió al rescate: dijo que pusieran a los enfermos en el carro con Cullah, quien había sobrevivido a la viruela y no corría peligro.



Gerónimo en su momento de máximo apogeo (Sociedad Histórica de Arizona).

Antes de que empezara el viaje de regreso, el coronel Hatch solicitó al general Kautz una escolta militar para relevar a sus tropas cuando alcanzasen la frontera del Departamento de Arizona. Clum elogió a las fuerzas militares de Nuevo México por su cooperación, añadiendo descortésmente que los «militares de Arizona no servían para nada». El capitán William M. Wallace, jefe de Fort Bowie, telegrafió a Clum preguntándole dónde deseaba encontrarse con la escolta de Arizona, a lo que este respondió bruscamente: «No se ha pedido ninguna escolta a Arizona y no se aceptará ninguna».[13]

El general Sherman consideró el rechazo de la escolta por parte de Clum como una infracción de cortesía, tanto personal como oficial, y le advirtió que «no era asunto suyo» rechazarla. Clum replicó que no era asunto del general Sherman interferir en sus asuntos. Kautz, sin convicción, se excusó por no haber dispuesto antes una escolta justificándose en que Clum se había negado a permitirle reclutar exploradores en San Carlos. Tuvo, por tanto, que mandar llamar a los hualapais, y la demora volvió imposible organizar una escolta.

La reserva de Warm Springs estaba ahora clausurada, aunque se calculaba que doscientos apaches mogollón y mimbreños seguían sueltos, pues no todos habían aceptado marcharse a San Carlos. Mientras hubiera mimbreños y mogollón en el área, los que se habían marchado a San Carlos albergarían intenciones de reunirse con sus amigos en su propia tierra.

Mientras Clum viajaba hacia Warm Springs y volvía, Kautz le ganó mucho terreno en su vieja enemistad, pues informó a sus superiores que la ausencia de tropas en la reserva había hecho imposible controlar o castigar a los apaches renegados. Además, tampoco tenía forma de obtener información del estado de la reserva. Su sutil planteamiento fue efectivo, pues su petición de autoridad para estacionar un oficial en San Carlos con la misión de observar los movimientos de los indios e inspeccionar sus suministros fue aprobada. El secretario de Interior, que carecía del entusiasmo de Clum por pelearse con los militares, estuvo de acuerdo en estacionar a un oficial en cada reserva. Cuando Clum regresara triunfalmente a

San Carlos con los renegados chiricahuas y los apaches de Warm Springs, se iba a encontrar, por tanto, con una amarga sorpresa. Un oficial y su escolta militar ya estaban instalados en San Carlos para supervisar la administración de Clum.

Sin esperar a ver si el oficial iba a mostrarse cooperativo o no, Clum lanzó un ultimátum al comisionado indio: o le relevaba totalmente de su cargo, o incrementaba su paga y le dotaba de dos compañías más de policías indios. En el último caso, él controlaría a todos los apaches sin ayuda militar alguna. Cuando el comisionado rechazó la petición de una paga mayor y de incrementar su autoridad, Clum dimitió y abandonó la agencia el 1 de julio de 1877, dejando al inspector Vandever temporalmente al mando de San Carlos.

La política de concentración de la Oficina de Asuntos Indios fue un trágico error, pues falló a la hora de tener en cuenta las consecuencias de trasladar a las bandas apaches de sus lugares de reunión favoritos o confinar a bandas enemigas en una misma reserva. Carleton había intentado un arreglo similar con los mescaleros y los navajos en Bosque Redondo, y fracasó miserablemente en todos los aspectos. El plan no tendría más éxito en San Carlos.

Entre los críticos de la política de concentración se encontraba el general Kautz, quien denunció que la administración del problema indio había sido manipulada por contratistas y políticos para aprovecharse personalmente de ello. En pocas palabras, no se trataba de un programa para civilizar a los apaches salvajes, tal y como los reformistas del Este que se hacían llamar «amigos de los indios» mantenían piadosamente, sino de una trama cruda y cruel para la explotación y el beneficio deshonesto a expensas del gobierno y de los indios. Kautz advirtió proféticamente que la concentración derivaría en sangrientos e inevitables alzamientos cada vez que los líderes de los renegados pudiesen aprovecharse del descontento y de la hostilidad que existían entre las bandas. El

inspector Kemble, aunque apoyaba por fuera las medidas de sus superiores, también predijo problemas si se colocaba a un agente inexperto al frente de la reserva.

El general Crook, que en esa época estaba en campaña contra los sioux, había mantenido categóricamente que la paz permanente con los apaches jamás se conseguiría a no ser que se venciera y humillara totalmente a los chiricahuas. Su traslado a San Carlos no había hecho más que dar libertad a los renegados para que su propia gente dejara de presionarles, y aunque las tropas y los exploradores indios de Arizona y Nuevo México peinaban constantemente el territorio, no habían sido capaces de someterles.

El general Kautz, que estaba mucho más entregado a la causa de lo que pensaban los funcionarios territoriales, estaba seguro de que había menos de una docena de renegados en activo en la región de Fort Bowie. Sin embargo, cuando el comando del teniente T. A. Touey sufrió una gran derrota por parte de los apaches en las montañas de Las Ánimas, Kautz comprendió que sus cálculos se habían quedado bastante cortos. El inspector Kemble hizo crecer la vergüenza del general al recomendarle que el Departamento Indio mandase a la policía apache para proteger los puestos militares. Y el gobernador Safford añadió otro nuevo insulto al liderar un comando de policía tribal durante una campaña de tres semanas.

La mayoría de los apaches de San Carlos continuó trabajando y evitando meterse en problemas, pero de vez en cuando se veían afectados por las actividades de los renegados, por las frecuentes ausencias del agente Clum en misiones que le llevaban a mil sitios diferentes y por la política de obligar a que bandas enemigas y sin relación viviesen juntas en la misma agencia. Todas aquellas irritaciones simultáneas fueron conformando una situación explosiva.

A pesar del peligro, el inspector Vandever predijo que los apaches llegarían a ser autosuficientes en un plazo de cinco años si el Departamento Indio destinaba treinta mil dólares a un proyecto de irrigación. Creía que un gasto tan modesto evitaría problemas de un coste bastante superior.

En la época en que Clum dimitió, el ejército suspendió las expediciones en busca de renegados. El inspector Vandever, como agente provisional de San Carlos, envió un destacamento de policía india a traer de vuelta a pequeños grupos de apaches que se habían fugado de la reserva.

Vandever no estaba más contento de lo que lo había estado Clum con la inspección de los repartos que llevaba a cabo el ejército, aunque la presencia de un funcionario tenía aparentemente un efecto notable y beneficioso en la cantidad y las condiciones de las raciones que se repartían. Aún así, Vandever acusó al ejército de usurpar la autoridad del Departamento Indio. El ejército contraatacó acusándole de negligencia, ineficacia, fraude y otras faltas. Aquella acusación no tuvo ninguna consecuencia más que la de que el secretario de Interior, Carl Schurz, reprendiera a Vandever por sus ataques a los oficiales cuya cooperación necesitaba. Poco después de aquello, A. H. L. Hart sustituyó a Vandever como agente.

La enemistad entre civiles y militares no podía ocultarse a los apaches, y se añadió a la inquietud e insatisfacción de varias bandas, especialmente las de Warm Springs, que odiaban San Carlos. Observaron y aguardaron a que se les presentara una oportunidad para regresar a su tierra. Una noche de septiembre de 1877, Pionsenay entró en la reserva en secreto para llevarse a las mujeres y a los niños que pertenecían a su banda. Los apaches de Warm Springs se fugaron aquella misma noche. Victorio y Loco abandonaron la reserva con más de trescientos apaches de Warm Springs en dirección este, hacia su antiguo territorio en el sudoeste de Nuevo México. Así dio comienzo una nueva fase de las guerras apaches.

X

VICTORIO, NANA Y LOS MIMBREÑOS

Durante su visita a los apaches de Arizona y Nuevo México en 1871, Vincent Colyer, el emisario de la política de paz del presidente Grant, había recomendado que el ejército suministrase alimentos a los mimbreños, lo que fue aprobado. El número de mimbreños y apaches mogollón en la agencia de Cañada Alamosa continuó creciendo al tiempo que se fueron multiplicando las quejas, porque se sospechaba de ellos cada vez que desaparecía el ganado de cualquiera. Los apaches del sur podían ser los culpables de algunos de los robos, pero los de Arizona y Sonora también realizaban asaltos en la misma región, y los cuatreros y ladrones de caballos angloamericanos y de Nuevo México eran a menudo los culpables. Bandas de ciudadanos armados vagaban por el territorio en busca de los apaches para atacarlos, y su presencia fue probablemente la responsable de que Cochise decidiera que Cañada Alamosa era un lugar malsano para los chiricahuas.

El superintendente de Asuntos Indios de Nuevo México, Nathaniel Pope, también visitó a Victorio, Loco, Nana y su gente, y se encontró con que seguían pidiendo una reserva exclusiva para ellos, preferiblemente en Warm Springs. Algunos chiricahuas estuvieron también presentes en la reunión, desnudos, hambrientos y temerosos de los ataques de los angloamericanos. Informaron que Cochise se hallaba en una incursión a Sonora. Pope, quien sabía que Colyer ardía en deseos de conferenciar con Cochise, envió a mensajeros en su busca en un vano esfuerzo de conducirlo a Cañada Alamosa para un encuentro.

Debido a que había muchos colonos de Nuevo México en las mejores tierras de los alrededores de Cañada Alamosa, Colyer decidió que sería más fácil encontrar un nuevo hogar para los apaches que comprarles su parte a los intrusos. Sin embargo, tras una breve visita a Ojo Caliente, o a Warm Springs, decidió que allí no había suficiente tierra cultivable, y en su lugar designó Tularosa como reserva apache del sur. Ordenó el traslado de los apaches, pero este no se hizo en el acto. Colyer no previó que a los mimbreños les desagradaría cualquier lugar que no fuera Warm Springs.

Varios meses más tarde, Cochise acampó en Cuchillo Negro, cerca de Cañada Alamosa. Como había perdido muchos hombres y su pueblo no tenía nada que echarse a la boca, deseaba con urgencia la paz y una reserva, pero, al igual que a los mimbreños y a los mogollón, no le gustaba Tularosa, y se negó a llevar allí a su gente. El número de indios en Cañada Alamosa siguió aumentando, pues se les unieron doscientos coyoteros que estaban a disgusto en San Carlos. En marzo de 1872, se les trasladó a todos a Tularosa.

Durante su visita a Tularosa en julio, el general Howard vio que Victorio y los apaches del sur no estaban satisfechos con la reserva que Colyer había seleccionado para ellos. Howard prometió trasladarles a Warm Springs si los chiricahuas aceptaban unirse a ellos; sería suya, les prometió, siempre y cuando no rompieran la paz.

Continuaron sucediéndose muchos robos de ganado, de los cuales se culpaba siempre a los apaches del sur, pero como los chiricahuas hacían visitas constantes de ida y vuelta a Tularosa y había partidas de coyoteros y otras bandas ocasionalmente en la región, la responsabilidad de los robos era difícil de determinar. Los jefes mimbreños negaban que su pueblo hubiese cometido los robos y culpaban a los «indios malos» de otras agencias.

La desintegración del control militar de la Apachería entre las divisiones de Misuri y del Pacífico en 1866 había agravado el problema de controlar a los apaches del sur de Arizona y Nuevo México. Para paliar este problema, el secretario de Interior

recomendó que las agencias chiricahua, de Camp Apache y de Camp Bowie se transfirieran a la jurisdicción del Departamento de Nuevo México, pero la fuerte oposición del general Crook y otros le llevó a abandonar la idea.

Poco después de que Levi Edwin Dudley pasara a ser superintendente de Asuntos Indios para Nuevo México, se reunió con los indios de Tularosa a principios de 1873. Victorio, Nana, Loco y los demás jefes se mostraron hoscos y pidieron que se les trasladase a otro lugar. Dudley insistió que solo podrían trasladarse si Cochise y los chiricahuas se unían a ellos. Este seguía negándose a establecerse en Cañada Alamosa, y Victorio y su gente rechazaban también ser transferidos, ya fuese a la agencia chiricahua o a la mescalero. Para complacer a los apaches y ganarse su cooperación, era necesario proporcionarles reservas separadas en sus propias tierras, pero este era un concepto que solo Colyer, Howard, Crook y unos pocos más comprendían. Para los funcionarios del Departamento Indio, un lugar era tan bueno como cualquier otro, y no veían ninguna razón para dar su brazo a torcer y establecer a los mimbreños en Warm Springs.

Mientras los ciudadanos locales se dedicaban a culpar a los apaches de Tularosa, y especialmente a Sancho, de los robos, el médico del puesto hablaba favorablemente de ellos: «Los apaches son una raza resistente, de muy buena constitución [...] son virtuosos y no hay mácula de sífilis entre ellos».[1] Benjamin M. Thomas, agente de los apaches del sur, estaba convencido de que la banda de Victorio deseaba la paz y que ayudaría a cualquier apache para evitar que se dedicara a robar, pues, en cierta ocasión, se había ofrecido a matar a Sancho por romper la paz. Pero cuando Thomas les pidió a Victorio y a Loco que arrestasen a unos apaches a quienes se había rastreado hasta la reserva con ganado robado, se enfadaron, probablemente porque uno de los nietos de Victorio se encontraba entre los sospechosos. Thomas continuó presionándolos hasta que salieron en desbandada de su despacho y luego ordenaron a sus guerreros que tomaran sus armas y sus caballos.

Mientras los guerreros mimbreños cabalgaban amenazadoramente de un lado a otro frente al cuartel general de la agencia, llegó el mayor William R. Price con tres compañías del Octavo de Caballería y una partida de exploradores navajos. Victorio aceptó conferenciar con Price al día siguiente en su propio campamento, situado en un cañón a cierta distancia del cuartel general de la agencia, pero cuando el mayor acudió al encuentro se topó con que el lugar estaba abandonado. A requerimiento de Thomas, Price intentó arrestar a algunas mujeres y niños para retenerlos como rehenes, pero estos huyeron hacia las montañas. Los hombres de Price, sin embargo, se las arreglaron para dar con el nieto de Victorio y con otro guerrero, los dos considerados problemáticos. Ambos fueron retenidos como rehenes hasta que Victorio y otros jefes regresaron a la agencia, y solo entonces se les puso en libertad.

En 1874, el Departamento Indio volvió a plantear la cuestión del traslado y la concentración, pero Dudley declaró que llevar a los apaches del sur a la reserva mescalero, con todo los beneficios que pudiera conllevar, no podría realizarse de un modo pacífico. Mientras tanto, el mayor Price había enviado destacamentos de caballería a explorar y cartografiar el territorio de los apaches del sur. Sus hombres informaron que los apaches de Tularosa visitaban con frecuencia a los chiricahuas y que juntos llevaban a cabo incursiones en México.

Los apaches del sur seguían insistiendo en abandonar Tularosa, y como el Departamento Indio creía que concentrar a las bandas apaches en una o dos agencias daría como resultado un ahorro sustancial a las arcas del gobierno, se propuso establecer a los apaches del sur y a los chiricahuas en Warm Springs. El comisionado Smith ordenó a Dudley que visitara a Cochise y al agente chiricahua Jeffords para sondear su opinión sobre esta idea.

Cuando Dudley llegó a la agencia chiricahua en el verano de 1874, Cochise estaba a punto de morirse y no había ningún otro chiricahua que tuviese una influencia tan grande sobre su pueblo. Jeffords confirmó las informaciones sobre la frecuencia con que los indios

venían desde Tularosa para unirse a los chiricahuas en las incursiones que realizaban en Sonora, mientras dejaban a sus familias en su agencia. Jeffords le dijo que cuando los guerreros regresaban de sus asaltos y pedían raciones, él se las daba, porque en caso de negarse, ellos simplemente se limitarían a llevar a cabo más incursiones. Al alimentarles, él albergaba la esperanza de mantenerlos cerca de la agencia, pero solicitaba instrucciones al comisionado Smith.

En su visita, Dudley concluyó que Jeffords podía convencer a los chiricahuas para que se mudasen a Warm Springs. «Jamás he conocido a un hombre que tuviera semejante control sobre los indios como el que exhibe el agente Jeffords», escribió al comisionado con la recomendación de que nombrasen a este agente de la nueva reserva. Jeffords no cumplía con todos los requisitos para llegar a ser un agente, continuaba diciendo, pero podía mantener el control, «y cuando los chiricahuas dejan la reserva, por lo general sabe perfectamente adónde han ido». «Si a los apaches se les puede enseñar a trabajar —concluía Dudley—, Jeffords es el hombre más cualificado para lograrlo.»[2]

Como la reserva de Tularosa seguía siendo inaceptable para los apaches del sur, Dudley recomendó su cierre y el traslado a una nueva agencia en Warm Springs. Envió allí a Thomas, el agente de Tularosa, para que se encargara de los preparativos; este solicitó que el comisionado no aplicase en Warm Springs un nuevo orden, inspirado por los Amigos de los Indios, que exigía que hasta el último apache trabajase a cambio de comida. A pesar de haber informado del relativo éxito a la hora de convencer a los apaches para que se dedicaran a la agricultura en Tularosa, estaba seguro de que la mayoría de ellos se escaparían de la reserva si se les imponía estrictamente este nuevo orden.

Antes de que los apaches se trasladasen a Warm Springs, Thomas, que contemplaba la presencia de una fuerza militar como algo beneficioso, pidió que se estableciese un destacamento de caballería en la nueva agencia, una petición que le fue concedida. El traslado

se llevó a cabo a mitad del verano de 1874; en noviembre, cuando John M. Shaw sustituyó a Thomas como agente, había unos cuatrocientos indios inscritos en la agencia.

Durante todo el año siguiente, los apaches del sur estuvieron relativamente tranquilos, pues estaban contentos en Warm Springs y parecía que recibían una buena alimentación. El número de indios que había en la agencia, según los informes, se elevaba por encima de los mil trescientos. Las dudas sobre la exactitud de los recuentos de Shaw no tardaron en surgir, y se rumoreó que calculaba el número de indios que presentaba en los informes a partir de la cantidad de carne que dispensaba.[3]

A lo largo de 1875, los rumores que circulaban sobre que los apaches del sur iban a ser trasladados a San Carlos siguiendo la política de concentración los perturbaron, pues odiaban aquella región incluso más que la de Tularosa y se llevaban muy mal con algunas de las bandas apaches establecidas allí. Además, no se habían olvidado de que les habían prometido un hogar permanente en Warm Springs. Pero la política de concentración tenía muchos enérgicos partidarios fuera del Departamento Indio: contratistas y colonos hambrientos de tierras. Presionaron al Congreso y el Departamento Indio, y los funcionarios del departamento sucumbieron a las coacciones.

Mientras los apaches de Verde estaban siendo trasladados a San Carlos en 1875, los colonos angloamericanos y de Nuevo México empezaron a traspasar los límites de las tierras de la reserva de Warm Springs, lo que anticipaba una transferencia similar. El agente Shaw intentó mantener la paz entre los apaches a través de repartos excesivos de raciones, aunque también se sospechaba que vendía ilegalmente suministros del gobierno en su propio beneficio. Estaba convencido de que Victorio, Loco y los demás jefes mimbreños lograrían mantener a su gente apartada de los problemas si se les alimentaba bien.

Había solo un pequeño destacamento de tropas estacionado en Warm Springs, y cuando llegó un número elevado de chiricahuas tras el cierre de su reserva, Shaw se temió que habría problemas. El coronel Edward Hatch, al mando del Distrito de Nuevo México, aportó rápidamente un destacamento de caballería, pero la presencia de los chiricahuas dejó a las otras bandas en un estado de agitación, especialmente a los guerreros jóvenes.

En la primavera de 1876, el coronel Hatch visitó en persona Warm Springs y vio que los apaches estaban muy bien armados, con rifles Springfield, Winchester y Sharps, aparte de pistolas. Los indios estaban de muy mal humor y se quejaban de que el gobierno llevaba un mes sin suministrarles carne. Añadieron que sus jóvenes se habían marchado a cometer asaltos y que sería mejor acompañarles que quedarse en Warm Springs y morirse de hambre.

Más o menos por la misma época en que Hatch llegó a Warm Springs, también lo hicieron algunos guerreros chiricahuas preparados para acometer incursiones. Victorio, Loco y los demás jefes informaron a Hatch de que planeaban firmar un tratado de paz con Sonora para poder vivir allí y asaltar Nuevo México. Victorio le dijo al coronel que estarían mejor en guerra con los angloamericanos, porque así seguro que todos los demás apaches se unirían a ellos. En ese momento crítico, Hatch recibió órdenes del ejército para alimentar a los apaches y retenerlos en la reserva sin reparar en las acciones de el Departamento Indio.

Los jefes le dijeron con toda franqueza a Hatch que no podrían evitar que sus jóvenes se dedicaran a asaltar, y que no tenían la menor dificultad para cambiar caballos y mulas por armas y munición. También le comunicaron que si ellos querían seguir conservando su influencia, no les quedaba más opción que unirse a las incursiones. En su informe, Hatch dejó claro que tanto los mescaleros como los mimbreños estaban llevando a cabo asaltos por todas partes y que eran más temibles que nunca. Sentía que los

agentes no tenían el menor control sobre los apaches; manifestó que sería de gran ayuda que se desarmara a los apaches del sur, pero sabía que eso era imposible sin una dura lucha.

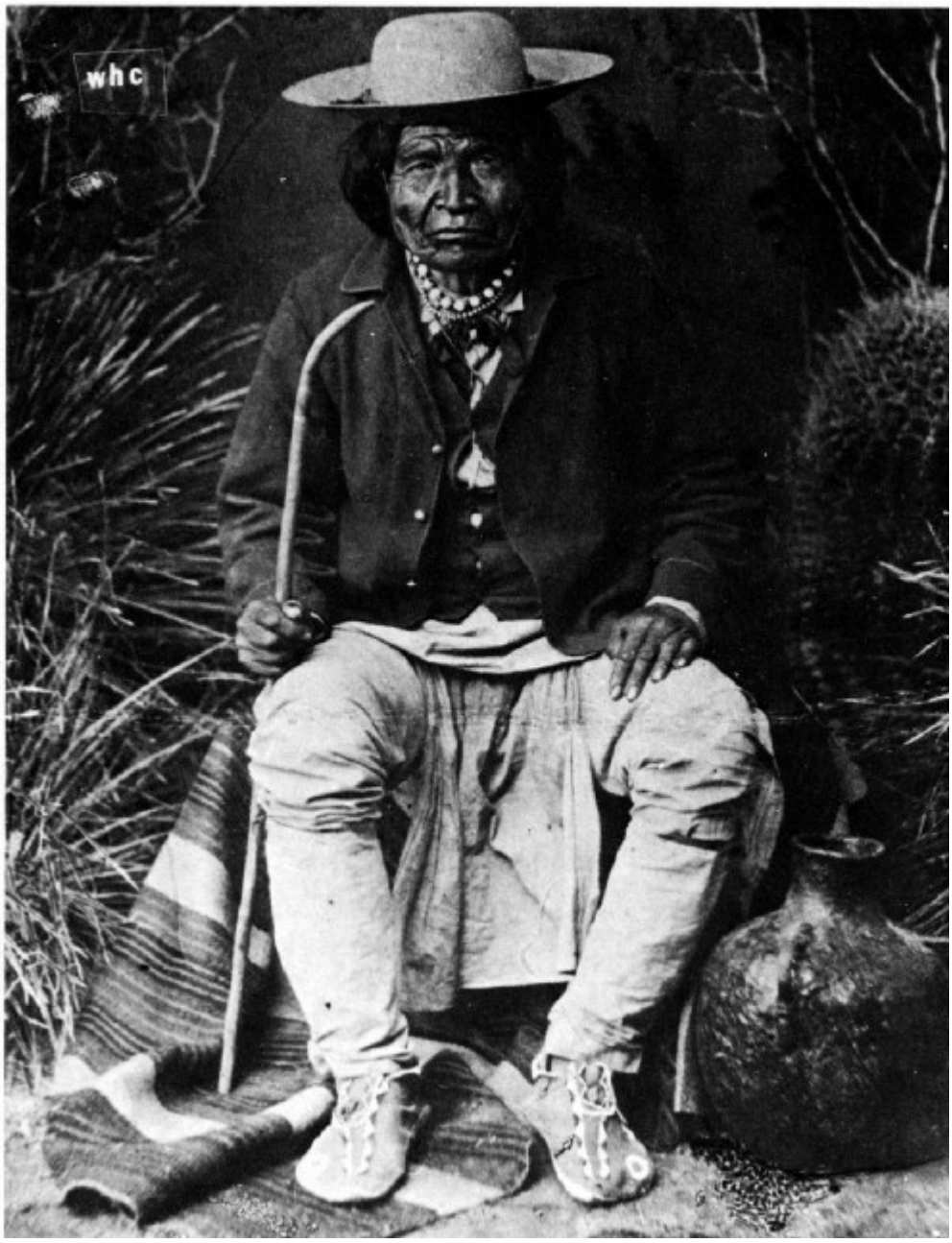
La llegada de los chiricahuas a Warm Springs fue desestabilizadora, especialmente cuando se presentó la banda de Gerónimo. Las preocupaciones del agente Shaw se incrementaron cuando Loco, que intentaba ayudar a mantener la paz, fue atacado durante una reyerta en la que murió un guerrero. La aplicación de la política de concentración, que hizo que los chiricahuas se dispersasen, había agravado enormemente el problema apache en todas las agencias.

En septiembre de 1876, una compañía del Noveno de Caballería conducida por exploradores navajos penetró en la reserva para atacar e incendiar el campamento de Victorio por razones que nunca se revelaron. Otras unidades de caballería se dedicaron a cruzar una y otra vez el territorio que rodeaba la reserva. Y una partida de ciudadanos se aprovechó de la preocupación de los apaches por la proliferación de tropas para apoderarse de una de sus manadas de caballos. Los apaches que intentaban permanecer en son de paz se sintieron frustrados y se enfurecieron.

Había muchos rumores de que Gerónimo, Pionsenay y otros renegados estaban utilizando Warm Springs como refugio y base de sus incursiones. En marzo de 1877, el teniente Austin Heneley había visto a Gerónimo por allí justo después de regresar de una incursión a México. Fue el informe de Heneley el que, al final, llevó a Clum a arrestar valerosamente a Gerónimo y los miembros de su banda, así como a llevar a término el desafortunado traslado de los apaches del sur a la reserva de San Carlos. Victorio protestó en vano diciendo que el general Howard les había prometido que podrían vivir permanentemente en Warm Springs, y que su traslado era una clara violación de su promesa. Muchos apaches se escaparon y evitaron el traslado; los guerreros que sí hicieron el desagradable viaje ocultaron sus armas y la munición. Quizá les hiciesen falta en el futuro.

Una vez llegados a San Carlos, establecieron a la gente de Victorio en la subagencia del viejo Camp Goodwin, en la orilla sur del Gila, a unos cincuenta y cinco kilómetros del cuartel general de la agencia. Camp Goodwin se había alzado en armas en 1868; la zona era insalubre y, en 1877, una variedad grave de malaria paralizó a toda la guarnición y acabó con la vida de una cuarta parte de los hombres. El puesto se abandonó por inadecuado, y fue precisamente allí donde mandaron a vivir al pueblo de Victorio.[4] Los apaches del sur y los coyoteros estaban enfrentados, y podían estallar muchos incidentes explosivos. La mayoría de los apaches de Warm Springs murieron de hambre y a causa de la enfermedad, y Victorio decidió llevarse a los suyos en cuanto se le presentase la oportunidad.

En agosto de 1877, Pionsenay, Nolgee y algunos de los demás chiricahuas renegados llegaron a la subagencia y declararon que deseaban rendirse. El funcionario les contestó que él no tenía autoridad para negociar con ellos y que solo podía aceptar una rendición incondicional. Pionsenay y sus hombres robaron entonces unos caballos y se llevaron a muchos familiares de los renegados siguiendo el Gila río arriba hasta adentrarse en Nuevo México. Victorio, Loco, Nana y los mimbreños, excitados por esta acción y sabiendo que la caballería perseguiría a los chiricahuas, robaron algunos caballos a los coyoteros y huyeron hacia el norte. Una fuerza de policías apaches de San Carlos, junto con exploradores y voluntarios coyoteros, siguió de cerca su rastro y se toparon con ellos a la mañana siguiente. Capturaron a varias mujeres y niños, la mayor parte de sus caballos y todos sus víveres. Al mismo tiempo, la caballería procedente de Fort Bayard siguió el rastro de Pionsenay hasta bien entrado México antes de regresar con las manos vacías.



Nana, uno de los líderes mimbreños que sucedieron a Victorio, fotografiado en 1884 (Colección Histórica del Oeste, Universidad de Oklahoma).

La gente de Victorio solo deseaba regresar a su viejo hogar en Warm Springs. En octubre, le hicieron llegar al oficial al mando de Fort Wingate su decisión de rendirse. Aunque este no tenía la menor idea

de qué hacer con ellos, aceptó la rendición de Victorio, Loco y otros ciento ochenta y siete apaches, mientras Nana y unos cuantos mimbreños se ponían en marcha hacia la reserva mescalero.

Antes de trasladarse a la agencia mescalero en Blazer's Mill, Nana envió a los guerreros jóvenes con la mayor parte de sus caballos a Rinconada, un cañón remoto e inaccesible. Con otros sesenta y dos indios, caminó hasta el cuartel general de la agencia, donde el agente Godfroy introdujo sus nombres en las listas. Los guerreros jóvenes ni siquiera se mencionaron y, como no se les incluyó en las listas, podrían marcharse las veces que quisieran sin levantar sospechas.[5] Nana no tardó en descubrir que, de vez en cuando, Godfroy enviaba carros cargados de mercancías de los mescaleros a los comerciantes de Las Cruces. En una ocasión, Nana y un pequeño grupo se las arrebataron a los transportistas y se las llevaron para ocultarlas en el cañón Rinconada.[6]

En Fort Wingate, mientras tanto, Victorio declaraba con rotundidad que él y su gente no regresarían a San Carlos bajo ninguna circunstancia. A la vez que los funcionarios de Washington debatían si enviaban a todos los mimbreños a la reserva mescalero o les permitían regresar a Warm Springs, otros miembros de la banda continuaban rindiéndose. En noviembre, cuando les trasladaron a Warm Springs para que se quedaran allí mientras el departamento decidía su destino, el número se había elevado a doscientos cincuenta indios, pero solo había cincuenta y dos guerreros. El regreso a Warm Springs fue solo una medida temporal, pues aunque los oficiales del ejército recomendaban seriamente dejarlos allí y el coronel Hatch les había asegurado que podrían quedarse si tenían un buen comportamiento, el Departamento Indio ya había decidido vender las tierras y las propiedades del gobierno de aquella agencia. Los funcionarios del departamento habían sido capaces de revocar sus decisiones en anteriores ocasiones, pero se negaron a hacerlo en este momento crítico.

Los mimbreños pidieron permiso para mandar una delegación a Washington que explicara sus motivos de queja a los funcionarios del gobierno, pero no se lo concedieron. Otros pidieron la reunificación con sus familiares, que seguían en San Carlos. Sin embargo, el Departamento Indio no mostró el menor deseo de reasumir el control de los apaches del sur y los dejó en una especie de limbo. Mientras tanto, estos se mostraron obedientes y cooperativos para probar que merecían quedarse en Warm Springs. El general Sheridan, que había insistido al departamento para que los dejara allí, manifestó entonces seriamente al comisionado que, a no ser que este se hiciera cargo de los mimbreños, él recomendaría que los dejasen libres. Esta amenaza, como podía esperarse, produjo un frenesí de actividad.

Victorio había mantenido a los suyos en buenos términos con los habitantes de la cercana ciudad de Monticello, protegiéndoles de otros indios, por lo que podían comerciar para conseguir armas y munición en aquella localidad. Una mañana, un comerciante le informó de que, apenas unos días antes, él y su hijo se hallaban reuniendo el ganado cuando siete «forajidos» apaches les atacaron. Les gritó en español que era amigo de Victorio y se marcharon al galope. Nana y un grupo de guerreros se precipitaron tras los ladrones y, aunque los asaltantes habían intentado ocultar su rastro, los cazaron a los tres días. Los renegados se jactaron de sus asesinatos y de sus poderes de brujería, e informaron a Nana de que sus espíritus lo perseguirían si se atrevía a matarles. Un miembro del grupo era un niño, obviamente un prisionero. Nana se lo llevó con él a caballo dejando que sus guerreros se encargaran de acabar con los seis forajidos.[7]

Como les horrorizaba que les condujesen de vuelta a San Carlos, los apaches mimbreños incluso se ofrecieron a vivir de medias raciones si podían quedarse en Warm Springs. No obstante, el Departamento Indio insistió obstinadamente en que regresaran a San Carlos. Los apaches esperaron nerviosos, manteniéndose alejados de cualquier

tipo de problema y con la esperanza de que el departamento se echase atrás. Pero estaban dispuestos a morir luchando antes que regresar a la muerte lenta que les esperaba en San Carlos.

A mediados de octubre de 1878, un año después de su regreso a Warm Springs, los mimbreños averiguaron de alguna manera misteriosa que en diez días dos compañías del Noveno de Caballería llegarían para escoltarles a San Carlos.[8] Victorio protestó amargamente por ello, pero el capitán Frank T. Bennett no tenía otra opción que seguir instrucciones. Una mujer mescalero le pidió a Bennett permiso para regresar con los suyos y este se lo concedió. Sin embargo, en vez de cabalgar hacia la reserva mescalero, fustigó a su caballo y se dirigió cañón arriba hacia el campamento principal, «gritando con todas sus fuerzas que los soldados llegaban con la intención de matarlos a todos». Victorio y unos ochenta indios se dejaron llevar por el pánico y se precipitaron hacia las montañas dejando atrás la mayor parte de sus posesiones.[9] Bennett retuvo como rehén a Loco, el jefe mimbreño que tenía mayor amistad con los angloamericanos.

Las tropas se pusieron muy pronto tras la pista de los mimbreños fugitivos, pero estos se dispersaron por las montañas y desaparecieron. Más tarde, el jefe Sánchez volvió a la agencia y dijo que Victorio regresaría con los demás si el capitán Bennett les prometía protección. Este aceptó, pero Victorio ya se hallaba camino de México, y los que acompañaban a Sánchez se habían escabullido para unirse a él. Bennett juntó a todos los que quedaban y los escoltó hasta San Carlos. Llegaron a la agencia a finales de noviembre, después de muchos sufrimientos a causa de la nieve y las bajas temperaturas al cruzar las montañas.

Varias semanas después, Nana, Sánchez y otros cincuenta indios se presentaron en la reserva mescalero, desnudos y muertos de hambre. La orden para llevarlos a San Carlos no se había hecho efectiva, porque la indecisión estaba reemplazando a la determinación entre los funcionarios del Departamento Indio. A principios de 1879, cuando Victorio y su gente finalmente se

rindieron al teniente Merritt en Warm Springs, les permitió mandar hombres a la reserva de los mescaleros para traer de vuelta a Nana y a todos los que desearan regresar. Cuando se le ordenó que explicara esta acción no autorizada, Merritt respondió que Victorio le había convencido de que él y los suyos preferían morir en el campo de batalla antes que regresar a San Carlos.

Hatch aprobó la acción de Merritt y advirtió al superintendente Pope de que si se intentaba trasladar a los apaches a San Carlos, tendrían que matar a muchos de ellos. El Departamento Indio aprobó entonces que los mimbreños se trasladasen a la reserva mescalero en vez de a San Carlos, aunque el agente de la primera, Samuel A. Russell, manifestase claramente que los consideraba problemáticos y que preferiría no tener que recibirles. El comisionado de Asuntos Indios Hayt aseguró a Russell que los apaches mimbreños se habían comportado muy bien cuando se les había tratado en consonancia, le recordó que tenían buenas relaciones con los mescaleros y le ordenó recibirles.

Cuando el teniente Merritt intentó explicarle a Victorio que su gente iba a ser trasladada a la reserva mescalero en lugar de a San Carlos, el intérprete debió confundir el mensaje porque Victorio reaccionó con violencia. Gritó que antes prefería morir, señaló a los suyos y estos se precipitaron hacia el norte, a las montañas San Mateo.

Ahora le tocó reaccionar con furia al coronel Hatch. Despachó a la caballería y a un grupo de exploradores indios a la zona de Warm Springs con órdenes de capturar a los renegados y conducirlos a San Carlos. Pero, después de haber convencido a los funcionarios del Departamento Indio de que el curso adecuado de la operación era llevar a los indios a la reserva mescalero, no a San Carlos, no pudo persuadir a Washington para que volviera a cambiar las órdenes. Hatch envió entonces a Tomacito y a otros mimbreños de la reserva mescalero a que cazaran a Victorio y le convencieran de que debía dirigirse a aquella agencia. Pero este ya se había escabullido hacia el oeste, y luego hacia el sur, hasta adentrarse en México, dejando a su paso un rastro de muerte y devastación.

En algún momento de la primavera de 1879, Victorio se enteró, para su sorpresa, de que iban a enviar a su gente no a San Carlos, sino a la reserva mescalero y le hizo llegar al agente de esta su intención de rendirse. Llegó en junio, acompañado de algunos guerreros, y le rogó a Russell que les confirmase inmediatamente si les iban a llevar a San Carlos. Cuando el agente respondió que podían quedarse allí siempre que se comportasen bien, le suplicaron que permitiera venir a sus familias desde San Carlos. Russell respondió que lo intentaría. A finales de julio de 1879 había cerca de ciento cincuenta apaches de Warm Springs en la reserva mescalero, y Russell confiaba en que se mantendrían en son de paz siempre que se permitiese a sus familias reunirse con ellos.

Tanto Hatch como Russell habían prometido a Victorio que le protegerían si se entregaba, pero el segundo no tardó en verse ante un dilema. Las autoridades del condado de Grant habían formulado cargos de asesinato y robo de caballos contra Victorio, y ardían en deseos de detenerlo. Russell telegrafió al comisionado de Asuntos Indios para recibir instrucciones acerca de qué debía hacer en el caso de que los funcionarios locales arrestasen al jefe indio.

De algún modo, Victorio se enteró de la orden de arresto y supuso lo que iba a ocurrir; además, no albergaba mucha confianza en la promesa de protección. A los pocos días, desapareció con los suyos y, junto a ellos, también lo hicieron algunos mescaleros descontentos. Russell se quedó sorprendido y enfadado, pues no podía imaginarse el motivo por el cual habían abandonado la reserva cuando sus familias estaban a punto de llegar desde San Carlos.

No sería hasta muchos meses después que Russell se enteraría del motivo de aquel éxodo. Unos pocos días después de que Victorio conociera las acusaciones que se le hacían, el juez Warren Bristol, el fiscal Albert J. Fountain y otra gente cruzaron la reserva en un viaje de pesca y caza. Victorio y su gente supieron o sospecharon quiénes eran y concluyeron que se dirigían a arrestarle.

Y así fue que cuando parecía que los apaches de Warm Springs estaban felizmente instalados en la reserva mescalero, a punto de reunirse con sus familias, decidieron tomar lo que para muchos fue su último sendero de guerra. La situación era incluso más trágica, porque el Departamento Indio había aceptado por fin que cuando se reunieran con sus familias podrían regresar a su propia reserva en Warm Springs. Si esta simple decisión hubiera llegado un poco antes, se podrían haber ahorrado muchas vidas (angloamericanas, mexicanas y apaches). Las tropas del Noveno de Caballería siguieron a los apaches fugitivos, pero no lograron darles alcance.

El agente Russell, al que aún le quedaba mucho por aprender sobre los apaches y sus costumbres, parecía sentirse personalmente ofendido por su huida. Informó al comisionado de que los apaches de Warm Springs no tenían miedo ni respeto por el ejército, y que les serviría de lección «darles, a ser posible, una buena paliza».[10] Acabaría demostrándose que tal cosa no era en absoluto posible, al menos tal y como se lo imaginaba Russell.

Poco después de su fuga de la reserva mescalero, Victorio, Nana y alrededor de cuarenta guerreros asaltaron y se llevaron la manada de caballos y mulas de la Compañía E, del Noveno de Caballería, en Warm Springs, después de matar a ocho hombres que lo custodiaban. A los pocos días, el mayor Albert P. Morrow, al mando de Fort Bayard, se enfrentó a los guerreros de Victorio matando a diez e hiriendo a otros, pero a muy alto precio. Morrow estimó que Victorio contaba con unos cien hombres, aunque solo tenía cuarenta y tres al irse de la reserva mescalero. «Nos hemos quedado sin reservas —admitió Morrow—. He mandado a todos los soldados disponibles.»[11]

Dos de los apaches de Warm Springs en quienes Victorio más confiaba eran su hermana Lozen y el viejo Nana. Ella tenía el «poder» de localizar al enemigo, y cuando Victorio deseaba saber en qué dirección se hallaba este, ella se ponía en pie con los brazos extendidos y las palmas hacia arriba, y rezaba a Ussen. Se giraba lentamente, siguiendo la posición del sol; sus manos se estremecían

y las palmas mudaban de color cuando señalaban en dirección al enemigo. La intensidad del estremecimiento de sus manos indicaba la mayor o menor proximidad de este. El «poder» de Nana era localizar y apoderarse de los convoyes de munición, pero también se le consideraba el estratega más sagaz de todos los apaches de Warm Springs.[12] Sendos «poderes» fueron esenciales para el éxito de Victorio.

Aunque las mujeres de los asaltantes solían acompañarles en las incursiones, no era frecuente que lo hiciera una soltera. Pero Lozen era la excepción, pues luchaba con la misma determinación y capacidad que cualquier guerrero, y participó en la mayor parte de los conflictos. Además, era la única mujer invitada a sentarse en los concilios, porque también era una estratega excepcional.[13]

James Kaywaykla, que era un niño por aquel entonces, recordaría más adelante que «hasta que no cumplí los diez años no supe que la gente podía morir de algo que no fuera la violencia. Y eso es así porque era un apache, uno de Warm Springs, cuyos primeros recuerdos vívidos son cuando nos echaron de nuestra reserva cerca de Ojo Caliente a fuego y espada».[14]

Tras el ataque de Victorio, todas las tropas de Nuevo México convergieron en el territorio de Warm Springs, y el teniente Charles B. Gatewood llegó de Arizona con su compañía de exploradores apaches más tres reatas de carga. «Aquí debo declarar —escribió el teniente Thomas Cruse, que acompañaba a Gatewood— que fueron las reatas de carga las que finalmente vencieron a los indios, tal y como admitirían todos los jefes notables con quienes hablamos más adelante. Las tropas podían seguir el rastro siempre que los indios lo dejaran, y como el apache es una persona temperamental a pesar de su estoicismo, esta insistente persecución les sacaba de sus casillas.» Cuando las tropas se topaban con los apaches, siempre estaban a mano las reatas de carga con munición y víveres. «Los apaches —dijo Cruse— señalaron que eso era muy desalentador.»[15]

Victorio, según se dice, se desanimó enormemente y, a continuación, se enfureció cuando se enteró de que le seguían exploradores

coyoteros y reatas de carga, pues conocía a los exploradores y su habilidad en la lucha.[16] Les hizo llegar el mensaje de que pretendía vengarse de ellos asaltando San Carlos y matando a sus familias.[17]
Un destacamento se topó con Victorio en septiembre de 1879, cerca de la cabecera del río Las Ánimas, y allí lucharon todo el día hasta que tuvieron que retirarse. La batalla tuvo lugar en las abruptas montañas en que los apaches de pies ligeros se sentían como en casa. Antes de la retirada de las tropas, los apaches se apoderaron de sus reatas de carga y sus suministros.
La unidad del mayor Morrow y los exploradores de Gatewood no tardaron en dar con los hostiles y atacaron su campamento. La larga batalla acabó en empate, aunque las tropas y los exploradores se apoderaron de la mayoría de los caballos y las mulas de los apaches. Tales pérdidas, sin embargo, no supusieron más que una pequeña desventaja para estos, pues se fusionaron con las montañas, donde era imposible seguirles. Y en cuanto se hallaron a salvo, se detuvieron para menear el trasero y hacer otros gestos nada lisonjeros, con los que retaban a las tropas para que les persiguiesen.[18] Mientras los soldados de Morrow se retiraban de las montañas, los hombres de Victorio no dejaron de hostigarles. Luego, este se encaminó hacia las montañas Mogollón, seguido de lejos por Morrow.
Victorio tenía que estar alerta a causa del enemigo allá donde fuera, pues un buen número de tropas y partidas de civiles se hallaban buscándole. Un grupo de civiles de Mesilla tuvo la desgracia de acercarse demasiado; los indios les tendieron una emboscada y fueron aniquilados. Los soldados negros de Morrow, sin embargo, siguieron tenazmente el rastro de Victorio por montañas y desiertos hasta México, marchando varios días sin agua. En un manantial hallaron solo el agua suficiente para media pinta por cada hombre y animal; en otro, los hostiles habían arrojado al agua el cadáver de un coyote y, en un tercero, el agua estaba demasiado enfangada para bebérsela porque los apaches lo habían pisoteado con sus caballos.

Al final, los exploradores divisaron polvo por delante de ellos, al borde de las montañas Guzmán, e informaron que los hostiles se encontraban allí en formación defensiva. Aunque los caballos y las mulas se quedaban atrás o morían a cada kilómetro que avanzaban, Morrow y sus soldados siguieron adelante denodadamente, aunque fuese para atacar a pie. Luchando, se fueron abriendo paso hasta la cima de las montañas donde los hostiles habían construido a toda prisa barricadas, pero las soldados tuvieron que abandonar su avance cuando empezaron a arrojarles rocas. Habían seguido su rastro durante setenta horas, sin descanso ni agua, y necesitaban beber con desesperación. Los civiles que criticaban al ejército por su inactividad estaban muy desinformados, pues cualquier esfuerzo mayor era físicamente imposible. Según contó Gatewood, los apaches estaban muy bien armados, con el último modelo de Winchester, y parecían contar con munición de sobra.

Victorio contaba con cerca de ciento cincuenta guerreros, incluidos algunos navajos, mescaleros, apaches lipan de Texas y comanches, así como mimbreños y mogollón. Las fuerzas del mayor Morrow se reducían a ochenta y un hombres y dieciocho exploradores, porque la mitad de su dotación se había quedado atrás. Morrow concedió todo el crédito de la persecución de Victorio hasta México a los exploradores apaches de Gatewood, pues sabía que, sin ellos, su comando jamás habría sido capaz de seguir su rastro.[19] Su logro fue aún más impresionante teniendo en cuenta que en aquella época a los exploradores apaches aún no se les habían entregado caballos; sin embargo, fueron capaces de mantenerse en la avanzadilla, por delante de la caballería.[20]

Dejando atrás a las tropas, Victorio condujo a su banda hasta las montañas Candelaria, cerca de la carretera de El Paso-Chihuahua, donde acamparon en un abrevadero conocido como la Tinaja de Victorio. Sus exploradores percibieron una actividad inusual en la ciudad de Carrizal. Sánchez, que había sido prisionero de los mexicanos y adiestrado como *vaquero*, se vistió con la ropa de uno que había matado unos días antes y entró cabalgando en Carrizal

sobre un caballo que llevaba la conocida marca de Terrazas. No tardó en oír por casualidad discusiones acerca de un plan para invitar a la gente de Victorio a una *fiesta* en la que les darían todo el licor que pudieran beber para matarlos después. Unos pocos días más tarde, un indio tarahumara entró a caballo en el campamento de Victorio e invitó a los apaches a una fiesta.[21]

En el pasado, Victorio había mantenido la paz con ciertas ciudades mexicanas protegiéndolas de las incursiones para que proporcionaran a los suyos armas, munición, ropa de percal y otras necesidades. En esta ocasión, sin embargo, mandó una pequeña partida de asalto a Carrizal para que se apoderara de unos cuantos caballos. Un grupo de dieciocho mexicanos les persiguieron hasta una trampa cuidadosamente preparada en la que acabaron con todos los hombres. Otros treinta y cinco ciudadanos salieron en busca de aquel primer grupo y de nuevo cayeron en la misma trampa: murieron otros quince. A los pocos días, los hombres de Victorio capturaron una caravana de mercancías y volvieron a estar bien surtidos. Tenían provisiones de comida, utensilios, mantas, fardos de ropa, armas y munición en cuevas apartadas. Si perdían sus posesiones en un ataque sorpresa, no tardarían en reponer sus suministros gracias a aquellas provisiones.[22]

La banda apache de Victorio no era la única que estaba en pie de guerra, pues Gerónimo, Juh, Nolgee y Chato seguían lanzando asaltos desde sus refugios en Sierra Madre, Sonora. Es posible que algunas de las escaramuzas entre las tropas y los apaches que se denunciaron fueran con Juh o Gerónimo y no con Victorio, y durante un tiempo los tres unieron sus fuerzas. Las hostilidades apaches en Chihuahua fueron particularmente destructivas en 1879; a lo largo de seis semanas, murieron cerca de ciento cincuenta personas.

Como Victorio tenía una fuerza mixta, que incluía renegados de diversas tribus, y debido a que a menudo formaban grupos reducidos para ir en busca de caballos y mulas, habían prescindido de una de sus más antiguas políticas. Victorio siempre se había mostrado amistoso con los solitarios pastores de ovejas mexicanos

en sus apartados campamentos, que habían compartido con gratitud su munición y su comida. Pero ahora, en sus recientes asaltos en Nuevo México, había una mayoría de pastores entre las víctimas civiles.[23]

Las opiniones acerca de la causa del devastador alzamiento de Victorio diferían entre los funcionarios del ejército y los civiles, pero quienes tenían un mejor conocimiento de la realidad apache eran, por lo general, comprensivos. El teniente Gatewood, uno de los luchadores contra los apaches más exitoso de la era Crook en Arizona, manifestó con toda franqueza que cualquier hombre con criterio y autoridad para cumplir las peticiones fundamentadas de Victorio hubiera podido evitarlo.[24] El general Wilcox, al mando del Departamento de Arizona, dictaminó que «muchos creen que a Victorio se lo trató injustamente en un primer momento, cuando se llevó a cabo el brusco traslado de su pueblo de Ojo Caliente, Nuevo México, a San Carlos, y que dicha transferencia, si no un abuso de confianza, fue una medida severa y cruel a causa de la cual la gente de Nuevo México sufrió amargas consecuencias».[25]

El general John Pope, que estaba al mando del la División de Misuri, a pesar de no ser precisamente un admirador de los apaches—a quienes denominaba «vagabundos holgazanes, totalmente inútiles y despreciables»—, fue incluso más franco al escribir lo siguiente:

> Este alzamiento de Victorio y la severa campaña contra él, aún en marcha y que ya se ha cobrado la vida de muchos de nuestros hombres, además del asesinato por parte de los indios de cerca de setenta personas, en su mayor parte pastores mexicanos, es consecuencia del decidido propósito de la Secretaría de Interior de llevar a cabo el traslado de la banda a la agencia de San Carlos, en Arizona. Ya hay un gran número de indios reunidos en esa agencia, sobre todo indios de esa zona. La banda de Victorio siempre se ha negado amargamente a ser trasladada a ese lugar, y una de las razones fue la hostilidad existente con muchos de los indios de aquella agencia. Él siempre afirmó su deseo de vivir en paz con su pueblo en la agencia de Warm Springs (Ojo Caliente) y, según me he informado, jamás dio problemas a nadie mientras estuvo allí. Ignoro las razones de la Secretaría de Interior para insistir en el traslado a la agencia de San Carlos, pero deben ser en verdad

> convincentes para justificar el grave conflicto y las graves pérdidas ocasionadas por los intentos de coaccionar a los indios para llevar a cabo dicho traslado. La de ahora es la cuarta vez en cinco años que la banda de Victorio se ha dispersado. En tres ocasiones, los militares han logrado amansarles y traerlos de vuelta a disposición de las autoridades del Departamento Indio. Tanto Victorio como los miembros de su banda están decididos a morir antes de dirigirse a la agencia de San Carlos, y no cabe duda de que será necesario matar o capturar a toda la tribu antes que las actuales operaciones militares puedan clausurarse con éxito. La captura no es muy probable, pero la matanza —cruel como será— puede, supongo, llevarse a cabo a tiempo.[26]

En 1879, Crook remarcó: «Durante los veintisiete años de mi experiencia con esta cuestión india, jamás he conocido una banda de indios que firmase la paz con nuestro gobierno y que luego rompiera el pacto o abandonase su reserva sin motivos de queja; pero hasta que estos no se examinasen y arreglasen causarían problemas y molestias sin parar».[27] Sherman, en su informe anual de 1881, también se hacía eco de las declaraciones de Pope: «No conozco los motivos por los que la Secretaría de Interior insiste en el traslado de estos indios a Arizona. Deben ser muy convincentes para justificar el coste que supondrá para los colonos y el gobierno. La captura de Victorio no es muy probable, pero su asesinato, con todo lo cruel que sea, se efectuará a tiempo».[28]

Pope trató de persuadir a los mescaleros de Victorio para que regresaran a la reserva, porque parecía improbable que tuviesen intención de rendirse. También hizo la poco bienvenida sugerencia al secretario de Interior de que el Departamento Indio debería informarse de las promesas que se les había hecho a los apaches de Warm Springs desde la época de la visita del general Howard en adelante. «Es probable —concluía— que se pueda conseguir mucho con tal investigación para atenuar al menos el sentimiento, si no la conducta, de la tribu.»[29] Los mimbreños se habían quejado en numerosas ocasiones de que el general Howard les había prometido que podrían quedarse permanentemente en Warm Springs.

Al recordar que se había trasladado a todos los chiricahuas debido a que uno solo de ellos, y borracho, había matado a dos vendedores ambulantes de whisky, Pope culpó a ese traslado forzoso de los subsecuentes problemas: los renegados chiricahuas se habían marchado entonces a Warm Springs y habían provocado a los mimbreños; cuando la policía apache de San Carlos había capturado a los renegados, se había trasladado también a los indios de Warm Springs a San Carlos; y, por supuesto, algunos habían huido a la reserva mescalero y habían convencido a aproximadamente la mitad de la banda para que se uniera a ellos para la guerra. El resultado de estos sucesivos errores fueron los cinco años de guerra más terrible que conocieron Arizona y Nuevo México.[30]

A principios de 1880, México comenzó a concentrar tropas para una campaña masiva contra los chiricahuas y los mimbreños, pues ambas bandas habían matado y robado a muchos mexicanos. Durante un tiempo, las dos bandas se unieron y fueron prácticamente invencibles, pero en enero Juh y Gerónimo se separaron de Victorio. El explorador Archie McIntosh, el capitán Harry L. Haskell y Tom Jeffords contactaron con Juh y Gerónimo y les convencieron para que se dirigieran voluntariamente a Camp Apache.[31]

Louis H. Scott, el cónsul estadounidense en Chihuahua, sugirió la cooperación entre las tropas de Estados Unidos y México para emprender una «guerra de exterminio» en la que ambas secciones acordaran que cualquiera de los ejércitos pudiese cruzar la frontera libremente para perseguir a los indios. De lo contrario, observó, se ocultarían en las montañas de un lado de la frontera y se dedicarían a asaltar al otro. Solo si se les hostigaba de un modo constante a ambos lados de la frontera habría alguna probabilidad de que entregaran sus armas y prometieran quedarse en una reserva. «Uno puede estudiar el carácter indio —concluía Scott— y moralizar sobre su lamentable condición, pero tus ideas no se fijarán firmemente en la cuestión india hasta que no te hayan perseguido, entonces tu mente se centrará en esta cuestión de un modo definitivo.» Scott

contemplaba con aprensión la posibilidad de que los renegados firmaran la paz con México para luego reducir sus asaltos al suelo estadounidense.[32]

En enero de 1880, el general Gerónimo Treviño, al mando de las fuerzas mexicanas de Chihuahua, avisó a los oficiales estadounidenses de que cerca de cien apaches, con sus familias, se dirigían hacia Mesilla. Victorio había seguido realizando incursiones y librando batallas con las tropas mexicanas durante varios meses y, aparentemente, esperaba reclutar más hombres en la reserva mescalero. Cruzó a Texas por debajo de El Paso, pero fue rechazado en dos ocasiones hasta la otra orilla del río Grande.

El general Pope estaba seguro de que Victorio adquiría sus reclutas entre los apaches que vivían en México, pero también había con él renegados de muchas otras tribus. El objetivo de Pope era desarmar a los apaches, pues eran, según sus propias palabras, «una raza miserable y brutal, cruel, mentirosa, y completamente incorregible»; y, como no había nada de caza en su territorio, el único uso que hacían de sus armas y sus caballos era robar y asesinar.[33] Pero antes de que se pudiese desarmar a los mimbreños, había que capturarlos, y eso era un asunto completamente diferente. El coronel Hatch, al ver a tantos guerreros mescaleros tan bien armados, se convenció de que habían proporcionado a Victorio reclutas, y empezó a planear el desarme y la retirada de monturas con la intención de debilitar a Victorio.

A pesar de que las tropas estadounidenses y mexicanas se desplegaron a lo largo de toda la frontera, Victorio y los suyos cruzaron el río Grande sin que los detectaran en multitud de ocasiones. A principios de enero de 1880, los exploradores del mayor Morrow dieron con su rastro. El comando se topó con ellos en Percha Creek y lucharon hasta el anochecer. Las tropas de Morrow siguieron el rastro de Victorio a lo largo de la ladera oriental de las Black Mountains, pasando cerca de la agencia de Warm Springs. Mantuvieron otro combate no definitivo en las montañas San Mateo. Con tres columnas de soldados siguiendo su rastro, Victorio dividió a

sus hombres en pequeños grupos para registrar el territorio en busca de caballos y mulas, agrupándose de nuevo en Las Ánimas Creek. Allí, los comandos del capitán Carroll y el teniente Rucker dieron con ellos y los condujeron de vuelta a través del río Grande hasta la zona oriental de Nuevo México. La mitad de los hombres de Victorio iban ahora a pie, y sus perseguidores se movían velozmente para mantenerles alejados tanto de los mescaleros como de México. De vez en cuando, alguna de las columnas alcanzaba a los apaches, pero la habilidad de Victorio a la hora de escoger posiciones defensivas continuó desconcertándoles; en cierta ocasión, los apaches se dieron la vuelta y se convirtieron en los perseguidores.

El coronel Hatch envió más compañías de caballería a la región y sugirió que las familias de los apaches de Warm Springs regresaran de San Carlos a esa agencia a modo de cebo, creyendo que esta estratagema posibilitaría el fin de la guerra. Si los hombres de Victorio no caían en una trampa al intentar alcanzar a sus familias, seguramente estas se unirían a ellos y ralentizarían sus movimientos lo suficiente para que las tropas pudieran darles alcance y aniquilar a toda la banda. Pero el Departamento Indio se negó a acatar esta idea, pues aquello podría significar la reversión de la política de concentración. Al ejército le correspondía llevar la banda de Victorio a San Carlos.

Durante el último invierno y la primavera, mientras Victorio realizaba sus rápidas y destructivas incursiones en el sur de Nuevo México, la prensa se mostró corrosiva en sus críticas al ejército. «Soñamos con una edad dorada —un futuro imperio— y cincuenta indios sucios y piojosos nos tienen en estado de sitio», escribió el editor del *Daily Southwest* de Silver City en marzo de 1880. Y en junio, el mismo periódico la emprendió contra el coronel Hatch: «Hitchity Hatch-ity, allá voy. El viejo Vic me viene detrás, pero que nadie se entere».[34]

Hatch, a cuyas tropas, que galopaban sin descanso, se las atacaba particularmente por fracasar a la hora de acabar con la vida de Victorio y su banda, comentó la «excesiva aspereza» de los territorios montañosos en los que Victorio se refugiaba. «Los

famosos lechos de lava Modoc —dijo— son césped en comparación con estos.»[35] Se puso personalmente al mando de la campaña y reorganizó a sus hombres en tres batallones, cada uno de los cuales estaba bajo la dirección de un veterano en la lucha contra los indios. Las fuerzas en Texas y Arizona estaban alerta y listas para ayudar a concluir lo que él esperaba que fuese la campaña final. Hatch planeaba someter a los mimbreños y debilitar a los mescaleros al mismo tiempo.

Llegó la información de que Victorio estaba acampado en las montañas San Andrés, no lejos de la reserva mescalero. El agente Russell envió a Caballero y a otro jefe mescalero a instar a Victorio a entregarse en la agencia, pero ninguno de los jefes regresó. Russell no tardó en enterarse de que unas treinta y cinco familias mescaleros se habían unido también a la banda de Warm Springs. Caballero regresó al final con la promesa de Nana de establecerse en Warm Springs si podía hacerlo en paz, pero Caballero y algunos de los mescaleros se escabulleron para unirse a Victorio.

Hatch dio la orden de que en abril de 1880 tres batallones convergieran en la reserva mescalero al tiempo que una columna dirigida por el coronel Benjamin H. Grierson marchaba hacia el oeste desde Fort Concho, en Texas, para interceptar a todos los mescaleros que huyesen en aquella dirección. Parte del comando del capitán Carroll, con hombres y animales debilitados por haber bebido en un manantial que contenía yeso, penetró tambaleándose en el cañón Hembrillo con una urgente necesidad de agua. Aquellos hombres se encontraron con Victorio y los suyos, quienes controlaban los manantiales de aquella zona. Los apaches, sorprendidos, percibieron que algo malo le ocurría a las tropas, les rodearon rápidamente y se dispusieron a matarlos de uno a uno. Enfermos o no, los soldados lucharon toda la noche y solo les libró de la aniquilación la llegada oportuna de una parte del batallón de Hatch. Aún les hizo falta toda una jornada de lucha sin tregua para desalojar a los apaches de los manantiales y hacerse con su control. Cuando un mensajero le hizo llegar noticias de la batalla, Hatch

cambió su ruta y marchó a toda prisa al cañón Hembrillo, pero no logró dar con Victorio y sus hombres. Los apaches se ocultaron en cuanto vieron aparecer las tropas, y Hatch perdió una oportunidad de dar fin a la guerra.

Una vez a salvo y fuera del alcance de las tropas, Victorio dividió su banda: un grupo se dirigió al oeste, hacia las montañas Black, mientras el otro dio media vuelta hacia la reserva mescalero. Las tropas que habían participado en la batalla quedaron convencidas de que Victorio aún contaba con muchos mescaleros y comanches de su parte.

Cuando descubrió el rastro que se dirigía hacia la reserva mescalero, Hatch decidió llevar a cabo su plan de desarmar a los mescaleros y confiscarles los caballos y las mulas. Sus tropas ya estaban posicionadas en torno a la reserva, y ya antes había pedido que Russell ordenase a los mescaleros que no tuvieran nada que ver con Victorio que se acercasen al cuartel general de la agencia. Allí informó de sus intenciones a Russell, quien le dijo que, de haber sabido sus propósitos, los mescaleros no se habrían presentado; solo habían ido porque tenían confianza en él, y ahora esta iba a ser traicionada. En un principio se negó a cooperar, pero cuando Hatch le amenazó con ordenar a sus exploradores apaches que atacasen a los mescaleros, Russell no tuvo elección.[36] Él pensaba que los mescaleros entregarían sus armas y caballos pacíficamente si se les aseguraba que sus pertenencias les serían devueltas en cuanto se resolviera el conflicto. Hatch aceptó y también prometió que a quienes obedeciesen se les trataría bien.

Cuando los sorprendidos mescaleros se alinearon para un recuento estaban presentes unos trescientos de ellos, pues muchos se habían marchado asustados al ver el ingente número de soldados y de exploradores apaches. Los exploradores de Gatewood, al ver que los mescaleros llevaban sus caballos, y quizá sin saber que se les había ordenado trasladarlos a la agencia, sospecharon que se estaban escapando y les atacaron. Mataron a un montón de mescaleros en esta escaramuza y en otras parecidas, pero treinta o cuarenta

guerreros lograron escapar. A todos los que se rindieron se les amontonó en un corral que se había venido usando para el ganado y los caballos, y se les retuvo allí dentro durante un largo e irrazonable período de tiempo.

Hatch ordenó de inmediato el registro de quienes se habían rendido, y confiscó unas cuantas armas, algo de munición y, como sospechaba Russell, otras pertenencias de los indios. Redactó un largo informe del suceso para el Departamento Indio, en el que acusaba a Hatch de innecesaria severidad y de maltratar a indios pacíficos. El secretario de Interior se lo remitió a la Secretaría de Guerra para que diesen una explicación y el titular le hizo llegar el informe al general Sherman para que este respondiera. Sherman, que no tenía a quién pasar el informe, recordó al secretario de Guerra que el Departamento Indio había estado de acuerdo con el desarme de los mescaleros, y añadió que confiaba en que el coronel Hatch no permitiría una crueldad innecesaria. Además, señaló que «una simpatía excesiva con aquellos salvajes no haría más que instigar y ayudar a un enemigo común». Russell se mostró de acuerdo en lo concerniente a la simpatía excesiva hacia un enemigo común, pero añadió, sin embargo: «Yo siento y expreso mi simpatía por aquellos que están en paz y obedecen los requerimientos del gobierno».[37]

Las tropas se llevaron todos los caballos y mulas que pudieron encontrar entre los mescaleros. Algunos animales robados fueron devueltos a sus propietarios originales y el resto se vendió o se entregó para pasar a formar parte de los convoyes de carga del ejército. A los mescaleros jamás se les compensaría por aquellas pérdidas. Las tropas permanecieron en la reserva hasta enero de 1881.[38]

Este desarme de los mescaleros y el modo en que se efectuó provocó una persistente tormenta de protestas, y Hatch fue sometido a todo tipo de injurias. Lo más probable es que su acción fuese una parte necesaria del plan para dar de una vez por todas con Victorio, pues era indudable que los mescaleros se habían unido

a sus partidas de guerra en multitud de ocasiones. En toda la lucha, salvo en la batalla con los exploradores apaches, Victorio golpeó más de lo que recibió, y cuando se retiraba de un territorio montañoso a otro no lo hacía porque le forzasen a ello. Quienes seguían muy de cerca su rastro siempre pagaban por su temeridad. Pero aunque infligió más bajas de las que sufrió, cada pérdida era de suma gravedad para Victorio, pues sus posibilidades de encontrar nuevos reclutas para sus filas, y que fuesen guerreros experimentados, declinaba de manera continuada. La reserva mescalero había sido su mejor cantera, y ahora había perdido esa fuente de hombres y suministros.[39] No le quedaba más que luchar, con cada vez menos hombres, sabiendo que, al final, todos morirían o serían capturados.

La mayor parte de los mescaleros que escaparon de la red tendida por Hatch se encaminaron al sur, hacia las Guadalupes. Por aquel entonces, el coronel ya había descubierto lo que Crook había entendido anteriormente: que la única manera de luchar con éxito contra los apaches era utilizar exploradores apaches en su bando. Pero cuando pidió dos compañías más de exploradores, se las negaron. Los oficiales de alto rango del ejército no estaban preparados para admitir que los apaches eran combatientes más efectivos que sus soldados.

Los ataques relámpago de los apaches continuaron inflamando a la ciudadanía de Nuevo México a lo largo de 1880, y el ejército siguió recibiendo duros ataques por su ineficacia a la hora de contener o capturar a los asaltantes. Pero había destacamentos del ejército en campaña tras los pasos de Victorio, esforzándose al límite de lo físicamente posible, y en el proceso muchos oficiales y hombres arruinaron su salud al tiempo que docenas de caballos quedaron inservibles. Por ejemplo, los hombres del coronel Grierson cabalgaron dos mil seiscientos kilómetros a través de las montañas Sacramento y Guadalupe de la zona oriental de Nuevo México sin dar con el elusivo Victorio.

Incapaz de vengarse de los exploradores coyoteros, Victorio envió a su hijo Washington, junto a un reducido grupo, a asaltar los campamentos de la banda que había alrededor de la agencia de San Carlos. En Ash Creek, cuando se hallaban a treinta y cinco kilómetros de su objetivo, los asaltantes se toparon inesperadamente con unos cazadores de San Carlos y se vieron obligados a luchar contra ellos. Al anochecer, los asaltantes cabalgaron hasta el Gila y, al alba, abrieron fuego contra algunos campamentos de la subagencia matando a muchos indios y apoderándose de varios caballos. Sin embargo, los que sufrieron aquel ataque no eran coyoteros sino nednhis, miembros de las bandas de Juh y de Gerónimo. Los ciudadanos de Arizona vivieron un momento de terror, pues corrió el rumor de que Victorio y noventa hombres habían arrinconado a una compañía del Sexto de Caballería en el cañón Rocky. Sin embargo, fue más bien al contrario, pues las tropas y los exploradores se toparon con los asaltantes por la tarde, pero al caer la noche escaparon para reunirse con Victorio en Nuevo México.[40]

En mayo de 1880, Hatch, con sus hombres y sus caballos al borde del colapso, acampó en el río Fresco y solicitó soldados y exploradores de refresco. El jefe de los exploradores, Henry K. Parker, pidió permiso para perseguir a los hostiles con su compañía al mayor Morrow, quien se lo concedió. Parker y sus hombres encontraron el campamento de Victorio en un cañón aislado, cerca de la cabecera del río Palomas. Parker, consciente de que estaba frente a un momento crítico, fue enviando a sus exploradores en pequeños grupos, de uno en uno, para determinar la mejor estrategia. Estos le informaron de que el campamento estaba en una posición que podía ser atacada. Parker envió a un porteador mexicano para que informara a Hatch de que había atrapado a Victorio y de que precisaba más tropas y munición.

En la oscuridad, Parker envió a veinte exploradores en una dirección y a treinta en otra, y se quedó con los diez restantes para tomar precavidamente una tercera posición próxima al campamento de los hostiles. Se movieron lentamente y en silencio durante toda la noche

y, al amanecer, los tres grupos estaban en las posiciones designadas. Los treinta exploradores abrieron fuego al unísono. Los hostiles, tomados por sorpresa, huyeron, algunos sin sus armas, hacia el lugar donde Parker y sus exploradores estaban ocultos. Una descarga desde aquella posición obligó a los supervivientes a dar media vuelta en dirección contraria, hacia el lugar donde los otros veinte exploradores estaban apuntándoles con los cañones de sus rifles.

Los hombres de Victorio recuperaron enseguida la compostura, tomaron posiciones defensivas y comenzaron a responder al fuego. La lucha continuó todo el día al tiempo que Victorio gritaba a los exploradores que se unieran a él contra los ojos blancos. Al no recibir respuesta de Hatch, Parker concluyó que habían matado a su mensajero. Avanzado el día, él y los exploradores se encontraron con que su munición comenzaba a escasear, con no más de cinco balas por persona. Habían matado al menos a treinta hombres de Victorio y se habían apoderado de la mayoría de sus caballos y mulas. Pero como Hatch no había enviado ni tropas ni munición, no les quedaba otra opción que retirarse. Completamente desprovistos de provisiones, tuvieron que matar un caballo para alimentarse.

Por motivos que siguen siendo un misterio, Hatch se limitó a asignar al porteador a otro convoy de abastecimiento para luego dirigirse a Fort Craig, desde donde envió un telegrama en el que aseguraba que su columna, con alguna ayuda de los exploradores, había acabado con la banda de Victorio. Parker nunca recibió una respuesta satisfactoria de por qué su requerimiento fue ignorado, pero supo que la primera oportunidad real para forzar a Victorio a rendirse se había desperdiciado del modo más estúpido. Las palabras más amables que se pronunciaron en defensa del coronel Hatch fueron que era un «imbécil».[41] Aquella había sido la primera derrota de Victorio y había tenido lugar frente a otros apaches, no ante las tropas del ejército.

Después de que Parker y sus exploradores se retiraran, Victorio dividió su banda en tres grupos, que se encaminaron a México por diferentes rutas. A partir de aquel momento, Victorio, que previamente había sido invencible, sufrió el acoso de la mala suerte, pues entre los asesinados se encontraban algunos de sus mejores guerreros, hombres que no podía reemplazar. El mayor Morrow dio pronto con el rastro de uno de los tres grupos, alcanzó a unos guerreros que conducían ganado robado y mató a tres de ellos, incluido el hijo de Victorio, Washington.

El agente Russell pidió a alguno de los cabecillas mescaleros que enviasen mensajeros a la gente de su pueblo que siguiese con Victorio para informarles de que aquella era su última oportunidad para rendirse. Los jefes de los mescaleros se negaron diciendo que no irían al campamento de Victorio y que quienes lo acompañasen merecían morir. Victorio les había animado muy a menudo a unirse a sus fuerzas, pero como él solo les daba problemas, nunca le habían escuchado. Russell argumentó que los mescaleros que estaban con Victorio eran prisioneros, pero sus peticiones chocaron con un muro de silencio.

La derrota de la banda de Victorio ante los exploradores de Parker exacerbó las esperanzas de que la guerra apache pudiera concluirse en un corto plazo. El coronel Hatch insistió en que se siguiera a los fugitivos al otro lado de la frontera antes de que pudieran descansar y recuperarse, o unir sus fuerzas a las de Gerónimo y Juh. Sin embargo, en esta ocasión, los funcionarios mexicanos denegaron el permiso, pues ya tenían varias unidades militares en pos de los apaches.

En San Carlos, el agente Joseph C. Tiffany sugirió destacar un grupo para convencer a Victorio de la rendición, añadiendo que algunos de los apaches de San Carlos ardían en deseos de matarle o capturarle. Sin embargo, nada se obtuvo de aquella sugerencia, probablemente a causa de la reticencia del ejército a contar con los apaches para la lucha.

Durante algún tiempo, Victorio acampó en las montañas al oeste de Eagle Springs, Texas. En lo que seguramente fue un intento de llegar a la reserva mescalero, cruzó a Texas y acorraló a una pequeña dotación que estaba al mando del coronel Grierson. Solo la llegada a tiempo de unos refuerzos salvó al comando de Grierson y obligó a Victorio a regresar a México.

En agosto de 1880, Victorio se trasladó una vez más al norte. Prevenido por sus exploradores, Grierson le tendió una trampa con dos compañías del Décimo de Caballería. El viejo y astuto guerrero se negó a dejarse vencer y cuando las tropas abrieron fuego antes de tiempo, envió a sus guerreros al ataque. Sin embargo, Grierson tenía más tropas ocultas en las cercanías que se unieron a la batalla. Avanzada la tarde, una caravana de suministros del ejército se aproximó, escoltada por soldados negros del Vigésimo Cuarto de Infantería ocultos en los carromatos. Cuando los apaches intentaron desvalijar la caravana para reponer municiones, se vieron en medio de un tiroteo devastador. Victorio se retiró a México de nuevo y dejó atrás su campamento y sus provisiones.

Los mescaleros bajo el mando de Caballero intentaron entonces separarse de la banda de Warm Springs, pero Victorio mató a su líder, y al resto de mescaleros no les quedó más remedio que quedarse o enfrentarse al mismo destino que su cabecilla. Sabían que el tiempo de Victorio estaba llegando a su fin y aguardaban el momento para abandonarle.

En octubre de 1880, el veterano luchador contra los indios Joaquín Terrazas, de Chihuahua, se encontraba a la caza de Victorio al frente de una numerosa fuerza de soldados mexicanos. Sus exploradores dieron con el rastro de Victorio, que se dirigía hacia el este, y Terrazas lo siguió. En Tres Castillos acorralaron a Victorio y a la mayoría de los suyos, en un momento en que se encontraban casi sin munición. La batalla duró toda la noche. Algunos mescaleros se habían ido de caza, y Nana había liderado un grupo de mimbreños en busca de munición. Parte de las mujeres y los niños, y unos cuantos guerreros, escaparon, pero muchos fueron capturados. Tras

esta celebrada victoria, Terrazas informó a Hatch de que sus tropas habían matado a setenta y ocho apaches: entre ellos, Victorio, sesenta guerreros y algunas mujeres y niños. La carrera de Victorio había concluido y la mayoría de sus guerreros habían muerto a su lado, pero la guerra apache aún no había llegado a su fin. Nana y al menos treinta guerreros se habían librado de la aniquilación.

Después del combate en Tres Castillos, Nana envió a Kaetennae en busca de supervivientes. Dijo que Victorio y algunos otros se habían quitado la vida cuando se habían quedado sin munición.[42] Un mes después de la derrota de Tres Castillos, un grupo de apaches atacaron a las tropas mexicanas al sur de Carrizal y mataron a nueve hombres, entre los que se encontraba un sargento que montaba sobre la silla de Victorio y que fue despedazado por los indignados apaches. Sus hostilidades se extendieron por todo el territorio de México, y muchos mexicanos murieron y fueron mutilados.[43]

Tras la muerte de Victorio, todos los ataques y asaltos apaches se atribuyeron a Nana, aunque también había renegados chiricahuas, nednhi y de otras tribus en México que cruzaban de vez en cuando la frontera. Gordo, otro apache de Warm Springs, también tenía una pequeña banda que se unió a Nana ocasionalmente. Pero incluso cuando los ataques tenían lugar en varios sitios al mismo tiempo, se llegaba a la conclusión de que Nana había dividido sus fuerzas.[44]

Nana, que por aquel entonces rondaría los setenta años, aún deseaba la paz y una reserva en Warm Springs, pero prefería morir en el campo de batalla antes que verse obligado a regresar a San Carlos. Era un líder guerrillero con las mismas aptitudes que Victorio, y continuó la lucha del mismo modo en que la habría conducido el jefe caído. A pesar de su edad y sus achaques, ningún apache tenía mayor resistencia que Nana. A finales de 1880, cruzó el río Grande con un pequeño grupo, al que se unieron cerca de veinticinco mescaleros. Dejaron grabado un sendero sangriento a través del sur de Nuevo México, matando a pastores de ovejas, buscadores de oro y a cualquiera lo suficientemente desafortunado para cruzarse en su camino. Se toparon con un destacamento del Noveno de Caballería,

entraron en combate y luego se dirigieron al oeste; la caballería les siguió los pasos denodadamente, sin brindarles la menor oportunidad para descansar. Las tropas volvieron a encontrarse con los apaches, pero los guerreros de Nana no tardaron en desaparecer de su vista durante su marcha hacia el sudoeste de Nuevo México.

Con partidas de caballería y de civiles constantemente tras sus pasos, los apaches se trasladaban de un terreno montañoso a otro. Solo se detenían a luchar donde había grandes rocas a modo de escudo y montañas para cubrirse las espaldas. Cuando se dispersaban por las cumbres, había que abandonar la persecución. Era una vida dura y agotadora, pero para la gente de Nana era preferible a la vida en San Carlos. Medio muertos de hambre y exhaustos, con solo la munición y las armas que podían capturar o robar, y la desventaja de tener que proteger a sus mujeres y niños, Nana y unos setenta y cinco guerreros superaron tácticamente a las fuerzas de caballería que seguían incansablemente su rastro. Los renegados recorrieron a caballo distancias increíbles, reemplazando sus caballos agotados con monturas frescas que robaban en los ranchos.

Muchos grupos de angloamericanos vagaron por las montañas del sudoeste de Nuevo México y por otros refugios de los apaches. Una partida de treinta y seis hombres peinó las San Mateo sin detectar la menor señal de los apaches. Un día, durante la primavera de 1881 —olvidando el viejo dicho de la frontera según el cual cuando uno ve señales de apaches debe andarse con cuidado, pero cuando no las ve aún más —, descansaron al mediodía dejando a varios hombres a cargo de los caballos. Los guerreros de Nana se lanzaron contra ellos, mataron a uno, hirieron al resto y se llevaron todos sus caballos.

El teniente John F. Guilfoyle y sus soldados negros siguieron obstinadamente el rastro de Nana, alcanzaron a los apaches en varias ocasiones y sostuvieron con ellos breves combates. Finalmente, cuando sus hombres y caballos quedaron exhaustos y su equipamiento se agotó, Guilfoyle tuvo que abandonar la

persecución para reconstruir la compañía. Otras fuerzas siguieron a los velocísimos apaches y mataron a unos cuantos en varias escaramuzas. La pérdida de un solo guerrero suponía un golpe grave para Nana, pues ya rara vez podía encontrar sustitutos. El general John Pope tuvo que reconocer lo difícil que era acorralar a los apaches. «No hay mayor problema en tratar con ellos cuando se les encuentra —dijo—. La dificultad está en hacerlo.»[45]

En las montañas Black, uno de los refugios de verano favoritos de los apaches en los viejos tiempos, las tropas no dieron tregua a Nana. Este volvió a dar media vuelta hacia México, pero en el cañón Guerrillo se topó con veinte soldados del Noveno de Caballería al mando del teniente G. W. Smith. En la cruenta batalla que siguió al encuentro, Smith y cinco soldados perdieron la vida. Aunque Nana continuó hacia México sin que le molestasen, el ejército manifestó que había sido vencido. Los apaches ignoraban felizmente que habían sido derrotados, y se habrían quedado bastante asombrados de haberse enterado de ello. En unas seis semanas, este anciano guerrero y apenas una docena de robustos apaches cubrieron mil seiscientos kilómetros de territorio enemigo, expulsaron a sus perseguidores y lograron abandonar el país. Mataron a cincuenta hombres o más, capturaron o robaron varios cientos de caballos, y eludieron al menos a mil soldados y a centenares de civiles.

Los refugiados que se ocultaban en Sierra Madre eran los restos de varias bandas: los nednhis de Juh, los chiricahuas liderados por Nachez, Chato y Chihuahua; el pueblo chihinne (o de Warm Springs) bajo el mando del viejo Nana y del pujante líder de guerra, Kaetennae, y los bedonkohes de Gerónimo. Debido a que otros apaches servían como exploradores contra ellos, su causa era prácticamente desesperada, pero la mayoría prefería la muerte y la lucha en las montañas antes que perecer a causa de las enfermedades en San Carlos. Algunos se convencieron de que no había manera de evitar la vida en la reserva, pero sabían que sus compañeros les matarían si intentaban escapar. La mayoría, incluyendo a Nana y a Gerónimo, estaba convencida de que

recibirían un mejor trato por parte de los oficiales del ejército que de los agentes civiles. Habían temido al general Crook, a quien llamaban Nantan Lupan (Jefe Lobo Gris), pero también le tenían por un hombre de palabra.

XI

EL ALZAMIENTO DE CIBECUE

Tras la partida de Clum de San Carlos, el 1 de julio de 1877, los apaches tuvieron muchos motivos para sentirse descontentos. Debido a que los contratistas eran incapaces de suministrar carne de ternera del peso especificado en el contrato con el gobierno, el Departamento Indio no permitiría que el agente aceptase ninguna cantidad. Los famélicos indios se prepararon para escabullirse de la reserva en busca de comida, pero el general Orlando B. Willcox, al frente del Departamento de Arizona, intercedió y les suministró suficiente harina para alimentarlos al menos durante una semana. Consideró por un momento convertir a los indios de San Carlos en prisioneros de guerra, para que así el ejército pudiera hacerse cargo legalmente de su alimentación. Al final, el Departamento Indio se puso en acción y, durante un tiempo, les suministró alimentos con más regularidad, pero los contratistas y los agentes deshonestos continuaron estafando a los apaches.

En el momento en que la banda de Victorio fue llevada de vuelta a San Carlos, en diciembre de 1878, el agente Hart estaba bajo sospecha por soborno y fraude. A principios del año siguiente, el Departamento Indio envió al inspector J. H. Hammond a investigarlo. Este descubrió que, después de inspeccionar el ganado entregado a la reserva, Hart dejaba los animales con el contratista, quien repartía un ganado más pequeño cuando llegaba el momento de hacer la entrega de carne. Hammond acabó con esta trampa ordenando que,

al adquirirse, se marcase el ganado con una señal especial. Hart, poco después, renunció a su puesto y dejó a Hammond temporalmente a cargo de San Carlos.

Hammond resultó no ser mucho más capaz a la hora de resistir la tentación que su predecesor, porque enseguida se vio involucrado en una empresa minera con Hart y otros. Interrumpió su investigación, aseguró a Hart que no le procesarían por ninguno de los fraudes descubiertos e inspeccionó el límite occidental de la reserva con la intención de excluir de esta una mina que el antiguo agente había vendido a Hayt, hijo del comisionado de Asuntos Indios.

En abril de 1878, Gerónimo y Ponce se escabulleron, en compañía de otros, hasta México, donde se unieron a Juh y a Nolgee en el refugio del primero. Más adelante, el teniente H. L. Haskell, el explorador Archie McIntosh y Tom Jeffords se pusieron en contacto con ellos y les insistieron para que regresaran a San Carlos. Hartos de aquella dura vida y del acoso constante de las tropas mexicanas, se entregaron algo más tarde, aquel mismo año, en Camp Rucker, y volvieron a San Carlos.

En marzo de 1879, McIntosh, encolerizado por la corrupción que había observado en San Carlos, escribió una carta confidencial al oficial que estaba al mando de Camp McDowell. Para gran disgusto de McIntosh, la carta se publicó en el *Herald* de Phoenix.[1] El Departamento de Comisionados Indios, al enterarse de estos rumores de sobornos y connivencia entre Hart y Hammond, envió al general Clinton B. Fisk, presidente del departamento, a San Carlos para que viera la situación con sus propios ojos. Fisk quedó sorprendido al descubrir que el comisionado Hayt había permitido los sobornos y, además, había estado impidiendo que los informes de deshonestidad llegasen al secretario de Interior, Carl Schurz. Gracias a la visita del general Fisk y a la carta de McIntosh, Schurz sustituyó inmediatamente a Hayt: le dio una hora para vaciar su mesa y quitarse de en medio.[2]

Fue entonces cuando trasladaron al capitán Adna R. Chaffee desde Fort McDowell a San Carlos para restaurar el orden. Chaffee despidió a la mayor parte de los empleados civiles y reorganizó la policía apache. Al saber que muchos coyoteros seguían echando de menos sus tierras en Camp Apache, permitió a trescientos cincuenta y cinco que regresasen allí. El trabajo de Chaffee no fue fácil. Descubrió que los contratistas de carne habían trucado las escalas que usaban para pesar el ganado. También tuvo que enfrentarse al habitual problema de los retrasos en las entregas; la ropa y las mantas necesarias para el invierno llegaron a mediados de febrero, apenas a tiempo para evitar un alzamiento.

Aunque tanto Clum como Jeffords, ambos agentes apaches experimentados y efectivos, estaban interesados en obtener la dirección de la agencia de San Carlos bajo la recomendación de la Iglesia holandesa reformada, el Departamento Indio nombró al neoyorquino J. C. Tiffany para ese puesto. Este llegó a San Carlos en junio de 1880 e, inmediatamente, empezó la construcción de una escuela. Planeaba inaugurarla en la primavera de 1881, pero en diciembre un grupo de apaches prominentes insistieron en que sus hijos recibiesen instrucción de inmediato, y Tiffany aceptó. Empleó a muchos apaches en proyectos iniciados por Chaffee; hasta Juh y Gerónimo estuvieron de acuerdo en ponerse a trabajar, siempre y cuando recibiesen las raciones completas. Gracias a la instalación de nuevos sistemas de irrigación, se prepararon seis kilómetros cuadrados adicionales para el cultivo y, en 1881, los apaches obtuvieron una buena cosecha de maíz, trigo y cebada.

A través de la policía apache, bajo la dirección de A. D. Sterling, Tiffany mantuvo una estricta disciplina, pero sus problemas se multiplicaron. Los mineros acudieron en tropel al distrito McMillen y los granjeros mormones utilizaron el Gila para irrigar sus granjas dañado de paso las cosechas de los apaches que vivían río abajo. Otros traspasaron los límites de las tierras de la reserva en las proximidades de Fort Apache. Y cuando se descubrieron yacimientos de carbón en la parte sur de la reserva de San Carlos, los mineros

ignoraron los límites hasta que el ejército tuvo que expulsarlos. Parte del problema radicaba en que las fronteras de la reserva no habían sido reconocidas oficialmente, y el Congreso se negó a proporcionar los fondos para hacerlo a pesar de las advertencias de que se estaba incubando un grave conflicto. Los mineros arrendaron tierras de la reserva y pagaron regalías por los minerales obtenidos, lo que atemperó temporalmente el problema a pesar de que las constantes intrusiones en las tierras de la reserva desesperaban a algunos apaches.[3]

En esta situación potencialmente explosiva, dos importantes jefes coyoteros, Diablo y Eskiole, fueron asesinados en disputas entre bandas enemigas, durante el otoño de 1880 y la primavera de 1881. Nocadelklinny, un hombre medicina coyotero, comenzó a ejecutar danzas en torno a las tumbas de ambos jefes. Su afirmación de que podía traerlos de vuelta a la vida hizo brotar una intensa excitación entre los frustrados y desesperados apaches, del mismo modo que la danza de los espíritus lo haría entre los sioux alrededor de una década más tarde. Fue el primer momento de esperanza para ellos.

Ocho años antes, Nocadelklinny se había alistado en la Compañía A de exploradores indios en Camp Apache para la campaña de Crook contra los tonto. La Compañía A estaba dirigida por el jefe de exploradores Corydon Eliphalet Cooley, con Alchise como sargento, y estaba agregada a la Compañía I, del Trigésimo Tercero de Infantería, al mando del capitán George M. Randall. Avanzado noviembre de 1872, esta compañía exploró el área que se extendía entre Camp Apache y Camp McDowell y encontró muy pocos hostiles. Desde McDowell se trasladó hasta la zona inferior del Verde. Fue esta fuerza la que, en marzo de 1873, sorprendió y destruyó un importante campamento de apaches tonto en la montaña Turret, tras seguir sus pasos desde la cercana Wickenburg.

Los exploradores coyoteros entregaron sus armas en junio de ese año, cuando expiró su alistamiento de seis meses. Poco tiempo después, Nocadelklinny acompañó a una delegación de apaches a Washington, donde el presidente Grant les concedió a todos una

medalla. Más tarde, este mismo Nocadelklinny asistió a una escuela india en Santa Fe, donde aprendió algunas nociones de cristianismo, especialmente lo referente a los profetas que meditaban en soledad y la resurrección. A su vuelta, reanudó sus actividades como hombre medicina y a menudo se iba solo a las montañas a ayunar y meditar.

En 1875, Nocadelklinny ya había adquirido suficiente importancia para merecer un comentario por parte del cirujano del puesto en Camp Apache, L. Y. Loring, seis años antes de que el «asunto Cibecue» le proporcionase un momento de fama nacional. Nocadelklinny, escribió Loring, «de unos cincuenta años de edad, es un hombre honesto y serio. Es jefe de la mayor subtribu que pueda reconocerse por su generosidad y gentileza. Controla a su gente con mano firme y es imparcial tanto en su trato con los blancos como con los indios. En el pasado se mostró hostil, pero ahora se siente muy inclinado hacia el gobierno».[4]

Su fama se extendió gradualmente por otras bandas de coyoteros y empezó a realizar danzas en las que profetizaba la resurrección de los guerreros muertos y el regreso de los días de antaño y de la libertad apache. También manifestó que la camisa que llevaba tenía poderes mágicos para protegerle de las balas del enemigo. Las danzas atrajeron a un creciente número de apaches, pues todos estaban desesperados y deseaban agarrarse al menor atisbo de esperanza.

Debido a la creciente notoriedad de las danzas de Nocadelklinny, el teniente Thomas Cruse, del Sexto de Caballería, que estaba a cargo de la Compañía A de exploradores, envió a Sam Bowman, el jefe de sus exploradores, a observar las danzas e informar sobre ellas. Bowman, que era medio choctaw, regresó y, ante el asombro de Cruse, dimitió inmediatamente, diciendo que deseaba marcharse al Territorio Indio. Cruse le presionó para que le diera un motivo, pero solo consiguió sacarle que llevaba siete años en Arizona y que ya había llegado el momento de visitar a los suyos. En cuanto quedó libre de su cargo, se puso en marcha. El jefe de transportistas, Nat Nobles, le reveló luego a Cruse el motivo por el que Bowman se

había marchado de un modo tan repentino. «Dijo que ese tipo de danza siempre ha significado problemas para su pueblo —explicó Nobles—. Cree que otra vez pasará lo mismo y no quiere verse implicado en ello. Así que decidió ir a ver a los suyos.»[5]

En julio de 1885, Nocadelklinny visitó al coronel Eugene A. Carr, del Sexto de Caballería, que estaba temporalmente al mando de Fort Apache, y le informó de que estaba celebrando danzas cerca del arroyo Cibecue para convocar a los espíritus de los guerreros muertos. Carr y el agente Tiffany le dieron permiso para llevar a cabo una danza en los aledaños del horcajo norte del río White, no lejos del puesto militar. El teniente Cruse, que observó la danza con otros oficiales, notó que Nocadelklinny ejercía una influencia hipnótica sobre los apaches. Lo que sorprendió incluso más a Cruse fue la fraternización entre grupos y bandas que antes habían sido enemigas; quizás esto fuera la señal más inquietante de la creciente influencia de aquel hombre medicina. En verdad, ver a todos aquellos apaches que antes habían intentado matarse entre sí comportándose como si estuvieran en una reunión de amigos, le dio a Cruse motivos para «pensar y especular». Cruse concluyó que los seguidores de Nocadelklinny se estaban descontrolando.[6]

El hombre medicina y sus adeptos regresaron al arroyo Carrizo, en el área de Cibecue, y continuaron sus danzas. Los exploradores apaches de Fort Apache pidieron salvoconductos para asistir a ellas; solían quedarse más tiempo del permitido y reaparecían físicamente exhaustos e incapaces para cumplir con su deber. Cruse observó también que se estaban volviendo huraños y que comenzaban a dar muestras de insubordinación; algunos manifestaban que el territorio les pertenecía a ellos, no a los rostros pálidos. El teniente era consciente de que algo o alguien les estaba inoculando nuevas ideas. La misma actitud estaba empezando a extenderse entre toda la población de la reserva, pues en su mayoría parecían haber perdido interés por el trabajo, como si esperasen una inminente liberación de aquel aspecto tan oneroso de la «civilización» de los ojos blancos. Cuando el comerciante del puesto se negó a seguir

concediendo crédito a un guerrero, este se limitó a encogerse de hombros. «¿Qué más da? —se dijo a sí mismo—. En cualquier caso, dentro de muy poco lo tendré todo.»[7]

El angloamericano que conocía mejor que nadie a los coyoteros y su tierra era el antiguo explorador Cooley, quien administraba, con su esposa (la hija del jefe coyotero Pedro), un rancho cerca de la reserva. Pero el coronel Carr, por motivos personales, rechazó consultarle nada: el antiguo explorador era amigo del general Crook, y Carr no sentía mucha admiración por este.

Los guerreros muertos que Nocadelklinny había prometido devolver a la vida no acababan de presentarse, pero aun así sus promesas y actuaciones atraían a un número cada vez mayor de apaches. No obstante, cuando sus hechizos fracasaron a la hora de resucitar a los jefes muertos, muchos apaches decepcionados amenazaron con matarle. Nocadelklinny se libró de la muerte afirmando que los jefes muertos no tenían intención de regresar hasta que se hubiese expulsado a todos los ojos blancos del territorio, y predijo que ese día no tardaría en llegar.

Al enterarse de este amenazante pronóstico, el coronel Carr puso al tanto al general Willcox. «Acabo de recibir un informe de manos del intérprete Hurle —escribió Carr—, según el cual Nockaydelklinne (sic) anda diciendo a los indios que los muertos le han comunicado que no regresan de sus tumbas a causa de los hombres blancos, que solo lo harán cuando los ojos blancos hayan desaparecido, y añade que los rostros pálidos serán expulsados del territorio cuando el maíz esté maduro. Hurle cree que su siguiente movimiento pueda ser acelerar la partida de los blancos, y que en estos momentos se puede estar conduciendo a los indios a un estado mental adecuado para llevar a cabo dicho propósito.» Carr añadió que no estaba seguro de si los rumores eran o no ciertos, pero sentía que era su deber informar al oficial al mando del departamento.[8]

Willcox ordenó a Carr que vigilase de cerca la situación para prevenir los problemas a tiempo y que se mantuviese en contacto con el agente de San Carlos. Carr informó a Tiffany de que no consideraba

peligroso a Nocadelklinny y añadía, proféticamente, que su arresto podría provocar una rebelión. Sin embargo, más adelante, informaba de que el explorador Sam Bowman auguraba un levantamiento apache después de la cosecha del maíz. Estas noticias preocuparon a Tiffany, que aún se inquietó más cuando Carr le remitió la afirmación de Nocadelklinny según la cual los apaches muertos se negaban a regresar de ultratumba hasta que los rostros pálidos no se fueran de sus tierras. Carr añadió que su intérprete «dice que los indios piensan que este médico será el cabecilla de todos los indios, y que anda afirmando que la tierra se volverá del revés, los muertos se levantarán de sus tumbas y los indios dominarán a los blancos, se apoderarán de este puesto y los soldados tendrán que entregarles sus caballos, etc.».[9]

Tiffany le hizo llegar a Nocadelklinny un mensaje urgiéndole a acudir a San Carlos para conversar e invitándole a realizar sus danzas allí, pero el hombre medicina no le respondió. Tiffany entonces dio instrucciones a unos policías apaches de San Carlos para que fuesen a buscarle y le escoltaran hasta la agencia. Aunque a los policías se les consideraba prácticamente invencibles, regresaron a los pocos días de un humor hosco, sin armas y sin Nocadelklinny. Aparentemente, los seguidores de este los habían sometido y se habían apoderado de sus armas.

Tras una danza inusualmente frenética, un apache en trance se aproximó a Nocadelklinny. Dijo que sabía que los muertos seguían vivos, pero que eran invisibles, y le pidió al hombre medicina que invocase a los grandes líderes fallecidos para que acudiesen a ayudar a los vivos: «Pregúntales —le rogó— qué debemos hacer con los rostros pálidos». Nocadelklinny, con tres de sus seguidores más próximos, se dirigió a ayunar a la cumbre de una colina. «¡Acudid a nosotros! ¡Volved a mostraros! —clamaban a los espíritus—. ¡Decidnos qué debemos hacer!»[10]

> Se nos aparecieron tres de los grandes —le diría a Cruse uno de los hombres, años más tarde—. Al principio eran como sombras, pero les vimos alzarse de la tierra, muy lentamente, hasta no más allá de las rodillas. Nos observaron y

> luego nos dijeron: «¿Por qué nos llamáis? ¿Por qué perturbáis nuestra paz? No queremos regresar. Los búfalos se han ido. El hombre blanco se multiplica en esta tierra que una vez nos perteneció. No queremos regresar». Y lloramos ante ellos, diciendo: «¡Pero decidnos qué hemos de hacer!». Y nos respondieron al tiempo que comenzaban a hundirse de nuevo en la tierra convirtiéndose en sombras: «Vivid en paz con el hombre blanco y dejadnos descansar».

Cuando los cuatro hombres informaron a los demás de esta visión, cada grupo la interpretó a su modo. Sin embargo, ninguno dudó de ella, porque era un artículo de fe que los muertos seguían vivos, invisibles salvo en determinadas ocasiones. «Para los descontentos que habían estado predicando la guerra de exterminio contra los blancos —escribió Cruse—, fue un solemne mandamiento para eliminar la presencia enemiga del territorio apache. Para unos pocos, no era más que una orden de que se permaneciera en paz. Naturalmente, los partidarios de la guerra eran los que nos interesaban.»[11]

La situación, tanto en Camp Apache como en San Carlos, empeoró, pues los exploradores, en quienes tanto se confiaba, se volvían cada vez más insubordinados y no dejaban de gruñir que si los blancos no se iban tendrían que ser expulsados a la fuerza. Cuando el agente de San Carlos se negó a seguir dando salvoconductos, cientos de indios abandonaron la reserva. Tiffany ordenó a la policía apache que los detuvieran, pero le dijeron que esto era del todo imposible. Ahora, atemorizado de verdad, Tiffany estaba más convencido que nunca de que Nocadelklinny suponía una seria amenaza para la paz y escribió a Carr sugiriéndole que arrestase o matara al hombre medicina. No obstante, el coronel Carr no quiso tomar aquella peligrosa medida: al ejército no se le permitía intervenir, a no ser que el agente solicitase socorro.

Otro mensaje, en esta ocasión del general Willcox, animaba a Carr a arrestar a Nocadelklinny «si lo considera necesario para evitar problemas, después de consultarlo con el agente de San Carlos».[12] Aún reacio a actuar, Carr consultó al teniente Cruse a propósito de la

actitud de la compañía de exploradores apaches, pues había oído rumores de que su lealtad era por aquel entonces dudosa. Cruse admitió que esperaba problemas y le respondió que aunque los exploradores deseaban permanecer leales, llegado el caso de un enfrentamiento, no apoyarían a los blancos, pues sus familias estaban del lado de Nocadelklinny y, con toda probabilidad, se unirían a ellas. Carr estaba asombrado. «Pero los exploradores siempre han sido leales. Han acatado órdenes en las condiciones más adversas, incluso han abierto fuego sobre sus propios familiares cuando la ocasión lo requería.» Pidió consejo y Cruse le animó a mandar a sus exploradores a Fort Huachuca para sustituirlos por la Compañía C de Fort McDowell, que estaba compuesta por yavapais, hualapais y chiricahuas sin ninguna relación con la banda de Cibecue.[13] Al intérprete Hurle le pareció bien la idea de Cruse, pues, aunque insistió en que Nocadelklinny era un hombre pacífico, había muchos apaches que no dudarían ni un instante en luchar, y Hurle estaba seguro de que había ciertos «hombres malvados» planeando un alzamiento.

Carr solicitó permiso para destituir a todos los exploradores que pareciesen poco de fiar y pidió el envío de dos compañías a Fort Grant para fortalecer su mando y dar muestras de fuerza. Sin embargo, justo después de enviar el mensaje, la línea del telégrafo sufrió uno de sus frecuentes fallos, y tanto la nieve derretida como las fuertes lluvias impidieron que los mensajeros pudieran vadear el río Gila. En parte debido a que las líneas de telégrafo estuvieron fuera de servicio la mayor parte del tiempo, Carr no recibió respuesta a su petición hasta principios de septiembre, cuando ya era demasiado tarde.

Como Tiffany continuaba sugiriendo el arresto o la ejecución de Nocadelklinny, Carr le dijo que lo más seguro era que esta acción, más que evitar los problemas, acabaría causándolos. En cualquier caso, Carr se negaba a actuar únicamente por la sugerencia de Tiffany, porque entonces sería responsable de lo que pasara. «Por

favor, decida con claridad si quiere que se le arreste y cómo», concluyó. Tiffany le respondió que quería que lo arrestaran, que lo mataran o ambas cosas, y antes de la nueva danza.[14]

Carr seguía dudando, pero a los pocos días, el 28 de agosto, cuando la línea de telégrafo volvió a estar en funcionamiento, Willcox le ordenó que arrestase «al médico indio que, según informó, estaba dando problemas», y que lo hiciera lo antes posible. Carr aún consideraba que el arresto era una imprudencia, pero la orden de Willcox no le dejaba más alternativa. No obstante, le telegrafió respondiéndole: «Deseo que se tenga en cuenta que no he sido yo quien ha dicho que el médico indio estaba promoviendo hostilidades...». Dejó claro que lo único que había hecho él era informar de las declaraciones y deducciones del intérprete «para quien pudiera interesar».[15]

La situación se volvió aún más explosiva en Fort Apache cuando un funcionario hizo correr el rumor de que se llevarían a los apaches de allí a causa de las actividades de Nocadelklinny. Esta habladuría se extendió a gran velocidad y aumentó considerablemente el clima de agitación. El 17 de agosto, cuando Carr se enteró del rumor a través de un viejo y respetado jefe, Notchiclish, el daño ya estaba hecho. Al jefe no le preocupaba Nocadelklinny, a quien, según dijo, ya habían pagado más de un centenar de animales para alzar a los muertos de sus tumbas. Él creía que el hombre medicina no tardaría en hacerse con todas las posesiones de los apaches.

El teniente John Bourke, que había oído a los colonos expresar sus temores con respecto a Nocadelklinny y sus profecías cuando se encontraba de camino a Fort Apache avanzado el mes de agosto, encontró, para su sorpresa, la misma inquietud entre los oficiales del ejército del fuerte. Carr le pidió a Bourke que visitara el campamento de Pedro, pues aquello constituiría un sutil recuerdo de las campañas apaches del general Crook. Bourke, acompañado del teniente Carter, accedió a este requerimiento y al llegar se encontró con un montón de apaches bebiendo tizwin, excitados, irritables y «descarados». Tanto Bourke como Carter se convencieron de que se

avecinaban problemas. Algunos apaches le preguntaron al teniente si había visto a unos navajos en su camino a Camp Apache, pues los estaban esperando: quizá para formar parte del levantamiento. Bourke continuó su viaje al tiempo que las tropas se disponían a marchar al arroyo Cibecue.

Mientras esperaba la llegada de dos compañías de Fort Thomas en uno o dos días para proteger Fort Apache, Carr reunió a sus oficiales en la tarde del 28 de agosto y les leyó el telegrama de Willcox en que se ordenaba el arresto del «médico indio». Todos los presentes expresaron su temor a que aquello pudiera causar el alzamiento que esperaban poder evitar. Carr respondió que se trataba de una orden y que, como tal, debía acatarse. El capitán Edward C. Hentig, quien había recibido instrucciones de presentarse en Jefferson Barracks en servicio de reclutamiento, pidió permiso a Carr para acompañar a las tropas, quien se lo concedió. Las tropas D y E del Sexto de Caballería y su convoy de abastecimiento se pondrían en marcha al amanecer. La única cuestión, dijo Carr, era si llevar o no exploradores apaches, y le pidió a Cruse su opinión. Aunque albergaba dudas sobre la fiabilidad de los exploradores en aquella campaña en particular, Cruse recomendó que los incorporasen. Carr estuvo de acuerdo en que sería mejor que los apaches acompañasen a la caballería antes que dejarles en Fort Apache, donde solo se quedaría una compañía de infantería bajo la dirección del mayor Neville A. Cochran hasta que llegaran los refuerzos desde Camp Thomas. Como la línea de telégrafo hasta este lugar había quedado inutilizada, Carr no tenía manera de saber que el nivel de las aguas del Gila había impedido a las tropas cruzar su cauce y que habían recibido la orden de regresar a Camp Thomas.

Como era costumbre, se pasó revista a las tropas antes de partir del fuerte. La fuerza consistía en setenta y nueve soldados, cuatro oficiales, veinticuatro exploradores apaches y seis porteadores, bajo la dirección de Nat Nobles. Los exploradores abrían la marcha en fila india, pues no necesitaban desplegarse en abanico para dar con el enemigo. La columna acababa de partir cuando el mayor Cochran

percibió una excitación inusual entre los apaches que rodeaban el fuerte. Avanzado el día, les pareció que muchos de aquellos indios, armados hasta los dientes, estaban siguiendo el rastro de Carr. Cochran despachó un mensajero para advertir a Carr y preguntarle cuándo podría esperar la llegada de refuerzos.

Esa noche acamparon en el arroyo Carrizo, a unos cuarenta y cinco kilómetros de Fort Apache, y Carr informó a los exploradores de que lo único que quería era hablar con Nocadelklinny acerca de los rumores que afirmaban que los blancos no tardarían en abandonar el área. El sargento Mose, explorador apache, le pidió permiso para llevarse dos exploradores y adelantarse a caballo para informar a Nocadelklinny de que las tropas no tenían intención de hacerle daño y así evitar que sus seguidores les atacasen. Carr le aseguró a Mose que si Nocadelklinny no había afirmado que los blancos desaparecerían pronto del territorio, quedaría libre.

Desde hacía varias semanas, a los exploradores no se les había proporcionado munición debido a la sospecha de que algunos se hallaban bajo la influencia de Nocadelklinny. Ahora Carr ordenó que se les repartiese munición, lo que explicó más tarde: «Tenía que tomar decisiones. Había alistados hombres de mi comando; y no podría haber encontrado al hombre medicina sin su ayuda. Juzgué que también sería mejor que si se llegaba a demostrar que no eran fieles, lo hicieran lejos del puesto».[16]

Sobre las tres de la mañana del 30 de agosto, el sargento Mose y otros dos exploradores apaches se adelantaron a caballo hacia el campamento de Nocadelklinny, seguidos una hora y media más tarde por Cruse y la compañía de exploradores. Al amanecer se incorporó la fuerza principal. Carr dijo más tarde que se había enterado a través de Mose de que el campamento de Nocadelklinny se hallaba a pocos kilómetros, por encima del cruce del Verde. Sospechaba que los apaches debían estar preparados para defender el cruce, por lo que les sorprendió al atardecer, al dirigirse directamente al campamento apache que estaba cerca del arroyo Cibecue. Cuando Cruse se aproximaba al campamento, el renegado

Sánchez galopó a su encuentro con pinturas de guerra y blandiendo una pistola y una carabina Winchester. «¿Qué has venido a hacer aquí, Nantan Eclatten (Teniente Virgen o Inexperto)?», le preguntó. Cruse respondió que no era a él a quien buscaban y Sánchez se alejó. Más apaches con pinturas de guerra galoparon hasta ellos, pero sin gestos amenazantes. Mose condujo a Cruse hasta el hombre medicina, que estaba tendido sobre una pila de mantas navajo, aparentemente exhausto. Nocadelklinny era pequeño, de piel clara y de aspecto ascético, tal y como anotó Cruse. Al tiempo que la caballería se alineaba frente a él, Nocadelklinny les dio la bienvenida con semblante grave.

A través del intérprete, Carr le informó del motivo de su visita, le explicó que le trataría como a un amigo hasta que se investigaran las acusaciones y prometió que si estas no eran ciertas quedaría libre. Pero Carr también dijo que los encuentros y las danzas deberían interrumpirse durante algún tiempo. Nocadelklinny escuchó con atención. «Respóndele que ahora no puedo irme —le dijo al intérprete—. Tengo asuntos importantes que resolver antes de abandonar este lugar. Dile que si los soldados regresan a su puesto, no tardaré mucho en seguirles; será cuestión de tres o cuatro días.» «No —replicó Carr—, no puede ser. Dile que se viene conmigo, ahora.»[17]



Sánchez (Colección Histórica del Oeste, Universidad de Oklahoma).

Cruse podía sentir cómo crecía la tensión entre la enorme multitud de apaches silenciosos y tuvo la certeza de que los iban a atacar de manera inminente. El sargento Mose y otros exploradores apaches se acercaron a Nocadelklinny para asegurarle que no corría el menor

peligro y la multitud se relajó. Carr ordenó a los sargentos McDonald, del Escuadrón D, y Mose, de los exploradores, que se hicieran cargo de Nocadelklinny. «Es su prisionero —informó Carr a McDonald—. No permita que nadie le haga daño. Pero si intenta escapar o alguno de los suyos abre fuego contra nosotros, dispárele sin pensárselo.» El intérprete le explicó a Nocadelklinny que iba a ser escoltado por el sargento McDonald y que si intentaba fugarse o alguien intentaba rescatarle, le matarían. Nocadelklinny sonrió y contestó que nadie trataría de salvarle. Carr le dijo que parte de su familia podía acompañarle si lo deseaba.

Parecía que la situación estaba controlada y que los apaches no iban a interferir en el arresto. McDonald y Mose tomaron cada uno de un brazo a Nocadelklinny y lo sacaron del refugio. Carr ordenó que la columna se pusiera en marcha al instante y que el campamento se instalase río abajo. Cabalgó, seguido por el Escuadrón D y el convoy de abastecimiento, dejando al resto del comando a cargo de la escolta de Nocadelklinny, quien había hecho llamar a alguien para que le trajese su montura y le había pedido a su esposa que le llevase ciertas cosas que precisaba para el viaje.

Quienquiera que fuese a por el caballo tardó bastante en regresar, y los que aguardaban ansiosamente que Nocadelklinny montase y les acompañase sintieron que la tensión seguía creciendo. Estaban rodeados por una enorme, y cada vez mayor, multitud de apaches, la mayor parte de ellos pintarrajeados y desnudos hasta la cintura, como a punto de entrar en combate. Finalmente, el teniente Stanton, al mando del Escuadrón D, dio instrucciones al sargento McDonald para que se llevase a Nocadelklinny. Hubo un amenazante susurro entre la multitud, un sonido que al teniente Cruse le hizo pensar en la advertencia de una serpiente cascabel. Los apaches se arrimaron más a las tropas. Carr y los demás ya se encontraban a un kilómetro de distancia y seguían avanzando, sin mirar atrás, hasta que desaparecieron de la vista al girar en una curva del camino. Cuando Cruse y los otros se pusieron en marcha, la esposa de Nocadelklinny corrió por delante de ellos ejecutando una «danza

pequeña y extraña», al tiempo que iba esparciendo carne sagrada. Río abajo, Carr detuvo su columna para instalar el campamento y pasar la noche. Señaló al capitán Hentig que le avergonzaba tener que acudir con todas sus fuerzas para arrestar a un pobre e insignificante indio.[18]

Cuando Nocadelklinny llegó con su escolta al lugar donde la columna de Carr había vadeado el arroyo, preguntó a través del sargento Mose si podían continuar por el arroyo hasta más allá de los campos de maíz antes de cruzar, para evitar pisotear los maizales. Stanton y Cruse no vieron ninguna razón para negarse, pues el arroyo podía vadearse casi en cualquier parte, y siguieron cabalgando hasta el lugar donde los otros estaban instalando el campamento en la orilla opuesta. Guerreros apaches, pintados y armados, se arremolinaron en torno a ellos hasta que cruzaron la corriente. Cuando el grupo se presentó ante Carr, el coronel ordenó que pusieran a Nocadelklinny en un recinto formado por alforjas y suministros, añadiendo que se le dijera que debía permanecer allí sentado tranquilamente. En la comisión de investigación que se llevó a cabo después, los investigadores volverían a recorrer la mayor parte de las rutas separadas que tomaron las tropas y determinarían que Carr cometió un grave error de juicio al «dividir» su comando delante de las narices del enemigo.[19]

Cruse, que era oficial del día, indicó a Carr que «durante un rato, al llegar, la cosa no pintaba nada bien. Aquellos indios...»; el coronel le interrumpió y le pidió que se explicase mejor. Cruse le respondió que los apaches no pararon de perseguirlo, desnudos y pintarrajeados para la guerra. Carr quiso saber dónde estaban ahora. Cruse señaló hacia el arroyo, por donde muchos apaches estaban cruzando. Sorprendido, Carr gritó al teniente Carter: «¡Aquí! ¡Esos indios no deben entrar en el campamento! ¡Ordene a los comandantes de la tropa que impidan su entrada!».[20]

Carter transmitió esta orden a los comandantes de la tropa y, acto seguido, mostró a los exploradores apaches dónde debían acampar. Pero Dead Shot se negó. «Demasiados hormigueros», dijo.

«Entonces id más allá de los hormigueros», le respondió Carter. Al mismo tiempo, Cruse condujo a Nocadelklinny al recinto que habían construido los porteadores.

En respuesta a la orden de Carter, el capitán Hentig se aproximó caminando, desarmado, hacia los apaches que estaban cruzando el arroyo, gritándoles: «¡U-ka-she! ¡U-ka-she! (¡Marchaos!)». La mayor parte de los indios se detuvo un momento. Uno de ellos, el explorador apache Dandy Jim, se acercó al capitán Hentig, le agarró del brazo y le dijo que él era un soldado. Hentig le permitió entrar en el campamento, a lo que siguió un momento de silencio.

Entonces, tres o cuatro apaches, entre ellos Sánchez, alzaron sus rifles, abrieron fuego y el tiroteo se generalizó en el acto. Dandy Jim disparó al capitán Hentig, y también cayó muerto un soldado que estaba cerca de él. Los demás exploradores cargaron sus rifles y empezaron a disparar a los soldados. Cuando comenzó el tiroteo, el sargento McDonald, siguiendo órdenes, disparó a Nocadelklinny, que estaba animando a los apaches a la lucha diciendo que, si le mataban, regresaría de entre los muertos. Su esposa se arrojó sobre su cuerpo y empezó a gemir un canto fúnebre. Más o menos en ese instante, el sargento McDonald cayó con una herida en la pierna. El sargento apache Mose se acercó corriendo a Cruse y le pidió que le protegiera de los soldados, pues él era el único miembro de la compañía de exploradores que no se había amotinado. El sargento Bowman se sentó en el suelo y disparó a toda velocidad, mientras Carr impartía órdenes con sangre fría.

El potro de Nocadelklinny no tardó en aparecer a la vista con el hijo del hombre medicina en su grupa, que galopaba entre los apaches en dirección a las tropas. Sin saber quién cargaba contra ellos, los soldados dispararon contra él. Su madre gritó y corrió. Al pasar junto a la silla de montar del capitán Hentig, se apoderó de la pistola de su cartuchera y apuntó con ella a un soldado que disparó contra ella antes de que le diera tiempo a apretar el gatillo.

El escuadrón de Stanton, el último en llegar al campamento, desmontó y cargó, forzando a los apaches a replegarse lejos de su alcance. Sánchez y otros mataron a los soldados que estaban custodiando los caballos y las pocas mulas de carga del Escuadrón D, y provocaron una estampida. Desde una distancia de varios centenares de metros, los apaches dispararon sin causar daños sobre el campamento. En medio de la confusión, Nocadelklinny empezó a huir arrastrándose, pero el corneta del Escuadrón D lo vio. Al grito de «¡Anda! ¡No está muerto!», colocó su revólver contra la cabeza de Nocadelklinny y disparó.

Al caer la oscuridad, cesó el fuego. Muchos apaches, ahora temerosos de las consecuencias de aquel ataque que, en gran parte, había sido espontáneo, cabalgaron a toda velocidad de vuelta a sus campamentos en la reserva. Se jactaban frente a todo aquel que se cruzaba en su camino de haber aniquilado a las tropas que habían venido a arrestar a Nocadelklinny. Las tropas de Fort Apache interpretaron que el comando de Carr se había perdido al completo y que ahora los hostiles se disponían a atacar el fuerte. El mayor Cochran se había enterado el día anterior de que no iban a llegar refuerzos. Mandó al explorador civil Thomas Owens con despachos urgentes a Camp Thomas, pero este solo llevaba recorridos unos kilómetros cuando los apaches le salieron al paso y acabaron con su vida.

Rumores similares llegaron a San Carlos. La línea de telégrafo de Fort Apache no estaba operativa, como era habitual, por lo que al agente Tiffany le resultó imposible confirmar la historia. Sin embargo, la línea de Camp Thomas había sido reparada y transmitió la historia. Los periódicos de todo el país no tardaron en imprimir artículos sobre lo que calificaban como una nueva «masacre Custer».

Nocadelklinny, pese a estar gravemente herido, hizo varios intentos de ponerse a salvo, solo para recibir nuevas heridas. Al anochecer, lo volvió a intentar, pero un sargento acabó con él sirviéndose de un hacha. El sargento John A. (apodado «Me importa una mierda»)

Smith, del Escuadrón D, también le arrancó del cuello la medalla a la paz que le había entregado el presidente Grant durante su visita a Washington en 1873. En ella estaba impresa la leyenda «SOBRE LA PAZ DE LA TIERRA. BUENA VOLUNTAD PARA LOS HOMBRES. 1871».[21]

Una vez que el tiroteo hubo cesado, el coronel Carr ordenó que se cavara una enorme fosa dentro de su tienda y enterró el cuerpo del capitán Hentig junto al de otros tres soldados. Hizo que Taps tocase sobre la tumba, en parte a modo de despedida y en parte con objeto de hacer creer a los apaches que las tropas se habían acostado para pasar la noche. Aunque los indios superaban ampliamente en número a las tropas, no solían luchar por la noche a no ser que les atacaran, y Carr había decidido marchar hacia Fort Apache.

El Escuadrón D, que había perdido sus caballos, iba sobre mulas de carga. Sobre las diez, comenzó la marcha, guiada por el sargento Mose y el teniente Cruse, a pie. En cierto punto, Mose le tiró de la manga a Cruse y le hizo una leve señal de advertencia. El teniente oyó un suave crujido en la hierba y supo que los apaches estaban vigilando la retirada. Había más indios ocultos a lo largo del camino, pero aunque la noche era oscura y el comando tenía dificultades para dar con la ruta correcta, consiguió llegar a Fort Apache en la tarde del 31 de agosto.

El coronel Carr se dispuso enseguida a organizar la defensa de Fort Apache, que no disponía de verdaderos baluartes. El ataque esperado empezó poco después del mediodía del día siguiente, pues los apaches habían encontrado una mula de carga muerta con un cargamento de munición. Se mantuvo un tiroteo intermitente durante toda la tarde, pero concluyó al oscurecer y no se reanudó. A la mañana siguiente, no había apaches a la vista.

La banda de coyoteros de Pedro se había retirado al arroyo Cloverdale, cerca del rancho de Cooley; otras bandas pacíficas también se habían trasladado a zonas remotas de la reserva para evitar problemas tanto con los apaches hostiles como con las tropas. Carr envió a John Colvig con despachos a Camp Thomas, pero «Cibicu Charley», como se conocería a Colvig desde entonces, fue

detenido por un numeroso grupo de apaches que le obligaron a dar media vuelta. Carr mandó entonces al teniente Stanton, con la mayor parte del Escuadrón E, para llevar un mensaje a Camp Thomas. El 12 de septiembre, Carr disponía de seis batallones de su propio regimiento y continuaban llegando más desde California y Nuevo México hasta que pudo contar al menos con veintitrés batallones o compañías, aparte de las que ya estaban establecidas previamente en Fort Apache. Mientras tanto, los apaches habían matado a un montón de soldados y civiles por toda la región circundante.

El general Willcox ordenó a Carr que acorralase a cualquier hostil que pudiera hallarse aún en el área de Cibecue y que detuviese igualmente a todos los apaches que encontrara acampados en el rancho de Cooley. Propuso que Carr «ahorcase sin juicio» a todos los prisioneros que capturara, a lo que el coronel puso reparos. «Creo que sería mejor no colgar a nadie —dijo—, hasta que todos hayan revelado sus intenciones, pues de los contrario cundiría la desesperación.» Razonó que si los exploradores solo eran culpables de deserción y no habían disparado contra las tropas, no debían ser castigados con la misma severidad con que se iba a tratar a quienes sí habían abierto fuego.[22]

El general Sherman, irritado ante lo que parecían chapuzas de oficiales expertos, ordenó al general de brigada Ranald S. Mackenzie, un veterano luchador contra los indios, que tomara la dirección de las operaciones de campaña en Arizona, lo que era una auténtica bofetada para el orgullo de Willcox. Carr pudo haberse regocijado ante el embarazo de Willcox, pero no tardó en recibir órdenes igualmente desagradables que le colocaron bajo el mando del mayor George Sanford y el capitán Reuben F. Bernard, del Primero de Caballería, que estaban a cargo de San Carlos. Sherman pidió un «golpe decisivo» contra los apaches, aun cuando se precisara a todos los hombres disponibles del ejército. En realidad, lo que quería era una guerra de exterminio y deseaba llevarla a cabo con soldados, no con exploradores apaches, de tal manera que los

supervivientes (de haberlos) jamás lo olvidasen. «Aprobaré —manifestó— las medidas más severas [...]. Espero que Willcox destruya a los apaches renegados [...]. Solo quiero escuchar resultados, no intenciones.»[23]

El mayor Sanford le pidió a Carr que le ayudase a arrestar a Sánchez y a los cerca de cincuenta guerreros que había en uno de los campamentos de la reserva. Cuando los hostiles vieron a las tropas del coronel posicionadas entre ellos y su ruta de escape, y reconocieron a algunos de los soldados que habían participado en el combate de Cibecue, se dirigieron corriendo al puesto para entregarse. Nantiotish, un notable jefe apache montaña blanca, logró escapar con una docena de guerreros antes de la llegada de las fuerzas de Carr.

El capitán Benjamin Egbert recibió la orden de investigar lo sucedido en Cibecue para determinar, dentro de lo posible, qué individuos habían participado realmente en aquella acción. El agente Tiffany estaba seguro de que la banda de Pedro estaba implicada en su totalidad, pero Carr no pensaba lo mismo. Egbert concluyó que los principales involucrados en la matanza de los mensajeros, rancheros y otros angloamericanos eran Bonito y George, pero que bandas más pequeñas —así como unos pocos miembros de la banda de Pedro, incluidos Alchise y Uclenny— también habían participado. Egbert decidió que los apaches que atacaron el fuerte pertenecían a las bandas de George y de Pedro, junto a una pequeña partida de renegados y algunos exploradores amotinados. Los más activos fueron Sánchez, Nebigjay, un hermano de Nocadelklinny, y Nantiotish.

Otros creyeron que fueron los malentendidos debidos a traducciones defectuosas los que condujeron a la batalla del arroyo Cibecue. El intérprete Hurle era un soldado raso que había pasado mucho tiempo entre los apaches. El explorador Al Sieber, que no estuvo presente, pensaba que Hurle había confundido las palabras de Carr dando a los apaches una impresión errónea de sus intenciones que les había excitado hasta el punto de atacar a las tropas.

Ocho líderes apaches considerados hostiles, entre los que estaban Alchise y Batiatist, se habían unido discretamente a las bandas pacíficas de Camp Apache y del rancho Cooley. Carr recibió instrucciones para arrestarles; consciente de que si detenía a uno los otros escaparían, se condujo con suma cautela. Envió al capitán Tupper con un destacamento de caballería a arrestar a Alchise y a Uclenny en el rancho Cooley; al mismo tiempo, llevó una caravana de carga y dos compañías de caballería al campamento donde se sabía que estaban Batiatist y los otros. A una señal, dos compañías de infantería salieron de los carromatos, rodearon el campamento y arrestaron a los jefes supuestamente hostiles.

Algunos de los exploradores que se habían amotinado volvieron a reunirse con sus familias y fueron arrestados y enviados a la cárcel de Fort Grant. Entre ellos estaban los sargentos Dead Shot y Dandy Jim, el cabo Skippy y dos soldados rasos. Serían los únicos exploradores apaches castigados a consecuencia del motín del arroyo Cibecue. Otros se unieron a Juh y a Nachez en México. A su regreso a Arizona, en 1882, el general Crook ofreció la amnistía a todos los que habían participado en el combate de Cibecue, pero para algunos ya era demasiado tarde.

El capítulo final de la tragedia de Cibecue fue el consejo de guerra a algunos exploradores que se llevó a cabo en Fort Grant en noviembre de 1881. El tribunal declaró culpables de los cargos de amotinamiento, deserción e incitación a la insurrección a cinco exploradores indios (conceptos que estaban más allá de la comprensión de cualquier apache). Los cinco desafortunados fueron Dead Shot, Dandy Jim, el cabo Skippy y dos soldados rasos, a quienes solo se conocía por su número. Los tres primeros fueron sentenciados a morir ahorcados el 3 de marzo de 1882. Los dos soldados rasos fueron conducidos a la prisión de la isla de Alcatraz, uno con una condena de ocho años y el otro con cadena perpetua. A ambos les concederían la libertad condicional en junio de 1884.

Dead Shot había sido muy popular tanto entre los blancos como entre los indios de Fort Apache. El día antes de la ejecución, se fugó, rodeando la cárcel en dirección al cañón, pero el sargento de guardia lo derribó disparándole al hombro y por debajo del brazo. Pocos días antes de la ejecución, la esposa del coronel Gilbert C. Smith pasó junto a la cárcel cuando iba de camino a la tienda del puesto. Dandy Jim se dirigió a ella desde la ventana y se quitó del cuello un colgante de abalorios de cristal rojo y turquesa. «Quédeselo —le dijo—. A mí ahorcarme pronto...»[24]

El día de la ejecución, la esposa de Dead Shot se ahorcó, a pesar de que el suicidio era extremadamente raro entre los apaches. Sus dos hijos se quedaron en el campamento, medio muertos de hambre, hasta que el teniente Charles B. Gatewood se enteró de su existencia y ordenó que se les mandase raciones. El guardavía Will C. Barnes les proporcionó un hogar en el rancho que tenía cerca de Fort Apache. Los vaqueros llamaron al mayor de los chicos Riley; al más joven siempre se le conoció por su nombre apache: Eskinewah Napas, que significa «Niño con una cicatriz en la cabeza».

Muchos consideraron que la ejecución de los exploradores fue un grave error judicial, del mismo modo que la muerte de Nocadelklinny. El teniente Cruse, al escribir sobre aquellos hechos unos años más tarde, comentaría: «Siempre he lamentado el destino de Dead Shot y Skippy. El primero era el más sabio de la compañía india, el segundo el payaso y el bromista. En su día llegué a dudar de su participación activa en el tiroteo que se desató contra nosotros. A mí me parece que fueron llevados a la fuerza y por la excitación, que la culpa la tuvieron las lamentables circunstancias».[25]

A Alchise y a los otros que arrestó Carr con sus tropas se les confinó en Fort Apache y, más adelante, en la cárcel de Camp Thomas. No se presentó ningún cargo contra ellos y no parecía que se les fuese a llevar jamás frente a un tribunal ni que se les fuese a dejar en libertad. Un ciudadano preocupado contrató al final a una firma legal de Tucson para que se dirigiese por carta al secretario de Interior.

Entre otras cosas, la carta señalaba que los indios habían sido encarcelados arbitrariamente por un período indefinido de tiempo con vagas e inciertas acusaciones de asesinato. «Estos indios —continuaba— diciendo— no tienen nada que temer de un juicio justo, pues pueden demostrar, con testigos competentes y fiables, dónde se encontraban durante todo el tiempo que duraron los recientes acontecimientos [el combate de Cibecue] y establecer su inocencia con respecto a cualquier crimen, más allá de toda duda.»[26] Esta carta inició una acción desde el gobierno que, finalmente y tras muchos meses, produciría la liberación de los prisioneros.

Muchos ciudadanos pidieron el ahorcamiento de todos los apaches que habían estado en Cibecue, pero el general McDowell, al mando de la División del Pacífico, los veía de una manera más compasiva. De los informes de Carr, dedujo que a los apaches les tomó totalmente por sorpresa la llegada del coronel al mando de la mayor parte de sus tropas para arrestar a Nocadelklinny. Dijo que se alzaron a causa de falsos rumores y que tenían miedo de sufrir un ataque por parte de las tropas. El hecho de que estuviesen en sus campamentos sembrando maíz indicaba que en ese momento no estaban preparándose para la guerra. «Por tanto, no puedo mostrarme de acuerdo —concluyó McDowell— en denunciar su conducta como traicionera [...] Estos indios declararon la guerra a las tropas simplemente como represalia por el arresto de su líder.»[27]

El comisionado de Asuntos Indios, Hiram Price, también sintió que los apaches eran víctimas de circunstancias que estaban más allá de su control, y separó parte de la reserva con una «línea de paz». De este modo, trató de proteger a los indios pacíficos sin interferir con las órdenes que había dado el general Sherman para que las tropas ignorasen los límites de la reserva. Algunos hostiles vieron en esto una oportunidad para encontrar refugio de las numerosas columnas que los estaban buscando y así poder evitar que Willcox diese el «golpe decisivo» que Sherman había pedido. Pero, a pesar de la línea de paz, había patrullas que cruzaban, una y otra vez, las

reservas, destrozando los maizales y matando a multitud de indios. Según el agente Tiffany, la mayoría era gente mayor y enferma que había salido a recolectar el escaso maíz que los militares no habían destruido aún. La mayor parte de los apaches estaban atemorizados por aquella arrolladora demostración de fuerza.

La policía apache arrestó a cincuenta o sesenta supuestos hostiles y dejó que se rindieran siete de los principales jefes. George y Bonito también se entregaron al subagente Ezra Hoag, quien les acompañó a Camp Thomas. A causa de una herida, a George se le permitió regresar a su campamento, y Willcox dejó a Bonito en libertad condicional.

Sin embargo, Willcox no tardó en dar marcha atrás y ordenó al coronel James Biddle que arrestara a aquellos dos jefes y a sus bandas. Biddle y sus tropas llegaron a la subagencia el día del reparto, a finales de septiembre de 1881. Los jefes aceptaron entregarse en cuanto se llevase a cabo este, pero, por la tarde, le hicieron llegar a Biddle el mensaje de que no les esperase, que le seguirían más tarde con el subagente.

El coronel replicó que debían ir todos de una vez y, junto a sus tropas, se dirigió al campamento de George de un modo aparentemente amenazador. Cuando las compañías de caballería se aproximaron, los dos jefes huyeron al campamento chiricahua mientras gritaban que las tropas venían para atacarles. Setenta chiricahuas y nednhis, liderados por Juh, Gerónimo, Chato y Nachez, salieron en estampida de la reserva. Al enterarse del éxodo, el coronel Carr señaló: «Creo que el mayor error que se cometió fue cuando Willcox condujo a la banda de chiricahuas liderada por Whoo (Juh) fuera de México. Vinieron o los trajeron casi como conquistadores, no como prisioneros».[28]

El capitán R. F. Bernard siguió sin descanso el rastro de los chiricahuas con cuatro compañías de caballería. Los indios divisaron un convoy que se aproximaba a Cedar Springs y se apoderaron de él; el retraso que supuso este asalto posibilitó que la caballería los alcanzase en las cercanías del monte Graham. Los guerreros

consiguieron rechazar al ejército durante todo el día, mientras sus mujeres y niños se precipitaban hacia la frontera. Al anochecer, los apaches no habían dejado de luchar. Incluso, de un modo aún más inusual, cargaron contra la línea de soldados, les bloquearon el camino y lograron escapar. Fueron sembrando un sendero de muerte y destrucción a su paso a través del territorio ranchero y los asentamientos, pasaron muy cerca de Tombstone y huyeron de una cuadrilla conducida por el mayor John P. Clum, el antiguo agente de San Carlos. Cuando se unieron a la pequeña banda de Warm Springs liderada por Nana en Sierra Madre, llevaban consigo unas seiscientas cabezas de ganado y caballos. Habían matado a trece blancos y destruido una larga caravana durante su evasión a México.

Una de las causas subyacentes del descontento de los apaches de Arizona fueron los timos y la mala administración de Tiffany, el agente de San Carlos, que encontró una manera de beneficiarse de casi todas las actividades de la reserva. El inspector R. S. Gardner compiló una impresionante lista con las fechorías de Tiffany, y otros inspectores corroboraron sus averiguaciones. Pero, a causa de sus vigorosas negaciones de haber obrado mal, así como gracias a la connivencia con los funcionarios del Departamento Indio, Tiffany logró conservar su puesto hasta que se retiró el 30 de junio de 1882. Tiffany perdió el control de los apaches de San Carlos en abril de aquel año, cuando Juh y Gerónimo cumplieron su amenaza de forzar a Loco y a su gente a que se unieran a ellos. Tiffany había ignorado aquella amenaza y le cogió totalmente desprevenido que Chato y Nachez condujeran a sesenta renegados al campamento de Loco y obligaran a este y a varios cientos de sus desarmados seguidores a acompañarles. Sterling los siguió con su policía apache en un vano esfuerzo de controlar el éxodo. Los renegados se volvieron contra ellos, mataron a Sterling y a diez policías más, y continuaron luego Gila arriba hasta la región de Clifton. Cuando pasaron cerca de Fort Thomas, el coronel George W. Schofield y una fuerza de caballería salieron tras sus pasos durante un breve espacio de tiempo.

Problemas más graves aguardaban a los apaches: el coronel George A. Forsyth envió tropas desde Nuevo México para cortarles el paso en el cañón Horseshoe. Los guerreros lucharon y mantuvieron alejadas a las tropas durante todo el día con la intención de dar a sus mujeres y niños el tiempo suficiente para alcanzar un refugio seguro al otro lado de la frontera mexicana.

El límite internacional a menudo les había proporcionado un alivio temporal de las persecuciones, pues los apaches estaban convencidos de que tanto las tropas angloamericanas como las mexicanas se detenían en la frontera. Habían tenido lugar una serie de violaciones fronterizas menores, como en noviembre de 1881, cuando el teniente Thomas Garvey, del Primero de Caballería, cruzó a Sonora y fue arrestado por las autoridades mexicanas. Quedó libre cuando el general José Tiburcio, al mando del ejército de Sonora, se convenció de que el asunto se investigaría. En enero de 1882, el teniente David N. McDonald, del Cuarto de Caballería, cruzó a Chihuahua y también fue arrestado. El general Mackenzie, que se encargó de la liberación de McDonald, reconoció el peligro de que los oficiales jóvenes, demasiado entusiastas en su empeño de perseguir a los apaches, pudieran llegar a provocar incidentes serios. Informó a Forsyth, cuyo comando estaba junto a la frontera, en la zona sur de Nuevo México, de que era «poco aconsejable dejar a los oficiales cruzar la línea fronteriza con México a su discreción».[29]

El capitán Tupper, con dos compañías del Sexto de Caballería y una de exploradores apaches, siguió a los fugados de Arizona y arremetió contra la banda de Loco cerca de la frontera mexicana, en el sur. Mataron a seis indios y se apoderaron de la mayor parte de los caballos. Los apaches se adentraron aún más en México; Forsyth y Tupper unieron fuerzas y siguieron sus pasos. El 30 de abril, se encontraron con el coronel Lorenzo García, al mando del Sexto Regimiento de Infantería de México, quien se quejó de su presencia en ese lado de la frontera. García explicó que sus tropas habían divisado a los apaches, apresurados por escapar del comando de Forsyth, y les habían tendido una emboscada. Y añadió que en el

curso de una batalla que había durado cinco horas, habían acabado con la vida de setenta y ocho indios, además de capturar a treinta y tres mujeres y niños. Las bajas mexicanas eran veintiún muertos.[30]

Jason Betzinez, primo de Gerónimo, no era más que un niño en la época de la huida y conservó recuerdos vívidos de cómo sucedió. Dijo que una vez que los apaches cruzaron la frontera, se relajaron, seguros de que las tropas estadounidenses no les seguirían a México. Pero la caballería continuó siguiéndoles el rastro y les atacaron cuando estaban acampados. Los hombres que tenían caballos avanzaron hacia las estribaciones y dejaron que los demás escapasen como pudieran. La partida de avanzadilla, según Betzinez, vio que se aproximaban las tropas mexicanas, pero tuvieron miedo de regresar para advertir al resto. «Algunos de los hombres que formaron parte de aquel abandono vergonzoso de su misión de destacamento de seguridad —escribió, años más tarde, Betzinez— fueron los subjefes Chato, Naiche y uno de los guerreros de Nanay, un hombre llamado Kanhtenny [Kaetennae].»[31]

La mayoría de los guerreros, siguiendo a sus mujeres y niños a unos tres o cuatro kilómetros de distancia para protegerles de la caballería estadounidense, ignoraban del todo la presencia de las tropas mexicanas que les esperaban más adelante. Los apaches (mujeres, niños y ancianos) estaban alineados en una larga fila cuando los soldados mexicanos se precipitaron desde una quebrada y abrieron fuego. Los apaches se dispersaron, pero muchas mujeres y niños murieron, y familias enteras quedaron diezmadas. En su mayor parte, se trataba de indios que nunca habían abandonado voluntariamente la reserva y que en todo momento habían tratado de permanecer en paz.

Al comienzo del tiroteo, los guerreros de la retaguardia se adelantaron a toda prisa para salvar a las mujeres y a los niños. Gerónimo dio muestras de sus notables cualidades como líder de guerra al fortalecer el espíritu de sus guerreros para que aguantasen y que las mujeres y los niños pudiesen escapar. Unos treinta y dos guerreros respondieron a su llamada, y lucharon con furia a lo largo

de toda la tarde. Uno de los apaches, debido al agotamiento, dejó caer un saco que contenía quinientos cartuchos. Una anciana se ofreció a recuperarlo; regresó con la preciada munición justo cuando los hombres se estaban quedando sin cargas. Esta acción era típica de los apaches: los ancianos solían hacerse cargo de las misiones más arriesgadas, pues había pocos guerreros y no se podían perder inútilmente.

Con Gerónimo y Chihuahua dirigiendo la defensa, los mexicanos cargaron varias veces al grito de «¡Gerónimo, este será tu último día!».[32] Los mexicanos incendiaron el pasto y los apaches quedaron atrapados en un círculo de fuego cada vez más estrecho. No obstante, cuando se hizo de noche, consiguieron atravesar el círculo y escapar. Entre los setenta y ocho apaches muertos en el combate, solo había once hombres.

La huida continuó, pero dejaron junto a un manantial a algunos hombres heridos y a las mujeres que no podían seguir para que se recuperasen. Entre este grupo estaban Kay-i-tah (Kieta) y Tso-ay (Tzoe), que servirían de guías al general Crook en 1886. Un mes más tarde, completamente recuperados, se reunieron con los demás en el campamento de netdahes (o de forajidos) de Juh en Sierra Madre.[33] En la banda de Juh había chiricahuas, Warm Springs, bedonkohes, mescaleros, montaña blanca y otros apaches, así como unos cuantos navajos y algunos mexicanos que habían sido capturados y criados por los apaches.

En Sierra Madre, los apaches solían cambiar la ubicación de sus campamentos con frecuencia, dividiéndose en pequeños grupos y reuniéndose para llevar a cabo incursiones. Era una vida dura y peligrosa, pues había guarniciones de tropas mexicanas en cada pueblo, y los indios siempre estaban en peligro de que les atacaran. Y aunque a algunos apaches les gustaba jactarse de haber matado a mexicanos con una piedra, la lucha no era unilateral, pues los soldados aztecas solían dar buena cuenta de ellos.

Debido a la reaparición de los problemas apaches, el general Sherman realizó una gira de inspección por el territorio en abril de 1882, un viaje que debería haberle puesto más al corriente de los problemas a los que se enfrentaban las tropas en sus campañas contra las bandas hostiles. Reconoció las dificultades resultantes de la división de la Apachería entre los departamentos de Arizona y Nuevo México, así como entre los de Chihuahua y Sonora en la parte de México, y recomendó la creación de un nuevo Departamento de la Frontera que incluyese el sur de Arizona y Nuevo México. No obstante, este plan tendría que llevarse a cabo con el regreso del general Crook al mando del Departamento de Arizona y con una considerable libertad de acción en Nuevo México.



Caballería estadounidense y exploradores apaches, alrededor de 1886 (Sociedad Histórica de Arizona).

En San Carlos, algunos desertores de la compañía de exploradores se unieron a la banda de renegados liderada por Nantiotish y se vengaron de la muerte de Nocadelklinny asaltando la agencia de San Carlos, ranchos, campamentos mineros y trenes de carga al sur de la reserva, así como varios asentamientos a lo largo de la cuenca del Tonto. Los asaltantes burlaron a doce batallones de caballería a lo

largo de todo un año. «Cibicu Charley» Colvig, que reemplazó a Sterling como jefe de la policía apache de San Carlos, siguió el rastro de los asaltantes para descubrir su escondite. En julio de 1882, Nantiotish y su banda hicieron caer en una emboscada a la policía apache, mataron a Colvig y a siete u ocho de sus compañeros y persiguieron a los supervivientes casi hasta el cuartel general de la agencia. Obtuvieron un buen suministro de munición, se llevaron a todos los caballos y mulas que había a la vista y se encaminaron al río Salt y a la cuenca del Tonto.[34]

De inmediato se inició una campaña compuesta por múltiples columnas para acabar con Nantiotish y a sus asaltantes. El capitán Drew partió de Fort Thomas con dos batallones del Tercero de Caballería para seguir su pista. El coronel A. W. Evans, con cuatro batallones más del Tercero de Caballería, salió desde Fort Apache, mientras el capitán Adna R. Chaffee marchaba desde Fort McDowell; ambos se dirigieron a la cuenca del Tonto en un intento de interceptar a Nantiotish. Otras dos columnas marcharon desde Camp Verde por el borde de la cuenca del Tonto, listas para evitar cualquier intento de fuga a la inmensa reserva de los navajos.

El teniente Cruse marchó con su compañía de exploradores y con el coronel Evans desde Fort Apache hasta el río Salt, cerca de donde se construiría más tarde la presa de Roosevelt. Los exploradores informaron que los renegados habían acampado no hacía mucho en la desembocadura del arroyo Tonto, para luego retomar el camino a través de la cuenca del río hacia el territorio de los navajos. Por lo visto, una pequeña partida de asalto se había lanzado contra los asentamientos que había a lo largo del Salt para luego reunirse con el grupo principal. Evans y Cruse siguieron adelante, porque el rastro estaba aún fresco. Al anochecer, los exploradores informaron que un numeroso grupo, probablemente de caballería, había dado con el rastro un poco más adelante. Evans mandó una patrulla para comprobarlo, y se encontraron con el capitán Chaffee, con el Escuadrón I del Sexto de Caballería y una compañía de exploradores.

Como Chaffee había descubierto el rastro, el coronel Evans, que podía haber asumido el mando de toda la fuerza gracias a su rango, dejó generosamente al capitán para que se encargara del ataque. El escuadrón de Chaffee montaba en caballos blancos, al igual que el del capitán Converse, que formaba parte de la fuerza de Evans. «Pondré a Converse al frente de mi columna —le dijo Evans a Chaffee—. Así que si los indios dejan de luchar, dispondrá de dos escuadrones de caballos blancos para caer sobre ellos. El resto de mi fuerza podrá ubicarse donde le parezca mejor para el ataque. Puede que disponer de dos escuadrones donde ellos se esperan [solo] uno, confunda a los hostiles.»[35]

Así fue. Al día siguiente, Chaffee descubrió a los hostiles acampados en la bifurcación Chevelon del cañón Diablo, dispuestos a entrar en combate. La posición de los apaches parecía perfecta para tender una emboscada, pues sus rifles podían cubrir cada parte del estrecho camino que se adentraba en el cañón. Nantiotish había observado al escuadrón de Chaffee el día anterior y confiaba en aniquilarlo. Cuando vio al escuadrón de Converse, que llegaba por el camino montado sobre caballos blancos, pensó que se trataba del de Chaffee hasta que ya fue demasiado tarde. Para entonces, los exploradores apaches habían dejado libre a su manada de ponis y él estaba rodeado y atrapado por fuerzas dispuestas en sendos extremos del cañón. El Big Dry Wash o la batalla de la Bifurcación Chevelon acabó con la banda de Nantiotish, pues los supervivientes regresaron a los campamentos de la reserva.

Cuando, a su regreso de Fort Apache, Cruse y su comando llegaron al rancho Showlow de Cooley, se sorprendieron al enterarse de que este ya estaba al corriente de todo lo que había sucedido durante y después de la batalla. Se lo habían contado sus apaches, que a su vez se habían enterado a través del misterioso «telégrafo apache».

Hubo repercusiones en el ejército a causa del incidente de Cibecue durante muchos años. Tanto Willcox como Carr, los protagonistas, tuvieron que escribir largas cartas, con un tono lastimero, a sus superiores. Como oficial al mando del departamento, Willcox llevó la

voz cantante. Ordenó a Carr que dejara el cuartel general del regimiento de Camp Lowell, cerca de Tucson, y que se dirigiera temporalmente a Fort Apache: un lugar remoto y rústico donde las condiciones de vida eran mucho menos atractivas. Carr solicitó el regreso a Lowell; Willcox le ordenó el traslado de su cuartel general a Fort Apache y añadió que Lowell, que había sido construido por Carr, era ahora un puesto de infantería.

Carr escribió entonces al general McDowell a San Francisco; envió su carta por los canales oficiales y despachó una copia directamente a McDowell. Willcox retrasó la expedición de la carta de Carr y, después, la respuesta de McDowell, pues consideraba que el hecho de que su subordinado escribiera al general constituía una grave infracción disciplinaria, por lo que pidió un consejo de guerra. Willcox también acusó a Carr de ser el responsable de los problemas de Cibecue. En su respuesta a la carta, el general McDowell criticaba a Willcox por ordenar el arresto de Nocadelklinny en un primer momento.

Cuando la demanda de Willcox para que se celebrase un consejo de guerra se remitió a la Secretaría de Guerra, el presidente Chester A. Arthur la rechazó. Sin embargo, no quedó satisfecho con el estado de la situación en el Departamento de Arizona y dio instrucciones al general Sherman para que amonestase a Carr por falta de respeto e insubordinación. Este se sintió ultrajado y solicitó una comisión de investigación con tanta insistencia que, finalmente, fue aprobada en agosto de 1882. La comisión descubrió que Carr había expuesto su columna al ataque permitiendo que los dos escuadrones se separaran al dejar el campamento apache, aunque aquello no tuvo nada que ver con el combate que se desató a continuación. La comisión alabó a Carr por su «gallarda» conducta en el curso del combate, y manifestó que solo era culpable de «errores de juicio».

Carr quedó casi completamente justificado por la comisión; su cuartel general se trasladó de vuelta a Camp Lowell y, poco tiempo después, se relevó a Willcox de su cargo en el Departamento de Arizona. Carr, no obstante, se enfureció ante la acusación de

«errores de juicio» y trató sin éxito de borrar esa mancha de su historial. Él y Willcox intercambiaron acusaciones y contraacusaciones durante otro año, pero el presidente ya había oído más que suficiente.

El 29 de julio de 1882, los gobiernos de México y Estados Unidos firmaron un acuerdo en el que se establecía que «las tropas federales regulares de las dos repúblicas podrían cruzar recíprocamente la línea fronteriza de sendos países, cuando estuviesen persiguiendo de cerca a una banda de indios salvajes». Los cruces se harían solo en «las zonas despobladas o desiertas de dicha línea fronteriza» y el oficial al mando de las tropas debería, en el momento de cruzar o antes, notificárselo al oficial militar o autoridad civil más cercana del país al que estaba penetrando. La fuerza perseguidora se retiraría del país en cuanto acabase el combate con los indios o perdiesen su rastro. En cualquier caso, como los apaches solían preferir cruzar la frontera por las «zonas despobladas y desiertas», el convenio posibilitó una persecución efectiva.[36]

El general George Crook retomó el mando del Departamento de Arizona en septiembre de 1882. Como antes, los apaches no tardarían en sentir su presencia y sus problemas comenzarían a mejorar. Sin embargo, la «cuestión apache» estaba aún lejos de solucionarse, pues los nednhis y los chiricahuas mantenían una base en Sierra Madre para seguir con sus incursiones en Arizona, Nuevo México, Chihuahua y Sonora. La tarea de Crook no era, ni mucho menos, sencilla, porque primero tenía que restablecer la paz entre los apaches de la reserva y luego tratar con la inmensa banda de rebeldes en sus inexpugnables refugios de Sierra Madre.

XII

CROOK Y GERÓNIMO

De nuevo al mando de Arizona por segunda vez, en septiembre de 1882, Crook (al que se concedió el control policial de toda la reserva, así como la supervisión del reparto de raciones) no perdió el tiempo en averiguar qué tenían que decir los apaches descontentos. Se dirigió de inmediato a Camp Apache, pero allí había pocos indios a los que visitar, salvo los muy ancianos o los demasiado jóvenes; la mayor parte de los guerreros sanos estaban ocultos en las montañas. Se habían producido unos cuantos enfrentamientos con las tropas, y las perspectivas de paz parecían escasas. Sin embargo, mucha gente mantenía que los apaches no tenían la culpa de los problemas, y Crook se mostró de acuerdo con esta idea ofreciendo la amnistía a todos los que habían participado en el combate de Cibecue. «Si los indios hubiesen ido en serio —dijo—, ninguno de nuestros soldados habría salido vivo de allí.»[1]

Crook envió un mensaje a los que se ocultaban diciéndoles que iba a visitarles; si entretanto no mataban a nadie, las tropas no abrirían fuego contra ellos. Se llevó consigo a C. E. Cooley para que hiciera de intérprete, al capitán Bourke y al explorador Al Sieber, seguidos por una caravana de carga escoltada por una compañía del Sexto de Caballería. Crook pudo conferenciar con el viejo Pedro, con Boca Cortada, con Moses, con Alchise, con Uclenny y con cerca de cuarenta indios más. Les dijo que deseaba saber qué había ocurrido para que estallara el conflicto, y quería que se pusiera por escrito.

Alchise respondió que cuando Crook les dejó, hacía siete años, no había indios «malos» fuera de la reserva y todos estaban contentos. Pero los oficiales que el general puso al mando fueron trasladados de la noche a la mañana. Alchise dijo que el agente no les entregaba las raciones y que luego el agente de San Carlos (Clum) les obligó a trasladarse allí. Alchise le explicó que él y Uclenny hicieron todo lo posible para ayudar a los blancos, pero que el agente los había metido a ambos en el calabozo. También le contó cómo había servido de explorador contra los yavapais, los tonto, los pinaleños e incluso contra su propio pueblo. El anciano Pedro confirmó las palabras de Alchise y añadió algo más sobre lo absurdo del arresto de Nocadelklinny.

Severiano, un mexicano que había sido capturado y criado por los apaches, informó a Crook de que lo que le habían contado acerca de los civiles blancos y los soldados que les robaban el ganado y los caballos, y que luego destruyeron sus plantaciones, era cierto. Aunque él servía de intérprete, también se apoderaron de su ganado. La razón de estos robos, según el capitán Bourke, era que el «anillo de Tucson» estaba decidido a evitar que los apaches llegaran a ser autosuficientes, de tal manera que nunca perdieran sus lucrativos contratos. A raíz de esto, a los apaches montaña blanca, que eran al menos parcialmente autosuficientes en su territorio, se les condujo como ganado a las «llanuras infectadas de malaria de San Carlos».[2] Las garantías que les dieron Vincent Colyer y el general Howard, así como las que le concedió el presidente Grant al viejo Pedro durante su visita a Washington, se desvanecieron en el aire. Cada vez que los conspiradores informaban de que los apaches se impacientaban, el gobierno mandaba diez regimientos, pero a ningún hombre honesto para indagar si los indios tenían algo que contar.[3]

La conferencia también reveló que los agentes no pestañeaban a la hora de encarcelar a los indios bajo cargos triviales o sin fundamento; metían en prisión tanto al inocente como al culpable durante largos períodos. En octubre de 1882, debido a los

incontables informes de arrestos y encarcelamientos injustos, un jurado se puso a investigar la administración de la reserva de San Carlos y se centró en los apaches a los que se había enviado a Tucson para ser juzgados. El agente Tiffany liberó a los culpables y mantuvo confinados a once inocentes durante catorce meses sin presentar cargos contra ellos. A lo largo de todo ese tiempo, se les proporcionó comida y ropa insuficientes.

La investigación del jurado reveló la colosal mala administración de Tiffany, «una deshonra para la civilización». Los miembros del jurado declararon que su deber «como ciudadanos americanos honestos era expresar nuestro aborrecimiento con respecto a la conducta del agente Tiffany y esa clase de especuladores que han sido el azote de Arizona como funcionarios indios y que han causado más miseria y pérdidas humanas que todas las demás causas combinadas». La investigación del jurado también sacó a la luz que los apaches tenían una «confianza ilimitada» en el general Crook. Además, el jurado verificó la acusación que se había lanzado en alguna parte: «Con el inmenso poder que detenta el agente indio, es posible casi cualquier crimen. No parece existir ningún control sobre su conducta».[4] Sin embargo, pese a todas las evidencias presentadas, Tiffany nunca fue condenado.

Otros apaches le contaron a Crook historias similares de agentes que robaban los víveres de los indios; ya ni siquiera sabían lo que supuestamente tenían que recibir. Ropa, mantas y otros artículos destinados a los indios se vendían a los comerciantes en la ciudad de Globe. Los maizales y los campos de melones se destruían para obligar a los indios a depender del agente, pese a que este nunca les repartía las raciones adecuadas. Los informes de castigos arbitrarios eran numerosos, y la reserva se había reducido en cinco ocasiones con el objetivo de excluir yacimientos de minerales, lo que confirmaba el viejo dicho que afirmaba que la peor calamidad para los indios era el descubrimiento de minas en sus tierras. En una ocasión, el agente reunió a veinte jefes y cabecillas y les ofreció cien dólares a cada uno por firmar un documento en el que aceptaban

entregar la parte sur de su reserva, donde el agente y sus amigos creían que había yacimientos de plata. Si los jefes se negaban a firmar, el agente les dijo que enviarían a los soldados para acabar con ellos.

Una de las quejas más consistentes de los apaches era la del hambre; se esperaba que veinte personas vivieran una semana con un pequeño lomo de ternera y veinte tazas de harina. «Nos comemos toda la carne de las pezuñas y los cuernos, y también las entrañas», declaró un jefe, añadiendo que cuando necesitaban cuero de vaca para los mocasines se lo tenían que comprar al agente.[5] Tiffany se negaba a repartir salvoconductos para que pudieran cazar fuera de la reserva. A un apache que hablaba inglés se le encargó el enojoso deber de preguntarle al agente por los carromatos con víveres que salían de la agencia todas las noches. Por su temeridad, le recompensaron con seis meses en el calabozo. También la holgazanería alimentó el descontento, pues los hombres que habían vagado libremente a lo largo de vastas extensiones se veían forzados ahora a permanecer sentados sin nada que hacer en un pequeño trozo del desierto que tanto despreciaban. Otra queja fue que los intérpretes insistían en que los apaches les pagaran por sus servicios.

Sorprendido al enterarse de la enorme desconfianza que sentían los apaches hacia el ejército y los funcionarios civiles, Crook emitió su Ordenanza General n.º43 el 5 de octubre. En ella establecía que «a los oficiales y los soldados que sirvan en este departamento se les recuerda que uno de los principios fundamentales del carácter militar es la justicia para todos; tanto para los indios como para los hombres blancos [...]. En sus tratos con los indios, los oficiales deben cuidarse no solo de observar la más estricta fidelidad, sino de no hacer promesas que no esté en sus manos cumplir [...]. Los motivos de queja, por nimios que sean, si se permite que se acumulen, serán como ascuas que arderán y finalmente provocarán un incendio». En conclusión, recordaba a los oficiales que hacía a cada uno de ellos estrictamente responsable de su conducta.[6]

Crook recorrió a lomos de su caballo el Departamento de Arizona visitando a todos los indios con los que más tarde tendría que tratar. También reorganizó las caravanas de carga y las compañías de exploradores indios bajo el mando del capitán Emmett Crawford, del Tercero de Caballería. Del oficial al mando de la División del Pacífico requirió el permiso, que obtuvo, para doblar el número de exploradores alistados hasta un total de doscientos cincuenta, explicando que «la gran dificultad en la solución del problema apache es la captura de los indios, que, si se lleva a cabo, deberá ser principalmente a través de su propia gente».[7] «Nada —añadió más adelante— les destroza más que volver a su propia gente contra ellos. No temen a los soldados blancos, a quienes fácilmente superan en el peculiar estilo de guerra al que nos fuerzan, pero poned tras sus pasos un enemigo de su propia sangre, tan infatigable, astuto, sigiloso y familiar con el territorio como ellos mismos, y los romperás en pedazos. No se trata de una mera cuestión de atraparlos mejor con indios, sino de un empeño más amplio y duradero: su desintegración.»[8]

Crook, acto seguido, volvió su atención hacia las reservas, de modo que cuando iniciase una campaña a México pudiese contar con una base segura a sus espaldas, sin peligro de alzamientos para unirse a los hostiles. Tan solo una semana después de su llegada, Crook instaló una unidad de caballería en San Carlos, un lugar en el que no había tropas destacadas desde que Clum las había trasladado en 1875. El general también ordenó la expulsión de todas las personas no autorizadas que hubiera en el territorio apache, y las tropas escoltaron a los mineros y a los ocupantes ilegales hasta los límites de la reserva. Se opuso vigorosamente a cualquier futura reducción de las reservas, así como a todas las propuestas para llevarse a los apaches al Territorio Indio. También proporcionó trabajo a los apaches de la reserva, por el cual se les pagaba al contado.

Por algunas de estas medidas se maldijo a Crook duramente; aún había mucha gente cuyos beneficios se verían muy afectados si los apaches llegaban a ser autosuficientes. Crook explicó su postura al

fiscal del distrito Zabriskie: «Pienso que es muchísimo más importante evitar alzamientos que intentar la dificultosa y, en ocasiones, desesperada tarea de sofocarlos una vez se han producido [...] Aun con todo lo malos que suelen ser los indios, todavía no he visto a uno tan desmoralizado que no constituya un ejemplo de honor y nobleza ante los miserables que se enriquecen robándoles lo poco que nuestro gobierno les proporciona».[9]

Crook comentó que los apaches habían mostrado «una paciencia admirable» al permanecer en paz y explicó que sus problemas procedían de hombres blancos malvados que deseaban que hicieran la guerra a fin de tener así una buena excusa para apoderarse de sus tierras. Como era necesario distinguir entre los indios pacíficos y los belicosos, reintrodujo las chapas metálicas de identificación y los recuentos frecuentes de todos los varones adultos.

Las normas de la agencia determinaron que los apaches acampasen cerca del cuartel general donde se repartían las raciones. Esto hizo que fuese imposible para ellos establecerse en lugares distantes donde hubiese tierra fértil para el cultivo. En noviembre de 1882, Crook informó a los apaches de que los recuentos ya no eran necesarios y que eran libres de vivir en cualquier lugar de la reserva. Permanecieron bajo la responsabilidad del capitán Emmett Crawford en San Carlos y del teniente Charles B. Gatewood en Camp Apache. Crook insistió en que se gobernaran a sí mismos, en la medida de lo posible, a través de los renovados tribunales apaches y una nueva policía tribal. El general sabía que el aburrimiento de la vida en la reserva, al combinarse con el alcohol, derivaría sin duda en violencia. La elaboración de tizwin siguió, por tanto, prohibida, del mismo modo que la costumbre de golpear a las mujeres y la mutilación.

El capitán Crawford había servido brevemente en Arizona en 1870 y 1871, antes de trasladarse con el Tercero de Caballería a las llanuras del norte para la campaña contra los sioux. A mediados de mayo de 1882, la mayor parte del regimiento había regresado a Arizona, donde Crawford se vio inmediatamente involucrado en frecuentes y

extenuantes expediciones contra los apaches. Cuando Crook regresó a Arizona, destacó inmediatamente a Crawford para que se pusiera al mando militar de San Carlos. Tenía que cooperar con el agente civil en el mantenimiento de la paz y en lograr que los apaches llegasen a ser autosuficientes; un deber adicional fue el alistamiento y el entrenamiento de exploradores apaches.

El teniente Britton Davis, del Tercero de Caballería, recibió la orden de presentarse en San Carlos como auxiliar de Crawford. Ellos dos, junto a otros oficiales, acamparon allí durante un tiempo y se iniciaron en la vida en el desierto de Arizona. La primera mañana, Davis, que acababa de salir de la academia de West Point, descubrió en su petate un ciempiés de veinticinco centímetros y se quejó en son de burla a Crawford: «Has tenido suerte —le informó Crawford —, yo he encontrado una joven serpiente de cascabel en el mío». Otro oficial descubrió una enorme tarántula como compañera de cama. Aunque Fort Thomas se consideraba, por lo general, como el peor puesto del ejército en el oeste, «San Carlos se ganaba unánimemente el nombre con que lo habíamos bautizado: "Los Cuarenta Acres del Infierno"», comentó Davis con ironía. Era árido, seco y polvoriento, con temperaturas en verano que superaban los 43 ºC. A lo largo de todo el año, San Carlos era un enjambre de moscas, mosquitos y otras plagas de insectos que volaban o se arrastraban. No era sorprendente que los apaches lo detestaran, pues ellos eran un pueblo de montaña.

En cualquier lugar había niños desnudos, hambrientos y asustados que se escondían en cuanto veían a un oficial. «Por todas partes — escribió Davis—, los rostros huraños, impasibles, desesperados y recelosos de los ancianos indios te retan. Sientes el desafío en el tuétano, ese desafío tácito a que pruebes que eres algo más que otro ladrón mentiroso, distinto a toda la procesión de embusteros y ladrones que te han precedido.» La principal actividad de los apaches consistía en reunirse en la agencia una vez a la semana para el reparto de raciones.[10]

De los cuatro oficiales que estaban a cargo de las dos reservas (el capitán Crawford, y los tenientes Charles B. Gatewood, Britton Davis y Hamilton Roach) solo el segundo conocía bastante a los apaches. Dos años después de graduarse en West Point, había participado en las campañas de Victorio y, desde entonces, había estado casi continuamente involucrado en campañas o misiones de exploración. «En los cuatro años de conflictos con los apaches que siguieron —escribió más adelante Davis acerca de Gatewood—, ningún hombre se dedicó durante tiempo más, ni se le dio menos crédito o sufrió una injusticia tal como la que le cayó a él en suerte.»[11]

El nuevo agente de San Carlos, P. P. Wilcox, de Denver, era un político que admitió haber aceptado el puesto porque no había podido encontrar nada mejor. Detestaba a los indios y juraba que pasaría el menor tiempo posible en la reserva. Aceptó cooperar con los militares, pero estuvo fuera de la agencia la mayor parte del tiempo. Casi todo el trabajo del agente lo realizó su principal empleado, un exoficial de la Guerra de Secesión, el coronel Beaumont, un «magnífico caballero de los de antes», que cooperó con los militares y se ocupó de que no engañasen a los apaches.

Mientras aseguraba la base de su hogar contra los progresos de los hostiles que había entre los indios de la reserva, Crook también completó la reorganización de las caravanas de suministros y las compañías de exploradores. Para las últimas se aseguró los servicios de varios jefes veteranos, entre los que estaban Al Sieber, Archie McIntosh y Sam Bowman. Se alistaron cinco compañías de exploradores, cada una con un sargento de primera y uno de segunda, dos cabos y veintiséis soldados rasos. El capitán Crawford eligió a los sargentos y a los cabos de entre los jefes y cabecillas; los exploradores de cada compañía procedían de las mismas bandas que sus líderes. También había «exploradores secretos», que mantenían informados a los oficiales sobre cualquier actividad sospechosa en las reservas. Estos espías eran tanto hombres como mujeres, y ninguno conocía la existencia de los demás. La mayoría se comunicaba a través de intérpretes o por medio de Sieber, McIntosh

o Mickey Free. Sin embargo, los que sabían un poco de español preferían hablar directamente con el teniente Davis, porque desconfiaban de Free y sospechaban que traducía lo que le decían de una manera que sabía que agradaría a los oficiales. También temían que les traicionase ante su propia gente. Mickey Free era el niño Ward que habían capturado los apaches en 1860 y por quien había estallado el célebre asunto Bascom en Apache Pass. Había vivido como un apache y se había casado con una mujer apache, pero muy pocos de los suyos confiaban en él. Es difícil determinar hasta qué punto era merecedor de aquella desconfianza, pero, según el teniente Davis, la opinión de Sieber con respecto a Free era impublicable y los apaches de Warm Springs lo detestaban.[12]

Los oficiales del ejército a cargo de la reserva descubrían constantemente motivos adicionales para el descontento de los apaches. Como a estos no se les permitía abandonar las reservas, se encontraban a merced de los comerciantes para todas las compras y estos podían cobrarles el precio que les viniera en gana. Sin embargo, después de que el capitán Crawford mantuviera una seria charla con el comerciante de San Carlos, consiguió reducir los precios en un cincuenta por ciento.

A causa de las excesivas quejas, Davis pasó a controlar todos los aspectos del reparto de carne. Después de comprobar las básculas, descubrió que al contratista de la carne se le habían pagado cada semana seiscientos ochenta kilos de ternera que no entregaba. El contratista hacía pastar a su rebaño al otro lado del río, frente al cuartel general de la agencia; a los animales que iba a entregar los dejaba sin agua durante un día y luego les hacía vadear el río, de tal manera que el gobierno pagaba por medio tonel de agua del Gila que se entregaba con cada animal. Algunas de las cabezas de ganado estaban tan escuálidas que Davis acusó a los pastores de llevarlas a los rediles del matadero sobre sus potros, cosa que negaron insistiendo en que cada animal había llegado allí sobre sus propias patas. Se despidió al contratista y se firmó un nuevo

contrato con H. C. Hooker, un importante ganadero que poseía un rancho al oeste de Camp Grant. Desde entonces, no hubo quejas relativas al reparto de carne.



Exploradores apaches (Sociedad Histórica de Arizona).

Como ya había hecho antes, Crook estaba deseoso de ver a los apaches ganando dinero a través del trabajo o del cultivo. Algunos habían estado cultivando un poco, pero los agentes que cooperaban con los contratistas y que vendían suministros a la agencia les desanimaron. No disponían de herramientas, y los sistemas de regadío se habían atascado. Apenas resultaba sorprendente que la mayoría de los apaches simplemente hubiesen renunciado al esfuerzo que implicaba el cultivo o que se mostrasen inquietos, descontentos y aprensivos ante el futuro.

Las bandas montaña blanca y de Cibecue, a las que se había permitido permanecer en Camp Apache cuando Clum había trasladado a los demás a San Carlos, tuvieron mucha más suerte. De hecho, eran casi autosuficientes, pues cultivaban trigo y

recolectaban heno y leña que luego vendían al puesto de Fort Apache. En ese momento se introdujo la misma práctica en San Carlos. Las mujeres y los niños cortaban las gramíneas con cuchillos de carnicero y las entregaban en fardos de entre siete y seis kilos, por los cuales les pagaban unos quince centavos. La compra de heno se convirtió en la diversión vespertina de San Carlos, pues las mujeres ideaban todo tipo de planes para incrementar el peso de sus fardos, como por ejemplo deslizar rocas o pedazos de mezquite en su interior. Cuando Davis puso fin a esta práctica, las mujeres le dedicaron todo tipo de gráficas imprecaciones que habían aprendido de los soldados angloamericanos y de los porteadores mexicanos, ya que en la lengua apache no existían los insultos.

Aunque la recolección de heno era, sobre todo, un trabajo para las mujeres y los niños, los hombres participaban de un modo activo acarreando leña hasta el puesto para venderla. Una vez que estos programas fueron puestos en marcha, Davis notó que tenía lugar un cambio importante entre los apaches: los niños ya no desaparecían ante la aparición de un oficial o un soldado; las mujeres vestían ropas limpias; y había más risas y bromas.

La insistencia de Crook en que los apaches asumiesen la responsabilidad de castigar a sus propios infractores produjo algunas complicaciones en San Carlos cuando un hombre mató a su mujer. Crawford recordó a los jefes las órdenes de Crook; estos arrestaron al hombre, lo juzgaron, lo declararon culpable y lo sentenciaron a muerte. Según la costumbre apache, se esperaba que los familiares de la mujer muerta lo mataran, pero Crawford se negó a entregar el prisionero a los apaches para su ejecución. El capitán no podía encarar esa espantosa tarea él solo, pero por suerte contaba con un ayudante de rango inferior: el teniente Britton Davis. Crawford ordenó al teniente que llevara a cabo la ejecución, pero no quería que se le dijera nada al respecto. Davis y Al Sieber, y unos cuantos más, se llevaron secretamente al hombre una noche en una calesa y, mientras dormía, Sieber le disparó y, acto seguido, ayudó a enterrarle.[13]

Para impresionar a los apaches de la reserva con el número y el poder de los hombres blancos, Crook envió una delegación a Washington en 1882, un viaje que había impresionado a otras tribus en el pasado. Uno de los apaches del grupo decidió contar a todas las personas que viese por el camino; después pasó a dedicarse a las casas. Abrumado también por la cantidad de estas, se limitó a contar solo las ciudades, pero al final renunció. No obstante, el objetivo del viaje fracasó, porque cuando los delegados regresaron nadie se creyó sus historias.

A finales de octubre, cuando se ultimaron los arreglos preliminares para una campaña en México, Crook envió al capitán Crawford con tres compañías de exploradores apaches a patrullar la frontera y tratar de localizar a los hostiles en México. En marzo de 1883, el general finalizó los últimos preparativos para su expedición a México, consciente de que tarde o temprano los hostiles cruzarían la frontera y llevarían a cabo incursiones en Arizona y Nuevo México; entonces tendría la oportunidad de perseguirlos hasta allí gracias al convenio firmado.

Al tiempo que Crook organizaba la expedición, una partida de tabernarios combatientes contra los indios que se autodenominaban «Los Rangers de Tombstone» y que estaban bien pertrechados de botellas de alcohol, partieron patrióticamente hacia San Carlos para masacrar a todos los apaches de la reserva. Antes de llegar al extremo sur de esta, sin embargo, se quedaron sin whisky y sin valor. Continuaron su ruta con el entusiasmo bastante disminuido hasta que vieron a un anciano apache recolectando mezcal. Por suerte para ellos, no iba armado; por suerte para él, fallaron el disparo. Huyó hacia el norte mientras los rangers de Tombstone se precipitaban en la dirección opuesta, dando por concluida una de las menos sangrientas «masacres» de las guerras apaches.[14] La organización, según informó Bourke, «expiró de sed».[15]

La esperada incursión de los hostiles de Sierra Madre se produjo durante la última semana de marzo. Chato y Bonito lideraron a veintiséis guerreros en una incursión relámpago por el sur de

Arizona y Nuevo México para obtener munición, al tiempo que Gerónimo llevaba a cabo otra en Sonora en busca de ganado. En seis días, los asaltantes recorrieron entre trescientos cincuenta y seiscientos cincuenta kilómetros, robaron caballos de refresco en ranchos y se movieron a tal velocidad que ninguna de las docenas de escuadrones de caballería que enviaron tras sus pasos llegó jamás a verles. Los renegados mataron a veintiséis personas, entre ellos al juez H. C. McComas y a su esposa, de Silver City, Nuevo México, y secuestraron a su hijo de seis años, Charlie. Un guerrero murió y Tzoe, o Penaltishn (El Coyote lo Vio), abandonó la partida y regresó a la reserva. Tzoe, a quien los soldados conocían como «Peaches» debido a su complexión, era un apache montaña blanca que se había casado con una mujer chiricahua asesinada en la batalla contra las tropas del coronel Lorenzo García que se había producido durante la huida de la banda de Loco. El teniente Davis le arrestó y lo envió a Crook; Tzoe, por lo visto, había sido forzado a acompañar a las mujeres de su pueblo en contra de su voluntad, y aceptó guiar a Crook hasta los refugios de los chiricahuas en Sierra Madre. Le contó al general que los hostiles tenían setenta guerreros y cincuenta niños en edad de combatir; estaban bien pertrechados con rifles del calibre 16, pero tenían poca munición.



Tzoe o Penaltishn (conocido como «Peaches» por los blancos), el explorador que guió al general Crook hasta el escondite de los chiricahuas en Sierra Madre (Sociedad Histórica de Arizona).

La incursión de Chato brindó a Crook la oportunidad que había estado esperando. Envió telegramas a los diversos oficiales de campo mexicanos de Sonora y Chihuahua, pero al no tener una

dirección segura hacia la que ir no obtuvo respuesta. Fue en tren hasta Guaymas y Hermosillo en la nueva línea inaugurada el anterior mes de octubre para conferenciar con los funcionarios de Sonora, y luego tomó el tren hasta la ciudad de Chihuahua. En cada una de las reuniones, encontró a los funcionarios mexicanos colaborativos y con ganas de considerar una visión más amplia del acuerdo de cruce de fronteras, pero estos le recomendaron que los exploradores apaches se ataviasen con algo, como unas cintas rojas, para distinguirlos de los hostiles. Las instrucciones que le había dado el general Sherman a Crook eran seguir a los apaches sin reparar en fronteras nacionales o departamentales, pero el secretario de Guerra dio a Crook la orden de atenerse exclusivamente a los términos del acuerdo con México.

Los exploradores apaches, como siempre, estaban excitados y dispuestos para la aventura. La noche antes del inicio de la marcha, celebraron una danza de guerra que se demoró hasta el amanecer. Por la mañana, cuando el teniente Gatewood dijo: «¡En marcha!», se pusieron en camino, cada uno de acuerdo con sus propias inclinaciones, sin orden, y en grupos de dos o tres. Llevaban los rostros pintados con ocre rojo y otros materiales, en parte por ornamentación y en parte para protegerse del viento y el sol. Cada cual llevaba una cinta escarlata a modo de identificación, una camisa holgada, calzones anchos de algodón, mocasines de ante plegados por debajo de las rodillas y una canana con cincuenta cartuchos. La mayoría tenía pequeñas bolsas de ante llenas de *hoddentin*, un polvo sagrado hecho de polen con el que hacían sacrificios por la mañana y por la noche. Algunos también llevaban amuletos para protegerse de las flechas y las balas. «El apache es una persona eminentemente religiosa —señaló Bourke— y cuanto mayor fuera la diablura que planeara, más pronunciada se volvía su devoción.»[16]

Los exploradores, a pie, se movían a una velocidad lo bastante rápida para ir al trote con un caballo y cubrían de sesenta a setenta kilómetros al día sin importar lo fuerte que pegara el sol o las dificultades del terreno. Eran exploradores ideales, con la vista siempre alerta, e incansables. Conocían el terreno a la perfección y

podían cuidar de sí mismos bajo cualquier circunstancia. Sabían el significado de cada huella o marca sobre la hierba y podían establecer la hora aproximada en que se habían producido. Eran obedientes con la autoridad, pero no podían tolerar las restricciones. Por esa razón, se les permitía imponer su propio paso. «Cuanto más próximo esté un indio al estado salvaje —escribió Crook—, más valioso demostrará ser como soldado.» Debido a esto, los exploradores que escogió fueron «los más salvajes que pude encontrar».[17] Y aunque los sufrimientos de los soldados blancos solían ser descritos vivamente, los padecimientos de los exploradores apaches apenas se mencionaban. «Me compadezco de nuestros exploradores indios, tan pobremente vestidos —escribió el teniente John Bigelow—. Supongo que solo cuando caen rendidos del todo son capaces de dormir en estas noches heladoras bajo sus escasos abrigos. La mayoría de ellos, sin pantalones, no llevan en sus piernas más que calzones. Muchos van descalzos.»[18] Los exploradores le dijeron a Crook que estaban ansiosos por poner fin a la guerra apache para que blancos e indios pudieran trabajar juntos.

Antes de cruzar la frontera, se reunieron en San Bernardino Springs, donde Crawford y cien exploradores más se les unieron. Crook notificó a las autoridades mexicanas que iba a cruzar la frontera el 1 de mayo, tal y como habían acordado. A cada hombre se le permitía llevar una manta, cuarenta cartuchos y la ropa que llevase puesta. Las cinco caravanas de abastecimiento de doscientas sesenta y seis mulas y setenta y seis porteadores civiles llevaban ciento sesenta cartuchos más por cada hombre, así como raciones de pan duro, bacon y café para sesenta días. En total, había seis oficiales, cuarenta y dos hombres de la Compañía I del Sexto de Caballería, y ciento noventa y tres exploradores bajo el mando del capitán Crawford, el teniente Gatewood y Mackay. Los jefes de los exploradores y los intérpretes eran Al Sieber, Archie McIntosh, Severiano y Mickey Free. Los exploradores apaches incluían chiricahuas, apaches montaña blanca, apaches tonto, hualapais y yavapais. Fue un inicio de buen augurio, pues los hombres medicina

predijeron un gran éxito (uno estaba tan convencido, que apoyó su predicción con una apuesta de cuarenta dólares) y los exploradores estaban animadísimos porque tenían por delante una buena batalla.
La expedición atravesó el valle de San Bernardino hasta acceder al valle de Bavispe, una atractiva región fértil que estaba totalmente desierta debido a la hostilidad apache. Cuanto más avanzaban, mayor era la devastación. Penetraron en la prohibida Sierra Madre el 7 de mayo, y a pesar de que los exploradores habían marchado sin quejarse y de buen humor, se detuvieron de repente y se encararon con gesto adusto a Crook. Señalaron al búho que el fotógrafo A. Frank Randall había atrapado y atado a su silla de montar. No seguirían adelante, dijeron, a no ser que lo liberasen, pues el búho era un pájaro de mal agüero. Mientras aquel pájaro estuviese con ellos no podían esperarse más que desgracias. Inmediatamente lo liberaron y la marcha se reanudó.[19]
Siguieron por el camino hecho por los incontables caballos, mulas y cabezas de ganado que habían robado los apaches, un sendero marcado por los cadáveres y los huesos de los animales que no habían sido capaces de mantener el paso. El camino ascendía por una cordillera y descendía por el otro lado, con caídas de cientos de metros para cualquier hombre o animal que resbalara o diese un traspié. Las mulas, que iban muy cargadas, fueron las que peor lo llevaron y pese a ser de pie firme, cinco cayeron al encuentro con la muerte.
Los soldados y los oficiales se esforzaban, paso a paso, en moverse por los abruptos senderos, mientras los exploradores apaches subían y descendían las cadenas montañosas sin la menor dificultad. En una ocasión, uno de ellos profirió un aviso en voz baja, medio susurro, medio silbido. Todos se pusieron alerta al instante, pues por algún motivo indefinible se había extendido la noticia entre los exploradores de que se habían detectado a dos chiricahuas algo más adelante. Los exploradores se desnudaron para la acción antes de

mandar a diez o doce en su persecución. Pero fue una falsa alarma; los supuestos chiricahuas eran dos porteadores en busca de mulas descarriadas.

Pronto quedó claro que las tropas ralentizaban el ritmo de la marcha, por lo que Crook envió a Crawford, Gatewood y Mackay por delante con ciento cincuenta exploradores y garantías de los hombres medicina para que, en un plazo de dos días, encontrasen a los chiricahuas y matasen a «un montón» de ellos. Al seguirles, el resto de la expedición se encontró con muchos caballos y mulas que los chiricahuas habían dejado en las zonas de pasto abundante. Un mensajero de Crawford anunció que había un campamento chiricahua no muy lejos de allí. El comando no tardó en oír un tiroteo; al anochecer, Crawford y los exploradores regresaron y anunciaron que habían atacado el campamento de Chato y de Bonito, y que habían matado a nueve indios y habían capturado a cinco prisioneros: dos niños, dos niñas y una joven, una de las hijas de Bonito.

La hija de Bonito admitió ante Crook que su pueblo se había espantado y consternado al ver que les atacaban unos exploradores apaches. Dijo que la mayoría de los guerreros se hallaban fuera, realizando asaltos en Sonora y Chihuahua, y estaba segura de que se rendirían sin insistir en la lucha. Ella sabía que Loco y Chihuahua deseaban vivir en la reserva si se les trataba bien, pero no estaba tan segura de ello en el caso de Chato y Gerónimo. Añadió que Juh probablemente jamás se rendiría, pero le quedaban muy pocos guerreros.

En el campamento recién destruido, continuó, había un niño blanco que se llamaba Charlie, que Chato había capturado. Se trataba sin duda de Charlie McComas, cuyos padres habían sido asesinados por los asaltantes apaches. Aunque había mucho interés en encontrar al niño, nunca llegaron a verlo y su destino siguió siendo un misterio hasta que Jason Betzinez lo reveló medio siglo más tarde. Cuando los exploradores atacaron el campamento de Chato, mataron a la madre de uno de los guerreros chiricahuas. Lleno de ira, este

hombre mató al niño blanco. Los chiricahuas lo desaprobaron, pero no dijeron nada sobre este asunto por miedo a que mataran al guerrero.[20]



El jefe chiricahua Chato, fotografiado en 1927 en la reserva mescalero (Sociedad Histórica de Arizona).

La joven se ofreció a traer de vuelta con ella a toda la banda en un plazo de dos días, por lo que Crook la envió, con el mayor de los niños, al frente de esa misión. Dos mujeres, hermanas del explorador Tô-Klani (Agua Abundante), acudieron al campamento de Crook diciendo que habían sufrido graves pérdidas en el ataque. Seis mujeres más, entre ellas la hermana de Chihuahua, también se entregaron. Ella dijo que su hermano deseaba rendirse y que estaba reuniendo a su banda disgregada con este propósito. Sin embargo, si deseaban hablar con él, informó a las tropas, deberían devolverle su caballo blanco con su silla mexicana y su brida. El caballo y su equipamiento estaban localizados y se los entregaron a la mujer. Cuando más tarde, Chihuahua entró a lomos de su caballo blanco en el campamento, se abalanzó sobre los exploradores, que tuvieron que saltar para quitarse de su camino. «Si me quieres como amigo —le dijo a Crook—, ¿por qué mataste a esa anciana, mi tía?» Se refería a una mujer a la que los exploradores de San Carlos habían disparado cuando atacaron el campamento.[21]

Un día tras otro, hombres, mujeres y niños acudían al campamento. Como Chihuahua, muchos de ellos expresaron un deseo de paz, pues estaban cansados de la interminable guerra. El 20 de mayo, ciento veintiún apaches se habían entregado, sesenta de ellos mujeres y niñas, y el resto ancianos, jóvenes y niños. Chato y Gerónimo, sin embargo, seguían fuera, en una incursión.

No tardaron en divisarse guerreros armados en los riscos que daban al campamento, señal de que los asaltantes regresaban. Dos días antes, Gerónimo se había puesto a exclamar de pronto ante sus hombres que la gente que habían dejado en el campamento estaba ahora en manos del ejército estadounidense y había preguntado: «¿Qué debemos hacer?». Todos querían regresar al campamento de inmediato. Un día más tarde, Gerónimo les dijo: «Mañana por la tarde, cuando marchemos por la cara norte de las montañas,

veremos a un hombre alzarse en una colina a nuestra izquierda. Aullará al vernos y nos dirá que las tropas se han apoderado de nuestro campamento base». Al día siguiente, a media tarde, oyeron un aullido procedente de la cumbre de una colina, y un guerrero les informó de que los exploradores, al frente del general Crook, se habían apoderado del campamento principal. Esto era un ejemplo de la misteriosa habilidad de Gerónimo para saber lo que estaba sucediendo en cualquier parte. Jason Betzinez estaba junto a él y pudo observarlo, pero nunca fue capaz de darle una explicación.[22] No obstante, fue una de las fuentes del poder de Gerónimo como líder.

Los jefes chiricahuas y Warm Springs entraron en el campamento con cautela, unos cuantos desde un lado y otros desde otro. Crook les dijo con toda franqueza que las tropas mexicanas les estaban cerrando el paso por todas partes y que estaba en manos de Gerónimo decidir si deseaba la paz o la guerra. Este declaró que deseaba rendirse. Más tarde, se extendió una historia según la cual los hostiles habían capturado a Crook y le habían obligado a aceptar sus términos. Como los chiricahuas de Gerónimo no se habían aproximado a la frontera desde hacía cerca de nueve meses, la historia se creyó, porque había mucha gente en Arizona que se oponía a las medidas de Crook y aprovechaba encantada cualquier oportunidad para desacreditarle.

Al poco tiempo de la rendición de Gerónimo, Kaetennae, al frente de su banda de treinta y ocho jóvenes guerreros, llegó con un rebaño de ganado robado. Cinco mujeres mexicanas entraron en el campamento más o menos al mismo tiempo; eran esposas de soldados apostados en Chihuahua. Gerónimo había capturado a las mujeres para intercambiarlas por los apaches que habían atrapado durante una supuesta *fiesta* en Casas Grandes, en la que habían ofrecido mezcal repetidamente a los indios que estaban de visita y luego los habían atacado por sorpresa. En el trayecto de vuelta al norte, Crook devolvió las mujeres a las autoridades mexicanas.

El 23 de mayo, había ya doscientos veinte chiricahuas y de otras bandas apaches en el campamento, y las reservas de alimentos empezaban a escasear. Crook informó a Gerónimo de que si quería establecerse, entregar sus armas y dedicarse a la agricultura, podía regresar a la reserva. Gerónimo deseaba esto, pero dijo que necesitaba más tiempo para reunir a los rezagados y al ganado. Le prometió volver a la frontera en «dos lunas», lo que acabaron siendo no dos meses, sino un tiempo inconcreto en el futuro. Crook aceptó su promesa y se encaminó a San Carlos con cincuenta y dos hombres y doscientas setenta y tres mujeres y niños, la mayor parte de la banda de Warm Springs. Alrededor de doscientos apaches, principalmente chiricahuas bajo el mando de Nachez, Chato, Zele y Gerónimo, permanecieron en México, entre los cuales se encontraba la mayoría de los guerreros. El motivo que dieron para quedarse atrás era reunir a la gente que vivía en campamentos remotos y aislados, pero su verdadero propósito era realizar asaltos para obtener un buen número de caballos, mulas y cabezas de ganado con el que comerciar con los apaches de San Carlos. Entre los guerreros que acompañaron a Crook estaban el viejo Nana, Loco, el subjefe Bonito y Kaetennae, el pujante líder guerrero de la banda de Warm Springs. Este nunca había estado antes en una reserva, y se mostraba inquieto y receloso, sin hacer el mínimo esfuerzo por ocultar el intenso odio que sentía por los rostros pálidos. Contaba con un fiel grupo de seguidores, formado por treinta y dos guerreros jóvenes y fieros, y se le tenía por un potencial agitador al que había que vigilar de cerca.

Mangus, hijo de Mangas Coloradas, se convirtió en el jefe de la banda de Warm Springs tras la muerte de Victorio, pero tanto Nana como Loco tenían más influencia que él. Nachez era hijo de Cochise y, nominalmente, era el jefe principal de los chiricahuas, pero, al igual que Mangus, no era lo suficientemente belicoso para satisfacer a su gente, por lo que se le dejaba de lado; inicialmente por Juh y luego por Gerónimo, que se alzó como líder guerrero después de que el primero se ahogara en otoño de 1883.

Mientras la expedición de Crook estuvo en México durante cerca de dos meses, el teniente Britton Davis cargó con la responsabilidad de controlar a cinco mil apaches inquietos y turbulentos en la reserva, con la única ayuda de su asistente, Sam Bowman, y del teniente West con su escuadrón de caballería como soporte militar. Sin embargo, solo hubo un incidente, y no resultó grave. Davis se enteró de que un hombre blanco estaba vendiendo whisky a los apaches y había jurado «coser a tiros a cualquier maldito oficial del ejército que intentase arrestarle». A la mañana siguiente, en compañía de dos exploradores apaches, Davis entró en la cabaña de aquel hombre. «Le estaba esperando», dijo, invitando al teniente Davis a compartir su desayuno. Cuando se le dijo que iba a ser conducido a Tucson para que lo juzgaran, el hombre se rio diciendo que no le iban a hacer nada. Cuando Davis entregó el prisionero al alguacil y al fiscal del distrito en Tucson, parecieron entusiasmarse con el arresto. Sin embargo, el prisionero le dijo al teniente que se reuniría con él en el hotel en media hora para tomarse unas copas; acudió a la cita, y eso fue lo último que supo Davis de aquel caso.[23]

De camino a Tucson con su prisionero, pasó junto a las granjas de Eskiminzin y de otras familias de apaches arivaipas. Cuando Clum se retiró, «Skimmy» dijo: «Bajaré al San Pedro, me haré con un pedazo de tierra y viviré allí como un hombre blanco; luego no podrán acusarme de lo que ocurra en la reserva». Los arivaipas se habían dedicado a la agricultura en aquel lugar desde hacía diez años, y solo habían recibido raciones los primeros tres años. Eskiminzin insistió en que Davis se reuniese con él para la cena, mientras Bowman y los exploradores continuaban su camino con el prisionero.



Mangus, hijo del jefe Mangas Coloradas. Sucedió a Victorio como jefe de los apaches de Warm Springs (Colección Histórica del Oeste. Universidad de Oklahoma).

La pequeña colonia de media docena de familias daba la impresión de ser muy próspera, con sus pulcras casas de adobe, sus campos vallados y bien cultivados, sus herramientas agrarias, el ganado y las yuntas de caballos. Todos vestían al estilo de los mexicano-

americanos de Arizona. Davis disfrutó de una sustanciosa comida en compañía de Eskiminzin y su familia, y luego un joven le llevó en una calesa al campamento de Bowman. A la mañana siguiente, Eskiminzin se presentó allí e insistió en que Davis cabalgara con él hasta Tucson, donde irían a visitar a los comerciantes con los que solía tratar. Estos hombres le dijeron a Davis que el crédito de Eskiminzin estaba por encima de los cinco mil dólares, en aquellos tiempos una suma sustancial.

Cuando Crook regresó a Arizona en 1882, preguntó a Eskiminzin qué tal le iba con los blancos con quienes había estado en contacto. «Cuando primero llego a San Pedro —le respondió Eskiminzin—, hombre blanco pasa de largo, mira por encima del hombro. Dice: "Ahí va el viejo Skimmy". Ahora hombre blanco pasa, se quita sombrero, dice: "Buenos días señor Skimotzin".»[24]

Durante los primeros años de la década de 1880, hubo rumores de que había importantes yacimientos de carbón en el límite sur de la reserva de San Carlos, y surgieron airadas demandas para excluir ese territorio (así como la tierra fértil en la que Eskiminzin y otros estaban cultivando) de los límites de la reserva. Durante el tiempo que permaneció a cargo del Departamento de Arizona, Crook evitó cualquier clase de juego sucio, pero en cuanto el general Nelson A. Miles le sucedió en 1886, Eskiminzin y su gente lo perdieron todo.

Mientras la expedición de Crawford estuvo en México, el agente Wilcox se volvió aprensivo ante la idea de recibir a los renegados de Sierra Madre en San Carlos. Telegrafió al secretario de Interior Teller diciéndole que un grupo de jefes de la reserva le había pedido que enviasen los hostiles a otra parte. Teller informó al secretario de Guerra Robert T. Lincoln de que a los hostiles no se les permitiría regresar a San Carlos. Este, a su vez, ordenó a Crook que los mantuviera alejados de otros apaches hasta que se tomara una decisión sobre el asunto.

Sorprendido y enfurecido por esta orden, Crook respondió que Wilcox había entendido desde el principio que los chiricahuas y los apaches de Warm Springs iban a regresar a San Carlos. Destinarlos

a otro lugar provocaría una brecha en la fe que tenían en el gobierno, y los renegados que seguían en Sierra Madre jamás se entregarían. Si la Secretaría de Interior se negaba a recibirles, añadió, él no se haría responsable de sus acciones.

En junio, Lincoln ordenó a Crook que se presentara en Washington para una reunión sobre este tema. Antes de que el general se marchara, el capitán Crawford llegó a San Carlos con trescientos veinticinco apaches, a los que se permitió acampar cerca de la agencia y mezclarse libremente con el resto.

En la conferencia de Washington estuvieron presentes Teller y el comisionado de Asuntos Indios Hiram Price, así como Crook y Lincoln. El 7 de julio de 1883, los dos secretarios establecieron oficialmente una división de responsabilidades en la reserva y acordaron que los renegados que se habían entregado (o que lo hicieran en el futuro) estarían bajo el exclusivo control de la Secretaría de Guerra. El ejército tendría el control policial de la reserva y protegería al agente en el desempeño de sus deberes ordinarios, que lo incluían todo menos «mantener la paz, administrar la justicia y castigar a los indios obstinados». La administración dual daría como resultado una constante fricción entre Crawford y Wilcox, pues el primero interpretaba que el acuerdo limitaba la función del agente exclusivamente al reparto de raciones.[25]

Las «dos lunas» que Gerónimo prometió ya se habían prolongado a varios meses. Crook estaba ansioso por instalar a los hostiles a salvo en la reserva, pues había sido muy criticado en la prensa por traer de vuelta a «renegados» a Arizona, y sabía que estos se encontrarían en peligro en el mismo instante en que cruzaran la frontera. Envió hasta allí al teniente Britton Davis, al frente de una compañía de exploradores, para meter prisa a los rezagados en su camino a San Carlos y protegerles de los ciudadanos una vez entraran en Arizona. Durante el otoño, Nachez y Zele llegaron con su gente; Davis les escoltó rápidamente a San Carlos para luego regresar a la frontera. A finales de noviembre, había más de cuatrocientos apaches de Warm Springs y chiricahuas en la reserva.

En febrero de 1884, llegaron las bandas de Chato y Mangus y también fueron conducidas sin demora a San Carlos para evitar problemas con las autoridades o los ciudadanos. De nuevo en la frontera, Davis aguardó impacientemente durante seis semanas, sin la menor señal de Gerónimo. Preguntó a un hombre medicina yavapai dónde estaba Gerónimo y cuándo tenía intención de presentarse. El interpelado, que aborrecía a los chiricahuas, meditó todo el día y hasta bien entrada la noche. Finalmente atravesó el campamento haciendo girar un trozo de madera lisa alrededor de su cabeza. Arrojó un poco de pimienta a la fogata de los exploradores, agitó los brazos y se detuvo repentinamente. Estaba bañado en sudor y parecía exhausto, pero anunció que había «encontrado a Gerónimo». Penetrando en el círculo de exploradores al tiempo que mascullaba conjuros, declaró que se hallaba a tres días de distancia, cabalgando sobre una mula blanca y al frente de una manada de caballos.[26]

Cuatro o cinco días más tarde, una de las patrullas de exploradores dio con la partida de Gerónimo. Este iba a lomos de un potro blanco acompañado de quince o dieciséis hombres y setenta, o más, mujeres y niños. Cabalgó hacia Davis hasta que su potro chocó contra su mula y quiso saber, enfurecido, por qué tenía que llevar una escolta. Había firmado la paz, manifestó, y no precisaba ningún tipo de protección. Davis le contestó que había americanos malos que podían causar problemas; como los exploradores eran soldados, cualquiera que interfiriese con ellos tendría problemas con el gobierno.

Siguiendo a Gerónimo y a su grupo había algunos guerreros al frente de un rebaño de trescientas cincuenta cabezas de ganado robadas en ranchos mexicanos. Esto supuso un nuevo problema para Davis; anteriormente había evitado problemas obligando a las bandas apaches a cubrir entre sesenta y cinco y ochenta kilómetros al día por la ruta más directa, para que los ciudadanos no pudiesen alcanzarles. Pero el ganado solo podía viajar entre veintiún y veinticinco kilómetros al día como mucho, y requería una ruta fácil,

en la que hubiera frecuentes charcas o manantiales. Les llevaría al menos dos semanas llegar a San Carlos, y el grupo de Gerónimo se vería constantemente expuesto al peligro, pues un rebaño como aquel levantaba una nube de polvo que podía detectarse a varios kilómetros a la redonda.

Gerónimo había presionado mucho al ganado para dejar atrás a los perseguidores mexicanos, y ahora pidió que se les dejara descansar durante tres días. Davis se negó e insistió en ponerse en marcha hacia San Carlos la tarde del día siguiente, recordando a Gerónimo que, bajo el acuerdo del gobierno, los mexicanos tenían derecho para cruzar la frontera y perseguir a los apaches. Aparte de la perspectiva de un conflicto con las autoridades y los civiles angloamericanos, estaban los posibles enfrentamientos entre los chiricahuas y los exploradores, pues algunos de estos eran apaches tonto, que odiaban a los chiricahuas. Una noche, sus temores estuvieron a punto de hacerse realidad, pues llegaron a sus oídos aullidos y un estruendo de disparos de rifle. Davis se encontró con un explorador tonto borracho que iba de un lado a otro maldiciendo a los chiricahuas y retándoles a elegir a un hombre para que luchara contra él. Davis hizo que lo desarmasen y lo amarró a un árbol. Al día siguiente, amaneció sobrio y arrepentido.[27]

La ruta que finalmente tomaron pasaba a cincuenta kilómetros de Fort Bowie. Entre los oficiales destacados en aquel puesto había un texano que había sido compañero en West Point de Davis, el teniente J. Y. F. («Bo») Blake. Davis le hizo llegar un mensaje diciéndole que en unos días tenía intención de acampar en el rancho Sulphur Springs. Forzaban al ganado a recorrer entre veinticuatro y treinta y cinco kilómetros al día, y Gerónimo protestaba airadamente argumentando que «estaban dejando al ganado sin grasa y que eso iba a hacerlo inservible para el comercio» cuando llegasen a San Carlos.[28]

La noche antes de llegar al rancho Sulphur Springs, se detuvieron en el terreno de un antiguo campamento apache en el que había agua potable y mucho pasto. Gerónimo informó a Davis de que el

teniente, los exploradores y la caravana de carga podían seguir adelante, pero que él y su gente se iban a quedar allí varios días para que el ganado descansara. Davis le recordó que seguían demasiado cerca de la frontera, pero a Gerónimo esto le pareció una excusa insignificante. Dijo que sus mujeres podían darle una paliza a los mexicanos. Davis transigió y aceptó detenerse un día.

Cuando llegaron al rancho Sulphur Springs, dos civiles se aproximaron al edificio principal del rancho. Hicieron un montón de preguntas sobre el número de apaches, quiénes eran, etc... Acto seguido, uno se abrió la solapa del abrigo y mostró a Davis la insignia de alguacil del Distrito Sur de Arizona, antes de anunciar que tenía órdenes de arresto por asesinato sobre Gerónimo y otros cuantos. Su compañero era el administrador de aduana de Nogales, y su intención era expropiar el ganado y los ponis bajo el cargo de contrabando. Tenían planes de arrestar a los chiricahuas y llevarlos, junto a su ganado de contrabando, a Tucson, donde se les juzgaría.

Davis protestó diciendo que no obedecería órdenes que no procedieran directamente del general Crook. El alguacil le redactó entonces una citación en la que se establecía que, como ciudadano, debía colaborar en el arresto de los indios. Se trataba de una orden federal legal que no podía ignorarse. El alguacil planeaba hacer lo mismo con los porteadores y los vaqueros del rancho. Dijo que, si se negaban, se dirigiría a la ciudad de Willcox y volvería con una patrulla.

Davis les explicó que intentar arrestar a Gerónimo y a los suyos sería un suicidio. De los treinta y tres exploradores que había en la compañía, todos menos ocho o diez, eran chiricahuas que, sin duda, ayudarían a su gente contra los angloamericanos. Había once porteadores, pero la mayoría de ellos eran mexicanos que no tenían obligación de acatar aquella orden, y solo cuatro iban armados. Incluso con una patrulla de Willcox les triplicarían en número: bastantes pocas posibilidades para una batalla contra los chiricahuas.

El alguacil se mostró testarudo e inflexible. Dijo que era su deber llevar a cabo el arresto, y estaba dispuesto a hacerlo sin reparar en las consecuencias. Davis era un ciudadano y, como tal, debía acatar sus órdenes, pues si se negaba a obedecer estaría infringiendo la ley; el teniente sabía que se encontraba en un serio aprieto, pues Fort Bowie estaba demasiado lejos para pedir ayuda o instrucciones, y Gerónimo ya estaba de muy mal humor. El general Crook, además, había ordenado a Davis que escoltara a Gerónimo y a su gente hasta ponerlos a salvo en San Carlos, y a Crook no le interesaban en absoluto las explicaciones ni las excusas de los subordinados que tenían que acatar sus órdenes.

En ese difícil momento, el amigo de Davis, «Bo» Blake, llegó desde Fort Bowie para visitarle. Este se había graduado en West Point un año antes que Davis y, por tanto, tenía un rango superior. Inmediatamente, se hizo cargo de la situación y ordenó a Davis que se quedara, sujeto a las instrucciones del alguacil. Blake había llevado una botella de whisky, que aquella misma noche compartió generosamente con el alguacil y con el administrador de aduanas, hasta que se marcharon tambaleándose a dormir.

Davis llamó al sargento de primera de su compañía de exploradores y le explicó que debían moverse sin tardanza; ambos se acercaron a Gerónimo, quien se negó terminantemente a ponerse en marcha. El sargento de primera se puso al frente de la discusión en aquel momento, y las palabras volaron a tal velocidad que Davis no acertó a determinar qué se dijo. De lo único que se dio cuenta es que la advertencia del sargento fue efectiva, porque la conducta de Gerónimo cambió en ese momento.

En ese momento, Davis sugirió con astucia que la gente de Gerónimo no era lo bastante lista para salir del rancho sin que los oficiales angloamericanos se percataran. Gerónimo informó a Davis altaneramente de que su gente podría marcharse mientras él estaba ahí mismo, de pie, sin que ni siquiera se enterase. Davis le respondió que sería una buena broma para los oficiales del rancho despertarse

por la mañana y encontrarse con que los apaches, el ganado y los caballos habían desaparecido. Gerónimo estuvo a punto de sonreír, y así se ganó la batalla.
Davis despertó al jefe de sus porteadores y le puso al tanto de la situación. Estos trasladaron los *aparejos* a una distancia segura de la casa del rancho antes de cargar las mulas. Silenciaron el cencerro del caballo guía pero al ser, como la mayoría de estos caballos, de color blanco las mulas pudieron seguirlo sin dificultad.
Los dos oficiales durmieron hasta bien entrada la mañana. Al levantarse, buscaron por todas partes a los apaches y al ganado, oteando el territorio desde el tejado de la casa del rancho con gemelos, pero no distinguieron ninguna nube de polvo reveladora en ninguna dirección. Como había muchas rutas que los apaches podían haber escogido y huellas de ganado por doquier, los dos oficiales sencillamente se rindieron y liberaron a Davis de sus obligaciones con un par de blasfemias.
Tras dos días de dura marcha a caballo, Davis alcanzó a Blake y a Gerónimo cerca de la reserva y enseguida entregó el control al capitán Crawford. El ganado robado se vendió y las ganancias se enviaron a México para compensar a los propietarios según las marcas de las reses. Gerónimo jamás olvidaría ni perdonaría aquella afrenta, y parece ser que esa fue una de las causas de su alzamiento al año siguiente.
La mayor parte de los chiricahuas se estableció bajo el cuidado de Davis en Turkey Creek, a unos treinta kilómetros al sudoeste de Fort Apache. Davis y Crawford estaban plenamente convencidos de que los apaches eran más adecuados para la vida pastoril que para el cultivo, y recomendaron que se les entregaran ovejas y cabezas de ganado. Sin embargo, el Departamento Indio estaba de nuevo al mando y seguía bajo la influencia de los Amigos de los Indios, quienes insistían en que todos los indios se convirtiesen en granjeros blancos de imitación, aunque se murieran de hambre en el proceso. Por tanto, en vez de ganado, el departamento envió a los apaches una docena de carromatos ligeros, arados, equipos de arreos, picos,

palas y unos cuantos sacos de maíz y trigo para cultivar. Todo esto no fue totalmente en vano, como podía haber sido el caso, pues enganchar los ponis a los carros y los arados producía un entretenimiento divertidísimo. Los antiguos renegados hicieron escasos intentos de cultivar, salvo, quizás, el poco maíz que necesitaban para elaborar tizwin.

En Turkey Creek, los chiricahuas y apaches de Warm Springs más intratables (Mangus, Chihuahua, Gerónimo y sus respectivas bandas) instalaron sus campamentos a varios kilómetros de la tienda de campaña de Davis. Los seguidores de Kaetennae también acamparon a mucha distancia, pero su wickiup estaba en una cumbre desde la que se divisaba la tienda de Davis, por lo que podía observar todo lo que acontecía.

Viviendo solo con los apaches chiricahuas y de Warm Springs, Davis llegó a admirarles, especialmente a su sargento de primera, Chato, en quien confiaba absolutamente. También veía con frecuencia a Loco y entabló amistad con él. Por este motivo, cuando se desencadenó el siguiente alzamiento, Loco y su gente no participaron. Davis llegó a conocer bien a los subjefes Bonito y Zele, quienes solían visitarle, y al ingenioso explorador apodado «Dutchy» porque parecía alemán. Gerónimo, Nachez y Kaetennae permanecieron al margen y evitaban el contacto con Davis. Chihuahua iba a verle en ocasiones para quejarse de la prohibición de elaborar tizwin, que, según él, no formaba parte del acuerdo. A Davis le preocupaba especialmente Kaetennae, pues este y su banda se mostraban abiertamente antagónicos y parecían dispuestos a causar problemas en cuanto se les presentara la primera oportunidad.



Loco, jefe apache mimbreño, fotografiado en 1886 (Colección Histórica del Oeste. Universidad de Oklahoma).

Davis aprendió que los apaches no estaban resentidos por el trato que se les había dado en el pasado, sino solo confundidos. ¿Por qué motivo el gobierno les había hecho aquello o lo de más allá? «Y por encima de todo —escribió Davis— se preguntaban si se les permitiría

vivir en paz. ¡Pobres diablos! Sus temores se cumplieron. En dos años estarían presos en Florida; ¡cuatrocientos hombres, mujeres y niños inocentes, que habían tenido fe en nosotros, castigados por culpa de apenas una cuarta parte de ellos que había sido asustada y conducida a abandonar la reserva por Gerónimo, Chihuahua y otros dos o tres descontentos!»[29] Para Davis, la característica más llamativa de los apaches era su completa indiferencia ante las consecuencias de sus actos cuando se excitaban o se enfurecían.[30]

En el verano de 1884, Crook escribió a Herbert Welsh, de la Asociación de Derechos Indios, a propósito de los apaches. Aunque en su día fueran los indios más feroces, declaró, los apaches vivían ahora en paz. «La opinión puede diferir en lo que respecta al lugar en la escala de inteligencia que el apache debería ocupar —escribió —. Desde mi punto de vista, tras una extensa experiencia de cerca de treinta y dos años [...] no dudo en poner al apache en el primer lugar en lo que se refiere a inteligencia natural y discernimiento [...].» En el pasado, concluía, los apaches habían sido «sistemática y escandalosamente saqueados por una panda de estafadores lamentablemente disfrazados de agentes indios y otros».[31]

En una ocasión, el teniente West hizo saber que se disponía a visitarles para cenar pavo salvaje; Davis, atentamente, salió a cazar uno; lo hizo a orillas del arroyo y después se encaminó por el sendero que conducía a la cumbre de una colina. Al escuchar el glugluteo de un pavo en el arroyo, se volvió y abatió uno.

Esa noche escuchó que unos guijarros golpeaban contra el techo de su tienda, la señal de que uno de sus espías venía a informarle de algo. El agente secreto era una mujer que le preguntó por qué había vuelto sobre sus pasos desde la cumbre de la colina aquella mañana. Cuando le dijo que había oído la llamada de un pavo en las proximidades del arroyo, ella le dijo: «En ese glugluteo se hallaba el buen espíritu de uno de tus antepasados». Le contó que cuando comenzó a ascender el sendero, Kaetennae y su banda estaban bebiendo tizwin en la cumbre de la colina. Le vieron aproximarse y concluyeron que se disponía a arrestarles. Corrieron en busca de sus

Winchesters y se tendieron a la espera, pues habían decidido desafiar la orden de Crook contra el consumo de tizwin y habían jurando matar a cualquiera que interfiriera. Al darse cuenta de lo cerca que había estado de la muerte, Davis rezó para que el pavo al que había disparado no fuese el mismo que le había salvado la vida.[32]

Para evitar la violencia que parecía inevitable si Kaetennae seguía en sus trece, Davis decidió arrestarlo y mandarle a San Carlos para que Crawford se ocupara de él. Se trataría de un asunto arriesgado, pues los seguidores de Kaetennae estaban tan ansiosos de pelea como él, y el recuerdo del arresto en Cibecue tres años antes seguía fresco. Pero Davis sabía que Kaetennae estaba enfrentado a Chato, Bonito, Loco, Mangus y Zele, y contó con la ayuda (o al menos la neutralidad) de aquellos jefes.

Cuando el teniente West se fue aquella noche, Davis le pidió que mandase cuatro escuadrones de caballería desde Fort Apache; tenían que llegar al amanecer del día siguiente y detenerse a pocos centenares de metros de su tienda de campaña. Al amanecer, envió a los exploradores para que citaran a todos los jefes en su tienda. Llegaron armados, pues el «telégrafo indio» les había puesto sobre aviso de que las tropas habían abandonado el fuerte y se aproximaban a Turkey Creek. Parecían preocupados y deseaban saber por qué los había mandado llamar. Davis les respondió que se lo diría en cuanto llegase Kaetennae.

El último en llegar fue Kaetennae, que irrumpió con sus seguidores armados y preguntó enfadado por qué Davis le había mandado buscar. Este le respondió que porque se disponía a enviarlo a San Carlos. Kaetennae quiso saber quién le acusaba de causar problemas y, acto seguido, se dio la vuelta y regresó con sus hombres, los cuales se alinearon con los rifles preparados, caminando hacia atrás para recibirle. En cuanto Kaetennae se puso en marcha, los exploradores Dutchy y Charley se dispusieron a seguirle en el acto, con los rifles amartillados y en posición.

Kaetennae se encontró con sus hombres y luego se dirigió hacia Davis. A doscientos metros, tras la tienda, los cuatro escuadrones de caballería desmontaron y se adelantaron formando una línea de combate, con las carabinas alzadas. Los hombres de Kaetennae se detuvieron mientras este se aproximaba de nuevo a Davis, temblando de ira y pidiendo de nuevo conocer la identidad de su acusador. El teniente, aliviado al comprobar que Kaetennae había decidido no entrar en combate, desabrochó la canana del guerrero con su cartuchera y su pistola, y se la echó por encima del brazo, diciéndole que estaba arrestado y que se le iba a enviar a San Carlos. Kaetennae pareció perder el ánimo de repente.

Bonito se aproximó entonces a Davis, ofreciéndose junto a Charley como rehén para garantizar la llegada segura de Kaetennae a San Carlos si el teniente le devolvía su arma y le permitía marchar como un guerrero. Sin dudarlo, Davis le entregó a Bonito la canana y la pistola, e informó al oficial al mando de la caballería de que podía regresar con sus hombres a Fort Apache.



El jefe chiricahua Bonito después de su rendición frente al general Crook en 1883 (Colección Histórica del Oeste. Universidad de Oklahoma).

El tribunal apache de San Carlos declaró a Kaetennae culpable y Crawford lo sentenció a tres años en Alcatraz. El general Crook, que estaba convencido de que Kaetennae no era irreformable, se mantuvo informado sobre su conducta y le perdonó tras dieciocho meses. «Su autoridad entre su gente, para bien o para mal —dijo Crook— es muy considerable.»[33] La actitud de Kaetennae cambió

completamente tras su experiencia en Alcatraz; a su regreso era amistoso y simpático, y aceptó de muy buena gana la invitación de Crook para alistarse como explorador.

Wilcox dimitió como agente en agosto de 1884 y fue reemplazado por Charles D. Ford en diciembre. No tardó en generarse una grave fricción entre el nuevo agente de San Carlos y el capitán Crawford. Hombre modesto que invariablemente daba todo el crédito a sus subordinados, Crawford estaba decidido a que los apaches recibieran un tratamiento justo, y adoptó una actitud firme en todos los asuntos que les concerniesen. Ya antes había informado al agente Wilcox de que «ningún hombre, salvo mi oficial al mando, se interpondrá entre yo y mis indios».[34] A resultas de esto, Crawford tuvo frecuentes enfrentamientos con los agentes, así como con los intereses privados que trataban de explotar a los apaches. A Ford, que estaba igualmente decidido a ayudar a los apaches de cualquier manera y a ejercitar su legítima autoridad como agente, le molestó el modo en que organizó Crawford el sistema de riego. Nombró un nuevo jefe para la policía apache y un granjero jefe que dio la orden de detener el trabajo en las zanjas de irrigación. Para dar más peso a esta orden, Ford hizo que sus policías se apoderaran de los picos y las palas.

Otra fuente de fricción fue el reparto de bienes anuales para los chiricahuas y los apaches de Warm Springs de Turkey Creek, que necesitaban ropa con urgencia. Ford distribuyó dichos bienes en San Carlos poco después de su llegada y se ofreció a ir a Fort Apache para ocuparse también allí de la distribución, pues las normas del departamento requerían que él estuviese presente en tales repartos y se ocupase de conseguir recibos. Sin embargo, Crawford se negó a permitir cualquier comunicación entre Ford y los antiguos renegados. Envió dos caravanas desde Fort Apache con la demanda de que el agente entregase los bienes en el acto, a lo que Ford respondió que no obedecería debido a las normas. Crawford ordenó que las caravanas regresasen a Fort Apache. Manifestó que el secretario de Interior deseaba crear insatisfacción entre los antiguos hostiles y

provocar un alzamiento: una evaluación inexacta. A causa de la tozudez de Crawford, los chiricahuas y los apaches de Warm Springs no obtuvieron ropa, aunque el invierno fue inusualmente severo.[35]
Los apaches detectaron enseguida la fricción que había entre civiles y militares, y la explotaron en su propio beneficio. El desafío a la autoridad no tardó en extenderse como la pólvora desde San Carlos a los campamentos más remotos, y pronto Davis comenzó a recibir informes frecuentes de juergas de tizwin y de palizas a mujeres. Cuando arrestó a un hombre por elaborar este licor y a otro por golpear a su esposa y los envió a San Carlos, Nachez y Chihuahua, junto a otros jefes, pidieron muy enfadados la liberación de ambos. Cuando Mangus se unió a los que protestaban quedó claro que la insubordinación se había extendido por todas partes, pues él había sido uno de los jefes más cooperativos, y en cierta ocasión incluso se había unido a Loco en apoyo de Davis. Pero una de las mujeres de Mangus había sido devuelta por los funcionarios mexicanos y, debido a que era una experta en la elaboración de tizwin, su marido quería que ella ejercitase su habilidad. Otro motivo de discusión fue el del derecho de los apaches a pegar a sus mujeres y mutilarlas por cometer adulterio.
Los problemas en San Carlos empeoraron de forma progresiva, pues aunque el acuerdo interdepartamental que cedía a la policía militar el control de los indios de la reserva seguía siendo efectivo, los funcionarios del Departamento Indio estaban decididos a limitar la autoridad del ejército sobre dicho control. Los periódicos regionales se pusieron de parte de quienes se oponían a ayudar a que los apaches alcanzaran la autosuficiencia y lanzaron un ataque desenfrenado contra Crawford y Crook. Las críticas contra el primero, junto a la intensa fricción entre este y el agente Ford, le indujeron a pedir una comisión investigadora, que apoyó a Crawford en todo. Sin embargo, al no hallar esperanza en la continuación del trabajo constructivo entre los apaches, le pidieron que regresase a su regimiento. Fue reemplazado por el capitán Francis C. Pierce, del

Primero de Infantería, que, por desgracia, no tenía la menor relación con los apaches. Este cambio en un momento tan crítico demostró ser desastroso.

Antes del alba, el 15 de mayo de 1885, el teniente Davis se encontró a todos los jefes y subjefes, junto a otros cincuenta indios, reunidos enfrente de su tienda. Al mirar alrededor, notó que no había una sola mujer o niño a la vista, una señal que no auguraba nada bueno. Aún más amenazadora resultaba la presencia de varios guerreros armados en la cumbre de una colina cercana, desde la cual podían observar cualquier movimiento de tropas que entrara o saliera de Fort Apache. A excepción de Chato, que permaneció fuera con la compañía de exploradores, los jefes y los subjefes entraron en la tienda y se sentaron en cuclillas en semicírculo frente a Davis. Loco inició una lenta y vacilante arenga.

Poniéndose en pie de un salto, Chihuahua interrumpió impaciente a Loco. «Lo que he de decir puede resumirse en pocas palabras —dijo —. Y luego Loco podrá dedicar lo que reste del día a hablar, si eso es lo que desea.» Repitió las razones anteriores, relativas a la elaboración de tizwin y al derecho de golpear a sus mujeres. Afirmó que habían estado de acuerdo en permanecer en paz con los estadounidenses, los mexicanos y con otros indios, pero no habían aceptado nada concerniente a la conducta que debían mantener entre ellos mismos. Chihuahua se quejó afirmando que no eran niños a los que tuviese que enseñárseles cómo vivir con sus mujeres o qué debían beber o comer. El modo en que trataban a sus mujeres era asunto de ellos y, en cualquier caso, a las mujeres no se las maltrataba cuando se portaban bien.

Davis les recordó las razones de Crook para prohibir el consumo de tizwin. El viejo Nana, a quien le fastidiaba especialmente la prohibición de pegar a las mujeres, dijo algo y luego salió airado de la tienda. El intérprete Mickey Free permaneció en silencio. Davis insistió en que tradujera lo que había dicho Nana, y Free lo hizo a regañadientes: «Dile al Nantan Enchan (Jefe Gordo) que no puede aconsejarme sobre cómo tratar a mis mujeres. Él no es más que un

niño. Yo he matado a hombres antes de que él naciera». Chihuahua, que también estaba muy furioso, fue directamente al propósito de la visita. «Todos bebimos tizwin la pasada noche —declaró desafiante —, todos los aquí presentes, dentro y fuera de esta tienda, salvo los exploradores, y muchos más. ¿Qué vas a hacer al respecto? ¿Nos vas a encarcelar a todos? No dispones de una prisión lo suficientemente grande, aunque esa fuera tu intención».[36]

Davis replicó que lo que debía hacerse con el borracho de tizwin era un asunto demasiado grave para que él lo decidiera sin consultar a sus superiores. Enviaría un telegrama a Crook para pedirle instrucciones y se las transmitiría en cuanto las recibiera.

Los apaches no sabían nada de Crook desde que habían regresado a la reserva, y algunos de ellos, especialmente Gerónimo, habían preguntado muchas veces a Davis si Nantan Lupan seguía a cargo de ellos. Crook era el hombre a quien más temían, pero también era con quien contaban para protegerles de la rapacidad de los angloamericanos. El hecho de que Crawford, Elliot, el agente Wilcox y el coronel Beaumont —a quienes conocían— se hubiesen ido les hacía sospechar que Crook también había abandonado Arizona. A causa de las insistentes preguntas relativas al general, Davis sabía que no estaban satisfechos con sus respuestas. Él y los apaches aguardaron ansiosamente la respuesta de Crook, pero esta nunca llegó.

De acuerdo con las normas militares, los telegramas enviados por Davis tenían que dirigirse a través del capitán Pierce, su inmediato superior, quien podría remitirlos con aprobación, desaprobación o comentarios. Desde San Carlos, los telegramas se llevaban hasta la estación de Willcox para que se transmitieran a través de la línea militar hasta el cuartel general de Crook en Whipple Barracks. Debido a las frecuentes filtraciones que los periódicos estaban ansiosos por publicar, especialmente si contenían noticias sensacionalistas que fueran en detrimento de la reputación de Crook, el general había ordenado que todos los mensajes se limitasen a una declaración escueta de los hechos. Estaba muy bien

informado de cada fase de la actividad en la reserva y sabía al momento qué acción debía emprenderse, por lo que no eran necesarios comentarios ni recomendaciones. Por tanto, en su telegrama a Crook, Davis se limitó a plantear el asunto.

El capitán Pierce llevaba en San Carlos solo dos meses; consciente de de que su conocimiento de los apaches era limitado, se dirigía al explorador Al Sieber en busca de consejo. Por tanto, cuando llegó el telegrama, Pierce despertó a Sieber, que había estado jugando a las cartas y bebiendo toda la noche y estaba muy lejos de tener la mente clara. Este echó un vistazo al mensaje con sus ojos llorosos. «No se trata más que de un borracho de tizwin —respondió—. No le preste la menor atención. Davis se ocupará de ello.» Volvió a tenderse en la cama y continuó durmiendo.[37] Pierce archivó el telegrama en vez de remitírselo a Crook y de este modo se desencadenó la tragedia.[38]

Cuatro meses más tarde, cuando Davis fue a informarle a la conclusión de una campaña en México, Crook mencionó que los periódicos no paraban de hablar de un telegrama que, según decían, el teniente le había enviado. Él no lo había recibido y, por tanto, asumía que tal telegrama jamás se había mandado. Davis le contó lo del mensaje y obtuvo una copia de manos de Pierce. Más adelante, Crook declaró que si hubiese recibido el mensaje, el alzamiento probablemente se podría haber evitado, y por lo menos habría interceptado a los apaches antes de que alcanzaran México. Si Crawford hubiese estado a cargo de San Carlos, habría reconocido la urgencia que implicaba aquel mensaje y habría emprendido la acción apropiada.

Mientras tanto, en Camp Apache, Davis y los apaches aguardaban con creciente ansiedad la respuesta de Crook. El domingo por la tarde, tres días después de mandar el telegrama, llamaron a Davis para arbitrar un partido de béisbol entre dos equipos del puesto. Durante el partido, Chato y Mickey Free informaron que un montón de apaches habían abandonado sus campamentos en Turkey Creek y se dirigían a México. Davis trató de mandar inmediatamente un

telegrama a Pierce, pero la línea estaba cortada. A continuación, Davis reunió a los exploradores, con la precaución de llevar consigo a los más fiables, Chato, Charley y Dutchy, pertrechados con rifles y con órdenes de abrir fuego ante cualquiera que alzase su arma del suelo. El sargento de segunda Perico, hermanastro de Gerónimo, y otros dos exploradores se escabulleron de la fila y desaparecieron en la espesura. Gerónimo les había ordenado que mataran a Davis y a Chato, pero, al no haber podido sorprender a ninguno de ellos con la guardia baja, los tres huyeron al sur para unirse al resto. Los apaches habían cortado la línea del telégrafo de la reserva a su paso por la horcadura de un árbol y habían atado los extremos con correas de cuero. Cuando encontraron el corte al día siguiente, los fugitivos se hallaban a unos ciento setenta y cinco kilómetros de distancia, viajando a gran velocidad. Gerónimo y su grupo tenían una posición tan aventajada que no había la menor esperanza de alcanzar a los fugitivos en poco tiempo. Davis ordenó un recuento de las bandas chiricahuas y de Warm Springs y halló que faltaban treinta y cinco hombres, nueve jóvenes lo suficientemente adultos para luchar, y diez mujeres y niños. Los líderes del alzamiento fueron Gerónimo, Chihuahua, Nachez, Mangus y Nana. Bonito, Zele, Loco y la mayor parte de los miembros de ambas bandas se negaron a huir en estampida.

El capitán Pierce salió tras los pasos de Gerónimo dejando al agente Ford sin fuerzas para controlar la reserva, pues la policía apache se había desbandado. Ford solicitó y obtuvo permiso a fin de organizar una nueva fuerza policial para la agencia. Cuando el teniente John B. McDonald, del Décimo de Caballería, que estaba temporalmente destacado en San Carlos, intentó arrestar a un policía apache, Ford se interpuso. Al enterarse de este conflicto, el secretario de Interior Lucius Q. C. Lamar ordenó a Ford que entregase al policía apache, suspendió al agente de su cargo y pidió al secretario de Guerra William C. Endicott que nombrase a un funcionario para que se

hiciera cargo de la agencia hasta nueva orden. Endicott nombró al capitán Pierce y el ejército ganó finalmente la batalla por la jurisdicción sobre San Carlos, que retuvo durante dieciséis años.[39]
Pronto hubo disensiones entre los apaches fugitivos, pues tanto Nachez como Chihuahua acusaban a Mangus y a Gerónimo de mentirles al afirmar que Davis y Chato habían sido asesinados y que las tropas venían a arrestarles. Amenazaron a Gerónimo con matarle pero, en vez de eso, se separaron de él. Chihuahua se ocultó con su gente en las montañas Mogollón, al nordeste de Morenci, mientras trataba de decidir si era seguro regresar a Camp Apache. Antes de tomar una decisión, sin embargo, Davis y sus exploradores les atacaron. Chihuahua y su gente huyeron, viajando ciento cincuenta kilómetros sin detenerse y cruzando la frontera mexicana antes de acampar. En el cañón Skeleton encontraron el campamento de abastecimiento del Escuadrón D, del Cuarto de Caballería, custodiado por un sargento y siete hombres. Tomaron el campamento por sorpresa, mataron al sargento y a otros dos soldados, y se apoderaron de un suministro de munición y provisiones y de una manada de caballos y mulas.
El general Sheridan autorizó inmediatamente a Crook para que enviara otra expedición a México y traspasó los puestos militares de Nuevo México al Departamento de Arizona para simplificar los problemas de mando. Consciente de que los renegados necesitarían hacer incursiones al norte de la frontera a fin de obtener munición para sus armas de fabricación estadounidense, Crook emplazó un escuadrón de caballería en cada manantial o charca que hubiera junto a la frontera, desde las montañas Patagonia de Arizona hasta el río Grande.[40] Volvió a llamar apresuradamente al capitán Crawford a Arizona y lo mandó a México en junio con una numerosa dotación de exploradores apaches. Otra fuerza compuesta por dos escuadrones del Cuarto de Caballería, bajo el mando del capitán Wirt Davis, y una compañía de exploradores apaches montaña blanca

bajo las órdenes del teniente Gatewood le siguieron en julio. Davis se topó con la retaguardia de los apaches cruzando un cañón escarpado, pero estos lucharon duramente y huyeron.[41]

Al norte del cañón Skeleton, el teniente Davis unió fuerzas con Crawford, y juntos cruzaron a México con un escuadrón de caballería y ciento treinta exploradores. Al norte de Oputo, dieron con el rastro de los hostiles. Consciente de que era inútil seguir a los apaches con la caballería, Crawford envió a treinta exploradores encabezados por Chato y Big Dave, un sargento apache montaña blanca, para seguirles el rastro.

Los exploradores regresaron al día siguiente con quince mujeres y niños que habían capturado, así como con cincuenta y cuatro monturas de la caballería que habían robado los renegados en el campamento de abastecimiento. Durante la lucha, habían disparado a Big Dave en el codo. Al disponerse el cirujano del ejército a amputarle el brazo, los exploradores apaches le detuvieron; ellos se harían cargo de la curación de la herida. Hicieron dos pequeños círculos de ramitas verdes envueltas en estrechas tiras de tela, y colocaron cada uno sobre los agujeros de bala. Pusieron unas cataplasmas de espigas verdes de serpentaria sobre las heridas y se las fueron cambiando cada pocos días. Para sorpresa del cirujano, no se permitió que el agua tocara las heridas. Estaba seguro de que el brazo quedaría rígido e inservible, pero Big Dave recuperó su uso.

En una visita a Nacori, el teniente Davis pudo experimentar de primera mano el coste de la hostilidad apache en Sonora. La ciudad había quedado reducida a una población de trescientos trece habitantes, incluidos solo quince varones adultos. Todas las familias habían perdido al menos un miembro, muerto o capturado por los apaches.

Antes de continuar tras el rastro de Gerónimo, el teniente Davis se enteró de que las tropas mexicanas destacadas en la ciudad de El Valle habían matado o capturado al teniente Elliott, a cinco exploradores y a dos porteadores. Por la noche, en medio de una fuerte tormenta, Davis montó en su mula y se dirigió a la ciudad en

busca de Elliott. En el camino, se encontró con cuatro hombres a caballo que le preguntaron en español quién era. Les respondió que era un oficial del ejército estadounidense y ellos le contestaron que eran funcionarios del mando mexicano con dos soldados de escolta y le aseguraron que Elliott y sus hombres estaban en El Valle, ilesos. Mientras hablaban, se produjo el destello de un relámpago, a lo que siguió el grito de terror de uno de los soldados. Con la luz, Davis vio que se encontraban rodeados por una docena de hombres desnudos, de ojos negros brillantes y rostros ceñudos. Vio las cintas oscuras en torno a sus cabezas, sus taparrabos y las cananas cruzadas que llevaba cada uno de ellos, luego el cielo volvió a oscurecerse. Los mexicanos se quedaron en sus caballos petrificados de miedo. El resplandor de otro relámpago hizo que Davis reconociese a Chato y a varios de sus exploradores.

Estos no estaban dispuestos a dejar que Davis cabalgara solo por una ciudad mexicana, le explicó Chato más tarde, porque no confiaban en ningún azteca. Si le mataban, los asesinos pagarían un alto precio. Se habían escabullido del campamento sin que nadie se diese cuenta y habían permanecido todo el rato a su lado. Davis aseguró a Chato que no corría peligro y mandó a dos mensajeros al campamento para decirle a Sieber que se encontrase con él en El Valle al amanecer. Chato y los exploradores insistieron, sin embargo, en acompañarle hasta las afueras de la ciudad.

Elliott y sus hombres, que habían sido detenidos por los mexicanos, fueron liberados, pero no sería hasta el mediodía del día siguiente cuando Davis y sus exploradores pudieron seguir el rastro de Gerónimo, el cual les condujo a través de un territorio montañoso que los mexicanos consideraban infranqueable salvo para los apaches y que llevaba a Chihuahua. Solo en una ocasión llegaron a divisar el grupo de Gerónimo, que acababa de asaltar el rancho Santa Clara de Terrazas para apoderarse de unos caballos de refresco. Gerónimo y los suyos se dirigían ahora al norte, hacia la frontera. Davis y los exploradores se mantuvieron tenazmente tras sus pasos durante tres días, y cubrieron una distancia de unos

doscientos veinte kilómetros en ese tiempo; al final se quedaron sin comida y los exploradores iban descalzos, pues no tenían tiempo para fabricarse mocasines nuevos. Se enteraron de que las tropas mexicanas iban tras el rastro de los apaches por delante de ellos, y bajo los términos del acuerdo con México estaban en la obligación de abandonar su persecución y regresar a Estados Unidos.

El punto más cercano a Estados Unidos era El Paso, ciento setenta y cinco kilómetros al nordeste. Con la intención de tomar el tren Mexican Central desde la estación de San José, setenta kilómetros al este, se dirigieron hacia allí. Pero el agente de la estación se negó a creer que aquel grupo harapiento y famélico formase parte del ejército de Estados Unidos; de hecho, estaba convencido de que planeaban asaltar el tren. Se les forzó a caminar junto a las vías hasta El Paso y recorrieron los ciento cinco kilómetros restantes en dos días sin nada que llevarse a la boca.

El oficial mexicano al mando en el río Grande también se negó a creer que el barbudo y harapiento Davis fuese un oficial del ejército. Cuando le preguntó cómo había llegado a Chihuahua y se enteró de que había cruzado las montañas justo al norte del río Aros, el oficial al mando tuvo la certeza de que estaba mintiendo, pues el ejército mexicano había sido incapaz de cruzar las montañas por ese sector. Amenazó con arrojar a Davis al calabozo y con disparar a sus hombres si eran apaches. El teniente le respondió que sus hombres eran algunos de los mejores guerreros apaches, y que se disponían a cruzar el río. El coronel, a regañadientes, le proporcionó un salvoconducto.[42] En veinticuatro días marcharon más de novecientos kilómetros por terrenos montañosos, bajo la lluvia y sobre el barro. En El Paso, Davis renunció a su nombramiento para convertirse en administrador del rancho Corralitos y sus operaciones mineras en Chihuahua. Al Sieber regresó con los exploradores a San Carlos.

En septiembre de 1885, una partida de veinte guerreros llevó a cabo una incursión en Arizona. Los exploradores de Crawford no tardaron en seguir sus pasos, así como unos escuadrones del Cuarto y el Décimo de Caballería, y les persiguieron muy de cerca hasta las

montañas Dragoon. En esa época, los ganaderos del valle San Simón estaban en el cañón White Tail, preparándose para el rodeo de otoño. Advertidos de que los apaches andaban por la zona, amarraron sus mejores caballos junto a la vivienda del rancho donde iban a dormir.

Por la noche, las tropas se encontraban rodeando a los apaches con la seguridad de que caerían sobre ellos por la mañana, pues los caballos de los asaltantes no podían más. Pero en el momento en que se reanudó la persecución, al alba, los apaches estaban muy lejos, a lomos de algunos de los mejores caballos de Arizona, cedidos involuntariamente por los ganaderos del valle San Simón. Crawford regresó a Fort Apache, pues los alistamientos de exploradores estaban a punto de terminarse. Todo lo que sacaron en claro las dos columnas después de cuatro meses de una de las campañas más arduas que quepa imaginarse, fue el asesinato de tres mujeres y la captura de otras treinta, junto a algunos ponis y material de campamento.

A principios de noviembre, Chihuahua mandó a su hermano pequeño, Josanie, con una docena de guerreros a Arizona en una de las más espectaculares incursiones de las guerras apaches. El grupo fue visto cerca de Fort Apache y se mandaron exploradores tras sus pasos. Los asaltantes cortaron la línea del telégrafo y se lanzaron contra la reserva de Camp Apache: allí acabaron con la vida de todos los apaches con los que se encontraron, salvo unas pocas mujeres que secuestraron, y se apoderaron de los caballos de Bonito. Aparentemente, su propósito era vengarse de aquellos apaches que habían decidido permanecer en paz en la reserva y, particularmente, de las familias de los exploradores. El pequeño grupo de Josanie se dirigió a las montañas Mogollón con un escuadrón de caballería y de exploradores navajos siguiéndoles el rastro. Crook mandó otra compañía de exploradores a las montañas para tenderles una emboscada; los exploradores se abalanzaron sobre el campamento de los asaltantes y se apoderaron de sus caballos y del material del campamento. Sin embargo, al día

siguiente, los veloces asaltantes atacaron un rancho en el horcajo del río Gila, donde mataron a dos hombres y se agenciaron unos caballos, y luego desaparecieron. Diez días más tarde, tendieron una emboscada al escuadrón de caballería. Cuando, después de cuatro semanas, regresaron finalmente a México, Josanie y sus hombres habían cabalgado más de dos mil doscientos kilómetros, habían matado a treinta y ocho personas y habían robado y agotado doscientos cincuenta caballos: y todo ello con una sola baja por su parte.

Mientras esta incursión se llevaba a cabo, el general Sheridan llegó a Fort Bowie, enviado por el secretario de Guerra para investigar y resolver el problema apache. Existía la creencia, cada vez más extendida entre los funcionarios de Washington, de que las dificultades de los apaches continuarían hasta que todos los chiricahuas y apaches de Warm Springs fuesen trasladados lejos del sudoeste. Crook se oponía radicalmente a aquel traslado con el argumento de que las compañías de exploradores recién organizadas tenían muchos chiricahuas y que el ejercicio de su cargo, a buen seguro, se vería afectado desfavorablemente. Para Sheridan, que desaprobaba totalmente el uso de apaches para combatir contra los apaches, se trataba de un argumento vano.[43]

En diciembre, el capitán Crawford volvió a penetrar en México con una numerosa fuerza de exploradores apaches y la habitual caravana de carga, asistido por el teniente Marion Maus en lugar de Britton Davis, y acompañado por el teniente Shipp. Tom Horn era el jefe de los exploradores en sustitución de Al Sieber. A principios de enero de 1886, sorprendieron el campamento de los hostiles en el río Aros, por encima de su confluencia con el Bavispe, y se llevaron todos los ponis, el material del campamento y provisiones. Desmoralizados al ver que los chiricahuas luchaban ahora en el bando de los exploradores, Gerónimo, Nachez y Chihuahua abrieron negociaciones y acordaron reunirse con Crawford al día siguiente.

Al amanecer del día siguiente, una fuerza de mexicanos irregulares comandada por un célebre cazador de cabelleras abrió fuego sobre el campamento de Crawford. El capitán gritó en español que eran soldados estadounidenses y el tiroteo cesó. Crawford se encaramó a un peñasco para hablar con el que comandaba aquel grupo, pero fue derribado con un tiro en la cabeza. Los exploradores apaches, enfurecidos, fueron esta vez los primeros en abrir fuego y acabaron con la vida del oficial mexicano, de su segundo al mando y, quizá, de otros doce antes de que el teniente Maus pudiera detener el tiroteo. Se dirigió adonde estaban los mexicanos, quienes exigieron mulas y raciones antes de dejarle ir. Incluso después de haber aceptado, no le dejaron marchar hasta que el eco de los escalofriantes gritos de guerra de sus exploradores empezó a resonar en las montañas. Gerónimo y su grupo contemplaron aquel suceso en silencio.

Crawford murió cinco días después. Mientras tanto, Maus reanudó las negociaciones con los hostiles, quienes aceptaron encontrarse con Crook en el cañón de los Embudos, cerca de la frontera, en el habitual plazo de «dos lunas». Los apaches acudieron a la cita el 25 de marzo, desconfiados y temiéndose una trampa. Mangus y trece más no se presentaron con ellos. Tal y como Crook informó a Sheridan, los renegados se quedaron a unos quinientos metros del campamento de Maus. «Los vi muy independientes — escribió— e igual de fieros que muchos tigres [...]. Después de la conversación parecía que iba a ser imposible acordar algo con ellos a no ser que se les permitiera regresar a la reserva en las mismas condiciones que antes.»[44]



El encuentro entre el general Crook y Gerónimo en 1886. *De izquierda a derecha*: el capitán Roberts, Gerónimo, Nana, el teniente Maus, tres intérpretes, el capitán Bourke y Crook (Colección Histórica del Oeste, Universidad de Oklahoma).

Fueron los hostiles, no Crook, quienes establecieron las condiciones de su rendición. Le dieron tres opciones: irían al este para reunirse con sus familias durante dos años; regresarían a la reserva como antes o continuarían la guerra. Crook eligió la primera alternativa e informó a Sheridan de los términos de la rendición.

Sheridan rechazó el acuerdo con total franqueza. «El presidente —escribió— no puede aprobar la rendición de los hostiles en los términos de su confinamiento en el este durante dos años, aunque posteriormente regresen a la reserva. Ha dado instrucciones de que vuelva a iniciar negociaciones con ellos bajo los términos de una rendición incondicional y perdonándoles únicamente la vida.»[45] «Tome todas las precauciones posibles para evitar la fuga de los hostiles», ordenó Sheridan a Crook para obtener la rendición incondicional. Si no aceptaban aquellos términos, Crook tenía que «asegurarse de que no hubiera más hostilidades con la destrucción definitiva de los hostiles».[46]

Esto significó que Crook, quien, muy por encima del resto, había sido muy puntilloso a la hora de mantener su palabra con los apaches, tenía que recurrir a lo que consideraba un acto de pura traición. Puede ser que el famoso «telégrafo apache» volviese misteriosamente a alertarlos sobre los inminentes problemas. En cualquier caso, la noche posterior a que Crook se marchase del campamento apache, un americano llamado Tribolet se puso a vender mezcal y whisky de pésima calidad a los hostiles, diciéndoles que todos los que se rindieran serían juzgados y condenados a la horca por las autoridades regionales. El teniente Maus envió al teniente Shipp con unos cuantos soldados a destruir todo el licor que pudieran encontrar en el campamento de Tribolet, pero ya era demasiado tarde. Gerónimo, Nachez y otros doce indios ya estaban borrachos. Durante la noche, veinte hombres, trece mujeres y seis niños acompañaron a los dos jefes de vuelta a Sierra Madre, aunque dos de los guerreros cambiaron de opinión y regresaron.[47]

Crook telegrafió las malas noticias a Sheridan, quien le contestó el 31 de marzo con estas palabras: «Recibido su parte de ayer. Ha ocasionado gran decepción. Parece raro que Gerónimo haya podido escapar con un grupo sin que se hayan enterado los exploradores».[48]

Enfurecido por esta mancha en la reputación de sus exploradores de confianza, Crook declaró: «No puede existir la menor duda con respecto a la total lealtad de los exploradores y, de haber sido posible, habrían evitado que los hostiles se marchasen». Señaló que los hostiles habían diseminado sus campamentos por toda la zona para que fuera imposible rodearles o sorprenderles, ni siquiera seguirles los pasos de cerca.[49]

Sheridan respondió que nada podía hacerse salvo concentrar las tropas y proteger a la gente. Crook no estaba de acuerdo con ello. Dijo que mientras hubiera hostiles en Sierra Madre, los soldados debían permanecer preparados. Los hostiles también daban refugio a los indios descontentos de las demás reservas. «Creo que el plan que he seguido durante las últimas operaciones es el que más se

aproxima a la consecución de un final exitoso. No obstante, puede ser que yo esté demasiado ligado a mis puntos de vista al respecto —continuó Crook— y, como he pasado cerca de ocho años en este departamento desempeñando el trabajo más duro de mi vida, solicito, con todos los respetos, que se me releve en estos momentos del cargo.»[50]

Sheridan aceptó inmediatamente la solicitud de Crook, y al día siguiente ordenó al general Nelson A. Miles que lo relevase. En sus órdenes a este, Sheridan repitió su creencia de que los exploradores apaches no eran de fiar y aconsejó a Miles que hiciera un «uso activo y destacado de las tropas regulares». Sheridan estaba convencido de que las medidas de Crook debían desacreditarse.

Mientras tanto, Chihuahua, Nana y aproximadamente sesenta chiricahuas acompañaron al teniente Maus hasta Fort Bowie; a los pocos días, los cargaron en trenes en la estación de Bowie y los enviaron —«trasladaron»— a Fort Marion en St. Augustine, Florida. Crook no volvería a luchar contra los apaches, pero sus esfuerzos para ayudarles no cesarían en los cuatro años de vida que le quedaban.

XIII

LOS PRISIONEROS DE GUERRA APACHES

Como oficial al mando del distrito, al general Miles se le proporcionaron cinco mil soldados, alrededor de una cuarta parte del ejército estadounidense; siguiendo la sugerencia de Sheridan, licenció a todos los exploradores apaches, menos a unos pocos. Dividió la frontera en distritos, cada cual con sus guarniciones, y estableció una serie de estaciones de heliógrafo en las cimas de las montañas para agilizar las comunicaciones. Esta fue la respuesta del ejército al sistema apache de señales de humo. En cuanto estuvieron operativas las estaciones, las tropas, utilizando un sistema de señales emitidas por espejos, pudieron enviar mensajes de veinticinco palabras a una distancia de seiscientos cincuenta kilómetros y recibir una respuesta en cuatro horas. Para perseguir a los hostiles en México, Miles también organizó una fuerza de asalto móvil compuesta por cien soldados y veinte exploradores apaches montaña blanca y de San Carlos, bajo las órdenes del capitán Henry W. Lawton, del Cuarto de Caballería, un veterano que había participado en las campañas de Mackenzie. En el Estado Mayor de Lawton se encontraba el teniente Stanton y el cirujano Leonard Wood; esta dotación tenía su base en Fort Bowie.

Antes de que se completaran los preparativos de Miles, Gerónimo y Nachez asolaron el valle de Santa Cruz dividiéndose en pequeños grupos y llevando a cabo incursiones que se adentraban por el norte hasta la región de Fort Apache. Numerosas columnas de caballería les persiguieron en vano. A principios de mayo de 1886, el capitán Lebo, del Décimo de Caballería, les cortó el paso y les alcanzó en el

norte de Sonora, pero los encontró demasiado atrincherados como para atacarles. El capitán C. A. P. Hatfield, del Cuarto de Caballería, dio con el rastro de los hostiles en el norte de México y se apoderó de todos sus caballos y su material de campamento. Se encaminó hacia la frontera, pero los apaches tendieron una emboscada a su comando en un cañón estrecho y recuperaron los caballos. Inmediatamente, se lanzaron a cometer otro asalto en Arizona y dejaron un guerrero herido, Kieta, en Camp Apache. Perder los caballos y el material del campamento no suponía una gran pérdida para los apaches hostiles; les había ocurrido siete veces en quince meses, y en cada una de las ocasiones se habían vuelto a equipar en menos de una semana a través de incursiones en ranchos y en ciudades mexicanas.[1] Miles aprendería lo que Crook y Crawford ya habían aprendido con anterioridad, que resultaba simplemente imposible abatir a los apaches con tropas regulares. Solo los exploradores apaches, sin el estorbo de las tropas y las caravanas de carga, podían seguir el ritmo de los hostiles en las montañas.

Las tropas de Lawton persiguieron a los hostiles durante cuatro meses, de un territorio montañoso impenetrable a otro y cubriendo una distancia de cerca de dos mil doscientos cincuenta kilómetros. Sin embargo, pese a ello, apenas consiguieron nada. Como comentó el cirujano Leonard Wood:

> Quien no conozca este territorio no podrá entender lo que supone este tipo de servicio: marchar cada día bajo un intenso calor, las rocas y la tierra tan tórridas que los pies se te ampollaban y los cañones de los rifles, así como todo lo que fuera metálico, estaban tan calientes que no podías tocarlos con la mano sin quemarte. Es un territorio árido más allá de toda descripción, cubierto por todas partes de cactus y plagado de serpientes de cascabel y otras compañías indeseables de la misma clase. La lluvia, cuando llega, se desata como una tempestad tropical, y transforma en un instante los secos cañones en rugientes torrentes [...]. No teníamos tiendas y poco o ningún equipaje de ninguna clase, salvo las raciones y la munición.[2]

Todos estaban obligados a caminar, pues los caballos quedaban exhaustos en menos de una semana. Solo la tercera parte de los hombres alistados soportaban toda la campaña, y los oficiales se reemplazaban dos veces. Pero todo este esfuerzo y perseverancia se saldaba con muy pocos éxitos.

El general Miles se enteró de la presencia de Kieta en Camp Apache y mandó a buscarlo. Este deseaba dejar de luchar y dijo que los demás se estaban también hartando de la guerra y la huida perpetuas. Kieta declaró que si dos o tres hombres que los hostiles conocieran y en quienes confiasen iban a visitarles, podrían convencerles de que se rindieran. Miles se tragó su orgullo y decidió enviar a los chiricahuas Kieta y Martine para negociar con los hostiles, acompañados de un oficial que tanto Gerónimo como Nachez conocían y en quien confiaban. Como el capitán Crawford estaba muerto y el teniente Britton Davis se había licenciado, Gatewood era el único que quedaba en el departamento que cumpliese estos requisitos. Ya le habían apartado de Fort Apache para que reuniera a su regimiento y, aunque estaba mal de salud, aceptó emprender la ardua y peligrosa misión.

Gatewood fue a México en compañía de Kieta y Martine con órdenes de obtener una escolta de veinticinco hombres en Fort Bowie y no acercarse a los hostiles sin su cobertura, por temor a que lo capturasen y lo usaran de rehén. El coronel Beaumont, que estaba al mando de Bowie, no pudo proporcionarle, sin embargo, ningún soldado porque sus tropas se hallaban desperdigado en patrullas. Gatewood obtuvo solo un intérprete, George Wratten, un porteador y un mensajero. Beaumont envió entonces a Gatewood hasta Cloverdale, un puesto temporal próximo a la frontera, para asegurarse una escolta.

Allí, Gatewood solo pudo encontrar unos pocos pelotones de infantería y ningún animal. Pero una columna de caballería dirigida por el teniente James Parker le escoltó hasta el campamento de Lawton en el río Aros, trescientos veinte kilómetros más allá de la frontera. Lawton no poseía información acerca de los hostiles pero, a

mediados de agosto, Gatewood se enteró de que se hallaban cerca de Fronteras intentando negociar un tratado de paz con los funcionarios mexicanos.

Con su pequeño grupo, Gatewood se dirigió sin perder tiempo a Fronteras, donde le habían contado que dos mujeres apaches habían entrado en la ciudad y se habían dedicado a comprar suministros y a solicitar la firma de un tratado de paz. El teniente Wilder le prestó dos intérpretes más, Tom Horn y José María, y acto seguido siguió las huellas de las dos mujeres durante tres días. Martine y Kieta se adelantaron y descubrieron el campamento de los hostiles en un pico de las montañas Torres, por encima de una curvatura del río Bavispe. Gerónimo retuvo a Kieta como rehén y envió a Martine de vuelta para informar a Gatewood de que deseaba conferenciar con él.

Esa noche, el teniente Brown llegó con treinta exploradores del comando de Lawton, pero cuando se dispusieron a acompañar a Gatewood por la mañana se encontraron con tres chiricahuas armados que les dijeron que se volviesen al campamento y permaneciesen allí. Solo Gatewood, acompañado de unos pocos, podía continuar.

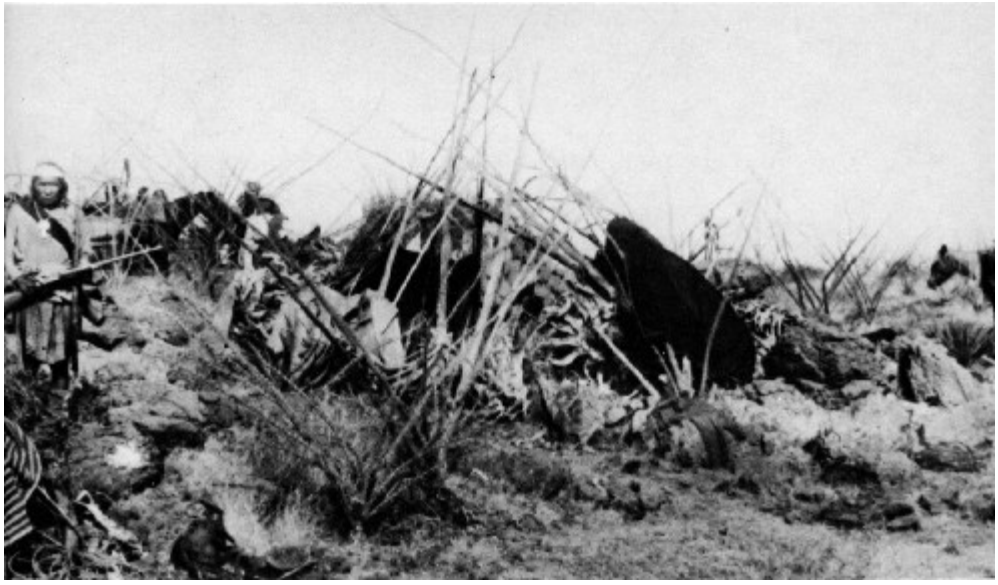
El lugar de reunión era un pequeño claro a orillas del Bavispe. Como recordaba Gatewood: «Los hostiles llegaron en cuadrillas, desensillaron y soltaron a sus caballos para que pastasen libremente. Entre los últimos apareció Gerónimo. Dejó su rifle en el suelo a unos veinte metros, se acercó y nos dimos la mano. Al darse cuenta de mi evidente mala salud, me preguntó qué me pasaba». Gatewood pasó tabaco cuando se sentaron formando un semicírculo. Gerónimo se sentó al lado de Gatewood y anunció que estaban allí para escuchar el mensaje del general Miles.[3]

Los términos de Miles eran concisos: si os rendís, os mandaremos a Florida para que os podáis reunir con vuestras familias y en dos años volveréis a la reserva. «Aceptad estos términos o luchad hasta el amargo final.» Hubo un largo silencio, durante el cual todos miraron

intensamente a Gatewood. Gerónimo, pasándose la mano por los ojos, dijo que llevaban tres días bebiendo mezcal y le preguntó a Gatewood si tenía whisky, a lo que este respondió que no.

La reacción inicial de Gerónimo a las demandas de Miles fue rechazarlas de pleno. Insistió en regresar a la reserva, donde podrían poseer granjas y recibir raciones como en el pasado. Las discusiones se extendieron a lo largo de todo el día con Gerónimo repitiendo cada dos por tres: «Llevadnos a la reserva, o iremos a la guerra». Pero antes de interrumpir el diálogo hasta el día siguiente, Nachez preguntó por su madre y su hija. Gatewood le dijo que estaban con la banda de Chihuahua en Florida.

Estas noticias hicieron que los hostiles estuvieran más dispuestos a escuchar cuando las conversaciones se reanudaron al día siguiente, pues, al igual que Nachez, estaban preocupados por sus familias. Al ver que estaba perdiendo terreno rápidamente, Gerónimo preguntó de repente qué clase de hombre era Miles. «Queremos tu consejo —le dijo a Gatewood más tarde—. Considérate no como un hombre blanco, sino como uno de los nuestros. Recuerda todo lo que se ha dicho hoy y dinos qué deberíamos hacer.» La respuesta de Gatewood fue bienintencionada, con todo lo imprudente que pudiera parecer: «Confiad en el general Miles y rendíos».



El campamento de Gerónimo en la década de 1880. El centinela tiene su rifle amartillado y listo para disparar (Colección Histórica del Oeste, Universidad de Oklahoma).

A la mañana siguiente, los chiricahuas hicieron llamar a Baychendaysan (Nariz Larga), el nombre que le habían puesto a Gatewood. Gerónimo, Nachez y otros más le dijeron que habían decidido seguir su consejo y rendirse.[4] Conscientes de que había más tropas buscándolos, los apaches anunciaron que conservarían sus armas hasta después de haber hablado con Miles. Insistieron en que Gatewood se quedara con ellos durante todo el viaje de vuelta y que la columna de Lawton marchara no muy lejos de ellos para protegerles. Partieron hacia la frontera el 26 de agosto.

Al segundo día del viaje de regreso, el comandante de la guarnición mexicana de Fronteras se aproximó acompañado de doscientos soldados. Gatewood y los apaches, con solo veinticuatro hombres y catorce mujeres y niños, salieron disparados hacia el norte mientras Lawton entretenía a las tropas mexicanas. Al poco rato, un mensajero enviado por Lawton informó a los apaches de que habían acordado un encuentro entre ellos y el comandante mexicano para que este pudiera convencerse por sí mismo de que Gerónimo se había rendido de verdad. Cuando llegó ante el comandante, Gerónimo le informó de que se estaba entregando a los estadounidenses porque confiaba en ellos. El mexicano le respondió que acompañaría al grupo para comprobar que la rendición era real.

Gerónimo reaccionó con violencia. Se llevó la mano a la pistola y gritó: «¡No! Tú te vas al sur y yo al norte». Como solución de compromiso, se permitió a un soldado mexicano acompañar al comando de Lawton y regresar con la confirmación oficial de Miles de la rendición, de manera que los mexicanos se convenciesen de que esta era genuina.[5]

El mes anterior, mientras Gatewood y Lawton aún seguían en México, el secretario de Interior, L. Q. C. Lamar, envió a su hijo para dar parte de los apaches de Arizona. En solo uno o dos años, los apaches tanto de San Carlos como de Camp Apache habían realizado

excelentes progresos agrarios y ganaderos; el número de sus reses ya se había incrementado hasta alcanzar las cuatro mil cabezas. Lamar, Jr., a quien acompañaba Miles en su inspección de las reservas, urgió un apoyo inmediato al programa iniciado por Crook, pero se mostró de acuerdo con el general en que la presencia de los chiricahuas en Arizona suponía una amenaza para la paz.

En el mismo mes de julio, Miles solicitó permiso para enviar a Washington a una delegación de jefes y cabecillas chiricahuas y de Warm Springs para discutir la expulsión de Arizona de toda su gente. Sheridan se opuso al traslado total y señaló que, en el pasado, desarraigar a las tribus había conducido siempre a la guerra. Sin embargo, no puso objeción a que una delegación se presentara en Washington. Trece apaches (entre quienes se encontraban Chato, Kaetennae y algunas mujeres), acompañados por el capitán Dorst, llegaron a Washington para visitar al secretario Lamar. A Chato le concedieron una medalla de plata de paz estampada con el retrato del presidente Arthur.

El capitán Bourke, que conocía muy bien a los apaches, los visitó y los entretuvo. Vestidos con trajes baratos y sombreros de paja, le acompañaron por la ciudad y les agradó especialmente que les llevara a escuchar una orquesta mexicana. Cuando le llegó el turno a una de las vocalistas no pudieron evitar echarse a reír: para ellos no había nada más desternillante que una mujer cantando.

El 31 de julio, el destino de las bandas chiricahuas y de Warm Springs se discutió en la reunión del Gobierno en la Casa Blanca. El presidente Cleveland inquirió sobre la viabilidad de mandar a todos los chiricahuas a Fort Marion, en Florida, y quiso saber si podía enviarse a la delegación que estaba presente allí en lugar de hacerla regresar a Arizona. El capitán Bourke, al que habían invitado a la reunión, se opuso vigorosamente al traslado afirmando que era injustificado, ya que los chiricahuas se estaban comportando muy bien y se aplicaban en las tareas agrarias y ganaderas. Dijo que otros apaches podrían sentirse molestos por la injusticia de semejante traslado. El capitán Dorst adoptó la postura contraria.

Declaró que los demás apaches odiaban a los chiricahuas y que les agradaría mucho librarse de ellos. Bourke se dio cuenta enseguida de que los argumentos y la información de los expertos no iban a servir para nada, pues Cleveland ya había tomado una decisión y se negaba a escuchar cualquier otro punto de vista. Parecía convencido de que, ignorando las promesas que se habían hecho, los hostiles debían ser «castigados» por sus «crímenes».

El general Miles, cuyos esfuerzos para reducir a los hostiles con la caballería estaban demostrando ser infructuosos, no dudaba de que si todos los chiricahuas y los apaches de Warm Springs se trasladaban al Territorio Indio, Gerónimo y los demás estarían encantados de seguirles. Se manifestó en contra de enviarles dos años a Florida, porque ese había sido el plan de Crook; además, Cleveland hablaba en términos de exilio permanente.

La delegación apache planteó el problema más inmediato, pues Sheridan les había prometido que les devolverían a la reserva. Sin embargo, se temía que, una vez allí, alertasen a los demás de los planes y huyesen. Ordenó a Dorst que les entretuviera cinco días en la Escuela India de Carlisle, en Pensilvania, antes de ponerse en marcha de vuelta a Arizona. Una vez que llegaran a la reserva, la promesa de Sheridan se habría cumplido; acto seguido, el ejército podría arrestarles antes de que tuvieran oportunidad de atemorizar al resto. Pero Miles no quería que regresaran a Arizona, pues estaba seguro de que su presencia complicaría el cerco y el traslado de los demás. En el momento en que el general convenció a sus superiores de sus puntos de vista, Dorst y los apaches ya se encontraban atravesando Kansas. Dorst recibió un telegrama en el que se le ordenaba llevar a los apaches a Fort Leavenworth, donde se les retendría durante un mes, asegurándoles que todo iba bien.

Acto seguido, Miles llamó a Dorst para que se presentara en Albuquerque con objeto de asistir a una conferencia, y le informó de que la gente de Arizona y Nuevo México deseaba juzgar a Chato y a otros apaches por los crímenes que habían cometido en el pasado. Dorst advertiría a los indios de este peligro y luego presentaría el

plan de traslado de Miles. Dorst comunicó obedientemente la promesa del general de una reserva de noventa y seis kilómetros cuadrados, equipamiento agrario y ganado; y fue así como cada miembro de la delegación india estampó su marca amablemente en el «tratado» de Miles.

Mientras tanto, el secretario de Guerra había preguntado al coronel Langdon, que estaba a cargo de la banda de Chihuahua en Fort Marion, si podía dar cobijo a cuatrocientos o quinientos apaches chiricahuas y de Warm Springs. Era una pregunta innecesaria, porque aunque Langdon respondió que quizá pudiese cobijar hasta un máximo de setenta y cinco, las condiciones ya eran bastante agobiantes. El presidente Cleveland y los secretarios de Interior y de Guerra ordenaron que, en cualquier caso, enviasen allí a los apaches. Miles dio instrucciones a varias unidades de caballería para que marcharan a Fort Apache y estuviesen listas para ayudar en el traslado.

En un artículo sobre el fin de los problemas apaches, el general de brigada James Parker recordó el encuentro con el general Miles en Fort Huachuca a principios de junio de 1886, cuando tuvo la oportunidad de hacer una sugerencia:

> Acabo de llegar de Fort Apache, donde se han ubicados los chiricahuas que no están con Gerónimo. Dondequiera que haya noticias de una incursión, los chiricahuas, para no verse envueltos en la lucha, se dirigen al puesto y se les aloja en el corral del intendente.
>
> Yo sugeriría que se hiciese público un falso informe de una incursión y que cuando los indios estén en el corral, las tropas los rodeen, los desarmen, los lleven a las vías del tren y los transporten al Este como prisioneros de guerra. La banda de Gerónimo en el campo quedará así aislada, dejará de recibir la ayuda y el acomodo que recibía hasta el momento, y se rendirá.

A esta sugerencia, Miles respondió con estupefacta susceptibilidad: «Vamos, eso sería traición. Jamás podría hacer tal cosa».[6] Sin embargo, uno o dos meses más tarde, Miles ya había superado su reticencia a tomar parte en una traición.

Mientras tanto, Gatewood y treinta y ocho hostiles, acompañados a distancia por el destacamento de Lawton, llegaron al cañón Skeleton, donde Gerónimo y Nachez habían acordado entregarse a Miles. La insistencia del general en que los apaches se rindieran a Lawton estuvo a punto de hacer añicos la precaria paz con Gatewood. Consciente de que los apaches estaban nerviosos y recelosos y a punto de salir en estampida en el momento menos pensado, Lawton había enviado multitud de mensajes a Miles, urgiéndole a encontrarse con ellos. Este recurrió a todas las excusas que pudo inventarse para evitar dicho encuentro, e incluso llegó a sugerir que Lawton y otros oficiales sorprendieran a Gerónimo con la guardia baja y lo asesinaran. Lawton se negó y Miles se dirigió de mala gana al cañón Skeleton el 3 de septiembre.

Tras dos días de diálogo en los que les ofreció condiciones que sabía que no aceptarían, Miles convenció a los apaches de que se rindieran y le acompañasen a Fort Bowie, aunque no pudo convencerles de que entregasen sus armas. Miles engañó al general Oliver Howard, al mando de la División del Pacífico, haciéndole creer que los apaches se habían rendido incondicionalmente, y este transmitió alegremente estas buenas noticias a la Secretaría de Guerra, preguntando, de paso, qué debía hacerse con ellos. El presidente Cleveland envió instrucciones de retener a los apaches como prisioneros hasta que pudieran juzgarlos por sus «crímenes».

Miles inundó la Secretaría de Guerra con telegramas y sugerencias, pero no sirvieron de nada, porque, el 8 de septiembre, Cleveland ordenó que se llevaran a los hostiles al fuerte o la prisión más cercana y los retuviesen allí. El telegrama llegó en el momento en que Miles se disponía a embarcar a los apaches con destino a Florida. No obstante, uno de sus oficiales, el capitán William Thompson, lo interceptó y se lo guardó en el bolsillo hasta que hubieron desarmado a los hostiles y transportado en vagones a la estación Bowie, mientras la banda del Cuarto de Caballería de Fort Huachuza interpretaba con sarcasmo *Auld Lang Syne*. A Kieta y Martine, que habían arriesgado sus vidas para dar con el

campamento de los hostiles y penetrar en él, se les invitó a despedirse de ellos en el tren. En cuanto los apaches estuvieron a bordo y el tren estuvo listo para partir, Kieta y Martine fueron detenidos a traición y arrojados al interior del vagón con destino a Florida como prisioneros de guerra.

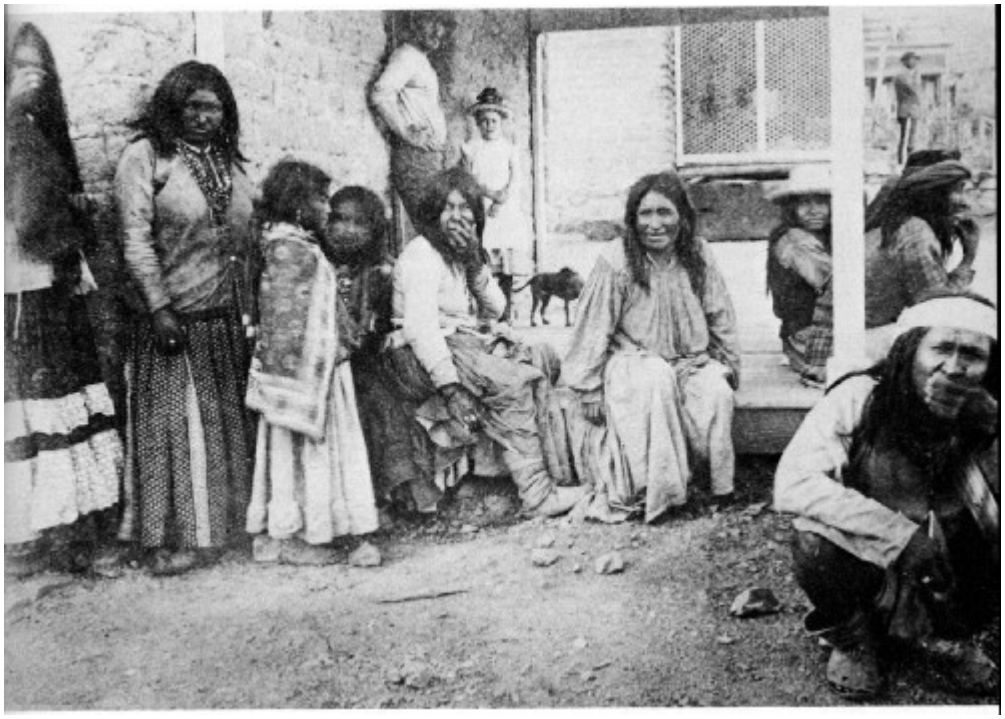
Miles había ignorado, a sabiendas, dos órdenes presidenciales: primero, al ofrecer condiciones a los hostiles y, segundo, al enviarles a Florida en vez de encarcelarlos en la prisión o fuerte más cercanos. En ese momento informó al general Howard de que los apaches se habían entregado con la convicción de que se les destinaría al sudoeste. Lo siguiente que hizo fue tratar de convencer a la Secretaría de Guerra de que había enviado a los apaches al lugar de confinamiento más próximo, pues aunque se encontraban en un tren camino de Florida, Miles temía que les pudieran detener en Fort Sam Houston, Texas, o que se les enviara a Fort Leavenworth, Kansas. La Secretaría de Guerra, en efecto, ordenó que se detuviera el tren en San Antonio, y los apaches fueron trasladados a Fort Sam Houston. Allí languidecieron durante seis semanas mientras se debatía su destino.

Mientras Gerónimo y su grupo aguardaban sin esperanza en San Antonio, a Chato y la delegación retenida en Fort Leavenworth se les envió a Florida en vez de a Arizona, en contra de lo que se les había prometido, y llegaron a Fort Marion el 17 de septiembre. A los tres días, trescientos ochenta y un chiricahuas y apaches de Warm Springs de la reserva llegaron también allí; se habían subido trescientos ochenta y dos al tren en Holbrook, pero uno había escapado a la altura de Misuri.

Mientras tanto, el general Howard y la Secretaría de Guerra buscaban en vano copias de los mensajes en los que Miles insinuaba que se le autorizaba a ofrecer condiciones a los hostiles y a enviarlos a Florida. Los telegramas no aparecieron por ninguna parte, porque jamás se habían enviado. En Arizona, había muchos que pedían que Gerónimo y su banda de hostiles regresaran allí para poder juzgarles y castigarles. No obstante, al no conocer las condiciones de la

rendición, los funcionarios de Washington no podían hacer otra cosa que preguntar a Howard y a Miles cuáles eran las condiciones «exactas» que se habían acordado. Pero el general estaba viajando por Arizona y Nuevo México, disfrutando de los fastuosos recibimiento como héroe allá donde iba e ignorando alegremente las órdenes. Cuando el presidente Cleveland exigió imperiosamente toda la información relativa a la rendición de los apaches, Miles solicitó permiso para informarle en persona. Con creciente irritación, Cleveland denegó tal solicitud y repitió su orden. El general encabezó un alegre desfile y se le festejó en numerosas ceremonias como el «conquistador de Gerónimo»; solo a los tres días, envió a Cleveland una respuesta sin casi información y del todo insatisfactoria. A la Administración no le quedó otra que recurrir a la humillante opción de interrogar a Nachez y a Gerónimo por separado para descubrir cuáles habían entendido que eran las condiciones de su rendición. Sus historias concordaron: Miles les había prometido protección, la reunión con sus familias y una reserva extensa y perfectamente abastecida.

El dilema se discutió a fondo en Washington antes de que el presidente Cleveland tomara una decisión. A los hombres apaches se les retendría en Fort Pickens, en la isla Santa Rosa, en la bahía de Pensacola; a las mujeres y los niños se les enviaría a Fort Marion. Ya avanzado el mes de octubre, a los apaches, que protestaban por su situación, se les obligó a abandonar San Antonio. Cleveland consideraba que el problema apache, por fin, se había solucionado; pero había ciertos aspectos de la solución que no tardarían en avergonzar al gobierno. La separación de las familias, por ejemplo, resultaba difícil de justificar; incluso menos defendible era la encarcelación en Fort Marion de diecisiete exploradores apaches que habían servido en el ejército con lealtad y eficacia. También estaba la promesa de Miles de concederles una reserva extensa.



Un grupo de cautivos apaches en Fort Bowie, 1886. Sus mocasines están destrozados por la huida. La mujer de la izquierda se tapa la nariz en el lugar donde la parte blanda de esta ha sido seccionada, un castigo habitual entre los apaches por el adulterio (Colección Histórica del Oeste, Universidad de Oklahoma).

Después de que Nachez y Gerónimo se rindieran, solo estaban libres Mangus y una docena de indios pertenecientes a su banda, aparte de otras pocas familias aisladas. En octubre, la gente de Mangus secuestró un rebaño de mulas del rancho Corralitos que administraba Britton Davis, quien les siguió hasta la frontera para luego telegrafiar a Miles. El capitán Charles L. Cooper, al frente de un destacamento del Décimo de Caballería, dio con ellos en una zona abierta próxima a las montañas Black y atrapó a todo el grupo; fue la única ocasión, a lo largo de toda la campaña, en que se pudo capturar a hombres apaches armados.[7] Con Mangus había tres hombres, tres mujeres, dos muchachos algo crecidos y cuatro niños. El 1 de noviembre de 1886, metieron a los prisioneros en un tren en Holbrook; a Mangus y a los guerreros los enviaron a Fort Pickens, mientras que a los otros se los llevaron a Fort Marion. Todavía quedaban algunas familias de apaches en Sierra Madre, y aunque

robaban caballos y ganado de vez en cuando, no suponían una amenaza para México y Arizona. Los supervivientes de estos pequeños grupos continuaron en Sierra Madre durante cerca de medio siglo, mucho después de que las guerras apaches hubieran caído en el olvido. Hasta en una fecha tan tardía como 1900, algunos de ellos atacaron a unos colonos mormones en Chihuahua.

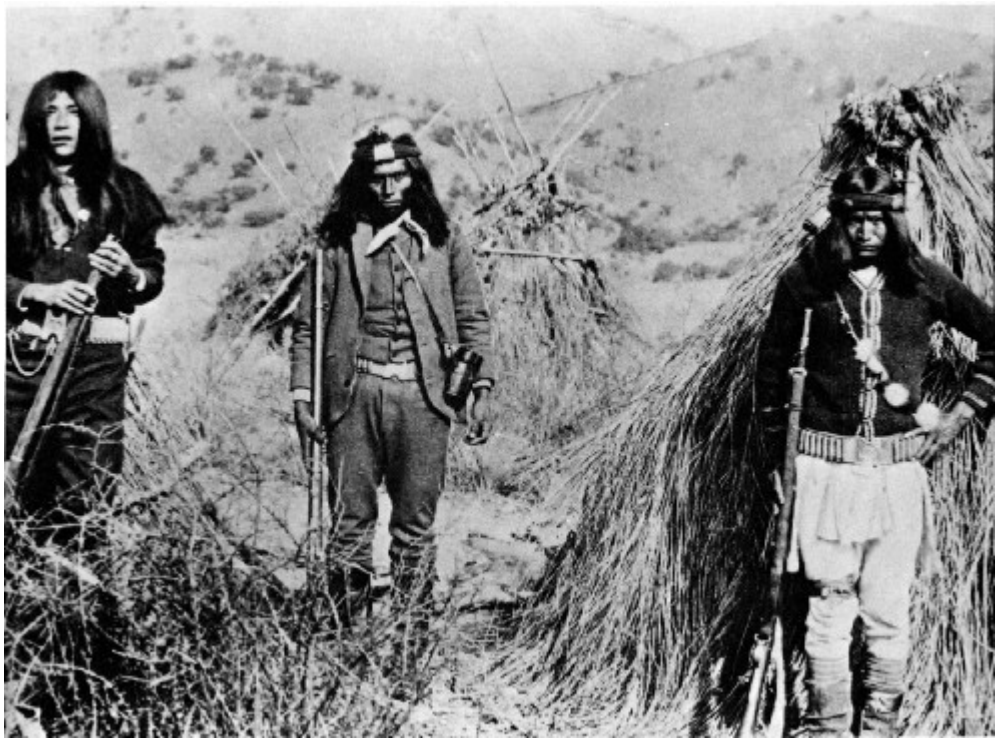
Uno de aquellos renegados era Massai, un apache de Warm Springs que había servido como explorador en la campaña de 1880 contra Victorio. Dos años más tarde, él y otros exploradores regresaban a Arizona por tren desde Texas cuando se enteraron de que la banda de Warm Springs de Loco había sido obligada a abandonar San Carlos y se hallaba camino de Arizona. Massai se fugó del tren y, de algún modo, logró reunir a su familia en Sierra Madre. Después, él y su familia dejaron a los renegados y regresaron a San Carlos. En 1885, huyó con Gerónimo, pero no tardaría en regresar a Turkey Creek, donde viviría con su familia hasta que se capturó a todos los chiricahuas y apaches de Warm Springs para exiliarlos en Florida.

Según el testimonio de Jason Betzinez, Massai trató de provocar una revuelta en el trayecto hacia Holbrook, pero nadie se molestó en unirse a una empresa tan vana. Sin embargo, antes de que el tren llegara a San Luis, Massai escapó y se abrió paso por territorios desconocidos de vuelta a Warm Springs. Se dirigió en secreto a la reserva mescalero y secuestró a una joven para permanecer oculto junto a ella durante un cuarto de siglo. Parte del tiempo lo pasó con Apache Kid y con otros irreconciliables, principalmente chiricahuas.

El más famoso de todos los renegados apaches que siguieron libres tras la rendición de Gerónimo fue el antiguo explorador conocido por el nombre de Apache Kid. Era probablemente un apache montaña blanca o de San Carlos. Había servido muy bien como explorador contra los chiricahuas y ascendió hasta sargento de primera de la Compañía A de exploradores indios. Se casó con la hija del jefe arivaipa Eskiminzin y sus problemas empezaron en el verano de 1887, cuando se vengó del asesinato de su padre disparando a un apache llamado Rip.

Apache Kid y los exploradores que estaban con él regresaron a San Carlos tras el asesinato. El capitán Pierce, ahora agente indio en San Carlos, ordenó a los exploradores que entregaran sus rifles y sus cananas, y todos ellos obedecieron. Acto seguido, el intérprete Antonio Díaz, supuestamente, les dijo que les iban a enviar a Florida, provocando la alarma en los demás apaches que estaban lo bastante cerca para oírlo. Algunos guerreros se acercaron a lomos de sus caballos y uno de ellos abrió fuego contra Pierce y Al Sieber. Apache Kid y los exploradores que le seguían huyeron, la mayoría desarmados.

El general Miles declaró en su cuartel general de Los Ángeles, basándose en una información inadecuada: «A los indios se les ha tratado muy bien, y el asunto [de San Carlos] es consecuencia de la innata maldad de su carácter, excitado por un licor infame».[8] Al poco tiempo, Miles viajó a San Carlos, donde recibió un mensaje de Apache Kid en el que le decía que deseaba regresar pero no podía hacerlo con todas aquellas tropas presionándole tan de cerca. Miles ordenó que cesara la persecución, y los exploradores se presentaron en San Carlos para entregarse.



Apache Kid con unos amigos frente a un wickiup, 1880 (Colección Histórica del Oeste, Universidad de Oklahoma).

A pesar de admitir que no comprendían los cargos de los cuales se les acusaba, Miles ordenó que se hiciera un consejo de guerra a los apaches, «como si se tratase de soldados blancos». Uno de los miembros del tribunal pidió que le disculparan debido a «la parcialidad y a los prejuicios»; otros reconocieron el mismo inconveniente, pero aseveraron que podían «llegar a un juicio sobre la base de las pruebas que se presentaran».[9] El hecho es que ya habían tomado una decisión; después de cumplir con todas las formalidades, sentenciaron a Apache Kid y a otros cuatro exploradores a morir frente a un pelotón de fusilamiento.

Miles se opuso a la rigurosa sentencia porque sabía que la declaración de Antonio Díaz había excitado a otros apaches y el «motín» no había sido premeditado; así que ordenó al tribunal que reconsiderara su veredicto: este volvió a reunirse obedientemente en agosto y sentenció a los exploradores a cadena perpetua. Miles redujo la sentencia a diez años y los envió bajo custodia a Alcatraz.

Los tribunales decidieron entonces que el ejército no tenía jurisdicción en tales casos, y los prisioneros fueron devueltos a San Carlos y quedaron libres, aunque enseguida les volvieron a arrestar las autoridades civiles para conducirles a Globe y juzgarlos en octubre de 1889. Sobre todo gracias al testimonio de Sieber, volvieron a declararles culpables. Edward Arhelger, que estuvo presente en el juicio, escribió: «Todos fueron declarados culpables, lo que desde mi punto de vista estuvo muy mal, pero el sentimiento que imperaba era que el único indio bueno era el indio muerto».[10]

Apache Kid y sus compañeros fueron sentenciados a pasar siete años en la prisión territorial de Yuma. El sheriff Glen Reynolds y su ayudante condujeron a los prisioneros esposados, en una diligencia, hasta Casa Grande, de camino a Yuma, después de rechazar la oferta de Sieber de proporcionarles una escolta de exploradores. El segundo día, llegaron a una colina escarpada; el sheriff y su ayudante hicieron descender a los prisioneros que iban esposados de dos en dos para aligerar la carga. Apache Kid y Say-es, que estaban esposados individualmente, permanecieron en el interior de la diligencia. Los demás inmovilizaron al sheriff y al ayudante, se apoderaron de sus armas y los mataron. Dispararon al conductor y le dejaron por muerto, pero sobrevivió.

Los soldados y los exploradores no tardaron en seguirles la pista, mataron a dos fugitivos y capturaron a otros dos, pero Apache Kid y varios más siguieron libres. Aparentemente, Apache Kid y Massai unieron sus fuerzas durante un tiempo, y aunque se les acusó de numerosos asesinatos por todas partes, jamás se pudo dar con ellos. Como Apache Kid era su yerno, sobre Eskiminzin cayeron las sospechas de proporcionarle víveres e información relativa a los movimientos de las tropas; por este motivo, se llevaron al jefe a Mount Vernon Barracks, en Alabama, para retenerle allí junto a otros prisioneros de la guerra apache.

En 1890, los rurales de México mataron a tres apaches y del cadáver de uno de ellos recuperaron el reloj y la pistola del sheriff Reynolds. Cuatro años más tarde, Walapai Ed Clark descubrió huellas de

mocasines al lado de su cabaña, en las montañas Galiuro, y se ocultó para ver de quién se trataba. Al oscurecer, observó que dos formas se aproximaban a sus caballos y abrió fuego. Al día siguiente, en compañía de una cuadrilla, encontró una mujer apache muerta y huellas de un hombre herido, pero el rastro desapareció enseguida. Si este era Apache Kid, tal y como ha venido creyéndose, no se tenía noticia de que hubiese vuelto a Arizona. Más tarde, aquel mismo año, una mujer apache llegó desde Sierra Madre y aseguró que le había dejado agonizante, aparentemente aquejado de tuberculosis. En 1911, o poco después, la mujer de Massai regresó a la reserva mescalero con sus cuatro hijos, después de que, por lo visto, hubiesen matado a su esposo. Unas pocas familias apaches seguían viviendo en Sierra Madre y robaron ganado y caballos ocasionalmente en las décadas de 1920 y 1930. Durante el invierno de 1935, unos rancheros de Sonora exterminaron a todos los miembros de una banda.[11] Jason Betzinez creía que seguía habiendo apaches en Sierra Madre en una fecha tan avanzada como la década de 1950.

Entre los prisioneros apaches apiñados en Fort Marion, la malaria y otras enfermedades tuvieron un fuerte efecto. Aunque la mayoría de los visitantes al fuerte acudían atraídos por la curiosidad de ver a los espantosos «salvajes» que habían causado semejante terror y tales estragos en el sudoeste, unos cuantos acudieron con el deseo de ayudar a los apaches a salir de su miserable situación. La educación era una preocupación particular de muchos de ellos y, tras largas discusiones, las secretarías de Guerra e Interior decidieron enviar a los apaches entre los doce y veintidós años a la Escuela Industrial Estadounidense de Carlisle, en Pensilvania. En noviembre de 1886, veinticuatro niños y quince niñas se trasladaron allí; no tardarían en seguirles más. Para los apaches, la separación de sus hijos fue el golpe más cruel hasta la fecha.

Los niños más pequeños iban a ser educados por las Hermanas de la Caridad del convento de San José en St. Augustine, Florida, una decisión que hizo brotar la ira de los ministros protestantes locales.

Sus esfuerzos por reemplazar a las hermanas fueron, sin embargo, inútiles, porque ni los funcionarios de la Secretaría de Interior, ni los de la Secretaría de Guerra, deseaban verse enredados en una controversia religiosa. Se informó a los pastores de que «no podía hacerse nada».

A pesar de cierto interés público por el bienestar de los apaches, su situación empeoró sistemáticamente a medida que el invierno se iba aproximando y nadie les proporcionaba abrigo; muchos andaban medio desnudos. Bajo la presión pública, la Secretaría de Guerra solicitó ropa, pero el envió no logró llegar a tiempo, lo que dejó a los apaches a merced de la intemperie y la enfermedad. A principios de 1887, el número creciente de quejas llamó la atención de Herbert Welsh, de la Asociación de Derechos Indios, que consiguió la ayuda del capitán John Bourke. Fue en marzo de aquel año cuando el secretario de Guerra permitió de mala gana que los dos visitasen a los apaches de Fort Marion.

Encontraron a estos extremadamente apiñados, expuestos a las inclemencias del tiempo y sufriendo todo tipo de injusticias. Welsh reunió cuidadosamente información concerniente a los apaches y empezó a ganar apoyos para su causa. En cuanto a la Secretaría de Guerra, comenzó a sentir la creciente presión de la opinión pública: algunos funcionarios sugirieron el traslado de los apaches de Fort Marion a Fort Pickens. Allí, en la isla de Santa Rosa, se podría excluir la entrada del público para que no hubiese problemas. Welsh, prevenido por Bourke, consiguió que ese vergonzoso plan se frustrase.

A mediados de abril, el presidente Cleveland aceptó el traslado de los apaches. Envió a Bourke en secreto a inspeccionar las instalaciones de Mount Vernon, un antiguo arsenal a unos cuarenta y ocho kilómetros al norte de Mobile, Alabama. A Bourke le pareció que representaba una gran mejora con respecto a Fort Marion. Así que, a finales de abril, la mayor parte de los apaches se mudó de Fort Marion a las instalaciones de Mount Vernon; las familias de los guerreros retenidos en Fort Pickens se trasladaron hasta allí.

Más o menos por esa misma época, se publicó el informe de Welsh titulado «Los prisioneros apaches de Fort Marion, St. Augustine, Florida». En él señalaba las diversas injusticias a las que se sometía a individuos como Chato, pero su propósito principal era proporcionar un futuro más feliz y provechoso a todos los prisioneros apaches. Bourke y Crook animaron a Welsh en su proyecto. El general estaba convencido de que el «negocio apache» proporcionaría mejor material para una novela que las crónicas del maltrato de los indios de las misiones de California. Una novela como *Ramona* sobre los apaches, pensaba, ayudaría a su causa más que los informes basados en datos objetivos.

En su «Resumen de operaciones contra los indios apaches, 1882-1886», el general Crook ya había protestado airadamente contra el trato deshonroso que se había dado a los antiguos exploradores, afirmando que fueron «de más valor a la hora de dar caza y conseguir la rendición de los renegados que todas las tropas involucradas en operaciones contra ellos juntas [...]. Durante todo el curso de las operaciones contra ellos [...] los únicos hostiles que mataron o capturaron fueron en encuentros en los que, salvo por dos hombres, solo había exploradores. Todos los enfrentamientos exitosos con los hostiles se consiguieron exclusivamente gracias a los esfuerzos de los exploradores indios». Ese era «el testimonio unánime de los oficiales que dirigían las compañías de exploradores: que los chiricahuas eran los más subordinados, enérgicos, incansables y, con diferencia, eficientes de sus comandos».[12]

El traslado de los prisioneros apaches a Mount Vernon fue un simple gesto vacío en respuesta a la presión pública. Tal y como informó Bourke, sencillamente habían plantado allí a los apaches, y la Secretaría de Guerra no hizo nada más por ellos. El intérprete Sam Bowman escribió que estaban sin hacer nada, pues la tierra era demasiado arenosa para plantar nada y había pocas cosas más que pudieran hacer. Tanto el cirujano del puesto como el oficial al mando, el mayor William Sinclair, informaban con frecuencia al general Howard de que los apaches no estaban recibiendo suficiente

comida, pero no sería hasta noviembre de 1887 cuando el ejército tomó medidas para remediar la situación.[13] Aún peor, las enfermedades se habían extendido y, en un plazo de seis meses desde su llegada, habían muerto diez apaches, la mayoría de tuberculosis. Lozen, la hermana de Victorio, que había acompañado a Gerónimo en su último alzamiento, era una de las fallecidas. Y a pesar de que el mayor Sinclair trató resueltamente de proporcionarles una ocupación en la construcción de cabañas de troncos y en la reparación de carreteras, pocos hombres tenían las fuerzas suficientes para el trabajo.

A finales de enero de 1888, la opinión general era que Mount Vernon no servía como hogar permanente para los apaches, pero los diversos grupos interesados no lograban ponerse de acuerdo sobre la nueva ubicación. Al mismo tiempo que las peleas entre estas corrientes se intensificaban, el secretario de Guerra Endicott se limitó a no hacer nada. Los apaches también empezaron a pelearse entre ellos, y tanto en Mount Vernon como en Fort Pickens, los ciudadanos sin escrúpulos agravaron la situación vendiéndoles whisky bajo mano. En mayo, los apaches de Fort Pickens fueron trasladados a las inadecuadas instalaciones de Mount Vernon.

Después de conferenciar con el general Crook, que recomendó otorgar granjas individuales a los apaches en Fort Sill, dentro del Territorio Indio, Welsh trató de convencer a Endicott de la necesidad de semejante cambio. Pero el secretario no había perdonado a Welsh el ataque público que le había lanzado el año anterior y se negó a escuchar cualquier propuesta que saliera por boca del mismo. Crook animó a Welsh a intensificar sus esfuerzos; el general estaba convencido de que si no se ejercía una fuerte presión sobre la Administración, esta seguiría ignorando la gravedad de la situación apache.

En marzo de 1889, la Administración republicana de Benjamin Harrison tomó posesión del cargo y el nuevo secretario de Guerra, Redfield Proctor, estaba deseoso de considerar otras ubicaciones, porque no había participado en las discusiones anteriores. La

deplorable situación de los apaches en Mount Vernon era aún más desoladora desde el regreso y la muerte por tuberculosis de siete niños de la Escuela India de Carlisle. El hecho de que no hubiera una sola ocupación que valiera la pena para la mayoría de los hombres seguía siendo un grave problema, y el coronel Robert Hughes afirmó que la vida en Mount Vernon no produciría más que vagabundos y ladrones.

En junio, el capitán Bourke y Charles C. Painter, un sacerdote congregacionalista que representaba a la Asociación de Derechos Indios en Washington, visitaron a los apaches y se entrevistaron con sus líderes. Painter les preguntó cómo veían la posibilidad de dejar Mount Vernon para valerse por sí mismos. Chato le respondió que necesitarían tierras fértiles, pasto y ganado. Otros recordaron a Painter que ya se habían dedicado a las tareas agrícolas de un modo bastante satisfactorio en Arizona, y añadieron que lo que querían era vivir cerca de un río y en un lugar en el que nevara.

Bourke y Painter inspeccionaron la región en torno a Asheville, en Carolina del Norte, pero la reserva cherokee de las montañas Great Smoky les pareció particularmente atractiva. Averiguaron que los cherokees estarían encantados de vender cuarenta y ocho de sus cuatrocientos cuatro kilómetros cuadrados y de que los apaches serían bien recibidos. Los dos comisionados también inspeccionaron otros lugares, en especial una granja de tres kilómetros cuadrados cerca del instituto Hampton de Virginia. En su informe, Bourke recomendaba la tierra de los cherokees como la más adecuada para los apaches y añadía que la Secretaría de Guerra debería continuar ocupándose de ellos cuando los reinstalaran. El secretario de Guerra Proctor aprobó las sugerencias de Bourke y propuso que se llevara a algunos cabecillas apaches a conferenciar con los cherokees. Pero cuando se publicó el informe de Bourke, la oposición a su plan surgió inesperadamente en la zona occidental de Carolina del Norte.

Mientras tanto, en Mount Vernon habían regresado otros doce niños apaches de Carlisle, y todos ellos murieron de tuberculosis. El mayor Charles Witherell, que había reemplazado a Sinclair, reabrió la

escuela de Mount Vernon y animó a los profesores en todo lo que emprendieron. Una nueva maestra, la señorita Sophie Shepard, esperaba con impaciencia y anticipaba el día en que sus alumnos serían capaces de marchar en torno al árbol de Navidad cantando *Onward Christian Soldiers* al unísono.[14] Mientras los maestros misioneros contemplaban tales logros como significativos y gratificantes, su contribución a la autosuficiencia final de los apaches fue muy sobreestimada. Una actitud similar hacia la educación india en general persistiría durante los siguientes setenta u ochenta años.

A finales de diciembre de 1889, el secretario de Guerra Proctor envió al general Crook a realizar una inspección de las tierras cherokees y a conferenciar con los apaches de Alabama. Crook coincidió en que el territorio cherokee era similar al terreno montañoso que los apaches conocían, pero estaba seguro de que no había suficiente tierra cultivable en el lugar para mantenerlos.

En el mes de enero, Crook visitó a los apaches de Mount Vernon. En cuanto se extendió la noticia de que Nantan Lupan había llegado, Chihuahua, Kaetennae y otros salieron a recibirle y lo condujeron a sus cabañas de troncos, donde Chato lo abrazó calurosamente. No tardó en celebrarse una conferencia con los jefes y los cabecillas, pero cuando Gerónimo intentó ocupar su lugar en la reunión, Crook le llamó mentiroso y le dijo que se fuera; el general nunca le había perdonado su fuga después de su rendición. El diálogo se alargó durante todo el día y los apaches fueron detallando los males que se les había infligido. A la conclusión, Chihuahua expresó los sentimientos de todos al decir que querían ir a un lugar en el que se pudieran distinguir grandes distancias.

En Washington, las conferencias de prensa de Crook llamaron la atención de todo el mundo; tal y como escribió un reportero, despertó tanto la simpatía por el sufrimiento de un pueblo como la indignación contra los autores de una «maldad pérfida y despiadada». Crook enfatizó especialmente el hecho de que los hostiles jamás se habrían rendido sin la ayuda de los exploradores

apaches que estaban ahora encarcelados junto a quienes habían ayudado a capturar. «Eran —concluía Crook— víctimas inocentes de un gran ultraje.»[15]

Crook señaló al secretario de Guerra que «la justicia más ordinaria parecería demandar una manera distinta de proceder con hombres que no solo eran inocentes de haber atentado contra el gobierno, sino ante quienes este mismo gobierno estaba enormemente en deuda por servicios del más alto valor y que solo ellos podían haber prestado».[16] Crook concluyó que la presente Administración podía recompensarles parcialmente proporcionando a los apaches granjas en el Territorio Indio y permitiéndoles mantener a sus hijos en casa.

El secretario de Guerra recomendó el traslado de los apaches de Alabama y añadió que preferían como hogar el Territorio Indio mucho antes que Carolina del Norte. Pese a que una ley de 1879 prohibía vivir a los indios de Arizona o Nuevo México en el Territorio Indio, Proctor anunció que podían quedarse en Fort Sill hasta que el Congreso les garantizase una reserva permanente en aquel lugar. El senador Henry Dawes se puso inmediatamente en acción, pero en el Comité Parlamentario de Asuntos Indios surgió un nuevo obstáculo. El general Howard había dado instrucciones a su hijo para conseguir el apoyo de Herbert Welsh al plan de Carolina del Norte; como oficial al mando de la División del Atlántico, Howard tendría el control de los apaches en Carolina del Norte.

Los periódicos del sudoeste dieron voz rápidamente a los que se oponían a la instalación de los apaches en Fort Sill, y el general Miles, que en el pasado había potenciado el envío de los apaches a Fort Sill, los apoyó con fuerza. No obstante, ahora que era una sugerencia de Crook y no suya, no veía mérito alguno en la propuesta. Miles advertía ahora que Fort Sill estaba demasiado cerca de Arizona y Nuevo México, y que los apaches podrían volver a aterrorizar a la gente que vivía en aquellos territorios.

Algunos editores de periódicos proclamaron que los apaches habían engañado a Crook durante su visita a Alabama. Él negó aquella acusación diciendo que no existía la menor posibilidad de que los

apaches se revolvieran «como serpientes contra el gobierno. Su espíritu está abatido y yacen humillados en el polvo».[17]
Una vez más, el tema de los apaches dio lugar a una avalancha de opiniones, la mayoría en desacuerdo con la propuesta de Fort Sill. Cuando se señaló que no existía una ubicación favorable para los apaches al este del río Mississippi, el delegado de Arizona en el Congreso declaró que la gente del sudoeste adquiriría tierras para ellos con mucho gusto en Vermont, añadiendo con no poco sarcasmo que su gente prefería escuchar antes a Miles, quien había capturado a los apaches, que a Crook, el cual había fracasado. El 21 de marzo, cuando la controversia bramaba sin señal de amainar, el general Crook murió de un ataque al corazón y el plan de Fort Sill perdió a su partidario más influyente. Hubo luto entre los apaches.
Cuando parecía que el proyecto de Carolina del Norte iba a prevalecer, el teniente Howard, hijo del general, que había desplazado su apoyo hacia Crook, sugirió que se hiciera ya mismo algo para ayudar a los apaches, mientras se seguía debatiendo la selección de su nuevo hogar. El Comité Parlamentario de Asuntos Indios aceptó alegremente su sugerencia como una excusa para posponer futuras discusiones sobre el controvertido tema de su traslado. Herbert Welsh, que seguía entregado a la propuesta de Carolina del Norte, trató en vano de avivarla.
En junio de 1890, el teniente William Wallace Wotherspoon se puso al mando de los apaches de Mount Vernon como parte del programa de la Secretaría de Guerra para ayudarlos. Wotherspoon ya había servido en varios cargos administrativos a lo largo de una carrera bien diseñada que le conduciría a lo más alto de la Escuela Superior de Guerra y al puesto de jefe del Estado Mayor del ejército. El capitán Bourke no se contaba entre los admiradores de Wotherspoon, a quien consideraba «egoísta y deseoso de que todo marchase siempre que pudiera obtener una pequeña e inmediata ventaja personal». Bourke aseguraba que Wotherspoon haría un «espectáculo de indios» con los apaches a condición de que

estuvieran donde él y su esposa pudieran vivir confortablemente, pero que jamás iría a Carolina del Norte o a ningún otro lugar que careciera de las comodidades más básicas.[18]

Cuando llegó a Mount Vernon, Wotherspoon daba la impresión de estar seguro de que los apaches se quedarían allí indefinidamente y de que sus problemas habían atraído el interés de la opinión pública en general. Y como Howard y otros oficiales de alto rango estaban deseando resolver el «problema apache» llevándose todo el mérito, Wotherspoon se hallaba en una posición ideal para dar realce a su futuro. Insistió nada más llegar en que los apaches se olvidasen del traslado y empezasen a trabajar como «hombres blancos». Él les encontraría trabajo por treinta y cinco centavos al día, y ellos podrían gastarse libremente la mitad de sus ganancias. No tardó en tener a unos cuantos cortando leña en el puesto y a otros trabajando para los granjeros locales. No obstante, el problema del alcoholismo continuó, porque había demasiada gente en los alrededores del puesto que deseaban vender whisky a los apaches. Pero tras el arresto de catorce hombres, su posterior juicio por vender whisky a los indios y el encarcelamiento de once de ellos, el problema del alcohol se redujo drásticamente y casi se resolvió definitivamente.

El secretario de Guerra Proctor, en una gira por los puestos militares del sur, visitó Mount Vernon en marzo de 1891. Su solución al problema indio, informó a Wotherspoon, consistía en integrar completamente a los apaches en la vida estadounidense. Esto significaba tanto el servicio militar como las demás actividades, y ya había decidido reclutar a mil quinientos indios para las compañías de infantería y artillería. Los primeros apaches se alistaron en la Compañía I, del Noveno de Infantería, en San Carlos a mediados de mayo de 1891. Se les envió a las dependencias de Whipple para el adiestramiento bajo el mando del teniente Charles Dodge Jr., quien informó a Proctor de que eran «un conjunto de jóvenes tan bueno como el mejor que había reclutado el ejército en su historia».[19]

Al poco tiempo, la Compañía I, del Décimo Segundo de Infantería, se formó en Mount Vernon con los prisioneros de guerra, de los cuales se alistaron cuarenta y seis. La compañía se fortaleció con la incorporación de veintinueve apaches de San Carlos y se convirtió en la mayor unidad de soldados indios. En octubre, la compañía apache estaba lista para ir con las unidades blancas en ejercicios de instrucción y en desfiles. Aparte de las actividades militares, a los soldados indios se les instruía a diario en inglés y en matemáticas, así como en nociones de carpintería, herrería y otros oficios similares, y jugaban al béisbol y al fútbol. Wotherspoon les denominaba «los indios más inteligentes de nuestra nación». Su único problema era su debilidad por el alcohol, que era en apariencia igual (y no mayor) que la de los soldados blancos.

Se reclutó otra compañía en Fort Apache. Su oficial al mando, el teniente Zebulon B. Vance, Jr., los encontró orgullosos e inteligentes, con un concepto excepcionalmente claro de la justicia, pero implacables ante cualquiera que les ofendiera. Se aferraban a sus costumbres tradicionales y despreciaban las tareas rutinarias como «trabajo de mujeres».[20]

En Mount Vernon, dos exrenegados y dos apaches educados en Carlisle llegaron al grado de sargento. Asumieron una buena parte de las responsabilidades y, en opinión de los oficiales que les observaron, en todo el ejército no hubo «sargentos más brillantes y fiables, y que se tomaran tal interés por su profesión». Aunque el secretario de Guerra consideró el experimento exitoso, había muchos prejuicios contra el uso de indios como soldados. Además, salvo en Mount Vernon, la cuota de realistamiento era muy baja.[21]

En otoño de 1893, Wotherspoon informó que los apaches habían progresado todo lo que podían en Mount Vernon y que había llegado el momento de decidir su ubicación permanente, lo cual, en apariencia, significaba que no podía ver qué ventajas podía seguir obteniendo manteniéndose a cargo de ellos. Recomendó que se les trasladara a las tierras de los cherokees y se les concediera la administración de granjas individuales; tras eso, su abastecimiento

solo dependería de ellos En diciembre, él y el capitán Pratt visitaron el territorio cherokee, que ya había sido inspeccionado de cabo a rabo en numerosas ocasiones. Wotherspoon decidió entonces, del mismo modo que había hecho Crook antes, que no había suficiente tierra adecuada para el cultivo, una opinión que la Asociación de Derechos Indios no apreció.

En 1894, el «problema apache» volvía a ser causa de airadas discusiones. Grover Cleveland había regresado a la presidencia en marzo del año anterior, pero ni él ni su secretario de Guerra, Daniel Lamont, dieron a los apaches máxima prioridad. Bourke y Welsh seguían a favor de la ubicación de Carolina del Norte, y John Clum, ahora en el Departamento Postal de Washington, también se interesó por los prisioneros apaches y su destino.



Exploradores apaches fotografiados en la reserva de San Carlos, alrededor de 1893 (Sociedad Histórica de Arizona).

En una visita a Mount Vernon, Clum descubrió con sorpresa que su viejo amigo Eskiminzin estaba allí. A «Skimmy» se le había culpado de todo lo ocurrido en la reserva de San Carlos, pues unos angloamericanos habían decidido apoderarse de las prósperas granjas y rebaños que él y los suyos poseían. En 1888, el oficial al mando de San Carlos envió un destacamento para advertirle de que unos angloamericanos se dirigían allí para matarle o expulsarle, y aquel oportuno aviso le salvó la vida. Los hombres llegaron al día siguiente, expulsaron a su familia y se apoderaron de todas sus pertenencias. En San Carlos, Eskiminzin había seleccionado tierras

de labranza y ya casi las había cercado cuando, como se sospechaba que había ayudado a su yerno Apache Kid, le enviaron a Mount Vernon como «precaución militar». A pesar de que Clum fue incapaz de que Herbert Welsh se interesara por la injusticia que se había cometido con Eskiminzin, al anciano jefe se le permitió regresar discretamente a San Carlos, donde moriría poco tiempo después.[22]

En agosto de 1894, tras una primavera y un verano en que varios apaches de Mount Vernon se vieron involucrados en asesinatos, el Congreso destinó dinero para que se les mandara a reservas militares por todo el país. El desafortunado plan era diseminarlos lo más posible y dejar que desaparecieran sin llamar la atención, una estrategia a la que hasta el general Miles se opuso por considerarla cruel e injusta. Volviendo a cambiar completamente de opinión, Miles propuso enviar a los apaches a Fort Sill, en el Territorio Indio (evidentemente, el hecho de que esta fuera originalmente la recomendación de Crook se había olvidado). En septiembre, la Secretaría de Guerra ordenó el traslado y, un mes más tarde, los prisioneros de guerra y los soldados apaches subieron a un tren con destino a Fort Sill. La última parte del viaje se hizo en carromatos a través del campo abierto; cuando los apaches oyeron el aullido de los coyotes en la distancia, las mujeres se pusieron a llorar, pues hacía ocho años que no oían aquel sonido de bienvenida.

Mientras tanto, dos de las tres compañías apaches que quedaban no se volvieron a alistar. Cuarenta y seis soldados apaches de Arizona se mezclaron con veintitrés comanches en el Escuadrón L del Séptimo de Caballería hasta que sus alistamientos expiraron al año siguiente. En verano de 1895, el experimento del soldado indio se había visto reducido a los sesenta y siete apaches que había en Fort Sill. El capitán Hugh L. Scott, que dirigía esta última unidad india, los elogiaba, pues eran excelentes en la instrucción, fiables en los pormenores de la guardia, capaces de controlar el orden en los campamentos apaches y de mantener a los comerciantes y ganaderos angloamericanos ilegales fuera de la reserva. La mayor parte del tiempo la dedicaban al aprendizaje de diferentes oficios. En

su programa para la adopción gradual de las ocupaciones del hombre blanco, Scott encontró a Chihuahua, Chato, Loco y Nachez completamente cooperativos.

Debido a su buena conducta, el auditor judicial general G. Norman Lieber dictaminó que todos los soldados apaches serían hombres libres al darse de baja en el ejército, aun cuando hubiesen sido prisioneros de guerra en el momento de su alistamiento. Sin embargo, en la práctica, siguieron siendo prisioneros de guerra hasta 1913, cuando se les liberó a todos.

En mayo de 1897, la compañía india hizo sus últimos ejercicios de instrucción. Doce de aquellos apaches volvieron a alistarse como exploradores, pero pocos de los restantes pudieron encontrar un empleo cerca del puesto y no tardaron en estar famélicos. El ejército ni les ayudó ni les permitió marcharse de Fort Sill en busca de trabajo. Aún había oficiales que tenían fuertes prejuicios contra los indios, y los seis años de excelente servicio de los apaches no les habían hecho cambiar de opinión. El general Howard comentó que al experimento se oponían hombres a los que no hacía ninguna gracia el hecho de que pudieran, en el futuro, tener que recibir órdenes de sargentos indios.[23]

Cuando los apaches llegaron a Rush Springs, a unos cuarenta y ocho kilómetros de Fort Sill, delegaciones de comanches y de kiowas salieron a darles la bienvenida. Los recién llegados fueron incapaces de conversar con el lenguaje de signos que utilizaban las tribus de las llanuras, por lo que cada grupo destacó a unos cuantos graduados de la Escuela India de Carlisle para que hicieran de intérpretes. Había sitio de sobra para los apaches en las tierras que les dieron los kiowas y los comanches, con buenos pastos y agua.

Se dividió a los apaches en grupos por pueblos, cada uno de los cuales tenía un cabecilla que recibía la paga y vestía el uniforme de explorador indio. Entre ellos estaban Chato, Gerónimo, Martine, Perico, Chihuahua, Kaetennae, Mangus y Nachez. Construyeron cabañas en el medio kilómetro cuadrado que recibió cada familia para obtener alimento. Cuando se les dio ganado tuvieron que vallar

aquella enorme extensión y cavar depósitos de almacenamiento. Al no disponer al principio de caballos, no les quedó otra que hacerlo todo a pie, incluidos el manejo del ganado en campo abierto, los rodeos y el marcaje.



Gerónimo en Fort Sill en 1898, fotografiado por Tom Burdick, un ingeniero civil del Departamento Médico de Estados Unidos. No lleva la indumentaria apache (cortesía de Cecil Tendick, *Jacksonville Journal Courier*, Jacksonville, Illinois).

Bajo la guía de los diversos funcionarios que se ocuparon de ellos a lo largo de los años, los apaches crearon un fondo tribal a través de la siega y la venta del heno, así como de la cría de ganado. A medida que los angloamericanos se iban acercando más y más hacia el terreno que rodeaba la reserva después de que se abriera para los colonos en 1901, la venta de alcohol se convirtió en un problema. Algunos apaches cambiarían sus caballos y sus sillas de montar por whisky. El mayor George W. Goode, que se ocupaba de ellos en esa época, manejó aquellos casos con severidad y mantuvo a los vendedores ambulantes de whisky lejos de la reserva, lo que alivió en buena medida el problema.

En 1900 o al año siguiente, los prisioneros apaches abrieron el debate sobre la posibilidad de regresar a sus antiguas tierras de Arizona y Nuevo México para vivir como antes. Sin embargo, las diferencias no tardaron en aparecer, pues algunos hombres, como Jason Betzinez, habían tenido mucho éxito con sus cosechas y la cría de ganado, y no tenían el menor deseo de trasladarse y volver a empezar de cero. Cuando Chato y Toclanny se marcharon a Washington a discutir el traslado con los funcionarios, Betzinez les acompañó para presentar la posición minoritaria. Chato y Toclanny informaron al secretario de Guerra William H. Taft de que deseaban regresar a su vieja reserva de Warm Springs. «¿Hace cuánto tiempo que no veis esa reserva?», les preguntó Taft. Le respondieron que cuarenta años. Les sugirió que la volvieran a visitar y que le informaran, tanto a él como a los suyos, de las condiciones en que se encontraba aquel territorio. Si, después de hacerlo, seguían deseando volver allí, él trataría de arreglarlo.[24]

Jason Betzinez habló e informó a Taft de que él y algunos más preferían quedarse en Oklahoma. Dijo que los kiowas y los comanches les habían dado tierra suficiente para conceder a cada

familia una parcela de algo más de medio kilómetro, pero esas parcelas no se habían llegado a conceder nunca.
En octubre de 1911, una delegación de seis apaches y dos funcionarios se dirigió a Nuevo México para seleccionar un lugar. Los mescaleros les dieron la bienvenida, pues se encontraban bajo la presión de los angloamericanos, quienes trataban de usurpar las tierras de su reserva, y pensaron que si eran más, esto ayudaría a su causa. La delegación continuó hasta Monticello y la vieja agencia de Warm Springs. La tierra que recordaban como fértil y verde era ahora árida; los valles y los pastos estaban llenos de grava arrastrada desde las colinas, posiblemente como resultado de la minería. Los arroyos habían desaparecido sin dejar rastro. Ahora que los apaches de Warm Springs tenían al menos la oportunidad de regresar a su tierra preferida, ya no resultaba atractiva, pues estaba arruinada, sin duda, por la acción de los angloamericanos. La consecuencia de todo esto fue que ciento veintisiete adultos, incluidos la mayoría de los jefes y guerreros supervivientes (Nachez, Chato, Martine, Kieta, Kaetennae, Noche y Toclanny), optaron por asentarse en la reserva mescalero. Chihuahua, Nana y Gerónimo murieron en Fort Sill. En la primavera de 1913, se liberó finalmente a los prisioneros de guerra apaches, y en abril se trasladaron a la reserva mescalero. Ochenta y siete adultos permanecieron en Oklahoma.
Un mes después del traslado, el rebaño apache de diez mil cabezas de ganado se vendió en una subasta y los compradores acudieron desde todos los estados vecinos para participar en la puja. Los apaches que se quedaron en Oklahoma adquirieron unos cuantos caballos y algo de ganado, y empezaron a construir casas en sus parcelas. Para ellos, al menos, el «problema apache» había quedado resuelto definitivamente, y vivieron desde entonces sin tener que rendir cuentas a nadie, sobreviviendo o fracasando.

XIV

ÁGUILAS ENJAULADAS

Una vez que todos los indios estuvieron por fin asentados en reservas, quedaron sujetos a las mismas leyes y presiones. Antes de examinar el impacto de estas sobre los apaches, es necesario resumir brevemente los acontecimientos más relevantes para los indios de las reservas desde aquel entonces hasta el momento presente.

Debido al éxito de John Clum y de otros pocos agentes a la hora de organizar y emplear a los indios en una policía tribal de la reserva, el comisionado de Asuntos Indios dio instrucciones en 1878 a todos los agentes para organizar fuerzas similares allá donde fuera posible. En 1883, el secretario de Interior Henry M. Teller también autorizó la creación de tribunales indios, que se ocuparían de los «delitos» menores. Sin embargo, sería un error suponer que cada una de estas instituciones se estableció para proporcionar a los indios una creciente medida de autogobierno. El propósito subyacente, si no explícito, era explotador: es decir, utilizar indios para controlar a su propia gente y, especialmente, para destruir el gobierno tribal y el liderazgo. El secretario Teller, antiguo senador de Colorado, admitió que había establecido los tribunales porque estaba decidido a eliminar ciertas «danzas paganas», así como otras costumbres, y a quebrantar el poder de los hombres medicina. Decretó que los tres oficiales de mayor rango de la policía tribal de cada reserva deberían servir también como jueces y añadió, dando muestras con ello de un

delicado sentimiento de preocupación por los contribuyentes estadounidenses, que deberían hacerlo sin recibir paga.[1] En 1885, el Congreso extendió la jurisdicción federal criminal a las reservas.

La mayoría de los «delitos» con los que tenía que lidiar el tribunal estaban relacionados con el alcohol y con los problemas familiares, con la participación en ceremonias nativas, la bigamia y asuntos parecidos. Los indios de las reservas detestaban especialmente las prohibiciones de las ceremonias, de los matrimonios plurales y de los hombres medicina, las cuales les forzaban a acudir a reuniones clandestinas con objeto de preservar, al menos en el recuerdo, sus costumbres tradicionales.

Desde el inicio del sistema de reservas, la política del gobierno consistió en «asimilar» a todos los indios hasta que perdieran su identidad, lo que significaba remodelar su concepto de vida y su sistema de valores, particularmente la manera en que se reflejaba en su actitud hacia la tierra. Los funcionarios basaban esta política en la creencia imperecedera de que si los indios poseían la tierra como individuos más que de un modo colectivo, como miembros de una tribu, desarrollarían los rasgos de los pequeños granjeros. La sabiduría asimilada de los tiempos de Thomas Jefferson era que el terrateniente era la sal de la tierra, la espina dorsal de la nación y el depositario de todas las virtudes cívicas.

Basándose en esta fe, se propuso en 1880 un proyecto de ley para la separabilidad de la tierra que el senador Henry L. Dawes, de Massachusetts, hizo aprobar finalmente con el nombre de Ley General de Adjudicación (Dawes) de 1887. Se trataba, sin duda, de la legislación más destructiva que se había ideado hasta ese momento para el «bienestar» de los indios. Cuando se introdujo inicialmente, el senador Teller se refirió a ella como «una ley para despojar a los indios de sus tierras y convertirlos en vagabundos sobre la faz de la Tierra, y quiero que conste en acta mi profecía sobre este asunto, y es que cuando pasen treinta o cuarenta años y estos indios se hayan dividido con su título de propiedad, maldecirán la mano que se alzó en su supuesta defensa ».[2] En otra ocasión

Teller declaró: «Forma parte de la religión india no dividir su tierra. ¿Suponen que, teniendo los indios esas ideas religiosas, se pueden violar sus sentimientos morales y obligarles a vivir en una tierra y poseerla como si fuera una propiedad individual?».[3]

El capitán Richard Henry Pratt, de la Escuela India de Carlisle, también se opuso a la ley, pero no por su simpatía hacia los indios. «Yo haría pedazos las reservas —declaró—. No daría al indio ni un metro cuadrado de tierra. Cuando toque fondo, se levantará.»[4] Theodore Roosevelt describiría más adelante la ley Dawes como «un asombroso motor pulverizador para acabar con las costumbres tribales».[5] Y, como secretario de Interior, Teller animaría a la usurpación de tierras a los sioux teton y a las demás tribus, asegurándose de este modo que su profecía se cumpliera sin demora.

La acusación más articulada contra el proyecto de ley para separar las tierras fue el informe minoritario del Comité de la Cámara de Asuntos Indios, en el que se señalaba que «no se hace un granjero de un indio para darle una cuarta parte de la tierra». La formación y las tradiciones de los indios les predisponían contra este plan por su progreso, «concebido por aquellos que juzgaban exclusivamente desde su punto de vista, y no desde el de los indios». El proyecto de ley, continuaba el informe, asume que el indio es, como otros hombres, capaz de ocuparse de sí mismo; más adelante. «cambia de parecer y, asumiendo que el indio no es y no será capaz de ocuparse de sí mismo [...] procede a asegurarle provisiones». El informe establecía que si los indios eran capaces de ocuparse de sí mismos, las precauciones resultaban innecesarias; si no lo eran, no tenía lógica hacer que lo intentaran.

Dejando a un lado los tópicos sobre el bienestar de los indios, la minoría concluía que «las provisiones que tenían como objeto el aparente beneficio del indio no eran más que un pretexto para apoderarse de sus tierras y ocuparlas; un desarrollo que, con toda seguridad, pavimentará el camino de su extinción».

> Si esto se hace en nombre de la Codicia, será lo bastante malo, pero hacerlo en nombre de la Humanidad... es infinitamente peor. De todos los intentos de usurpación al indio, este intento de manufacturar con él un hombre blanco por una ley del Congreso y la gracia del secretario de Interior es el más claro, descarado e injustificable de ellos.
>
> Cualquiera que sea el grado de civilización alcanzado por las tribus indias, se ha logrado bajo el sistema tribal [...]. Gradualmente, bajo ese sistema, están encontrando su propia liberación, que llegará en su momento si los dejamos en paz y nos limitamos a desempeñar el papel que nos corresponde en los numerosos contratos que hemos firmado con ellos. Pero eso no lo hemos hecho hasta el momento, y por este proyecto de ley parece que nunca lo llegaremos a hacer. Queremos sus tierras y vamos a conseguirlas.[6]

La ley Dawes requería la parcelación de trescientos metros cuadrados de tierra cultivable o seiscientos cincuenta de tierra de pasto por cada cabeza de familia. El gobierno retendría el título de propiedad durante veinticinco años o más si el presidente lo consideraba oportuno; después, la tierra entraría en el registro tributario y el adjudicatario podría retenerla, arrendarla o venderla; este se convertiría en ciudadano en el momento de recibir el título. Las tierras que quedasen después de la distribución de las parcelas se considerarían «excedentes» y se venderían al público; sin embargo, en la práctica, estas tierras se vendían a veces antes de que se repartieran las parcelas. La ley se enmendaría más adelante para permitir al secretario de Interior dar el título sin tener que esperar veinticinco años —los hombres blancos ávidos de tierras lo veían un período de espera irrazonablemente largo para poner sus manos sobre las tierras adjudicadas—. El resultado fue que, entre 1917 y 1921, se repartieron veinte mil títulos o tasas de patentes, más del doble que antes de 1917. Muchos de los nuevos terratenientes quedaron rápidamente aliviados de sus tierras. Por suerte para los apaches, la política de parcelación jugó solo un papel menor en las reservas de Arizona, y aunque parte de la reserva jicarilla de Nuevo México se parceló, el resto no se vendió.

Cuando se aprobó la ley Dawes, las reservas indias comprendían unos quinientos sesenta mil kilómetros cuadrados. Cuarenta y siete años más tarde, cuando el sistema de parcelación se abolió, en 1934, las reservas solo conservaban ciento noventa y cuatro mil, la mayor parte, tierra erosionada, desértica o, en cualquier caso, inútil, y al menos noventa mil indios no tenían tierras. A la ley se opusieron implacablemente los pocos indios que sabían de su existencia, pero el Congreso hizo caso omiso descaradamente del principio de mutuo acuerdo en la promulgación de legislación relativa a los indios, creando a partir de entonces un precedente para evitar en el futuro las organizaciones tribales. El gobierno tribal, en consecuencia, se atrofió, mientras que la supervisión y el control federales se impusieron con creciente insistencia. El sistema de parcelación, llevado a su conclusión lógica, habría llevado el peso de la asimilación que sostenían las agencias gubernamentales hasta depositarlo directamente sobre indefensos indios a título personal. Uno de los aspectos más paradójicos de esta calamitosa legislación fue que el senador Dawes, notorio amigo de los indios, se vio motivado por el delirio de estar proporcionando un futuro feliz para los indios. Los acaparadores de tierras, más realistas que los verdaderos beneficiarios, veían a Dawes como su benefactor.

Durante la era de la ley Dawes, el Gobierno federal empezó a asumir responsabilidad en la educación india, otra calamidad para los habitantes de las reservas. Un tratado tras otro, el Congreso había prometido proporcionar escuelas para las diversas tribus, pero antes de la década de 1880 no había llevado a cabo ningún esfuerzo serio por mantener aquellas promesas, más allá de permitir a algunos grupos religiosos que instalaran escuelas misioneras en las reservas. Pero como se señaló muchas veces, los misioneros, demasiado a menudo, estaban más interesados en las conversiones que en la educación de los indios. Las lágrimas brotaban de los ojos de los devotos de las congregaciones al escuchar a los tristes niños indios cantando himnos familiares en sus lenguas nativas, y probablemente esto ayudó a abrir muchos monederos. La marcha en torno a un

árbol de Navidad cantando *Onward Christian Soldiers* difícilmente preparaba a los niños indios para arreglárselas en la vida de la reserva cuando fuesen adultos.

A finales del siglo XIX, se esperaba que los indios —totalmente aislados en las reservas, con unos pocos empleados ineptos, llenos de prejuicios y mal pagados del Departamento de Asuntos Indios (BIA, por sus siglas en inglés) como único contacto con el exterior—, de algún modo milagroso, se asimilasen totalmente a la sociedad blanca. Para ayudar a esta causa imposible, el comisionado ordenó en 1887 que toda la instrucción de las escuelas indias se hiciera en inglés; a partir de entonces, se castigaría a los niños indios por utilizar sus lenguas nativas, incluso cuando jugaban. Nadie se dio cuenta de que debería haberse enseñado el inglés como segunda lengua, la que no se usaba en los hogares. Los profesores esperaban que los niños indios tuviesen la misma formación y preparación que los infantes anglosajones. Y, por supuesto, pocos la tuvieron. En 1892, el Congreso autorizó al comisionado a hacer obligatoria la asistencia a la escuela, y al año siguiente le permitió denegar las raciones a las familias que se opusieran obstinadamente a que sus hijos asistieran al colegio. Incluso los Amigos de los Indios consideraron que la inanición era un castigo adecuado para los indios testarudos que se negaban a reconocer «lo que era bueno para ellos».

Los funcionarios y reformistas angloamericanos intentaron persistentemente conseguir que los indios adquirieran propiedades privadas, dando por hecho que el orgullo del propietario individual era el mayor agente civilizador disponible. Nunca pudieron entender el hecho de que la propiedad privada de la tierra fuera un concepto inmoral para los indios. Ellos creían que esta se había dispuesto para el uso y disfrute de todos, y que era sacrílego monopolizarla. Tanto para los funcionarios del BIA como para los reformistas piadosos, esta actitud olía a un antiamericanismo que estaban decididos a arrancar de raíz para reemplazarlo por la codicia y la avaricia, las virtudes del hombre civilizado. En su frustración, los funcionarios

trataron de eliminar todo lo que los indios hacían de un modo diferente. En 1896 se estableció otra orden para acelerar el proceso de asimilación; este inspirado edicto decretaba que desde aquel momento los hombres indios debían llevar el pelo corto. Como en muchas tribus cortarse el pelo era un signo de profunda tristeza y duelo, quizás esta orden fue, de un modo involuntario, muy adecuada al momento.

Sin embargo, la educación se volvió el principal instrumento para reformar a los indios, y en el esfuerzo se promulgaron medidas desafortunadas e inapropiadas de un modo tenaz, a pesar de los desfavorables resultados que se producían invariablemente. En 1879, el capitán Richard Henry Pratt inauguró el programa federal de educación con el establecimiento de la Escuela Industrial India en los viejos barracones de la caballería de Carlisle, Pensilvania. A lo largo de los años, cientos de niños asustados que echaban de menos su hogar sufrieron allí el exilio acudiendo desde las reservas del oeste, para morir a causa de la enfermedad o regresar a casa totalmente incapacitados para la vida en la reserva, o fuera de ella. Ridiculizados por su propia gente, la mayoría de ellos simplemente «volvían a la manta» y trataban de olvidar la infeliz experiencia.

Como dejó bien claro, Pratt se dedicó en cuerpo y alma a la asimilación absoluta. «Un gran general ha dicho que el único indio bueno es el muerto —declaró en 1892—. En cierto sentido estoy de acuerdo con ese sentimiento, pero solo en este: en el que todo lo indio que hay en la raza debe morir. Mata el indio que hay en su interior, y salva al hombre.»[7] «La escuela de Carlisle —dijo más adelante— siempre ha planteado la traición a la tribu y la lealtad a la nación.»[8]

Uno de los apaches que convirtió Pratt con sus métodos fue Jason Betzinez, nieto de Gerónimo y prisionero de guerra apache. Pratt se lo llevó con otros de Fort Marion en 1887, cuando Betzinez tenía ya veintisiete años. Aunque resentido en un primer momento, se quedó en Carlisle nueve años, completando el proceso de asimilación y

convirtiéndose en un rendido admirador de Pratt. Betzinez también se convirtió al cristianismo y desde entonces consideró «supersticiosas» las creencias tradicionales de su pueblo.

Uno de los métodos de Pratt consistía en colocar niños indios en familias granjeras de Pensilvania durante los meses de verano para que se pusieran al día del modo de vida de los blancos. Betzinez, por ejemplo, trabajó algunos veranos para la familia de un granjero cuáquero. Tras abandonar Carlisle, trabajó en un molino durante muchos años antes de volver con los suyos a Fort Sill.

Convencido del «éxito» de Pratt al demostrar que los indios podían en verdad «educarse», el BIA estableció internados fuera de las reservas en Albuquerque en 1884, y en Santa Fe y Phoenix en 1890; en 1900, había veintiséis, así como varias escuelas de asistencia diaria e internados en las propias reservas. En 1898, el superintendente de Escuelas Indias expresó sucintamente los objetivos educativos de su departamento: «En nuestros esfuerzos por humanizar, cristianizar y educar al indio —escribió—, debemos procurar divorciarle de sus costumbres y hábitos primitivos [...] debemos recrearle, y darle una nueva personalidad».[9] «Educar» indios parecía haber hecho surgir en funcionarios y reformistas estadounidenses un deseo latente de jugar a ser Dios.

Al formular sus políticas educativas, el BIA hizo caso omiso sistemáticamente de la existencia del Departamento de Etnología Americana (BAE, por sus siglas en inglés), que se había establecido en Washington para obtener información sobre las diferentes tribus y para que los departamentos y agencias del gobierno pudieran tratar con comprensión y de un modo inteligente con los indios. Sin embargo, no sería hasta que John Collier fue nombrado comisionado de Asuntos Indios en la década de 1930, que el BIA entablara contactos con el BAE. En 1935, cuando la Escuela India de Chilocco, en Oklahoma, solicitó material para un curso de historia y tradición india, el BIA aún seguía teniendo muy poco que ofrecer.[10]

La doble política de educación y parcelación de tierras estuvo a punto de destruir a muchas tribus. Cuando, al final, los reformistas, en la década de 1920, se pusieron a considerar seriamente la condición de los indios —la «raza que se esfumaba» que se negaba a esfumarse— se encontraron con indios, por lo general, debilitados por el hambre y la enfermedad, en grave peligro de perder la pequeña cantidad de buenas tierras que les habían dejado, y azotados por un programa educativo que acababa fomentando un intenso odio hacia las costumbres del hombre blanco. Conducidos por John Collier, Oliver LaFarge y otros, los reformistas empezaron a pedir cambios radicales en la política india federal.

En 1926, el secretario de Interior Hubert Work contrató una institución de estudio privada para investigar el BIA, sus políticas y su efecto sobre los indios. El doctor Lewis Meriam dirigió el estudio y, en 1928, publicó sus hallazgos bajo el título «Los problemas de la administración india», generalmente conocido como el «informe Meriam». En él se criticaban las políticas del pasado, especialmente el destructivo sistema de parcelación y los internados, y fue saludado como «un reproche mordaz a un gobierno miserable y explotador».[11] La obra de Meriam reveló que a los niños de los internados se les dejaba pasar hambre con crueldad a base de una dieta que no superaba los nueve centavos al día por niño, que casi no disponían de asistencia médica, que vivían hacinados y que se les hacía trabajar en exceso de un modo despiadado. Debido a los sueldos miserables que se percibían, no podía contratarse un profesorado y un personal cualificados. La disciplina, que se dejaba en manos del director de cada institución, era por lo general severa. Oliver LaFarge condenó los internados refiriéndose a ellos como «instituciones penales —donde se sentenciaba a los niños pequeños a trabajos forzados durante varios años para expiar el crimen de haber sido hijos de sus madres».[12]

Hasta la década de 1930, dijo LaFarge, la oficina del comisionado de Asuntos Indios había sido un «chollo político para un buen miembro del partido demasiado bobo o sumiso para que se le pudiera confiar

un trabajo de cara al público». El papel era simple: cuando los blancos querían parte de una reserva, el comisionado se ocupaba de que la obtuvieran. No obstante, el presidente Herbert Hoover violó la tradición en 1930 al nombrar a dos reformistas dedicados al tema, Charles J. Rhoads y Henry Scattergood, como comisionado y ayudante. Ambos pusieron de manifiesto los fundamentos de la nueva política al contar con expertos y con personal cualificado. Por primera vez, la educación india iba a estar dirigida por un educador con experiencia. Asimismo, por primera vez, a los niños de los internados se les dio comida suficiente y se redujeron sus horas de trabajos pesados.[13]

John Collier, que fue comisionado de 1933 a 1945, estableció sus objetivos como: «la rehabilitación económica de los indios, principalmente en la tierra; la organización de las tribus indias para hacerse cargo de sus propios asuntos, y la libertad civil y cultural para los indios».[14] Medio siglo más tarde, estos objetivos seguían sin cumplirse.

Los primeros pasos importantes del «New Deal Indio» fueron las leyes Johnson-O'Malley y de Reorganización India (o Wheeler-Howard) de 1934. La primera capacitaba al secretario de Interior para negociar contratos con los diferentes estados para la educación, la ayuda agraria y la asistencia social para los indios. Gracias a ella, se pagó a muchos distritos de escuela pública por incorporar estudiantes indios en sus colegios, aunque no tenían la obligación de proporcionar programas especiales para estos, ni siquiera de aplicar los fondos federales para su educación. Los funcionarios de la escuela pública tampoco podrían recibir presiones por parte por los oficiales del BIA, quienes, con razón, temían que los indios pudieran fracasar. En consecuencia, la mayoría de los distritos escolares se limitaron a añadir los fondos a los presupuestos generales de las escuelas y permitieron que los estudiantes indios se quedasen en sus instalaciones o las abandonasen. Los fondos Johnson-O'Malley se siguen utilizando en la actualidad, pero como siempre, cuando se aprueban leyes o fondos para la educación de

los indios, estos son los últimos en enterarse. No sería hasta finales de la década de 1960, de hecho, cuando los indios descubrirían que aquella ley destinaba asignaciones para programas especiales de educación para sus hijos. Solo entonces la ley Johnson-O'Malley se convirtió en algo más que una ayuda financiera para las escuelas en las que daba la casualidad que había matriculados algunos estudiantes indios ignorados y desatendidos.[15]

La Ley de Reorganización India (IRA, por sus siglas en inglés) prohibió futuras parcelaciones de tierra india y autorizó el uso de fondos federales para permitir a las tribus que volvieran a comprar las tierras perdidas antaño o adquirir otras nuevas. Pero cuando el BIA utilizó fondos de la IRA para comprar unas tierras de la reserva Acoma Pueblo de Nuevo México, el Congreso inmediatamente prohibió el uso de dinero de esta ley para comprar tierras destinadas a las reservas en los estados de Arizona y Nuevo México. La ley obligaba al secretario de Interior a impedir la erosión, el pastoreo excesivo y la deforestación de las tierras indias, con el establecimiento de un fondo rotativo que proporcionase crédito, aparte de facilitar la adopción de constituciones tribales y cartas de negocios. Un único artículo de la ley daba a cada tribu la opción de aceptar o rechazar sus disposiciones.

Aunque la aprobación de la IRA marcó el comienzo de muchos cambios necesarios en la política india, el «autogobierno» tribal que autorizaba no dejaba de ser una ilusión. Las constituciones tribales contenían una penosa advertencia que recordaba que lo que quiera autorizar estaría siempre «sujeto a la aprobación del secretario de Interior». El gobierno se reservaba un poder de veto que los indios no podían ignorar. Clarence Wesley, presidente del consejo tribal de los apaches de San Carlos, comentó que «con los nuevos cambios y el nuevo comité tribal financiero [...], la falta de conocimientos con respecto a sus varias garantías, el comienzo del gobierno tribal no fue fácil. De hecho, el superintendente Kitch seguía siendo el jefe».[16]

La IRA también dispuso que los indios fuesen elegibles para cargos en el BIA sin contemplar los requisitos del servicio civil. Bajo la dirección de Collier, quien consideraba el Servicio Indio «una intencionada operación reglamentada a través de robots burocratizados», el BIA dejó de ser una «agencia de empleo para blancos egoístas» y se dio preferencia a la contratación de indios.

El fondo de crédito establecido por la IRA probó que era uno de sus artículos más beneficiosos, y los indios de muchas reservas lo utilizaron para inaugurar nuevos proyectos económicos. La primera asignación general para dotar de crédito a los indios de las reservas se aprobó en 1911, cuando se puso a su disposición la modesta suma de treinta mil dólares; más adelante, se añadirían cantidades adicionales. Sin embargo, bajo las regulaciones para el programa de préstamos de la IRA, los funcionarios del gobierno adquirieron el ganado o la maquinaria para luego revendérsela a los indios; como siempre, los indios no tenían ni voz ni voto en cuando al tipo o la calidad.[17]

Muchas medidas de emergencia del New Deal eran aplicables a las reservas, y una de las ramas del Cuerpo Civil de Conservación, lo que se conoció como Programa Urgente de Trabajo Indio, se creó para los indios. Uno de los resultados de estos programas fue la introducción de muchos proyectos para mejorar las condiciones económicas en las reservas; otro, que muchos indios empezaron a trabajar con salarios y adquirieron una valiosa formación vocacional que podría conducirles a futuros empleos.

En el ámbito de la educación, se abrieron muchos colegios de integración y se clausuraron, o se adaptaron, numerosos internados. Se introdujeron cambios curriculares para eliminar el agobiante Curso Uniforme de Estudio del departamento, así como para reducir el énfasis abrumador en la sociedad blanca. Uno de los directivos de Collier intentó controlar el asalto continuo contra las creencias y prácticas religiosas indias y ordenó que no hubiese más «interferencias con la vida religiosa india o su expresión ceremonial».[18] Sin embargo, debido a la inercia burocrática y a las

conductas fosilizadas, tales inversiones de la política no fueron sin duda observadas universalmente o efectivas a lo largo de todo el tiempo que estuvo activo el Servicio Indio. Además, muchas tribus ya se habían olvidado de la mayoría de sus ceremonias religiosas.

La Segunda Guerra Mundial tuvo un profundo impacto sobre los indios, pues un amplio número de ellos sirvió en las fuerzas armadas y muchos otros encontraron empleo en industrias relacionadas con estas fuera de la reserva. El desarrollo de los recursos de la reserva, iniciado en la década de 1930, se abandonó temporalmente. Cuando los veteranos de guerra regresaron a las reservas y se encontraron con que su situación no había mejorado en absoluto, no pudieron seguir aceptando pasivamente la discriminación ni la ciudadanía de segunda clase. Los veteranos que regresaron a Arizona y a Nuevo México jugaron un papel determinante a la hora de forzar a ambos estados a extender los derechos de voto a los indios en 1948. Así se sembraron las semillas de la autodeterminación india.

Desde 1883 a 1946, los indios no pudieron hacer reclamaciones al gobierno salvo a través de actas especiales del Congreso, una situación que había intensificado su sentimiento de inutilidad y desesperación. Sin embargo, en 1946, el Congreso aprobó la Ley de la Comisión India de Reclamaciones que sustituía a la promulgada en 1883, la cual prohibía a los indios presentar demandas en el Tribunal de Reclamaciones estadounidense. Bajo la nueva ley, el gobierno aceptaba la existencia de tales reclamaciones y otorgaba a la comisión jurisdicción sobre las mismas.

Durante los años de posguerra, la política del gobierno cambió del énfasis en el desarrollo de las reservas al interés por el «traslado» (hacia las zonas urbanas) y posteriormente la «terminación» (abolir las reservas en su totalidad). Se tomaron medidas para la formación de los indios de las reservas en varios trabajos urbanos, el traslado con sus familias a ciertas ciudades seleccionadas y la ayuda para encontrarles empleo y casas para vivir. Pero rara vez existió una preparación adecuada para afrontar cambios tan drásticos y repentinos, y tampoco hubo una atención continua para ayudar a los

indios a sobrellevar los problemas que, inevitablemente, surgieron. Algunos indios lograron realizar la transición con éxito, pero muchos o regresaron, derrotados, a la reserva, o bien se unieron a los alcohólicos que malvivían en los barrios bajos. El traslado reanimó el interés del BIA en los internados de fuera de la reserva, pues volvieron a considerarse como estaciones de paso en el camino a la asimilación, lugares donde los indios pudieran formarse para el empleo urbano.

En 1944, había aparecido una nueva fuerza en los asuntos indios, el Congreso Nacional de Indios Americanos, organizado en Denver en noviembre de aquel año. Casi de inmediato, se confrontó el tema de la terminación, que por entonces estaba ganando fuerza en el Congreso gracias a la utilización de los mismos argumentos falsos o desacertados relativos a la «mejora» de los indios que en 1887 habían conducido a la aprobación de la ley Dawes. La batalla contra la terminación fue un campo de entrenamiento vigorizante para los líderes indios. En primer lugar, envió las rivalidades tribales al trastero antes de que pudieran ejercer un efecto separatista, pues no tenían lugar en la lucha común por la supervivencia. La lucha era también una educación en realidades políticas, pues los líderes indios se enteraron por primera vez de dónde se localizaban los centros del poder, así como del valor de la publicidad a nivel nacional a la hora de tratar con ellos. Previamente, se habían dirigido al comisionado de Asuntos Indios; ahora se habían dado cuenta de que el poder real sobre sus asuntos recaía en los comités del Congreso, no en el BIA. Esto demostraría ser una lección de lo más valiosa, porque allanaría el camino para conseguir la autodeterminación educativa.

En 1953, el Congreso promulgó una nueva declaración sobre la política india (la Resolución de la Cámara n.º 108) que levantó una ola de temor en todas las reservas. La resolución declaraba que la intención del Congreso era hacer que los indios estuvieran sujetos a las mismas leyes que los demás ciudadanos y «liberarles» de la supervisión y el control federal. En esta «liberación» de los indios

estaba implícita la terminación de su relación especial con el gobierno federal y con las responsabilidades hacia ellos basadas en los tratados por los cuales los indios habían entregado sus tierras. La resolución pronto acarreó la terminación de la especial relación federal del gobierno con alrededor de una docena de grupos indios en la década de 1950, que fueron arrojados abruptamente a la deriva sin una preparación adecuada y con resultados desastrosos. El senador de Utah, Arthur V. Watkins, el más entregado paladín de esta política, proclamó que «aproximadamente diez mil indios se encaminaron así hacia la asunción de los derechos y las responsabilidades del ciudadano». Para la mayor parte de los indios involucrados, la terminación fue ruinosa. Aún cuando la resolución se hubiese dejado de aplicar en la década de 1960, y a pesar de que el presidente Lyndon B. Johnson favoreció la autodeterminación india por encima de la terminación, el Congreso no revocó este acuerdo. Incluso en la actualidad, el miedo de que esa política pueda reavivarse en cualquier momento sigue amenazando a los indios de las reservas y es un incentivo constante para que los líderes tribales mantengan a su gente allí, dentro de lo posible.

El Congreso golpeó de nuevo a los indios de las reservas en 1953 con la aprobación de la Ley Pública 280, que autorizaba a los estados a extender la jurisdicción civil y criminal sobre las reservas que había dentro de sus límites. Al firmar la ley, el presidente Dwight D. Eisenhower se dio cuenta de que no necesitaba el consentimiento de los indios, y urgió al Congreso a añadir tal requisito. Las enmiendas a la LP 280, en las que se requería el consentimiento de los indios, se presentaron en el Congreso, pero nadie las apoyó con entusiasmo. De hecho, el BIA se opuso a ellas y prefirió, en su lugar, una enmienda en la que solo se requiriera una «consulta» con los indios. Como aquello era mejor que ninguna enmienda en absoluto, el tema se zanjó. Ni siquiera hubo quien cuestionara la posible violación de las obligaciones del tratado. No sería hasta la aprobación de la Ley de Derechos Civiles de 1968, quince años más

tarde, que la LP 280 se modificaría para que los estados tuviesen que obtener el consentimiento de los indios antes de extender la jurisdicción civil y criminal al interior de las reservas.

En 1953, el Congreso emprendió otra acción relativa a los derechos indios al legalizar la opción local concerniente a la venta de alcohol en las reservas, otorgando a las propias tribus independientes la elección de permitirla o prohibirla. Parece haber existido una nota de humor sardónico involuntario en esta última acción. Con la Resolución de la Cámara 108 y la LP 280, el Congreso había preparado el camino para la ruina total y absoluta de los indios. Al levantar la prohibición de la venta de alcohol a los indios, les proporcionó la oportunidad de lavar su dolor y su miseria en un torrente de whisky barato.

Eisenhower dio un paso más positivo en 1955 cuando transfirió la responsabilidad de la provisión de servicios médicos a los indios del BIA al Servicio de Salud Pública, que tenía, con diferencia, mayores recursos para construir instalaciones sanitarias en las reservas, con su personal cualificado. Desde entonces, el Servicio Sanitario Indio ha hecho considerables progresos proporcionando las instalaciones médicas que tanto se necesitaban, así como medidas sanitarias, agua potable y viviendas adecuadas.

Después de forzar el traslado de indios a varias ciudades grandes durante las décadas de 1950 y 1960, la política del gobierno cambió una vez más para promover el establecimiento de industrias y oportunidades laborales en las reservas. La reciente legislación ha extendido muchos programas federales a los indios, quienes previamente no tenían derecho a los beneficios. La tendencia mayoritaria de los años más recientes ha sido hacia la descentralización de la responsabilidad para administrar los asuntos indios, recortando el control federal con el objetivo de generar una mayor participación india a la hora de tomar decisiones. El BIA tiene planes para contratar muchos de sus actuales servicios a las tribus o a organizaciones privadas.

A principios de 1961, el Grupo de Expertos para Asuntos Indios del presidente John F. Kennedy inició un estudio sobre las condiciones de los indios. El equipo de trabajo informó que el BIA aún hacía más hincapié en la terminación que en el desarrollo económico. Encontró que los indios temían ser «terminados» antes de estar preparados para dar un paso tan drástico. Por esta razón, el grupo urgía el máximo desarrollo de la autosuficiencia india, insistiendo en que los indios que vivían fuera de las reservas debían tener los mismos derechos y privilegios que los demás ciudadanos de la región.[19]

La experiencia política obtenida en la batalla contra la terminación capacitó a las organizaciones indias y a sus líderes a llevar a cabo una campaña para la autodeterminación en la educación de sus hijos. El número de organizaciones nacionales intertribales se había incrementado sustancialmente, y estos grupos de interés especiales habían proporcionado una vía para el intercambio de ideas y para los encuentros regionales y nacionales. En 1969, la Asociación Nacional para la Educación India celebró su primer encuentro; acto seguido, facilitó al Congreso las reacciones de sus miembros ante la legislación relativa a la educación india y cooperó con los congresistas en la preparación de leyes sobre el mismo tema.

La Ley de Educación Primaria y Secundaria de 1965 trataba de hacer frente a las especiales necesidades educativas de las familias de ingresos bajos, una categoría que incluía a casi todos los indios. Sin embargo, como los fondos Johnson-O'Malley, la mayor parte del dinero asignado a escuelas públicas que atendían a alumnos indios se destinó a los presupuestos generales de los distritos escolares; en algunos casos, con menos beneficio para los indios que para los demás niños. Los antiguos temores de los funcionarios del BIA de que los sistemas educativos estatales estuviesen más ansiosos por conseguir fondos federales que por proporcionar una educación adecuada a los niños indios, desde el inicio del programa Johnson-O'Malley, demostraron estar bien fundados.

Siguiendo la costumbre y los precedentes, aquellos funcionarios gubernamentales involucrados en los programas nunca consideraron consultar a los indios. Durante los últimos años de la década de 1960, sin embargo, los líderes indios, ansiosos por mejorar la calidad y la efectividad de la educación que recibían sus hijos, concentraron sus ataques sobre la financiación federal de las escuelas públicas. En algunos estados, los grupos intertribales se ganaron el derecho de revisar los presupuestos Johnson-O'Malley antes de su aprobación final. En Nuevo México y en Arizona, además, se ofrecieron programas para informar a los padres de los niños indios que asistían a las escuelas públicas de sus derechos y de los pasos necesarios para hacerlos valer.

En 1969, un subcomité especial del Senado publicó «Educación india: una tragedia nacional-un desafío nacional». Conocido de manera informal como el «informe Kennedy», en él se denunciaba que la educación para los indios no había mejorado de un modo significativo desde la publicación del informe Meriam en 1928. Una de las consecuencias del informe Kennedy fue la aprobación de la Ley de Educación India de 1972. Aunque solo concernía a la educación india de la escuela pública, afectaba a dos terceras partes de todo el alumnado nativo americano.

La nueva ley, la más importante relativa a la educación india que el Congreso había promulgado hasta la fecha, adelantó mucho el camino hacia la asunción del control indio sobre su educación. Una de sus disposiciones determinaba que la participación familiar y comunitaria fuese obligatoria en la dirección de los programas de ayuda, y se requería que los padres de los niños indios constituyesen al menos la mitad de los comités consultivos parentales establecidos por la ley, los cuales tenían que formular los planes, trazar los presupuestos y supervisar y evaluar los programas. Por primera vez, los indios urbanos «terminados» tuvieron voz en la educación de sus hijos. Hasta que los comités consultivos no aprobasen un proyecto, un distrito escolar no podía solicitar fondos federales. La ley también creó un Consejo de Asesoría Nacional al que se podía consultar y

que aconsejaba a la Junta de Educación de Estados Unidos. Sin embargo, incluso después de la aprobación de la ley y de que se votaran las asignaciones, la presión india fue necesaria para forzar al gobierno a soltar los fondos. Otro paso significativo fue el establecimiento en 1972 de la Oficina de Educación India dentro de la Junta de Educación de Estados Unidos.

Sobre este telón de fondo, los apaches tuvieron que abrirse camino. En 1882, las agencias jicarilla y mescalero se asociaron, pero el plan de trasladar a los mescaleros se descartó y, al año siguiente, setecientos veintiún jicarillas se mudaron a la reserva mescalero. No se consultó a ninguna de las bandas, y a ninguna le agradó el arreglo. Unos pocos años más tarde, grupos de jicarillas empezaron a marcharse de la reserva para regresar a su territorio, muchos de ellos para morir de hambre. Finalmente, en 1887, se les concedió una reserva permanente exclusiva en la zona norte central de Nuevo México. En un primer momento, abarcaba unos mil seiscientos ochenta kilómetros cuadrados, pero en 1908 se añadieron más de mil doscientos quince a la parte sur de la reserva como zona de pasto para las ovejas.

Los muy desatendidos jicarillas vivían en condiciones deplorables, pero, debido a la apatía y la desesperación, sus condiciones empeoraron cada vez más durante los siguientes treinta años. Su héroe tradicional, Monster Slayer, les había dado tierras al noroeste de Nuevo México y en el sudoeste de Colorado, advirtiéndoles de que debían vivir allí siempre o perecerían. Cuando les destinaron a una reserva fuera de sus tierras tradicionales, la creencia de que sin duda morirían prácticamente les paralizó. Un pueblo que había sido próspero antes del comienzo de la vida en la reserva sufrió de repente un rápido deterioro. En 1914, cerca del noventa por ciento padecía tuberculosis, y su tasa de defunción era tan alta que se predijo con seguridad su extinción en menos de veinte años.

En la década de 1920, el superintendente de la agencia obtuvo permiso para vender madera de la reserva y con lo obtenido comprar ovejas a los jicarillas. Era difícil convencerles para aceptar aquellos animales, pero quienes lo hicieron se ocuparon de ellos concienzudamente. Este pequeño paso marcó el comienzo de un lento progreso hacia la recuperación. En 1920, el internado se convirtió en un sanatorio y se estableció un programa médico especial para controlar los avances de la tuberculosis. Los jicarillas empezaron a revivir. En 1942, el proceso pudo revertirse y se volvió a abrir el internado. Aunque la parte norte de la reserva se había parcelado, en 1934, gracias a la Ley de Reorganización India, las tierras parceladas se devolvieron a la tribu. En 1937, los jicarillas aceptaron una constitución y establecieron un consejo tribal. El consejo se esforzó en idear maneras de utilizar los escasos recursos de la reserva de un modo más efectivo, pues la población empezó a incrementar.[20] El consejo tribal destinó un fondo escolar de un millón de dólares para que los jicarillas fuesen a la universidad, y todos los niños con una cuarta parte, o más, de sangre jicarilla que vivieran en la reserva fueron aceptados como miembros de la tribu. Aparte de la madera, los minerales y el ganado, los jicarillas desarrollaron un provechoso complejo turístico de ocio en el lago Dulce. Eran propietarios del puesto comercial y contaban con un grupo de profesionales contra incendios forestales que seguía el modelo de los Red Hats mescaleros.

Los mescaleros también tuvieron problemas para ajustarse al desconocido confinamiento en la reserva, aun contando con más de dos mil kilómetros cuadrados y algunas de sus montañas favoritas. Los cambios frecuentes de agentes, y que cada uno introdujera nuevas medidas, les condujo a la inestabilidad. Por ejemplo, un agente, insatisfecho con el reducido número de niños que había en el internado de la reserva, ordenó a la policía apache que hiciera una ronda por los campamentos dispersos para dar con niños en edad escolar y enviarlos a la escuela. Aunque admitía que este modo de

proceder era «inusual», no le afectó descubrir a los hombres «hoscos y mudos, a las mujeres lamentándose de forma estridente y a los niños profundamente aterrorizados».[21]

De vez en cuando, los mescaleros sufrían el tormento de agentes que estaban excepcionalmente decididos a reformarles de un modo instantáneo a la manera del hombre blanco. En 1895, V. E. Stottler quiso obligarles a alterar su estructura familiar, a hacer que los hombres se cortaran el pelo y a vestirles como blancos, a que dejasen de elaborar y de beber tizwin y a que abandonasen la mayor parte de sus danzas ceremoniales. Abolió el tribunal criminal indio, convenció a algunos hombres para que se pusieran a trabajar en un aserradero e intentó forzar a cada familia a construirse su propia casa de madera. Acatando las órdenes del comisionado, adquirió cinco mil ovejas (diez por cada mescalero) e importó algunos expertos tejedores navajos para que instruyeran a las mujeres. Algunos mescaleros afortunados consiguieron empleo transportando suministros desde Las Cruces, una tarea que les proporcionaba un ligero recuerdo de su antigua movilidad. Stottler también introdujo la plantación de patatas, verduras de huerta y avena en su esfuerzo por introducirles en la economía monetaria. A algunos se les indujo a comerciar con ponis para obtener más ovejas, y otros vendieron suficientes productos agrícolas para la adquisición de cabras. La población de los mescaleros, en los últimos años de la década de 1890, había mermado hasta cuatrocientos cincuenta. Todos los cambios que se hicieron se llevaron a cabo a pesar de su oposición. Y aunque empezaron a jugar al béisbol en 1899, esta prueba de cambio cultural tan cara a los angloamericanos fue más simbólica que genuina.

Bajo la dirección del agente J. A. Carroll, que sirvió durante diez años a partir de 1901, se condujo a los mescaleros varios pasos más por el camino del hombre blanco gracias a la utilización de unos poderes prácticamente dictatoriales. En 1902, a pesar del hecho de que los mescaleros vivían en una pobreza abismal, los oficiales del BIA los declararon autosuficientes y dejaron de proporcionarles

raciones salvo a los ancianos y a los incapacitados. Al mismo tiempo, el agente empezó a pagar a los hombres por su trabajo, utilizando las ganancias tribales procedentes del arrendamiento de tierras de pasto a los ganaderos angloamericanos.

Durante el régimen de Carroll, los mescaleros empezaron a recibir réditos gracias a la lana y el ganado, a productos agrarios como la cebada y también a la venta de artesanía. La población, no obstante, continuó declinando. En 1905, la llegada de treinta y siete apaches lipan, lastimosas sobras de la antaño poderosa banda de Texas, dio a la población un pequeño impulso.

La reserva mescalero, como las de los apaches de Arizona, estaba rodeada de angloamericanos impacientes por obtener tierras indias, ya fuese por métodos justos o fraudulentos. En 1909 convencieron al presidente Theodore Roosevelt para incorporar la reserva al recién creado Bosque Nacional Álamo, lo que significaba que la utilización de la tierra a partir de entonces la determinaría el secretario de Agricultura. Aunque el presidente William H. Taft restauró la reserva a su posición anterior fuera del bosque nacional en 1912, los problemas territoriales de los mescaleros no acabaron. Nuevo México se convirtió en un estado aquel mismo año, y el hambre de tierras indias era una enfermedad incurable.

El senador Albert B. Fall, un destacado ranchero cuyas tierras limitaban con el extremo occidental de la reserva, introdujo una ley para crear un parque nacional en las propiedades de los mescaleros. Aunque el proyecto de ley no se aprobó, Fall continuó presentándolo una y otra vez en las sesiones del Congreso. Los mescaleros, conscientes de que el hambre de tierras de los angloamericanos era insaciable y que corrían el peligro de perder parte de sus mejores campos, vivían en un estado de preocupación permanente. Sus temores daban al traste con cualquier esfuerzo serio de desarrollar la economía de su reserva.

En 1913, los mescaleros recibieron a ciento ochenta y siete chiricahuas y apaches de Warm Springs procedentes de Fort Sill, los antiguos prisioneros de guerra. En su lucha por preservar intacta su

reserva, los mescaleros esperaban que aquellas incorporaciones a su declinante población ayudaran a su causa. Poco después de la llegada de los antiguos prisioneros de guerra, el BIA utilizó parte de los ingresos de los arrendamientos de pastos para adquirir un rebaño de ganado tribal. La cría de ganado se convertiría en una importante actividad de los mescaleros, pero esta acción, como tantas otras que afectaban directamente a los apaches y a los demás indios de las reservas, se llevó a cabo sin consultarles. Los poderes de los agentes sobre sus pupilos eran tan completos que se olvidaban de que estaban tratando con seres humanos.

Al concluir la Primera Guerra Mundial, los mescaleros organizaron un comité de empresa tribal y procuraron formar parte del proceso de toma de decisiones en todo lo concerniente a la economía de la reserva. Pero como el Congreso había decidido usar los réditos de esta para pagar a los empleados del BIA y comprar equipamiento, el comité empresarial mescalero ni siquiera podía vender madera ni utilizar parte del dinero del arrendamiento de los pastizales sin la autorización del Congreso, y este permiso no lo veían venir ni de lejos. El presidente del comité empresarial se convirtió prácticamente en el jefe de los mescaleros, pero, junto con su comité, solo podía decidir en asuntos menores.

En 1922, como las demandas de reformas se incrementaban en la administración de los asuntos indios, el Congreso confirmó con retraso el título de los mescaleros sobre su reserva. En 1924, en una acción avasalladora, el Congreso convirtió en ciudadanos a todos los indios, lo desearan o no. Esta acción afectó solo a los que vivían en reservas, pues los otros ya eran ciudadanos.

Dos años después de que se aprobara en 1934 la Ley de Reorganización India, los mescaleros adoptaron una constitución y convirtieron el comité empresarial en su gobierno tribal. También se aprovecharon del fondo rotativo de la IRA para adquirir equipamiento agrario y distribuyeron el ganado tribal entre las familias. Dieron fin a todos los arrendamientos para ganaderos angloamericanos y establecieron una Asociación de Cría de Ganado

para administrar los rebaños de la reserva. En tres años, los ingresos del ganado aumentaron de dieciocho mil dólares a cien mil, y el valor de sus productos agrícolas se incrementó de un modo similar. En 1942, cada familia mescalero tenía una casa de madera construida con troncos cortados y serrados en la propia reserva. Se ha llegado a sugerir que los mescaleros se beneficiaron más del «New Deal Indio» que el resto.[22]

Poco después del final de la Segunda Guerra Mundial, conflicto en que muchos apaches habían servido en las fuerzas armadas o habían trabajado en industrias de guerra, el Congreso aprobó la Ley de Comisión de Reclamaciones Indias. Los mescaleros y otros apaches entablaron pleitos para que les compensaran por la pérdida de sus tierras a causa de violaciones de los tratados. En 1967, los mescaleros recibieron una indemnización de ocho millones y medio de dólares, la mayor parte de los cuales se invirtieron en su comité empresarial.

En 1948, el guardabosques solicitó voluntarios para ayudarle a sofocar un incendio forestal, y así nacieron los famosos Red Hats de los mescaleros, un grupo de indios que luchaba contra los incendios. Finalmente, los Red Hats llegaron a ser doscientos hombres organizados en equipos efectivos. La noticia del éxito de su habilidad se extendió más allá de Nuevo México y se les llamaría frecuentemente para sofocar incendios forestales en los estados de la costa del Pacífico.

Cuando la política del gobierno derivó hacia el traslado, los mescaleros, cuya creciente población había aumentado mucho más de lo que podían soportar los recursos de la reserva, aceptaron el programa y muchas familias se trasladaron a Los Ángeles o a San Francisco. Estaban mal preparados para las condiciones que iban a encontrarse, y casi todos regresaron a la reserva.

El comité empresarial mescalero se hizo cargo del desarrollo de las industrias y las actividades de la reserva que pudieran soportar a la creciente población. Durante la década de 1950, los jóvenes mescaleros empezaron a solicitar una educación universitaria que les

preparase para las diversas ocupaciones que previamente les habían resultado inaccesibles. En 1956, cuando se abrió el centro turístico Cumbre Apache en un paso de montaña cerca de la carretera entre Ruidoso y la reserva mescalero, el turismo empezó a proveer una nueva fuente de ingresos. El centro incluía un motel, un restaurante, tiendas de artesanía y un camping para caravanas; todo construido con fondos tribales. En 1962, el comité empresarial obtuvo un préstamo de un millón y medio de dólares del gobierno para construir una pista de esquí en la ladera norte de Sierra Blanca, lo que probó ser una inversión muy provechosa.

Una nueva constitución, aprobada en 1964, convirtió a todos los indios de la reserva en miembros de la tribu apache mescalero y se ocupó de que los niños con un padre o una madre mescalero fueran considerados miembros de la tribu y accionistas. También reemplazó el comité empresarial por un consejo tribal de ocho miembros electos.

A principios de la década de 1970, el presidente del consejo tribal, Wendell Chino, graduado universitario que se había ganado un reconocimiento generalizado en las organizaciones indias nacionales, se comprometió a construir una presa para crear un lago como parte de un nuevo complejo recreativo que también incluiría un hotel, un campo de golf, un rancho para turistas y un pabellón de caza. A través de todas estas diversas actividades, los mescaleros se facilitaron cada vez más oportunidades, aunque muchos seguían sin empleo o subempleados. El consejo tribal también invirtió seiscientos mil dólares del dinero de las reclamaciones para dotar a un fondo escolar destinado a los mescaleros que quisieran ir a la universidad.

Para la mayor parte de los mescaleros el punto culminante del año es la «fiesta» anual, o la ceremonia de los ritos de la pubertad de las niñas que se celebra durante la primera semana de julio. Es la ocasión para renovar la identidad, y la mayoría de los mescaleros que no viven en la reserva se esfuerzan de manera denodada por

asistir. Debido al rígido control de Stottler y otros agentes, esta ceremonia es la única de sus ancestrales prácticas religiosas que recuerda la mayoría de los mescaleros.[23]

Tanto entre los mescaleros como entre los jicarillas, la generación más joven está en peligro de perder el contacto con las costumbres ancestrales de su pueblo sin que tampoco las reemplacen por hábitos culturales angloamericanas. Las viejas ataduras que mantienen unida a la familia dispersa se están olvidando con el paso del tiempo.[24] Otro problema es la continua batalla contra el alcoholismo; muchos apaches consideran que este es su principal problema de salud.[25] Los mescaleros no permiten la venta ni la posesión de alcohol en la reserva, pero no tienen que viajar muy lejos fuera de ella para obtenerlo.

Las reservas apaches de Arizona (San Carlos, Fort Apache y Montaña Blanca) sufrían los mismos problemas que asolaban a las de Nuevo México. Los apaches de San Carlos comenzaron muy pronto a criar ganado, pero durante la década de 1880, los ranchos ganaderos se multiplicaron en torno a la reserva y muchos apaches trabajaron como vaqueros para rancheros angloamericanos. En 1892, los precios del ganado cayeron en picado, los apaches perdieron interés en la ganadería y se pusieron a trabajar en el ferrocarril, especialmente en el ramal que iba de Globe a Bylas. En 1902, cuando se hizo el último reparto de raciones, la mayoría de los apaches se mantenía con trabajos fuera de la reserva. Como los beneficios de la agricultura declinaron y los apaches mostraron poco interés en reavivar la cría de ganado, el BIA empezó a arrendar los pastizales de las reservas a rancheros angloamericanos. Algunos apaches continuaron trabajando para aquellos rancheros, tanto dentro como fuera de las reservas. Como comentó el agente Hall en 1878: «Casi sin excepción, son gente deseosa de trabajar, y, si se pudiera encontrar un empleo constante para ellos, no tardarían en llegar a ser autosuficientes».[26]

Se hizo muy poco para educar a los apaches de San Carlos, pero en 1890 la Iglesia reformada holandesa abrió una escuela. Dos años más tarde, el comisionado de Asuntos Indios, Thomas J. Morgan, exigió el uso de la fuerza para obligar a todos los niños indios a asistir al colegio.

> En San Carlos —dijo— están los apaches, a los que se considera los indios más despiadados con los que debemos tratar. Prácticamente, los tenemos como prisioneros de guerra; la agencia de San Carlos está bajo control militar. Desde hace años está al mando un oficial militar, respaldado por dos o tres compañías de soldados de color. Las condiciones de esa reserva son sencillamente deplorables [...] Esta gente se niega a mandar a sus hijos a la escuela; pero en los últimos doce meses me he llevado de la reserva unos doscientos. Hoy están siendo bien alimentados y vestidos adecuadamente, están felices y satisfechos, y progresan bien.[27]

Sin embargo, a la mayoría de los niños indios se los habían llevado a la fuerza de sus hogares y estaban muy lejos de sentirse felices y satisfechos. Que estuvieran o no «bien alimentados» y que progresaran «bien» es, desde luego, otra cuestión.

El BIA adquirió la escuela religiosa de San Carlos y la convirtió en un internado. La asistencia se convirtió en obligatoria y se separó a los niños de las niñas en todas las actividades. Como la disciplina era severa y los castigos excesivos, muchos niños huyeron, y la mayoría desarrolló un intenso odio hacia las costumbres del hombre blanco.[28]

En 1936, tanto los apaches de San Carlos como los montaña blanca se organizaron bajo constituciones y establecieron consejos tribales para administrar los asuntos de todo el grupo, así como las empresas y propiedades de la tribu. Aunque ninguna de las dos bandas se había organizado anteriormente sobre una base tribal, esta innovación fue todo un éxito. Los apaches pusieron mucho interés en el consejo y en sus asuntos; las mujeres, tan activas en este sentido como los hombres, llegaron a ser elegidas para formar parte del consejo.

Una de las empresas más beneficiosas que supervisó el consejo de ambas reservas fue la industria ganadera. El BIA les procuró crías de ganado en varias ocasiones y, en 1934, el departamento les proporcionó animales de pura sangre para mejorar los rebaños de la reserva. Cuando expiraron los arrendamientos de tierras de pasto de los angloamericanos, no se renovaron, y los apaches obtuvieron rápidamente rebaños tribales privados de gran valor. El consejo tribal de San Carlos mantiene en la actualidad un rebaño de Herefords certificados para la cría de ganado, así como un rebaño de «los viejos» para apoyar al programa de asistencia social de la reserva. Cinco asociaciones ganaderas se ocupan de doce mil cabezas de ganado que producen unos ingresos anuales de casi un millón de dólares. Todos los que tienen ganado han de pertenecer a una de las asociaciones de cría que controlan las zonas del campo delimitadas para su posterior asignación. No obstante, solo alrededor de un tercio de las familias de San Carlos son propietarias de ganado, y unos dos tercios de ese tercio reciben menos de mil dólares al año por las ventas. Algunos apaches no tienen otra fuente de ingresos, salvo lo que pueden obtener de ocasionales trabajos fuera de la reserva.

Como los terrenos de pasto de la reserva de Fort Apache eran limitados, ningún individuo podía poseer más de setenta vacas para la cría. Además, cuando moría un miembro de la asociación, su ganado se vendía y los réditos se distribuían entre sus herederos. Esta práctica hacía posible que otro individuo, que había aguardado en una lista de espera, entrara en el negocio ganadero. La asociación le prestaba veinte cabezas de ganado para la cría. En un plazo de siete a diez años, debía abonar ese número de reses y dos animales más en concepto de intereses por el préstamo.[29]



Ceremonia del Amanecer, en los recintos del río White (Sociedad Histórica de Arizona).

En 1953, el consejo tribal de Fort Apache inauguró la empresa Montaña Blanca para desarrollar zonas recreativas para los turistas. Construyeron un área de deportes de invierno (Sunrise Park) y después incorporaron el lago Sunrise para la pesca y lo convirtieron así en un complejo turístico para todo el año. Una de las mayores industrias de la reserva es la Compañía Maderera de Fort Apache, organizada para la explotación de sus excelentes recursos naturales. La compañía posee un inmenso aserradero en Whiteriver.

La reserva de San Carlos tiene en la actualidad más de seis mil kilómetros cuadrados, alrededor de la mitad de su tamaño original, y la mayor parte es tierra yerma y sin agua. El lago San Carlos se creó mucho después de que se estableciera la reserva. La mayoría de los apaches de San Carlos que viven en la reserva están en San Carlos, Bylas o Peridot. La falta de empleo es crónica, y como muy pocos apaches de San Carlos han asistido a la universidad, hay muy pocos

adultos exitosos y cultos a los que los miembros más jóvenes puedan emular, aunque haya muchos líderes tribales que han tenido que depender más de la inteligencia nativa que de una educación o una instrucción formal. A causa de la extendida pobreza, ha sido difícil vencer la apatía y la indiferencia con respecto a la educación, pues sus ventajas no se han hecho explícitas.

Los alumnos apaches de San Carlos que acuden a escuelas públicas cerca de la reserva no han tenido una preparación adecuada, y pocos han recibido motivación por parte de sus padres o de sus profesores. Como comentó Edward A. Parmee en 1968, tras un estudio intensivo de los problemas educativos en San Carlos: «La orientación de todo el programa [...] apuntaba a la asimilación de los apaches en la cultura angloamericana, un objetivo que era diametralmente opuesto a los deseos de la mayor parte de ellos [...]». Continuaba diciendo que se hacía muy poco esfuerzo para engranar las metas y el funcionamiento del programa educativo local con las necesidades y deseos del pueblo apache.[30]

La relación de los apaches con el estado de Arizona es compleja. El gobierno no los ayuda tal y como cree la gente, aunque sí es cierto que les proporciona servicios médicos y educativos gratuitos. Sin embargo, hasta que el Servicio de Salud Pública no se encargó de los servicios médicos en la década de 1950, la asistencia sanitaria fue a menudo inadecuada, porque el BIA no disponía de fondos suficientes. Aunque las tierras dentro de los confines de la reserva estaba exentas de tasas fiscales para el estado y los apaches no pagaban impuestos estatales sobre la renta, sí pagaban las tasas federales y estatales sobre las ventas, y quienes vivían fuera de las reservas pagaban lo mismo que los demás ciudadanos. A los apaches de dentro y fuera de la reserva se les podía votar tanto en las elecciones estatales como en las federales, aunque Arizona retrasó todo lo posible (hasta 1948) la concesión de privilegios electorales.

No obstante, cuando Arizona legalizó el voto para los indios del estado, pocos apaches vieron razones para registrarse. Los líderes de Fort Apache y de San Carlos, cada vez más seguros del valor del poder político, se pusieron en marcha para registrar a todos los votantes elegibles. Como muchas familias vivían en grupos de clanes desperdigados en zonas remotas e inaccesibles de las reservas, aquel plan tardó años en llevarse a cabo de forma efectiva. Los líderes tribales empezaron a invitar entonces a los candidatos a que se presentaran ante el consejo tribal, para después respaldar a algunos de ellos y animar a los apaches a votar en bloque. Los resultados fueron muy gratificantes.[31]

A causa del énfasis en la terminación dentro del Gobierno federal, en 1952 la Universidad de Arizona inauguró el Departamento de Estudios Étnicos. Su propósito era estudiar los problemas sociales y económicos de los pueblos indios del Estado, en caso de que este tuviera que asumir la responsabilidad por los servicios previamente suministrados por el Gobierno federal. Dos años más tarde, Arizona creó una Comisión de Asuntos Indios para analizar las condiciones de los indios y dotarles con medios de comunicación más directos con el gobierno estatal. La comisión se compone de cinco indios y dos no indios, todos nombrados por el gobernador. En la misma década, la Universidad Estatal de Arizona en Tempe inauguró un programa especial de educación india; la Universidad de Arizona estableció un programa de Estudios Indios; y la Universidad del Norte de Arizona, en Flagstaff, inició un programa de formación docente diseñado especialmente para indios.

Los apaches, como muchos otros pueblos indígenas, no están en absoluto deseosos de asimilarse a la sociedad blanca y se aferran desesperadamente a sus viejas tradiciones. Su deseo de una vida mejor, una calidad de vida material más próxima a la de los blancos, es sin duda lo mismo que querer adoptar los valores del hombre blanco o su herencia cultural. En la actualidad, entienden claramente que la educación es la clave para acceder a una calidad de vida que esté por encima de nivel de la pobreza, pero no tienen intención de

sacrificar sus creencias básicas a cambio de una vivienda digna o para tener la oportunidad de escapar de la malnutrición crónica y de una esperanza de vida de por lo menos una tercera parte inferior a la del resto de los estadounidenses. En esto radica la base de muchos de los conflictos entre los apaches y los angloamericanos, pues estos últimos ven la educación como una vía para la «asimilación», lo que significa la adopción total del modo de vida blanco.

A algunos funcionarios se les ha convencido de que los niños apaches deben, dentro de lo posible, acudir a escuelas públicas integradas para acelerar su asimilación, aunque la alta tasa de marginación y otras pruebas de dificultad en tales escuelas les debería haber sugerido un poco de precaución. Muchos padres apaches prefieren las escuelas comunitarias próximas a sus hogares, donde a los niños no se les sobreexponga a unos valores culturales blancos ajenos. Estos puntos de vista diametralmente opuestos han causado verdaderos problemas y malentendidos; como resultado, a los padres apaches se les ha acusado injustamente de mostrarse indiferentes ante la educación de sus hijos.

En las escuelas públicas, los niños apaches solo en raras ocasiones reciben la atención especial que precisan, pues los profesores y los administradores no están familiarizados con los problemas que tienen e ignoran sus necesidades. Hasta los profesores que les tienen simpatía y que hacen un esfuerzo por ayudar a los alumnos apaches saben tan poco sobre ellos que no pueden comunicarse con efectividad. El problema es menos un problema de lengua que de ideales y valores culturales. No ha habido entendimiento entre los padres apaches y los alumnos, por un lado, y los profesores y los administradores por el otro. Estos últimos, sencillamente, no han entendido que los apaches no se oponen a la educación sino al modo en que esta se impone a sus hijos.[32]

Una de las diferencias más fundamentales entre las conductas del indio y del hombre blanco es la que concierne a la noción del tiempo. «Para la cultura blanca —escribió Robert L. Faherty— el

tiempo es un objeto regularizado cuyo símbolo es el reloj»; y la sociedad blanca prácticamente vive en torno a ese objeto. «Contraponiéndose a este —continuaba—, está el tiempo natural, un continuo fluido que marcha con la salida y la caída del sol y por los cambios estacionales.» Añadía que los indios bromeaban entre ellos sobre actuar en «tiempo indio», al decir que un encuentro comunitario «empezaría en noche cerrada». Otra diferencia cultural importante es que las líneas de autoridad de los blancos son verticales, mientras que entre los indios son horizontales.[33] Estas perspectivas distintas constituyen obstáculos efectivos para la consecución del entendimiento.

La reserva de San Carlos ha sido incapaz de proporcionar empleo a su creciente población. Durante la década de 1960, el setenta y cinco por ciento de los apaches en edad laboral (más de mil doscientos) estaba en paro. Ellos y sus familias vivían en la más deplorable pobreza, y sus hijos, que estaban en la escuela, aguardaban sin esperanza el fin de aquella terrible experiencia.

El cambio a una economía monetaria y salarial hizo que el cabeza de una familia amplia ignorase a otras familias, mientras que antes se habría sentido responsable de ellas y sus necesidades. El paternalismo del gobierno a la hora de proporcionar tanto programas de educación como de asistencia social y salud pública ha eliminado del todo la responsabilidad del cabeza de familia para con sus hijos, los enfermos y los ancianos. A medida que las estructuras familiares cambian y aparecen nuevas tensiones, también surgen nuevos problemas sociales. En los casos de los apaches, tanto de Arizona como de Nuevo México, existen la adicción al alcohol, el abandono de niños, el juego y la prostitución. Todo es indicativo de una cultura cambiante bajo graves tensiones. Todos estos problemas generalizados juntos desaniman a los jóvenes apaches a la hora de hacer un esfuerzo para adquirir una educación.

Los problemas de San Carlos fueron más acuciantes que los de otras reservas apaches. El consejo tribal, compuesto por hombres de poca educación o formación, trató lo mejor que pudo de incrementar las

oportunidades de empleo en la reserva, pero en 1964 seguía habiendo solo ochenta apaches con empleos de jornada completa. La mitad trabajaban en empresas tribales como la cría de ganado; solo cinco trabajaban en la agricultura; el resto estaba empleado en el BIA o en otras agencias federales.

Solo durante los últimos años de la década de 1960, las condiciones empezaron a mejorar un poco en San Carlos, con la introducción de la formación especializada de los profesores junto a laboratorios de lectura y nuevos y más apropiados métodos de exámenes. También durante este período se eligió a algunos apaches para los consejos de colegios fuera de la reserva, y muchos padres renovaron su interés por la educación de sus hijos. Los programas Head Start[34] en las reservas de San Carlos y Fort Apache ayudaron a los niños a prepararse para las escuelas públicas; los programas de educación para adultos y de formación vocacional, como el de Whiteriver, cerca de Fort Apache, originaron esperanzas para el incremento de empleo. En la actualidad, todos los trabajos de servicio civil en sendas reservas los ejercen apaches.

En 1968, se instaló una oficina para el coordinador educativo en Fort Apache con la intención de proporcionar un vínculo efectivo entre el BIA y los colegios. Los apaches también ajustaron las subvenciones del BIA para la educación con cantidades iguales procedentes de los fondos tribales.[35] El centro cultural de Fort Apache, que enseñaba tanto tradición como lengua apache, se hizo muy popular entre los jóvenes apaches.

Los indios urbanos constituyen uno de los grupos menos visibles y más ignorados de Arizona, pues comparten muchos de los problemas de quienes habitan en las reservas, pero no cuentan con agencias que les ayuden a lidiar con sus necesidades. A diferencia de otros grupos de minorías urbanos, los indios vacilan a la hora de buscar los servicios de salud, educación y asistencia social disponibles para ellos como ciudadanos. Una solución parcial para los jóvenes indios urbanos es el movimiento panindio, que les capacita para retener un sentimiento de identidad. Donde existen

tales organizaciones, los indios urbanos pueden evitar parte de la aparente hostilidad o indiferencia de la sociedad blanca, así como las limitaciones para identificarse con una tribu en particular. Pero las rivalidades tribales, por desgracia, también persisten en las ciudades.

Las reservas proporcionan el apoyo y la seguridad de los vínculos familiares que la mayoría de la gente necesita. Muchos indios se encuentran divididos entre el atractivo de las oportunidades económicas urbanas y la tentación de permanecer con la familia y los amigos en terreno conocido. Para muchos, la única solución atractiva es el desarrollo de sus reservas, de tal manera que quienes reciban educación y formación no tengan que irse lejos en busca de un empleo apropiado. Como la Resolución de la Cámara 108 nunca se revocó, la amenaza de la terminación por parte de la administración fiduciaria de la reserva y los servicios federales continúa pesando sobre todos los indios que viven en ella. Este peligro se incrementa obviamente ante cualquier éxodo que se produzca, y esa es una de las razones por las que los consejos tribales luchan por procurar oportunidades de empleo. El fracaso a la hora de fomentar el empleo tentará o forzará a los jóvenes apaches cultos a abandonar la reserva; sin ellos y sus habilidades, los planes para el desarrollo económico se ven seriamente comprometidos. Este es el dilema al que se enfrentan hoy todos los apaches de las reservas.

Junto al deseo de retener a los jóvenes en la reserva está el miedo a que los fondos federales se deriven de las declinantes poblaciones de las reservas al creciente número de indios urbanos. Estos temores empezaron a destacar en 1971, cuando, en un encuentro del Destacamento Nacional Especial de Recursos Humanos Indios, los líderes tribales se negaron terminantemente a compartir los fondos disponibles con los indios urbanos, insistiendo en que se debían hacer asignaciones separadas para ellos.[36]

Aunque los indios de fuera de la reserva conservan los mismos derechos de propiedad que los de dentro, su separación física significa que prácticamente no tienen voz a la hora de decidir lo que se hace con sus propiedades. La mayor parte de los que se van a las ciudades, por tanto, lo hace sobre una base temporal, por una acuciante necesidad de conseguir un empleo. Regresan a las reservas con la mayor frecuencia posible: para conservar su elegibilidad en los roles ceremoniales, mantener los vínculos familiares y renovar su «indianidad». Los centros indios de Phoenix y Tucson son casi los únicos servicios de organización para la gente india en Arizona que están dirigidos por indios. Su papel es el de ayudar a resolver los problemas más apremiantes que tienen los indios que acaban de llegar a las ciudades.

Aunque la mayoría de los indios tiene mucho que perder al cortar sus vínculos con las reservas de un modo permanente, algunos que llevan a cabo los programas de formación establecidos por el BIA y otras agencias dejan las reservas para siempre. Estos son los indios «invisibles», cuyos problemas, a menudo graves, permanecen totalmente desconocidos tanto para los blancos como para los indios de la reserva. El indio urbano es «un hombre de dos mundos, aunque invisible e ignorado por ambos».[37] Pero debido a que la población india está creciendo rápidamente y los esfuerzos para generar oportunidades de empleo en las reservas son muy recientes, a muchos indios no les queda más opción que la de buscar trabajo fuera de la reserva.

Tanto en Fort Apache como en San Carlos más de la mitad de la fuerza laboral está hoy sin empleo. Muchas de las familias (más del sesenta por ciento en sendas reservas) no tienen acceso a un transporte apropiado, una situación que agrava sus problemas laborales.

Incluso después de años de estar expuestos al motor de la obtención de ganancias, los apaches siguen adheridos a un nivel de economía de subsistencia, y esta tradición supone una limitación significativa para el potencial económico de su empleo asalariado.

No tienen nada contra tal trabajo, pero la mayoría prefiere vivir con el mínimo contacto con los angloamericanos o dependencia respecto a ellos. Además, para cumplir con todas las obligaciones sociales y rituales, los apaches prefieren trabajar dentro de un radio que no se aleje más de ciento veinte kilómetros de la reserva.

Cuando se van a trabajar fuera de la reserva, los apaches viven invariablemente en grupos locales de clanes formados por familias emparentadas, y raramente se van más de un año. La mayoría rechaza los empleos de fuera de la reserva que exijan la separación de sus familias. Muchos de estos trabajos se quedan vacantes «porque —como afirma un oficial de empleo estatal apache— todos quieren quedarse en casa». Aún en 1970, la fuerza laboral de edad superior a dieciséis años en San Carlos llegaba a dos mil doscientos; de estos, solo seiscientos cuarenta tenían empleo. Claramente, la voluntad de seguir siendo apache pesa más que el deseo de disfrutar de las comodidades materiales de la sociedad moderna. Los factores históricos y culturales que producen esta situación siguen estando presentes y quizás incluso se sienten con más fuerza hoy que en cualquier otro momento desde que se establecieran las reservas, como la de San Carlos.[38]

El futuro de los apaches ya no es tan sombrío como ha venido pareciendo durante muchos años. Al facilitarles oportunidades y estímulos, su inteligencia y habilidad inherentes les capacitarán para mejorar sus vidas de un modo sustancial sin renegar de sus propios valores culturales. Como escribió el general Crook hace mucho tiempo, en respuesta a quienes se oponían a su plan de conceder a los apaches el derecho al voto: «Quisiera decir muy rotundamente que el indio americano es igual de inteligente que la mayoría de los pertenecientes a las distintas y variadas nacionalidades, si no de todas, que hemos ido asimilando a nuestras leyes, costumbres y lengua. Es totalmente capaz de protegerse a sí mismo, si se le concede el voto y los tribunales no se cierran en banda contra él».[39]

Lo que les ocurra a los apaches dependerá en parte del éxito que obtengan a la hora de vencer la actitud de desesperanza engendrada por un siglo de dominación total, y en parte en la continuación y expansión de políticas progresistas por parte de las agencias y los oficiales del gobierno. A uno solo le queda esperar que las fluctuaciones perturbadoras y desalentadoras de la política gubernamental hacia los indios hayan quedado atrás, y que en el futuro podamos ver a estos y a los demás indios alcanzando el control genuino sobre las decisiones que afecten a sus vidas. Solo entonces quedará probada la estimación que hizo Crook sobre sus aptitudes.

BIBLIOGRAFÍA

ABEL, Annie Heloise (ed.), *The Official Correspondence of James S. Calhoun while Indian Agent at Santa Fe and Superintendent of Indian Affairs in New Mexico*, Washington, 1915.

— «Indian Affairs in New Mexico under the Administration of William Carr Lane», *New Mexico Historical Review*, 16 (abril de 1941): 206-232; 16 (julio de 1941): 328-358.

ACUÑA, Rodolfo F., «Ignacio Pesqueira: Sonoran Caudillo». *Arizona and the West*, 12 (verano de 1970): 139-172.

— *Sonoran Strongman: Ignacio Pesqueira and His Times*. Tucson, 1974.

ADAMS, Alexander B., *Geronimo, A Biography*. Nueva York, 1971.

ADAMS, William Y., y Gordon V. KRUTZ, «Wage Labor and the San Carlos Apache». En *Apachean Culture History and Ethnology*, editado por Keith H. BASSO y Morris E. OPLER. Tucson, 1971.

ANTELL, Will, «Education of the American Indians». *Current History*, 67 (diciembre de 1974): 267-270, 279.

ARCHER, Christon I., «The Deportation of Barbarian Indians from the Internal Provinces of New Spain, 1789-1810». *The Americas*, 29 (enero de 1973): 376-385.

BAILEY, L. R., *Indian Slave Trade in the Southwest*. Los Ángeles, 1966.

BALDWIN, Gordon C., *The Warrior Apaches: A Story of the Chiricahua and Western Apache*. Tucson, 1965.

— *Indians of the Southwest*. Nueva York, 1973.

BALL, Eve, «The Apache Scouts: A Chiricahua Appraisal». *Arizona and the West*, 7 (invierno de 1965): 315-328.

— *Recollections of a Warm Springs Apache: James Kaywaykla, nanata*. Tucson, 1970.

— «Juh's Stronghold in Mexico». *The Journal of Arizona History*, 15 (primavera de 1974): 73-84.

BANCROFT, Hubert Howe., *History of the North Mexican States and Texas*. 2 vols. San Francisco, 1884.

— *History of Arizona and New Mexico, 1530-1888*. San Francisco, 1889.

BARTLETT, John Russell, *Personal Narrative of Explorations and Incidents in Texas, New Mexico, California, Sonora and Chihuahua*. 2 vols. Glorieta, N. M., 1965.

BASEHART, Harry W., «Mescalero Apache Band Organization and Leadership». En *Apachean Culture History and Ethnology*, editado por Keith H. BASSO y Morris E. OPLER. Tucson, 1971.

BASSO, Keith H., «To Give Up on Words: Silence in Western Apache Culture». En *Apachean Culture History and Ethnology*, editado por Keith H. BASSO y Morris E. OPLER. Tucson, 1971.

BASSO, Keith H., y Morris E. OPLER, ed., *Apachean Culture History and Ethnology*. Tucson, 1971.

BENAVIDES, Alonso de, *The Memorial of Fray Alonso de Benavides, 1630*. Traducido y editado por Mrs. Edward E. AYER. Albuquerque, 1965.

BENDER, A. B., «Frontier Defenses in the Territory of New Mexico, 1846-1853». *New Mexico Historical Review*, 9 (octubre de 1934): 219-272.

BETZINEZ, Jason, *I Fought with Geronimo*. Editado por W. S. NYE. Nueva York, 1959.

BIGELOW, John, Jr., *On the Bloody Trail of Geronimo*. Nueva York, 1968.

BLOOM, L. B., ed., «Barreiro's *Ojeada sobre Nuevo México*». *New Mexico Historical Review*, 3 (enero de 1928): 73-96; 3 (abril): 148-178.

BOLTON, Herbert E., ed., *Spanish Exploration in the Southwest, 1542-1706*. Nueva York, 1916.

— *Rim of Christendom: A Biography of Eusebio Francisco Kino, Pacific Coast Pioneer*. Nueva York, 1936. (Nueva ed., 1960.)

— *Outpost of Empire*. Nueva York, 1939.
— ed., *Kino's Historical Memoir of Pimería Alta*. 2 vols. Berkeley, Calif., 1948.
BOURKE, John G., *On the Border with Crook*. Nueva York, 1891 (Nueva ed., Glorieta, N. M., 1971).
— *An Apache Campaign in the Sierra Madre*. Nueva York, 1958.
BRINCKERHOFF, Sidney B., «The Last Years of Spanish Arizona, 1786-1821». *Arizona and the West*, 9 (primavera de 1967): 5-20.
BRINCKERHOFF, Sidney B., y Odie B. FAULK, *Lancers for the King*. Phoenix, 1965.
BRODHEAD, Michael J., «Elliott Coues and the Apaches». *Journal of Arizona History*, 14 (verano de 1973): 87-94.
BROOKS, Clinton E., y Frank D. REEVE, ed., «James A. Bennett: A Dragoon in New Mexico, 1850-1856». *New Mexico Historical Review* 22 (enero de 1947): 51-97; (abril de 1947): 140-176.
BROPHY, William A., y Sophie D. ABERLE, et al., *The Indian: America's Unfinished Business; Report of the Commission on the Rights, Liberties, and Responsabilities of the American Indian*. Norman. Okla, 1966.
BROWNE, J. Ross, *Adventures in Apache Country: A Tour Through Arizona*. Nueva York, 1871. (Nueva ed., Tucson, 1974.)
— *A Tour Through Arizona, 1864; or Adventures in Apache Country*. Tucson, 1950.
BURLISON, Irene, *Yesterday and Today in the Life of the Apaches*. Filadelfia. 1973.
CARGILL, Andrew Hays, «The Camp Grant Massacre». *Arizona Historical Review*, 7 (julio de 1936): 73-79.
CARROLL, H. Bailey, y J. VILLASANA HAGGARD, trads., *Three New Mexico Chronicles*. Albuquerque, 1942.
CARSON, G. B., ed., «William Carr Lane Diary». *New Mexico Historical Review*, 39 (julio de 1964): 181-234; (octubre de 1964): 274-332.
CARTER, William Giles Harding, *From Yorktown to Santiago with the Sixth U.S. Cavalry*. Baltimore, 1900.

CHAMBERLAIN, Sue Abbey, «The Fort McDowell Indian Reservation: Water Rights and Indian Removal». *Journal of the West*, 14 (octubre de 1975): 27-34.

CHAPEL, William L., «Camp Rucker: Outpost in Apachería». *Journal of Arizona History*, 14 (verano de 1973): 95-112.

CLARK, Laverne H., «Early Horse Trappings of the Navajo and Apache Indians». *Arizona and the West*, 5 (otoño de 1963): 233-248.

CLENDENEN, Clarence C., «General James Henry Carleton». *New Mexico Historical Review*, 30 (enero de 1955): 23-43.

CLUM, John P., «Es-kim-in-zin». *New Mexico Historical Review*, 3 (octubre de 1928): 399-420; 4 (enero de 1928): 1-27.

— «Geronimo». *New Mexico Historical Review*, 3 (enero de 1928): 1-40; (abril de 1928): 121-144; (julio de 1928): 217-264.

— «The San Carlos Apache Police». *New Mexico Historical Review*, 4 (julio de 1929): 203-219; 5 (enero de 1929): 67-92.

— «Apache Misrule: A Bungling Agent Sets the Military Arm in Motion». *New Mexico Historical Review*, 5 (abril de 1930): 138-153; (julio de 1930): 221-239.

CLUM, Woodworth, *Apache Agent: The Story of John P. Clum*. Boston, 1936.

COCHISE, Ciyé «Niño», *The First Hundred Years of Niño Cochise: The Untold Story of an Apache Indian Chief*. Tal como se la contó a A. Kinney Griffith. Londres, Nueva York, 1971.

COLYER, Vincent, *Peace with the Apaches of New Mexico and Arizona*. Washington, 1871 (Reimpreso, Freeport, N.Y., 1971.)

— *Condition of the Indian Tribes: Report of the Joint Special Committee Appointed under Joint Resolution of March 3, 1865*. Washington D.C., 1867.

CONNER, Daniel Ellis, *Joseph Reddeford Walker and the Arizona Adventure*. Ed. por Donald Berthrong y Odessa Davenport. Norman, Okla., 1956.

CONRAD, David E., «The Whipple Expedition in Arizona, 1853-1854». *Arizona and the West*, 11 (verano de 1969): 147-178.

COOKE, Philip St. George, *The Conquest of New Mexico and California: An Historical and Personal Narrative*. Nueva York, 1878. (Nueva ed., Glorieta, N. M., 1964.)

CORBUSIER, William T., *Verde to San Carlos: Recollections of a Famous Army Surgeon and His Observant family on the Western Frontier, 1869-1866*. Tucson, 1971.

COZZENS, Samuel Woodworth, *The Marvellous Country, or, Three Years in Arizona and New Mexico*. Boston, 1874.

CREMONY, John C., *Life Among the Apaches*. San Francisco, 1868. (Reimpreso, Glorieta, N.M., 1968.)

CROOK, General George, *Resumé of Operations Against Apache Indians, 1882-1886*. Washington D.C., 1887.

— *General George Crook, His Autobiography*. Editado por Martin F. Schmitt. 1960.

CRUSE, Thomas, *Apache Days and After*. Caldwell, Idaho, 1941.

CURLEY, Richard T., «Drinking Patterns of the Mescalero Apache». *Quaterly journal of Studies on Alcohol*, 28, 1967: 116-131.

DALY, W. H., *Manual of Pack Transportation*. Washington D.C., 1917.

DAVIS, Britton, *The Truth About Geronimo*. Editado por Milo Milton Quaife. New Haven, Conn., 1929.

DEBO, Angie, *Geronimo, The Man, His Time, His Place*. Norman, Okla., 1976.

DELORIA, Vince, Jr., «Religion and the Modern American Indian». *Current History*, 67 (diciembre de 1974): 250-253.

DIPESO, Charles, *The Sobaípuri Indians of the Upper San Pedro River Valley, Southeastern Arizona*. Dragoon, Ariz., 1953.

DOBYNS, H. F., «Indian Extinction in the Middle Santa Cruz Valley, Arizona». *New Mexico Historical Review*, 38 (abril de 1963): 163-181.

— *The Apache People*. Phoenix. 1971.

— *The Pápago People*. Phoenix. 1972.

— *The Mescalero Apache People*. Phoenix, 1973.

— *Spanish Colonial Tucson*. Tucson, 1976.

DONOHUE, J. Augustine, «The Unlucky Jesuit Mission of Bac». *Arizona and the West*, 2 (verano de 1960): 127-139.

DOWNEY, Fairfax, y Jacques N. JACOBSEN, Jr., *The Red Bluecoats*. Ft. Collins, Colo., 1973.

DUNN, J. P. Jr., *Massacres of the Mountains: A History of the Indian Wars of the Far West*. Nueva York, 1969.

ELLIS, Richard N., «The Humanitarian Soldiers». *Journal of Arizona History*, 10 (verano de 1969): 53-66.

— «The Apache Chronicle». *New Mexico Historical Review*, 47 (julio de 1972): 275-282.

EMORY, W. H., *Lieutenant Emory Reports: A Reprint of W. H. Emory's Notes of a Military Reconnaissance*. Albuquerque, 1951.

EVANS, George W. B., *Mexican Gold Trail: The Journal of a Forty-Niner*. Editado por Glenn S. DUMKE, San Marino, Calif., 1945.

EWING, Russell C., «The Pima Outbreak in November, 1751». *New Mexico Historical Review*, 13 (octubre de 1938): 337-346.

FAHERTY, Robert L., «The American Indian: An Overview». *Current History*, 67 (diciembre de 1974): 241-244, 274.

FARISH, Thomas Edwin, *History of Arizona*. 8 vols. San Francisco, 1915-1918.

FAULK, Odie B., *The Geronimo Campaign*. Nueva York, 1969.

FEATHER, Adlai, «The Territories of Arizona». *New Mexico Historical Review*, 39 (enero de 1964): 16-31.

FERNÁNDEZ DE JÁUREGUI URRUTIA, Josseph Antonio, *Description of Nueva León, México (1735-1740)*. Editado por Malcolm D. MCLEAN. Monterrey, México, 1964.

FERRIS, Robert G., ed., *Soldier and Brave: Historic Places Associated with Indian Affairs and the Indian Wars in the Trans-Mississippi West*. 2ª ed., Washington D.C., 1971.

FEY, Harold E., y D'ARCY MCNICKLE. *Indians and Other Americans-Two Ways of Life Meet*. Ed. rev., Nueva York, 1970.

FONTANA, Bernard L., «Contemporary Indians». En *The Indians of Arizona: A Contemporary Perspective*, editado por Thomas Weaver. Tucson, 1974a.

— «Historical Foundations». En *The Indians of Arizona: A Contemporary Perspective*, editado por Thomas WEAVER. Tucson, 1974b.
— «Twentieth Century Legislation». En *The Indians of Arizona: A Contemporary Perspective*, editado por Thomas WEAVER. Tucson, 1974c.
FORBES, Jack D., «The Janos, Jocomes, Mansos and Sumas Indians». *New Mexico Historical Review*, 32 (octubre de 1957): 319-334.
— *Apache, Navaho, and Spaniard*. Norman, Okla., 1960.
— *The Indian in America's Past*. Englewood Cliffs, N. J., 1964.
FORREST, Earle R., *Lone War Trail of Apache Kid*. Pasadena, Calif., 1947.
FRAZER, Robert W., «Fort Butler: The Fort that Almost Was». *New Mexico Historical Review*, 43 (octubre de 1968): 253-270.
GÁLVEZ, Bernardo de, *Instructions for Governing the Interior Provinces of New Spain, 1786*. Traducido y editado por Donald E. WORCESTER. Berkeley, 1786.
GARDNER, Hamilton, «Philip St. George Cooke and the Apache, 1854». *New Mexico Historical Review*, 28 (abril de 1953): 115-132.
GOODMAN, David Michael, «Apaches as Prisoners of War». Tesis Doctoral del Departamento de Filosofía de la Universidad Cristiana de Texas. 1968.
GOODWIN, Grenville, «Experience of an Indian Scout». *Arizona Historical Review*, 7 (enero de 1936): 31-68.
— *The Social Organization of the Western Apache*. Chicago, 1942.
— *Western Apache Raiding and Warfare*. Editado por Keith H. Basso. Tucson, 1971.
GREGG, Josiah, *Commerce of the Prairies*. Editado por Max L. MOORHEAD. Norman, Okla., 1954.
GRIFFIN, P. Bion, Mark P. LEONE, y Keith H. BASSO, «Western Apache Ecology: From Horticulture to Agriculture». En *Apachean Culture History and Ethnology*, editado por Keith H. BASSO y Morris E. OPLER. Tucson, 1971.
GRIFFITH, A. Kinney, *Mickey Free, Manhunter*. Caldwell, Idaho, 1969.

GUNNERSON, Dolores A., *The Jicarilla Apaches: A Study in Survival*. DeKalb, Ill., 1974.

HAAS, Theodore H., «The Legal Aspects of Indian Affairs from 1887 to 1957». *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 311 (mayo de 1957): 12-22.

HACKETT, Charles Wilson, ed., *Historical Documents Relating to New Mexico, Nueva Vizcaya, and Approaches Thereto, to 1773*. 3 vols. Washington D.C., 1926-1937.

HACKETT, Charles Wilson, y Charmion SHELBY, ed., *Revolt of the Pueblo Indians of New Mexico and Otermín's Attempted Reconquest*, 1680-1682. 2 vols. Albuquerque, 1942.

HAGEMAN, E. R., ed., *Fighting Rebels and Redskins: Experiences in Army Life of Colonel George B. Sanford, 1861-1892*. Norman, Okla., 1969.

— «Surgeon Smart and the Indians: An 1866 Apache Word-List». *Journal of Arizona History*, 11 (verano de 1970): 126-140.

HALL, Martin Hardwick, «Captain Thomas J. Mastin's Arizona Guards, C. S. A.». *New Mexico Historical Review*, 49 (abril de 1974): 143-151.

HAMMOND, George Peter, «The Camp Grant Massacre: A Chapter in Apache History». Actas de la sección de la Costa del Pacífico de la Asociación Histórica Americana. 1929.

— «The Zúñiga Journal, Tucson to Santa Fe; The Opening of a Spanish Trade Route, 1788-1795». *New Mexico Historical Review*, 6 (enero de 1931): 40-65.

HARTE, John Bret, «Conflict at San Carlos: The Civilian-Military Struggle for Control, 1882-1885». *Arizona and the West*, 15 (primavera de 1973): 27-44.

— «The Strange Case of Joseph C. Tiffany: Indian Agent in Disgrace». *Journal of Arizona History*, 16 (invierno de 1975): 383-404.

HASTINGS, James R., «The Tragedy at Camp Grant in 1871». *Arizona and the West*, 1 (verano de 1959): 146-160.

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ BARBA, Mario, *La última expansión española en América*. Madrid, 1957.
HODGE, Frederick Webb, ed., *Handbook of American Indians North of Mexico*. 2 vols. Washington D.C., 1907-1910.
HOOPES, Alban W., *Indian Affairs and Their Administration, with Special Reference to the Far West, 1849-1860*. Filadelfia, 1932.
HORN, Calvin, *New Mexico's Troubled Years*. Albuquerque, 1963.
HOWARD, Oliver O., *My Life and Experiences among Our Hostile Indians*. Hartford, Conn., 1907.
IRWIN, Dr. B. J. D., «The Fight at Apache Pass». *Infantry Journal*, 32 (abril de 1928).
JOHN, Elizabeth, *Storms Brewed in Other Men's Worlds*. College Station, Texas, 1975.
JONES, Oakah L., *Pueblo Warriors and Spanish Conquest*. Norman, Okla., 1966.
JOSEPHY, Alvin Jr., *Red Power: The American Indian's Fight for Freedom*. Nueva York, 1971.
KELEHER, William A., *Turmoil in New Mexico, 1846-1868*. Santa Fe, 1952.
KENNER, Charles L., *A History of New Mexico – Plains Indian Relations*. Norman, Okla., 1969.
KESSELL, John L., ed., «San José de Tumacácori – 1773: A Franciscan Reports from Arizona». *Arizona and the West*, 6 (invierno de 1964): 303-312.
— «The Puzzling Presidio: San Phelipe de Guevavi, Alias Terrenate». *New Mexico Historical Review*, 41 (enero de 1966): 21-46.
— ed., «Anza, Indian Fighter: The Spring Campaign of 1776». *Journal of Arizona History*, 9 (otoño de 1968): 155-163.
— *Mission of Sorrows: Jesuit Guevavi and the Pimas, 1691-1767*. Tucson, 1970.
KING, James T., *War Eagle: A Life of General Eugene A. Carr*. Lincoln, Neb., 1963.
— «George Crook: Indian Fighter and Humanitarian». *Arizona and the West*, 9 (invierno de 1967): 333348.

KINNAIRD, Lawrence, tr. y ed., *The Frontiers of New Spain: Nicolás de la Fora's Description, 1766-1768*. Berkeley, Calif., 1958.

LAFARGE, Oliver, «Revolution With Reservations». *New Republic*, 84 (9 de octubre de 1935): 232234.

— «Termination of Federal Supervision: Disintegration and the American Indians». *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 311 (mayo de 1957): 4146.

LOCKWOOD, Frank, *The Apache Indians*. Nueva York, 1938.

LOYOLA, Sister Mary, «The American Occupation of New Mexico, 1821-1852». *New Mexico Historical Review*, 14 (enero de 1939): 34-75; (abril de 1939): 143199; (julio de 1939): 230286.

LUMMIS, Charles F., *General Crook and the Apache Wars*. Editado por Turbesé Lummis FISKE. Flagstaff, Ariz., 1966.

LURIE, Nancy Oestreich, «The Indian Claims Commision Act». *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 311 (mayo de 1957): 5670.

LYNN, Juana Fraser, «Archie McIntosh, the Scottish Indian Scout». *Journal of Arizona History*, 7 (otoño de 1966): 203222.

MANSFIELD, Joseph King Fenno, *Mansfield on the Condition of the Western Forts, 1853-54*. Editado por Robert FRAZER. Norman, Okla., 1963.

MANYPENNY, George W., *Our Indian Wards*. Cincinnati, 1880.

MARDOCK, Robert Winston, *The Reformers and the American Indian*. Columbia, Mo., 1971.

MASON, Joyce Evelyn, «The Use of Indian Scouts in the Apache Wars, 18701886». Tesis Doctoral del Departamento de Filosofía de la Universidad de Indiana. 1970.

MATSON, Daniel S., y Albert H. SCHROEDER, ed., «Cordero's Description of the Apache 1776». *New Mexico Historical Review*, 32 (octubre de 1957): 335356.

MATTISON, Ray H., «Early Spanish and Mexican Settlements in Arizona». *New Mexico Historical Review*, 21 (octubre de 1946): 273-327.

MCCALL, George Archibald, *New Mexico in 1850: A Military View*. Editado por Robert W. FRAZER. Norman, Okla., 1968.
MCCORD, T., Jr., «An Economic History of the Mescalero Apache Indians». Tesis Doctoral, Universidad de Nuevo México. 1946.
MCNITT, Frank, «Fort Sumner: A Study in Origins». *New Mexico Historical Review*, 45 (abril de 1970): 101118.
— *Navajo Wars: Military Campaigns, Slave raids and Reprisals*. Albuquerque, 1972.
MERRILL, James M., *Spurs to Glory: The Story of the United States Cavalry*. Nueva York, 1966.
MILES, Nelson A., *Personal Recollections*. Chicago, 1896.
MOODY, Marshall D., «Kit Carson, Agent to the Indians of New Mexico, 18531861». *New Mexico Historical Review*, 28 (enero de 1953): 120.
MOORE, Mary Lu, y Delmar L. BEENE, ed., «The Interior Provinces of New Spain: The Report of Hugo O'Conor, January 30, 1776». *Arizona and the West* 13 (otoño de 1971): 265282.
MOORHEAD, Max L., *New Mexico's Royal Road: Trade and Travel on the Chihuahua Trail*. Norman, Okla., 1958.
— *The Apache Frontier: Jacobo Ugarte and Spanish-Indian Relations in Northern New Spain, 1769-1791*. Norman, Okla., 1968.
— *The Presidio: Bastion of the Spanish Borderlands*. Norman, Okla., 1975a.
— «The Spanish Deportation of Hostile Apaches: The Policy and the Practice». *Arizona and the West* 17 (otoño de 1975b): 205220.
MOWRY, Sylvester, *The Geography and Resources of Arizona and Sonora*. Nueva York, 1859. (Nueva ed., San Francisco y Nueva York, 1863.)
MURPHY, Lawrence R., *Frontier Crusader – William F. M. Arny*. Tucson, 1972.
MYERS, Lee, «Fort Webster on the Mimbres River». *New Mexico Historical Review*, 41 (enero de 1966): 4757.
NAGEL, Gerald S., «Economics of the Reservation». *Current History*, 67 (diciembre de 1974): 245249, 278.

NALTY, Bernard C., y Truman R. STROBRIDGE, «Captain Emmet Crawford, Commander of Apache Scouts, 18821886». *Arizona and the West*, 6 (primavera de 1964): 3040.

«Notas y documentos», *New Mexico Historical Review*, 21 (julio de 1946a): 257265.

— *New Mexico Historical Review*, 21 (octubre de 1946b): 350-357.

— *New Mexico Historical Review*, 22 (enero de 1947): 98-103.

OGLE, Ralph Hedrick, *Federal Control of the Western Apaches, 1848-1886*. Albuquerque, 1970.

OPLER, Morris E., «An Interpretation of Ambivalence of Two American Indian Tribes». *The Journal of Social Psychology*, 7, 1936: 82-116.

— «A Chiricahua Apache's Account of the Geronimo Campaign of 1886». *New Mexico Historical Review*, 13 (octubre de 1938): 360-386.

— *An Apache Life-Way: The Economic, Social, and Religious Institutions of the Chiricahua Indians*. Chicago, 1941.

— «Adolescence Rite of the Jicarilla». *El Palacio*, 49 (febrero de 1942): 25-38.

— «An Outline of Chiricahua Apache Social Organization». En *Social Anthropology of North American Tribes*, editado por Fred EGGAN. Chicago, 1955.

— «Cultural Evolution of the Southern Athapaskans, and Chronology in Theory». *Southwestern Journal of Anthropology*, 17 (primavera de 1961): 1-20.

— *Grenville Goodwin among the Western Apache: Letters from the Field*. Tucson, 1973.

— y Harry HOIJER, «The Raid and War-Path Language of the Chiricahua Apache». *American Anthropologist*, 42 (octubre-diciembre de 1940): 617-634.

— y Catherine H. OPLER, «Mescalero Apache History in the Southwest». *New Mexico Historical Review*, 25 (enero de 1950): 1-36.

OURY, William S., «A True History of the Ourbreak of the Noted Chieftain Cochise in the Year 1861». *Arizona Weekly Star* (Tucson), 28 de junio y 5 de julio de 1877.

PARK, Joseph F., «The Apaches in Mexican-American Relations, 1848-1861: A Footnote to the Gadsden Treaty». *Arizona and the West*, 3 (verano de 1961): 129-146.

— «Spanish Indian Policy in Northern Mexico, 1765-1810». *Arizona and the West*, 4 (invierno de 1962): 325-344.

PARMEE, Edward A., *Formal Education and Culture Change: A Modern Apache Community and Government Education Program*. Tucson, 1968.

PATTIE, James Ohio, *Pattie's Personal Narrative of a Voyage to the Pacific and Mexico, January 1824 – August 1830*. Vol. 18 de *Early Western Travels, 1748-1846*. Editado por Reuben Gold THWAITES. Cleveland, 1905.

PFEFFERKORN, Ignaz, *Sonora, A Description of the Province*. Traducido por Theodore E. Treutlein. Albuquerque, 1949.

PIKE, Zebulon Montgomery, *The Southwestern Expedition of Zebulon Montgomery Pike*. Editado por Milo Milton QUAIFE. Chicago, 1925.

POSTON, Charles D., *Building a State in Apache Land*. Tempe, Ariz., 1963.

PRIEST, Loring Benson, *Uncle Sam's Stepchildren: The Reformation of United States Indian Policy, 1865-1887*. 2 vols. 2ª ed., Nueva York. 1972.

PROCTER, Gil, *The Trails of Pete Kitchen*. Tucson, 1964.

PRUCHA, Paul Frances, ed., *Americanizing the American Indians: Writtings by the "Friends of the Indian", 1880-1900*. Cambridge, Mass., 1973.

PUMPELLY, Raphael, *My Reminiscences*. 2 vols. Nueva York. 1918.

— *Pumpelly's Arizona: An Excerpt from "Across America and Asia" by Raphael Pumpelly, Comprising Those Chapters Which Concern the Southwest*. Editado por Andrew WALLACE. Tucson, 1965.

— *Record of Engagements with Hostile Indians Within the Military Division of the Missouri from 1868 to 1882, Lieutenant General P. H. Sheridan Commanding*. Washington, D. C., 1882.
REEVE, Frank D., «Puritan and Apache: A Diary». *New Mexico Historical Review*, 23 (octubre de 1948): 269-301; 24 (enero de 1949): 12-53. (ed.).
— «Albert Franklin Banta: Arizona Pioneer». *New Mexico Historical Review*, 27 (abril de 1952): 81-106; (julio de 1952): 200-252; (octubre de 1952): 315-347; 28 (enero de 1953): 52-67; (abril de 1953): 133-147.
— «Seventeenth Century Navaho-Spanish Relations». *New Mexico Historical Review*, 32 (enero de 1957): 36-52.
REID, John Coleman, *Reid's Tramp, or a Journal of the Incidents of Ten Months Travel Through Texas, New Mexico, Arizona, Sonora, and California*. Selma, Ala, 1858. (Nueva ed., Austin, Tex., 1935.)
— «Report of the Commissioner of Indian Affairs», varios años.
— «Report of the Secretary of the Interior», varios años.
— «Report of the Secretary of War», varios años.
RIPPY, J. Fred, «The Indian of the Southwest in the Diplomacy of the United States and Mexico, 1848-1853». *Hispanic American Historical Review*, 2 (agosto de 1918): 364-396.
RUE, Norman L., «Pesh-Bi-Yalti Speaks: White Man's Talking Wire in Arizona». *Journal of Arizona History* 12 (invierno de 1971): 229-262.
RUXTON, George Frederick Augustus, *Life in the Far West*. Editado por Leroy R. HAFEN. Norman, Okla., 1951.
SABIN, Edwin Legrand, *Kit Carson Days*, 1809-1868. 2 vols. Nueva York, 1935.
SACKS, Benjamin H., «New Evidence on the Bascom Affair». *Arizona and the West*, 4 (otoño de 1962): 261-278.
SALZMAN, M., Jr., «Geronimo, The Napoleon of the Indians». *Journal of Arizona History*, 8 (invierno de 1967): 215-247.
SCHELLIE, Don, *Vast Domain of Blood*. Los Ángeles, 1968.

SCHOLES, France, «Troublous Times in New Mexico, 1659-1670». *New Mexico Historical Review*, 12 (abril de 1937): 134-174; (octubre): 380-452; 13 (enero de 1938): 63-84; 15 (julio de 1940): 249-268; (octubre): 369-417; 16 (enero de 1941): 15-40; (abril): 184-205 (julio): 313-327. 1937-1941.

SCHROEDER, Albert H., «Documentary Evidence Pertaining to the Early Historic Period of Southern Arizona». *New Mexico Historical Review*, 27 (abril de 1952): 137-167.

— «Fray Marcos de Niza, Coronado and the Yavapai». *New Mexico Historical Review*, 30 (octubre de 1955): 265-296.

— «Report by Albert H. Schroeder for Western Apache Docket Number 22-D Before the Indian Claims Commission». 6 vols. Mecanografiado. Santa Fe. Biblioteca de la Universidad de Nuevo México, 1963

— «Shifting for Survival in the Spanish Southwest». *New Mexico Historical Review*, 43 (octubre de 1968): 291-310.

SCOTT, Richard B., «Acculturation Among Mescalero Apache High Scholl Students». Tesis Doctoral. Universidad de Nuevo México, 1959.

SMART, Capitán Charles, «Notes on the 'Tonto' Apaches». *Smithsonian Institution Annual Report*. Washington, D. C., 1867.

SMITH, Ralph A., «Apache Plunder Trails Southward, 1831-1840». *New Mexico Historical Review*, 37 (enero de 1962): 20-42.

— «Indians in American-Mexican Relations Before the War of 1846». *Hispanic American Historical Review*, 43 (febrero de 1963): 34-64.

— «The 'King of New Mexico' and the Doniphan Expedition». *Hispanic American Historical Review*, 38 (enero de 1963): 29-55.

— «The Scalp Hunter in the Borderlands, 1835-1850». *Arizona and the West*, 5 (primavera de 1964): 5-22.

— «The Scalp Hunt in Chihuahua - 1849». *New Mexico Historical Review*, 40 (abril de 1965): 117-140.

SONNICHSEN, C. L., *The Mescalero Apaches*. Norman, Okla., 1958.

SPICER, Edward H., *Cycles of Conquest: The Impact of Spain, Mexico, and the United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960*. Tucson, 1962.

STANLEY, F., *The Apaches of New Mexico*, 1540-1940. Pampa, Tex., 1962.

STARNES, Gary B., «Juan de Ugalde (1729-1816) and the Provincias Internas of Coahuila and Texas». Tesis doctoral de la Universidad Cristiana de Texas, 1971.

STECK, Dr. Michael, Documentos del fondo Steck, Biblioteca de la Universidad de Nuevo México. Albuquerque, N. M.

STEINER, Stan, *The New Indians*. Evanston, 1968.

STEVENS, Robert C., «The Apache Menace in Sonora, 1831-1849». *Arizona and the West*, 5 (otoño de 1964): 211-222.

STOUT, Joseph A., Jr., *Apache Lightning: The Last Great Battles of the Ojo calientes*. Nueva-York, 1974.

SZASZ, Margaret, *Education and the American Indian: The Road to Self-Determination, 1928-1973*. Albuquerque, 1974.

TATE, Michael L., «Soldiers of the Line: Apache Companies in the U. S. Army, 1891-1897». *Arizona and the West*, 16 (invierno de 1974): 343-364.

TAYLOR, Morris F., «Campaigns Against the Jicarilla Apache, 1854». *New Mexico Historical Review*, 44 (octubre de 1969): 269-292.

— «Campaigns Against the Jicarilla Apache, 1855». *New Mexico Historical Review*, 45 (abril de 1970): 119-136.

TAYLOR, Theodore W., «American Indians and Their Government». *Current History*, 67 (diciembre de 1974): 254-258, 275.

THOMAS, Alfred B., ed. y tr. [todos ellos], «Governor Mendinueta's Proposals for the Defense of New Mexico, 1772-1778». *New Mexico Review*, 6 (enero de 1931): 21-39.

— *Forgotten Frontiers: A Study of the Spanish Indian Policy of Juan Bautista de Anza, Governor of New Mexico, 1777-1787*. Norman, Okla., 1931.

— *After Coronado: Spanish Exploration Northeast of New Mexico, 1696-1727*. Norman, Okla., 1935.

— *The Plains Indians and New Mexico, 1751-1778*. Albuquerque, 1940.
— *Teodoro de Croix and the Northern Frontier of New Spain, 1776-1783*. Norman, Okla., 1941.
THRAPP, Dan L., *Al Sieber, Chief of Scouts*. Norman, Okla., 1964.
— *The Conquest of Apachería*. Norman, Okla., 1967.
— *General Crook and the Sierra Madre Adventure*. Norman, Okla., 1972.
— *Juh, An Incredible Indian*. El Paso, Tex., 1973.
— *Victorio and the Mimbres Apaches*. Norman, Okla., 1974.
TURCHENESKE, J. A., Jr., «The Arizona Press and Geronimo's Surrender». *Journal of Arizona History*, 14 (verano de 1973): 133-148.
— «Arizonians and the Apache Prisoners at Mount Vernon Barracks, Alabama: 'They Do Not Die Fast Enough!'». *Military History of Texas and the Southwest*, 11 (3 de noviembre de 1973): 197-226.
TURNER, Katherine C., *Red Men Calling on the Great White Father*. Norman, Okla., 1951.
TWITCHELL, Ralph Emerson, *Leading Facts of New Mexican History*. 2 vols. Cedar Rapids, Iowa, 1911-12.
UNDERHILL, Ruth Murray, *Red Man's America: A History of Indians in the United States*. Edición revisada. Chicago, 1971.
UNRAU, William E., «The Civilian as Indian Agent: Villain or Victim?». *Western Historical Quartely*, 3 (octubre de 1972): 405-20.
UTLEY, Robert M., «The Bascom Affair: A Reconstruction». *Arizona and the West*, 3 (primavera de 1961): 59-67.
— *Frontier Regulars: The United States Army and the Indian, 1866-1891*. Nueva York, 1973.
VALPUTIC, Marian E., y Harold H. LONGFELLOW, ed., «The Fight at Chihuahua Pass in 1869 as Described by L. L. Dorr, M.D.». *Arizona and the West*, 13 (invierno de 1971): 369-378.

WALKER, Henry P., ed., «Soldier in the California Column: The Diary of John W. Teal». *Arizona and the West*, 13 (primavera de 1971): 33-82.

WALTMANN, Henry G., «Circumstantial Reformer: President Grant and the Indian Problem». *Arizona and the West*, 13 (invierno de 1971): 323-342.

— *The War of Rebellion: A Compilation of the Official Records of the Union and Confederate Armies*. 70 vols. Washington, D.C., 1880-1890.

WASHBURN, Wilcomb E., *Red Man's Land/White Man's Law: A Study of the Past and Present Status of the American Indian*. Nueva York, 1971.

WATKINS, Arthur V., «Termination of Federal Supervision: The Removal of Restrictions Over Indian Property and Person». *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 311 (mayo de 1957): 47-55.

WEAVER, John M., «The History of Fort Lowell». Tesis Doctoral, Universidad de Arizona, 1947.

WEAVER, Thomas, ed., *The Indians of Arizona: A Contemporary Perspective*. Tucson, 1974.

— y Ruth Hughes GARTELL, «The Urban Indian: Man of Two Worlds». En WEAVER, Thomas, ed., *The Indians of Arizona: A Contemporary Perspective*. Tucson, 1974.

WELSH, Herbert, *The Apache Prisoners in Fort Marion, St. Augustine, Florida*. Filadelfia, 1887.

WESTERMAN, Joann, «The Urban Indian». *Current History*, 67 (diciembre de 1974): 259-262, 275.

WHARFIELD, Coronel H. B., *Apache Indian Scouts*. El Cajón, Calif., 1914.

— *With Scouts and Cavalry at Fort Apache*. Tucson, 1965.

— *Cibicu Creek Fight in Arizona*, 1881. El Cajón, Calif., 1971.

WOODY, Clara T., ed., «The Woolsey Expeditions of 1864». *Arizona and the West*, 4 (verano de 1962): 157-176.

WORCESTER, Donald E., «The Beginnings of the Apache Menace in the Southwest». *New Mexico Historical Review*, 16 (enero de 1941): 1-14.
— «The Spread of Spanish Horses in the Southwest». *New Mexico Historical Review*, 19 (julio de 1944): 225-232.
— «The Spread of Spanish Horses in the Southwest, 1700-1800». *New Mexico Historical Review*, 20 (enero de 1945): 1-13.
— «The Navaho During the Spanish Regime in New Mexico». *New Mexico Historical Review*, 26 (abril de 1951): 106-118.
— «Apaches in the History of the Southwest». *New Mexico Historical Review*, 50 (enero de 1975): 25-44.
WYLLYS, Rufus K., «Padre Luis Velarde's Relación of Pimería Alta, 1716». *New Mexico Historical Review* 6 (abril de 1931): 111-157.
ZIMMERMAN, William Jr., «The Role of the Bureau of Indian Affairs Since 1933». *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 311 (mayo de 1957): 31-46.

NOTAS

1. Durante el período colonial, lo que es ahora Chihuahua se conocía como Nueva Vizcaya; para evitar confusiones, hemos utilizado la denominación actual durante toda la obra.

2. Goodwin, 1942, p. 123.

3. *Ibid.*, p. 124.

4. Opler, 1936, p. 90.

5. Goodwin, 1942, pp. 459-462.

6. Carroll y Haggard, 1942, p. 200.

7. Opler, 1941, pp. 229-231, 472, 473; Opler, 1936, pp. 84-88, 93, 94.

1. Véase Thomas, 1935.

2. Forbes, 1957, pp. 320-322.

3. Fernández de Jáuregui, 1964, p. 112.

4. Goodwin, 1971, pp. 18, 19.

5. «Mandamiento para que el governador de la Nueva México conforme al número de gente de armas [...] que acuda al remedio de los daños que hacen los yndios apaches de guerra a los amigos y cavallada de Spañoles, 6 março, 1608». A.G.I. 58-3-16. Biblioteca Bancroft de la Universidad de California, transcripción Berkeley. También, *Auto* de Velasco II y la Audiencia de México, 28 de septiembre, 1609. Ibíd.

6. Benavides, 1630, pp. 39, 40; Worcester, 1941.

7. Marqués del Guadalcázar, A.G.I. 58-3-18. Transcripción de la Biblioteca Bancroft; Worcester, 1951.

8. Hackett y Shelby, 1942, 2: 299.

9. Clark, 1963, pp. 241-247.

10. En la época colonial, el *presidio* era una construcción de vigilancia fronteriza desde donde se llevaba a cabo la administración y la defensa de una región *(N. del T.)*.

11. Bolton, 1916, p. 451.

12. Véase Bolton, 1936.

13. Hernández Sánchez-Barba, 1957, p. 41.

14. En castellano en el original; a partir de aquí la cursiva en términos castellanos indicará este detalle *(N. del T.)*.

15. Wyllys, 1931, p. 138.

16. Kessell, 1970, p. 76.

17. Véase Ewing, 1938.

18. Hackett, 1926-1937, 3: 478; Worcester, 1945.

19. Pfefferkorn, 1949, p. 143.

20. Kinnaird, 1958, pp. 214-216; véase también Thomas, 1940, pp. 195-198, y Moorhead, 1975a.

21. Véase Brinckerhoff y Faulk, 1965, y Moorhead, 1975a.

22. Kessell, 1964, p. 308.

23. Thomas, 1932, pp. 10, 11, 367; Moorhead, 1975a, pp. 71, 72.

24. Citado en Spicer, 1962, p. 319.

25. Véase Moorhead, 1968.

26. Archer, 1973, pp. 376, 377.

27. Gálvez, 1786.

1. Moorhead, 1968, pp. 187-96.

2. Ibíd., pp. 135-138.

3. Ibíd., pp. 141, 274, 281, 286.

4. Ibíd., pp. 186, 187.

5. Ibíd., pp. 191, 192.

6. Moorhead, 1975a, pp. 260-265.

7. Archer, 1973, pp. 377-385; véase también Moorhead, 1975b.

8. Thomas, 1932, pp. 266-268.

9. Matson y Schroeder, 1957, p. 350.

10. Ibíd., p. 351.

11. Ibíd., pp. 348, 349.

12. Pike, 1925, pp. 166, 167.

13. Park, 1962, pp. 342, 343.

14. Goodwin, 1942, p. 86; véase Moorhead, 1975a, p. 265.

15. Bloom, 1928, pp. 268-272.

16. Carroll y Haggard, 1942, p. 200.

17. Acuña, 1974, p. 7.

18. Gregg, 1954, pp. 203, 204.

19. Smith, 1964, p. 11; Smith, 1962.

20. Smith, 1963b; Smith, 1965.

21. Keleher, 1952, p. 487, n. 28..

22. *Documento Ejecutivo del Senado* nº 18. 31º Cong., 1ª sesión; Keleher, 1952, p. 71.

23. Abel, 1915.

24. Rippy 1919, p. 374.

25. Cooke, 1878, p. 180.

26. Acuña, 1974, p. 8.

27. McCall, 1968, pp. 98, 99.

28. Ibíd., pp. 103-105.

29. Ibíd., p. 108.

1. Se llamó así a los primeros buscadores de oro que viajaron a California en barco, por la ruta del Cabo de Hornos o en convoyes que atravesaban el continente. El nombre procede de la fecha, 1849, en que se desató la fiebre del oro. *(N. del T.)*.

2. Bartlett, 1854, 2: 386.

3. Ibíd., p. 390.

4. Cremony, 1868, pp. 86, 87.

5. Ibíd., p. 243; Ball, 1972, p. 11.

6. Bartlett, 1854, 2: 329.

7. Abel, 1915, p. 263.

8. Ibíd., p. 350.

9. Fondo Steck, caja 2, archivo 7; Murphy, 1972, p. 103.

10. Horn 1963, p. 25.

11. «Report of the Secretary of the Interior, 1851», p. 133.

12. Abel, 1915, p. 485.

13. Bennett, 1947, p. 89.

14. Abel, 1915, p. 485.

15. «Report of the Secretary of the Interior, 1854», p. 133.

16. Ibíd., pp. 376-378.

17. Ibíd., p. 379.

18. Keleher 1952, p. 88.

19. «Report of the Secretary of the Interior, 1854», p. 389.

20. Ibíd., p. 390.

21. Ibíd., p. 391.

22. Keleher 1952, p. 77.

23. «Report of the Secretary of War, 1854», p. 34.

24. «Report of the Secretary of the Interior, 1855», p. 512.

25. «Notas y documentos», 1946a, pp. 261-265.

26. «Report of the Secretary of War, 1855», pp. 56-62.

27. Ibíd., p. 69.

28. «Notas y documentos», 1947, p. 103.

29. «Report of the Secretary of the Interior, 1856», p. 732; «Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1857», p. 576.

30. «Report of the Secretary of the Interior, 1857», pp. 576, 577.

31. Ibíd., pp. 565, 566.

32. «Notas y documentos» 1947, pp. 99, 100.

33. «Report of the Secretary of the Interior, 1857», p. 481.

34. Papeles de Steck, caja 2, archivo 7.

35. Keleher, 1952, p. 138, n. 94.

36. Colyer 1871, p. 40.

37. «Report of the Secretary of War, 1858», pp. 284-289, 291.

1. «Report of the Secretary of the Interior, 1858», pp. 554-557.

2. Ibíd., p. 724.

3. Procter, 1964, pp. 47-65.

4. Poston, 1963, pp. 66, 67.

5. Bancroft, 1889, p. 517, n. 39.

6. «Report of the Secretary of the Interior, 1857», p. 587.

7. Pumpelly, 1965, p. 68.

8. «Report of the Secretary of the Interior, 1859», pp. 549, 714, 715.

9. Park, 1961, p. 40.

10. «Report of the Secretary of War, 1859», p. 545.

11. Ibíd., pp. 309-325.

12. Sacks, 1962, p. 267. Sacks halló dos de los informes de Bascom del incidente de Apache Pass, que proporcionaron pruebas perdidas de vital importancia.

13. Pumpelly, 1918, 1: 203.

14. *Arizona Weekly Star* (Tucson), 28 de junio y 5 de julio de 1877.

15. Irwin, 1928.

16. Ibíd., p. 7; Pumpelly, 1965, pp. 152, 153; Sacks, pp. 276, 277.

17. Browne, 1950, p. 269.

1. Hall, 1974, p. 144.

2. Keleher, 1952, p. 325; *The War of the Rebellion*, serie I, vol. 50, pte. 1, p. 942.

3. Cremony, 1868, p. 197.

4. Sabin, 1935, 2: 846, 847.

5. Keleher, 1952, p. 414.

6. Keleher, 1952, pp. 410-413; « Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1863», pp. 105-109.

7. Sabin, 1935, 2: 847, 848.

8. Ibíd., p. 705; Opler y Opler, 1950, p. 15; Cremony, 1868, p. 201.

9. « Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1867», p. 102; Opler y Opler, 1950, p. 16.

10. Cremony, 1868, pp. 290, 291.

11. Keleher, 1952, p. 288.

12. Conner 1950, pp. 34-39 n.

13. *Condition of the Indian Tribes*, 1867, p. 105.

14. Keleher, 1952, p. 295.

15. *Condition of the Indian Tribes*, 1867, p. 220.

16. Opler y Opler, 1950, pp. 16, 17.

17. 31 de octubre de 1864, citado en Keleher, 1952, p. 433 n.

18. Sonnichsen, 1958, p. 110.

19. Ibíd., p. 112..

20. *Condition of the Indian Tribes*, 1867, pp. 306, 307.

21. Ibíd., p. 438; Keleher, 1952, pp. 356-376.

22. Keleher, 1952, pp. 474, 475.

23. *Condition of the Indian Tribes*, 1867, p. 97.

24. Ibíd., p. 328.

25. Ibíd., p. 329.

26. *The War of the Rebellion*, serie I, vol. 43, pte. 2, pp. 1150, 1151.

27. Ibíd.

28. Keleher, 1952, pp. 353-358.

1. *Army and Navy Journal*, 6 de junio de 1868, citado en Utley, 1973, p. 178.

2. Estos abrevaderos naturales se llaman en español *tinajas*, término que los angloamericanos corrompieron en *tanks*.

3. Lockwood, 1938, p. 150; Woody, 1962, pp. 159-164.

4. Bancroft, 1889, p. 518 n.

5. Ogle, 1970, p. 248.

6. Browne, 1950, pp. 162, 163.

7. Lockwood 1938, p. 152.

8. Keleher, 1952, p. 496 n.

9. Lockwood, 1938, p. 156.

10. Ibíd., pp. 159, 160.

11. Thrapp, 1967, pp. 39-45.

12. Ogle, 1970, p. 64.

13. Lockwood, 1938, pp. 165-169.

14. Ogle 1970, p. 73.

15. Lockwood, 1938, p. 171.

16. Ibíd., pp. 171, 172; Ogle, 1970, pp. 74, 75.

17. Lockwood, 1938, p. 177.

18. Ibíd., p. 178; véase también Lummis, 1966, pp. 15-17.

19. Lockwood, 1938, p. 172.

20. Ibíd., p. 173.

21. El capitán Bernard fue el antiguo sargento de caballería que, supuestamente, había sido juzgado en consejo de guerra por insubordinación durante el asunto Bascom en Apache Pass.

22. Ogle, 1970, p. 73.

1. Bourke, 1891, pp. 29, 30.

2. Hastings, 1959, p. 150.

3. Ibíd., p. 151.

4. Colyer, 1871, p. 34.

5. Hastings, 1959, p. 152.

6. Schellie, 1968, pp. 161, 162.

7. Mardock, 1971, p. 34.

8. Reeve, 1952, p. 232.

9. Schellie, 1968, p. 189.

10. Murphy, 1972, p. 179.

11. Colyer, 1871, p. 8.

12. Ibíd.

13. Bancroft, 1889, p. 563 n.

14. Colyer, 1871, p. 23.

15. Ibíd., p. 47.

16. Ibíd., p. 25.

17. Ibíd., p. 27.

18. Ogle, 1970, pp. 94, 95.

19. Ibíd., p. 97.

20. Hastings, 1959, p. 156.

21. Ibíd., p. 158.

22. Ogle, 1970, p. 100.

23. Thrapp, 1967, p. 110.

24. Hastings, 1959, p. 159.

25. Thrapp, 1967, p. 110.

26. Howard, 1907, pp. 175, 176; véase también Lummis, 1966, pp. 128-136.

27. Ibíd., pp. 187, 188.

28. Ibíd., pp. 203, 204.

29. Ibíd., p. 207.

30. Ibíd.

31. Opler y Opler, 1950, p. 25.

32. Lummis, 1966, p. 17, citando a Crook: «Para pulir un diamante no hay nada mejor que su propio polvo».

1. King, 1967, p. 335.

2. Ibíd., p. 336.

3. Dunn, 1969, pp. 616, 617.

4. Thrapp, 1964, p. 104.

5. Bourke, 1891, p. 181.

6. Thrapp, 1964, p. 174.

7. Bourke, 1891, pp. 150-153; Corbusier, 1971, pp. 18, 19.

8. Bourke, 1891, p. 195.

9. Ibíd., pp. 195-200.

10. Ibíd., pp. 201-203.

11. Thrapp, 1964, p. 69.

12. Bourke, 1891, pp. 161, 162.

13. Ogle, 1970, p. 120; Thrapp, 1967, p. 143.

14. Bourke, 1891, p. 233.

15. Ibíd., p. 218; véase también Lummis, 1966, p. 17.

16. Bourke, 1891, p. 221.

17. Ogle, 1970, p. 119.

18. Thrapp, 1967, pp. 147, 148.

19. Ibíd., p. 148.

20. Ogle, 1970, pp. 140, 141.

21. Bourke, 1891, p. 217.

22. Thrapp, 1964, p. 120.

23. Corbusier, 1971, pp. 249, 250.

24. Thrapp, 1964, p. 120.

25. Ibíd., p. 146.

26. Corbusier, 1971, p. 85.

27. Thrapp, 1964, p. 147.

28. Dunn, 1969, p. 621.

29. Thrapp, 1964, p. 156.

30. Corbusier, 1971, p. 271.

31. Ibíd., pp. 263, 267.

32. Ibíd., p. 276.

33. Thrapp, 1964, p. 160.

34. Cruse, 1941, pp. 57, 58.

1. Ogle, 1970, p. 145.

2. Ibíd., pp. 151, 152.

3. Ibíd., p. 153 n.

4. Ibíd., pp. 155, 156.

5. Clum, 1936, pp. 166-179.

6. Ibíd., pp. 180, 181.

7. Ogle, 1970, p. 167 n.; véase también Cochise, 1971, pp. 4-8.

8. Clum, 1936, pp. 185-200.

9. Ibíd., pp. 209-212.

10. Ibíd., p. 218.

11. Ibíd., pp. 219-225.

12. Thrapp, 1974, p. 193.

13. Ibíd., p. 190.

1. Thrapp, 1974, p. 159.

2. Ibíd., p. 167.

3. Ibíd., p. 170.

4. Cruse, 1941, p. 31.

5. Ball, 1970, pp. 25, 26.

6. Ibíd., p. 35.

7. Ibíd., p. 57.

8. Thrapp, 1974, p. 209.

9. Ibíd., p. 210.

10. Ibíd., p. 220.

11. Ibíd., p. 237.

12. Ball, 1970, pp. 11, 16.

13. Ibíd., p. 21.

14. Ibíd., p. xiii.

15. Cruse, 1941, pp. 54, 55.

16. Ibíd., p. 66.

17. Ibíd., p. 81.

18. Thrapp 1967, p. 185.

19. Thrapp, 1974, p. 250.

20. Thrapp, 1967, p. 187.

21. Ball, 1970, p. 12.

22. Ibíd., pp. 18, 19.

23. Dunn, 1969, p. 628.

24. Thrapp, 1974, p. 218.

25. Dunn, 1969, p. 629.

26. Ibíd., pp. 629, 630.

27. Ibíd., p. 634.

28. Thrapp, 1974, p. 314.

29. Dunn, 1969, p. 630.

30. Ibíd., pp. 630, 631.

31. Ibíd., p. 631; Thrapp, 1974, p. 259.

32. Thrapp 1974, pp. 257-259.

33. Ibíd., pp. 260, 261.

34. 27 de marzo y 7 de junio de 1880. En: Ellis, 1972, pp. 276, 277.

35. Thrapp, 1974, p. 265.

36. Sonnichsen, 1958, p. 183.

37. Thrapp, 1974, pp. 272, 273.

38. Sonnichsen, 1958, p. 183.

39. Cruse, 1941, p. 80.

40. Ibíd., p. 82.

41. Thrapp, 1967, p. 201.

42. Ball, 1970, p. 102; Thrapp, 1974, p. 308.

43. Thrapp, 1967, p. 209.

44. Ball, 1970, p. 107.

45. «Report of the Secretary of War, 1881», pp. 117, 118; Sonnichsen, 1958, p. 195.

1. Lynn, 1966, p. 117.

2. Ogle, 1970, pp. 195-197.

3. Ibíd., p. 203.

4. «Report on Coyotero Apaches», 11 de enero de 1875 (ms. en la Biblioteca Bancroft), citado en Thrapp, 1972, p. 4.

5. Cruse, 1941, p. 95.

6. Ibíd., p. 96.

7. Ibíd.

8. Wharfield, 1971, pp. 21, 22; King, 1963, pp. 197, 198.

9. King, 1963, pp. 198, 199.

10. Cruse, 1941, p. 98.

11. Ibíd., 99.

12. Wharfield, 1971, p. 22.

13. Cruse, 1941, pp. 100, 101.

14. Wharfield, 1971, p. 23.

15. Ibíd., pp. 23, 24.

16. Ibíd., p. 32.

17. Cruse, 1941, pp. 108, 109.

18. King, 1963, p. 209.

19. Cruse, 1941, pp. 108, 109.

20. Ibíd., p. 110.

21. Wharfield, 1971, pp. 43-44; la medalla está ahora en la Sociedad Histórica de Arizona, Tucson.

22. Thrapp, 1972, pp. 40, 41.

23. Ibíd., p. 40.

24. Wharfield 1971, pp. 91, 92.

25. Ibíd., p. 91.

26. Ibíd., pp. 56, 57.

27. McDowell, Annual Report, 1881, pp. 140, 141; en Thrapp, 1972, p. 23.

28. Thrapp, 1972, p. 51.

29. Ibíd., pp. 60, 61.

30. *Record of Engagements*, 1882, p. 101.

31. Betzinez, 1959, p. 70.

32. Ibíd., p. 74.

33. Ibíd., p. 75.

34. Cruse, 1941, p. 158.

35. Ibíd., p. 161.

36. Thrapp, 1967, p. 275.

1. Thrapp, 1972, p. 107.

2. Bourke, 1891, pp. 435-437.

3. Ibíd., p. 438.

4. Ibíd., p. 439; véase también Harte, 1975.

5. Harte, 1973, p. 32.

6. Bourke, 1891, p. 443.

7. Thrapp, 1972, pp. 103, 104.

8. Utley, 1973, p. 55.

9. Bourke, 1891, p. 445.

10. Davis, 1929, pp. 30, 31.

11. Ibíd., p. 32.

12. Ibíd.; Ball, 1970, p. 166; Griffith, 1969.

13. Davis, 1929, pp. 48, 49.

14. Ibíd., p. 56.

15. Bourke, 1958, p. 30. A principios de 1889, alguien señaló con retraso que dieciséis de los prisioneros apaches eran mescaleros de Nuevo México a los que no se debía haber arrestado. Pero cuando el teniente George Chase llegó para escoltarles a la reserva mescalero, solo se dejó marchar a doce.

16. Ibíd., pp. 38-42.

17. Utley, 1973, p. 388.

18. Bigelow, 1968, p. 114.

19. Bourke, 1958, p. 74.

20. Betzinez, 1959, p. 118.

21. Thrapp, 1972, p. 152.

22. Betzinez, 1959, pp. 113-115.

23. Davis, 1929, p. 60.

24. Ibíd., pp. 62-64.

25. Harte, 1973, pp. 37-40.

26. Davis, 1929, p. 83.

27. Ibíd., pp. 85, 86.

28. Ibíd., p. 87.

29. Ibíd., p. 114.

30. Ibíd., p. 52.

31. Thrapp, 1972, p. 177.

32. Davis, 1929, pp. 124, 125.

33. Thrapp, 1967, p. 308.

34. Nalty y Strobridge, 1964, p. 34.

35. Harte, 1973, p. 41.

36. Davis, 1929, pp. 144-146.

37. Ibíd., p. 148.

38. Crook, 1960, p. 253.

39. Harte, 1973, pp. 43, 44.

40. Crook, 1960, p. 255.

41. Cruse, 1941, pp. 208, 209.

42. Davis, 1929, pp. 190-193.

43. Utley 1973, p. 396.

44. Davis, 1929, p. 198.

45. Bigelow, 1968, p. 19.

46. Utley, 1973, p. 396.

47. Lummis, 1966, p. 16.

48. Davis, 1929, pp. 213, 214.

49. Ibíd., p. 217.

50. Ibíd., pp. 214-17.

1. Davis, 1929, p. 221.

2. Utley 1973, p. 398.

3. Davis, 1929, p. 225.

4. Ibíd., p. 227.

5. Cruse, 1941, p. 232.

6. Davis, 1929, pp. 236, 237.

7. Ibíd., p. 232.

8. *Arizona Star* (Tucson), 7 de junio de 1887.

9. Miles, 1896, p. 536; Thrapp, 1964, p. 329.

10. Thrapp, 1964, p. 337.

11. Bailey, 1966, pp. 59-68; véase también Cochise, 1971, y Opler, 1973, pp. 48, 56.

12. Crook, 1887, pp. 22, 23.

13. Goodman, 1968, p. 121.

14. Ibíd., p. 168.

15. Ibíd., pp. 177, 178.

16. Ibíd.

17. Ibíd., p. 180.

18. Ibíd., p. 195.

19. Tate, 1974, p. 349.

20. Ibíd., p. 356.

21. Ibíd., pp. 357-359.

22. Clum, 1928b, pp. 22-26.

23. Betzinez, 1959, p. 191.

24. Ibíd., p. 191.

1. Washburn, 1971, pp. 68-70; Prucha, 1973, pp. 295-299.

2. Fey y McNickle, 1970, p. 82; Prucha, 1973, pp. 134, 137.

3. Prucha, 1973, p. 134.

4. Ibíd., p. 276.

5. Fontana, 1974b, pp. 38-41.

6. Prucha, 1973, pp. 125-129.

7. Ibíd., p. 261.

8. Ibíd., p. 269.

9. Szasz 1974, p. 45.

10. Ibíd., p. 67.

11. Ibíd., p. 46.

12. Ibíd., pp. 22, 23.

13. LaFarge, 1935, pp. 232, 233.

14. Zimmerman, 1957, p. 32.

15. Antell, 1974, p. 269.

16. Fontana, 1974c, pp. 48, 49.

17. Washburn, 1971, pp. 79, 80.

18. Szasz, 1974, p. 67.

19. Forbes, 1964, pp. 127-129.

20. Gunnerson, 1974, pp. 149, 150.

21. Opler y Opler, 1950, p. 34.

22. Dobyns, 1973, p. 83.

23. Curley, 1967, p. 118.

24. Parmee, 1968, pp. 25, 26.

25. Curley, 1967, p. 118.

26. Adams y Krutz, 1971, p. 118.

27. Prucha, 1973, p. 254.

28. Spicer, 1962, p. 257.

29. Baldwin, 1965, p. 129.

30. Parmee, 1968, pp. 7, 8.

31. Steiner, 1968, pp. 244, 245.

32. Parmee, 1968, pp. 47-49.

33. Faherty, 1974, p. 244.

34. Programas del Departamento de Salud y Servicios Humanitarios de Estados Unidos creados en 1965 para proporcionar servicios de educación, asistencia sanitaria y alimentación a niños de familias de ingresos bajos *(N. del T.)*.

35. Burlison, 1973, pp. 147-149.

36. Weaver y Gartell, 1974, pp. 72-82.

37. Ibíd., p. 84.

38. Adams y Krutz, 1971, p. 129.

39. Crook, 1960, pp. 269, 270.

Los apaches
Donald E. Worcester

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Apaches. Eagles of the Southwest*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Danussa / Shutterstock

© 2012, University of Oklahoma Press, Publishing Division of the University

© de la traducción del inglés: Javier González Martel, 2013

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-9942-226-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.
www.newcomlab.com